

UN VAQUERO LEAL



Tess Curtis



UN
VAQUERO
LEAL

Tess Curtis



UN VAQUERO LEAL

Tess Curtis

Serie Rancho Atkins I

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de la obra, solo podrá realizarse con la autorización expresa de la titular del copyright.
Título original: Un Vaquero Leal

©Tess Curtis, ®2015
Fecha de publicación: Enero de 2016
Diseño de portada: ChickBook Ediciones
Encuadernación: ChickBook Ediciones
Corrección: ChickBook Ediciones
Imagen de portada: Pixabay
CreateSpace:
ISBN—13: 978-1523319015
ISBN—10: 1523319011

A todas y cada una de mis chicas
Tess Curtis

UNA OPORTUNIDAD

—¿Vas a decorar la casa de Charlie Atkins? —le preguntó Angie a su amiga Susan, que trabajaba desde hacía unos años como decoradora de interiores en Austin y alrededores. Al parecer su nuevo cliente era uno de los presentadores radiofónicos de moda en el estado. Un hombre que había pasado de trabajar en un rancho a ser la voz de las ondas en apenas unos años.

—Por supuesto. Se acaba de comprar una casa preciosa aquí, en Manor, está vacía y además, me ha dado vía libre para decorarla, eso sí, siempre que no supere el precio de la propiedad —respondió Susan ante la curiosidad de sus amigas. Charlie Atkins iba a ser el mejor cliente de ese año y el que más beneficios le reportaría en ese ejercicio fiscal.

—Es un hombre al que no le importa gastar, por lo que parece —añadió Terry.

—Tiene un buen trabajo, no le culpo si con los años se ha vuelto caprichoso —apreció Angie mientras bebía un sorbo de vino de su copa.

—Os equivocáis. Charlie es una persona sencilla de gustos sencillos. No me aprovecharé. Siento un poco de lástima por él. Es un hombre solitario.

—Lástima es lo que deberías sentir por mí —respondió nuevamente Angie—. Apuesto a que gana en un mes lo que estoy ganando yo en un año.

—¡Por el amor de Dios, Angie! Haznos el favor de encontrar un trabajo y un hombre. La falta de ambas cosas te está cambiando el carácter —bramó Terry.

—Sobre lo del trabajo, lo intento, de verdad que sí. Pero apenas me llegan encargos para escribir unos pocos artículos al mes. Y sobre lo del hombre, no tengo la más mínima intención de encontrar a nadie —dijo categórica Angie. No estaba viviendo su mejor momento, no tenía un trabajo estable, solo trabajaba como articulista bajo demanda. Su última relación había terminado hacía tres años y había sido un escollo difícil de superar.

—No todos son como ese capullo —aseveró Susan.

—Pues a vosotras también os veo solas, así que no me vendáis consejos que no estáis siguiendo —se defendió ella.

—Yo no deseo nada serio, pero disfruto de los hombres si me surge la oportunidad —respondió Terry—. No te digo que te cases con el primer tío que aparezca en tu vida, pero podrías disfrutar un poco. Eres preciosa. No te faltarían candidatos.

—Yo estoy centrada en mi carrera, así que no cuento —aclaró Susan antes de ser tachada de soltera.

—Y yo lo estoy en encontrar trabajo y no me van las historias de una noche. Necesito algo más que eso —respondió Angie—. Pero repito que ahora mismo no me apetece.

—Aparecerá un hombre en tu vida que te cambiará los esquemas al respecto, estoy convencida —aseguró Terry.

—¿Ahora lees los posos del vino? —ironizó Angie.

—El karma, cariño. Siempre ocurre lo contrario a lo que uno planea —le guiñó un ojo Terry alzando la copa de vino hacia sus amigas.

—No me quiero desviar —cortó Susan—. Tengo una noticia muy buena al respecto del trabajo. Charlie Atkins está buscando un ayudante personal y le he hablado de ti —señaló a Angie con la copa.

—¿En serio? —Su cara se iluminó para volver a entristecer de nuevo—. No me voy a hacer ilusiones, seguramente sea de chica para todo de un famoso.

—Es una oportunidad, Angie. Pensaba que no le hacías ascos a ninguna oportunidad.

—Y no se los hago. Ahora mismo estoy poco menos que desesperada. Pero no es el trabajo de mis sueños recogerle la ropa del tinte o sacar a sus perros de paseo.

—No tiene perros y no creo que te mande a recoger la ropa del tinte. Necesita a alguien que organice su agenda diaria, que le pueda ayudar a preparar contenido de los programas y que viaje con él si hace algún evento fuera de la ciudad.

—En ese caso, parece que no suena mal.

—Suena estupendamente —la animó Susan—. Es una nueva oportunidad para meterte en el mundo de los medios de comunicación. Ya sé que no es como dirigir una revista, pero puedes conocer gente interesante y está relacionado con lo que has hecho siempre y te gusta.

—Siendo así, me interesaría optar al puesto. Te daré un currículum antes de que te vayas.

—Nada de currículums. Charlie es un hombre sencillo. Se ha fiado de mi palabra y te espera mañana por la tarde en su casa para hacerte una entrevista personal.

—¡Por el amor de Dios, Susan! ¡Lo traías preparado y no me has dicho nada hasta ahora! ¿Y si mi respuesta hubiera sido no?

—Te conozco. Tu respuesta iba a ser sí. Es Charlie Atkins, ¿quién diría que no a trabajar con semejante comunicador?

LA ENTREVISTA DE TRABAJO

Afortunadamente, mientras se dirigía en coche a la nueva casa de Charlie Atkins ya se encontraba más repuesta del cansancio de la noche anterior, las chicas y ella se habían ido a dormir demasiado tarde. Parecía mentira que hicieran ese tipo de reuniones semanalmente y tardasen tanto en ponerse al día de la semana de cada una. Pero lo cierto era que lo pasaban muy bien juntas hablando de temas muy variados. Había pensado que Susan estaría presente durante la entrevista, pero al llegar y aparcar su coche en la dirección que le había facilitado no había rastro alguno del Chevrolet negro de su amiga.

Una gran casa de ladrillo rojo con unas preciosas ventanas blancas le dio la bienvenida. Sin duda, aquella poco menos que mansión, le tendría que haber costado una fortuna al locutor, si Susan iba a decorarla, desde luego que podía estar tan feliz como la había visto la noche anterior. No eran buenos tiempos para nadie. Ella misma había pasado de dirigir una revista a escribir apenas una veintena de artículos al mes de todo tipo de temas. Ya ni siquiera le estaba permitido escribir de lo que le apasionaba.

Pulsó el botón del timbre, pero no escuchó ruido alguno, así que no dudó en usar los nudillos para tocar firmemente a la puerta de la entrada. Treinta segundos después fue abierta por el propio Charlie Atkins en persona. Le había visto en las revistas, pero desde luego no causaba la sensación que imprimía el conocerle en persona. Era un hombre que al menos debía medir uno ochenta y cinco, con una constitución fuerte, una ancha espalda y unos músculos de los que la camiseta negra que lucía esa tarde daba buena cuenta. Aquel hombre era impresionante, como sus profundos ojos azules que la miraban intensamente, un color similar al del mar cuando una tormenta amenaza con llegar a la costa. Un pelo negro descuidadamente peinado que le caía por las sienes y una sonrisa de dientes blancos y perfectos que iluminó su rostro de facciones definidas y masculinas le dio la bienvenida.

—Buenos días, soy Angie Cooper —dijo carraspeando para recuperar la compostura.

—Sé quién eres. Te estaba esperando. Yo soy Charlie Atkins —le tendió la mano que ella estrechó.

Charlie escrutó a la mujer que tenía frente a él. Podría medir unos quince centímetros menos y poseía unas curvas de impresión, contundentes. El conjunto lo completaba una preciosa y rubia melena ondulada, un rostro de suaves facciones en el que sin duda destacaban sus ojos verdes oliva y unas largas pestañas. Unos labios carnosos que se abrían en una sonrisa nerviosa le saludaron.

—Susan te habrá hablado de mí, sin duda.

—Así es, y llegas puntual. Eso me gusta. Adelante, pasa, a la izquierda —le indicó mientras se apartaba de la puerta para dejarle paso y a continuación cerrarla. Caminó detrás de ella admirando la firmeza de los movimientos de aquella mujer.

—Una casa muy bonita.

—Una casa inacabada, pero tengo fe en Susan. Toma asiento —señaló una mesa de camping con cuatro sillas plegables—. No puedo ofrecerte nada mejor, espero que disculpes mi caos momentáneo. De momento solo tengo estos muebles de campaña.

—Como en el ejército —bromeó ella tratando de eliminar tensión. Se estaba jugando mucho en aquella entrevista.

—Podría haberte pedido que nos viéramos en mi despacho de la emisora de Austin, pero quería que fuera en un lugar más neutral. Aunque viéndote así de tensa —observó cómo estaba sentada en el borde de la silla con la espalda recta—, creo que no he acertado mucho.

—Lo siento. Para serte sincera hace mucho que no tenía una entrevista de trabajo. Al menos no presencial.

—Pues quiero que te relajes —le sonrió de nuevo—. No tengo práctica en esto y quiero que sea lo más sencillo posible o yo también me terminaré poniendo nervioso.

—De acuerdo —le sonrió ella relajando un poco los hombros. Si él también se sentía algo intimidado le resultaría más sencillo.

—Así me gusta más. Susan me ha dado buenas referencias de ti. Iré al grano y así terminaremos con la tensión. Mi productora lleva años insistiendo en que contrate a alguien. Nunca he querido, porque me gusta mantenerme ocupado, pero con esto de la casa, actualmente me encuentro desbordado, así que me gustaría contar con alguien que me ayude a organizar la agenda diaria además de ocuparse de los detalles cuando viajo por trabajo. ¿Experiencia al respecto?

—No voy a ocultar la situación, en realidad sería la primera vez que hago de ayudante de alguien.

Charlie frunció el ceño. Si no sabía cómo ser ayudante, ¿cómo se suponía que iba a poder llevar a cabo aquellas tareas?

—Entonces, señorita Cooper —le habló en tono formal—. ¿Por qué Susan me la ha presentado como candidata?

—Bueno —se tensó de nuevo—, podría mentirle ya que ni siquiera me ha pedido un currículum, pero nunca he hecho ese tipo de trabajo. Solo que Susan sabe que necesito trabajar y pensó que dado mi pasado en prensa...

—¿Has trabajado en prensa? —se mostró interesado en ello recuperando el tono informal.

—Sí, llevo toda mi vida haciéndolo, hasta hace un año. La crisis ha azotado duro y la revista donde trabajaba cerró.

—Así que eres periodista.

—No oficialmente. Digamos que soy una especie de articulista. De hecho sigo trabajando en ello de forma *freelance*.

—Eso de nuevo inclina la balanza hacia ti. Veo que podrías resultar muy útil. Puedes echarme una mano en la investigación de los reportajes o la confección de los mismos.

—Me gustaría mucho hacerlo. Lo he echado de menos.

—¿Qué te parece si probamos una semana? —dijo de repente apenas sin pensarlo. Angie le transmitía buenas vibraciones. Algo le decía que debía contratarla sin esperar a entrevistar más candidatos—. Si ambos estamos satisfechos podríamos negociar el sueldo y firmar entonces el contrato. Te pagaría la semana de prueba, por supuesto. Pase lo que pase. No soy un hombre de grandes lujos, exceptuando esta casa, así que pienso ser generoso en ello.

—Suena bien.

—Perfecto entonces —dijo Charlie levantándose de la silla y tendiéndole la mano que ella estrechó al levantarse de su asiento—. ¿Podrías comenzar mañana?

—Sin problema.

—Comenzaremos aquí por la mañana sobre las ocho, tenemos que organizar que los operarios que vengan hagan su trabajo mientras no esté Susan para ello. Quiero explicarte como trabajo durante la mañana. Por la tarde iremos a Austin, donde tendremos una reunión de contenidos con el equipo de *Siete días en Texas*, mi programa.

Su primera idea había sido la de contratar a un hombre como ayudante, pero finalmente aceptó entrevistar a una mujer porque le caía bien Susan y quería darle una oportunidad a su amiga, ya que tan buenas referencias había recibido. Aunque no le había dicho que no tenía la más mínima experiencia como ayudante. No obstante su experiencia en los medios, en prensa escrita, le podría venir bien. Le daría una oportunidad y verían que sucedía. Angie le había gustado, parecía inteligente, resuelta y decidida. Y lo más importante de todo: no había intentado coquetear con él, algo que aún no podía soportar que las mujeres hicieran.

UN NUEVO TRABAJO

Charlie se levantó temprano esa mañana y de camino a su nueva casa de Manor, donde había quedado con Angie, se detuvo a comprar sendos cafés y bollos para desayunar. Quería dar buena impresión y ser un jefe amable. Con su equipo de la emisora solía hacerlo de vez en cuando. No estaba demás, ya que su vida social se remitía al entorno laboral. Hacía mucho tiempo que no se permitía nada más en su tiempo libre, porque su mejor terapia desde hacía seis años, era el trabajo.

Durante algo más de dos horas, Charlie explicó concienzudamente cómo trabajaba a Angie. Esperaba que su falta de experiencia como ayudante jugase a su favor. Angie, por su parte, se encontraba cómoda con Charlie, al llegar se había encontrado un desayuno informal que no había imaginado. Aún era pronto para juzgarlo, pero tal como decía Susan, parecía que era un tipo sencillo.

—Podrás consultar mis correos electrónicos. Te haré un reenvío automático. Así estarás tan informada como yo de todo —le informó mientras subían en el ascensor hasta la planta veinte del edificio de Austin donde estaba localizada la emisora de radio.

—De acuerdo —contestó escuetamente ella prestándole toda la atención de la que era capaz. Llevaba toda la mañana memorizando datos e información que él le daba y comenzaba a sobrepasarle.

—Lo siento —sonrió con aquella sonrisa de dientes perfectos posando sus azules ojos en los de ella—. Creo que estoy siendo como un manual de instrucciones contigo. Demasiada información en muy poco tiempo, ¿verdad?

—Estoy bien —dijo ella con poco convencimiento—. Lo iré procesando todo en mi mente.

—Podrás relajarte a partir de ahora. Solo tendrás que verme trabajar con mi equipo. Quiero que lo hagas, al menos al principio. Por si algún día necesito de tu ayuda para los contenidos. En unos días te dejaré libre y podrás usar ese tiempo si deseas escribir algún artículo.

El ascensor se abrió y una mujer morena, alta y delgada con un tenso moño en la nuca, que debía rondar la cuarentena miró con los brazos en jarras a Charlie.

—Me ha dicho el recepcionista que estabas subiendo. No tenemos tiempo que perder, hemos perdido la entrevista con el concejal de obras. Tenemos que buscar alguna alternativa y más vale que se te ocurra alguna buena —le espetó a bocajarro.

—Yo también te deseo buenos días, Candace —le respondió Charlie con tranquilidad saliendo del ascensor mientras Angie le seguía un paso por detrás.

—Perdona, Charlie —se relajó y mostró un atisbo de sonrisa—. Parece que hoy me persiguen los problemas y he tomado demasiado café. Buenos días a ti también.

—Así está mejor. Hoy vengo acompañado. Te he hecho caso y he contratado a una ayudante —dijo pasando el brazo alrededor de su asistente y atrayéndola hacia sí para presentarla—. Ella es Angie Cooper. Trabaja en prensa escrita como *freelance*.

—Un buen fichaje entonces. Perdona mis modales, Angie —le sonrió ahora de forma franca tras analizarla en un rápido vistazo—. Soy Candace Martin, la productora del programa de Charlie. Bienvenida a bordo.

—Candace es un poco estricta en cuanto al trabajo, pero siempre trata de ayudar. Bajo esa fachada de mujer de hielo, se esconde una gran persona —le confesó Charlie a Angie horas después mientras tomaban unas cervezas en un local cercano a la emisora. Charlie había invitado también a Candace, pero ésta prefirió permanecer en el despacho algo más de tiempo.

—Ya veo —respondió Angie observando el local. Nunca había estado en aquel lugar y resultaba agradable, era muy country para hallarse en una ciudad moderna como Austin, una no muy alta música country acompañaba las bebidas de los pocos clientes que había a esa hora.

—Por si te lo preguntas, no, no me acuesto con Candace ni con ninguna de las mujeres de la redacción. No llevo las relaciones laborales más allá.

Angie centró su atención en el rostro de Charlie ¿Había pensado que aquello le preocupaba?

—Yo no... creo que no era necesaria esa aclaración. No había pensado eso.

—Quiero que sepas que sé mantener las distancias —le dijo muy serio bebiendo un sorbo de cerveza.

—¿Crees que yo no? —preguntó Angie igual de seria que él. ¿A qué demonios venía aquella afirmación?

—Lo siento. No he querido decir eso. Solo quiero que sepas cómo soy. No quiero que comiences a hacerte eco de los rumores de la prensa.

—Hace tiempo que no leo ese tipo de prensa.

—No conocía este local —dijo ella rompiendo el incómodo silencio que se había cernido sobre ellos con aquella confesión del locutor. Charlie Atkins podía ser encantador, pero al parecer estaba muy desentrenado en lo que se refería a tratar con el género femenino.

—Es uno de mis lugares favoritos —dijo Charlie agradeciendo que ella hubiera roto el silencio. Aun no entendía por qué diablos le había tenido que aclarar a su nueva empleada aquello de que no mantenía relaciones sexuales con las mujeres con las que trabajaba. ¿El siguiente paso hubiera sido decirle que casi todas lo habían intentado y que él siempre había respondido con un rotundo no? ¿Qué le podía importar aquello a ella?

—Ha de parecerse a tu viejo hogar —dijo ella señalando que era como una taberna country de una zona rural.

—Veo que te han contado lo del *cow-journalist* —le sonrió apoyándose en la espalda de su silla. Hacía tiempo que la prensa y algunos colegas le habían puesto aquel apodo, vaquero-periodista. Pero más allá de incomodarle le hacía sentirse orgulloso de sus orígenes, algo que no quería olvidar nunca.

—Algo he oído. Eres un chico de campo que vino a cumplir sus sueños radiofónicos a Austin hace algunos años.

—Porque la emisora local se me quedaba pequeña —respondió con disgusto. Esa solía ser la explicación que daban algunos de sus rivales en las ondas.

—Apuesto a que esa parte de la historia no es cierta —Angie nunca se la había creído. Y después de conocerle, menos aún.

—No, no lo es. Tuve otros motivos para venir aquí. No soy tan ambicioso.

—Suena como si te arrepintieras de haberlo hecho.

Aquello era difícil de contestar. Y triste.

—Era lo que tenía que hacer en aquel momento —respondió ocultando en su cerveza algún dolor profundo que Angie advirtió en el azul de sus ojos.

—Lo siento. Quizás he sido algo indiscreta...

—No es nada —le sonrió levemente con intención de cambiar de tema—. Un buen reportero siempre es indiscreto ¿Te ha gustado el mundo de la radio desde dentro?

—Lo había visitado en alguna que otra ocasión con un amigo que colabora de vez en cuando en otra emisora. Pero me sigue sorprendiendo la cantidad de trabajo que hay detrás de cada programa. Muchos oyentes seguramente ni se lo imaginan. Y lo de las entrevistas en falso directo es un truco muy hábil.

—La magia de la radio. Somos vendedores de ilusiones. Si tienes una entrevista grabada y se lo dices a los oyentes, que es grabada, pierde frescura, así que las hacemos como si fuera en directo. Aunque trabajamos el doble y personalmente prefiero el directo. Cuando se trata de políticos están menos relajados, pero a la vez les puedes pillar con la guardia baja y obtener informaciones más jugosas. Pero en la mayoría de las ocasiones, su agenda no coincide con el horario del programa y no es posible que sea en directo.

—Los periodistas y sus trucos.

—Benditos trucos —dijo apurando la jarra de cerveza y mirando su reloj de pulsera—. Escucha, es tarde, deberíamos volver a Manor. Pero necesito recoger un par de cosas en mi apartamento de la ciudad antes de irme, planeo dormir en mi nueva casa, ya que quiero hablar con Susan a primera hora.

—Por mí no hay problema.

—Pensé que sería buena idea venir juntos para aprovechar el trayecto e irnos poniendo al día, pero ya no estoy tan seguro de ello. Probablemente tengas trabajo pendiente y estoy reteniéndote —dijo Charlie sintiéndose culpable.

—Estoy bien —sonrió tratando de tranquilizarlo—. No tengo trabajo pendiente. Y ha sido buena idea, necesito empaparme de todas mis funciones para estar al cien por cien como tu asistente en poco tiempo.

—Siéntete como en tu casa —le dijo Charlie al entrar en el apartamento dejando las llaves en una pequeña cesta del mueble de la entrada.

—Podía haber esperado en el coche —se quejó ella.

—No podías, porque voy a pedir algo de cena, no puedo permitir que además de entretenerme, regreses a casa con el estómago vacío.

—No es necesario... puedo esperar a regresar a casa.

—Insisto. Además, yo aún ni siquiera tengo cocina en Manor. ¿Comida china te parece bien? ¿Tallarines? ¿Rollitos de primavera?

—Está bien. Me parece perfecto —asintió observando la estancia. La cocina y el salón compartían espacio. Una gran pantalla plana, dos grandes sofás de piel negro y un sillón relax del mismo material llenaban la sala de estar.

—Estás en tu casa. Puedes investigar libremente si lo deseas.

—¿No te importa? —preguntó ella.

—Para nada. Adelante. Mientras tanto llamaré para pedir la cena y cogeré lo que necesito.

Angie pudo observar al menos tres habitaciones, en una de ellas, la principal y en la que había entrado Charlie podía ver desde la puerta una gran cama en una estancia pintada en dos tonos azules, muy masculino. Estaba claro que allí vivía un hombre solo y no había el más mínimo atisbo de algo femenino en ella. Disponía de una habitación de invitados de un color verde neutro, también con una gran cama blanca y un par de mesillas de noche a juego. Abrió otra puerta y encontró un espacioso baño con cabina de ducha y una bañera hidromasaje. Con el tiempo ella también podría permitirse poner una así en su baño. La tercera habitación le sorprendió ya que en vez de encontrar otro dormitorio lo que vio fue un despacho, y entró en ella. Aquella habitación era más que un despacho, era el santuario de un cowboy orgulloso de serlo. Los muebles parecían antiguos, roble o quizás cedro. El aroma de aquellas maderas era inconfundible a pesar de su edad. Fotografías de lo que suponía podría ser el rancho donde había crecido Charlie adornaban las paredes. Al igual que un cinturón de campeón de rodeo.

—Eso fue hace mucho tiempo —le dijo a sus espaldas al verla observar el cinturón—. Era joven y estúpido. Quería adrenalina y la tuve. Un buen golpe en la espalda me devolvió el sentido común.

—Lo siento.

—Ya casi se me ha olvidado. Hará cerca de veinte años pronto. Lo que me recuerda que soy casi un anciano —rio él.

—No creo que lo seas —se giró Angie a mirarlo. Anciano sería la última palabra para describir a aquel hombre de pelo negro y dientes blancos.

—Quizás tener treinta y cinco años no sea ser un anciano en la vida real, pero para alguien que se dedica a montar toros en rodeos, te aseguro que sí.

—¿Eso significa que no lo volverás a hacer?

—Como te digo recuperé el sentido común hace años. Pero seguro que tú sí que podrías si te lo propusieras. No eres una anciana —le dijo esperando que ella le confesara su edad. Era algo que no le había preguntado.

—En ese aspecto me temo que soy casi tan anciana como tú —le miró adivinando que había algo más detrás de aquella insinuación—. Si querías conocer mi edad podías haberme pedido un currículum o preguntarme directamente. Aun no tengo tanta como para ofenderme con la pregunta.

—Eres muy perspicaz —sonrió cruzándose de brazos—. Una buena cualidad para este trabajo.

—¿Es tu habitación favorita, verdad? —le preguntó para dejar aquella pregunta de la edad sin contestar.

—Lo es —Angie percibió un atisbo de orgullo vaquero en su voz. Aquel hombre podía jugar a ser periodista y ser uno de los buenos, pero su corazón era el de un vaquero—. Y algo me dice que a ti también te gusta.

—Yo también me crié en una zona como la de las fotografías. Me gustaba visitar los ranchos donde trabajaban los padres de mis amigas.

—Pues espero que trates de convencer de ello a tu amiga Susan. Odia esta habitación. Más bien la decoración. No se ha atrevido a decirlo, pero creo que piensa que es el refugio de un paleta.

—No creo que ella opine eso. Solo que ella tiene unos gustos más refinados.

—Pues lo siento por sus gustos. Con el resto de mi nueva casa tiene vía libre, pero en cuando al despacho, mi posición es inamovible. Quiero esto mismo allí.

—Contarás con mi apoyo para ablandarla, si sirve de algo —le dijo y ambos sonrieron.

—Espero que ejerzas más influencia sobre ella que yo —le dijo ojeando los muebles nuevamente—. Susan no lo entiende. Este despacho hace que me mantenga con los pies sobre la tierra. Este despacho impide que se me olvide quién soy y de dónde vengo. En este mundo de los micrófonos, las revistas y la prensa sensacionalista es fácil que te suceda, puedes olvidarte de tu vida de antes. Aun a mi nivel, hay demasiada superficialidad.

—¿Acaso te arrepientes de haber tomado este camino?

Charlie agradeció escuchar el timbre de la puerta. No le apetecía contestar aquella pregunta. Últimamente se encontraba más solo que nunca y sin rumbo fijo. Comprar una casa en una ciudad más pequeña había sido la forma de ocupar su tiempo y de invertir algo del dinero que llevaba ganando en los últimos años. Era un hombre de éxito, ganaba una suma más que considerable, pero estaba al igual que hacía seis años, solo en Austin.

—Tengo treinta y uno —dijo Angie tratando de romper el silencio que se había instalado entre ellos desde la pregunta que le había hecho antes de venir el repartidor asiático. Estaban sentados en la barra de la cocina degustando los tallarines.

—Pensaba que no pasarías de veinticinco —le respondió esbozando una leve sonrisa mientras la miraba un segundo.

—Se agradece la mentira, pero no es necesario —Angie soltó los palillos y se limpió los labios con la servilleta antes de volver a hablar—. Discúlpame por lo de antes. Mi intención no era molestarte. Si alguna vez te pregunto algo y crees que soy indiscreta, puedes decirme que me meta en mis asuntos. No me ofenderé.

—Discúlpame tú a mí. Creo que mis habilidades sociales están un poco desentrenadas.

—Eso es imposible, eres un gran comunicador.

—Eso no es más que trabajo. Y cuando voy a las comidas o cenas que me obliga la emisora, no hay más que conversaciones insustanciales. Es una extensión del trabajo.

—Seguro que tienes más conversación con tus amigos o con las mujeres con las que sales —replicó Angie recuperando de nuevo los palillos para atrapar los tallarines.

—¿Sabes que soy un buen cocinero? —cambió Charlie de tema para desviar la conversación, aquello era algo a lo que tampoco le apetecía contestar.

—¡No me digas! —se burló notando que tampoco iba a sacarle más información acerca de los amigos o de las mujeres con las que salía. Un hombre como aquel debía contar con cientos de amigos y tener mujeres detrás de él a docenas. Si fuera poco su atractivo natural, la fama también jugaba a su favor. Aunque no recordaba haber leído nada acerca de mujeres. Le preguntaría a su amiga Terry, que era la experta en prensa rosa.

—Lo sé —rio él—. No hemos empezado con buen pie. Dos de dos en comida a domicilio no es una buena carta de presentación. Pero te prometo que cuando tenga mi cocina en Manor te haré algún guiso que te haga suspirar.

—Tendré que decirle a Susan que se dé prisa en terminar la cocina. Quiero saber si estás tratando de tomarme el pelo o es real lo que dices.

—¿Crees que los cowboys no sabemos cocinar?

—Confío en que los cowboys del siglo veintiuno sepan hacer algo más que unas lonchas de *bacon* y unos huevos fritos en un fuego a campo abierto.

Esa noche, cual adolescente con un cambio en su vida, dio varias vueltas en el colchón sin estructura que había llevado a su nueva casa de Manor. Sin duda la compañía de Angie le vendría bien. Ya era hora de desenterrar las habilidades sociales que solo salían a la luz cuando veía a su familia, algo que no sucedía demasiado a menudo. Necesitaba una amiga.

PREPARANDO UN VIAJE

—Me estoy volviendo completamente loca—sentenció Angie en voz alta nada más despertar mientras se incorporaba en la cama peinándose la rubia y ensortijada cabellera con sus dedos. Sin duda el haber lidiado durante los últimos dos meses con todos los albañiles, carpinteros, fontaneros y demás que acudían a la nueva casa de Charlie hacía que estuviera bastante estresada. Esa podía ser la causa de aquel sueño o pesadilla: Charlie le había declarado su amor en la emisión en directo de su programa. Lo cierto es que Charlie estaba muy bien físicamente y además era una gran persona. En aquellos dos meses que llevaban trabajando codo con codo se habían adaptado el uno al otro muy bien y compartían una muy buena relación laboral. Sueños aparte, solo podían ser amigos y aquello que había soñado no iba a ocurrir jamás.

Con algo de cafeína en el cuerpo y la mente más despejada, consultó los correos electrónicos de Charlie mientras apuraba su segunda taza de la mañana sentada en uno de los taburetes de su cocina. Desde el famoso programa de televisión del septuagenario Frank Maxwell, le pedían a Charlie que les concediese una entrevista en Dallas. Charlie también le había enviado un mensaje al móvil hacía unos minutos mostrándose feliz con aquella propuesta. Sin duda alguna, aquella sería la prioridad de la mañana.

Las sierras de los carpinteros trabajando en el montaje de los armarios de la planta superior se comenzaron a escuchar nada más Angie aparcó el coche en la entrada de la casa.

—¡Buenos días!—dijo al entrar por la puerta principal. Normalmente a su saludo le seguía otro idéntico de Charlie. Pero esa mañana no sucedió. Miró a la conocida como *mesa de campaña* que aún usaban para trabajar cada mañana y no lo vio sentado a ella, como era costumbre. Desde luego no lo culpaba por abandonar el barco con todo aquel ruido de sierras y martillos continuo.

Decidió subir a buscarlo, quizás estaba observando a los carpinteros o dando alguna orden de última hora, pero una vez hubo recorrido la segunda planta y habiendo saludado a los trabajadores, no lo halló. Dispuesta a bajar, se detuvo en una de las ventanas de la planta superior que daba a la parte trasera de la casa, donde estaban el jardín y la piscina. Si sus ojos no la engañaban, Charlie estaba nadando.

—¡Buenos días!—le saludó al llegar al borde de la piscina. Él, en un par de grandes brazadas, alcanzó el borde de la piscina.

—Buenos días—dijo sonriéndole. Al parecer Charlie estaba de buen humor esa mañana.

—No sabía que habían llenado la piscina.

—Ayer a última hora. Era demasiado tarde entonces, pero hoy no me he resistido. ¿Te apetece probar el agua?

—No, gracias. No sé nadar.

—¡Vaya! Quizás podamos solucionarlo. Puedo enseñarte cuando quieras.

—Un día de estos—dijo Angie cerrando la conversación. Sabía que no era probable que llegase aquel día. No se sentía demasiado cómoda estando en bañador delante de un hombre. No aún.

Charlie giró en el agua impulsándose con los pies en la pared de la piscina para nadar hasta el otro extremo y hacer varios largos más. Los movimientos de aquel hombre bajo el agua eran precisos y elegantes. Cuando consideró que había tenido suficiente ejercicio se acercó a una escalerilla lateral desde donde comenzó a salir de la piscina.

Angie tuvo una de las visiones más perturbadoras de su vida al ver a Charlie salir de la piscina. En todo aquel tiempo jamás le había visto sin ropa y ahora solo le cubría sus partes pudientes un pequeño calzoncillo bañador. El resto de su anatomía estaba al desnudo mostrando unos musculados brazos y piernas y un fornido torso con los abdominales y pectorales bien marcados. Si el abandono total del riego sanguíneo de su cuerpo le permitía poder recordar las estatuas de Miguel Ángel o las imágenes de los Dioses griegos al menos por un momento, desde luego que Charlie era una de aquellas famosas estatuas materializada en carne y hueso. El sol de la mañana brillaba y hacía que las gotas de agua del cuerpo del locutor destellasen antes de ser secadas lentamente con una toalla que había dejado tendida en una de las sillas del jardín.

Charlie fue consciente de la mirada que Angie le estaba cerniendo desde que había salido de la piscina. Pero en esta ocasión, en vez de sentirse incómodo como siempre sucedía, le resultó halagador y divertido a partes iguales. Angie era su amiga, y era segura al respecto.

—¿Qué estás pensando?—le preguntó tratando de desconcertarla.

—Ehmmm...—balbució tratando de recuperar la compostura para poner a su cerebro a trabajar—. Estaba mirando aquel seto—señaló justo detrás de él—. Necesita una buena poda.

Charlie le ofreció una sonrisa lenta y se giró para mirar a sus espaldas el seto que ella había señalado. Le agradó la rapidez con la que la mente de Angie había salido del apuro. Admiraba aquella capacidad de solucionar los problemas, tanto en el trabajo, como en aquel instante.

—Bueno, aún queda mucho por hacer por aquí. Puede que lo haga el domingo.

—Si necesitas ayuda, solo dímelo.

—Creo que podré hacerme con él—dijo ciñéndose la toalla a la cintura una vez se hubo secado el pelo. Miró hacia las ventanas de su casa—. Con quien necesito ayuda es con los carpinteros. Por el amor de Dios, ¿les has escuchado?

—Desde que he llegado.

—Apenas les soporto. Hace más de dos meses que toda esta locura comenzó.

—Susan dice que valdrá la pena una vez haya terminado. Y yo también lo creo.

—Más le vale que sea cierto. Dame cinco minutos para darme una ducha. Podríamos trabajar aquí fuera, en la mesa del jardín. Al menos no escucharemos la sierra tan cercana. Y nos vendrá bien tomar un poco de sol.

—Por mí, perfecto. Hace buen día—respondió colocando las agendas sobre la mesa del jardín para tomar asiento.

Vio a Charlie alejarse para entrar en la casa. Se deleitó admirando la anchura y los músculos de su espalda, sus brazos bien torneados y sus estrechas caderas. El sueño de la noche anterior le había dejado huella, sin duda. Se había comportado como una hembra en celo al verlo salir de la piscina, quedándose embobada mirando su cuerpo. Odiaba el haberse comportado de aquella forma delante de él, ella jamás valoraba a las personas por su físico. Detestaba pensar que él se hubiera dado cuenta de ello. Aunque si así había sido, no le había mostrado gesto de disgusto alguno o se lo había pasado por alto. Quizás se había tragado la excusa del seto, aunque mucho se temía que Charlie era demasiado inteligente para ello. Pero no lo había podido evitar, Charlie era demasiado en todo, atractivo, inteligente... y al fin y al cabo, aunque se consideraba una profesional, ella era una mujer y no era de piedra al ver a un ejemplar semejante delante.

—Mi prioridad es hablar de la entrevista en Austin—dijo volviendo a salir fuera de la casa diez minutos después. Ahora vestía unos gastados jeans con una camiseta blanca y unas botas marrones.

—Por supuesto. Es una gran oportunidad.

—Sinceramente, quiero hacer esa entrevista en Dallas.

—Me parece una buena idea. Y aunque no me has hablado de ello, y no tienes que hacerlo si no quieres, se rumorea desde que comenzaste la última temporada de tu programa que habías reducido de diario a semanal porque tenías intención de dar el salto a televisión.

—No entiendo de dónde salen esos rumores, porque no recuerdo haberlo comentado con nadie—se revolvió Charlie incómodo en el asiento.

—Sea como fuere. Quizás esta petición de entrevista sea una estrategia por parte de la cadena para hacerte una especie de prueba de cámara encubierta. Para ver cómo te desenvuelves y el impacto social que genera. En estos tiempos no se suele dar puntada sin hilo.

—Una de tus muchas cualidades —dijo Charlie esbozando una sonrisa—. Tu gran intuición. Nunca le agradeceré lo suficiente a Susan que te sugiriese para trabajar conmigo. Opino lo mismo.

—Déjate de zalamerías —le sacó la lengua—. ¿Quieres que averigüe las condiciones y trate de conocer acerca de que hablarán contigo?

—No soy el tipo de hombre que pacta una entrevista. Ni tan siquiera soy una estrella para hacer tal cosa.

—No hablo de pactar la entrevista. Simplemente hablo de conocer algo más. Para que puedas prepararla mejor.

—De acuerdo, hazlo. Es posible que tengas razón.

—La entrevista sería en el programa del jueves que viene y aunque con Frank Maxwell nunca se sabe, solo quieren hablar contigo de tu carrera, anécdotas, ese tipo de temas —le dijo al final de la tarde recitando lo que había apuntado en su libreta. Había hecho averiguaciones al respecto mientras él grababa unas entrevistas telefónicas en la emisora. Ahora ambos estaban en el pequeño despacho de él.

—Suena bien —dijo desde el otro lado de la mesa—. Acepta.

—El viernes habrá una cena a la que estás invitado —le informó ella que aún se mantenía de pie—. Y el sábado por la mañana podremos volver a Austin en el primer vuelo con tiempo para que hagas el programa en directo.

—No me apetece ir a cenas —apuntó Charlie retomando la primera parte de la explicación.

—Eso me han dicho que dirías, se ve que te conocen, pero insisten. Al parecer es algún tipo de acto benéfico y les vendría bien tu presencia.

—Está bien —se rindió madurando una idea en su mente.

—Perfecto. Si no tienes esmoquin deberás decírmelo para alquilar uno con tiempo en Dallas.

—Tengo esmoquin, gracias. Tú también deberás buscar un vestido de noche —le dijo mirándola fijamente a los ojos mientras unía las manos encima de la mesa.

—¿Yo? —preguntó sorprendida.

—Necesitaré que alguien me acompañe a la cena.

—En ese caso puedo conseguir a alguna famosa que acuda sola a la cena. En estos casos, se suele hacer y puedo...

—¡No! Ni hablar. No quiero una acompañante extraña. Quiero que vengas tú.

—Yo no pinto nada ahí. No soy famosa, ni guapa ni estilosa. Una mujer de esas características podría ser muy conveniente porque...

—No quiero una famosa —se tornó serio, interrumpiéndola para levantarse y ponerse de espaldas a ella mirando por la ventana—. No quiero rumores en prensa ni que una extraña por famosa que sea, piense que todo ha sido un amaño para conocerla. No quiero complicaciones.

—¿No hay ninguna mujer que te pueda hacer cambiar de idea? ¿Ninguna que quieras conocer?

—Ninguna.

—Te advierto que cuando me muevo en un entorno que no es el mío me puedo volver un ser antisocial —le respondió Angie intentando quemar su último cartucho.

—Correré el riesgo —sentenció Charlie sabiéndose victorioso.

—¿Y no quiere ir con ninguna famosa? —le preguntó su amiga Susan esa noche mientras todas tomaban una copa de vino en su habitual reunión semanal.

—No. Se empeñó en que tenía que ir yo a esa cena. No lo entiendo.

—Quizás le gustes.

—¡Por el amor de Dios, Susan! No soy su tipo ni de lejos, no hay más que mirarle a él y mirarme a mí. Él juega en otra liga. Ese pez tan gordo no es para esta humilde pescadora de estanque.

—¿Me vas a decir que no te gustaría? —preguntó Susan.

—En sueños, Susan. En la vida real esas cosas no suceden.

—¿Ah, no?

—No.

—Pierce Brosnan, Hugh Jackman —dijo Susan—. Pierce está casado con una mujer de curvas contundentes. Y la esposa de Hugh tiene al menos diez años más que él. Y en la vida real como tú dices, hay muchos más casos que conocemos.

—No trates de convencerme de algo que no estoy dispuesta a comprobar.

—Quizás quiera que le protejas —opinó Terry entrando en la conversación. Había estado meditando el comportamiento del locutor.

—Si la idea de Susan era absurda, la tuya no se queda atrás. Ese hombre debe medir casi uno noventa. No tendría muy buen ojo para elegir guardaespaldas si me elige a mí, ¿no crees?

—No hablo de una protección en ese sentido.

—Ahora me tienes intrigada.

—A mí también —terció Susan.

—De los rumores. Siempre ha existido el rumor, pero cada vez se escucha más.

—¿Y el rumor es? —se interesó Angie.

—Que pueda ser gay.

—¡Charlie no es gay! —Resopló Angie—. Me habría dado cuenta si mirase a los hombres de alguna forma diferente. No lo hace y no hay un solo gesto que indique que lo sea.

—¿Y cómo mira a las mujeres? —quiso saber Terry.

—Normal —respondió Angie. Lo cierto era que tampoco parecía tener ningún interés en las mujeres. Desde que lo conocía, o las escondía muy bien, o no le había visto salir con nadie.

—Es decir, que mira por igual a mujeres y hombres.

—Sí, podría decirse eso.

—Quizás sea impotente —añadió Susan como motivo.

—O quizás extraterrestre —señaló Angie—. Estamos haciendo una montaña de un grano de arena. Quizás no le interese tener una conversación insulsa con alguien que no conoce.

DALLAS

Le había dado muchas vueltas al asunto desde que había hablado con sus amigas y no había hallado ninguna razón que la dejase totalmente satisfecha acerca de la negativa de Charlie a ir a aquella cena con una exuberante famosa colgada del brazo. El argumento esgrimido por él era que no quería complicaciones ¿a qué tipo de complicaciones podría referirse? Angie no quería ser indiscreta al respecto y él no le había dado ninguna explicación más. Habían hablado del viaje durante la semana anterior, habían ido en taxi hasta el aeropuerto Bergstrom, pero ni una palabra de aquello.

—Me estoy poniendo nervioso con tanto ensayo —dijo Charlie tras usar la primera media hora del vuelo para hacer una especie de simulacro de la entrevista. Angie hacía de Frank Maxwell.

—Nunca te había visto así. ¿Necesitas un tranquilizante? —respondió divertida ante el repentino ataque de nervios de Charlie.

—No te rías, por favor —le dijo en tono grave poniendo la mano izquierda en su frente intentando aliviar la tensión.

—Lo siento. Estoy contigo —respondió comprensiva a la vez que posaba una mano sobre la suya que estaba recostada en el reposabrazos del asiento.

—Gracias —le agradeció sinceramente aquel gesto girando su mano para cruzar los dedos con los suyos y apretarla suavemente. Le reconfortaba aquel contacto—. No es la primera vez que salgo en televisión, pero sé que esto es algo más. Es posible que me estén analizando.

—Lo sé. Solo debes olvidarlo un poco. Ser tú mismo, como en tu programa de radio y todo irá bien. Ahora olvidemos el asunto aunque sea por un rato. Podemos repasar tu agenda de la próxima semana.

—Podríamos tomar un whisky.

—Tus nervios tendrán que esperar hasta tocar tierra, en este vuelo tan corto no sirven alcohol.

—Entonces será lo primero que hagamos tras tocar tierra. Tomarnos una copa los dos.

Pero nada más bajar del avión, al salir de la terminal, un grupo de personas reconocieron a Charlie y le pidieron fotografiarse con él, además de autógrafos y saludos varios que atendió con una gran sonrisa y mucha paciencia. También los estaba esperando el chófer que había enviado la cadena para llevarles al hotel.

—¿Nos tomamos ese whisky? —preguntó la voz de Charlie al otro lado de la línea interna del hotel.

—¿No prefieres que almorcemos antes? Tenemos el estómago vacío.

—Aún es temprano. No nos pasará nada. ¡Vamos! Trae el whisky del minibar. Te espero en mi habitación. Cinco minutos.

—Está bien —respondió ella de mala gana colgando el teléfono.

—He traído hielo de la máquina del pasillo —dijo alzando un cubilete mientras Charlie le abría la puerta de la habitación para a continuación quedarse estupefacta mirándolo de nuevo. Al parecer se acababa de duchar y solo tenía como prenda una toalla ceñida a su cintura.

—Chica lista —le sonrió—. Siéntate.

—Puedo volver luego —dijo ella notando que se le subía la sangre a la cara.

—Tomemos ese whisky. Me lo prometiste.

—Pero aun estás así —dijo señalándolo de arriba abajo mientras se ruborizaba.

Charlie sonrió al darse cuenta del rubor que acababa de aparecer en las mejillas de Angie.

—Me han llamado por teléfono y no me ha dado tiempo a vestirme. Pero no me impide tomar esa copa contigo. Ponte cómoda.

Angie tomó asiento en una de las butacas y cruzó las piernas. Charlie sirvió diligentemente sendos vasos de whisky con hielo y le pasó uno antes de sentarse en la otra butaca quedando frente a ella. Subió su vaso en un gesto de brindis y tomó un trago largo del ambarino líquido que le bajó cálido por la garganta reconfortándolo.

—Si deseas vestirme, puedes hacerlo.

—¿No te importaría si me vistiese delante de ti? —respondió Charlie divertido con la situación.

—Quiero decir —carraspeó ella—, en el baño.

—Puedo esperar. Estoy bien. ¿Te incomoda?

—No, para nada. Lo decía por ti. Quizás el incómodo podrías ser tú. Delante de una mujer, ya sabes.

—No siento incomodidad alguna delante de ti —sabía que estaba mal lo que estaba haciendo, pero le divertía sobremanera ver cómo sus mejillas de ella cambiaban de color nuevamente tornándose encarnadas. Una mujer de treinta y un años sonrojándose por algo como aquello era poco común.

Angie estudió atentamente las masculinas facciones y descubrió una mirada traviesa en sus ojos. ¿Charlie estaba jugando con ella?

—Creo que es hora de irme —dijo mirando el reloj antes de apurar el resto líquido del vaso que pasó como fuego por su garganta.

Se levantó y se encaminó hacia la puerta sin mirar atrás. Al llegar a ella se giró para despedirse y se encontró con Charlie justo detrás que en un hábil movimiento la cercó con su cuerpo poniendo una de sus manos en la puerta evitando su apertura y la otra en la pared, dejándola en aquel triángulo comprendido entre ambos lugares. Angie miró los brazos que parecían barrotes de aquella cárcel de la esquina de la habitación y luego le miró a él, adivinando una mirada juguetona en sus ojos.

—¿Por qué te pones tan nerviosa? —preguntó al ver como la respiración de ella se aceleraba.

—No juegues conmigo —le suplicó con voz atribulada tragando saliva.

—¿Y qué si quiero jugar un poco? —le dijo con un suave tono de voz acercando el cuerpo al suyo, lo que hizo que Angie se pegase instintivamente a la pared. Veía sus ojos y leyó duda en ellos, pero no miedo ni repulsa, algo que le hizo continuar.

Notó el roce de su nariz con la de ella, y cerró los ojos un instante al notarla, al notarle a todo él. A aquel poderoso hombre, aquel dios griego que era su jefe, que olía a limpio y al dulce olor del whisky, que la estaba incitando a caer en algo prohibido, de lo que se arrepentiría no solo ella sino él, ya que marcaría un antes y un después en su relación profesional. Necesitaba aquel trabajo tan cómodo y tan bien pagado y no quería complicar las cosas. Aquello solo podía ser la consecuencia del whisky compartido con el estómago vacío. No podía ser real.

—Ten cuidado, con este tipo de juegos te puedes quemar —dijo haciendo acopio de la escasa fuerza que le quedaba en su voz.

Charlie se mostró sorprendido ante aquellas palabras y se separó de su cuerpo dejándola libre.

—Si aun te apetece almorzar, te espero en quince minutos en el restaurante del hotel. Te sugiero que los aproveches y quizás te des otra ducha, solo para despejarte de ese whisky que has tomado con el estómago vacío —le dijo con la mano asida al pomo de la puerta abierta y la ventaja que le daba el saberse libre y vencedora de aquella broma de su jefe. Sin esperar contestación cerró la puerta tras de sí.

Charlie quedó con la palabra en la boca. No pudo responderle que el whisky no había jugado a favor de lo que acababa de suceder. Solo habían tomado parte su sentido del humor, el molestarla un poco y quizás la curiosidad. Le gustaba ver cómo se ruborizaba y le gustaba conseguirlo. Lo había descubierto unas semanas atrás. Solo con ella. Porque Angie era segura, se lo acababa de demostrar. No había accedido a aquello, aunque había creído ver en sus ojos un «sí» muy claro. Maldita sea, no podía negarlo, le hubiera gustado saber qué habría ocurrido si ella lo hubiese permitido, porque había disfrutado aquellos escasos momentos como hacía mucho tiempo que no se permitía. Y desde luego eso era algo nuevo.

Angie necesitó de los siguientes diez minutos para aspirar todo el aire que entraba por la ventana de su habitación abierta de par en par. Necesitaba recuperar el aliento y la tranquilidad que Charlie le acababa de arrebatar. Aun no sabía cómo había encontrado suficiente cordura para rechazarlo. En realidad sí que lo sabía, suponía

que no era más que otro de los juegos de su jefe para ruborizarla. No podía ser real. Pero no le iba a permitir que se saliera con la suya, iba a bajar a comer con él con una sonrisa radiante como si nada hubiera pasado, haciéndole saber que su juego no la había afectado lo más mínimo. Que era una mujer fuerte, lo suficientemente fuerte para resistirse a la tentación de cien dioses griegos como él.

Charlie se levantó del asiento de la mesa que había elegido y le dedicó una gran sonrisa al verla aparecer por la puerta del comedor, idéntica a la que ella le ofreció al cruzar sus miradas.

—¿Hambrienta?

—Solo un poco. Cogeré algo del buffet. ¿Tú?

—No quiero tener el estómago muy lleno hoy —confesó él.

—¿Nervioso de nuevo?

—Como un niño en su primer día de colegio.

—Charlemos de otras cosas mientras comemos y engañaremos el estómago —le propuso ella.

Miró su reloj. Justo a tiempo. Había enviado el artículo que le habían pedido a la hora de la comida. Charlie había tenido la suerte de salir a dar un paseo, pero ella tuvo que recluirse en la habitación para escribir. Ahora solo tenía que coger el bolso, las agendas y bajar al hall donde suponía que encontraría a Charlie. El conductor de la cadena de televisión no tardaría más de quince minutos en aparecer. Unos nudillos tocaron a la puerta.

—¿Puedo entrar? —preguntó Charlie al otro lado de la puerta.

—Solo si estás vestido —bromeó ella abriendo. Había recuperado el buen humor y la tranquilidad. No valía la pena sentirse enfadada por lo que había ocurrido unas horas antes. Solo había sido una broma estúpida de Charlie.

—Eso ha sido un golpe bajo —rió él mientras entraba en la habitación. Angie se giró para apagar el ordenador.

—No me digas.

—Así es. Soy un hombre sensible. No lo olvides.

—Trataré de no olvidarlo. ¿En qué te puedo ayudar?

—¿Qué opinas de esta ropa? —dijo señalándose a sí mismo a la vez que ella centraba su atención en él de nuevo.

Llevaba unos vaqueros negros, más ajustados de lo que acostumbraba a usar, se ceñían a los músculos de sus piernas como un guante. Aquel hombre sabía sacarse partido. Una camisa blanca con bordados en toda la zona de abotonadura, un cinturón con una hebilla ancha y unas botas de cowboy negras completaban la vestimenta. Lo cierto era que estaba impresionante, como siempre.

—Creo que te falta el sombrero.

—¿Tú crees que voy muy a lo *cow-journalist*? —preguntó preocupado.

—Es broma —sonrió Angie—. Estás perfecto. Tus fans se van a volver locas cuando te vean así, vas a tener al menos cien mujeres dispuestas a acompañarte al hotel esta noche.

Charlie torció el gesto mostrándose molesto con aquella idea.

—Me encanta tu camisa —dijo acercándose a él para tocar con las yemas de los dedos los bordados que estaban a lo largo de toda la línea de botones de la misma. Sabía que aquel comentario anterior le había molestado por algo que no comprendía. Su gesto se había vuelto serio nada más habían salido de su boca aquellas palabras.

—Es un regalo de mi madre —una nostálgica sonrisa apareció en su boca—. Me las envía en mi cumpleaños, en Navidad o cuando va a visitarme a Austin.

—Pues es una mujer con muy buen gusto para la ropa.

—Te la presentaré la próxima vez que vaya a verme. Seguro que le caes bien.

—Estaré encantada de saludarla.

LA ENTREVISTA

Monica Walker, una afroamericana menuda de ojos marrones, pelo liso y labios carnosos, era la asistente de producción que se ocupaba de los invitados del programa de televisión. Salíó a recibir a los invitados, entre los cuales se encontraba Charlie. Los saludó de forma efusiva poniéndose a su disposición si necesitaban algo durante su estancia en los estudios de la cadena de televisión. Frank Maxwell no tardó en hacer acto de presencia por la gran sala donde todos los invitados se encontraban. Saludó uno a uno a todos antes de que comenzase el programa charlando unos minutos con todos y cada uno de ellos.

En uno de los laterales del plató Angie apuntaba eficientemente en la agenda la información que Monica le ofrecía acerca del programa de esa noche y de la cena del día siguiente. Al parecer, la misma Monica iba a coordinar que todo saliese bien.

—¿El señor Atkins llevará pareja? —preguntó Monica.

—Ha decidido que su pareja sea yo.

—No me extraña —sopesó la joven afroamericana—. Ni siquiera te envié una lista con los nombres de las mujeres que acudirán solas porque sabía que no iba a aceptar. Charlie Atkins tiene esa fama.

—¿Qué fama? —preguntó Angie esperando no recibir la misma respuesta que le proporcionó su amiga Terry unas semanas atrás.

—De hombre solitario. Jamás se le ve con una mujer colgada de su brazo. O las tiene guardadas en su casa en una habitación secreta o no sé qué pensar de él.

—Te aseguro que esa habitación no existe. He estado en su casa.

—¿Él y tú...? —dejó caer la pregunta Monica esbozando una sonrisa.

—¡No! Solo quería decir que trabajo con él y he visto su casa. Nada más. No creo que yo sea su tipo.

—Sin embargo Charlie es el tipo de todas. Está cañón, nena —confesó Monica y ambas rieron—. Y tú no estás nada mal tampoco. ¿Tienes vestido para mañana? Puedo conseguirte uno.

—He traído el vestido desde Austin, pero gracias.

—Apuesto a que lo que no tienes es un peluquero y maquillador. Te enviaré uno al hotel una hora antes de que os recoja el conductor de la cadena.

—No quisiera molestar, seguro que en el hotel puedo preguntar y...

—No es molestia, cariño —la interrumpió—. Me caes bien y es lo menos que puedo hacer por ti. Cortesía de la cadena.

—Gracias entonces —respondió con una sonrisa.

—Gracias a ti —le puso una mano en el antebrazo en un gesto cariñoso—. Echaba de menos hablar con una asistente de famoso sin aires de grandeza. Te aseguro que últimamente es toda una novedad por aquí. Ahora si me disculpas, voy a hacer precisamente eso, hablar con esas arpías.

Angie rio al escuchar aquello. Monica le había caído bien, era directa y amable. Había sido el enlace para la entrevista de esa noche vía correo electrónico desde la semana anterior. Y tenía razón. El resto de asistentes eran demasiado superficiales. Varias de ellas habían entablado conversación con Charlie. O al menos lo habían intentado, siempre obviándola a ella, que había estado al lado del locutor hasta que fue a ver el plató y charlar con Monica. Pero Charlie tenía alguna especie de radar de arpías, las detectaba y las neutralizaba en pocos minutos volviendo su atención a ella, que se había ganado de parte de aquellas mujeres, más de una y de dos miradas asesinas esa tarde.

—¿Qué haces aquí tan sola? —preguntó Charlie a sus espaldas. Acababa de salir de maquillaje y peluquería.

—Solo estaba viendo el plató y apuntando un par de cosas de última hora con Monica, la asistente de producción. ¿Qué tal con Frank Maxwell?

—Muy bien —esbozó una sonrisa orgullosa—. Me ha dicho que escucha mi programa y que es uno de mis fans.

—Eso suena genial. Me alegro mucho por ti.

—Quería habértelo presentado. Pero te has escabullido antes.

—El famoso eres tú. No creo que Frank tenga el menor interés en conocerme a mí.

—No digas eso. No soy tan famoso. Pero tú ahora eres mi mano derecha y hay algo que no debes olvidar; nunca se sabe si algún día te vendrá bien el haber conocido a alguien, así que procura conocer a toda la gente importante que puedas.

—¿Aunque implique que un día pueda irme con otro famoso?

—Confío en que eso nunca suceda. Para ello accederé a todas las proposiciones que me hagas, por indecentes que sean —dijo en un falso tono seductor subiendo una ceja.

—Ya estás tomándome el pelo de nuevo —respondió ella restando importancia al comenzar a notar un leve rubor en sus mejillas.

—No lo puedo evitar —Charlie soltó una carcajada—. Me divierte ver cómo te sonrojas con cosas tan simples.

—¡Lectura de guion! ¡Todos a plató! —se escuchó la voz de Monica y comenzaron a acudir a plató el resto de invitados. Todos ellos se sentaron en un gran sofá en uno de los laterales del mismo viendo la acción por un plasma conectado al circuito de las cámaras. Frank Maxwell se colocó en su marca y comenzaron el ensayo general.

—Tranquilo, sé cuando entras. Te avisaré —le susurró Angie a Charlie que estaba sentado a su lado. Había pasado de estar bromeando con ella a ponerse serio y nervioso de nuevo.

—Gracias —dijo observando la escaleta del programa que Angie tenía en sus manos. Nadie le había pasado una igual a él y ninguno de los invitados o ayudantes de estos tenía.

—Cortesía de Monica —le guiñó un ojo y él esbozó una lenta sonrisa. Sin duda ella había estado haciendo su trabajo mientras el resto habían saludado a Frank Maxwell.

La lectura del guion y primer ensayo fueron más lentos de lo que habían pensado, ya que tuvieron que parar varias veces por algunos fallos técnicos. Los invitados solo acudieron a sentarse con Frank para la prueba de cámara cuando fueron presentados, lo que hizo que se compensara el tiempo con las paradas técnicas. Cada uno de ellos recibió maquillaje de nuevo para recibir unos últimos toques y eliminar brillos que aparecieron en cámara.

Poco más de media hora después todo comenzó a bullir, el público entró en plató y se notaba la tensión en los miembros del equipo para que todo saliese a pedir de boca. Luces, cámara, cabecera, acción. El monólogo del principio, recortes de prensa gratuitos, primer invitado, sección y por fin el turno de Charlie. Todo iba como la seda, Charlie estaba guapo y encantador con la cámara, locuaz y divertido con Frank. Hablaban de anécdotas y de comienzos en la profesión.

—¿Y qué hay de tu corazón, Charlie? Sabemos que eres un tipo reservado en ese aspecto, de hecho en prensa jamás se te ha relacionado con nadie. Pero no puedo creer que alguien como tú esté solo.

Algo había sucedido, Angie observaba el gesto que había ido poniendo Charlie a la vez que la pregunta avanzaba y no auguraba nada bueno. La tensión en su mandíbula denotaba la incomodidad del locutor ¿La pregunta lo había molestado? Y ahora durante un segundo, que se hizo eterno, Angie dejó de respirar esperando que Charlie pudiera salir de aquel atolladero en el que le había metido Frank Maxwell con una buena respuesta.

—Bueno, Frank. Solo puedo decir que de momento en esa parte de mí, solo hay una mujer, mi madre.

Frank rio con el comentario y dio paso a publicidad.

—¡Estamos fuera! —gritó el regidor—. ¡Cinco minutos! ¡Maquillaje para Frank!

Charlie se levantó del asiento y encontró a Angie con una botella de agua lista justo detrás de las cámaras. Había ido a su encuentro y en ese momento necesitaba a alguien amigo. Llegó donde estaba ella, que debió comprender su gesto de angustia y le pasó un brazo alrededor de la cintura. Había descubierto recientemente que el

contacto con Angie le infringía mucha fuerza en situaciones difíciles. Y esa era una de ellas.

—¿Qué demonios ha pasado? No sé qué te ha molestado de la pregunta, pero has estado durante un segundo bloqueado. ¿Qué sucedía con ella? —le preguntó al oído para que nadie más la escuchase.

—No me gusta hablar de mi vida privada —respondió en tono bajo y aun tenso. Bebió al menos la mitad del contenido de la botella y la cerró.

—Pues mucho me temo que el tema no ha terminado aquí. Quiero que cuando te sientes ahí de nuevo, si te pregunta algo similar, salgas de la situación y no te bloques. Tienes muchas tablas y tú puedes hacerlo. Contesta con naturalidad. Lo estás haciendo genial.

Aquellas palabras de Angie le previnieron de lo que podía venir tras la publicidad y el ya se imaginaba, dándole a la vez energía para enfrentarse a ello.

—¡Dos minutos! —gritó el regidor indicando que debían volver a sus puestos.

—Gracias por estar aquí —le dijo al oído a la vez que depositaba un beso en la mejilla de su asistente.

—Parezco tu *personal coach*, no tu asistente —bromeó ella tratando de aliviar la tensión existente.

—Por suerte para mí. —Le dio la botella de agua y se sentó de nuevo en la butaca al lado de la mesa de Frank. Miró a Angie un momento y ella le hizo un gesto con el pulgar hacia arriba antes de salir del lado de las cámaras y volver al sofá del plasma.

—Estábamos hablando de tu corazón. Aunque has capeado la pregunta, acabamos de ver que durante la publicidad has estado hablando con una encantadora joven.

¡Mierda! —pensó Angie—. ¡Qué oportuno! No te bloques Charlie —rogó en silencio.

—Ella es mi asistente —dijo Charlie tras un segundo pensando la respuesta—. Trabajamos juntos desde hace un par de meses y al igual que el resto de las mujeres con las que trabajo es muy especial. Son esas grandes mujeres que trabajan con nosotros y a las cuales a veces les damos poco reconocimiento. He visto que contigo también trabajan unas cuantas más.

—Es cierto. Demos un aplauso a todas estas maravillosas mujeres que nos ayudan cada día —pidió Frank y a continuación el público prorrumpió en una sonora ovación.

¡Bien! —pensó de nuevo Angie, tratando de contener su júbilo delante del resto de asistentes arpias. Charlie había salido airoso de aquel tema. Pero tendría que hablar con él al respecto. Necesitaba saber qué sucedía realmente.

Una broma en la que Charlie tenía que llamar al azar y convencer a alguien para entrevistarle por teléfono se tornó de lo más divertida cuando el que atendió la llamada no fue otro que un mexicano. El locutor intentó hablar en español, un idioma en el que a todas luces no dominaba más de cuatro tópicos. Pero que hizo las delicias del público presente y según fue siguiendo Angie en las redes sociales estaba haciendo disfrutar a los seguidores del programa en general y a los de Charlie en particular. Unos comentarios que seguían llegando una vez el segmento del programa donde Charlie salía había pasado.

Ya sentados en el cómodo sofá de nuevo, Angie le pasaba de vez en cuando el móvil para que leyese los comentarios vertidos por los espectadores y por sus seguidoras, algunos muy picantes al respecto de lo atractivo que estaba esa noche el locutor. El nerviosismo había pasado y Charlie volvía a su estado habitual, disfrutando en silencio cómplice con su ayudante de los comentarios que iba leyendo en la pantalla del teléfono móvil. Una hora después, el programa terminó y pudieron compartir con Frank Maxwell el catering de cena que les prepararon en una sala anexa al estudio.

—Es increíble, después del programa y aún tiene energías para quedarse y compartir la cena con los invitados —le dijo Angie a Charlie.

—Este es parte de su éxito. El público lo adora y los famosos acuden sin pensarlo a su programa. Me gustaría ser así dentro de cuarenta años —respondió Charlie.

Lo cierto era que veía a Frank Maxwell y veía a alguien lleno de vida y satisfecho consigo mismo. Sin embargo, él no. Desde hacía un tiempo había comenzado a sentir que su vida estaba vacía. Se sentía más solo que nunca en Austin. También había comenzado a echar de menos el rancho. Pero eso era un imposible. Se había ido de allí seis años atrás para no volver. Ese era el motivo por el cual se había interesado en la televisión, necesitaba algo que llenase su vida. Un cambio de registro. Hacer algo nuevo. Estaba buscando algo, pero la realidad era que aún no sabía el qué. Su nueva casa de Manor había sido lo primero que se le había ocurrido hacer para propiciar algún cambio, algo que le entretuviese lo suficiente y lo llenara, además de ser una inversión al dinero que ganaba y apenas gastaba.

UNA CONVERSACIÓN PENDIENTE

—Hoy has conocido mi lado más oscuro. Siento si no te he hecho el día fácil —se disculpó Charlie al subir en el ascensor del hotel.

—Deberíamos hablar de lo que te ha ocurrido esta tarde.

—Dejemos las cosas y bajemos a dar un paseo por esta zona. Necesito aire fresco —dijo obviando la intención de hablar que tenía ella. Estaba agotado mentalmente y necesitaba relajarse. Pero no quería estar solo.

—Es tarde y es de noche —replicó ella.

—Si no quieres ir, no pasa nada —respondió con tono triste.

—Está bien —se rindió. Quizás era buena idea. Podrían hablar—. Te acompañaré.

Diez minutos más tarde se encontraron en el hall del hotel y salieron al fresco de la noche. Pasearon en silencio durante al menos quince minutos hasta llegar a un pequeño parque donde una fuente iluminada bailaba en un espectáculo de agua y color al son de una música inexistente. Charlie tomó asiento en uno de los bancos.

—Puedes decirme que no es asunto mío —comenzó a decir de pie frente a él—, mandarme al infierno o incluso despedirme, pero creo que es esencial que sepa el motivo por el cual no te gusta que se hable o hablar tú mismo de tu vida privada. Cada vez que sale el tema te tensas, hoy ha sido evidente. Tengo que saber a qué atenerme.

—¿Se ha notado mucho lo de hoy? —le preguntó con interés. Lo último que necesitaba era que la prensa pensara que escondía a alguna mujer y se dedicaran a sacar informaciones al respecto, o peor aún, que encontrasen a alguien dispuesta a decir que salía con él aun sin ser cierto.

—No, en realidad no. Pero debes saber que esta noche no estaba mirando Twitter por el placer de los buenos comentarios nada más. Quería saber si alguien más se había dado cuenta de ello. Pero has tenido suerte. Al parecer nadie lo ha notado, o al menos nadie que lo haya escrito en la red.

Charlie no respondió. Era mejor así.

—Supongo que yo lo he advertido porque voy conociendo cada uno de tus gestos —explicó ella—. Es mi trabajo, al fin y al cabo. Pero necesito un por qué. Quiero saber qué te ocurre. Podríamos evitarlo en el futuro.

—Sé que no te he hecho la tarde fácil y por ello me he disculpado antes. Has estado a la altura y me has ayudado.

—¿Y bien? —preguntó aun de pie frente a él esperando una explicación que no llegaba.

—Lo siento. No pienso hablar de ello.

—¿Acaso no confías en mí?

—Confío en ti.

—Veo que no lo suficiente —dijo ella dolida. Había pensado que eran amigos. Compartían más de ocho horas diarias, en los viajes casi las veinticuatro, comían juntos y creía que las bromas que le gastaba Charlie eran debido a esa confianza y a la amistad que comenzaba a surgir con fuerza entre ellos.

—Más de lo que crees. Confío plenamente en ti.

Lo cierto era que confiaba en ella más de lo que lo había hecho en alguien desde hacía muchos años. Y era consciente que además, le reconfortaba su presencia en días tan arduos como aquel.

—De acuerdo. Volveré al hotel —dijo suspirando al ver que aquella conversación había terminado.

—No puedes irte —se quejó levantándose del banco.

—Creo que te vendrá bien estar solo. Quizás mañana quieras contármelo.

—Maldita sea, Angie. Confío en ti. Pero es algo que no puedo contarte, no al menos de momento —se detuvo y tomó aire—. No poseo aun la fuerza suficiente para hacerlo. Solo te pido que lo dejes estar. Por favor.

—De acuerdo —asintió. Debía ser algún tema realmente doloroso por la gravedad del tono de su voz al decirle aquello.

La vista de Angie se desvió unos metros por detrás de Charlie. Acababa de ver un tintineante punto rojo.

—¿Qué sucede? —preguntó Charlie advirtiendo la mirada de ella.

—Que me voy al hotel. Ya mismo y sola —respondió al advertir de nuevo dos destellos de aquel punto rojo. Era una cámara fotográfica. Alguien les estaba haciendo fotografías a cierta distancia desde detrás de un seto. Y no había que ser un lince para saber que era prensa y no con buenas intenciones.

—Ya te he explicado que...

—No es eso, Charlie. No mires, pero hay un fotógrafo detrás de un seto. Está tomando imágenes.

—¿Y?

—Pues que es medianoche, que estamos los dos solos en un parque y que depende del ángulo puede parecer lo que no es. Y dada tu alergia a estas historias no es lo más conveniente. Hasta mañana.

Angie se giró para irse, pero la mano de Charlie le aferró un brazo para detenerla.

—No voy a permitir que vuelvas sola al hotel.

—¡Por el amor de Dios! —tenemos que separarnos. Que no le sirvan de nada las imágenes.

—Esto es Dallas y como bien has dicho, es casi medianoche. Es una ciudad peligrosa.

—Pero...

—Como insistas, te besaré y no dudes que entonces el fotógrafo tendrá una noticia de primera página. Pero no voy a permitir que te pongas en peligro caminando de regreso sola al hotel.

—Creía que no te gustaba que hablasen de tu vida privada. Eso sería poco menos que una terapia de choque a tu problema.

—No lo dudes —respondió serio.

—Bien —ella se cruzó de brazos—. ¿Entonces qué es lo que propones hacer?

—Darle material para su reportaje.

—¿¡Qué!?! —preguntó sorprendida.

—Hacer que publique que me lo pasé de miedo en mi visita a Dallas. Esta tarde he estado por esta zona. He visto un local donde se baila *line dance*. Podríamos ir, tomarnos unas cervezas y solo si nos emborrachamos lo suficiente, bailar.

—Dame un segundo —dijo Angie mientras caminaban camino del local de line dance. Se detuvo al lado de una furgoneta y se dispuso a retocarse aparentemente los labios en el espejo de la misma.

—Estás preciosa y aun no te he besado. Dudo que se haya movido el carmín.

—¿Aún? —dijo volviendo a centrar la atención en él y desviándola del espejo.

—Estoy bromeando —le sonrió.

—Debes saber que un día me haré inmune a esas bromas tuyas y es más, comenzaré mi terrible venganza para hacértelas pagar —dijo volviendo a caminar por la calle delante de él.

—Una venganza tuya seguro que resulta muy... como tú.

—¿Cómo yo? Sí, no dudes que será muy como yo.

Charlie rio nuevamente.

—No me estaba mirando el pintalabios —reconoció ella al fin—. El fotógrafo nos está siguiendo y quería verle la cara, para reconocerlo cuando entremos en el local, porque no dudo que entrará poco después. Si nos giramos se esconderá más y nos será más difícil detectarlo. Es mejor hacernos los tontos y tenerlo controlado.

—Interesante jugada.

—He trabajado en una revista. Sé cómo hacen su trabajo. Y ahora conozco su cara.

Dos horas después llegaban caminando al hotel. Charlie estaba de muy buen humor después de compartir unas cuantas cervezas y bromas con Angie. El fotógrafo, tal como había predicho ella, había estado en el local, haciéndose pasar por un turista más. Charlie casi la había obligado a bailar line dance y disfrutó bailando como hacía años que no lo hacía. Su vida en los últimos seis años se había basado en el trabajo. Si alguna vez sus compañeros le habían propuesto salir de fiesta, siempre había encontrado la excusa perfecta para declinar la oferta.

—¡Mierda! Aun nos sigue el fotógrafo.

—No te preocupes más por él —respondió Charlie—. Por primera vez en mi vida no me importa lo que publique ese tío. Sé quién eres, sé quién soy y sé la realidad.

Lo que salga en prensa me trae sin cuidado.

—¿Eres el mismo hombre de hace cuatro horas?

—No sé si soy el mismo. Al menos llevo la misma ropa. Quizás soy una versión mejorada de mí mismo.

—Creo que habla más la cerveza que tú —le dijo Angie nada más se cerraron las puertas del ascensor tras pedir las llaves de sus habitaciones y darle las buenas noches al sufrido recepcionista de guardia.

—También puede ser. Pero me niego a pensar que tú tengas más aguante que yo bebiendo. Tendremos que solucionar este asunto un día de estos con una botella delante.

—Te tomo la palabra. Es posible que te lleves una sorpresa. Hasta mañana, Charlie.

—Hasta mañana —dijo entrando en su habitación.

Tenía que reconocer que Angie tenía razón. Se había excedido un poco con la cerveza, pero realmente se lo había pasado muy bien. Se había olvidado del fotógrafo que los estaba siguiendo nada más arrastrarla a bailar la primera canción. Le había dicho que no sabía. Y si bien su técnica no era tan depurada como la suya, que lo había hecho durante toda su adolescencia, la verdad era que coordinaba muy bien los pasos. No recordaba que fuese tan divertido bailar *line dance*. ¿Cuánto había pasado desde la última vez? ¿Ocho años? Sí, ocho años. Había sido en Malone's, un local de la pequeña ciudad de Miles, a pocas millas del rancho de sus padres. Pero habían pasado demasiadas cosas desde esa última vez.

Aunque la noche anterior había trasnochado, Angie no podía resistirse al placer de tomar una purificante sauna, seguida de un rato en el jacuzzi. Todo justo antes de desayunar. Una forma de limpiar la piel y el cuerpo de los excesos con el alcohol de la noche anterior. Le gustaba disfrutar de la tranquilidad de los spas de los hoteles a una hora temprana. Lo más seguro es que no tuviera que compartir sauna con ningún extraño que la mirase de reojo pensando que estaba gorda, estaba harta de ese tipo de miradas. Las chicas siempre le reprochaban esos pensamientos y esa inseguridad. No dudaba que ellas lo decían con buena intención, pero no habían vivido lo que ella y eran cosas que le costaba superar aun después de tanto tiempo. Así que, la mejor hora para evitar aquellas miradas sin duda eran las ocho de la mañana.

Cerró la taquilla del vestuario femenino con llave después de ponerse el bañador deportivo de color negro que le habían dado en recepción del spa del hotel, poniéndose la ésta alrededor de la muñeca con una pulsera elástica. Después de una breve ducha de agua tibia para despertarse, se introdujo en la sauna. El calor purificante le dio la bienvenida, respiró hondo y todas sus vías respiratorias inhalaban la tibieza que llegó cómodamente hasta sus pulmones. Desde la primera vez que entró en una sauna en su vida, le reconfortaba aquella sensación de calor dentro de su pecho. Al parecer tenía la cabina de la sauna para ella sola de momento tal como había planeado, así que, no lo pensó dos veces y se estiró en el banco del asiento superior y cerró los ojos. Necesitaba algo de relax.

Solo un par de minutos más tarde oyó cómo se abría la puerta de la sauna. Maldijo para su interior su mala suerte. Alguien había entrado y tomado asiento. Alguien que ni siquiera había dado los buenos días. Si abría los ojos perdería la magia del momento de relax que quería vivir. Lo mejor sería ignorar a aquella persona un poco más. Solo un poco más.

Charlie abrió la puerta de la sauna. Una nube de vapor cálido le saludó y pudo comprobar que había una mujer en el interior. Su idea era estar solo, de ahí que hubiera ido tan temprano, pero al parecer no había podido ser. Se resignó a la idea, y tomó asiento fijándose ahora en la mujer que estaba estirada frente a él en la fila superior de asientos. No era una mujer cualquiera, era... Angie. Su cuerpo se encendió inmediatamente al tomar conciencia de que era su ayudante la que estaba estirada allí, con un bañador negro, unas largas y redondeadas piernas, al igual que sus senos, redondos y abundantes. La piel le brillaba con el vapor de la sauna y el pelo húmedo se esparcía en rubios rizos a su alrededor. Su semblante ofrecía un gesto relajado y mantenía los ojos cerrados. Se sorprendió sabiendo que a pesar de llevar varios meses trabajando codo con codo, aquella era la primera vez que la veía como lo que era, una mujer. Su cuerpo le advertía claramente de ello, al desearla justo en ese momento.

Cruzó sus piernas para disimular su turbación. Hacía mucho tiempo que aquello no le ocurría con ninguna mujer y se alegró de comprobar que esa parte de sí mismo aún seguía viva. Aunque la causante de aquello fuera su ayudante. Algo que aparte de las bromas que le gastaba, no era nada conveniente. Ella se tomaba muy en serio su trabajo y él no volvería a tener una relación jamás. Con nadie.

—Veo que los dos hemos tenido la misma idea —se decidió a decir, haciéndole notar su presencia.

Aunque la voz sonaba más ronca de lo habitual, sin duda era la de Charlie. Abrió los ojos y se incorporó tomando la toalla que había llevado para ceñírsela al cuerpo automáticamente. No había pensado que precisamente Charlie entrase en la sauna esa mañana.

—Pensaba pasar un rato de relax antes de desayunar —dijo centrando su mirada en él.

—Espero no molestar —advirtió algún tipo de vergüenza en ella. En aquel lugar era imposible detectar el rubor en sus mejillas. Pero juraría que no era imposible que se hubiera ruborizado. ¿Por qué sentiría pudor en aquel momento? No la había tomado por una mujer tan sumamente tímida.

—Este es un país libre —dijo ella ahora apoyando la espalda en la pared de madera.

—¿Puedo? —preguntó Charlie señalando el cubo de agua que había a sus pies. Su intención era regar las piedras de la sauna para que la temperatura aumentase.

—Adelante.

Charlie se inclinó hacia delante y tomó el gran cucharón de madera en su mano introduciéndolo en el cubo. Cogió agua y regó con cuidado las piedras negras que liberaron automáticamente vapor haciendo que la temperatura y la sensación térmica fuera más elevada en la cabina.

Angie observó atentamente cada uno de los movimientos del locutor y pudo advertir que no estaba tranquilo, algo le mantenía tenso en aquel momento. ¿Qué le ocurriría ahora? Aunque lo iba conociendo, Charlie era aún insondable para ella en muchos aspectos. Ocultaba algo que le dañaba acerca de las relaciones con las mujeres. Algo que hacía que odiara hablar de su vida personal hasta el punto de casi bloquearse en medio de una entrevista siendo todo un profesional de ellas.

—¿Sales con alguien? —le preguntó aun sabiendo que aquel era un tema casi vetado.

Charlie la miró fijamente. No había esperado aquella pregunta. Había pensado que la respuesta era evidente.

—¿Has visto a alguien a mi lado acaso? —respondió en un tono casi irónico.

—No. Pero supuse que dada tu negativa a hablar de tu vida privada quizás estuvieras con alguien que no quieres que...

—No salgo con nadie —la interrumpió serio—. Y te rogaría que evitásemos hablar del tema.

—Así que una mujer te está haciendo daño... o te lo ha hecho —adivinó.

—Nadie me está haciendo nada —le dijo bajando la vista a las piedras del centro de la cabina. Lo cierto es que no iba desencaminada y aquello aun le dolía.

—Entonces...

—Déjalo estar —le cortó él secamente alzando el tono de voz y pronunciando lentamente cada una de aquellas dos palabras.

—Lo siento —dijo casi en un susurro.

—Angie —se arrepintió de haberle hablado en aquel tono al instante de haberlo hecho, puso sus codos en las rodillas bajando el cuerpo y se mesó el pelo con las manos—. Discúlpame tú a mí. No debería haberte contestado en ese tono. Comprende que no es algo fácil.

—De acuerdo. No volveré a preguntarte nada al respecto si no decides contármelo tú.

—Te lo agradecería.

—Bien. Hablaremos del tiempo, que es algo más neutro. O de lo incómoda que he dormido —dijo unos minutos después tocándose el cuello en una mueca de dolor—, a pesar de ser un hotel de cuatro estrellas.

—Quizás puedas conseguir que te den un masaje más tarde en el hotel.

—No te preocupes. Espero que entre la sauna y el jacuzzi pueda sentirme mejor. A menos que... —dijo pensando en una idea que se le acababa de ocurrir que haría que su amiga Terry se sintiera orgullosa de ella.

—¿A menos qué? —preguntó con interés él.

—No, es una tontería. —Ella no era Terry, no era tan directa ni tan atrevida por más que aquella idea pudiera ser una excelente manera de incomodar a Charlie dándole de su propia medicina.

—Dilo. O me dejarás con la intriga.

—A menos que no te importe darme un masaje, justo aquí —señaló su cuello. De acuerdo, de perdidos al río. Primer asalto de la venganza por las bromas de Charlie.

—¿Yo? No sé si sabría...

—No es difícil. Manos y cuello. Manos masajean y cuello recibe el alivio. Pero si no te apetece confiemos en que se me pase entre la sauna y el jacuzzi.

—Lo haré —dijo levantándose para subir y sentarse a su lado. Deseaba tocarla, pero después de lo que acababa de descubrir hacía unos minutos que le ocurría a su cuerpo al verla, aquello se podría poner incómodo cuanto menos.

—No olvidaré este favor —dijo conteniendo el júbilo que sentía mientras se giraba en el banco y le daba la espalda. Si su amiga Terry la viese estaba segura que aplaudiría. Había conseguido algo digno de la mejor *femme fatale*; que su jefe alias el dios griego le diese un masaje.

—Veamos —dijo Charlie tratando de ser lo más profesional posible.

Le recogió el pelo cuidadosamente con ambas manos, se lo dejó sobre un hombro para posar suavemente a continuación las manos sobre su cuello y hombros. Deslizó sus dedos desde el cuello hasta sus hombros acariciando la piel a su paso, era cálida y suave al contacto. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había tocado a una mujer. Casi había olvidado lo suaves que podían ser. Un dulce aroma se desprendió de su piel, Angie olía a miel y ámbar. Aquel perfume le embriagó por unos instantes colándose por sus fosas nasales para llegar a su cerebro. Intentó recomponerse tragando saliva y sacudiendo levemente la cabeza para a continuación notar que había una parte de su cuerpo que por segunda vez esa mañana despertaba de su largo letargo. Tenía que mantener la calma, obviar su olor y su suavidad y obviar que la estaba deseando como hacía mucho tiempo que no le ocurría con ninguna mujer. Tenía que pensar que estaba masajeando a otra persona. A uno de sus hermanos, quizás. Sí, eso era, pensaría que estaba masajeándole a Luke o a Samy. Aquello era lo menos erótico que se le ocurría.

Las yemas de los dedos pulgares comenzaron a presionar los tensionados músculos cervicales de ella, que emitió un dulce ronroneo seguido por un gemido suave que hizo que su sangre se agolpase con más premura en aquella zona que hasta ese día había permanecido olvidada. Aquello no funcionaba, ninguno de sus hermanos podría emitir aquellos dulces sonidos. No podía pensar que era uno de ellos y sus pensamientos se desviaron de ellos imaginando por un momento lo que sería sentir aquel cuerpo femenino bajo el suyo y hacerla gemir de otra forma, de placer, no de alivio. También acudió a su cabeza la idea de volver a tener a una mujer así de cerca de nuevo y alcanzar la cumbre con ella.

—¿Mejor? —dijo en tono ronco obligándose a retirar las manos para sentarse recto de nuevo. Si continuaba durante un minuto más tocándola podría cometer una locura. A penas le llegaban ideas claras a su cerebro. Solo podía pensar en que tenía a Angie a su lado, y la deseaba, estaban los dos solos y apenas les separaban un par de prendas de ropa. Aquello era demasiado para él después de tanto tiempo de abstinencia.

—Mmmm —emitió un sensual sonido de alivio seguido de una sonrisa silenciosa—. Mucho mejor. Tienes buena mano para esto, sin duda.

Angie se sentó nuevamente de frente y miró a su derecha para observarlo al menos un momento. Vale, ella se solía ruborizar y lo sabía, y desde luego que no esperaba que a Charlie le sucediera lo mismo, pero la expresión que estaba vislumbrando en su cara, sin duda era más desconcertante. ¿Se habría excedido con aquello? ¿Estaría Charlie molesto? ¿Enfadado quizás?

—Creo que es suficiente calor para mí. Tomaré una ducha y ya nos veremos más tarde —dijo él incorporándose rápidamente para darle la espalda y salir por la puerta sin mirarla.

—Hoy va a ser una auténtica sauna finlandesa, calor y frío —dijo en voz alta un casi irónico Charlie con las manos apoyadas en los azulejos de la pared, con la cabeza bajo el chorro de agua helada de una de las duchas del vestuario masculino. Por suerte seguía solo. De lo contrario y a pesar de llevar el bañador que le habían dado al entrar, podría resultar incómoda la situación para alguien más, ya que su turbación era evidente.

—Nadie dijo que esto iba a ser fácil —habló de nuevo consigo mismo—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez y algún día tenía que ocurrir. Es algo normal. Paso casi todo el día con ella y es segura. Es inevitable. Ahora solo tengo que controlarlo. Ella es solo la novedad.

—¡Maldita sea! —siguió hablando—. No soy de piedra y llevo actuando demasiado tiempo como si lo fuera. Solo necesito incluirla en mi rutina y esto no será más que una anécdota. Eso es.

Solo esperaba que Charlie no se hubiera enfadado por aquel juego tonto. Pero se lo merecía. Ella le aguantaba las bromas, así que si luego emitía una queja tenía una buena defensa. Como se solía decir: «O jugamos todos, o rompemos la baraja».

Charlie apareció en escena largo rato después. Para entonces ella llevaba un tiempo dentro del jacuzzi y había dos mujeres más. De origen latino, probablemente mexicanas. Llevaba todo ese tiempo escuchándolas hablar y haciéndose la sorda al español que dominaba al dedillo desde su infancia.

—Mira ese *papapito rico* que viene para acá —dijo una de las dos en español, la que lucía un grueso moño de pelo negro en la coronilla. Era toda una *barbie* latina a lo Jennifer López con un cuerpo delgado pero con curvas de infarto, de esas que tanto les solían gustar a los hombres.

—Mi amor, este hombre está como quiere —repitió la segunda también en español, algo más delgada, y con pelo corto, pero igual de atractiva.

—Buenos días, señoras. ¿Puedo entrar? —preguntó Charlie en inglés.

Las mujeres asintieron con una gran sonrisa coqueta hacia él. Era palpable que aquel hombre les gustaba. Angie no las podía culpar por ello. A cualquier mujer que tuviera ojos en la cara le gustaría Charlie Atkins. Incluso a ella le gustaba, debía reconocerlo.

Le dedicó una sonrisa a Angie que esta le devolvió, pero no cruzaron ninguna palabra. Las dos latinas continuaron hablando en español. Poco tiempo después las latinas se dieron cuenta de la identidad del locutor. Luego Angie notó un extraño cambio en la conversación, se había vuelto de lo más picante a medida que avanzaba. Era una conversación para probarlos tanto a Charlie como a ella, para saber si alguno de los dos podía comprenderlas. Las escuchó con su mejor cara de póker, pero mucho se temió lo que pocos minutos después sucedió: la latina de pelo largo quería llevar a cabo un plan para llevarse a Charlie a los vestuarios femeninos y seducirle allí.

Ambas mujeres reían satisfechas por el plan trazado. Poco después la del moño en la cabeza salió del jacuzzi despidiéndose en inglés como si realmente pensara abandonar el spa. Su compañera desde dentro del jacuzzi se despidió falsamente de ella.

Varios minutos más tarde la mujer volvió, intercambió unas palabras en español con su amiga como si realmente hubiera tenido algún problema y se dirigió a Charlie. El plan estaba en marcha.

—Al parecer mi llave no abre. O quizás yo soy la torpe y no sé abrir. ¿Puede ayudarme?

¿Qué hacer? ¿Advertirle a Charlie de la trampa o no? No tenía ni idea de cómo llevaba Charlie ese terreno de su vida. Una cosa era hablar de relaciones, o no hablar, y otra muy distinta era el sexo. Un hombre famoso como Charlie seguramente aprovechaba aquel tipo de oportunidades para mantener sexo sin compromiso. Al fin y al cabo casi todos lo hacían. Y tenía que reconocer que la *Barbie JLo* tenía todo un cuerpazo. Algo que ella jamás tendría.

—Por supuesto. Vayamos —dijo Charlie inmediatamente levantándose del jacuzzi para seguirla hacia los vestuarios femeninos.

¿Cómo le iba a mirar a la cara sabiendo lo que iba a ocurrir en aquellos vestuarios? Ahí sí que realmente se iba a sonrojar delante de él delatándose. Hubiera sido mejor al menos por esa vez que no hubiera entendido español. Y lo correcto en ese momento era abandonar el spa, ir a la habitación y esperar a Charlie en el comedor del hotel cuando terminase con aquella *Barbie JLo*. Salió del jacuzzi saludando con la cabeza a la latina de pelo corto. Dio gracias al cielo por haberse llevado el albornoz y no tener que ir a los vestuarios a por él, allí donde se estaba desarrollando la acción entre Charlie y la *barbie* latina.

No estaba preparada para lo que allí sucedió cuando se encaminó hacia la puerta. Charlie salió a toda prisa de aquel lugar dirigiéndose al vestuario masculino pasando por toda la piscina, dejando el jacuzzi a un lado. Segundos después, la *barbie* latina salió bufando y con cara de pocos amigos mientras portaba los albornoces de su amiga y la llamaba a gritos en español.

—¡Lupe vámonos!

—¿Qué pasó comadre? ¿Tan rápido fue?

—Rápido ni que rápido, el pinche huevón es maricón. Me despreció.

—Eso te va a costar tres sesiones de terapia al menos, mi amiga —se rio de ella.

—¡Cállate pendeja! ¡Vámonos! —le gritó enfadada.

La otra mujer le hizo caso, salió del jacuzzi y ambas desaparecieron tras dar un sonoro portazo en la puerta del spa.

Angie se había quedado plantada en el sitio meditando lo ocurrido. ¿Debía esperar a Charlie? Lo había visto realmente molesto. Minutos después y al ver que no salía del vestuario, decidió acudir a la puerta. Quizás necesitaba una amiga.

—¡Charlie! —le llamó desde la puerta.

Silencio

—Charlie, soy Angie ¿Estás bien?

Más silencio

—Charlie, por favor, estoy comenzando a preocuparme.

Ahora oyó como se cerraba fuertemente una taquilla y se arrepintió de esperarle allí y de haberlo llamado. Solo esperaba que no descargase su enfado con ella. Un

largo minuto después se abrió la puerta y apareció Charlie en albornoz. Su gesto era serio y se le advertía molesto.

—¿Estás bien? —le preguntó casi en un susurro intentando encontrar su mirada, que éste trataba de esconderle.

—He tenido días mejores —respondió él en tono agrio.

—Lo siento —dijo sintiendo ternura por él. Sin duda, aquello le había hecho daño.

—¿Tan difícil es para las mujeres comprender que no soy un trozo de carne para manipular, usar y tirar?

—Yo lo comprendo y soy mujer.

—Mierda, no lo decía por ti. Lo siento —se disculpó. Lo último que quería era ofender a la única persona que parecía comprenderle y apoyarle aun sin saberlo todo de él—. No te puedes imaginar lo que ha tratado de hacer esa mujer ahí dentro.

—Me hago una idea —mintió. Desde luego no era el momento de decirle que había escuchado todo el plan que habían tramado las dos *Barbie JLo*.

—No, no te la haces. Eres demasiado dulce como para imaginarlo si quiera —se sorprendió acariciándole la mejilla con el dorso de los dedos. Poder hablar de aquello aunque fuera a grandes rasgos con alguien como Angie le ayudaba más de lo que había pensado en un principio mientras permanecía dentro del vestuario lamiéndose las heridas en soledad. Ahora y gracias a ella y su dulzura, su enfado se estaba diluyendo—. Esa mujer se me ha echado encima. Quería que ella y yo... ¡Maldita sea! —cerró uno de sus puños en un gesto de rabia tensando su mandíbula.

Así que Charlie era todo un señor, confirmado. Odiaba pensar que lo había tenido etiquetado con anterioridad, pero lo cierto era que pocos hombres famosos y solteros habrían rehusado tener sexo sin compromiso con una *barbie* latina de aquel calibre. Apenas podía comprender por qué se había negado, aun sabiendo que era un pensamiento muy machista de su parte. Aquello no hacía más que confirmar que Charlie era un hombre que se vestía por los pies. A menos que fueran verdad los rumores que le había comentado su amiga Terry hacia unas semanas.

—La *barbie* latina ha dicho que eras gay —dijo tras comer un trozo de piña en el desayuno. No era una pregunta directa, era solo un comentario, que si él tenía a bien desentrañar...

—Perdona, ¿quién? —dijo dejando la cuchara llena de cereales a medio camino de su boca.

—Uh, lo siento. Las mujeres de antes.

—¿Le has puesto *Barbies Latinas* de nombre? —dijo sonriendo suavemente. Angie era muy ingeniosa y hacía que se le pasara el enfado de la mañana.

—Creo que les va bien ese nombre.

—Yo creo que le va mejor *Barbie Manipuladora*. Y que conste que le pongo ese nombre porque no quiero que te escandalices si sabes el otro que se me está ocurriendo justo ahora.

—Es de agradecer —ella también le sonrió.

—¿Sales con algún hombre? —le preguntó.

—Ehmm —la tomó por sorpresa aquella pregunta de parte de Charlie tardando en contestar—. No. Ahora mismo no.

—¿Te acuestas con alguien? —le volvió a preguntar.

—Perdona —sonrió nerviosamente dejando los cubiertos en el plato para ponerse seria—. Creo que eso no es asunto tuyo.

—Yo no salgo con nadie y no me acuesto con ninguna mujer desde hace mucho tiempo —dijo—, lo cual no me convierte en gay porque haya rechazado a una mujer que se me ha lanzado al cuello hace una hora. Por más que le hiera en su orgullo a esa *barbie* latina, como la llamas. Para su desgracia, tengo criterio propio. Y no, no soy gay. Al igual que supongo que tú no eres lesbiana.

—No, no lo soy —ahora la sorprendida con aquella respuesta era ella.

—Fin del tema.

—No quería molestarte. No era mi intención.

—Mi intención tampoco era invadir tu vida privada. Solo quería hacerte comprender mi punto de vista.

—Comprendido —le respondió mirando su reloj—. Tengo que irme a trabajar si quiero terminar antes de la hora de la cena de esta noche.

—¡No! —se quejó él—. Quería enseñarte la ciudad. Tenemos la mañana libre y parte de la tarde, podríamos comer en un restaurante que conozco. Es tu primera visita a Dallas...

—Lo siento, Charlie. Hace media hora me han pedido varios artículos. La próxima vez será —dijo levantándose de la silla.

La mañana se le había dado bien, había recibido grandes dosis de inspiración y para la una del mediodía había terminado de escribir y enviar todos sus artículos. Tras tomar un sándwich para almorzar y después de un breve viaje en taxi, ahora se hallaba plantada en el jardín botánico de Dallas. Un lugar que siempre había querido visitar. Solo tenía un par de horas, pero se juró que iba a disfrutarlas, iban a ser sus dos horas de vacaciones en Dallas.

—El Crape Myrtle Allee, el lugar más famoso del Dallas Arboretum —dijo una voz conocida a su espalda explicándole aquel pasillo cerrado de árboles que terminaba en una fuente que tenía una rana de cemento al final—. Se suelen celebrar muchas bodas. El novio espera a la novia al final del pasillo.

—Una ciudad tan extensa como esta y nos tenemos que encontrar justo aquí —se giró ella para encontrarse con su mirada. Se le veía mucho más relajado que por la mañana. También en su campo visual apareció alguien conocido a una distancia prudencial detrás de Charlie.

—Es una buena señal. Igual es algún guiño del destino incluso. Podrías haberme llamado para decirme que habías terminado. Podría haber ido a buscarte.

—Apenas quedan dos horas para volver al hotel. No merecía la pena —dijo ella de nuevo girándose para contemplar aquella maravilla de la naturaleza.

—Dos horas que podemos aprovechar. ¿Sabes que algunas parejas creen que da buena suerte besarse aquí? —le dijo al oído. Estaba de buen humor de nuevo, y le apetecía bromear solo un poco con ella, se había alegrado de encontrarla allí.

—Por mí no te cortes. Podrías hacer muy feliz al hombre de la cámara. ¿Te has dado cuenta que te sigue el mismo fotógrafo de anoche?

—¿Qué? ¿Todavía? —dijo girándose esta vez aunque no pudo ver a nadie con una cámara en la mano que apuntase directamente a ellos.

—Es decir, que no te habías dado cuenta. Pues estaba hace treinta segundos justo detrás de ti.

—Te recuerdo que yo no llegué a verle la cara.

—Por suerte yo sí lo hice y podría reconocerlo en cualquier parte.

—Está bien —se rindió Charlie—. Dejemos que haga su trabajo y nosotros seguiremos nuestro pequeño recorrido por el jardín botánico mientras.

LA CENA

Solo había metido en su casi diminuto bolso plateado una pequeña libreta y bolígrafo, pañuelos y el iPhone al que quitó el sonido antes de bajar a recepción. El conductor estaría a punto de llegar. Observó la calle desde la ventana mientras Charlie se decidía a bajar. Apenas un par de minutos después le vibró el teléfono con un mensaje.

Charlie: ¿Bajas?

Angie: Ya estoy abajo

Charlie: No, no estás

Guardó su teléfono girándose para encontrar con la mirada a un impresionante Charlie en esmoquin al lado del ascensor.

—¡Hola! —le saludó con la mano llamando su atención y girándose hacia él.

Los ojos de Charlie se abrieron como platos al ver la imagen que se alzaba a unos metros de él. ¿Realmente aquel pedazo de mujer era Angie? ¡Estaba realmente impresionante!

Un vestido azul eléctrico largo hasta los tobillos se ceñía lo justo a sus generosas curvas mostrando un generoso escote enmarcado por una hilera de brillantes a su alrededor, a la vez que un chal cubría sus hombros. Sus pies parecían los de una princesa subida en unas sandalias altas de color plata y su pelo se recogía en un moño alto con varios mechones sueltos por atrás. Su maquillaje era impecable y toda ella lucía con luz propia.

—¡Wow! —exclamó tomándola de la mano para hacerla girar sobre sí misma y contemplarla por todos sus ángulos—. ¡Estás de infarto!

—Veo que te gusta mi vestido —sonrió. Hacía mucho tiempo que ningún hombre le decía aquellas cosas y aunque era su jefe, agradeció el cumplido, sintiéndose satisfecha.

—Eres preciosa a diario, pero esta noche estás impresionante —le besó suavemente en la mejilla sintiendo aquel aroma suyo de ámbar y miel—. Gracias por hacer esto por mí. Sé que no te gustaba la idea de venir a esta cena.

—Creo que no tuve elección, ¿verdad? —dijo observándole ahora. Reconocía su debilidad por los hombres con traje, y con aquel esmoquin que se ajustaba a sus anchos hombros parecía poco menos que un príncipe.

—A veces soy un jefe un poco mandón —reconoció con una sonrisa.

—Estás muy guapo —le piropeó ahora ella también.

—Estás preciosa —le dijo Monica Walker nada más verla y abrazarla con cuidado. La asistente de producción también era la encargada de dar la bienvenida a los invitados—. Estáis los dos muy guapos. Ahora poneos a la cola y esperad vuestro turno para el *photocall*.

—¿Foto qué? —preguntó Angie poco menos que aterrada. Era una cena, nada más. Nadie le había hablado de que tendría que posar delante de un montón de paparazis.

Monica no alcanzó a escucharla, salió disparada a recibir a otros invitados que llegaban en ese momento. Pero Charlie sí que captó la preocupación en su voz.

—*Photocall*. Ya sabes, pasamos y nos hacen unas fotos para la prensa.

—Sé lo que es un *photocall*, gracias. Pero nadie me dijo que habría uno. Yo no puedo... no, no, no... no puedo hacerlo —dijo atemorizada ante la idea. Demasiados malos recuerdos acudieron a su mente relacionados con un *photocall*.

—Ey... Angie —le habló con cariño poniéndole dos dedos debajo de la barbilla para subirle la cabeza y mirarla a los ojos. Aquella mujer tenía miedo, lo podía leer en sus ojos—. ¿Qué ocurre?

Ella le miró cual cachorro asustado confirmando el miedo que sentía.

—Angie. No pasa nada —le pasó ahora la mano por la cintura y acarició su espalda a la vez que le seguía hablando en tono suave—. No hay que temer nada. Solo pasaremos y nos harán unas fotos. Solo eso. Estás preciosa esta noche y si cambias esa carita y sonríes un poco vas a ser la más bella de todas. Solo falta esa bonita sonrisa tuya.

—No sé, Charlie... —señaló disimuladamente a su alrededor—. Mira al resto, yo no soy como ellas. Ellas son altas, delgadas, tienen estilo, belleza...

—Tienes razón, no eres como ellas. Eres aún mejor —dijo haciéndola sentir especial como hacía mucho tiempo que nadie lo hacía.

La última vez que había pisado un *photocall* del brazo de un hombre todo había sido un auténtico desastre, lo de esa noche y lo siguiente. Y se había dicho a sí misma que nunca volvería a pasar por aquello.

—Si quieres puedo decirle a Monica que te encuentras mal y conseguir que te saque de aquí —le ofreció. No iba a permitir que pasara un mal rato por su culpa—. Nos podemos ver más tarde, pero yo tengo que pasar por ahí, me guste o no. Es algo que acepto implícitamente con la invitación.

Angie pensó en ello. Les habían visto bajarse del coche y ya les habían hecho algunas fotos, si se quitaba del medio en ese momento solo conllevaría especulaciones acerca del motivo de su ida, ya podía leer la prensa, enfado, discusión... siempre aderezando la noticia con alguna idea romántica al respecto, que era lo que vendía. Desde luego que no le iba a hacer ningún favor a Charlie desapareciendo.

—Está bien, lo haré —sentenció al fin tragándose todo el miedo y siendo profesional—. Solo quiero saber una cosa, ¿de verdad quieres que nos vean juntos?

—No te cambiaría por nadie del mundo en este momento —le dijo tranquilizándola.

—Vale —esbozó una sonrisa por fin. Si Charlie estaba seguro de aquello, aunque solo fuera amabilidad de su parte, ella también debía estar segura de sí misma. Se lo debía a él y se lo debía a sí misma, por todo lo pasado.

—Así estás preciosa —la besó suavemente en la mejilla y entrelazó los dedos de su mano. Quién sabía por qué, pero aquella mujer acababa de tener poco menos que un ataque de pánico a posar para la prensa. Otro rasgo de timidez incomprensible para él.

Les llegó el turno de pasar por el temido *photocall* y una nube de flashes se cernió sobre ellos. Podía escuchar las preguntas acerca de ella que hacían los periodistas de prensa escrita y las respuestas automáticas de Charlie. «Es una buena amiga.» «Angie Cooper.» «Articulista, como vosotros.», le escuchó decir. Los fotógrafos les pedían poses variadas, de lado, mirándose, cogidos de la mano.

—¿A que no ha sido tan difícil? —le preguntó, aun con las manos entrelazadas tras pasar aquella nube de flashes y preguntas y dirigirse al interior del salón.

—No, no lo ha sido —reconoció ella. Lo cierto era que finalmente se había relajado. Charlie había logrado insuflarle confianza al respecto. Lo miraba y no lo veía en absoluto disgustado por haber posado a su lado. No como otra persona de su pasado.

—Tenemos que hablar de esto que te ha ocurrido hoy.

—Cuando tú me hables de lo que te ocurrió ayer —respondió ella casi a la defensiva.

—*Touché* —le respondió, esbozando una sonrisa, a la vez que uno de los camareros se les acercaba para preguntarles sus nombres e indicarles cuales serían sus asientos.

Charlie había hablado con al menos la mitad de los asistentes. Todo el mundo de la cadena de televisión quería conocerlo y él siempre atendía con una sonrisa a todos y cada uno de ellos. Menos cuando hablaba con algunas mujeres... la situación se tornaba incómoda para él, lo veía tenso y a la más mínima huía como un animal herido.

—¿Ves? Eso es lo que te decía —dijo Monica al acercarse al lateral del salón del comedor donde estaba Angie. Le traía una copa de champagne y señalaba hacia

donde se encontraba Charlie—. Siempre es igual, ellas se acercan, les da dos minutos de atención y en cuanto entran en contacto con él, no tarda en desembarazarse de ellas. Otra mujer con el corazón roto por Charlie Atkins.

—Es muy extraño. Suele ser encantador —dijo Angie.

—Es encantador con el resto de los hombres. Las mujeres son otra historia. Huye de ellas.

—No creo que sea así —lo defendió, aun sabiendo que Monica estaba en lo cierto, ella también lo había estado observando y tenía la misma sensación.

—Teme a las mujeres. Yo creo que nos odia.

—¡Eso es una tontería! Charlie no odia a las mujeres. Ya le escuchaste ayer en el programa de Frank. Valora a todas las que trabajamos con él.

—Sé lo que escuché, pero también sé lo que veo, y lo que veo es un hombre que tuerce el gesto cada vez que una mujer coquetea con él. ¿Acaso lo ves normal?

—Quizás no le gustan las mujeres fáciles —dijo recordando el episodio de la mañana en el spa del hotel.

—Sea como fuere, en lo que lleva en el negocio nunca se le ha conocido una mujer al lado. Y lleva unos cuantos años. Los periodistas han tratado de seguirle durante tiempo y nada. Hace una vida de clausura, del trabajo a casa y de casa al trabajo. Hasta hace un par de años acudía a un par de cursos nocturnos. Pero nada más. Ni fiestas, ni mujeres. Esa es su aburrida vida. De hecho hasta me extraña que haya venido esta noche aquí.

—¿Cómo puedes saber eso? —preguntó intrigada Angie.

—Salgo con un fotógrafo que trabajaba en Austin hasta el año pasado. Ayer lo vio en el programa y estuvimos hablando de él. Me contó que estuvo siguiéndolo durante varias semanas y antes que él lo hicieron otros. Y eso fue lo que obtuvieron todos acerca de su vida fuera de las ondas. Es un hombre extraño y solitario.

—Vaya...

—Mira, ahí va otra víctima —dijo Monica viendo cómo se acercaba una mujer pelirroja. Charlie buscó con la mirada a Angie—. ¿Seguro que no hay nada entre vosotros? Acaba de buscarte con la mirada. Además, contigo es diferente. Os he visto cogidos de la mano al entrar.

—He tenido un momento malo, estaba aterrada con lo del *photocall* y él se ha mostrado muy comprensivo al respecto, pero nada más. No hay nada entre nosotros.

Trabajamos juntos y tal como dijo ayer, está encantado con las mujeres que trabajamos con él.

—Entonces te está lanzando un SOS en toda regla. Deberías rescatarle de Rita, va a sudar tinta para quitársela de encima.

—¿Quién es? —quiso saber ella.

—Una presentadora de informativos de la cadena. Dicen las malas lenguas que ascendió desde la redacción tirándose a un par de jefazos. Le gusta salir con un trofeo de cada fiesta, y al parecer esta noche lo va a intentar con Charlie. —Monica advirtió otra mirada hacia ellas, en concreto hacia Angie—. Ahí lo tienes, Charlie te ha mirado de nuevo.

—Bien, asistente al rescate —dijo suspirando antes de encaminarse hacia donde se encontraban Charlie y Rita la de los trofeos.

—¡Suerte nena! —le dijo Monica riendo.

—¡Hola! —dijo alegremente Angie cortando a la pelirroja sin más miramiento—. Siento interrumpir, Charlie, pero hace rato que me prometiste un baile.

—¡Oh, sí, claro! Discúlpame, Rita, debo atender a mi pareja —dijo enfatizando aquella última palabra—. Creo que la he dejado demasiado tiempo descuidada.

La pelirroja miró a Angie con desprecio de arriba abajo y tras una breve despedida a Charlie se retiró.

—No he venido a crearme una cartera de enemigas, Charlie —se quejó Angie.

—Pero has venido a pasarlo bien y tal como dices, creo que te debo un baile —desvió la conversación. Estaba agradecido de que ella hubiera comprendido sus miradas y lo hubiera salvado de aquella mujer. Por ese motivo intentaba no acudir a fiestas o irse temprano de ellas si no le quedaba más remedio que acudir, no estaba cómodo con aquel tipo de mujer que encarnaba a la perfección la pelirroja Rita.

—No hace falta que bailemos, al fin y al cabo ya te he librado de ella, y eso es lo que buscabas —respondió haciéndole ver que se daba cuenta de su juego.

—Lo prometido es deuda —le sonrió y la tomó de la mano llevándola a la pista de baile.

Apenas dejaron de bailar un par de veces durante las siguientes dos horas y solo había sido para tomar unas copas, aunque sin duda él tomaba el triple que ella cada una de esas veces. Charlie había decidido que la reunión social había terminado, solo quería bailar con ella y evadirse, evitar que más mujeres se acercasen. Cuando vio que algunos invitados comenzaban a abandonar la fiesta, ellos hicieron lo propio abandonándola tras despedirse de Monica Walker para dirigirse al hotel con uno de los conductores de la cadena.

—Aún es pronto para ir a dormir. Tomemos una última copa —propuso él al llegar al hotel.

—No es asunto mío, pero ¿no crees que ya has bebido suficiente? —preguntó Angie. Le había visto tomar al menos el triple que ella cada una de las veces que habían dejado de bailar. Si bien parecía no afectarle, el gesto del locutor era cansado, probablemente en parte debido al alcohol ingerido.

—Solo una más en el bar y nos iremos a dormir —pidió. Había sido un día duro, lo de aquellas mujeres del jacuzzi, lidiar con los invitados y con aquellas otras mujeres de la fiesta.

—Está bien —cedió. Quería comprobar que se iba a dormir y no seguía bebiendo solo en el bar. Tomar aquella copa con él, era una forma de asegurarse de ello. Sentía que aquel hombre estaba ahogando en alcohol algo—. Pero solo una.

—Solo una, lo prometo.

Tomaron asiento en la barra del bar. Uno al lado del otro. Pidieron whisky para él y Martini para ella. Brindaron en silencio y así permanecieron largo rato.

—Te preguntaré por qué huyo de las mujeres —dijo él iniciando la conversación—. No quiero problemas.

—Eso ya lo he oído antes.

Se hizo de nuevo el silencio entre ambos.

—De mí no huyes nunca —le dijo Angie tras un minuto reflexionando. Necesitaba saber por qué ella era diferente al resto. ¿Tan poco atractiva la veía que ni siquiera la consideraba una amenaza?

—Tú... —dijo posando su mirada ahora sobre ella para meditar la respuesta que iba a dar—. Eres diferente a ellas.

—Un puercoespín es diferente —replicó apurando su copa y endureciendo el gesto. Era diferente. Claro que era diferente, el imbécil de su ex se lo había dicho cientos de veces y aquello dolía aunque viniese de parte de su jefe.

Charlie también apuró su copa y se levantó tras ella para dirigirse al ascensor. No comprendía por qué el gesto de ella había cambiado al decirle que era diferente, cuando en realidad solo era un cumplido. El resto eran unas arpías que solo querían utilizarle, sin embargo ella era profesional, dulce y...

—Tú no eres un puercoespín —le dijo en la puerta del ascensor nada más salir de él—. Esta noche eres una princesa, pero sobre todo, eres mi amiga —se acercó a ella dándole un suave beso en la mejilla con el cual aspiró su perfume—. Buenas noches.

—Buenas noches, Charlie —respondió tras unos segundos viendo cómo pasaba la tarjeta de la habitación por el lector para abrir la puerta.

VUELTA A CASA

—¡Buenos días! —la saludó al verla salir del ascensor. Estaba esperando en el hall del hotel mientras permanecía sentado en uno de los sillones, ojeando con desgana el periódico de la mañana.

—Buenos días. No me digas que ya has desayunado y he bajado tarde.

—No. Aún no. Sólo que no he dormido muy bien. Demasiado ruido en mi cabeza.

—Demasiado alcohol —añadió ella—. ¿Necesitas una aspirina, ibuprofeno...? Tengo en la habitación.

—Estoy bien. Seguro que en cuanto me tome un zumo de naranja me encontraré mejor.

—No estás hecho para trasnochar y creo que tampoco para beber tanto.

Charlie observó a las dos *barbies* latinas del día anterior. Al parecer aún seguían en el hotel y acababan de desayunar. En menos de treinta segundos cruzarían la puerta del comedor y subirían en ascensor. Una idea vino a su cabeza, solo necesitaba que Angie le ayudase y podría vengarse de ellas.

Se levantó del asiento como una exhalación y cogiendo a Angie de la mano la llevo al lado del ascensor.

—Ayúdame a vengarme de las mujeres de ayer. Sígueme el rollo, por favor —le pidió.

—¿Qué? ¿Cómo? —acertó a preguntar sintiéndose atrapada entre la pared y el cuerpo de Charlie.

—Tú solo sígueme el rollo —repitió él.

Angie se dio cuenta de la jugada de Charlie al ver venir a las dos *barbies* *JLo* hacia ellos. «De acuerdo, podría ser divertido» —pensó.

Charlie no perdió el tiempo y comenzó a mirarla intensamente, acariciándole la mandíbula con un dedo y hablándole aparentemente al oído. Ella rio tontamente siguiendo aquel plan improvisado, observando disimuladamente la mirada que ambas *barbies* estaban cerniendo sobre ellos. Una mirada nada amable por parte de la de pelo largo.

—Hay algunas con suerte —dijo agriamente en español.

—Después de todo no era maricón —dijo también en español la que el día anterior fue llamada Lupe a gritos por su compañera.

El ascensor se abrió al fin y ambas mujeres subieron.

Charlie hizo un gesto de victoria y lanzó una carcajada que poco después siguió Angie riendo con él. Había sido una buena lección para aquellas dos, sin duda.

—Me gustaría saber que han dicho esas dos mujeres —dijo pensativo Charlie, sentado ya en el avión vuelta a Austin.

—Una de ellas dijo que yo era una mujer con suerte y la otra añadió que al fin y al cabo... bueno, que no eras como ellas pensaban.

—¿Gay?

—Ajá.

—He de suponer que hablas español.

—Casi tan bien como inglés. Mis amigas de la infancia eran todas hispanas.

—Eres una caja de sorpresas.

—Si me hubieras pedido un currículum tú también lo sabrías.

—¿Qué quieres que te diga? No estoy hecho para ser el típico jefe que pide currículums. Además, creo que contigo no me equivoqué.

—¿Qué me dices de tu equipo en la emisora? ¿No eres el típico jefe con ellos?

—Candace se ocupa de todo eso, por suerte para mí.

—¿El periódico del día, señores? —les ofreció la azafata.

—Sí, por favor —respondió Angie tomándolo.

—Creo que salen ustedes en la página veinte, y muy guapos —les guiñó un ojo la auxiliar de vuelo.

—¡Que interesante! Gracias —respondió Angie para ir rápidamente a dicha página.

«*Charlie Atkins por fin acude acompañado a una fiesta. El locutor dijo que era una gran amiga.*»

Charlie soltó un bufido al leerlo tras ella.

—Estamos muy guapos en las fotos —trató de suavizar Angie—. La más ofendida soy yo.

—¿Por qué?

—Porque soy la amiga de Charlie Atkins —dijo con retintín—. Me siento como uno de esos dibujos animados sin nombre. ¿Quién recuerda el nombre del amigo de Bart Simpson?, por ejemplo.

—¿Milhouse?

—Vale —sonrió ella—. Ha sido un mal ejemplo.

Charlie rio con aquella ocurrencia suya. Sabía a qué se refería.

—Estabas preciosa —dijo centrándose de nuevo en la fotografía donde se les veía a ambos.

El avión aterrizó a la hora prevista en Austin y en menos de media hora se encontraban maletas en mano en la redacción del programa que presentaba semanalmente Charlie, *Siete días en Texas*.

—¿Te gusta? —preguntó Candace al observar como Charlie miraba con una sonrisa en los labios hacia el fondo de la redacción, donde estaba Angie haciendo unas llamadas.

—Es muy eficiente y me ayuda mucho —dijo él evadiendo el trasfondo que sabía que tenía la pregunta.

—Ya —respondió Candace resignada—. Comenzamos el programa en veinte minutos.

Charlie había invitado a todo el equipo a tomar unas cervezas después del programa. Angie sin embargo había declinado la oferta. Prefería volver a casa, deshacer la maleta y hacer la colada.

—Traemos una botella de vino —anunció Terry al lado de Susan nada más Angie abrió la puerta de su casa.

—Pasad —las invitó—. Pero nuestra noche semanal no era hoy.

—Estabas preciosa anoche —comenzó a decir Susan—. Y queremos cotillear todo lo del viaje a Dallas. Esta es una noche extra de cotilleo.

—Y ese hombre que llevabas colgado del brazo estaba espectacular. Dime que lo has probado —quiso saber Terry dirigiéndose a la cocina para abrir y servir el vino.

—Por favor, Terry. Ese hombre es mi jefe —se quejó Angie dejándose caer en el sofá.

—Estamos en el siglo veintiuno. Esos convencionalismos de jefe-empleada ya no se llevan. Puedes liarte con tu jefe sin que sea un escándalo.

—Pues siento decepcionarte, pero es algo que no he hecho.

—En ese caso —dijo ahora Terry volviendo al salón con las copas de vino en una bandeja que posó en la pequeña mesa de café frente a ellas—, espero que Susan o tú tengáis el detalle de presentármelo más pronto que tarde. Eso contando con que le gusten las mujeres, y ya sabes, por los rumores.

- No es gay, si es lo que quieres saber. Y es muy selectivo en cuanto a mujeres.
- Tan selectivo que lleva años sin salir con una —replicó Susan.
- Aún no me conoce a mí. Seguro que está esperándome desde entonces —dijo Terry riendo.

—¡Traidora! —le espetó Susan, un par de días después, arrojando sobre la mesa de la casa de Charlie una revista con una fotografía en portada que ella reconocía. Charlie hablándole al oído en el jardín botánico de Dallas. Ella sonreía como una boba.

El titular rezaba: «*Charlie Atkins disfruta de Dallas con una rubia.*».

Angie tragó saliva y se sentó a la mesa. No podía estar pasando. ¿Cómo se iba a tomar Charlie aquello cuando lo viese? Abrió la revista con dedos temblorosos y observó el resto del reportaje. Se lo había advertido a Charlie, fotografías que sugerían lo que no había. Allí estaba, delante de ella.

—Al menos se lo podrías haber dicho a tus amigas —sonrió Susan—. Entiendo que lo queráis llevar en secreto, pero con nosotras no deberías haberlos tenido. No vamos a ir corriendo a contarlo a la prensa.

—Susan, es que no...

—Ahora me dirás que fue un error. Os acostasteis y no volverá a pasar. Lo entiendo, pero tanto a Terry como a mí nos hubiera gustado conocer los detalles.

—Susan, no hay nada. Lo juro. Entre Charlie y yo no ha pasado nada de eso —dijo mirándola a los ojos mientras señalaba sin mirar la revista.

—Me estás hablando en serio —Susan la creyó al reconocer el tono grave de su voz.

—Completamente. ¿Qué va a pasar cuando Charlie vea esto? —se lamentó ella.

Susan se sentó a la mesa con su amiga y volvió a hojear la revista.

—No lo entiendo, veo estas fotos y noto complicidad entre ambos. ¿Estamos seguras que no ocurre nada entre vosotros?

—Ocurre lo mismo que puedes ver a diario cuando estás por aquí.

—Quiero creerte y te creo, pero estas imágenes...

—Le advertí a Charlie que esto iba a suceder desde el primer momento que me di cuenta que el fotógrafo se dedicaba a seguirnos.

—Así que lo sabíais y aun así, estas fotos.

—Lo sabíamos. Ahora puedes ver lo que hacen unos cuantos buenos encuadres después de horas de seguimiento aderezados de un texto que sugiere algo.

—De acuerdo, cariño, te creo —le dio un beso en la mejilla antes de levantarse de la mesa—. Te espero a cenar mañana en mi casa. Ahora voy a ver si organizo el día.

Ambas escucharon el sonido del coche de Charlie aparcando en la entrada. Esa noche al parecer había dormido en Austin.

—Suerte con Charlie. Yo me quito del medio. Ya lo veré más tarde —dijo Susan saliendo del salón para subir las escaleras.

—¡Buenos días! —saludó un sonriente Charlie.

—Buenos días —dijo con desgana Angie.

—Veo que no son tan buenos. ¿Qué ocurre?

—Ocurre esto —empujó la revista hacia él.

Charlie se sentó a la mesa y endureció el gesto nada más ver la portada de la revista. Los protagonistas, sin duda, eran ellos. Abrió la publicación y comenzó a leer el reportaje aderezado de no pocas fotografías. Cada una de ellas sugería lo que el texto decía. «*Charlie Atkins por fin con una mujer*», se atrevían a decir.

—Basura —dijo en alto tras terminar de leer el artículo, donde se afirmaba que dormían en el mismo hotel, algo que era cierto, aunque no de la forma que querían hacer ver.

—No sé si recuerdas que te lo advertí.

—¿Te supone algún problema en tu vida personal que te relacionen conmigo? —preguntó él. No se perdonaría si aquello le causaba algún daño por no haber seguido su consejo y haber continuado por separado aquella primera noche que notaron la presencia del fotógrafo.

—En absoluto —respondió Angie desconcertada—. No debo explicaciones a nadie.

—Bien. Yo tampoco.

—¿No te molesta? —preguntó sorprendida ante la tranquilidad que mostraba Charlie.

—Claro que me molesta, pero el reportaje está hecho y no podemos hacer nada. La verdad se sabrá con el tiempo.

—Siendo así, a mí desde luego tampoco debe molestarme.

—Entonces comencemos a trabajar —dijo Charlie antes de que su teléfono móvil comenzase a sonar. Se disculpó con ella y salió al jardín trasero a hablar, evitando el ruido que había en la casa procedente de los albañiles, que estaban comenzando a montar el baño de abajo.

Candace, su productora, estaba encantada con la noticia que había salido en aquella dichosa revista. Hacía tiempo que su vida monacal daba mucho que hablar y para la emisora, de dueños convencionales, era algo bueno que se le relacionase con una mujer.

—El sábado que viene tengo que ir a una cena. Candace me acaba de pedir que vengas.

—¿Por qué será que me parece que esta invitación de Candace tiene que ver con la revista esta? —dijo señalándola.

—Si no te apetece o tienes otros planes puedo decirle que no.

—No tengo nada que hacer. Iré. ¿Es bueno para ti, esto, verdad?

—Gracias —dijo dejándose caer en la silla—. Según Candace, sí, es bueno para el programa.

UNA MALA NOTICIA

Apenas eran las siete de la mañana cuando su teléfono móvil comenzó a sonar. Era un número conocido y automáticamente se preocupó. Su madre no solía llamar a esas horas.

—Mamá, ¿qué ocurre? —se apresuró a contestar.

—Buenos días, Charlie —respondió serena—. No quiero que te asustes. Tu padre está bien. Pero ha sufrido una caída del caballo y se ha fracturado un par de costillas. Solo quería que lo supieras.

—¿Cómo ha sido? ¿Cuándo?

—Ayer a última hora de la tarde. Una serpiente asustó al caballo y tu padre no pudo controlarlo cayendo al suelo de mala forma. Pero te repito que está bien.

—Debiste llamarme nada más suceder —le recriminó.

—Cariño, apenas hemos sabido algo hace un rato. Se han pasado la noche haciendo pruebas. No hubiera conseguido más que asustarte innecesariamente.

—En adelante quiero que me comuniques estas cosas al momento.

—Ya ha pasado, cariño —dijo tratando de tranquilizar a su hijo.

—Hago la maleta y voy a veros enseguida. Llegaré en unas horas. Llámame si surge algo nuevo en el estado de papá.

—No hace falta que vengas, no es nada...

—Mamá —la interrumpió—. Iré a veros, dale un beso a papá.

—Como tú quieras, Charlie.

Se vistió y echó unas cuantas prendas básicas en la maleta pequeña. Bajó al parking y se puso al volante de su todoterreno blanco agradeciendo estar en Austin esa mañana y haber llenado el depósito el día anterior. Le quedaban por delante al menos cuatro horas de viaje una vez hubiera salido de la ciudad.

Aprovechó el primer semáforo en rojo que encontró a su paso para escribirle un mensaje a Angie. Debía avisarle de su ausencia.

Charlie: He tenido una emergencia familiar y salgo para San Angelo en estos momentos. Anula todos mis compromisos de al menos los próximos tres días. Luego iremos viendo. Confío en ti.

La respuesta no se hizo esperar y pudo leerla en el siguiente semáforo en rojo.

Angie: Anularé todo tal como me pides y me ocuparé de todo lo que esté en mi mano. Me dejas preocupada, espero que no sea nada grave y que me escribas pronto. Cuidate mucho y buen viaje.

Claire apenas podía creer que su Charlie volviera a San Angelo por primera vez en seis años. A pesar de lo que le había ocurrido la noche anterior a su marido, sentía una inusitada alegría al saber que su hijo mayor volvería a casa en tan solo unas horas. Sam se iba a llevar una grata sorpresa al verlo.

—Claire —le habló Sam—. ¿Has hablado con el médico? ¿Cuándo volvemos a casa?

—Has tenido un accidente grave, amor, ¿por qué tienes tanta prisa? —le dijo con dulzura.

—Hay mucho trabajo por hacer en el rancho. No me puedo permitir estar así.

—Sam, cariño, me parece que durante un tiempo vas a tener que llevar ese corsé y ten por seguro que no vas a montar a caballo hasta dentro de unos meses. No te preocupes por el trabajo, los chicos se ocuparán. Si es necesario contrataremos a alguien más.

—Está bien, pero al menos podríamos volver a casa. Seguro que allí me sentiré mejor que en este lugar que huele a desinfectante.

—Eres un cabezota. Veré que puedo hacer, pero los chicos están buscando una enfermera que nos ayude en tu estado cuando volvamos a casa, hasta entonces no nos iremos. —Besó en la frente a su marido antes de salir de la habitación y hablar con el médico. Intentaría darle gusto en aquello de volver a casa, aunque mucho se temía que al menos deberían pasar uno o dos días más en el hospital hasta entonces.

Charlie llegó a San Angelo cuatro horas más tarde. Unas obras lo habían retenido media hora más de lo previsto.

—Mamá, acabo de llegar a San Angelo. ¿Cómo sigue papá? —le habló desde el manos libres del coche nada más descolgar ella.

—Está bien. Muy cabezota, ya le conoces. Quiere que volvamos a casa.

—Eso es buena señal —convino él esbozando una sonrisa—. Voy camino del hospital.

—Muy bien, cariño —dijo antes de colgar y entrar de nuevo en la habitación de su marido.

—Claire, ¿nos podemos ir ya a casa? —insistió Sam.

—De momento no, pero tengo una sorpresa. Acabo de hablar con Charlie.

—No debiste haberle molestado, esto no es nada.

—Tiene derecho a saberlo. El caso es que en cuanto se lo dije esta mañana salió para aquí y está a punto de llegar.

—¿En serio? —preguntó un sorprendido Sam. Habían pasado seis años que su hijo mayor no pisaba el rancho familiar. Hacía tiempo que había perdido la esperanza de volver a verlo de nuevo en casa.

—En serio. En cuanto se lo dije no lo dudó un momento.

—Por fin todos en casa, como antes —se alegró Sam apretando con algo de dificultad la mano de su esposa.

Si Charlie no estaba, ella debía ocuparse de todo. Seguiría supervisando las obras de la casa mientras Susan y Charlie no estuvieran para hacerlo, ocupándose de que todo se hiciera tal como él quería. Los albañiles seguirían con las piezas del baño y los apliques del mismo. Ahora se centraban en una importante bañera hidromasaje para dos personas que el locutor había encargado para su baño más espacioso.

—¿Dónde está Charlie? Ayer no pude hablar con él en persona y hoy no lo encuentro —preguntó Susan.

—Charlie no está. Ha tenido una emergencia familiar, así que parece que tu enlace con él será yo.

—Espero que no sea nada grave.

—No te sé decir, pero yo también lo espero.

—Quería comentarle acerca del despacho. Es un tema que hemos dilatado en exceso, espero que haya cambiado de opinión al respecto y ya no quiera ese horror que tiene en el apartamento de Austin. Le traigo algunas propuestas.

—Siento decirte que en eso no va a cambiar de opinión. Y a mí no me parece un horror. A mí me gusta.

—¡Por el amor de Dios! No hablarás en serio.

—Completamente. Es rústico.

—Es antiguo.

—Vintage.

—Sí, la palabra que se usa para todo lo viejo —resopló Susan.

—No sé, Susan. Solo sé que a mí me gusta su despacho de Austin.

—Deberías casarte con ese hombre, parece que sois almas gemelas —bromeó poniendo los ojos en blanco.

—Es una opción —rio Angie—. ¿Alguna de las propuestas se parece a lo que él quiere?

—Las que tengo hoy no. Pero si eso es lo que quiere, eso es lo que le daré.

—Confío en ti.

—¿Qué tal tomó Charlie lo del reportaje al final? —preguntó Susan sentándose a la mesa con su amiga.

—Extrañamente bien. Me preguntó si me causaba algún problema el que me relacionasen con él y dijo que con el tiempo se sabría la verdad. Luego sé que le llamaron de varios medios para conocer más acerca de la *relación* —Angie entrecomilló la palabra con los dedos de ambas manos—, y dijo que no hablaba de su vida privada.

—Entonces no fue tan grave. Pero yo a aun sigo sin creerme que no haya nada. Esas fotos... veo coqueteo en ellas.

—No hay nada, créeme. Coqueteo, sin embargo, puede. Charlie ha descubierto que hay cosas que me hacen ruborizar y no desaprovecha la oportunidad para conseguirlo gastándome alguna broma que otra.

—¿Te gusta?

—¿Que bromeo?

—Charlie.

—Estaría ciega si no me gustase. No creo que haya mujer a quien no le guste ese hombre.

—No, desde luego que no. Si no estuviera centrada en mi carrera, no dudaría en hacer algo para que se fijase en mí. Te espero esta noche en mi casa, no te olvides.

Cena, vino y cotilleo. Queremos saber más de Dallas.

—Un día terminaremos con todas las existencias de vino del Valle de Napa.

—Nos vemos, cariño —dijo levantándose de la silla—. Voy a poner al orden a los fontaneros.

—Duro con ese látigo, nena.

—¿Mamá? —llamó Charlie al ver a su madre en el pasillo de la sexta planta. Donde le habían indicado en información que estaba ingresado su padre.

—¡Charlie! —Claire abrió los brazos y esbozó una gran sonrisa al ver a su hijo mayor. Hacía casi un año que no lo veía, desde la última vez que ella y Sam habían estado en Austin visitándolo unos días.

—¿Cómo estás, mamá? —dijo mientras abrazaba largamente a aquella mujer que le hacía sentir en casa de nuevo.

—Bien, cariño. Un poco cansada, pero bien. Te veo muy guapo —se detuvo a mirarlo y pasó la mano por el negro cabello de su hijo—, cada día más guapo.

—¿Cómo está papá? —preguntó tras dedicarle a su madre una suave sonrisa. Se alegraba de estar con ella.

—Bien también. Dolorido, pero nada que unas semanas de reposo, corsé y cuidados no puedan arreglar.

Claire tomó de la mano a su hijo, como cuando aún era pequeño y le llevo hasta la habitación donde Sam descansaba.

—Hola, papá —sonrió Charlie al verlo. No sabía lo que se iba a encontrar, pero ahora lo veía y sabía que su madre no le había ocultado nada—. No me des estos sustos. ¿Cómo estás?

—¡Charlie! —sonrió a su vez su padre. Sam era una versión de Charlie con veinte años más, apenas unas pocas canas en su negro pelo y algunas arrugas alrededor de los ojos, que a diferencia de los de su hijo mayor, eran verdes. Aun contaba con una presencia tan imponente como la de cualquiera de sus tres hijos—. Estoy bien, nada que el tiempo no cure.

—Me has dado un susto de muerte, papá. No lo vuelvas a hacer —se acercó ahora a darle un beso en la mejilla y tomó su mano.

—Te aseguro que no era mi intención, hijo. Pero dime, ¿cómo es que has hecho un viaje tan largo? Sé que eres un hombre muy ocupado. Te vimos la semana pasada en el programa de Frank Maxwell, estuviste estupendo.

—Gracias. Para vosotros siempre tendré tiempo, sobre todo si es algo como esto. Por mi trabajo no te preocupes. Ahora tengo una ayudante, así que tengo un poco más de cancha en ese aspecto.

—¿Es la chica que sale en las fotos de Dallas? —preguntó su madre.

—Sí, es ella. Y es muy eficiente —contestó Charlie deseando que hubiera visto solo lo que había salido en el periódico y no el extenso reportaje que había salido el día anterior en aquella maldita revista.

—También es muy guapa —dejo caer Claire.

—Lo es.

—Yo no he visto esas fotografías —se quejó Sam.

—Oh, pues es un reportaje muy bonito, ayer mismo compré la revista después de que una de mis amigas me llamase por teléfono para avisarme que nuestro hijo salía en portada.

Charlie maldijo para sus adentros. La revista había llegado hasta su madre. Más pronto que tarde recibiría una batería de preguntas acerca de su asistente, eso si acaso no había dado crédito a lo que se insinuaba en la revista.

—Seguro que podremos encontrar un ejemplar en la tienda del hospital para tu padre —señaló Claire.

—Bueno, mamá, estoy seguro que papá no está de humor aun para ver ese tipo de publicaciones sensacionalistas —añadió Charlie deseando disuadirla de que también su padre viese aquel reportaje manipulado.

—Entonces se la enseñaremos cuando vuelva a casa —dijo Claire sabiendo que debía esconder la revista antes de que Charlie la encontrase y desapareciera misteriosamente. Se había dado cuenta que a él le molestaría aquella publicación desde que la había comprado la tarde anterior.

—¿Puedo hacer algo por vosotros? Mamá, creo que debes descansar. Te llevaré a casa y yo me quedaré esta noche aquí.

—No, cariño, estoy bien y sabes que eso no sucederá. No me moveré del lado de Sam.

—Mamá, el estará bien conmigo y tú te sentirás mejor si descansas esta noche en casa. Ya no tienes veinte años y...

—¿Me estás llamando vieja? —se reveló Claire—. Te informo que hasta Madonna tiene más años que yo y la veo continuamente haciendo unas coreografías imposibles y de gira por medio mundo. Si ella puede llevar esa vida, creo que yo también podré aguantar un par de noches en un hospital.

—Mi Madonna particular —bromeó Sam, sabiendo cuán tozuda era su esposa. Charlie no podría convencerla de lo contrario.

—Como quieras, mamá. Mi oferta seguirá en pie si cambias de idea. Ahora si me disculpáis un par de minutos, saldré fuera a hacer unas llamadas de trabajo.

—No cambiaré de idea. Ve tranquilo.

En realidad, solo quería enviar unos mensajes y respirar aire fresco, sabiendo ahora que su padre se pondría bien en un par de meses. Salió a la puerta del edificio del hospital. Apenas comenzó a escribir el primer mensaje cuando escuchó dos voces familiares.

—Mira Sammy, ese tipo de ahí me resulta vagamente conocido. ¿Acaso no teníamos un familiar con ese aspecto?

—No sé, Luke, yo creo que te confundes con uno de esos famosos que salen en televisiones y revistas, de esos de ciudad.

—Ya sé de los que dices, de esos que no se ensucian las botas de barro —añadió Luke divertido.

—Muy graciosos, chicos —dijo sarcásticamente Charlie ante las risas de los otros dos.

Luke abrazó y palmeó las anchas espaldas de su hermano mayor en primer lugar y Sammy fue el segundo en hacerlo.

—Tío, casi no me lo podía creer cuando me llamó mamá para contármelo. Tú de nuevo aquí.

—Era importante, no podía dejar de venir.

—Seis años, Charlie —apreció Sammy. Su hermano mayor se había ido cuando él apenas entraba en la veintena y aún estaba en la universidad.

—Lo sé, chicos, he estado muy ocupado en Austin —se disculpó, sabiendo que aquello no era del todo cierto. No tomarse ni un solo día de vacaciones en todo aquel

tiempo era de todo menos normal y sabía que si hubiera querido podría haberlo hecho.

—Lo importante es que estás aquí —quiso quitar hierro al asunto Luke—. Espero que al menos te quedes un tiempo con nosotros, ahora que has vuelto.

—Veré qué puedo hacer, tengo un trabajo que cumplir.

—Lo que te decía, Samy —se giró de nuevo hacia el pequeño de los Atkins—, uno de esos tipos que no se ensucian las botas de barro.

—Sabes que no es eso, Luke. Tengo responsabilidad y compromisos adquiridos.

—Lo sé, Charlie —posó una de sus manos en el hombro de su hermano—. Solo estaba bromeando. Pero has de saber que con papá en reposo, quién sabe durante cuando tiempo, tenemos más trabajo en el rancho. No nos vendrían mal un par de manos extra.

—Lo intentaré. Intentaré quedarme y ayudaros, pero no prometo nada. Mientras esté aquí, contad con mis manos.

—Sabía que no nos ibas a defraudar, hermano —dijo Samy sonriendo.

—¿Entramos a ver a papá? —preguntó Luke.

—Acabo de salir y necesito enviar unos mensajes. Id vosotros, ahora os alcanzo.

—Bienvenido a casa, hermano —dijo Luke.

—Bienvenido —repitió Samy.

Estaba a punto de salir para la noche de chicas en casa de Susan cuando su teléfono sonó. Era un mensaje, de Charlie.

Charlie: Siento haberte dejado preocupada. No había podido escribir hasta ahora. Mi padre ha tenido una caída del caballo fracturándose varias costillas. Está dolorido, tendrá que llevar un corsé, pero en un par de meses esperamos que se ponga bien. ¿Cómo va todo por ahí?

Angie: Siento lo ocurrido aunque por suerte se ha quedado todo en un gran susto. Lo importante es que esté bien. He podido anular todas tus citas de los próximos tres días. ¿Cómo estás tú?

Charlie: Gracias por todo, sin ti no podría haberlo hecho. ¡Eres la mejor! Yo estoy bien. Si te soy sincero, me he asustado mucho esta mañana al recibir la llamada de mi madre. Quedamos pendientes porque aún no sé cuánto tiempo voy a estar aquí.

Angie: Me alegra oír que estás bien una vez pasado el susto. Ok, no dudes en comunicármelo si hay que anular más compromisos. Estaré disponible para lo que necesites de trabajo o si simplemente necesitas un oído amigo. Cuidate mucho.

Charlie: Gracias nuevamente. Te escribiré cuando pueda y vamos viendo qué hacer con los compromisos de la agenda. Cuidate tú también. Eres mi salvación en Austin.

Y realmente no sabía aun qué hacer. Volver a Austin o quedarse una temporada. Debía hablar con Candace al día siguiente sin falta, pero por el momento no podía enfrentarse a nada más, se encontraba mentalmente exhausto.

CENA Y RECUERDOS

Angie se alegraba de haber recibido buenas noticias de Charlie. Había estado preocupada, no sabía cuán grave había sido la situación de aquella emergencia familiar que le había dicho por la mañana. Eso sí, dadas las circunstancias, todo hacía indicar que los próximos días dedicaría su tiempo a cancelar citas, controlar a los fontaneros y dar explicaciones del paradero de su jefe.

—Creíamos que nos habías dado plantón —dijo Terry dándole dos besos, una vez entró por la puerta de la casa de Susan.

—Jamás os daría plantón —dijo siguiendo a Terry hasta la cocina, donde Susan terminaba de dar los últimos toques a la cena.

—Pensaba que tenías miedo de contarnos todo lo que ocurrió en Dallas. Casi me caigo de culo cuando he visto en mi trabajo una revista con el reportaje que os han sacado allí. No debes ocultarnos ese tipo de cosas.

—Ya se lo dije a Susan y aunque no sé si me cree del todo, no hay nada que contar.

—Claro que te creo, pero las imágenes me generan muchas dudas. Opino que hay tonto entre vosotros.

—Yo creo que hay una tensión sexual no resuelta y muy evidente entre ambos —añadió Terry.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Angie—. Si te hacen mil fotografías, y estás pasándolo bien, alguna siempre dirá lo que ellos quieren que diga. Es todo cuestión de perspectiva.

—Veamos, analicemos las fotografías. —Terry sacó un ejemplar de la revista de su bolso y lo puso sobre la barra de la cocina.

—¿Es la de tu trabajo? —preguntó Angie.

—No, ¿cómo crees eso? Esta la he comprado yo. No pensarás que voy a dejar pasar que una de mis dos mejores amigas sale en portada de una publicación en la que la relacionan con el soltero de oro de Austin, y no me voy a agenciar un ejemplar para mí. Estaría loca si no lo hiciera.

—¿Aunque no sea cierto? —quiso saber Angie.

—Aunque no lo sea. Esto no pasa todos los días.

—Has pasado de dirigir una a salir en portada, no está mal —bromeó ahora Susan mientras probaba la salsa de la pasta y la dejaba a fuego lento. No quería perderse aquel análisis de las fotografías que quería hacer Terry.

—La que yo dirigía era al menos más seria.

—Eso da igual. Veamos, la foto de portada, ¿qué nos cuentas?

—¿En serio vamos a hacerlo? ¿Vamos a analizar todas las fotografías?

—Y cada una de las palabras del texto. Me muero por saber todo —confirmó Terry con una sonrisa.

—De acuerdo —se rindió Angie.

—¿La portada? —preguntó ahora Susan.

—Estábamos en el jardín botánico de Dallas.

—Eso ya me lo puedo imaginar —dijo Terry—. Quiero saber de qué hablabais.

Angie emitió un suspiro.

—Charlie me había contado para qué servía el lugar, al parecer se celebran bodas allí y probablemente en ese momento de la fotografía estaba bromeando acerca del lugar.

Terry pasó las hojas hasta llegar al reportaje y señaló en silencio una fotografía.

—Ahí estábamos en el programa de Frank Maxwell. Estaba enseñándole los comentarios de las redes sociales. En ese momento aún no habíamos sido conscientes del fotógrafo. Debía estar en plató, tener alguna conexión.

—Estáis uno al lado del otro —inquirió Terry.

—Estaban todos los invitados y el sofá estaba lleno. No crearás que se iba a sentar en la otra punta.

—El parece divertirse contigo —siguió diciendo.

—Fue divertido lo que leímos.

Terry señaló otra fotografía más con el dedo.

—«Riña de pareja» pone aquí, y es cierto que se te ve a ti en plan mandón y él aguantando el chaparrón —dijo Susan divertida leyendo el pie de foto.

—Ahí fue cuando nos dimos cuenta de que el fotógrafo nos estaba siguiendo. Yo me quise ir al hotel y él no me dejó. Decía que Dallas es una ciudad peligrosa por la noche para que anduviese sola por ella.

—Y no le falta razón —habló de nuevo Susan—. Me alegro de que parase esa idea tuya de andar de noche sola por una ciudad como Dallas.

—¿Ésta? Veo que también fuisteis a bailar. Yo no voy a bailar con mi jefe.

—A Charlie se le ocurrió ir a bailar, para demostrarle al fotógrafo que se lo había pasado bien en su visita a Dallas.

—Ya.

Terry señaló otra fotografía esperando que Angie hablase.

—La cena, esas ya las habéis visto.

—Pero ibas cogida de su mano.

—Ahí casi tengo un ataque de pánico delante de él. Por eso me cogió y no me soltó hasta que superamos aquello.

—¿Por qué motivo, cariño? —se preocupó Susan.

—¿Recordáis lo que sucedió con *el imbécil* de mi ex?

—¿Cuál de todas las cosas que te hizo aquel malnacido? —preguntó Terry.

—La noche que comenzó todo fue en un *photocall*. No le gustó la imagen que di en prensa.

—Ya lo recuerdo —dijo Susan con un gesto de disgusto, posando su mano encima de la de su amiga.

—¿Aun piensas en aquello? ¡Dios mío, Angie! Si hace mil años de eso y sabes perfectamente que aquel tío era un gilipollas integral —Terry se enervaba al recordar lo que *el imbécil*, como siempre se referían a él para evitar nombrarle, le había hecho a su amiga.

—Lo sé, pero en ese momento, todos aquellos recuerdos volvieron a mi mente y me sentí atrapada de nuevo en aquel *photocall* de Dallas.

—Debiste pensar que llevabas a todo un señor al lado y no a un imbécil como la otra vez.

—Ya, soy consciente de que esos dos hombres no tienen nada que ver, pero no quería que Charlie se avergonzase de mí, de mi imagen. Él es un personaje mucho más público.

—A tu imagen no le ocurre nada y a ti tampoco. Recuerda que Charlie te invitó a acompañarle, por encima de un montón de famosas y ricas —dijo Susan.

—Angie —le dijo suavemente Terry—, hemos pasado por esto hace tiempo y no quiero que vuelvas ahí de nuevo. Mírame, cariño. ¿Me ves? ¿Ves a Susan? Talla arriba, talla abajo, las tres nos parecemos mucho. Sí, nos sobran unos cuantos kilos, ¿y qué? ¿Sabes con cuántos hombres me he acostado últimamente? Seguro que más que con los que tú lo has hecho en toda tu vida. ¿Cuántos crees que se quejaron de mi peso? Ninguno. A la mayor parte de los hombres ese tipo de cosas no les importan.

—Y si hay sentimientos puros, ya sean amistad o amor tampoco les importa —dijo ahora Susan.

—Por no hablar que a muchos de ellos les ponemos un montón las chicas con muchas curvas —sentenció Terry sonriendo pícaramente.

—Lo sé, chicas. Sé que no debo pensar en ello, que debo volver a ser como era antes de toparme con ese imbécil, pero no puedo evitar que de vez en cuando algunas situaciones me recuerden aquello.

—Nena, tú vales mucho. Y encontrarás a un hombre que bese el suelo por donde pisas —añadió Susan besándola en la mejilla para volver a la salsa de la pasta.

—Pero mientras tanto si encuentras a uno con el que lo pases bien en la cama, también te servirá como puente para olvidarte por completo del imbécil. Yo te aconsejaría uno como Charlie. Estoy dispuesta a cedértelo si me dices que lo quieres para ti.

—Eso no va a suceder. Te repito que es mi jefe.

—Y te lleva a bailar, se ríe contigo de lo que pone en Twitter y Facebook, te toma de la mano si tienes miedo y te gasta bromas de las que te ríes —le enumeró Terry—. Seguro que en la cama también es un dios. Justo lo que necesitas.

—También necesito un trabajo cómodo, bien pagado y que además me guste, que por un casual es el que tengo, y el cual podría perder si lo que me propones sucediera.

—Hoy en día no se despide a la gente por acostarse con el jefe. Sobre todo en tu caso. No creo ni por un minuto que se atreviese a despedirte por ello.

—Por lo poco que lo conozco —intervino Susan que en ese momento servía la pasta en una fuente—, me da que Charlie no es de los que quieren relaciones.

—Vale, es cierto que en prensa nunca han podido relacionarlo con nadie, pero un hombre tiene necesidades. Y tú, amiga mía, tienes la ventaja de estar cerca y tener la oportunidad de aprovecharte de él en ese aspecto. Un *quid pro quo*. Algo por algo.

—Charlie Atkins no busca sexo por sexo. O al menos creo que es muy selectivo en ese campo.

—Uhhhhhhhh —dijo Terry—. Esto suena a historia. Cuenta, cuenta.

Angie les relató el suceso que había tenido lugar en el spa del hotel de Dallas con las dos mujeres de origen latino. Las tres amigas rieron con la historia, sobre todo con las contestaciones airadas de la morena de pelo largo.

—Ese hombre se viste por los pies, sí señora —comentó Susan.

—Más que seducirlo, yo trataría de casarme con él. No podrías encontrar hombre más fiel que ese en tu vida —le dijo ahora Terry.

Angie le sacó la lengua. Sabía que su amiga ahora se estaba burlando de ella.

—Un brindis por Charlie Atkins y que cunda el ejemplo —alzó Susan su copa.

—Yo brindaré por Charlie Atkins, pero si cundiera su ejemplo probablemente me quedaría sin hombres para mí —añadió Terry resoplando.

—Siempre habrá suficientes para ti, no seas acaparadora —bromeó Angie que había recuperado el humor.

VUELTA AL RANCHO

Tras una segunda ardua e infructuosa negociación con su madre, Charlie aceptó irse al rancho y permitir que ella se quedase con su padre. Cuando divisó la entrada del rancho familiar comenzó a sentir una emoción similar a la de un niño en Nochebuena. Habían cambiado muchas cosas en seis años, pero lo básico estaba allí. Y al final del camino, como siempre, imponente, la gran casa blanca que había sido la de su familia desde hacía varias generaciones. Aparcó al lado de la casa, como lo había hecho tantas veces hasta hacía seis años, y bajó del coche aspirando el olor del rancho, aquel olor a noche y a heno fresco que tenía grabado en su memoria, a pesar de los años de ausencia. Aquel olor a hogar, a su hogar. Y fue consciente, por primera vez en mucho tiempo, que quizás había dejado de temer al pasado, o al menos ya no lo temía tanto como aquel día que se fue de allí para no volver.

Olga, la mujer que los había criado a él y a sus hermanos desde pequeños, y ayudaba a su madre con las tareas del hogar desde que se habían casado sus padres, salió a recibirlo a la puerta. Charlie la observó. Olga estaba igual que siempre, su gran mata de pelo negro seguía recogido en una gruesa trenza que le caía por la espalda. Ahora sus ojos azabaches lo miraban intensamente emocionados. La blanca sonrisa de la mujer se abrió a él al igual que sus brazos.

—El pequeño Charlie. Dichosos los ojos —dijo con un tono de emoción en su voz.

—¡Olga! —dijo soltando la maleta en el suelo para cogerla por la cintura y darle varias vueltas en el aire.

—¡Muchacho loco! Temi que nunca más volvieras a casa.

—Temiste mal. Pero llevo todo este tiempo esperando tu visita en Austin.

—Sabes que no me gusta viajar. Si quieres ver a Olga, tendrás que venir a verla. Pero deja que te mire, muchacho. Eres todo un hombre.

—Me empiezan a salir canas —bromeó él.

—Tonterías muchacho —desdeñó ella—. Estarás cansado. ¿Quieres algo de comer? Te prepararé la habitación en cuanto tu madre me dijo que estabas en la ciudad.

—Solo deseo una ducha, un zumo y un sándwich —le pidió.

—Ve a ducharte muchacho, cuando salgas tendrás el zumo y el sándwich y podrás acostarte enseguida.

—Gracias, Olga. Te he echado de menos —reconoció dándole un beso en la mejilla a la mexicana.

—Nosotros también, muchacho.

Allí estaba su habitación, tal como la había dejado, sus trofeos de lucha libre, alguno menor de rodeo, sus premios de periodismo local, sus libros de estudiante y las últimas novelas que había leído. Tantos recuerdos y allí seguían todos, como si el tiempo no hubiera pasado y como si volviera seis años atrás cuando dijo «adiós» a aquella habitación. Dejó la maleta a los pies de la cama y se dirigió al baño. Allí sí que habían cambiado las cosas, un nuevo alicatado en tonos verdes más alegres que el anterior y una gran bañera de hidromasaje al lado de una cabina de ducha. Sonrió para sí, seguro que había sido cosa de su madre, una fanática del confort, y seguro que cada baño de la casa contaba con algo similar.

Nada más salir de la ducha, encontró sobre el escritorio el sándwich, el zumo y un plato con las famosas galletas de Olga. Aquellas galletas que nunca le faltaban en Navidad o en su cumpleaños aun viviendo en Austin. Le escribió un mensaje a Angie nada más terminar la breve cena.

Charlie: Espero no importunarte. ¿Estás?

Dos minutos más tarde, tras haberse lavado los dientes, recibió la respuesta.

Angie: Discúlpame, estaba en la ducha. Cuéntame.

Charlie: Necesito el consejo de una amiga.

Angie: Aquí estoy.

Charlie: ¿Podrías anular más cosas? Siento que debo quedarme un tiempo aquí.

Angie: Claro que puedo. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

Charlie: Es algo que aun no sé. Ni siquiera sé si debo quedarme.

Angie: ¿Qué ocurre, Charlie?

Charlie: Hacía tiempo que no venía a casa y lo he echado de menos.

Angie: Es normal. Es tu hogar al fin y al cabo.

Charlie: Pero en Austin tengo obligaciones...

Angie: Si no tuvieras que pensar en nada, si fueras completamente libre, ¿Qué harías? ¿Qué es lo que te pide tu corazón?

Charlie: Quiero quedarme.

Angie: Ahí tienes tu respuesta.

Charlie: Sin embargo sé que no puedo, tengo un programa que hacer en unos días... Candace entrará en pánico en cuanto se entere donde estoy.

Angie: Los problemas uno a uno. Si quieres quedarte, habla mañana con Candace y díselo. Seguro que hay un montón de formas de arreglar esto. Pero agota todas las vías antes de rendirte.

Charlie: Gracias. Eres una amiga de verdad.

Angie: De nada. No dejes de contarme qué sucede si hablas con Candace.

Charlie: ¿Cómo sigue mi caos de casa?

Angie: Bien, Susan haciendo su trabajo. Ocupándose de los fontaneros. Han instalado el hidromasaje hoy y es genial. No lo he probado porque está feo hacerlo antes que el dueño de la casa.

Charlie: Me alegra oír que va todo bien. Tienes mi permiso para probar la bañera. Alguien tendrá que comprobar que funciona bien. Y si me envías una foto contigo dentro mientras, también me sirve para cerciorarme.

Angie: ¿Tratas de hacerme sonrojar? Ahora no me ves, así que no tienes diversión.

Charlie: Pero me lo imagino y me divierte igual.

Angie: Susan ha traído unas propuestas para tu despacho, pero como diferían de lo que querías, le dije que no.

Charlie: Bien hecho. Ahora solo estás tú para controlar que no se descontrolen en ese aspecto.

Angie: La tendré controlada. Cuando tengo algo que se ajuste a lo que tú quieres, le diré que te lo envíe por mail.

Charlie: Lo siento, pero me cuesta mantener los ojos abiertos. Odio reconocerlo, pero estoy agotado. Gracias por todo.

Angie: Descansa. Has tenido un día muy duro. Cualquier cosa que necesites, aquí estaré.

Charlie dejó el teléfono móvil en la mesilla. Había sido un día duro, pero hablar con ella aunque fuera por mensaje, lo reconfortaba y tranquilizaba. Al menos la tenía a ella en Austin para ocuparse de cosas que le hubiera costado hacer desde San Angelo.

DESAYUNO E INTERROGATORIO

—¡Buenos días! —saludó Charlie nada más entrar en el comedor del rancho. Eran las siete de la mañana, la hora en la que todo comenzaba a bullir. Sus hermanos, como siempre a esa hora, estaban sentados a la mesa tomando el desayuno y lo saludaron.

—Pensé que nunca volvería a ver esta estampa familiar —dijo Olga que andaba por la cocina a esas tempranas horas.

—Faltan papá y mamá —anunció Samy.

—Mamá ha llamado hace un par de minutos. Es posible que le den el alta a papá hoy. Deberías ir —dijo Luke dirigiéndose a su hermano mayor—. Si se cumple los podrás traer a casa de nuevo. Samy y yo estaremos liados en el rancho hoy.

—Pensaba ayudaros con tareas del rancho —dijo Charlie, que echaba de menos el trabajo físico, aunque sabía que era probable que al final de la jornada tuviera no pocas agujetas.

—Eso tendrá que esperar, si estás el tiempo suficiente con nosotros —añadió Luke.

—Pienso quedarme para ayudar.

—¿Y tu trabajo? —preguntó Samy—. No entiendo mucho de medios, pero diría que no es fácil venir cuando se tiene un programa semanal y Dios sabe cuántas obligaciones más.

—Eso aún no sé cómo lo voy a solucionar. Para el resto tengo a mi ayudante.

—¿Tienes ayudante? —preguntó un sorprendido Luke.

—Desde hace unos meses.

—Una rubia que no está nada mal si no me equivoco —informó Samy ante la mirada reprobatoria de Charlie.

—¡Vaya! Hubiera apostado a que habrías contratado a un señor feo de ochenta años antes que a una mujer. Veo que soy el menos informado. Samy, estas cosas se suelen compartir entre hermanos —le reprochó en tono divertido Luke a su hermano menor.

—Se me había olvidado decírtelo. Vi una foto de ellos dos en el periódico del sábado pasado. Fueron a una cena benéfica en Dallas.

—¿Es tu ayudante y la llevas a las cenas?

—Y hay quien dice que salen juntos.

Charlie asistía perplejo al intercambio de información que sus hermanos estaban realizando en sus narices acerca de lo que pensaban que era su vida privada.

—¿Sales con una mujer y no has tenido el detalle de decírselo a tus hermanos? ¡Felicidades Charlie! Me alegra ver que has superado tu oscuro pasado. Claro que de no ser así, no estarías aquí con nosotros ahora —dijo su hermano Luke, siendo consciente de todo el bagaje emocional que había llevado a cuestras su hermano en los últimos años.

—¡Parad de hablar de mí como si no estuviera! —los cortó—. He contratado una ayudante porque me acabo de comprar una casa, como ya sabéis. Entre la casa y el programa era demasiado trabajo para manejarlo yo solo. No contrataría a un hombre feo de ochenta años para el puesto si no lo mereciera, cosa que ella ha merecido y por eso la tengo en nómina. Y no salgo con ella, solo trabajamos juntos.

—Pero la llevas a las cenas.

—La he llevado a una cena, sí. Es mi ayudante y me viene bien tenerla al lado.

—Si no sales con ella y la has llevado a una cena, quiere decir que te viene bien tenerla al lado para espantar mujeres —adivinó Luke ante el ceño fruncido de su hermano mayor que confirmaba lo que estaba diciendo.

—No la llevo para eso.

—Ya.

—La llevo porque... bueno... somos amigos. Tiene derecho a disfrutar un poco de la parte buena de lo que hago. Ya la hago trabajar duro a diario.

—Mujer y amigos en la misma frase, ¿has oído, Samy? Algo está cambiando en nuestro hermano mayor.

—No te burles, Luke. No tiene gracia —dijo serio Charlie.

—Charlie, debes tomar este tipo de cosas con más humor. Siempre resulta poco menos que dramático hablar contigo de mujeres. Para mí es un tema amable.

—No me extraña. Habla el que se acuesta con diez distintas al mes.

—¿Qué puedo decir? —preguntó Luke en tono divertido—. Me gustan las mujeres y a ellas les gusto yo. No sé qué ven en mí, pero me alegro de que lo vean.

—¿Piensas seguir así toda la vida? ¿De cama en cama? —le recriminó Charlie.

—Uh, uh, uh, ahora pasamos a juzgar al hermano casquivano. Al menos mi vida casquivana hace que no tenga ese carácter del demonio que tú te gastas.

—Chicos —intervino Samy—. Dejadlo.

—Tienes razón, Samy —dijo Charlie pensándolo mejor durante un segundo. Aquel tema de su vida privada lo sacaba de quicio, y su hermano tenía razón—. Lo siento, Luke. Sabes que es un tema del que no me gusta hablar e insistes siempre.

—Sabes que porque no hables de él no va a desaparecer solo. Debes dejar de huir de las mujeres.

—Aún no tengo fuerzas para ello —dijo mirando su taza de café, antes de bebérsela de un largo sorbo y dejarla de nuevo en el plato para levantarse de la silla—. Creo que iré al hospital a ver a papá.

BUSCANDO UNA SOLUCIÓN

Angie llegó, como siempre, a casa de Charlie bien temprano. Esa mañana estaban los carpinteros montando los muebles de la cocina, como al parecer harían el resto de la semana.

—¡Buenos días! —dijo Susan entrando en el salón—. ¿Cómo estás?

—Soportando el ruido —dijo haciéndose oír por encima de martillazos—. Te prometo que si no tuviera que controlar un poco esto, trabajaría desde casa, ahora que no está Charlie.

—Solo serán un par de semanas más y los ruidos terminarán. Luego vendrá mi batallón de limpieza, limpiaremos y tras añadir los muebles y últimos detalles todo estará listo. Menos el despacho... eso lo reservaré para el final. Va a ser mi martirio.

—Lo harás bien. Y no veo la hora de que llegue ese momento de paz a esta casa.

—Voy a ver si están siguiendo las instrucciones —dijo adentrándose en la cocina.

—¡Charlie! —dijo Candace al otro lado de la línea telefónica—. ¿Dónde demonios te has metido? He tratado de llamarte, pero me saltaba el buzón de voz. Tu asistente me decía que habías tenido una emergencia familiar, pero que no sabía nada más.

—Perdona, no he estado muy pendiente del teléfono desde ayer. Mi padre se ha caído del caballo y se ha fracturado algunas costillas.

—¡Santo Dios! ¿Está bien?

—Sí, dentro de la gravedad. Solo necesitará estar un tiempo de baja y unos cuidados específicos.

—Me alegro que pueda recuperarse de ello. Perdona si soy dura y me tachas de insensible, pero ¿sabes que tenemos un programa que hacer, verdad?

—Lo sé, pero confiaba en poder coger unas semanas libres, para estar aquí con mis padres.

—Entiendo la situación familiar que tienes, pero me estás pidiendo algo que sabes que no va a ser posible. Eres el presentador del programa. Te puedo sustituir un día, aunque sabes que desde que trabajamos juntos jamás lo he hecho y podría levantar polvareda tu ausencia, pero no puedo prescindir de ti unas semanas.

—Nunca he cogido vacaciones y lo sabes —argumentó Charlie.

—Yo no tengo la culpa de que hayas querido seguir trabajando para los programas de otros en las vacaciones que te correspondían. Tienes tu tiempo de vacaciones, sabes que lo pactamos cada año en las mismas fechas y siempre lo has rechazado. No puedes venir ahora a pedírmelo, fuera de esas fechas.

—Candace, quiero estar en mi casa, con mi padre, hasta que esté mejor.

—No, Charlie. Es mi última palabra.

—Esperaba no tener que llegar a esto, pero si es necesario dejaré el programa.

—¡Acaso has perdido el juicio! —exclamó levantándose de su sillón Candace.

—No he perdido el juicio. Quiero estar aquí y tú vas a arreglarlo.

—¡Joder, Charlie! ¿Te haces una idea de la cantidad que tendrías que pagar por romper tu contrato así?

—Ninguna que no pueda afrontar si me voy con la competencia. Estoy seguro que ellos aceptarían pagar esa cifra gustosamente para ficharme.

—No puedes hacernos esto, no después de tantos años.

—Si no quieres que lo haga, arréglalo.

—Al menos ven y hablemoslo cara a cara. Estoy segura que...

—No, Candace. Esta vez no va a funcionar así y no me vas a convencer cara a cara. Si quieres hablarlo con alguien, te enviaré a Angie en mi lugar y entre las dos buscaréis una solución a este problema. Deberás hablarlo con ella, como si de mí mismo se tratase. Seguiremos en contacto.

—Como tú quieras —dijo una más que molesta Candace antes de colgar el teléfono. En sus manos estaba que el presentador estrella de la emisora no se fuera de ella. Hablaría con los de arriba, vería si le concedían unas semanas o... bueno, solo esperaba tener alguna inspiración divina que solucionara aquello.

Charlie odió lo que acababa de hacer nada más colgar el teléfono. Candace siempre había sido buena con él y ahora la acababa de poner entre la espada y la pared. No iba a ser tan inflexible con ella, si tenía que volver, lo haría, pero debía presionarla para intentar obtener algo.

—Dígame —dijo la suave voz de Angie nada más descolgar el teléfono. Pudo escuchar sierras de fondo y sonrió al saber que ella estaba en su casa, cuidando que todo saliera bien.

—Veo que cuidas de mi casa, aunque parece que has borrado mi número.

—¡Charlie! —se alegró de escucharlo y le sonrió sabiendo que él no la vería—. Sigo al pie del cañón como buen soldado que soy y no he borrado tu número, es que estaba entretenida en algo y no he mirado quien llamaba.

—Eso me gusta, significa que trabajas duro.

—Cuéntaselo a mi jefe, que es un poco mandón —dijo irónicamente y escuchó a Charlie reír—. ¿Cómo está tu padre?

—Bien. He estado viéndolo hasta hace un rato. Quizás le den el alta hoy, aunque necesitará mucho reposo en casa. Ahora he salido para llamaros a Candace y a ti.

—¿Al final qué has decidido hacer? ¿Te quedas o vuelves?

—De eso quería hablarte. ¿Podrías hacerme un favor muy grande?

—¿Cómo de grande? —dudó ella.

—Bastante. He hablado con Candace. Se niega a darme unas semanas libres, y lo entiendo, aunque no se lo he dicho a ella, claro. Pero quiero que me busque alguna solución a esto, porque quiero quedarme aquí un tiempo. Le he dicho que si era necesario rescindiría mi contrato.

Angie silbó al otro lado del teléfono.

—Eso es un órdago muy grande. No estoy segura de ello, y no conozco los detalles de tu contrato, pero si estuvieras dispuesto a hacerlo te podría salir por un pico.

—Lo sé. En realidad no llegaré a eso. Si no queda otro remedio volveré, pero no quiero que Candace sepa que estoy dispuesto a volver así tan fácil. Quiero una solución y no quiero irme de la emisora. Es mi casa en Austin desde siempre.

—¿Y dónde entro yo en todo esto?

—Quiero que la llames y vayas a hablar con ella. Que encontréis una solución y que negociéis tan duramente como lo haría yo.

—Charlie, te agradezco la confianza, pero yo no soy una persona dura. Candace podría comerme si quisiera.

—No lo hará. Se juega mucho con esto. ¿Irás?

—Mierda, Charlie. Negociar con duras mujeres de negocios no entra en mi contrato.

—Pero lo harás —dijo en tono de súplica.

—Lo haré —suspiró al otro lado de la línea telefónica—. Y me deberás un gran favor.

—¡Esa es mi chica! —se alegró Charlie. Sabía que podía confiar en ella.

—Aún no he conseguido nada. No lo celebres antes de cazar el oso. Pensaré alguna opción. Algo se me ocurrirá.

—Lo que sea. Tienes carta blanca.

—¿Ya has solucionado lo de tu trabajo? —le preguntó su madre al verlo regresar. En ese momento los médicos estaban dentro con su marido valorando su situación. De ellos dependería el alta hospitalaria.

—Aún no lo sé. Pero eso espero. Quiero quedarme con vosotros un tiempo y echar una mano en el rancho.

—Sabes que no habría cosa que me hiciera más feliz, pero si no es posible entenderé que no te quedes. Tienes tu trabajo y tu vida en Austin.

—Aun así gastaré todos mis cartuchos para conseguirlo —respondió Charlie.

Su madre solo tenía razón en una cosa, tenía su trabajo en Austin, pero no su vida. Su vida la había perdido hacía mucho tiempo, y ya ni siquiera recordaba lo que era tener una. No podía llamarse vida a ir del trabajo a casa y de casa al trabajo como un robot cada día. Lo más emocionante, que le había ocurrido en los últimos meses, había sido comprarse aquella casa en Manor y contratar a su ayudante. Pero cuando su casa estuviera terminada y ya no necesitara a Angie. ¿Qué llenaría aquel vacío?

—Solo quiero que sepas que si no es posible, no nos sentiremos ofendidos ni mucho menos, lo entenderemos. Eso sí, deberás prometernos que intentarás conseguir vacaciones este año y venir.

—Intentaré que sea posible quedarme. Mi ayudante está trabajando en ello, va a negociarlo en mi nombre.

—Se llama Angie, ¿no? Cuéntame algo de ella. ¿Lleváis mucho tiempo trabajando juntos? Aparte de su nombre y un montón de fotografías contigo no se dice mucho más en el reportaje de ella.

—Angie, sí. Llevamos unos meses trabajando juntos. Escribe en prensa, es inteligente, muy intuitiva, con un gran sentido del humor... —guapa y dulce también fueron dos calificativos que vinieron a su mente, pero obvió el plasmarlos en palabras, si lo hacía su madre podría dar crédito a lo que en aquel reportaje se insinuaba y aquello no era cierto.

—Podrías invitarla a venir este fin de semana, si te quedas con nosotros hasta entonces. O traerla otro fin de semana.

—Mamá —se quejó, sabiendo a dónde quería ir a parar su madre—. Espero que no hayas hecho caso a lo que se dice en el reportaje, porque nada de ello es cierto. Sabíamos que el fotógrafo nos seguía, solo estuvimos haciendo turismo y pasándonoslo bien en la ciudad. Cuando te hacen mil fotografías, siempre conseguirán alguna en la que se puede dar a entender lo que no es. Angie y yo solo trabajamos juntos y somos buenos amigos, pero nada más.

—Charlie, no veo por qué sigues cerrado a encontrar una buena mujer. Ha pasado tanto tiempo desde aquello que...

—Mamá, no. No sigas por ahí. Hay cosas que no pienso cambiar y una de ellas es esa. No voy a tener una relación con una mujer de nuevo. Aprendí esa lección.

—Pero Charlie —replicó Claire—. Las cosas no tienen por qué...

La puerta de la habitación de Sam se abrió y salió el médico seguido de la legión de estudiantes que había llevado con él interrumpiendo la conversación de madre e hijo.

—Señora Atkins, Señor Atkins —se dirigió a ellos el hombre de bata blanca—. Sam insiste en que desea volver a casa. Al parecer ya tienen una enfermera contratada, así que una vez que han pasado veinticuatro horas, no veo por qué mantenerlo aquí. Le daré el alta tal como quiere. Deberán seguir las instrucciones que les daré, tanto ustedes como la enfermera y nos veremos en las fechas que le indicaré en la carta que encontrará en el puesto de enfermeras antes de que se vayan. Espero que sigan todo al pie de la letra o no se recuperará tan pronto.

—Haremos todo correctamente.

—Eso espero —se despidió el médico dándole un apretón de manos a Charlie.

DURAS NEGOCIACIONES

—Desde que me llamó ayer Charlie para contarme su capricho, se me pasó por la mente el ser una bruja despiadada contigo en cuanto aparecieses por esa puerta —le dijo Candace a Angie nada más se sentaron en el despacho de la primera.

—¿Lo serás? —preguntó Angie utilizando toda la tranquilidad de la que disponía para disimular su nerviosismo interior. No le gustaba la idea de enfrentarse a Candace. Sabía que si lo hacía, podría salir muy escaldada. Aquella mujer estaba curtida en cincuenta batallas y eso se notaba.

—No —sonrió levemente Candace—. Hace solo un par de meses que nos conocemos, pero sé que tu trabajo es impecable. No sería justa contigo, no tienes por qué pagar un enfado que va dirigido a otra persona, aunque trabajes para esa persona.

—Charlie.

—Charlie —hizo una pausa confirmándolo—. Entiendo lo del accidente de su padre, entiendo que quiera quedarse allí. Pero ¿por qué ahora? Hace seis años que trabaja con nosotros y, sistemáticamente, ha renunciado año tras año a sus vacaciones y a sus días libres. No ha vuelto a casa en todo este tiempo y ahora, de repente, quiere quedarse allí.

—Las prioridades cambian —lo defendió Angie sin perder su impasibilidad aparente. ¿Seis años? ¿Candace había dicho que hacía seis años que Charlie no volvía al rancho? Él le había insinuado que hacía mucho tiempo, pero nunca pudo imaginar que hacía tanto. Sin embargo parecía unido a su familia. Su madre le regalaba camisas en su cumpleaños y en Navidad y él las lucía con orgullo. Su despacho era casi un santuario de su hogar, pero... ¿qué demonios le ocurría a aquel hombre? ¿De qué huía? ¿Qué fantasmas habitaban en su interior?

—Sí, será eso. ¿Quieres tomar un café? —propuso Candace.

—Estoy bien, gracias.

—Dejaremos el café para cuando ambas estemos más relajadas y hayamos encontrado alguna solución.

—Perfecto.

—Comenzaré yo —propuso Candace—. No voy a permitir que Charlie deje de hacer su programa durante varias semanas. Mi respuesta es no. Tiene que volver y mejor hoy que mañana.

—¿Es una postura inamovible? —preguntó Angie.

—A menos que me ofrezcas una solución mejor.

—¿Estarías abierta a ella?

Candace sonrió.

—Por supuesto. Ya te he dicho que he aparcado mi escoba de bruja por hoy.

—¿Qué dirías si pudiera seguir haciendo el programa de radio desde allí, desde San Angelo?

—No vamos a trasladar a todo el equipo allí por capricho tuyo.

—No será necesario —la tranquilizó—. Hay algunos locutores que viven en una ciudad y emiten desde ella a pesar de tener el equipo a miles de kilómetros. Conexión entre emisoras.

—No es tan sencillo. Tendríamos que trabajar por teléfono. No tenemos ninguna emisora en San Angelo...

—Podríais trabajar por videoconferencia. Y directamente no tenéis ninguna emisora, pero indirectamente sí. —Abrió el portafolios, que reposaba en su regazo, y sacó una hoja de papel que le entregó—. Hay al menos media docena que son filiales de esta o que tienen algún tipo de contrato o acuerdo de emisiones.

—Veo que has hecho los deberes —dijo Candace sorprendida con la información—. Pero ¿querrían trabajar ellos con nosotros?

Angie sonrió.

—Por favor, Candace. Estamos hablando de Charlie Atkins, alguien que se ha criado en San Angelo. Estoy convencida que se darán con un canto en los dientes por tener ese honor. Y si no es así, no opondrán mucha resistencia si a cambio les ofrecéis una cuña de publicidad de la emisora, en estos tiempos hasta los oyentes escasean.

—¿Y qué haríamos con las entrevistas? —preguntó ahora Candace. Lo cierto era que la estaba convenciendo de aquella idea. Era viable.

—Lo que hasta ahora. Las telefónicas de la misma forma, lo único es que se realizarían desde allí. Las presenciales, conexión entre emisoras y las del propio programa en directo, aunque a distancia.

—¿Y quién me asegura que Charlie hará su trabajo? No pienso contratar a nadie más a distancia. No son tiempos para permitirse gastos extra y no voy a hacer una excepción ni siquiera tratándose de Charlie.

—Él nunca os ha dejado tirados. Sabes que hará su trabajo tan bien como siempre.

—Aquí cuenta con un equipo tras él —señaló la redacción que se veía a través de los cristales de su despacho—. Allí no. Una cosa es que nos dejen emitir y nos cedan un técnico de sonido y otra es que nos dejen más personal.

—Charlie puede...

—Tú trabajas para él —dijo Candace madurando una idea en su cabeza y una leve sonrisa en su rostro—. Y Charlie trabaja para mí.

Angie tragó saliva. No le gustó el gesto de la productora.

—Así que de una forma indirecta, tú también trabajas para mí —continuó diciendo Candace.

—Podría decirse así.

—Sin embargo es Charlie quien te paga. Así que no me supondría un gasto si tú...

—¿Candace? —preguntó Angie atemorizada al ver a la otra mujer en silencio con una sonrisa en los labios.

—Está bien, compro tu idea, pero con una condición. Innegociable. Y si no me gusta el resultado tras dos programas, Charlie tendrá que venir a Austin cagando leches. ¿Entendido?

—Entendido —saboreó el júbilo con precaución. Sabía que había algo más y la condición no se antojaba fácil aun sin conocerla—. ¿Cuál es esa condición?

—Le ayudarás en todo lo relacionado con los programas allí. Vigilarás que todo se cumpla, tanto la parte de Charlie como la de la emisora con la que trabajemos. Serás su sombra.

—¿Yo? —preguntó Angie incrédula.

—Sí. Tendrás que estar allí todo el tiempo que él esté, si va todo bien, claro. Y si a mí me gusta el resultado. No quiero trucos —advirtió—. Te quiero allí.

—Yo no sé nada del mundo de la radio.

—No seas tan modesta. Llevas viéndonos todo este tiempo. Sé que has estado atenta a todo lo que hacemos, sabes cómo funcionamos. Y sabes escribir. He leído algunos artículos tuyos. Y además, me saldrás gratis.

Angie no estaba segura de que Charlie quisiera aceptar aquello. Sí, le había dicho que tenía carta blanca, que quería quedarse en San Angelo, pero ella no había estado incluida en el trato en ningún momento. Quizás Charlie se mostrase disgustado de que ella fuera a violar su intimidad familiar. Era un hombre celoso de su vida personal y ya lo había comprobado.

—Si te preocupa lo que pueda decir Charlie, deberíamos llamarle —le leyó la mente Candace—. Creo que deberías hacerlo tú. Si reconoce mi número es probable que no me conteste después de nuestra conversación de ayer.

—Candace —uno de los redactores abrió la puerta—. Tenemos lista la entrevista que nos has pedido esta mañana. ¿Podrías venir a escuchar el audio? Hay algo que no nos termina de convencer.

—Claro, Manuel. Ahora voy —dijo la productora. El redactor sonrió y volvió a cerrar la puerta. Candace volvió a centrar la atención en Angie—. Iré a escuchar ese audio, te doy cinco minutos para que contactes con él y le expliques a grandes rasgos en qué va a consistir esto. Pero quiero que no le digas nada de mis condiciones, me gustaría darme el placer de decírselas yo misma.

—Por supuesto —convino Angie antes de que Candace saliera del despacho. Hasta le agradecía aquello. No quería que Charlie pensase que las condiciones especiales, como la de imponerle su presencia habían sido idea suya.

Lo llamó a su teléfono móvil, pero tras esperar hasta el final de la llamada, nadie respondió. Recordó que también le había proporcionado el teléfono del rancho, para emergencias. Bueno, aquello no era exactamente una emergencia, pero casi. Podría decirse que era vital para él. Marcó el número y esperó.

—Rancho Atkins —respondió una elegante voz femenina.

—Buenas tardes. Querría hablar con Charlie Atkins.

—¿Quién le llama, por favor?

—Angie Cooper, su ayudante.

—¡Angie! —pronunció ahora con alegría aquella voz—. Soy Claire, la madre de Charlie. Me alegra poder hablar contigo. Tengo entendido que he de agradecerte que te ocupes de los asuntos de mi hijo en su ausencia, lo que ha hecho que esté aquí estos días.

—Encantada de conocerla, señora Atkins. Siento decirle que solo hago mi trabajo.

—Llámame Claire. Charlie habla muy bien de tí, de lo eficiente que eres.

—Creo que su hijo exagera —dijo casi ruborizándose.

—Seguro que no. Suele ser muy justo valorando a las personas —la voz hizo una pausa—. Lo siento, yo aquí dándote conversación y estoy segura que llamas para algo importante. Ahora mismo te paso con él, acaba de aparecer y lo tengo justo al lado. Ha sido un placer conocerte, cariño.

—El placer ha sido mío, Claire. —Le pareció que la madre de Charlie debía ser una mujer entrañable cuanto menos.

—Dígame —respondió la grave voz de Charlie con un tono ligeramente suspicaz.

—Soy Angie. Sé que no debía llamarte a este teléfono salvo urgencia, pero como no me respondías en el otro... Siento molestarte.

—¡Ah! Eres tú. Perdona, es que no sabía con quién estaba hablando mi madre. ¿Qué ocurre?

—Estoy en el despacho de Candace.

—¿Y bien?

—Podrás quedarte y hacer tu programa en conexión desde alguna emisora de San Angelo.

—¿Por qué me parece que ahora vendrá un «pero»? —preguntó en tono suspicaz.

—Te parece porque lo hay. No te va a poner las cosas tan fáciles. Tiene una serie de condiciones especiales.

—¿Qué son?

—Prefiere comunicártelas ella directamente.

—Típico de Candace. ¿Dónde está?

—Ha ido con Manuel a darle el visto bueno a una entrevista. Ahora vendrá. ¿Cómo sigue tu padre?

—Hoy le han dado el alta, pero está en la cama. Hemos contratado una enfermera. Aún está delicado.

—¿Cómo estás tú? —pregunto asegurándose por los cristales del despacho que Candace aun no estaba de vuelta.

—Bien. Ahora bien. Solo quería quedarme y ahora lo veo más cerca.

—Charlie... sobre las condiciones de Candace. Quiero que sepas que yo no he tenido nada que ver en ellas.

—Estás comenzando a asustarme. ¿Tan graves son? —dijo preocupado. Si Angie quería dejar claro aquello, algo sucedía.

—Ahora las sabrás. Candace ha vuelto. Te paso con ella.

—¿Candace? —preguntó él al otro lado del aparato.

—Charlie. ¿Cómo estás?

—Bien. Esperando tu respuesta.

—Eres un cabrón con suerte, Charlie Atkins. Si no hubieras contratado a esta mujer —se refirió a Angie—, ten por seguro que a estas horas estarías de vuelta o rompiendo tu contrato.

—Solo seguí tu consejo —dijo Charlie sonriendo. Angie había hecho su trabajo pero que muy bien, por cómo se había expresado su productora.

—Está bien. Has ganado. Voy a permitir que te quedes ahí y que hagas el programa. Haremos una conexión entre emisoras. Podrás seguir grabando las entrevistas que se puedan. Quiero dos videoconferencias semanales de contenidos y al más mínimo patinazo en un programa, vuelves *ipso facto*. ¿Entendido?

—Entendido —convino feliz Charlie.

—Ah, y lo más importante. No vas a estar solo. Vas a tener a alguien que sea tu sombra y que se ocupe de que todo salga bien.

—Buscaré a alguien aquí que pueda...

—Nada de eso. Tu capricho no me va a costar ni un centavo y además quiero que esa persona sea de confianza.

—¿Me vas a enviar a alguien?

—¡Bingo para el caballero! He pensado que nadie será mejor para ello que tu asistente. Será tu sombra y se ocupará de ayudarte en las redacciones de las noticias y reportajes, así como de las relaciones con la emisora.

—¿Angie? —preguntó él sorprendido.

—Exacto. No me voy a arriesgar a ponerte a alguien nuevo, aunque tendrías que pagarlo tú de tu bolsillo. Sé que trabajáis bien juntos y no busco experimentos que puedan afectar a la calidad del programa.

—Pero no puedes obligarla a venir hasta aquí...

—Es un todo o nada, Charlie. Se acabó la negociación. Las condiciones son inamovibles. O va ella, o ya te estás despidiendo de todo esto.

—¿Qué ha dicho ella? —Charlie se sentó en una de las sillas del comedor. Estaba en manos de Angie, si su ayudante decía que no, todo se iría al traste.

—Ella ha aceptado su parte del trato.

—Entonces parece que no hay mucho más que hablar —zanjó Charlie.

—Te enviaré con ella todo el material del programa de esta semana. Ponte las pilas, Charlie Atkins, quedan apenas unos días para ese programa. Tendremos una videoconferencia el viernes y no quiero trucos.

—Gracias, Candace —se obligó a decir. Sabía que su productora había cedido mucho de su parte.

—No me defraudes, Charlie, me juego medio cuello haciendo esto por ti.

—Lo sé. Cuídate.

—Tú también —dijo Candace antes de cortar la comunicación.

—Ha aceptado —dijo una triunfal Candace—. Ahora podemos tomarnos un buen cappuccino juntas —salió por la puerta del despacho hasta la zona de la cocina de la emisora. Angie la siguió.

¿Por qué le daba la sensación de que al fin y al cabo todo había salido a la manera de aquella mujer de pelo negro y moño regio?

—Me quedaré en el rancho un tiempo —anunció entrando en el dormitorio de sus padres. Su madre sostenía un libro en la mano, probablemente le estuviese leyendo en alto a su padre para distraerle.

—¿En serio, hijo?

—¡Eso es fantástico! —exclamó su madre—. Me hace muy feliz tenerte de nuevo en casa.

—Por desgracia, no voy a poder ayudar demasiado a los chicos. Trabajaré desde San Angelo y desde casa, según pueda, pero no me quedará demasiado tiempo libre.

—Contrataremos un par de manos más si es necesario —anunció su padre—. Pero lo importante es que podrás estar en casa un tiempo.

—Hasta que te pongas mejor —advirtió Charlie.

—Hasta entonces pues —convino Sam.

—Ten cuidado con él —le advirtió Candace mientras miraba con interés el cappuccino que había preparado.

—¿Perdona? —se sorprendió Angie al escuchar aquella advertencia.

—He visto el reportaje fotográfico de Dallas.

—Sí, me lo comentó Charlie el otro día. Al parecer es bueno para el programa.

—Así es. Quizás me esté haciendo vieja —suspiró Candace—. Pero solo te daré un consejo, no te impliques con ese hombre.

—Esas fotos no significan nada, si es a lo que te refieres.

—Eso me dijo Charlie también. Pero te lo advierto. No lo hagas.

—Me estás asustando.

—Lo siento. No pretendía hacerlo —bebió un sorbo de café—. Charlie es buena persona, leal, sincero, trabajador, pero en las relaciones sociales, y en particular con las mujeres, es un desastre completo.

—¿Un rompecorazones? —preguntó haciéndose la tonta. Era la forma de sacar más información en aquel momento.

—No —sonrió Candace apoyando la espalda en la silla de la pequeña cocina—. No de ese modo. Es un hombre solitario. Trabajo a diario con más de veinte personas diferentes, unos van, otros vienen, y he visto muchas cosas. Pero Charlie... llegó aquí con un buen contrato de trabajo. Al parecer había encandilado a alguien de arriba. Tardó unas semanas en dar lo que queríamos delante de un micrófono. Al final, lo dio.

—¿Tuvo problemas al principio?

—Los tuvo y casi le cuestan el contrato. No sé de qué venía huyendo, pero no venía tranquilo. Estaba encerrado en sí mismo, tenía unas ojeras terribles, se le veía cansado continuamente y jamás sonreía. Pero lo más extraño es que casi podría decirse que huía de las mujeres cuando alguna intentaba coquetear con él.

—Eso lo sigue haciendo —añadió Angie en voz baja sin querer.

—Veo que te has dado cuenta.

—Lo siento —se arrepintió de haber pensado en voz alta.

—No te preocupes. Es algo de todos conocido. Hasta que ha aparecido esa revista con ese reportaje. Y todos nos hemos sorprendido, para qué negarlo.

—Creo que podría decirse que somos amigos —dijo Angie en su descargo. Sentía que ese reportaje se había convertido en algo malo por algún motivo, pero no sabía cuál.

—Eso es lo extraño. Charlie no tiene amigos, solo conocidos. Y nunca son mujeres.

CAMINO DE SAN ANGELO

—¡Hola preciosa! —dijo la voz de Charlie, al otro lado del teléfono, nada más descolgar la llamada desde el manos libres del coche. Dos palabras y le había desarmado toda la cautela que le había infringido Candace hacía un rato. Se le veía contento.

—Te noto contento.

—Así es. Podré quedarme en el rancho hasta que mi padre esté mejor y eso significa mucho para mí. Solo me preocupa una cosa.

—Dispara.

—¿De verdad quieres venir a San Angelo? Esto es la América profunda, no es como Austin.

—Me hago una idea de cómo es San Angelo.

—Si no quieres venir no tienes por qué hacerlo. Pagarte un sueldo no me da derecho a desterrarte aquí.

—Charlie —aquella preocupación la enterneció. ¿Cómo podía tener dudas Candace acerca de que Charlie pudiera tener amigos? Era un hombre generoso—. Acepté que tendría que viajar por trabajo, como cuando fuimos a Dallas. Esto será un viaje más.

—Esto quizá se alargue unos meses si tengo suerte.

—Pues será un viaje largo.

—¿Estás segura de ello?

—Completamente. Es una experiencia nueva y un reto nuevo. Además, si me aburro, siempre podría volver a Austin los fines de semana.

—No quiero que te sientas obligada.

—No lo hago. Estoy encantada. Pero también nerviosa porque en cuanto llegue a casa tengo que hacer la maleta, regar las plantas, avisar a mis amigas y ponerme a navegar en internet para buscar un hotel, al menos al principio. Luego alquilaré un apartamento.

—Nada de hoteles ni apartamentos. Te quedarás en el rancho. No quiero que estés en un sitio con extraños comiendo cualquier cosa.

—No quiero ser una molestia. Y seguro que lo sería. Tu padre está convaleciente aún.

—Tonterías. Esto tampoco es negociable, como lo de Candace. Insisto, serás nuestra invitada.

—Entre Candace y tú, tengo una buena ración de órdenes innegociables por hoy —bromeó ella.

—No lo sabes bien —sonrió él sabiendo que había aceptado—. Te enviaré todas las indicaciones para llegar al rancho. ¿Cuándo llegarás?

—Calculo que saldré después de comer. Podría estar para la hora de la cena allí.

—Perfecto.

—Podría estar muy bien en un hotel.

—Estarás mejor en el rancho.

—Está bien. Te dejo que estoy llegando a casa.

—Seguimos en contacto.

—¿Qué es eso de que te vas por tiempo indefinido a San Angelo? —preguntó Terry nada más Angie abrió la puerta de su casa.

—Pues eso mismo. Charlie hará durante un tiempo el programa desde allí. ¿Susan?

—Ahí viene —dijo señalando a su amiga que venía cargada con varias bolsas de comida asiática.

—Así que a San Angelo —confirmó Susan al llegar a la puerta.

—¿Habéis traído la cena?

—Claro. Si vamos a estar un tiempo sin vernos, tenemos que aprovechar esta noche. Te ayudaremos a hacer la maleta, regar las plantas y buscar un hotel.

—Pasad. Pues sí, me iré a San Angelo, pero aún no sé cuánto tiempo. Si la cosa no funciona, la productora ha dicho que volveremos al instante aquí.

—Lo que no entiendo es por qué tienes que ir tú —dijo Susan—. En realidad solo le organizas la agenda, no participas en el programa. Es algo que podrías seguir haciendo desde aquí sin problema.

—Cosas de la productora —suspiró Angie sacando los recipientes de la comida china para ponerlos en la mesa del comedor—. Quiere que lo vigile o que lo ate en corto, en cuanto a lo que al trabajo se refiere. Y no acepta que sea nadie más, porque no quiere gastarse un centavo en ello. Así que como ya estoy en nómina de Charlie, le salgo gratis.

—Si no hubiera sido la productora, él te lo habría terminado pidiendo —sentenció Terry—. Debe tener mucho lío allí ahora y ya eres como su mano derecha.

—Es posible.

—¿Estás contenta? —quiso saber Susan.

—Es una oportunidad de hacer algo diferente y de asumir un reto nuevo en el trabajo, además de conocer otro lugar, sus costumbres. Podré volver a montar a caballo...

—Conocer otros hombres... —añadió Terry. Las miradas de sus amigas se posaron sobre ella—. ¿Qué? De todos es conocido que los vaqueros de esa zona son muy interesantes. Hay hombres muy guapos. Es una oportunidad que no debes desechar. Una aventura con un vaquero musculoso al cual no tendrías que volver a ver cuando vuelvas. Se suelen volver locos con las chicas de ciudad.

—Creo que deberíamos cenar o buscarte hotel, antes de que se nos ponga demasiado romántica.

—Deberíamos cenar. No tendré que buscar hotel. Charlie ha insistido en que me quede en el rancho de su familia.

—¿En serio? ¿Compartirás techo con ese macizo?

—Y con sus padres y hermanos o hermanas si tiene —dijo Angie sabiendo por donde iban las ideas de Terry—. Ha insistido.

—Eso es genial. Te cuidarán estupendamente. Cuando era pequeña solía pasar algunas semanas al año en el rancho de unos familiares y lo pasaba de miedo —recordó Susan.

—Nos tienes que enviar fotos porque te vamos a envidiar.

—Os las enviaré —prometió ella.

Un mensaje sonó en su iPhone:

Charlie: ¿Puedes hacer una última cosa por mí?

Angie: Claro. Dime.

Charlie: ¿Puedes pasar por Austin mañana antes de venir y traerme ropa? Un poco de todo. Apenas traje nada con las prisas y ahora sé que la voy a necesitar. Y mi ordenador portátil. Llamaré al portero para que te abra.

Angie: *Sin problema. Pasaré de camino. Si se te ocurre algo más, no dejes de decírmelo.*

Charlie: *No, es todo. Gracias por hacer esto por mí. No será fácil dejar Austin para venir a la Texas profunda.*

Angie: *En realidad estoy encantada. Voy a poder disfrutar de la naturaleza en mi tiempo libre, pasear, respirar aire puro y montar a caballo que hace años que no puedo!!*

Charlie: *Tendrás de todo eso lo que necesites, me ocuparé de ello, para compensarte este favor. Te acompañaré a todos los paseos a caballo que quieras.*

Angie: *Solo que me preocupa molestar a tus padres.*

Charlie: *Mi madre está encantada. La vida en el campo es monótona y sé que serás como un soplo de aire fresco para ella.*

Angie: *Hoy me ha parecido muy agradable.*

Charlie: *Os llevaréis muy bien, estoy seguro. Descansa, que mañana te espera un viaje largo.*

De acuerdo, había pensado dormir hasta tarde, recoger las cosas del apartamento de Charlie en Austin, hacer un *brunch* y salir después, pero estaba demasiado nerviosa pensando en los retos que se presentaban ante ella en San Angelo. Era lo más excitante en mucho tiempo, ciudad nueva, trabajo casi nuevo y conocer gente nueva. Disfrutaría de aquella experiencia al máximo.

El portero del edificio había recibido la llamada de Charlie hacía apenas una hora, según le dijo. Subió con ella y le abrió la puerta dejándola sola dentro. Ahora, de día, el apartamento tenía otra luz, era acogedor, aunque moderno y seguía siendo muy masculino. No le extrañaba que para su nueva casa hubiera contratado a Susan, el toque femenino que era necesario en cualquier decoración. No tardó en localizar el ordenador portátil, metiéndolo en su funda. Luego abrió el armario y encontró en el altillo una maleta de tamaño considerable. Nada que ver con la que había llevado a Dallas. Abrió el armario y se dispuso a elegir ropa para él. Se descubrió a sí misma aspirando el aroma de las prendas con el corazón acelerado. Su jabón, el suavizante de su ropa, su aroma corporal, o un conjunto de todos ellos, pero olían a él. A Charlie. Y sabía que desde hacía un par de días había echado de menos ese aroma.

—¿Qué demonios estoy haciendo? —se corrigió a sí misma en voz alta. No podía tener ese tipo de fantasías con su jefe. Tenía que reconocer que le gustaba, que su imaginación se había desbordado desde que lo había visto salir de la piscina y desde que había sucedido el episodio en la habitación de Dallas. Pero aquello era del todo incorrecto y una completa locura. «Charlie no tiene amigos, solo conocidos. Y mucho menos amigas.», las palabras de Candace martillearon en su cerebro intentándola traer de vuelta a la realidad.

Pudo terminar de llenar la maleta con un poco de todo, formal, informal, calzado vario, ropa interior. Tocar aquellas prendas que tan en íntimo contacto estaban con él le supuso sonrojarse en soledad en aquel apartamento. Se sentía poco menos que una voyeur.

Apenas eran las diez de la mañana cuando salió del apartamento de Charlie. En cuatro horas estaría en el rancho Atkins. Un breve mensaje de texto para avisarle de su llegada antes de lo previsto y se pondría en marcha.

—¿Qué tenemos para hoy? —preguntó Charlie animado en el comedor del rancho. Por fin podría volver a realizar trabajo duro con sus hermanos, se ensuciaría sus botas de ciudad.

—Hoy repararemos la cerca del otro lado del rancho. Ayer se nos escapó una vaca. Por suerte los Montgomery nos avisaron enseguida y pudimos recuperarla pronto sin que les causara daños. Aprovecharemos para revisarla, ya que creo que no está demasiado bien y, ya sabes, plantaremos postes si es necesario —informó Luke.

—¿Os preparo una cesta con comida, muchachos? —preguntó Olga.

—Será mejor, estaremos demasiado lejos para volver a almorzar —dijo Samy—. Como en los viejos tiempos, Charlie.

EL RANCHO ATKINS

Había llegado a San Angelo y no tenía una respuesta por parte de Charlie. Quizás no había visto el mensaje. Era demasiado pronto para presentarse en el rancho, tal vez aún estuvieran almorzando e interrumpiría la comida. Lo mejor sería hacer un poco de turismo por la ciudad o algo que la ocupase un par de horas. Tomar un café y conectarse a internet era un buen plan para adelantar trabajo y pasar el tiempo.

Un par de horas más tarde, aún sin señales de Charlie, se dirigió al rancho tomando sus indicaciones y las propias que le ofrecía el GPS del vehículo. Apenas estaba a quince millas de la ciudad, justo antes de llegar a la pequeña ciudad de Miles. Acababa de tomar el desvío de la sesenta y siete que indicaba que el rancho Atkins estaba cerca. Volvió a ver otra señal del rancho y tomó aquel camino de tierra bajo el arco con el nombre Atkins. Tras un par de minutos conduciendo por él pudo observar una gran casa blanca de tejado gris marengo con diversas construcciones alrededor de ella. Más allá también podía ver lo que serían graneros y caballerizas. Divisó el gran todoterreno blanco de Charlie y aparcó a su lado. Allí no molestaría. Bajó del coche y respiró hondo el aroma del rancho, heno fresco, caballos y madera llenaron sus fosas nasales. Una suave brisa cálida le rozó la mejilla. Tenía que reconocerlo, aquello era muy bonito. Le gustaba. Ahora solo hacía falta que a aquellas personas les gustase ella. Se dirigió con paso firme a lo que parecía la puerta principal y tocó al timbre. Un minuto después, una mujer morena le abrió la puerta.

—¿En qué puedo ayudarla? —le dijo con marcado acento mexicano.

—Yo... soy Angie Cooper, la asistente del señor Atkins. —Estiró la mano que la mexicana estrechó con gusto mostrando unos blancos dientes en una sincera sonrisa.

—Oh, sí, muchacha. La estábamos esperando, aunque más tarde. ¿Ha adelantado usted su viaje?

—Espero no molestar al haber llegado antes.

—No molesta, muchacha. Yo soy Olga y si necesita algo no tiene más que pedírmelo. Pase, no se quede ahí.

—Si yo puedo servirla en algo también puede contar conmigo.

—No, muchacha, pero para empezar llámeme Olga, nadie me llama de usted, ni siquiera en el banco.

Angie sonrió con aquel comentario.

—A mí tampoco suelen llamarme de usted, en el banco tampoco —respondió ella también haciendo que la mujer mostrara su sonrisa de nuevo.

—Póngase cómoda mientras busco a la madre de Charlie.

—Gracias —dijo mientras la mujer subía las escaleras.

El salón de la casa era rústico pero elegante a partes iguales. Allí sí que se notaba una buena mano femenina, nada que ver con el apartamento de Charlie. El comedor convivía en la misma planta con el salón y suponía que la cocina. Una chimenea dominaba la sala con varios sofás de piel a su alrededor. En la pared de enfrente, un gran cuadro de una dama vestida con un suntuoso vestido de terciopelo rojo y una mirada limpia ocupaba el espacio.

—¡Bienvenida! —dijo una mujer a sus espaldas—. Te esperábamos en unas horas.

—Lo siento, intenté avisar, pero al parecer Charlie no ha visto mi mensaje.

—No te disculpes. Estoy encantada igualmente de tenerte aquí —dijo abrazándola sorpresivamente de una forma que se le antojó amorosa—. Soy Claire, la madre de Charlie. Hablamos por teléfono ayer. Esto nos da tiempo para conocernos un poco y liberar tensión sin tanta familia de por medio.

—Yo soy Angie, pero eso ya lo sabe.

—Así es. ¿Has tenido buen viaje? —se interesó Claire aun sosteniendo a Angie de las manos con una sonrisa en su rostro. Claire era una mujer tan alta como ella, delgada, aunque no demasiado. Su tez era blanca, su cabello rubio y lo lucía suelto en una media melena ondulada. Sus ojos eran inconfundibles, azul tormenta, como los de Charlie, sin duda los había heredado de ella. Y su sonrisa era la más sincera que había visto en mucho tiempo, ofreciéndole una confianza casi inmediata.

—Todo ha ido muy bien. Gracias al aire acondicionado. ¿Cómo se encuentra su marido?

—Ahora mejor. Por suerte. Nos ha dado un susto importante. Pero saldrá adelante con cuidados y paciencia. Siéntate. En esta época el calor comienza a ser importante por aquí. En casa no tendrás problema con el sistema de climatización que tenemos, pero fuera es diferente. Estarás sedienta. ¿Qué puedo ofrecerte?

—Nada. Estoy bien, gracias.

—Charlie ha salido esta mañana temprano a trabajar con sus hermanos. Creo que están reparando una cerca al otro lado del rancho. No tardará en volver.

—Puedo esperar.

—¿Qué te parece si mientras vuelven mis hijos vamos por tus cosas al coche, te instalas y te enseño la casa? Quiero que te sientas como en tu propia casa.

—Me parece bien —sonrió Angie. Claire le estaba poniendo todo muy fácil. Era una mujer cercana y cariñosa y era de agradecer, porque había sido lo que más había temido, la reacción de la familia al meterles Charlie a una extraña en casa—. ¿Son muchos en casa?

—¿Charlie no te ha hablado de la familia?

—No, lo cierto es que no —se avergonzó un poco al reconocerlo.

—Este hijo mío —dijo poniendo los ojos en blanco y lanzando un suspiro—. No sé por qué me extraño. Tengo dos hijos más, menores que Charlie, y solteros aún. Por desgracia ninguno de ellos me quiere dar una nuera hasta ahora. Y es algo que de verdad ansío. Si no fuera por Olga me podría ahogar con tanta testosterona en esta casa. Y no me estoy quejando, porque los adoro a todos, pero de vez en cuando me gusta hacer cosas de chicas, y es algo que no puedo hacer con mis hombres. Pero basta de quejarme, vayamos a por tus cosas.

Ambas mujeres se levantaron del sofá y se dirigieron a la puerta. El teléfono comenzó a sonar.

—Adelántate tú. Ahora mismo iré —dijo Claire descolgando el aparato.

Angie salió de nuevo a la cálida tarde y se dirigió a su coche. Abrió el maletero y sacó su maleta. La de Charlie la dejaría para más tarde.

Se giró para dirigirse de nuevo a la casa cuando oyó las voces de tres hombres riendo. Una de ellas era inconfundible: Charlie. Los hombres bromeaban entre ellos. Por fin los vio. Tres perfectos ejemplares masculinos.

—Déjalo Samy, hoy está nervioso con su visita —rió uno de ellos, igual de moreno que Charlie.

—Solo quiero ducharme a tiempo —se defendió Charlie que ahora iba a la cabeza de los otros dos que seguían riendo.

Angie esbozó una sonrisa. Estaba tremendamente guapo en aquel ambiente y aun con la ropa cubierta de polvo.

—¿Cómo estás vaquero? —dijo en voz lo suficientemente alta como para llamar su atención.

Charlie miró hacia el lugar del que procedía aquella pregunta. Era Angie, al lado de su coche y de su maleta. Mirándolo con una sonrisa en los labios, el pelo suelto mecido por la brisa de la tarde, unos vaqueros que se ceñían a sus curvas y una vaporosa blusa azul.

—¿Cómo está usted, señorita? —preguntó mientras recorría los escasos metros que los separaban y en un impulso la abrazó con fuerza contra su cuerpo—.

Bienvenida —dijo al lado de su cuello aspirando aquel olor de su cabello, ámbar y miel.

Angie hizo lo propio y no le importó que Charlie estuviera cubierto de polvo y que oliese a hombre más que nunca, había estado trabajando duro y ese era el olor del trabajo en un rancho.

—Disculpame ¿Te he manchado? —se apresuró a decir separándose de ella—. Quería ducharme antes de que llegases.

—No te preocupes, estoy bien. Ha sido culpa mía, he llegado antes de lo previsto. Te envié un mensaje esta mañana diciéndotelo.

—Me olvidé el teléfono en la casa, pero no importa. Me alegra que estés aquí —respondió perdiéndose en las profundidades de los ojos verdes que hacía unos días que no veía.

Un carraspeo llegó de detrás de donde se encontraba Charlie.

—Señorita —intervino el hombre moreno que antes había bromeado—. Mi hermano lleva mucho tiempo en la ciudad, pero al parecer no ha ganado modales. Soy Luke Atkins —dijo tendiéndole la mano que ella gustosamente estrechó—. Bienvenida al rancho.

Luke guardaba un gran parecido con su hermano. Casi tan alto como él, moreno, igual de fuerte y con un atractivo y una sonrisa que podrían derretir a cualquier mujer en cualquier instante. Sin embargo, sus ojos, a diferencia de los de Charlie, eran verdes.

—Yo soy Samy —se adelantó tendiéndole la mano ahora un joven rubio, igual de alto y fuerte que los otros dos y no menos atractivo, que poseía la misma mirada azul de Charlie y Claire. —El hermano pequeño.

—Encantada, chicos. Yo soy Angie Cooper. Gracias por vuestra hospitalidad. Pensaba quedarme en un hotel, pero vuestro hermano no acepta un «no» por respuesta.

—No se lo hubiéramos perdonado si hubiera permitido tal cosa. Aquí tenemos espacio suficiente —dijo Luke, el moreno, sonriendo nuevamente. Aquella sonrisa podría derretir un helado en el polo norte.

—Chicos, ya conocéis a Angie. Ahora dejad que se instale, entrad en casa y daos una ducha antes de la cena —dijo Claire saliendo a la puerta—. Y tú, Charlie, ayúdala a subir la maleta.

—Sí, mamá —respondieron los tres hermanos al unísono.

Angie rio ante aquella escena. Luke y Samy se adelantaron y aunque ya no pudo escuchar lo que decían, sabía que seguían bromeando acerca de su hermano mayor. Charlie cogió la maleta de ella y la siguió al interior de la casa.

—Mi madre pensó que estarías cómoda en esta habitación —dijo abriendo la última puerta de la parte derecha del pasillo del piso superior.

Una gran cama con dosel se encontraba a la derecha de la puerta. En la parte izquierda, contra la pared, un tocador y al frente un armario empotrado, seguido de una gran ventana que daba al exterior proveyendo de luz a toda la estancia. Al fondo a la derecha, pasando la cama, había otra puerta que Charlie se apresuró a abrir.

—Y esto te va a encantar —dijo con orgullo.

—¡Oh! —exclamó ella apenas sin poder creérselo tras mirar dentro.

Un baño en tonos rosa palo en el que una gran bañera hidromasaje se exhibía al fondo, al lado de una cabina de ducha. Un gran espejo con mueble de lavabo y el sanitario completaban el equipamiento del mismo.

—Sabía que te iba a gustar —sonrió satisfecho.

—¿Bromeas? ¡Me encanta! Pensaba que eso de los hidromasajes era solo cosa tuya.

—Me viene de familia. Mi madre es una fanática del relax. En la estantería podrás encontrar jabones variados, bombas de baño de esencias, lo que necesites.

—Es maravillo.

—Aparte de eso, si necesitas algo más, no dudes en pedírmelo. Ahora, si me disculpas, iré a tomar una ducha. Luego nos veremos.

—Te he traído tus cosas. Las tengo en el coche —dijo mientras lo veía llegar a la puerta de la habitación y agarrar el pomo.

—Eres la mejor —le sonrió—. Luego iremos a por ellas. Mientras tanto, ve instalándote tranquilamente.

INTEGRÁNDOSE

—Tenemos que ponernos las pilas con el programa de esta semana —dijo Angie mientras subía los dos maletines con los portátiles de ambos. Charlie por su parte subía las escaleras con la pesada maleta—. Mañana iré a visitar la emisora de radio con la que trabajaremos aquí.

—Muy bien, pero eso mañana. Ahora relájate un poco, has hecho más de doscientas millas.

—Está bien —respondió con desgana. Solo estaba tratando de ocupar su mente con trabajo, la alteraba ver cómo aquel hombre estaba más atractivo que nunca en su ambiente y comenzaba a afectarle su cercanía. Comenzó a afectarle en cuanto su corazón se puso a latir fuertemente cuando la había abrazado, hacía apenas una hora, y comprender que le había echado demasiado de menos en apenas un par de días.

—Somos vecinos de habitación —dijo él con una sonrisa, deteniéndose justo en la puerta contigua a la habitación que le habían preparado a ella—. Así, si te asustas en medio de la noche, siempre podrás acudir a mí.

—¿Jugando Charlie Atkins? —respondió, sabiéndose ruborizada.

—No lo puedo evitar —rio él entrando en la habitación y cerrando la puerta tras de sí una vez ambos estuvieron dentro—. Me lo pones demasiado fácil. De momento dejaremos todo el material de trabajo por aquí. Mañana probablemente nos instalemos en el despacho de abajo.

—Veré si te puedo conseguir una pequeña oficina en la emisora.

—Ya veremos. Ahora desharé la maleta y veré qué me has traído —dijo mientras tumbaba la maleta encima de una silla y la abría.

—Te he traído un poco de todo. Espero haber acertado. —Se sentó al borde de la cama.

Charlie fue sacando las prendas dobladas de la maleta con gesto aprobatorio.

—Has hurgado en el cajón de mi ropa interior —dijo seriamente sacando *bóxers* y calcetines de la maleta.

—Bueno... —comenzó a decir sopesando el tono de él. No se le había pasado por la cabeza que Charlie odiase que tocaran sus cosas íntimas y ahora era probable por su gesto serio que aquello fuese así, pero no le había dicho nada al respecto—. Pensé que también te harían falta.

—¡Es broma! —sonrió de nuevo—. De hecho ahora me dará algo en lo que pensar. Una imagen muy sexy la tuya revolviendo entre mi ropa interior.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó ella—. Veo que estás de buen humor, pero que yo sea siempre el blanco de tus bromas... —resopló levantándose de la cama para abandonar la habitación—, un día de estos me enfadaré en serio.

Charlie fue más rápido que ella y la tomó de la mano para detenerla haciendo que se girase hacia él.

—Lo siento. Solo echaba de menos estos momentos en los que bromeo con algo, te hago ruborizar, te molestas un poco y al final sé que te ríes tú también. —Le tocó la punta de la nariz con el dedo índice y acarició el contorno de su mejilla con el mismo dedo—. Los últimos días han sido duros.

—Yo también lo siento. —Miró el azul tormenta de sus ojos mientras contenía la respiración al sentir aquel dedo de Charlie recorriéndole la mandíbula—. Debería comprender que no es fácil para ti todo este cambio en apenas unos días. Solo es que estoy agotada. Sé que al final me río de lo tonta que soy al caer en todos tus juegos.

—No todo es un juego —le dijo mirándola intensamente para quedar ambos en silencio unos instantes.

El toque de unos nudillos en la puerta hizo que pusieran al menos un metro de distancia entre ambos. A continuación Charlie abrió. Era Claire.

—Os he escuchado hablar —dijo observando la habitación—. Venía a buscar a Angie.

—Estábamos deshaciendo la maleta y hablando del trabajo de mañana —se apresuró a decir Charlie viendo que su madre estaba buscando signos de algo más. No había caído en la cuenta de que estaba en su habitación con una mujer y la puerta estaba cerrada. No se había percatado de aquello, porque Angie era segura a todas luces para él. Estaba seguro que la imaginación de su madre estaba volando desde que había visto aquella dichosa revista, a pesar de que él le había dicho en varias ocasiones que nada de aquello era real.

—Si estáis ocupados puedo volver más tarde.

—No, no. Ya hemos terminado.

—Quería enseñarte nuestra casa antes de cenar, por si necesitas algo, que puedas encontrarlo por ti misma en cualquier momento. Además, si lo deseas podrás conocer a mi marido.

—Perfecto. Estaré encantada.

Ambas mujeres salieron de la habitación y le dejaron con su tarea de deshacer la maleta.

¿Por qué demonios le había dicho que a veces no eran solo juegos? ¿Por qué su mirada se había desviado por unos segundos a los carnosos labios de ella? La deseaba de nuevo. Había pensado que aquello se había quedado en Dallas, pero no había sido así. Ahí estaba de nuevo.

Tras un completo recorrido por toda la planta baja, volvieron a subir a la primera. A la izquierda de la escalera se encontraban al menos tres habitaciones. Se dirigieron a la última de ellas.

—Mi marido está deseando conocerte —dijo nada más abrir la puerta y hacerla entrar en la habitación.

—¡Hola, cariño! —saludó a su esposa, el que aparentemente era el padre de Charlie—. Veo que traes compañía —dijo de nuevo con una sonrisa.

—Hola, amor —se acercó a besarlos en los labios suavemente—. Te traigo a nuestra invitada, Angie.

—Encantado de conocerte, Angie. Yo soy Sam. Y siento no poder levantarme para saludar como es debido, ni darte la mano efusivamente.

—Igualmente —dijo Angie con una sonrisa—. No se preocupe. ¿Cómo está?

—Siendo sincero, he tenido semanas mejores, pero lo superaré. ¿Qué tal ha ido el viaje desde Austin? Y por favor, no me trates de usted. Aunque me veas aquí postrado, es solo momentáneo, te aseguro que no soy tan mayor.

—Perdón —dijo ella. Sam era un hombre en la mitad de su cincuentena con apenas unas pocas canas salteando su pelo negro y algunas arrugas alrededor de los ojos. El tipo de arrugas de alguien que sonríe mucho y es feliz. Los ojos eran verdes iguales que los de su hijo mediano y la sonrisa también era muy parecida. Guardaba gran parecido con Charlie, su cuerpo era fuerte y conservaba un torso bien moldeado que se adivinaba bajo el corsé plástico que lucía. Era como ver a Charlie dentro de veinte años en el futuro.

—No te disculpes. Claire me enseñó el reportaje de Dallas y tenía curiosidad por conocerte.

—Un reportaje sensacionalista —desdeñó Angie. Lo último que quería era que los padres de Charlie pensasen que lo que allí se insinuaba era cierto.

—Ya nos lo ha contado Charlie —intervino Claire.

—Pero eres más guapa que en las fotografías. Aunque he de reconocer, sin que mi querida Claire se ofenda —le guiñó un ojo a su esposa—, que la noche de la cena estabas preciosa. Charlie y tú hacíais muy buena pareja.

—¡Papá! ¿Cómo sigues? —preguntó Charlie entrando en la habitación, sin ser consciente de que tanto su madre como Angie estaban allí.

—Bien, hijo. Igual que la última vez que preguntaste. No voy a recuperarme en apenas un par de horas.

—Perdón, no sabía que estabais las dos aquí.

—Le estaba diciendo a Angie que hacíais muy buena pareja la noche de la cena de Dallas. ¿No crees que era la más guapa?

Charlie guardó silencio unos segundos.

—Tu padre exagera —quitó hierro al asunto ella. Charlie no iba a contestar a aquello. Su mandíbula se había tensado indicando que el tema no era de su agrado.

¿Aquello significaba que se comenzaba a arrepentir de haber acudido con ella del brazo a aquella cena?—. Creo que iré a hacer una llamada antes de la cena.
—Cenaremos en no más de treinta minutos —anunció Claire antes de que ella abandonase la habitación.
—Me gusta esa jovencita —reconoció Sam.
—Pero tu hijo la acaba de ofender —objetó Claire teniendo ahora todo el interés de Charlie, que la miraba sin comprender—. ¿Acaso te costaba mucho decir que iba guapa?
—Mamá, yo... —se detuvo—. Ella no se ofende por ello. Solo era una cena por trabajo.
—Me da igual lo que pienses. No te costaba nada habérselo dicho.

—Ha sido una cena deliciosa —reconoció Angie mientras tomaba café con Claire y veía como los tres hermanos habían ayudado a recoger la mesa de la cena—. Y me sorprende que tus hijos le echen una mano a Olga.
—Les enseñé desde pequeños a hacerlo. No quería que crecieran instaurados en el machismo. Debían ser vaqueros modernos.
—Pues has hecho un gran trabajo con ellos. Parecen buenos chicos.
—Lo son. Cada uno tiene su propia personalidad, como es lógico. Pero estoy orgullosa de ellos. A Charlie ya lo conoces. A veces es un poco rudo, pero es porque lo ha pasado mal. Estoy segura que eso ya lo sabes y has aprendido a sobrellevarlo.
A punto de abrir la boca para preguntarle qué es lo que le había ocurrido a Charlie para ser de aquella forma, intervino Luke, el hermano que más parecido guardaba con Charlie.
—¿Qué te parece si damos un paseo por los alrededores? —le ofreció.
—Sí a tu madre no le importa...
—Adelante, id a dar una vuelta. Así vas conociendo un poco el rancho.

En contra de lo que había podido pensar, Luke no era un simple vaquero. Le habló de su época en la universidad, mientras le enseñaba las construcciones anejas a la casa y paseaban por el jardín. Era abogado, aunque prefirió no ejercer más allá de la época de prácticas en un bufete de San Angelo. Le gustaba el rancho y prefería continuar con la tradición familiar. Pasaron frente al establo y le prometió llevarla de día, y enseñarle los animales. Luke era un gran conversador con un gran sentido del humor. Hablaron del trabajo de ambos, él estaba interesado en lo que hacía y en quién era.

—¡Chicos! —llamó Samy cuando pasaron paseando cerca del porche trasero de la casa—. ¿Os apetece tomar un trago antes de dormir?
Charlie estaba sentado a la mesa con la vista puesta en el vaso lleno que sostenía en su mano.
—Aún no he comenzado a beber —la retó Charlie mirándola intensamente mientras se acercaba a la mesa.
—Hoy no es buen día para comprobar nuestro pequeño reto —le respondió mientras Samy le servía un vaso de whisky.
—¿Tenéis un reto?
—Por decirlo de alguna manera.
—La señorita cree que puede tumbarme bebiendo —informó sin despegar la vista de ella.
—Eso es porque la señorita —dijo refiriéndose a sí misma—, cree que puede hacerlo. Ya hemos estado en un par de situaciones que así lo han puesto de manifiesto.
—Hermanito, tu paso por Austin te ha ablandado —rió Luke.
—No te reconocemos —se hizo el sorprendido Samy siguiendo la broma.
—La señorita se equivoca.
—Estaré encantada de hacerte morder el polvo otro día, pero mañana tenemos que trabajar, así que lo dejaremos para otro día.
—¿Tomaremos este trago de todas formas, verdad? —preguntó un impaciente Samy.
—Claro que sí, dejaremos el reto de estos dos para otro día. Quizás podríamos unirnos nosotros también —sonrió encantadoramente Luke—. Me gustará ver como una atractiva mujer de la ciudad intenta darme una paliza.

Los cuatro brindaron por aquel reencuentro de hermanos y tomaron el ambarino líquido despacio, charlando de sus vidas, preguntándole a Angie detalles de la suya e interesándose de cómo era trabajar con Charlie. Rato después, Luke y Samy decidieron irse a dormir quedando a solas ambos.

—Tienes una familia estupenda. Apenas los conozco hace unas horas y te aseguro que ya los adoro —se dirigió a la barandilla del porche y miró a la inmensidad de la noche.
—Soy muy afortunado —respondió. Angie había estado más callada de lo habitual durante la cena y comenzó a temer que lo que había dicho su madre fuese cierto, que la hubiera herido de alguna forma al permanecer en silencio y no ofrecerle un cumplido delante de sus padres.
—Además tus hermanos son guapísimos. —Apoyó la cabeza en uno de los postes admirando el cielo—. Es increíble la cantidad de estrellas que se pueden ver aquí.
—¿Del hermano mayor no tienes nada que decir?
—No necesitas que te regale los oídos.
—En realidad nunca me has dicho qué opinas de mí.
—Creo que me iré a dormir —dijo, dirigiéndose hacia la puerta de entrada trasera de la casa, dejando aquella pregunta sin contestar. No le apetecía regalarle los oídos diciéndole lo atractivo que era, incluso por encima de sus hermanos, si él tampoco había tenido la decencia tan siquiera de mentir cuando su padre le había preguntado aquello por la tarde.

—Estás molesta, ¿no es cierto?
—¿Perdón? —se giró hacia él. Así que se había dado cuenta.
—Por lo de antes.
Angie frunció el ceño y Charlie se giró de nuevo a contemplar el cielo.
—Sabes que aquella noche estabas preciosa —comenzó él.
—No hace falta que te esfuerces —le enfrentó con el tono más pausado y neutro del que disponía en ese momento. No se iba a notar que aquello le importaba—. Sé cómo soy, no soy preciosa y no puedo compararme con el estilo de mujer que está de moda. No soy una de ellas, es algo que no me molesta admitir porque lo asumo hace un tiempo. Sin embargo, sí que me molesta que me mientan o me nieguen. Prefiero un silencio antes que eso. —Al menos un silencio era menos doloroso.

Charlie se giró hacia ella de nuevo y la observó en la penumbra de la noche. ¿Qué le ocurría a aquella mujer? ¿Por qué demonios pensaba aquello? Hacía mucho tiempo que se había alejado del mundo de las citas, de las mujeres, de todo aquello que conllevaba observarlas y evaluarlas, pero lo cierto era que con ella había hecho una excepción semanas atrás. La miraba y veía una mujer muy bella, con unos ojos verdes en los que le gustaba perderse alguna que otra vez y una expresión muy dulce. También encontraba muy sexis aquellas curvas que había acariciado imperceptiblemente cuando había bailado con ella.

—Yo no te he mentado. Estabas preciosa. Te lo dije porque así lo sentía. Pero no puedes esperar que delante de mis padres te lo repita, dando rienda suelta a una imaginación que ya ha desbordado lo suficiente ese maldito reportaje que nos hicieron en Dallas.
—Es igual, Charlie. Déjala —desdeñó ella—. Si no tienes inconveniente, me gustaría contar con mi ordenador portátil. Está en tu habitación.
—Puedes entrar libremente y cogerlo. ¿Vas a trabajar ahora?
—Solo si me despierto temprano. Buenas noches, Charlie.
—Buenas noches.

VISITA A LA EMISORA

El despertador le indicó que eran las siete de la mañana. Así que sin más preámbulos, y solo con el pantalón del pijama, bajó al comedor, donde Luke se endulzaba en esos momentos una taza de café. Aún no había rastro de Olga ni de Samy.

—Buenos días —le saludó Luke con una extraña sonrisa en sus labios.

—Buenos días. ¿Se le han pegado las sábanas a Samy? —preguntó Charlie antes de tomar una taza del armario y servirse café para volver a tomar asiento en la mesa con su hermano, que no cesaba de mirarlo de forma extraña.

—Eso parece.

—Me estás poniendo nervioso con esa sonrisa. ¿Qué diablos sucede? ¿Tengo monos en la cara?

—Eres un granuja, hermanito.

—Como no afines más...

—Vi entrar a Angie en tu habitación anoche.

—¿Y? —dijo aun sin adivinar a dónde quería llegar su hermano. Era demasiado temprano y todavía tenía poca cafeína recorriendo sus venas para jugar a adivinar los pensamientos de Luke.

—Acepto que no salgas con ella de forma oficial, digamos. Pero no nos habías dicho que te acostabas con ella.

—No lo he dicho porque no lo hago. Es mi ayudante. Anoche entró en mi habitación a buscar su ordenador portátil, pero no creo que te deba explicaciones de ningún tipo.

—Buenos días —dijo un apático Samy—. Necesito café, café en vena.

—¡Buenos días, chicos! —saludó Angie entrando a continuación en el comedor para recibir contestación de los tres hermanos Atkins.

—Mírate, aun a estas horas ¡Pero si estás preciosa! ¿No es cierto, Charlie? —preguntó Luke con una sonrisa.

—Gracias —se apresuró a decir ella para evitar otro silencio incómodo de Charlie ante aquella pregunta, tan parecida a la de su padre—. Solo trato de estar profesional, hoy me presentaré en la emisora de radio con la que parece que trabajaremos desde aquí.

—Te acompañaré —convino Charlie.

Luke tenía razón, estaba radiante esa mañana. Vestía una vaporosa falda blanca estampada con flores azules que le llegaba a las rodillas, una blusa azul botella y un pañuelo de lunares en blanco y azul. Su maquillaje era impecable y su habitual aroma llenaba la estancia.

—Como tú quieras —dijo sirviéndose una taza de café—. Hemos quedado a las nueve.

—Chicos —se dirigió a sus hermanos—. Tendréis que disculparme. Si quiero quedarme, esto ha de salir bien y debo acompañar a Angie a la emisora.

—No tienes por qué disculparte. Es tu trabajo, y todos agradeceremos tenerte un tiempo por aquí, así que más te vale hacerlo bien.

—Lo mismo digo, hermanito —convino Luke—. Nosotros también deberíamos irnos.

—Mi hermano tenía razón. Estás muy guapa hoy —reconoció Charlie mientras ambos esperaban sentados en el sofá de la recepción de la KRSA, la emisora de radio desde la cual emitirían.

—No tienes por qué decirlo...

—Quiero hacerlo. Porque es cierto. Lo estás.

Las puertas del ascensor se abrieron y un hombre alto y rubio se dirigió a ellos tras buscarles con la mirada. Angie escuchó como Charlie maldecía entre dientes.

—¡Charlie Atkins! ¡Cuánto tiempo! —dijo el rubio de ojos azules visiblemente satisfecho con aquel reencuentro mientras le estrechaba la mano.

—Brad Sinclair. No sabía que trabajabas aquí —dijo forzando una mueca parecida a una sonrisa.

—Me ofrecieron mejores condiciones y no pude rechazar la oferta —sonrió de nuevo—. Me han contado lo de tu padre. ¿Cómo está?

—Mejor, aunque necesitará algo de tiempo —dijo tratando de zanjar el tema lo más rápidamente posible y se decidió a presentarla—. Ella es Angie Cooper. Una buena amiga que me está ayudando.

—Eso leí en alguna publicación. Es un placer, Angie —dijo estrechando su mano.

Y en esta ocasión y por primera vez, Angie vio a Charlie satisfecho de la mención de la publicación, que a todas luces se refería a la de Dallas. ¿Por qué motivo aquel repentino cambio?

—Igualmente.

—Bien, ya que nos conocemos todos, vayamos a la redacción —se dirigió al ascensor—. Os hemos asignado una pequeña oficina para que trabajéis cómodamente y con intimidad. Con los recortes, la verdad es que tenemos varias vacías, no ha sido difícil.

—Necesitaremos hacer una videoconferencia en un par de horas —informó Angie.

—Os facilitaré la clave del *wifi*, así como os iré gestionando un pase para que podáis subir directamente a la planta y un espacio en el garaje del edificio. Estamos abiertos las veinticuatro horas, así que si alguna noche sentís que no podéis dormir, tenéis total libertad para venir. Nadie os dirá nada en absoluto. Eso sí —añadió en tono cómplice y pícaro—. Hay cámaras de seguridad por todos lados. Tened cuidado con lo que hacéis.

—Lo tendremos —respondió Charlie con una sonrisa.

¿Charlie sonreía ante una insinuación de tal calibre? Brad Sinclair había insinuado aquello y Charlie sonreía... Aquel hombre comenzaba a desconcertarla. Había pasado de la noche al día en una hora.

—¿Cuál es tu cometido en la emisora? —quiso saber Angie mientras subían a la décima planta, donde se encontraba la redacción de la KRSA.

—Produzco *San Angelo al día*. Un programa diario que supongo no habréis escuchado aun, pero espero lo hagáis a partir de ahora. En esta ocasión y con motivo de la visita de Charlie estaré encantado de hacer de técnico para él. Va a ser genial trabajar juntos de nuevo.

—Sin duda —respondió con desgana el aludido.

La redacción era más austera que la de la emisora de Austin, pero mantenía el encanto de las emisoras de radio de hacía veinte años, todo se encontraba en la misma planta, las mesas convivían en armonía unas al lado de otras, una armonía solo rota con algunas oficinas de estilo prefabricado que ocupaban los laterales. Si bien, tanto las oficinas como más de la mitad de las mesas se hallaban vacías.

—Ahora mismo os traigo las claves del *wifi* —dijo Brad saliendo de la oficina donde les había acompañado.

—Así que... ya os conociais —dejó caer Angie mientras se instalaba al otro lado de la mesa del escritorio.

—Por desgracia —respondió con gesto duro Charlie. Se le iba a hacer cuesta arriba trabajar con Brad de nuevo, sobre todo después de lo que había ocurrido la última vez que lo había visto.

Brad entró de nuevo en el despacho con una hoja de papel que contenía las claves de las diferentes redes *wifi*.

—Gracias, Brad —le sonrió ella.

—Es un placer. Me alegra saber que trabajaré con vosotros. Podríamos ir a tomar unas cervezas después del trabajo, ya sabes, para ponernos al día y esas cosas.

—Te lo agradezco, Brad, pero había prometido a Angie ir a montar a caballo esta tarde.

—Entonces será otro día. No queremos que rompas una promesa como esa.

—Seguro.
—Os dejo mi número —dijo sacando una tarjeta de su cartera y poniéndola sobre la mesa—. Cualquier cosa que necesitéis, llamadme.

—Gracias de nuevo, Brad.

—A vuestra disposición —dijo cerrando la puerta tras de sí con una nueva sonrisa.

—Bien —comenzó Angie—, no recuerdo que me prometieras ir a montar a caballo esta tarde.

—Lo acabo de hacer ahora —dijo mostrando una sonrisa con poco convencimiento.

—Ya veo. Al parecer ha sido buena idea que me acompañes, Candace quiere hacer una videoconferencia. Vamos a ver si trabajan bien las redes estas —dijo abriendo su portátil.

Charlie hizo lo propio y llamó por *Skype* a su productora.

—¡Charlie! Te veo bien. ¿Cómo estás? —le dijo la productora en conexión directa desde Austin.

—Instalado en la emisora, como puedes ver.

—Me alegra saberlo. Tenemos un programa que sacar adelante y más te vale que salga bien. ¿Dónde está tu asistente?

—Al otro lado de la mesa.

—Me gustaría saludarla.

—¿Piensas que está en Austin? —vislumbró él.

—No está demás asegurarse. Os dije que no quería trucos y quiero comprobar que no me engaíais.

Angie sonreía al otro lado de la mesa ante la suspicacia que escuchaba en las palabras de Candace. Se levantó y se agachó al lado de Charlie saludando a cámara.

—Estoy aquí. ¡Buenos días, Candace! ¿Cómo estás?

—Buenos días. Me alegra verte. ¿Os han tratado bien?

—Perfectamente.

—Lo suponía. Hablé con un tal Brad Sinclair, que se mostró encantado con vuestra llegada, sobre todo con la de Charlie. Al parecer habíais trabajado juntos, ¿no es cierto?

—De eso hace mucho tiempo.

—Aun así. Es algo bueno, tiene experiencia en tratarte y lo que te gusta.

—No te puedes hacer una idea —respondió Charlie distraído.

—Pongámonos manos a la obra entonces.

Durante algo más de dos horas, con una interrupción por un corte de conexión, discutieron vía videoconferencia los contenidos del programa de esa semana, repasando punto por punto el guion. Angie tomaba nota de todo ello y finalmente decidieron hacer una conexión en el estudio con Austin, mientras hacían pruebas de sonido ajustando el timbre de voz de Charlie en la mesa.

—Aquí tenéis los pases para el edificio, por si queréis venir a trabajar a cualquier hora, así como la plaza asignada para el parking. Nos vemos mañana y el sábado estaremos en el aire —dijo Brad despidiéndose de ambos, para dejarles en el estudio a solas.

—Al parecer ha salido todo a pedir de boca —observó Angie—. Excepto tu humor.

—Recojamos todo y salgamos de aquí de una vez por todas —respondió él en tono agrio.

—Siento no haber sido una buena compañía durante el almuerzo —dijo de repente Charlie mientras conducía de vuelta al rancho. Tras salir de la emisora habían almorzado en un restaurante cercano. Comida durante la cual Charlie no despegó los labios excepto para hablar con la camarera mostrando un gesto serio en todo momento.

—Yo siento verte así. No te reconozco y créeme que no me gusta.

—Me convierto en un ser antisocial y lo sé.

—En momentos como este no sé si estás enfadado conmigo por algo o qué diantres te molesta. Es obvio que lo que hoy te ha molestado ha sido Brad Sinclair. No dudo que tengas tus razones.

—Las tengo, sin duda.

Minutos después bajaron del vehículo, tras aparcarlo al lado del edificio principal del rancho.

—Cambiémonos de ropa —dijo Charlie—. Te espero en quince minutos fuera de la casa. Iremos a montar.

—No tienes por qué hacerlo. Sé que lo dijiste para evitar tomar unas cervezas con Brad.

—Me apetece hacerlo y en un día como hoy créeme que lo necesito.

—¿Necesitas algo? —preguntó Charlie entrando en la habitación de su padre. Tras haberse cambiado de ropa, había previsto que Angie tardaría algo más, así que decidió ir a ver a Sam antes de salir.

—Estoy bien, gracias. Todos me mimáis en exceso. Tu madre me tiene surtido de libros, tenemos una radio, la televisión y además, charlamos como hacía años que no lo hacíamos. No me había dado cuenta lo que echaba de menos hacerlo y cuánto me gusta.

Charlie sonrió. Le agradaba ver que a veces las relaciones funcionaban, como la de sus padres. Contaban con dieciocho y veinte años respectivamente cuando se habían casado. Treinta y algunos años después, aun se dedicaban palabras como aquellas.

—Eso está muy bien, papá.

—Solo deseo que cada uno de vosotros encuentre a una mujer con la que podáis ser tan felices como yo lo soy con tu madre. Aunque vais con mucho retraso en ello. Sobre todo tú, que eres el mayor.

—Eso espero —respondió Charlie. No quería volver a repetir que nunca volvería a tener una relación con una mujer y no quería discutir con su padre acerca de ello. Ya había sido un día lo suficientemente duro. Solo quería desconectar cabalgando.

—A menos que ya la hayas encontrado. Apenas sé nada de tu vida en Austin, exceptuando la visita que te hicimos el año pasado y no vi a ninguna mujer por los alrededores.

—Porque no la había.

—¿La hay ahora?

—No.

—Entonces cuéntame, al menos, qué es lo que haces últimamente.

—No hay mucho que contar. Trabajo. Sin más. Lo más interesante que me ha pasado en los últimos tiempos ha sido la casa que me he comprado en Manor, a doce millas de Austin. Espero que pronto podáis ir a verla.

—Me lo contó tu madre hace un par de semanas.

—Decidí invertir en algo.

—Es una buena decisión. Aun así, deberías pensar que ya tienes edad para buscar una mujer y tener hijos. No dudo que ha de ser muy excitante ser el soltero de oro de Austin, pero todas las etapas tienen un principio y un final. Y va siendo hora de que te centres, y sobre todo, va siendo hora de que te permitas ser feliz.

—No es fácil, papá.

—¿Estás de mejor humor? —le preguntó ella nada más verle salir de la casa. Llevaba unos minutos esperándolo. Al parecer había tardado más que ella en cambiarse

de ropa.

—Sí, algo mejor. Y en cuanto ensillemos los caballos y salgamos a cabalgar me sentiré aún mejor. Gracias por preocuparte —dijo con una leve mueca, imitando una falsa sonrisa, mientras ambos caminaban el uno al lado del otro para dirigirse a los establos.

—Para eso están los amigos, ¿no?

Charlie sonrió más visiblemente ahora y la asió con un brazo por los hombros mientras seguían caminando. Angie le pasó el suyo por la cintura.

—Creo que ella le gusta —dijo Luke observando la escena que se acababa de producir delante de ellos.

—Rezo por ello, cariño —respondió Claire con unas bolsas en las manos.

—Más que rezar, habría que darle un pequeño empujoncito. Ese grandullón está algo oxidado.

—No te entrometas, Luke —advirtió su madre.

UN PASEO POR EL RÍO

—*Sally* será una buena montura para ti. Es una yegua amistosa y dócil. Incluso si te perdieses, te traería de vuelta al establo.

—¡Vaya! Una chica segura a todas luces —exclamó ella antes de acariciarle el cuello a aquel animal de brillante pelo marrón. Charlie se tensó al escuchar aquella frase. Era justo la que usaba para describirla cuando se hablaba a sí mismo. Una chica segura—. Y además, preciosa.

—Y yo volveré a montar a mi viejo amigo *Concho*. Espero que te acuerdes aun de mí, colega —palmeó el cuello del negro caballo que resopló con gusto.

—Parece que se acuerda de ti, a juzgar por su reacción. ¿Por qué se llama *Concho*?

—Es el nombre del río que pasa por nuestras tierras. Iremos a verlo. ¿Necesitas ayuda para montar?

—Creo que me las arreglaré sola —dijo impulsándose con un pie en el estribo y la mano sujetando fuertemente el pomo de la silla logrando sentarse sobre ella. Lo

cierto era que *Sally* había ayudado estando completamente quieta.

Calentaron los caballos al paso, luego al trote y más tarde Charlie decidió galopar delante de ella pidiéndole que lo siguiera. Añoraba esa sensación de libertad, esa descarga de adrenalina, cuando galopaba con su fiel amigo *Concho*, haciendo que todos los problemas del día se esfumasen como por arte de magia. Condujo a Angie hasta un recodo del río donde se detuvo y desmontó cogiendo el caballo de las riendas.

Angie observaba el lugar aún desde su montura. Un recodo del río, a modo de playa natural con un gran banco de arena y árboles a su alrededor, que ofrecían sombra e intimidad al lugar. El murmullo del río se escuchaba relajante.

—¿Bajas? —la instó Charlie—. Descansaremos un rato y abrevaremos a los caballos. Aun hace calor.

Angie miró el sol que caía sobre ellos, Charlie tenía razón, aún estaba lo suficientemente alto. Bajar del caballo nunca había sido su fuerte y hacía mucho tiempo que no montaba. Había confiado en regresar a casa y hacerlo al lado de una cerca. Si Charlie se reía, que se riera. Ya encontraría algo con lo que hacérselo pagar. Soltó el pie derecho del estribo pasándolo por encima del lomo del animal a la vez que usaba sus dos manos para aferrarse al pomo de la silla. Ahora soltó el otro pie del estribo para dejarse caer hasta el suelo, pero en aquel camino, unas fuertes manos la aferraron de la cintura amortiguando el descenso.

—Sabía que si subías tan bien, tu punto débil sería el descenso —dijo Charlie divertido a su espalda mientras sus cálidas manos aún le asían la cintura.

—¿Querías burlarte? —le enfrentó ella desasiéndose de sus manos.

—No, solo quería enseñarte esto y que los caballos beban y descansen un rato. Sentarnos un poco a la sombra también nosotros. No me di cuenta que era tan temprano cuando salimos y hace demasiado calor. Ven aquí —dijo tomando las riendas de los dos caballos e instándola a que lo siguiera hasta la orilla.

—Es un lugar fantástico —dijo ella sentándose en la arena, mientras Charlie ataba a los caballos unos metros más allá.

—Cuando éramos niños, mis hermanos y yo veníamos a bañarnos aquí. He pasado muchas horas buenas en este río.

—Un poco peligroso para tres niños.

—No creas, es una zona tranquila del río. Sin corriente apenas. Mamá que es muy inteligente —sonrió tomando asiento a su lado y pensando en su madre y en aquel tiempo con nostalgia que se imprimía en su voz—, nos apuntó desde muy pequeños a clases de natación. Sabía que el peligro estaba ahí, pero podía minimizarlo si nos daba ese arma. Aparte de Olga, que siempre venía con nosotros y nos tenía controlados.

—Echas de menos aquellos tiempos.

—Eran buenos tiempos, un tiempo en el que todo era perfecto, sin preocupaciones.

—No comprendo cómo llevas tantos años alejado de esto —era un comentario simple, pero a la vez un comentario con el cual podría sacar más información acerca de aquel gran porqué. Sin embargo, nada más se dijo. Solo se limitaron a escuchar el sonido del río y de la naturaleza en toda su quietud.

—¿Nos damos un baño? —propuso Charlie levantándose de un salto de la arena.

—No hemos traído traje de baño.

—Eso no es problema. La ropa interior nos servirá.

—Tampoco tenemos toallas.

—Tengo una de microfibra en mi silla de montar —dijo quitándose la camiseta para dejarla en la arena. Había tomado una decisión y se iba a bañar. Hacía calor y le apetecía recordar aquella parte de su infancia y adolescencia. Ahora tiró de las manos de ella—. ¡Vamos!

—Nos puede ver alguien.

—No hay nadie por aquí a estas horas y si nos ven no creo que les extrañe ni que salga un reportaje de esto en la prensa de mañana.

—¡Dios nos libre! —exclamó ella y Charlie rio con una sonora carcajada.

—Si es porque no sabes nadar, puedo sostener tu mano.

—Anda, ve a bañarte. Yo me quedaré aquí en la orilla. Otro día.

Charlie aceptó a regañadientes. Algo le ocurría que le impedía bañarse con él. Podría haber sido más divertido con ella, sin duda. Era su trabajo hacer que se divirtiese en el rancho, era lo menos que podía hacer por ella después de que aceptara, sin haber puesto objeciones, dejar Austin para que él pudiera permanecer en casa con su padre mientras estuviera convaleciente.

Ahí estaba de nuevo, aquel cuerpo perfecto, su torso desnudo y sus piernas bien esculpidas al dejar los vaqueros sobre la arena. Su trasero también se veía duro y perfecto mientras caminaba hacia el río y unos metros después se zambullía por completo volviendo a salir a la superficie poco más tarde.

—Está perfecta —gritó desde el centro del río.

Ella lo saludó y le sonrió abrazándose ahora las piernas mientras observaba sus movimientos en el agua. Dios sabía cuánto le hubiera apetecido entrar en aquel río con él. Pero sentía que aún era demasiado pronto para ella, faltaba poco —se dijo a sí misma—, pero aún no era el momento. Si al menos las sombras de la noche la hubieran acompañado, podría haber aceptado aquella invitación.

—¿Qué ocurre? —preguntó, cuando Charlie regresó a su lado tan solo cinco minutos más tarde.

—Sin ti no es divertido. No puedo verte sufriendo en la orilla sin bañarte.

—No estoy sufriendo, estoy bien.

—Hace calor y sé que te apetece —dijo poniéndose de rodillas frente a ella—. Ahora me vas a decir cuál es el problema.

Angie lo pensó durante unos segundos. Charlie quería saber el problema. El problema era que un hombre había machacado su autoestima haciéndola verse horrible y gorda, y que aunque había podido escapar de aquella relación tóxica, aun no lo había podido hacer de aquellos recuerdos, no al cien por cien. Ese era el problema.

—Me da vergüenza. No tengo bañador —dijo en su lugar en un tono bajo. Agradeció tener las gafas de sol puestas y que su mirada no la delatase ante él.

—Así que el problema es que vea tu ropa interior —dijo Charlie tras pensarlo unos instantes. A veces las mujeres eran realmente extrañas y Angie había dado muestras de una inusitada timidez. Se detuvo nuevamente a pensar.

—Ajá.

—Tú estás viendo la mía.

—Pero la de los hombres es lo más parecido a un bañador que hay.

—¿Si yo me la quito podrías sentirte menos intimidada y te bañarías?

El color de las mejillas de Angie subió de sonrosadas a rojas y no precisamente por el sol y el calor de la tarde. Charlie rio con ganas.

—Lo siento. Solo estaba bromeando. Haremos una cosa —habló ahora en serio—. Yo me giraré de espaldas a ti hasta estar en el agua y prometo solo mirarte a la cara

cuando estés dentro. Te doy mi palabra de hombre Atkins.

—¿Vale mucho esa palabra? —preguntó con suspicacia.

—Deberás confiar en mí, pequeña.

Angie lo meditó durante unos momentos. Charlie estaba siendo muy considerado, podría haber seguido en el río disfrutando del agua en un día caluroso como aquel, pero sin embargo allí estaba, de rodillas frente a ella tratando de convencerla para que se bañase, incluso haciendo un trato ridículo para conseguirlo. No podía decirle que no, por él, por sus amigas y por ella misma. Debía dar un paso para superar aquello que llevaba tres años cercenándole la libertad, aunque le costara hacerlo más de lo que le hubiera costado realizar un salto al vacío atada por los tobillos.

—De acuerdo. Pero espero que cumplas tu palabra de hombre Atkins o me las ingeniaré para vengarme y ten por seguro que esta vez no bromeo.

—¡Bravo! ¡Esa es mi chica! —se puso de pie de nuevo en la arena estirando ambas manos para coger las de ella e impulsarla a que se levantase.

Angie hizo un gesto con el dedo indicando que debía girarse, algo que él hizo inmediatamente. Ella suspiró y comenzó a deshacerse de la camiseta, los vaqueros, los calcetines y las botas.

—Ya —anunció cuando apenas cubrían su cuerpo aquellas dos prendas.

—Bien, ahora dame la mano —dijo sin girarse poniendo su mano tras él y esperando la de ella—. Caminaremos hacia el agua. No queremos que te ahogues, ¿verdad?

Ella le dio la mano y comenzaron a caminar hacia el agua, adentrándose hasta que a Charlie le llegó al pecho.

—Ahora te miraré a los ojos —anunció girándose hacia ella, haciendo lo que dijo que iba a hacer. No pensaba faltar a su palabra—. ¿Todo bien?

—Todo bien —dijo ella buscando la otra mano del locutor y aferrándola con fuerza. Lo cierto era que ya no hacía pie y estaba comenzando a asustarse.

—Si te relajas, podrás disfrutar más del baño y yo podré recuperar la circulación de mis manos —bromeó sabiendo que el agarre de ella si bien era fuerte, no podría hacer tal cosa.

—Lo siento. Es que... no hago pie —dijo aflojando un poco la tensión de las manos.

—¿No confías en mí? —preguntó Charlie alzando una ceja.

—Creo que este es el mayor gesto de confianza que he hecho por alguien en mi vida. Te estoy confiando la vida.

—Interesante reflexión —le dijo mirándola a los ojos—. Lo cierto es que si fuera un psicópata estarías en serios aprietos en estos momentos.

—Confío en que no lo seas.

—Tendría la tapadera perfecta. Un adorable locutor de radio no podría cometer un crimen de tal calibre. Solo tendría que soltarte —dijo aflojando sus manos de las tuyas—, y... sería fácil.

—¡Charlie, por Dios! —suplicó asíéndole más fuertemente las manos.

—Estás de suerte, no lo soy —agregó sonriendo mientras devolvía la tensión a las manos.

—Eso no ha tenido gracia.

—Por tu reacción parece que no —rió él—. ¡Relájate!

—Sabía que era mala idea bañarme.

—¿Por?

—Estás haciendo de niñera conmigo.

—Estoy bien. Lo más interesante de bañarse en el río aparte de refrescarse y hacer competiciones con tus hermanos, es una buena charla y creo que la estamos teniendo.

—Querrás decir que te estás riendo a mi costa haciéndote el psicópata.

—Venga, relájate un poco... cierra los ojos y déjate llevar por el sonido del río. No te voy a soltar.

Lo cierto era que Charlie sí se veía relajado y de buen humor, de hecho, desde que habían estado bailando *line dance* no lo veía de tan buen humor. Las palabras que tuvieron la noche anterior y el disgusto por el reencuentro esa mañana con Brad Sinclair habían pasado y parecían haberse esfumado de su ser. Se notaba que le gustaba estar en su casa de nuevo y al parecer le sentaba bien. Ella también se relajó y cerró los ojos, respiró hondo y se concentró en el sonido del agua del río y en su respiración. Le gustaba aquella sensación de flotar. Permaneció por unos minutos así, hasta que repentinamente algo rozó uno de sus pies, dándole un susto tal que acabó pegada a él con los brazos alrededor de su cuello y las piernas alrededor de su cintura. Él trataba de sujetarla.

—¡Algo me ha rozado! —dijo asustada.

—Un alga de río, un pez despistado... —desdeñó él—. Una norma importante es no intentar ahogar a quien te sostiene, recuérdalo.

—Lo siento —se disculpó desasiendo sus piernas de la cintura de él—. Peso mucho.

—No es eso. Es que no puedes hacer algo tan brusco sin avisar antes.

—Y además parecía un mono encaramado a un árbol —pensó sin darse cuenta en voz alta.

—¿Por qué resultas a veces tan dura contigo misma? —la reprendió él.

—Porque ambas cosas son ciertas.

Charlie resopló.

—Eres preciosa, por el amor de Dios. No pareces un mono, no pesas demasiado y siempre estás perfecta, el día de la cena en Dallas más que nunca. No lo repetiré delante de mis padres, pero esa es la realidad. Y te aseguro que no estoy mintiendo. Porque tú y yo somos amigos y no tengo por costumbre mentir a mis amigos.

«Somos amigos», Charlie la consideraba su amiga. Cuando aún resonaban en su cabeza las palabras de Candace diciendo que él no tenía amigos.

—Además —siguió Charlie—. No puedo decir que me disguste esta nueva postura —Angie aún le asía del cuello con ambas manos y él la sujetaba ahora de la cintura. Sus cuerpos se rozaban inevitablemente y él comenzó a usar una de sus manos para acariciarle la zona baja de la espalda haciendo círculos con los dedos.

—Charlie Atkins —sonrió ahora ella—. No juegues conmigo.

—Me recuerda a determinada situación que hemos vivido. Un *dejavú*, ya sabes. Quizás tu respuesta ha cambiado desde entonces.

Se refería al juego que había comenzado en la habitación del hotel en Dallas solo por molestarla y ella lo sabía, era algo que no había podido olvidar. Estaban cerca, como en aquella ocasión. La otra vez el rozaba su nariz con la suya y en esta trazaba círculos con sus dedos en su espalda. Unos círculos que estaban rozando algún área nerviosa de su cuerpo y que la estaban excitando demasiado. Maldita sea, aquel hombre solo estaba jugando, no era consciente de lo que estaba provocando en ella y lo que le estaba costando mantener la compostura. En esta ocasión sí que estaba atrapada. No sabía nadar y no podía huir. Y se iba a poner en evidencia delante de él en poco tiempo si aquello continuaba.

Le gustaba mirar la intensidad del verde de sus ojos, un verde que disminuyó al hacerse más grandes sus pupilas mientras le acariciaba su suave espalda. Se descubrió mirándole los labios, deseando más que nada en el mundo posar los suyos en ellos, y fue consciente, por primera vez esa tarde, de que la había invitado a bañarse para tenerla cerca y acariciarla como ahora estaba haciendo. Sintió un estremecimiento de ella ante su caricia y decidió parar. Aquello ya no era solo un juego. No lo era para ninguno de los dos.

—Creo que tengo frío —mintió Angie para enmascarar aquel movimiento involuntario que le había provocado la mano de Charlie en su espalda.

—Sí, creo que deberíamos salir del agua —convino él—. El sol ha bajado lo suficiente para enseñarte otro lugar. Te llevaré cerca de la orilla, donde hagas pie e iré en busca de la toalla. Y no miraré en ningún momento.

Angie asintió ante el plan de Charlie y le tomó la mano siguiendo el plan establecido. Él salió delante de ella dirigiéndose sin girarse hacia el caballo. Sacó lo que parecía un cilindro y de él una gran toalla de fibra que extendió delante de él. Al girarse sus ojos estaban cerrados.

—Puedes venir —gritó.

Salió del agua y se acercó a él, tocó sus manos, pero en vez de cederle la toalla, la arropó con ella abrazándola a la vez, frotando su cuerpo antes de abrir de nuevo los ojos.

—¿Mejor así? —dijo permaneciendo tras ella.

—Ajá. ¿Sabes qué? Te has quedado sin saber si mi respuesta era la misma. —Se dijo a sí misma que ella también podía jugar.

Charlie se giró de espaldas a ella sin mostrarle apenas una sonrisa. Comenzó a vestirse, no necesitaba toalla, no al menos para la parte inferior de su cuerpo, no hasta tener los vaqueros puestos y poder disimular su turbación. Ella no debía saber lo que le había hecho de nuevo. Había pensado que aquello había sido solo un momento de debilidad y que se había quedado en Dallas, pero no, aquello era muy real. La realidad le mostraba que la deseaba como un hombre desea a una mujer.

PUESTA DE SOL

Trabajar con Brad le provocaba una ira que solo se aplacaba cabalgando. De nuevo había salido con su fiel *Concho* y con Angie. Angie, su amiga en el silencio, alguien que lo comprendía sin preguntas insidiosas, que soportaba estoicamente sus taciturnos silencios hasta que su buen humor decidía regresar.

—Nos bajamos aquí —dijo bajando del caballo para acercarse a ella y ayudarla a bajar cogiéndola de la cintura—. ¿Quieres algo de beber?

—Ahora me dirás que esto es un bar —bromeó ella mirando la construcción de madera. Una no tan pequeña caseta que bien podía ser la vivienda de un guarda, o...

—No. Es solo nuestra cabaña de caza, pero si las cosas no han cambiado por aquí, solemos tenerla aprovisionada —dijo mientras ataba los caballos y sacaba la llave del bolsillo de los vaqueros.

—¿Y cazáis?

—De eso ya hace mucho tiempo —dijo abriendo la puerta e invitándola a entrar—. Ahora solo es un refugio para el mal tiempo o un sitio donde desconectar. De adolescente venía con mis hermanos a ver películas, beber cerveza y hablar de chicas.

—Me cuesta imaginarte —dijo mientras sus ojos vagaban por la estancia. Una única planta en la que salón, comedor y cocina con electrodomésticos básicos compartían estancia. Una pequeña televisión, un reproductor DVD, unos altavoces para iPhone, sí, definitivamente aquello era un lugar de juerga para hombres. Pudo ver tras una puerta abierta al menos dos camas grandes y suponía que el baño era la otra puerta que estaba dentro de la propia habitación.

—Pues lo hacía. ¿Una botella de agua? Es lo único que hay —ofreció estirando su brazo y ella asintió y la cogió—. Nos sentaremos en el porche.

—Gracias.

—Desde aquí se ve una de las puestas de sol más bonitas del rancho. Aunque nos iremos en cuanto termine, me apetecía verla de nuevo y enseñártela.

Angie bebía en silencio el agua de la botella en pequeños sorbos. Charlie había estado melancólico más de medio día. Al igual que el día anterior, había comido en silencio y solo había recuperado el habla cuando habían llegado al rancho, para por fin comenzar a sonreír relajadamente a lomos de su caballo.

—Sé que este es un momento de paz y probablemente no sea asunto mío. Pero debes superar lo de trabajar con Brad. Sé que no te gusta, pero mañana te juegas mucho, si Candace duda del resultado del programa, te enviará de vuelta.

—Lo sé. Pero es algo difícil —dijo por toda respuesta.

—Estoy convencida de que tendrás tus motivos y seguro que tienes razón para ellos.

—Los tengo —dijo subiendo una pierna a la silla—. No lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—¿Cómo puedes soportarme? Sé que no soy una persona fácil. Tengo mal carácter y paso horas sin hablar.

—Siempre espero a que pase el temporal. No es difícil.

—Sí que lo es, pero tratas de quitarle importancia. No creo que te agrade almorzar con alguien que no te dirige la palabra.

—No creo que hayas sido siempre así —dijo ella haciendo pleno en su apreciación.

—Pero hay un día en la vida en el que todo cambia y te conviertes en alguien así.

Angie sabía de lo que hablaba. Un día en el que todo cambia y se vuelve feo. En el que a partir de entonces no deseas que te hablen, ni te miren, ni te recuerden lo que ha sucedido. Un día en el que quieres ser invisible a todo y tu carácter cambia, para mal, porque tú te sientes mal.

—Sin embargo confío en que solo sea una etapa.

—Tienes demasiada fe en mí.

—Los colores de la puesta de sol son impresionantes —le quitó hierro a aquella afirmación. Tenía fe en él, porque conocía aquella fase.

—Brad... era mi amigo. O al menos creía que lo era, y me traicionó. No puedo trabajar con él y fingir que no sucedió.

—Lo siento —dijo apenas pudiendo articular aquellas dos palabras mientras posaba la mano sobre la de él. Charlie la giró y entrelazó los dedos con los suyos. Aquel gesto siempre le daba fuerza y sentía su apoyo más vivo que nunca.

SI NO ES TUYA...

—Aun mantenéis muy bien la cabaña de caza —observó Charlie. Él y Luke se estaban tomando un refresco en el porche trasero de la casa, mientras disfrutaban del atardecer antes de cenar.

—Samy y yo aún subimos de vez en cuando. ¿Habéis estado hoy por allí?

—Así es. Aunque solo había agua para beber.

—Subiré algo más fuerte la próxima vez que me acerque. Veo que aprovecháis los días. Ayer el río, hoy el cerro donde la abuela quiso construir la casa y la cabaña de caza. No me vas a dejar lugar para enseñarle.

—¿Quieres llevarla de paseo? —preguntó sorprendido Charlie.

—Por decirlo de alguna forma. Estuvimos hablando —sonrió—. Le dije que la llevaría a los lugares más bonitos del rancho. Pero supongo que eso ya no importa. Al parecer ya es tuya.

—¿Disculpa? —no sabía si no estaba entendiendo bien a su hermano o no quería entenderlo. Ahora lo miró fijamente con el ceño fruncido.

—Ya sabes. Si no hubieras querido tirártela, no os hubierais bañado en el río o no habríais ido a la cabaña de caza. Son dos lugares demasiado íntimos y resguardados de miradas indiscretas.

—Tu mente es enfermiza, Luke. Deberías hacértelo mirar —le dijo seriamente—. No he hecho tal cosa con ella.

—¿No lo has hecho? —preguntó un sorprendido Luke.

—No, no lo he hecho. ¿Tan difícil es creer que solo quería enseñarle un par de lugares que son recuerdos de mi infancia y adolescencia?

—¿Eso hiciste?

—Exacto.

—¿Entonces no ha pasado nada entre vosotros?

—Nada.

—He de suponer que no te interesa como mujer.

—Supones bien —mintió.

Luke soltó aire como si lo hubiera estado reteniendo largo rato.

—En ese caso, tengo vía libre con ella —sonrió trazando un plan.

—¿Vía libre? —Charlie enarcó una ceja.

—La idea de compartir una mujer con mi hermano no entraba en mis planes. Sin embargo ahora... La invitaré a cenar mañana, luego iremos a bailar y luego...

—Espera, espera, espera... ¿Quieres acostarte con ella? —Aquello era lo último que podía escuchar. Su hermano quería seducir a su ayudante.

—Si ella quiere no tengo inconveniente. Es guapa, inteligente, y por cómo se mueve, creo que podría ser muy buena en...

—¿Acaso has perdido el juicio? ¡Esta es la casa de nuestros padres! ¿Qué pasará si se enteran?

—No se enterarán, puedo ser muy discreto si quiero.

—¡Le harás daño! Tú no quieres nada con ella. Solo lo haces por tener otro rato de diversión y una muesca más para el cabecero de tu cama.

—Ese comentario es muy antiguo. Ahora que lo pienso, es tan antiguo como tú. Te sorprendería saber la cantidad de mujeres que buscan algo así, sencillo. Sin complicaciones.

—Ella no es así. Es una mujer sensata.

—Una mujer también tiene necesidades. Apuesto a que se estremece como cualquier otra ante una caricia.

Charlie se giró y le dio la espalda a su hermano cerrando los párpados fuertemente. La cabeza comenzaba a dolerle. Aquello a lo que se refería su hermano lo había vivido de primera mano. Había sucedido, en el río y entre sus brazos, aunque ella había tratado de ocultarlo diciendo que tenía frío. Pensar que pudiera estar así con Luke... que él tocara su cálida y suave piel... Se ponía enfermo nada más que de pensarlo.

—La dejarás en paz —dijo con voz cavernosa apretando los puños sin girarse.

—Eso debería decidirlo ella. ¿Acaso eres su dama de compañía?

—No, no soy su dama de compañía. —Se giró de nuevo hacia su hermano. Su mirada se había oscurecido tanto que la amenaza de tormenta había pasado y la tempestad ya estaba allí, por si su voz y su cuerpo en tensión no lo evidenciaban lo suficiente—. Pero quiero que te quede claro que ella es amiga mía y a ti te conozco, sé que sabrías convencerla, nunca te han faltado argumentos para convencer a una mujer de algo, mucho menos de que se acueste contigo. Pero con ella no lo harás.

—¿Por qué? —se atrevió a preguntar Luke inocentemente aun sabiendo que estaba tensando la cuerda demasiado. Su hermano se estaba conteniendo. Pero no sabía durante cuánto tiempo más.

—Es mi amiga y si la tengo que proteger de un «viva la vida» como tú, lo haré. Aunque seas de mi familia, no consentiré que juegues con una mujer que me importa.

—Pero... —siguió tensando Luke.

—Desaparece de mi vista. ¡Ya! —advirtió.

—Charlie... —volvió a replicar Luke.

—Te diré una última cosa —lo señaló con el dedo índice—. Solo porque eres mi hermano, solo por eso, y porque te quiero, voy a olvidar esta conversación y no me la tomaré en serio. Voy a pensar que es otra de tus chorradas. Ten por seguro que si no fuera así, hace ya bastante rato que te habría partido la cara.

—Quizás debas hacer algo al respecto, si te importa tanto como dices —dijo Luke antes de entrar en la casa, exhibiendo una sonrisa a espaldas de su hermano mayor.

Charlie meditó las palabras de su hermano. Angie le importaba y si era necesario la vigilaría las veinticuatro horas, convirtiéndose en su sombra para que Luke no llevara a fin su propósito. No esperaba ni por un momento que su hermano cesara en el empeño de seducirla. Si él no podía hacerlo, no iba a permitir que Luke lo hiciera. Ese era el maldito problema. Él quería hacerlo. Había estado a punto de besarla en el río y si aquello hubiera sucedido no estaba seguro de haberse podido detener. La hubiera poseído allí mismo. Pero aquello no era posible, él no era Luke. Él no podía acostarse con una mujer y olvidar que lo había hecho al día siguiente. Era algo que no había hecho desde hacía mucho tiempo. Además, él ya no se acostaba con mujeres. Aquello era historia.

—Cariño —dijo su madre minutos después saliendo de la casa. Abrazó a su hijo por detrás pegando su cara a la espalda de Charlie—. ¿Has discutido con Luke?

Charlie atrajo a su madre hacia sí y la abrazó.

—No te preocupes, mamá. Es solo que discrepamos en algunos temas.

—Eso espero. ¿Qué haces aquí tan pensativo? ¿Qué es lo que te preocupa?

—Quizás demasiadas cosas.

—¿Llegas a alguna conclusión?

—Lo intento.

—Sabes que si te puedo ayudar, siempre puedes acudir a mí.

—Lo sé, mamá —dijo posando un beso en su frente.

—¿Qué te parece si entramos y sigues pensando con el estómago lleno? Igual ves las cosas de otra manera.

—Me parece una buena idea —le dedicó una ligera sonrisa a su madre.

Cuando su madre y él entraron, Luke y Angie estaban sentados ya a la mesa, el uno al lado del otro conversando animadamente acerca de los artículos que ella escribía en varias publicaciones. Al parecer Luke había estado leyendo los más recientes y los comentaba con ella, alabando su estilo. Tomó asiento al otro lado de Angie. A Charlie se le revolvió el estómago pensando que aquello era solo una estrategia para llevarla a la cama. Probablemente ni siquiera hubiera echado más que un rápido vistazo a aquellos artículos. Lo peor era que ella se estaba tragando toda aquella atención y palabrería y le sonreía complacida.

—El pastel de cerezas es tu favorito —dijo Claire a su hijo viendo que durante toda la cena había estado silencioso y moviendo la comida de sitio en el plato.

—Creo que he comido demasiado esta noche —respondió.

—Bien —dijo su madre sin tragarse aquella respuesta. Si no quería decir nada más, no podía obligarlo a hacerlo. Estaba taciturno, casi enfadado y solo había probado un par de bocados.

Angie y Luke seguían conversando, sentados en el sofá, mientras este le enseñaba fotos en su teléfono móvil. Había visto cómo le había colocado un mechón de pelo detrás de la oreja cuando a ella se le había salido de la coleta que lucía. No tenía derecho a tocarla de aquella forma. Y no podía soportar verlo, necesitaba aire fresco. Esperaba que la presencia de su madre y de Olga en el salón disuadiera al menos momentáneamente a su hermano de echarse encima de ella como un león a por su presa.

—¿Un trago? —le ofreció Samy cuando lo vio salir de la casa. Había cinco vasos sobre la mesa del porche en una bandeja y una botella de whisky.

—Más vale que sea largo.

Samy le sirvió uno doble que Charlie bebió en apenas un par de segundos.

—Cuidado hermanito, mañana tienes un programa que hacer.

—¿Has visto lo que está tratando de hacer nuestro hermano? —preguntó molesto.

Samy sonrió.

—Bueno, es Luke. No esperaba que hiciera otra cosa. Ya lo conoces. Cualquier otro comportamiento sí que me hubiera parecido extraño.

—Es mi ayudante.

—Creo que eso no le da inmunidad diplomática ante él.

—Le hará daño y luego tendré que recoger los pedazos que deje. Además de los problemas que tendré para que de nuevo ella se concentre en el trabajo para el que hemos venido.

—Charlie —sonrió de nuevo Samy—. No parece que sea una ingenua. Y creo que es mayor de edad.

Un mensaje de texto sonó en el teléfono móvil de Samy justo un segundo antes de que Angie saliera por la puerta del porche.

—¿Un trago? —ofreció de nuevo Samy. Angie asintió y este se lo sirvió dándole el vaso.

Vio cómo Charlie se apoyaba en uno de los postes mirando a la inmensidad de la noche. Sabía que estaba de mal humor desde antes de la cena, pero no sabía el motivo. Charlie el insondable. Había perdido la cuenta de los cambios de humor que había tenido ese día. Respetaba su mal humor, sobre todo porque no lo pagaba con ella ni con nadie. Simplemente permanecía en silencio hasta que se disipaba y volvía el Charlie divertido y amable que compensaba todo aquel silencio.

—Bueno, chicos, creo que iré a hacer una llamada y dar un paseo. Me reclaman. Buenas noches —se despidió Samy móvil en mano.

Ambos le respondieron deseándole buenas noches. Si bien el tono de Charlie era grave, demasiado grave para lo habitual. Sin duda su mal humor estaba en lo más alto esa noche. Quizás fuesen los nervios por el programa del día siguiente.

—¿Estás bien? —se atrevió a preguntarle con cautela.

—Estupendamente —mintió.

—Vale.

—¿Qué tal con Luke? —preguntó. Tenía que saber qué opinaba ella de él. Aunque le molestase escucharlo.

—Bien —dijo en tono alegre—. Tienes un hermano muy simpático. Incluso se ha leído mis últimos artículos. Ha sido un detalle por su parte.

—Yo también los he leído —confesó él.

—Bueno, pues gracias —aquella confesión la había tomado por sorpresa. No sabía que Charlie se hubiera interesado en ellos.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre? —ahora la enfrentó cara a cara girándose hacia ella. Su mirada auguraba una tormenta de las que hacían historia. Pero no se iba a dejar amedrentar.

—No sé qué quieres que te diga...

—Yo me leo tus artículos y me llevo un «bueno, pues gracias». Luke se los lee y te pasas toda la cena hablando con él y sonriéndole.

Así que la razón de su enfado era ella y la conversación con Luke. ¿Tanto le habría molestado?

—Considerando que si miraba a mi izquierda tenía un hombre con gesto serio que no despegaba los labios nada más que para comer y a mi derecha uno que me daba conversación y me sonreía amablemente, creo que soy culpable de elegir la opción de mi derecha.

—¡Reconócelo de una vez! ¡Maldita sea! En cuanto me dé la vuelta acabarás en su cama.

Podía soportar su mal humor, sus silencios, sus comportamientos extraños, incluso un par de reproches absurdos como aquellos, pero lo que de ninguna manera pensaba permitir era que la llamase fresca.

—No te consiento que me juzgues tan a la ligera —levantó el dedo índice para enfatizar su advertencia mientras se acercaba a él y le hablaba en tono serio—. Que me pagues un sueldo o que hayas tenido un mal día no te da derecho a hablarme de esa forma. Ahora creo que he escuchado suficiente basura por esta noche. Espero que mañana estés de mejor humor y espero unas disculpas sinceras o tendremos que replantearnos muchas cosas.

Se giró para marcharse pero una fuerte mano la retuvo por la muñeca y la hizo girar frente a él reteniéndola a escasos centímetros de su cuerpo.

—Sé que vas a terminar en su cama —dijo ahora en tono calmado, asumiendo una realidad que él sabía que sucedería. Su mirada era oscura y peligrosa a pesar del tono suave de voz que había empleado para aquella frase.

Ahora la mano que le aferraba la muñeca la había soltado, pero su mirada la seguía atrapando y le impedía moverse haciendo que sus piernas no respondieran. Aquella mirada era peligrosa, pero en ella había algo más, algo que no podía descifrar. Las manos de Charlie subieron a la cara de ella comenzando a acariciarla lentamente, enmarcando sus facciones y acariciando con un dedo la línea de su mandíbula. Su otra mano se dirigía a su pelo y soltó la suave coleta que llevaba dejando caer la mata de cabello ondulada por su espalda. Introdujo una de sus manos por dentro de aquel cabello que había sido liberado y lo acarició a la vez que deslizaba los dedos por él. El dedo pulgar de su otra mano ahora acariciaba el contorno de los labios de ella. Angie se rindió ante aquellas suaves caricias que él le estaba propinando y cerró los ojos un instante soltando un leve suspiro. Había estado enfadada dos minutos antes, pero ahora todo se había diluido. Notó la respiración de él más cerca de la de ella y un leve roce en sus labios.

—¿Por qué me haces esto? —escuchó decir en apenas un susurro a Charlie al lado de sus labios antes de notar de nuevo aquel roce, aquella caricia casi imperceptible.

Charlie la estaba besando, primero de forma suave, con cautela, como si pensara que ella iba a echarse atrás en cualquier momento, que lo iba a rechazar, pero luego aquella suave caricia se tornó en una explosión en toda regla haciéndole adueñarse de sus labios y su boca por completo. Dando y recibiendo a cambio. Degustando la frescura de su boca. Las manos de ella le aferraron del cuello y sus dedos se enredaron en el cuero cabelludo más cercano a su nuca. Él por su parte la aferraba contra su cuerpo como si no deseara dejarla escapar nunca más. Cuando el oxígeno comenzó a escasear de sus pulmones separaron sus labios aun él prodigiándole pequeños besos en los suyos para terminar abrazándola fuertemente contra su pecho. Apenas podía recordar la última vez que se había sentido tan vivo.

—Lo siento —dijo besando su sien—. Siento haberte juzgado, haberte hablado en ese tono y haber parecido un retrógrado.

—Es algo que he olvidado hace dos minutos —sonrió ella con la cabeza pegada a aquel poderoso pecho de Charlie.

¡Mierda! ¿Qué demonios estaba haciendo? Iba a involucrarse en algo con su ayudante y la que era su mejor amiga. No dudaba que había estado muy bien, que se había sentido como hacía tiempo que no lo hacía, pero la realidad era que solo la deseaba. Que su prolongada abstinencia lo estaba confundiendo y jugando una mala pasada. No tenía interés en comenzar nada que conllevara sentimientos con ella. Y eso sería traicionarla a ella y a su amistad. No podía hacerle creer algo que no iba a suceder jamás.

—No, no, no —comenzó a decir Charlie soltándola de su abrazo.

Angie lo miró a medio metro sin apenas comprender.

—¿Charlie? —preguntó comenzando a asustarse.

—Yo solo... solo... quería protegerte de mi hermano. Esto no tenía que haber sucedido.

—Charlie...

—Olvidalo —dijo antes de entrar en la casa desapareciendo de su vista.

Era el mejor beso que le habían dado en su vida y el hombre que se lo había dado se había arrepentido de hacerlo un minuto después. ¿Por qué lo realmente bueno era tan efímero? ¿Y qué demonios le pasaba a aquel hombre?

Se sentó en uno de los bancos del porche. Al menos le daría tiempo para que se fuera a dormir. Su atormentada alma o lo que demonios tuviera atormentado aquel hombre necesitaba un descanso.

—Bueno, Terry —dijo en alto pensando en su amiga e intentando ser sarcástica para quitarle hierro a todo aquello—. Aquí tengo mi aventura con un vaquero. Ha durado exactamente dos minutos.

—*Eso* no ha sucedido —la sobresaltó una cavernosa voz, que no era otra que la de Charlie, nada más entrar en la casa y cerrar la puerta del porche con cerrojo quince minutos después. Le había dado tiempo para irse a dormir y no tener que encontrárselo al entrar en la casa. Sin embargo, él la había esperado sentado en uno de los sofás y con la casa a oscuras.

—Bien. Como tú quieras —comenzó a moverse hacia las escaleras.

—No pienses que hablaremos de ello. No hablaremos de algo que no ha sucedido —recalcó de nuevo haciéndola detenerse de nuevo.

—Buenas noches —dijo subiendo las escaleras. El mensaje estaba claro. Charlie se arrepentía de aquello hasta querer hacer que no había sucedido.

EL ERROR

—Yo al menos tengo excusa —dijo Samy entrando en la cocina. Eran las seis de la mañana—. Tengo sed.

—Buenos días. Yo también tenía sed.

Sin embargo no había ningún vaso a su lado. Simplemente estaba sentado en uno de los taburetes de la cocina, apoyado en la isleta central.

—Si quieres hablar de algo, es buen momento —se ofreció Samy.

Charlie lo consideró durante unos segundos.

—Estoy bien, gracias —desestimó al final.

—Considerando que no se puede hablar de lo que no ha sucedido, es normal. —Aquello le iba a quitar la última hora de sueño que podía tener. O por el contrario le

iba a hacerse merecedor de una mala contestación por parte de su hermano mayor, pero al menos debía intentarlo. El comportamiento de su hermano no era normal.

Charlie lo miró fijamente.

—Sí. Lo sé. Os vi en el porche y por si no te habías dado cuenta, más tarde vine al despacho, pero claro, estabas como en trance, no creo que me vieses entrar. Iba a irme a dormir cuando te escuché decirselo.

Charlie se derrumbó sobre la encimera soltando una exhalación y poniendo las manos detrás de su cuello.

—Crees que estaba actuando como Luke.

—No, lo que creo es que ella te gusta.

—Solo somos amigos.

—Pues no fue un beso de amigos lo que vi precisamente en el porche.

—Eso fue porque, no sé, quería protegerla de Luke.

—Ya.

—Escucha, Samy. No siento nada por ella.

—No he dicho eso en ningún momento. Solo he dicho que te gusta, porque es más que evidente.

—No es así, al menos no como puedes pensar.

—Tenemos una hora para que me expliques en qué estoy equivocado —se sentó en otro taburete frente a él.

—Mi vida en Austin sabes cómo es, de casa al trabajo y del trabajo a casa. Alguna vez voy al gimnasio de mi edificio y poco más. Alguna comida o cena si me obliga mi productora o la cadena y ya está. El caso es... que hace un tiempo que no estoy con una mujer. De forma bíblica, ya sabes.

—Define tiempo —quiso saber Samy subiéndole una ceja.

Charlie se detuvo ante la pregunta. Si había comenzado a contar la historia, debía continuarla.

—Seis años.

—¡Joder! —exclamó Samy apenas sin poder creérselo.

—No me ha importado demasiado, si te digo la verdad.

—Mierda, Charlie, sabíamos que no salías con nadie, pero no se nos pasó por la mente que no tuvieras algún escarceo de algún tipo de vez en cuando.

—No me siento cómodo con las mujeres.

—Desde aquello que pasó con...

Charlie hizo un gesto con la mano y su hermano se detuvo. No quería hablar de aquello.

—Pero ahora algo ha cambiado. No sé qué demonios me está pasando. Quizás solo sea que paso demasiado tiempo con ella o que es la primera persona en la que confío de verdad desde hace años, pero hay algo que no está bien en mí.

—Piensas en ella no precisamente como un amigo.

—Exacto. Y sé que eso está mal. No puedo desealarla.

—¿Por qué?

—Porque no estoy buscando una relación.

—Quizás ella tampoco.

—Pero no puedo traicionar nuestra amistad. No estoy sobrado de amigos, y sé que ella es una de las buenas.

—Y tampoco puedes hacer lo que has hecho hace unas horas. No está bien que beses a una mujer de esa forma para arrepentirte de haberlo hecho a continuación y más tarde lanzarle una advertencia que parecía casi una amenaza. Eso sí que puede terminar con vuestra amistad.

—¡Mierda! —apoyó la frente en la encimera.

—No comprendo ese comportamiento en ti. Antes no eras así. Y hoy has sido muy desagradable.

—Tú lo has dicho, antes no era así.

—Joder, Charlie. Tienes que superar aquello.

—Como si fuera tan fácil. Tengo a Brad de técnico de sonido.

—Eso sí que es una putada —dijo Samy sorprendiéndose de aquella noticia. Charlie no había dicho nada al respecto.

—Reunión de hermanos —saludó un soñoliento Luke que acababa de bajar a por el primer café de la mañana. Solía subírselo a la habitación y ojear las redes sociales durante unos minutos.

—Creo que iré a tomar una ducha —dijo Charlie. Lo último que deseaba por el momento era compartir espacio vital con él.

—¿Qué mosca le ha picado? —le preguntó a Samy nada más ver como Charlie abandonaba la cocina sin siquiera mirarle.

—¿Tú qué crees? —le respondió Samy en tono seco.

—Al parecer tú tampoco estás de mejor humor hoy. Os habéis caído de la cama ambos.

—Eres idiota Luke. ¿Por qué demonios estuviste tirándole los tejos toda la noche a Angie?

—Solo fui amable con ella.

—Me voy a dormir un rato más —dijo Samy dejando el vaso en el fregadero saliendo de la cocina. Luke le dedicó una sonrisa. A veces pensaba que su hermano solo tenía cerebro en la entrepierna.

EL ENFADO

—¡Buenos días! —saludó Angie llegando al comedor. Charlie y Samy estaban sentados a la mesa y Luke permanecía de pie apoyado en uno de los sofás con una taza en la mano.

—Aquí está mi invitada favorita —dijo Luke acercándose a ella para arroparla con su brazo alrededor de los hombros y posar un beso en su mejilla—. Hoy también estás preciosa. Vais a triunfar en San Angelo.

Charlie no se perdía ni un momento de aquel abrazo y aquella complicidad que su hermano mostraba con Angie, que a su vez sonreía.

—Has bajado un poco tarde —le recriminó Charlie.

—He bajado justo a tiempo de irnos —respondió ella con un tono seco similar al de Charlie.

—¿Y el desayuno? —le recordó Charlie.

—No tengo hambre.

—Entonces nos iremos. ¿Tienes mi agenda y mi portátil?

—En la mano —dijo subiendo el maletín para mostrárselo.

—Hora de irnos —señaló Charlie levantándose del asiento. Ella lo siguió.

—¿Pero qué les pasa a estos dos? —preguntó Luke una vez se cerró la puerta de la casa.

—¿Aun lo preguntas? Acabas de abrazarla delante de él.

—Lo siento si me cae bien Angie. No sabía que estaba prohibido demostrar aprecio.

—A mí también me cae bien y no la abrazo ni le tiro los tejos todo el tiempo.

—¿Estás celoso, Samy? —preguntó un divertido Luke.

—No, precisamente yo, no. Sin embargo no puedo decir lo mismo de Charlie.

—¿Charlie está celoso? Eso no es posible. Se ha encargado de dejarnos claro a todos por activa y por pasiva que no hay nada entre ellos, que solo trabajan juntos y que son amigos.

—Y no hay nada.

—Entonces no veo el problema.

—En el fondo quiere que haya algo, aunque trate de evitarlo —confesó Samy. Quizás debía dejarle claro a Luke el asunto. Al fin y al cabo nunca habían tenido secretos entre los tres. Si Charlie no estuviera molesto con Luke, se lo habría contado.

—Bien, pues espero que se decida pronto. O lo tendrá que hacer ella —se levantó del taburete.

—¿Eso significa que no piensas apartarte?

—Que gane el mejor —alzó su taza y comenzó a subir las escaleras.

—¿Sabes qué? —le dijo Samy haciéndole detenerse y mirarlo—. Te estás comportando como un cabrón, Luke. Nuestro hermano mayor se interesa mínimamente por una mujer, lo que es claramente una oportunidad para él, para que pueda encarrilar su vida, esa vida que tú y yo sabemos que quedo parada hace años y tú te plantas en el medio y le pones obstáculos.

—Hermanito —sonrió Luke—. Creo que solo ves lo que quieres ver.

—Lo que veo es que no te importa pasar por encima de tu hermano con tal de tener otra mujer más en tu cama.

—Piensa lo que quieras —se despidió subiendo la escalera.

El trayecto en coche hacia la emisora no fue un camino de rosas precisamente. No se dirigieron la palabra durante todo el camino. Debían hablar del trabajo, Charlie se jugaba mucho en el programa de esa mañana. Candace le podía enviar de vuelta a Austin *ipso facto* con un chasquear de dedos.

—Siento si he sido un poco brusco hace un rato —dijo Charlie mientras ambos subían en el ascensor. Le dolía estar con ella de aquel modo.

—Olvidalo. Estoy bien —respondió Angie ocupando el extremo opuesto del ascensor mirando el techo del mismo—. Ahora solo debes concentrarte en que el programa de hoy salga bien.

—Saldrá bien —respondió con poco convencimiento—. Probablemente debamos hablar después del programa.

Ahora la atención de Angie fue hacia su rostro escrutándole. ¿Quería hablar? ¿De qué demonios quería hablar? Había dejado muy claro la noche anterior que nada había sucedido. Recordaba sus palabras: «No hablaremos de algo que no ha sucedido». Querría hablar de otra cosa, pero de aquello, estaba segura que no.

—Probablemente —salió de sus labios antes de abrirse las puertas del ascensor en el piso décimo.

Había perdido de vista a Charlie durante unos minutos mientras ella y Brad revisaban el guion, las pautas a seguir y las pistas musicales en la cabina de control del estudio. Ahora sabía cuál había sido el motivo. Un pastel de fresa, un humeante café cappuccino y un post-it manuscrito se encontraban sobre la mesa del escritorio a su regreso. Charlie ya estaba en el estudio y ella se disponía a adelantar trabajo de la semana siguiente mientras escuchaba el programa desde el ordenador portátil.

«El desayuno es la comida más importante del día.»

Al menos no todo estaba perdido. No era una disculpa como tal, pero desde luego que se le acercaba.

—¿Hay noticias de la productora del programa? —preguntó Brad abriendo la puerta del despacho. Charlie se había quedado en el estudio recogiendo las cosas—. Sé que estáis pendientes de ella y su veredicto.

—Lo más seguro es que lo llame directamente a él. Ya nos contará.

Brad se sentó sobre la mesa. Ella permanecía al otro lado.

—Yo creo que todo ha ido muy bien. Podríamos salir a almorzar juntos.

Angie sonrió. Brad no le parecía tan mal tipo a pesar de las reticencias de Charlie al respecto. Pero claro, sus motivos tendría, una traición, le había dicho. Aunque obviamente Charlie no iba a querer compartir comida con Brad. Tendría que declinar la invitación que les había lanzado.

—Creo que...

Charlie endureció el gesto. Su mal humor se había disipado un poco esa mañana al comenzar el programa, pero había vuelto, al ver a Brad cómodamente sentado en el escritorio. Angie al otro lado le sonreía y nada más acercarse a la puerta había escuchado cómo él la estaba invitando a almorzar.

—Lo dejaremos para otro día —dijo Angie forzándose a sonreír para desestimar la invitación. Charlie acababa de entrar y seguía de mal humor. Y tener a Brad delante seguro que no le calmaba.

—Te tomo la palabra entonces —sonrió a su vez Brad antes de dirigirse a Charlie—. ¿Está contenta la productora?

—Sí —respondió escueto y cortante.

—Buen trabajo, entonces. Os veo el martes. Buen fin de semana, chicos —les deseó Brad guiñándoles un ojo antes de salir por la puerta.

Charlie permaneció quieto en la entrada de la oficina observándola a ella. Angie sabía que se amenazaba tormenta. No tenía idea de qué sucedía, pero se estaba

desatando en alguna parte de Charlie, de eso no cabía duda.

—¿Qué ha dicho Candace? —preguntó Angie tratando de disipar infructuosamente la tempestad.

Charlie adelantó unos pasos, dejando el ordenador sobre la silla y dejó caer la agenda en el escritorio sin muchos miramientos. Apoyó las manos en los laterales del mismo y se inclinó sobre él para mirarla a los ojos.

Angie sabía que aquello no era bueno.

—Solo lo diré una vez: La próxima vez que te vea coquetear con Brad te despido —le dijo en un tono de voz frío y distante dejándola con la mirada clavada en la suya durante al menos medio minuto. Se le había secado la garganta.

—Yo no estaba coquete... —comenzó a defenderse. Charlie se había sentado ahora en uno de los sillones frente al escritorio—. Da igual. Diga lo que diga no me vas a crear.

Se levantó de la mesa. Cerró el portátil y lo metió en el maletín. Cogió el bolso y metió la agenda dentro. Aquel era el final, apenas había dormido con lo sucedido la noche anterior, había desayunado tarde y mal y tenía que aguantar que la llamase fresca dos veces en menos de doce horas. Eso era demasiado y no se lo permitía a nadie, ni siquiera a su jefe y ni siquiera por un buen sueldo.

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó Charlie.

—Ponértelo fácil. Te voy a ahorrar el mal trago. Dimíto —cogió el bolso y se lo colgó al hombro para dirigirse hacia la puerta.

—No puedes hacer eso —protestó él levantándose del asiento.

—Claro que puedo. De hecho lo estoy haciendo —aferró el pomo de la puerta con la mano—. Solo para tu información, no estaba coqueteando con él. Estaba tratando de rechazar una invitación que nos había hecho a los dos para ir a almorzar. Porque sé que no te cae bien.

—Deberías reconsiderar la decisión —dijo ahora con miedo.

—Adiós, Charlie.

—Déjame llevarte al menos. —Quizás así pudiera convencerla para que no se fuera de aquella manera.

—No, gracias. Puedo coger un taxi. Y de paso coquetear con el taxista, algo que al parecer hago con todos los hombres que veo últimamente.

La puerta se cerró con un portazo y solo pudo ver como Angie se dirigía con paso firme al ascensor. Unos segundos después las puertas se abrieron, ella entró sin mirar atrás y desapareció. Supo entonces que había ido demasiado lejos en aquella acusación infundada, tanto que aquello no tendría marcha atrás. ¿Por qué demonios no había pedido una explicación de manera relajada? ¿Por qué no confiaba en ella? ¿Qué demonios le estaba pasando? Ver a Brad no le traía buenos recuerdos y verlo así con ella le despertaba demasiadas sospechas que no le gustaban.

TIEMPO DE REFLEXIÓN

—¿Angie? —llamó Luke levantándose del sofá de recepción nada más verla salir cabizbaja del ascensor.

—¡Luke! —se sorprendió ella tratando de esbozar una sonrisa fallida. Debía tragarse las lágrimas, al menos de momento. No era conveniente que precisamente Luke la viese mal. Pero un nudo se le estaba formando en la garganta y no sabía si podría resistir mucho más—. ¿Qué haces tú por aquí?

—Pensé en pasarme e invitaros a almorzar a los dos. Sé que Charlie no tiene un buen día hoy y puede ser intratable. No quería que lidiaras con eso tú sola. Pero no me han dejado subir. Charlie no me ha cogido el teléfono y no tenía tu número.

—Lo siento. Debí habértelo dado.

—¿Va todo bien? —preguntó al llegar a su lado al ver aquel gesto nada feliz y los acuosos ojos verdes de ella.

—No mucho. Acabo de dimitir —dijo tragándose el nudo.

—¡Vaya! Parece que efectivamente Charlie no tenía un buen día hoy. Espero que no haya sido muy desconsiderado contigo.

—No importa. Ahora diré que te dejen subir. Yo cogeré un taxi. Debo hacer la maleta. No estoy segura de que a tu hermano le apetezca seguir viéndome a su vuelta al rancho.

—Yo te llevaré, pero después de que vayamos a comer.

—Lo siento, Luke. No tengo hambre.

—Iremos a tomar un whisky. Seguro que algo fuerte te viene bien.

—No te negaré que me apetece, pero tengo cuatro horas de conducción por delante hasta Austin.

—Puedes quedarte un día más. Le guste a Charlie o no le guste. También es mi casa y quiero que te quedes lo que a ti te venga en gana. Y si no, buscaremos un hotel o conduciré yo mismo hasta Austin y te llevaré. Pero ahora vamos a emborracharte —le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia sí.

—¿Y tu hermano?

—Creo que es mayorcito y dadas las circunstancias no creo que le apetezca verme. Anoche tuvimos unas palabras.

—Tal como dijiste, me he cargado yo solito la amistad con Angie —le dijo a su hermano.

Ambos estaban en el despacho. Samy trataba de adelantar trabajo en la gestión económica del rancho, aprovechando la tormenta que llevaba un par de horas azotando la zona. Charlie había ido en busca de un libro, o con la excusa de un libro para hablar con él. Necesitaba contárselo a alguien. Tratar de hallar una solución, una expiación a su culpa o el modo de que ella no abandonase el trabajo ni a él. Aun debía estar encerrada en su habitación, esperando que la tormenta pasara, al menos su coche aún estaba fuera, pero no había tenido valor de tocar a su puerta. Ya había hecho bastante por la mañana.

—¿Qué es lo que has hecho esta vez? —preguntó Samy dejando la pantalla del ordenador de lado para centrarse en su hermano mayor.

—Llegué al despacho y ella estaba sonriendo a Brad. Él la acababa de invitar a almorzar. O al menos eso creí en ese momento.

—Sacaste conclusiones precipitadas.

—Le dije que si aquello se repetía la despediría —se sentó en el sofá del despacho tomando la cabeza entre sus manos.

—¡Joder, Charlie! Alcanzas cotas muy altas con tus celos.

—¡No son celos! Es solo que es Brad y ya sabes lo que pasó.

—Y temes que vuelva a ocurrir.

—Solo quería protegerla.

—No querías protegerla solamente. Te está volviendo loco y lo sabes.

—¡Mierda! —confirmó Charlie—. Ahora por mi torpeza ni siquiera seremos amigos.

—No des nada por perdido. Quizás unas buenas disculpas puedan servir.

—Esta vez la cosa ha ido demasiado lejos. Ha dimitido.

—Parece que lo tienes un poco complicado.

—Estoy seguro que está esperando a que pase la tormenta para salir de la habitación con su maleta e irse de vuelta a Austin.

Samy frunció el ceño.

—No está en la casa. De hecho pensaba que estaba de compras en San Angelo y volverías a buscarla más tarde.

—¿No está? —dijo ahora un preocupado Charlie—. Salió al menos media hora antes que yo de la emisora. Dijo que cogería un taxi. Aunque hubiera ido a comer, estoy seguro que habría vuelto antes que yo.

—Pues yo no la he visto entrar y hasta que has llegado tú, he tenido la puerta del despacho abierta. La habría visto si hubiera regresado al rancho.

—¡Mierda! —masculló Charlie sacando su teléfono móvil.

—¿Qué vas a hacer?

—Llamarla. Es posible que le haya sucedido algo.

—¿Acaso crees que te va a coger el teléfono? —lo detuvo.

—¡Maldición! —exclamó Charlie sabiendo que su hermano tenía razón. No le iba a coger el teléfono después de lo sucedido.

—Quizás esté solo de compras. Algunas mujeres lo hacen cuando se sienten deprimidas.

—Ella no es así.

—¿Y qué hace cuando está disgustada?

—No lo sé. Nunca antes la había visto disgustada. Todo esto es culpa mía. Si le ha sucedido algo...

—Dame su número, la llamaré yo. No conoce mi teléfono.

Charlie buscó el número de teléfono de Angie y le pasó el móvil para que lo copiase en el suyo. Lo marcó y tras seis tonos una voz familiar que no era la de Angie contestó.

Angie estaba en el baño. Su teléfono había comenzado a sonar. Y al ver aquel familiar número en pantalla cogió la llamada.

—¿Qué sucede, Samy? —preguntó Luke al descolgar el aparato.

—Soy Samy, ¿estás bien? —escuchó al otro lado de la línea tras un largo silencio.

—Estoy perfectamente, hermanito. ¿Cómo estás tú? —sabía que si su hermano pequeño hablaba de aquella forma, como si hubiera sido Angie la que había contestado la llamada era porque Charlie estaba al lado. Quizás era el que había insistido en que llamase, sin atreverse a hacerlo él mismo.

—Yo estoy bien. Escucha, Charlie está preocupado. Ambos lo estamos. Solo queríamos saber dónde estás y que estás bien.

—Ahora se preocupa por ella. Vaya con Charlie. ¿Te ha contado lo que ha sucedido?

—Algo me ha dicho. ¿Dónde estás?

—No te lo voy a decir. Solo te diré que ella está disgustada, pero que trataré de que se le pase, no te quepa duda.

—Entiendo. ¿Cuándo volverás?

—Considerándolo bien, tan tarde como sea posible. Nuestro hermano merece un buen escarmiento, ¿no crees?

—De acuerdo. Solo queríamos saber que estabas bien.

—Como te he dicho, está perfectamente. Hasta luego, Samy —se despidió.

—¿Dónde está? —preguntó un impaciente Charlie nada más su hermano colgó el teléfono.

—Está bien. No me ha dicho dónde está, pero me ha dicho que está bien —respondió Samy aparentando normalidad.

—¿Cuándo va a volver?

—No me lo ha dicho. Pero no creo que sea pronto. Seguramente esperará a que pase la tormenta. Voy a buscar una cosa arriba, ahora vuelvo.

—Perdona, he contestado tu teléfono mientras estabas en el baño. Era un número conocido.

—¿Era Charlie?

—Casi. Era Samy. Al parecer Charlie está preocupado. Es lógico, dado que no has dado señales de vida desde mediodía y ya casi es de noche.

—Siento ser tan desconsiderada, porque además es tu hermano, pero esta vez, se lo merece.

—Brindo por eso —alzó su cerveza.

Ahora el teléfono que sonaba era el de Luke y era de nuevo el mismo número.

—Me vas a disculpar. Esta llamada va a ser un poco complicada —dijo levantándose de la silla para salir a la puerta. La tormenta azotaba fuerte, pero al tener un pequeño hall entre cristales, no necesitaba salir directamente a la calle para hablar por teléfono con intimidad.

—¿Qué coño crees que estás haciendo? —le espetó Samy nada más descolgó la llamada.

—Creo que es evidente que estoy consolando a mi nueva amiga Angie.

—Y es evidente cómo te gusta consolar a tus amigas.

—¿Tú crees que es evidente?

—No te hagas el gracioso, Luke. Esto no tiene gracia alguna.

—Pues yo creo que sí.

—¿No recuerdas la conversación que mantuvimos esta mañana?

—La recuerdo. Pero sigo pensando que a Charlie no le interesa.

—Charlie está destrozado. Le gusta Angie.

—No me digas. ¿Acusarla de ser una desvergonzada y de coquetear con todo el mundo también entra en el manual de cortejo de nuestro hermano mayor?

—No me vengas con gilipolleces, Luke. Tienes siempre más de una docena de mujeres listas para echar un polvo. Por una que dejes pasar no te va a pasar nada.

—Angie es diferente.

—¡No trates de tomarme el pelo, Luke! Si te queda un poco de decencia y aun le tienes un mínimo cariño a tu hermano mayor, haz algo por él. Mueve tu jodido culo y tráela al rancho ya.

—Quizás cuando pase la tormenta... o quizás mañana. Hasta luego, hermanito —se despidió antes de pulsar el botón para finalizar la llamada.

—¿Has subido a hablar con ella de nuevo, verdad? —preguntó Charlie leyendo la cara de su hermano menor. Algo estaba sucediendo y Samy trataba de ocultárselo.

—No. He estado hablando con otra persona.

—¿Le ha sucedido algo? No trates de engañarme, te conozco desde que naciste y conozco todas tus caras, y esa que estás poniendo me dice que algo sucede.

—Angie está bien —dijo tomando asiento tras el escritorio.

—¿Qué pasa, Samy? ¡Desembucha!

—Luke está con ella. La traerá a casa en un rato.

Aquella noticia lo tranquilizaba y lo hundía a partes iguales. Sabía que su hermano cuidaría bien de ella. Pero ¿cómo habrían terminado juntos esa tarde? ¿Quién había llamado a quién? Sabía que ella estaba enfadada, y una mujer enfadada podía hacer muchas cosas... por su parte Luke era un experto en el campo femenino. Sabía cómo hacer sentir mejor a una mujer, y eso no lo tranquilizaba en lo más mínimo sabiendo cuál era siempre el objetivo de su hermano y cuál era el objetivo que le había confesado la noche anterior que se había marcado con ella.

REGRESO A CASA

—Si en media hora no amaina un poco la tormenta, nos quedaremos en la ciudad esta noche. Buscaremos un hotel —apuntó preocupado Luke mirando por la ventana.

—¿Tan grave crees que es? —preguntó ella.

—Me temo que sí. Lo más peligroso es el viento. Puede haber ramas en la autopista, o en la entrada del rancho. Aun pudiendo llegar allí, podría resultar peligroso. No sabemos lo que ha llovido, puede haber auténticos barrizales en el camino de entrada. He traído el Chevi. Es un coche de ciudad, no un todoterreno como el de Charlie.

—¿Podríamos llamarle?

—Si hoy fuera un día cualquiera lo haría. Pero me temo que está molesto. Lo mejor es que no conduzca en ese estado. ¿Quieres volver al rancho, cierto?

—Estoy enfadada, pero no quiero complicar más las cosas. No quiero otra discusión a mi vuelta.

—Te importa mi hermano.

—Parece que eso ya no corresponde. Mañana estaré de vuelta en Austin.

—Llamaré a un amigo que trabaja en la oficina del sheriff, me dirá como están las carreteras. Y al capataz del rancho. Si todo está en orden y amaina, volveremos a casa.

—Gracias.

—¿No es ese uno de los coches de la oficina del sheriff? —dijo Claire mirando por la ventana—. ¿Qué sucederá? Vuestro hermano viene detrás de él.

Charlie se levantó como un resorte del asiento y abrió la puerta. Vio como Luke tras aparcar se dirigía a la ventanilla del coche del sheriff e intercambiaba unas breves palabras con el que suponía que era su amigo Joseph. Al parecer los había escoltado hasta allí. Era una noche difícil después de la tormenta que hacía apenas una hora se había detenido.

—¿Lista para entrar en casa? —le preguntó Luke nada más abrir la puerta del coche del que ella se bajó. Notaba como la mirada de Charlie se cernía sobre ambos.

—Debí haberme ido hace horas a Austin.

—Gracias a Dios no lo hiciste. Te podría haber pillado la tormenta de camino. No temas, está demasiado preocupado como para gritarnos.

—Eso espero.

Ambos pasaron al lado de Charlie y Claire. Mientras que Claire los saludó con cariño y les preguntaba acerca de lo ocurrido, Charlie los miraba ceñudo. Luke explicó la situación vivida de vuelta a casa. Su amigo estaba de patrulla y se había ofrecido a escoltarlos hasta el rancho. Solo por precaución.

—Creo que iré a darme una ducha —anunció Angie—. Hoy ha sido un día largo.

—Nosotros hemos cenado ya, pero podemos calentaros las sobras.

—No tengo hambre, gracias, Claire. Me iré a dormir a continuación.

—¿Qué haces? —preguntó Charlie entrando en la cocina. Su hermano no era aficionado a las infusiones y al parecer estaba preparando una.

—Preparando una infusión para nuestra invitada.

—Ha dicho que se iba a dormir.

—No ha tenido un día fácil y le sentará bien antes de dormir.

—¿No pretenderás subírsela a su habitación?

—Por supuesto. A menos que quieras subírsela tú —le respondió en un duelo de miradas.

—¡Samy! —llamó Charlie en voz alta.

El hermano pequeño apareció en la cocina.

—Le vas a subir esta infusión a Angie, mientras yo hablo con Luke en el despacho —le indicó. Samy acató la orden sin rechistar. Sabía que Charlie iba a tener unas palabras con Luke y su hermano mediano se lo merecía más que nunca.

—No tengo humor para... —protestó Luke.

—Tú tendrás humor para lo que yo te diga que lo tengas.

—Adelante —dijo ella al escuchar como unos nudillos tocaban en la puerta.

Angie estaba sentada en pijama en la ventana mirando al exterior. Volvía a llover con fuerza.

—Ha sido una buena tormenta.

—Espero que no te haya asustado demasiado. Te he traído una infusión de manzanilla. Es silvestre —dijo poniéndola sobre la mesa.

—Gracias. No me agradaba la idea de quedarme a dormir en San Angelo y, si te digo la verdad, al parecer hemos estado muy cerca de hacerlo. Si no llega a ser por el amigo de Luke, lo hubiéramos hecho.

—Charlie ha estado muy preocupado.

—Sí, bueno, tiene una curiosa forma de demostrarlo.

—Está molesto consigo mismo por la discusión que habéis tenido hoy.

—Mañana será historia.

—¿Realmente te irás?

—He dimitido.

—Quizás aún puedas hablar con él...

—No tengo nada que hablar con él —dijo categórica—. No puede insultarme de esa forma y pretender que yo reconsidere la decisión. No soy el tipo de mujer que aguanta eso. Nunca más.

—Solo digo que estaría bien que le dices otra oportunidad. Hasta mañana —se despidió Samy sin esperar contestación por parte de ella. Sin duda estaba enfadada y tenía sus razones. Su hermano se había excedido.

Lo cierto era que en realidad quería quedarse. Iba a echar de menos a Charlie. Se había acostumbrado demasiado a él. Y sentía perder a un amigo. Pero no podía consentir que la controlase y la juzgase de aquella forma.

—¿Quién ha llamado a quién? —le espetó Charlie de pie en el despacho mientras que Luke se recostaba en la mesa de escritorio con los brazos cruzados.

—¿Importa?

—No juegues con mi paciencia, Luke.

—Nadie llamó a nadie. Nos encontramos. Llámalo destino —sonrió Luke.

—Justo el día en el que ella y yo hemos tenido algunas diferencias. ¡Claro! Que oportuno para ti.

—Y que eufemismo el tuyo. Llamar «diferencias» a decirle que coquetea descaradamente con los hombres.

—Eso no es asunto tuyo.

—Creo que comienza a serlo. Ahora también es amiga mía. Así que trataré de protegerla de quien le haga daño. Incluso de ti.

—¿Acaso te estás burlando?

—Estoy hablando completamente en serio.

—No me hagas reír —le dijo sarcástico Charlie—. Tú no tienes ninguna amiga con la que no te hayas acostado.

—Eso es algo que no voy a discutir contigo justo ahora —se dirigió hasta la puerta. Aquella conversación no tenía sentido. Charlie no estaba siendo nada razonable.

—Ella me importa. Más de lo que puedas pensar, a pesar de lo que te haya contado que le he dicho hoy. No quiero que le hagas daño —dijo de espaldas a él. Su tono era grave. Sentía aquello.

—Hasta para eso eres un anticuado. Un hombre no le hace daño a una mujer por acostarse con ella. En realidad es una forma de cuidarla y quererla.

—¿Lo habéis hecho? —preguntó Charlie aun de espaldas a su hermano con un tono de voz aparentemente tranquilo que contrastaba con lo que sentía en su interior.

—Eso es algo a lo que no pienso contestar.

—¿Eso es un «sí»? —ahora le miró a los ojos. Si no le decía la verdad con palabras, la leería en ellos.

—Eso es un «no te importa».

El silencio se hizo entre ambos hermanos, que permanecieron mirándose a los ojos durante al menos un minuto.

—¡Maldita sea, Charlie! —exclamó Luke harto de aquel interrogatorio y de aquella farsa—. Dime que esa mujer te interesa y me haré a un lado.

Charlie dudó unos instantes y meditó la contestación.

—No me interesa de esa forma. Solo es mi ayudante y mi amiga —dijo al fin.

—Te recuerdo que ha dimitido —le dijo provocándole una punzada de dolor en el corazón.

Aquello era cierto, si no se le ocurría algo en unas pocas horas, ella se iría y sería muy difícil recuperarla. La necesitaba, sin ella allí no podría quedarse con sus padres en el rancho. Candace no lo permitiría.

—Y a una amiga no se la trata como lo has hecho esta noche con ella. La has escrutado de arriba abajo cuando hemos llegado, pero ni siquiera has tenido la decencia de preguntarle cómo estaba y de admitir que has estado preocupado por ella.

—Ella lo sabe.

—No si no abres esa boca para decírselo. Ahora me iré a dormir. Esta conversación no nos lleva a ningún lado y me está aburriendo.

—¿Qué vas a hacer con ella?

Luke sonrió a su hermano lentamente.

—Creo que está claro. Seguir adelante. Buenas noches, Charlie.

Cerró la puerta del despacho tras de sí. Luke seguiría adelante, se la llevaría a la cama y con suerte lo seguiría haciendo durante una semana. Luego se aburriría de ella y quedaría como el amigo guay que siempre terminaba siendo con la mayoría de las mujeres con las que se acostaba. Eso contando con que a él se le ocurriera algo para hacer que se quedase durante tanto tiempo.

CONFESIONES A MEDIANOCHE

Apenas había comido un sándwich para almorzar y gracias a Luke, que se había empeñado en ir a almorzar, desde luego no había estado de humor. Aunque sí lo estuvo para el enorme helado de chocolate que se había pedido en el restaurante donde habían pasado la mitad de la tarde esperando a que la tormenta se detuviese. Sin embargo ahora sentía el estómago vacío. Habían pasado demasiadas horas desde aquello y aunque no dudaba que su cuerpo tenía reservas suficientes para resistir, necesitaba comer algo si al menos quería conciliar el sueño. Al día siguiente debería volver a casa y no podía permitirse ir con sueño.

Seguía dándole vueltas al asunto en su cabeza. No podía ir a dormir, solo meditar en uno de los sofás del salón del rancho en la oscuridad de la noche. Debió decirle a Luke que ella le interesaba, de la misma forma que a él, pero que no se veía capaz de ser ese tipo de hombre. Quizás su hermano se hubiera compadecido de su situación, se hubiera apartado tal como le había dicho y le hubiera ofrecido un puñado de buenos consejos al respecto. Consejo o no, si le había dicho algo, algo sobre que acostarse con una mujer a veces era una forma de cuidarla y quererla. Aquello sonaba a estupidez, sin duda, pero no sabía por qué, no podía quitárselo de la mente. Si su hermano creía en aquello, podría ser verdad. Al fin y al cabo, Luke, en contra de lo que se pudiera pensar, mantenía una buena relación con la mayor parte de aquellas chicas. Ellas lo apreciaban y él a ellas. Luke siempre había sido el mejor relaciones públicas de la familia, sin duda. Era divertido, alegre y todo el mundo lo apreciaba.

Un leve ruido lo sacó de sus pensamientos. Angie bajaba las escaleras apenas alumbrada por la luz del móvil que portaba en la mano. ¿Se iría en medio de la noche sin despedirse? Él se encontraba alejado del radio de acción de aquel pequeño foco de luz que alumbraba su camino. Ahora la podía ver. No iba a huir, al menos no en camisón. Se dirigía a la cocina. Una vez estuvo seguro de escucharla abrir el frigorífico y usar el microondas, se decidió a asomarse a la puerta de la cocina. Estaba sentada de espaldas a la puerta, en un taburete de la isleta central y apenas alumbrada por la luz de la campana extractora. Estaba claro que no quería despertar a nadie e intentaba hacer el menor ruido posible. Delante de ella podía ver un vaso de leche y un trozo de tarta de albaricoque que degustaba lentamente. La observaba en silencio desde el quicio de la puerta mientras pensaba en algo con lo que poder iniciar una conversación. Quizás un comentario sobre la deliciosa tarta de Olga, o entrar a tomar un vaso de leche, o...

—Lo siento —dijo al lado de su cuello mientras sus brazos la abrazaban desde atrás. Había pensado decenas de cosas durante todo el tiempo que la había estado observando comer aquella tarta y beber la leche, pero ninguna era lo suficientemente buena y cuando ella posó el vaso en la encimera de nuevo tras apurarlo, supo que el tiempo se terminaba—. Siento lo de hoy y siento lo de ayer. Y no quiero que te vayas.

Ella no respondió. Solo permaneció inmóvil sumida en aquel abrazo de Charlie. El corazón le había comenzado a latir con fuerza y no solo porque él la había sobresaltado y la había tomado desprevenida, sino porque le gustaba estar entre sus brazos más de lo que en ese momento estaba dispuesta a admitirse a sí misma. Seguía molesta con él.

—Sé que estás enfadada y lo siento. Siento haberme comportado de esa forma contigo.

—Me has ofendido y es algo que no le permito a ningún hombre —dijo ella tratando de sonar dura. Sentir su aliento en el cuello, la calidez de su mejilla al lado de la suya y aquellos brazos rodeándola se lo ponían muy difícil.

—Perdóname por ello. No es una excusa, pero trabajar con Brad me pone a prueba cada día. Solo quería protegerte de él. —Depositó un suave beso en su cuello. Debía convencerla de que se quedase en el rancho, su presencia era la condición de Candace para que él hiciese el programa en San Angelo.

—Sé cuidarme por mí misma de Brad y de los hombres en general —«menos de ti», pensó en añadir mientras tragaba saliva. Su resistencia estaba a prueba. Se encontraba vulnerable ante él y sus caricias como el día en el que se bañaron en el río.

No quería ponerse en evidencia de nuevo y cerrando los ojos por el sacrificio que le suponía, tomó sus manos y las separó saliendo del abrazo de él. Aquel contacto era más de lo que podía soportar. Hacía más de tres años que ningún hombre la tocaba de aquella manera y sabía que Charlie le había empezado a gustar más de lo que debería. Ahora se miraban a los ojos bajo la tenue luz que iluminaba la estancia.

—Lo siento, no quería molestarte —se arrepintió él de haberla tocado y haber besado su cuello, pero necesitaba hacerlo. No estaba hecho para estar enfadado con ella, mucho menos cuando sabía que ella no tenía culpa de las absurdas ideas que se habían formado en su mente.

—No me has molestado. Es solo que creo que es algo serio y al menos deberíamos mirarnos a los ojos si queremos hablar de ello.

—Solo quería decirte que lo siento. Quiero que reconsideres tu decisión de irte, por favor —suplicó en un suave tono de voz.

—Yo...

—Solo dime que te quedarás un par de días más —la interrumpió—. Si aún estás decidida a irte entonces podrás hacerlo y hasta subiré la maleta a tu coche y yo mismo. Angie lo miró atentamente. Charlie estaba arrepentido, sin duda alguna.

—De acuerdo. Lo pensaré hasta entonces —hizo una pausa—. Sobre lo de Luke...

—Si quieres tener una relación con él, adelante. No soy quién para juzgarte o detenerte —agachó la cabeza desviando la mirada de los ojos de ella. Por supuesto, Luke había jugado sus cartas muy bien, tal como él siempre hacía. Ahora que sabía que ella se quedaría en el rancho, al menos podría dormir—. Buenas noches.

—Buenas noches, Charlie.

ME INTERESA

—Espero que Charlie te pusiera anoche en tu sitio. Pasar la tarde con la mujer que le gusta no fue de lo más inteligente del mundo. Si le hubieras visto cuando se enteró que estabais juntos no te lo habrías podido creer —le dijo Samy mientras ambos desayunaban ese domingo.

—Me hago una idea por la cara que nos puso cuando llegamos anoche. Lo cierto es que se puso un poco pesado con el asunto, pero me volvió a repetir que no le interesa.

—¡Joder, Luke! Te creía más inteligente. Es obvio que ella le gusta. Pero no quiere admitirlo. Y tú no quieres verlo. Parece que a ambos os está cegando esa mujer.

—Cuidado, Samy. Es una mujer estupenda.

—A la que también le gusta Charlie, no tú. Por si no te habías dado cuenta. Claro que si tú sigues insistiendo y él no se decide, es posible que ella tome el segundo premio.

—¡Vaya! Ahora soy un segundo premio. Pero dime, hermanito, ¿por qué piensas que a ella también le gusta él?

Aquella situación había ido demasiado lejos. Si tenía que desembuchar antes de tiempo lo que había visto para que Luke cesara en su empeño con Angie, lo haría. Charlie merecía vivir de nuevo y estaba claro que el interés de él era ella. Si en seis años no había encontrado a nadie que le despertase el más mínimo sentimiento, y a fuera físico o de amistad, aquel podría ser su último tren.

—Les vi besándose la otra noche en el porche. Y te aseguro que por parte de ninguno de los dos fue un beso amistoso.

—¡Caray! —exclamó Luke deteniendo el *croissant* a medio camino entre el plato y su boca para posarlo de nuevo sobre el plato.

—Bien, ya lo sabes. Déjasele a él.

—La cosa es que... a estas alturas igual no es tan sencillo...

—¡No me jodas, Luke! No me digas que ya has llegado a mayores con ella.

—Es que...

—Desde luego que no tienes ni puta idea de lo que has hecho. La has cagado y te has cargado la oportunidad de nuestro hermano.

—Perdona, sigo siendo mayor que tú. Así que te pediría que moderes tu lenguaje, jovencito —bromeó él.

—Vete a la mierda Luke. Todo lo tomas a broma. Pues te voy a decir algo que no es broma. Nuestro hermano no ha vuelto a estar con una mujer desde que se fue del rancho hace seis años. Por suerte ella es la primera mujer que de repente le gusta y podría considerar dar un paso adelante en su vida y volver a ser una persona normal si el gilipollas de nuestro hermano mediano no se hubiera entrometido entre él y la mujer que le gusta. Y así estamos ahora. Tú tienes otra muesca en tu cabecero mientras tu hermano mayor sigue tan jodido como siempre o más, ya que tiene que ver cómo ella pasa por tus manos para tus cinco jodidos minutos de gloria como semental del rancho. ¿Contento?

—¿Seis años? ¿En serio? —Luke apenas podía creérselo—. ¿Es algo que te estás imaginando tú o...?

—Me lo contó Charlie la otra noche. Y si no estuvieras tan preocupado en seducir a mujeres que no te corresponden, tú también podrías haber estado en esa conversación.

—¡Hola preciosa! —la saludó Luke sentándose frente a Angie en uno de los bancos del jardín.

—¡Hola! —le sonrió levemente ella mientras permanecía con las piernas en posición india sobre el banco.

—Tendrás que disculpar que huela a oveja, pero justo acabamos de terminar en la nave y hasta más tarde no me tomaré una ducha. Pero te he observado y te veo triste, ¿ocurre algo?

—No me importa, es el olor del campo al fin y al cabo, ¿no crees?

—¿Me vas a decir qué te pasa?

—Aún sigo pensando si quedarme o no.

—Deberías hacerlo. Estoy seguro que Charlie se disculpará tarde o temprano contigo.

—Lo hizo anoche.

Luke observó cómo Charlie salía de la casa y miraba en la dirección en la que ellos estaban charlando.

—Entonces, ¿dónde está el problema? —le cogió un mechón de cabello con dos dedos y lo puso tras su oreja acariciándole la cara a su regreso.

—Sé lo que estás haciendo y lo que pretendes. Y no va a funcionar —ella cortó la anterior conversación.

—No sé a qué te refieres. Mi intención es...

—¿Dónde está Charlie? —preguntó ella.

Luke la miró en silencio sopesando la situación. Ella lo había descubierto todo antes que sus dos hermanos.

—Detrás de ti. Ha salido de la casa hace un par de minutos.

—Y obviamente nos está mirando.

—Sí, así es. Pero, ¿cómo has sabido...?

—Porque solo me tocas de esta manera cuando está él cerca. ¿Sabes que tienes un poco de mala fama por ahí? Todo el mundo piensa que buscas algo conmigo, sin embargo has sido de lo más correcto todo el tiempo. Menos cuando tu hermano está cerca. Ahí te empleas a fondo en tu papel, que no es otro que poner a Charlie de los nervios.

—Eres muy buena, ¿lo sabes? Ya que hemos puesto las cartas boca arriba y ambos sabemos de qué va la historia, te informo que voy a besarte.

—No. No lo harás. Anoche me dio su consentimiento para que tuviera una relación contigo si así lo quería.

—¿Qué? ¡Mierda! Eso no puede ser posible. Está continuamente a borde de la ebullición cada vez que me ve contigo.

—Pues creo que es solo una apreciación tuya, porque tengo su bendición.

—¡Pero si os besasteis la otra noche en el porche!

—¿Sabes eso? —ahora la sorprendida era ella.

—Sí, claro, os vieron.

—¿Quién? —preguntó deseando conocer la respuesta. Lo último que necesitaba era que aquello corriese como la espuma. Luke dudó—. ¿Quién, Luke?

—Samy.

—Ahora me explico su cara de anoche al llegar contigo. Desde luego tiene que tenerme en poca estima y pensar de mí aun peor de lo que ya lo hace Charlie.

—No te preocupes por ello. Hablaré con Samy al respecto y le aclararé la situación cuando todo se encarrile. Pero no entiendo por qué si sucedió eso la otra noche entre vosotros...

—A ver si te lo aclaro... espero recordar las palabras exactas que me dijo solo un par de minutos después. Ah, sí, era algo como «esto no ha pasado» y «no hablaremos de algo que no ha pasado».

—Y claro, no habéis hablado de ello.

—Pues obviamente no —confirmó ella—. Luke, te diré algo. Deja estar las cosas, deja de hacerle ver a tu hermano que quieres algo conmigo. Olvidalo. Me quedaré en el rancho, porque sé que él quiere quedarse con tu padre hasta que esté mejor y porque sé que le hace bien estar aquí, pero no le hagas esto.

—Le gustas.

—No le gusto. Solo somos amigos.

—No me lo trago. Ni de ti ni de él.

—¿Luke? —se acercó Charlie a una distancia prudencial de donde se encontraban ellos—. ¿Podemos hablar un momento?

—Sí, claro.

Luke besó en la mejilla a Angie antes de acudir a la llamada de su hermano que caminó dirección a la cerca, lejos de donde se encontraban los trabajadores y de Angie que ahora había cambiado su postura y los observaba en la distancia.

—Tú dirás en qué te puedo ayudar —dijo Luke.

—Ayer me dijiste... —miró hacia Angie deteniéndose. Ella no podría escucharlos a aquella distancia. Estaba mirando el teléfono móvil, probablemente leyendo algún correo electrónico.

—¿Te dije? —preguntó Luke notando que a su hermano le estaba costando decir aquello.

—Que si tenía algún interés en ella, tú... Bien, pues, tú ganas, tienes razón, me interesa Angie.

Luke esbozó una sonrisa poco menos que radiante. Ahí estaba, su hermano había confesado interés en ella. Pero según le había contado Angie, Charlie le había dado su bendición para tener una relación con él, pero probablemente no había podido soportar la idea.

—¿Y bien? —preguntó un impaciente Charlie.

—Bueno... —comenzó Luke tratando de poner gesto serio—, la cosa es que eso fue ayer y en realidad no estoy tan seguro de... Angie es muy agradable y...

—Pero tú dijiste... —dijo Charlie tragando saliva—, que te harías a un lado si yo...

—Sé lo que dije, pero he estado pensando que lo pasé realmente bien con ella ayer.

Charlie se sentía más que molesto ante aquel repentino cambio de parecer de su hermano. ¡Solo faltaba que resultara ser la primera mujer por la que tuviera interés más allá de la cama!

—Sin embargo... —comenzó de nuevo Luke.

—¿Sin embargo? —le apremió Charlie mesando su pelo.

—En realidad no sé qué piensa ella al respecto, así que bueno, no sé... ¿Qué te parece si dejamos que ella se decida por uno de los dos?

—¿Que ella decida? —repitió ahora sorprendido y como un loro Charlie apenas creyendo lo que le estaba proponiendo su hermano y lo peor de todo, él lo estaba considerando.

—Sí. Al fin y al cabo es lo más justo. No estaría bien que los dos nos enfrentásemos por una mujer a estas alturas, ¿no crees?

—No, ehm, claro que no.

—Entonces quedamos en eso —extendió su mano esperando la de Charlie, que la miró antes de ceder y estrecharla. Tenía que reconocer que estaba torturando a su hermano en exceso, pero estaba seguro que necesitaba un revulsivo para vencer aquel miedo que parecía tener desde hacía tanto tiempo y que sin duda tenía una culpable, o mejor dicho, dos.

Acababa de firmar de alguna forma un pacto con Luke y maldita sea que no había salido cómo esperaba. Su idea había sido la de decirle que estaba interesado en ella para conseguir que Luke dejara de molestarla. No podía permitir de ninguna forma que comenzasen una relación porque no tenía fuerzas para ver aquello. Pero la situación se había torcido en el último momento. Era cierto lo que le había dicho a su hermano, ella le interesaba, pero su modelo de vida no incluía a ninguna mujer en algo que incluyera sentimientos que luego se podrían volver en su contra, como había sucedido en el pasado.

¿TE QUEDARÁS?

Aunque había tratado de desviar la mirada y esconderla tras las gafas de sol, había estado pendiente de la conversación que habían mantenido ambos hermanos al lado de la cerca. Por desgracia no había escuchado nada. Pero el lenguaje corporal había sido interesante. Mientras que Luke permanecía relajado y seguro, Charlie la había mirado en varias ocasiones, había meditado lo que había dicho y se había mesado el pelo con las manos repetidamente. Sin duda se sentía nervioso e inseguro. Había permanecido rato mirándola y ella esquivándole la mirada. Parecía que estuviera decidiendo si acercarse y hablar de algo o no hacerlo. Hasta que se sintió tan observada por él que decidió levantarse de aquel banco y pasear sin rumbo fijo donde los pies la llevaran.

—¿Sabes que eres muy guapo? —le dijo a *Concho* acariciando su cabeza—. Y te voy a decir algo más, tu dueño también lo es, aunque resulta bastante difícil de soportar últimamente.

—Vaya, no sabía que pensabas eso —dijo la voz de Charlie sobresaltándola a su espalda.

Ella lo miró y centró de nuevo su atención en el caballo.

—Creo que de sobra sabes que eres muy atractivo.

—Eso no, lo otro. ¿Tan insoportable he sido?

—¿Quieres sinceridad?

—Por favor.

Se giró y lo enfrentó. Ya no era una cobarde y podía decírselo a la cara. Podía decírselo a un metro de él, como estaban ahora, o incluso a menos distancia si era necesario.

—Te has comportado como un auténtico bastardo —le dijo mirándolo a los ojos.

Aquellas palabras saliendo de la boca de Angie eran poco menos dolorosos que alfileres clavados en lo más profundo de su ser.

—Creo que me lo merezco —dijo él con gesto serio desviando la mirada hacia el box de *Sally*, la yegua que solía montar Angie.

—No sé si eres consciente de que me has hecho daño. No soy una fresca que coquetea con todo hombre al que ve. Me ha dolido saber que todo el tiempo pensabas eso de mí.

Charlie guardaba silencio. La había defraudado y le dolía escucharlo de sus labios. Pero merecía todas y cada una de aquellas palabras.

—Y lo que más me ha dolido es darme cuenta de lo equivocada que estaba. Pensaba que éramos amigos, que podía contar contigo al igual que tú podías contar conmigo.

Había sido dura con él, pero no quería dejar nada dentro, si iba a permanecer allí las próximas semanas o meses, la sinceridad iba a imperar si seguía en aquel plan controlador.

—Lo siento —dijo ahora girándose hacia ella para mirarla a los ojos. Unos ojos de un verde más oscuro que de costumbre. No solo las palabras que le había dedicado llevaban el dolor dentro de ellas, sino que sus ojos reflejaban lo mismo. ¿Cómo demonios había podido causar aquello? Él solo había querido protegerla y cuidarla.

—Lo sé. Sé que lo sientes —convino ella sintiendo el arrepentimiento en cómo había pronunciado aquellas dos palabras. Sabía que lo sentía, al igual que lo supo cuando la abrazó la noche anterior en la cocina.

—Te considero mi amiga y quiero que sepas que puedes contar conmigo, siempre. Este comportamiento no se volverá a repetir si me das otra oportunidad.

—Bien —dijo mientras miraba al techo y suspiraba. Se le estaba formando un nudo en la garganta. Todo aquello le había dolido demasiado.

—¿Te quedarás? —preguntó él notando la incomodidad de ella.

—Me quedaré —dijo tragando saliva—. Tus padres no se merecen que me vaya y que como consecuencia de ello, tú también tengas que dejarlos, cuando han tardado tanto tiempo en volver a verte por aquí.

—Gracias —articuló él. No se merecía tener una amiga como aquella.

—Bien, nos veremos en la cena —dijo encaminándose hacia la puerta del establo.

TODO ES UNA FARSA

Por fin parecía que todo se asentaba de nuevo. Angie había decidido quedarse. Su humor había mejorado y aunque aún la notaba algo tensa y distante con él, por lo menos habían hablado cenando. Sin embargo había un problema sin solucionar: Luke. Sin duda él se había ganado su favor rápidamente. Acababa de comentar durante la cena el último artículo que había leído de ella, publicado esa misma mañana y ahora alababa su estilo. Resultaba empalagoso, pero ella se lo seguía tragando todo, palabra por palabra de su embaucador hermano. Sabía que aún no se la había llevado a la cama, pero estaba desplegando todo su plumaje de pavo real ante ella y era solo cuestión de días que aquello sucediera.

—¿Sabes que en realidad no se habrá leído más de un par de palabras de tus artículos, verdad? —le dijo en cuanto ambos estuvieron a solas esa noche. Estaban trabajando en el despacho y habían hecho un alto para tomar una limonada. La noche era calurosa. Charlie se apoyaba en la mesa del escritorio y Angie estaba de pie a su lado.

—Yo creo que los ha leído enteros —defendió ella a Luke. Había estado preguntándose cuánto tiempo iba a tardar aquel tema en aparecer. Le molestaba su empatía con Luke. Sin duda él seguía pensando que quería llevársela a la cama.

—He de reconocer que es muy bueno. Sabe que tecla tocar para conseguir lo que desea.

—No sé si quiero seguir esta conversación —respondió Angie dejando el vaso de limonada encima de la mesa de café donde descansaba la bandeja.

—Él no está buscando una relación, solo busca sexo sin complicaciones.

—No me digas.

Angie resopló soltando el aire contenido en sus pulmones. Tenía que relajarse.

—En cuanto se haya acostado un par de veces contigo perderá el interés e irá a por otra.

Angie abrió la boca para contestar en el momento en el que alguien tocó a la puerta.

—Hola chicos. ¿Trabajando tan tarde? —dijo Luke asomando en principio la cabeza.

—Tomámonos un descanso. Hace calor esta noche —respondió Angie.

—Podrías salir al porche a trabajar para variar.

—¿A qué debemos el honor de tu interrupción? —preguntó Charlie.

—Solo quería preguntarle algo a Angie.

—Adelante entonces. Tenemos que continuar —le apremió Charlie.

—A solas, si es posible.

—Está bien —intercedió Angie—. Salgamos fuera un momento.

Luke que aún estaba parado en la entrada salió y Angie lo siguió dejando la puerta entornada.

—¿En qué te puedo ayudar? —dijo al llegar al salón.

—Quería saber si quieres que vayamos mañana a cenar y bailar.

—¿Más ideas para molestar a tu hermano? —preguntó ceñuda ella en voz baja.

—Simplemente quiero que te diviertas. Te pasas el día trabajando con Charlie.

Angie meditó la propuesta durante unos momentos.

—Está bien. Vayamos a cenar. Seguro que después de todo lo que ha sucedido esta semana me viene bien salir.

—¡Genial! —dijo Luke besando a Angie en la mejilla.

No tendría que haber escuchado detrás de la puerta y aun así lo había hecho. Se le habían escapado varias frases pero la esencial la había oído perfectamente. Luke la iba a invitar a cenar y bailar. La siguiente opción, cómo no, no se la había dicho. Pero él la sabía, «lo que surja», le había dicho su hermano días atrás.

—¿Qué demonios quería? —preguntó Charlie conociendo la respuesta.

—Nada, una tontería. ¿Seguimos?

—Quiero saber qué quería.

—Invitarme a cenar mañana —respondió como si no tuviera la más mínima importancia.

—Tenemos trabajo que hacer. Le dirás que no vas a ir.

Angie lo miró con el ceño fruncido. Sabía que a Charlie el tonto con Luke no le hacía gracia, pero ¿quién se creía que era él para coartar su libertad de aquella forma?

—A esas horas habremos terminado. Y voy a ir. Porque ya le he dicho que lo haré.

—Hoy es aun más tarde y estamos trabajando.

—Hoy estoy haciendo una excepción.

—Tengo intención de trabajar mañana hasta tarde.

—Sintiéndolo mucho, lo harás solo.

—¿Acaso no has escuchado una palabra de lo que te he dicho antes?

—He escuchado perfectamente todas y cada una de tus palabras e iré a cenar con tu hermano.

—Yo creo que no me has escuchado.

—¡Por el amor de Dios, Charlie! Creo que merezco tener una vida aparte del trabajo. Tú mismo me decías hasta hace poco que trabajaba demasiado.

—Luke te hará daño. Solo trato de protegerte.

—Muy bien, Charlie. No sé si lo has notado, pero tengo treinta y un años, sé protegerme sola, no te necesito para ese trabajo —dijo Angie sabiéndose al límite de su paciencia.

—Tratándose de él sí que me necesitas.

—¡Ya está bien! ¿Qué demonios te molesta tanto? —preguntó enfadada—. ¿Acaso te molesta la idea de que sea tu hermano? ¿O qué sea yo esa mujer y no sea lo suficientemente buena para él?

Charlie sabía lo que le molestaba. Le molestaba que fuera su hermano quien la tocara, cuando él ya la había tenido entre sus brazos y había renunciado a más porque no era correcto. No porque no la deseara, porque desde hacía varias semanas la deseaba de una forma casi insana y desde que estaba en el rancho casi se había vuelto enfermizo. Pasaba el día molesto y preocupado con la idea de que Luke le llevaba delantera en ello.

—Bien, silencio de nuevo. Creo que me iré a dormir. Podemos terminar por la mañana.

—Tú no quieres sexo por diversión y Luke sí.

—¿Y tú qué coño sabes de lo que quiero o no quiero? —preguntó encarándole ahora molesta con aquella actitud sobreprotectora. Aquello había durado demasiado y estaba harta del continuo rirrafe—. Quizás quiero una aventura sencilla con un vaquero, que alguien me diga cosas bonitas aunque en el fondo yo sepa que la mitad no son ciertas, sentir que le importo a alguien, que aún soy una mujer y que un hombre me desea lo suficiente como para irse a la cama conmigo. Te aseguro que eso es algo

que hace mucho tiempo que no me sucede.

Había abierto la boca demasiado y había dicho lo que no debía, que por un casual era la realidad que trataba de ocultarse cada día pensando que no le importaba estar sola y que no se sentía sola, que era mejor estar así que mal acompañada como le había sucedido la última vez.

Charlie desvió la mirada, tragó saliva y se mesó el pelo. Angie acababa de descolocararlo por completo. Había tenido un montón de ideas preconcebidas acerca de lo que querría una mujer como ella y de repente habían desaparecido de un plumazo.

—Yo... —trató de decir Charlie quedándose en aquella sola palabra. De nuevo ante ella, se había quedado sin palabras.

—Lo siento —se arrepintió ella de su verborrea incontinida dándole la espalda para dirigirse a la puerta. Acababa de darle más información de la que había pretendido—. Creo que me iré a dormir.

—Angie —la llamó.

Ella se detuvo.

—Estoy cansada, y cuando estoy cansada digo tonterías. No me lo tengas en cuenta.

Charlie se le acercó y pasó sus manos por la cintura de ella, abrazándola contra sí desde atrás. Bajó la cabeza y rozó su mejilla con la suya haciéndola sentir la sombra de barba contra su piel. Las manos de él la quemaban aun por encima de la ropa.

—La mayor parte de las veces estoy bien, soy feliz con lo que tengo —habló de nuevo ella en tono bajo y suspiró levemente—. Pero no te haces una idea de lo que es sentirse solo el resto del tiempo.

—Lo sé. Créeme que lo sé. Más de lo que puedas imaginar.

¿Por qué una mujer como Angie estaba sola? ¿Y por qué tenía por costumbre dedicarse duras palabras a sí misma? Era preciosa. Quizás nadie se lo había dicho lo suficiente y nadie se había parado detenidamente a mirarla como merecía. Poseía unos ojos verdes que cada vez que lo miraban tenían el poder de alegrarle el día. Un cuerpo contundente con unas femeninas curvas bien definidas que no se cansaba de admirar y desear y una voz tan sensual que podría seducir a miles de oyentes en medio país si presentase un programa nocturno.

—Será mejor que me vaya a dormir —dijo con gran fuerza de voluntad acariciando las manos que la rodeaban. Lo cierto era que quería estar entre los brazos de Charlie más que nada en ese momento. Él le daba seguridad y tuviera los motivos que tuviera, sabía que le importaba lo suficiente para no querer que Luke le hiciera daño.

Él la soltó del abrazo pero permaneció detrás de ella. Angie se giró y ahora lo tuvo cara a cara. Quizás demasiado cerca, pero no podía dar un paso atrás, la puerta se hallaba a sus espaldas. Le miró a los ojos y decidió que era el momento de terminar con aquella farsa de Luke. No le delataría, pero dejaría claro las intenciones de su parte. Así al menos Charlie podría relajarse sin pensar que le iba a hacer daño y que debía protegerla.

—Sobre Luke... —comenzó a decir ella.

—No quiero hablar de él, no ahora —deseaba besarla, ahora que sabía que se sentía sola, como él. Que la comprendía y que ella también a él si tuviera la fuerza de confesarle todos sus miedos. Hablar de Luke en aquel momento solo conllevaba a llevar imágenes futuras a su cabeza de los dos juntos que no quería visualizar.

—Quiero que dejemos de discutir por ello. Sé que te molesta y quiero aclararte algo.

—No puedo permitir que te haga daño —dijo alzando una mano para acariciar su mejilla.

—No me interesa Luke, nunca me ha interesado. Iré a cenar con él porque ha sido muy amable invitándome y necesito despejarme un poco, pero ten por seguro que no va a suceder nada entre nosotros.

Juraría que algo en los ojos de Charlie había cambiado justo medio segundo antes de que los labios de él la besaran como estaba haciendo en ese instante. Intenso, desesperado, hambriento, cálido. Sus labios se movían sobre los de ella reclamando más incluso que la noche del porche. Ella pasó sus manos alrededor del cuello de él y se dejó llevar al ritmo que él marcaba apretándola contra su masculino cuerpo, sabía que era probable que él se arrepintiese de ello de nuevo, pero iba a disfrutar al máximo de aquel momento durase lo que durase.

Los suaves y cálidos labios de ella le respondían y participaban en la danza de besos a la que jugaban. Necesitaba tener más de ella, se dijo que sería suficiente con besarla pero ahora era consciente de que no era así, necesitaba sentir su piel bajo sus dedos. Introdujo su mano por debajo de la camisa de ella y acarició su espalda que se le antojó suave como la seda. No era la primera vez que la acariciaba, pero el contexto sin duda era diferente, la temperatura de la habitación había subido varios grados, de eso estaba seguro y la de su cuerpo directamente estaba al borde de la combustión espontánea. Ella tenía la capacidad de hacerle aquello que ninguna otra había conseguido en seis años.

No se hacía una idea de cómo porque parecía haber perdido la memoria y la sensación de espacio tiempo, pero habían llegado al sofá, Charlie estaba sobre ella mientras sus labios seguían conociéndose a fondo. Sin perder contacto visual él se apartó de ella un instante y se deshizo de su camiseta dejándola caer en el suelo. Hacía mucho tiempo que no veía una mirada de deseo en los ojos de un hombre y hacía aun más que ella no era la causante de aquello y ahora lo era, Charlie la deseaba, y ella a él, cada centímetro de ella lo hacía.

Volvió a centrar su atención en sus labios, necesitaba aquel contacto con ella, le gustaba saborearla porque le hacía sentirse vivo de nuevo. Las manos de ella ahora recorriendo su espalda le despertaban sensaciones dormidas durante demasiado tiempo, era consciente de que había pasado demasiado tiempo y de repente ella era aquella fuente de vida de la que necesitaba beber hasta la última gota. Desabrochó los botones superiores de la blusa de ella y bajó desde su cuello besando cada centímetro de su piel hasta llegar al borde del sostén que contenía sus generosos pechos. El aroma de su piel se metía en su cerebro como un recuerdo que debería permanecer en él.

—Charlie —gimió ella llegando al botón de los vaqueros de él. Sabía que él estaba tan excitado como ella y ambos necesitan terminar aquello, sus cuerpos lo pedían a gritos.

Accionado por una palanca invisible, Charlie se detuvo al lado del cuello de ella al escuchar su nombre. Se había dejado llevar tanto que apenas le quedaba un gramo de cordura para dilucidar que estaban en el despacho, la puerta estaba abierta, podría entrar y verles cualquiera y que aquello no estaba bien, porque ella seguía siendo su ayudante y no estaba dispuesto a ofrecerle nada aparte del alivio mutuo que se proporcionasen. Y, por supuesto, ella merecía algo mejor que un polvo rápido en un sofá.

—Será mejor que lo dejemos para otro momento —dijo él sentándose en el extremo del sofá donde aún seguía tendida ella. Alargó su mano y recogió del suelo la camiseta para ponérsela de nuevo. Sabía de sobra que aquello le acarrearía una dolorosa noche.

—¿En algún momento he dicho algo que...? —comenzó a preguntar Angie. Reconocía que la había vuelto tan loca que no sabía si acaso había podido decir algo que le obligase a detenerse de aquella forma.

—No, no —la cortó él. Estaba sentado en el borde del sofá, con los codos apoyados en las rodillas mirándose las manos. No quería mirarla directamente—. No es eso. Es que... la puerta está abierta, podría haber entrado cualquiera y haber... ya sabes. No es el lugar apropiado.

—Podemos subir —dijo ella sorprendiéndose a sí misma. ¿Desde cuándo era tan directa con un hombre? Contando con que hacía tres años desde la última vez y que había estado a punto de hacerlo con uno de los hombres más deseados de Austin, desde luego que era un momento para comenzar a ser directa.

—Deberíamos pensar en ello antes —se seguía mirando las manos. Ahora se mesó el pelo—. Las consecuencias.

—Bien —comenzó a abrocharse los botones de la blusa antes de levantarse del sofá—. Yo lo tengo pensado. Si cambias de idea ya sabes dónde estaré.

Angie tomó su teléfono móvil de la mesa y salió del despacho sin mirar atrás y sin esperar contestación por parte de Charlie. Era una sensación extraña, no estaba enfadada, a pesar de poder estarlo, y a la vez estaba complacida ya que de repente ella, simplemente ella, con sus kilos demás incluidos, había logrado excitar de aquella manera a un hombre. Y no a uno cualquiera. El mismísimo Charlie Atkins. Dudaba que él hubiese llegado tan lejos en mucho tiempo a juzgar por el comportamiento que le había visto con las mujeres en los meses que llevaba trabajando para él. Aunque siendo sincera, aparte de para subir su escasa autoestima, tampoco le había servido de mucho. Sabía la respuesta de Charlie y sabía que no iría a buscarla. Probablemente al día siguiente ni siquiera habría ocurrido nada de aquello, como en la ocasión anterior.

QUIERO MI AVENTURA CON UN VAQUERO

Apenas había dormido un par de horas y no muy bien. Supo que iba a ser una noche dura desde que se sentó en aquel sofá del despacho y comenzó a dar vueltas a su cabeza. Su hermano Luke no habría desaprovechado la ocasión. Y él era idiota. Había tenido a una mujer receptiva, que era la primera que le atraía en seis largos y miserables años, y se había echado atrás en el último momento. Estuvo tentado de subir a su habitación en varias ocasiones y, cuando fue a dormir se paró frente a su puerta, incluso puso la mano en el pomo, pero no se atrevió a girarlo y se había ido a la cama poco después.

—Buenos días —dijo ella al fin. Había estado observando a Charlie unos segundos desde la puerta de la cocina. Apenas eran las siete de la mañana. Estaba sentado en uno de los taburetes en la isleta central con una taza de café delante, pensativo, cabizbajo y mucho se temía que faltó de sueño. Sin duda le había pasado factura lo de hacía unas horas.

—Hola —le dijo posando la vista unos segundos en ella.

Angie se sentó a su lado, girándose para quedar frente a él.

—¿Hay café?

Charlie empujó levemente su taza hacia ella.

—¿Estás bien? —dijo tomándola y llevándosela a los labios para degustar el primer sorbo de cálido café.

—No demasiado.

—Deduzco que no has dormido mucho.

—Ajá.

Angie continuó observando a Charlie largo rato en silencio, mientras ambos se pasaban la taza de café compartiendo su contenido mientras se miraban a los ojos.

—Si depende de mí, olvídale, sea lo que sea. No puedes estar así. Tienes que hacer tu trabajo y sabes que tiene que salir bien si quieres permanecer aquí. Candace no se anda con medias tintas. Debes descansar y olvidarte de los problemas. Si yo soy uno de esos problemas, puedo buscar un apartamento en la ciudad. Solo nos veríamos para trabajar, en la emisora.

—No quiero que hagas eso. Sabes que te necesito aquí.

—Solo eres amable y buen anfitrión, pero no es cierto —le sonrió—. No tengo por qué imponerte mi presencia.

—Me gusta que estés.

—Cuando llegué estabas bien y desde toda esa tontería con lo de Luke, creo que mi presencia solo te desquicia y bueno, luego lo de... —se detuvo sin saber si hablar de aquello que había sucedido hacía apenas unas horas entre ellos.

—Lo de anoche y lo del otro día.

—Eso mismo. Si te ha molestado tanto, solo olvídale.

—No me ha molestado. Solo que... que... —Deseaba decirle que le volvía loco, que la deseaba y que quería continuar lo que habían dejado a medias. Pero no debía hacerlo.

—Que te desquicio en general y esa situación aun más. Lo sé. Sé cómo te relacionas con las mujeres, he hecho de niñera tuya, ¿recuerdas? —le sonrió—. No importa. Si así lo quieres lo olvidamos, te doy permiso para que me emborraches un día y seguro que mi memoria se borra al respecto.

Charlie sonrió ahora mostrando la primera sonrisa de la mañana.

—¿No te cansas nunca de ser así? —preguntó él suavemente.

—¿Así cómo? —sonrió ella ladeando la cabeza.

—Tan dulce.

Angie sonrió ahora ampliamente.

—Cuidado vaquero, eso me ha gustado.

—Pretendía que así fuera.

—Pues lo has logrado —dijo levantándose del taburete—. Deberíamos hacer más café para el resto, ¿no crees? Seguro que tus hermanos lo agradecen.

—Sobre lo de anoche... tú querías...

—Olvídale —desdeñó ella con la mano libre de espaldas a él mientras llenaba de agua la jarra de la cafetera—. Una mujer que no ha estado con nadie en tres años puede decir y hacer muchas tonterías llegado el momento.

—¿Tres años? —se sorprendió Charlie.

—Ya sabes, cosas que pasan —dijo ella poniendo los ojos en blanco, restándole importancia.

—¿Qué cosas pasan? —preguntó Luke entrando en la cocina.

—La vida, ya sabes. Buenos días, deberás esperar un poco al café, acabo de encender la cafetera.

—No me importa si tengo una compañía como la tuya cerca —se dirigió a ella, la asió por la cintura y la besó en la mejilla.

—Me gusta que me suban la moral por la mañana.

—Estás preciosa en camisón.

—Tú no te cortes —se quejó Charlie.

—Tú también estás muy guapo en pijama —dijo Luke—. Pero es un poco raro decirle eso a un tío.

Aunque no le hacía gracia que Luke coquetease con Angie y ella con él, al menos sabía que no iba a suceder nada entre ellos. Angie no lo miraba de aquella forma, se lo había dicho el día anterior. La peor parte iba a ser para Luke cuando se diese cuenta de que había perdido el tiempo con ella.

—Yo os dejo —dijo ella—. Me cambio de ropa y bajo a desayunar en serio. No solo un café.

—Medio café —levantó Charlie la taza indicándolo.

—Medio café —convino ella saliendo de la cocina.

—Así que, ¿habéis compartido el café? —preguntó Luke subiendo una ceja cuando supo que Angie ya no les podría escuchar. Reconocía una indirecta de su hermano.

—Hemos compartido el café —reafirmó Charlie con gusto. No iba a estar satisfecho hasta que su hermano retirase su interés por ella.

—¿Algo más?

—¿Perdón?

—¿Que si habéis compartido algo más?

—¿Por qué habría de decírtelo?

—Porque tratas de que me aleje de ella, pero no veo que me lleves delantera en absoluto. Un café no significa nada. Yo iré a cenar con ella esta noche, luego la llevaré a bailar y luego...

—No vas a ir a cenar con ella —dijo categórico Charlie. Ella no quería nada con él y ahora lo sabía, pero seguía sin gustarle la idea. Cuanto antes se alejara de ella, mejor para todos.

Luke rio.

—Por supuesto que iré. Eso no es decisión tuya, es de ella.

—Ya lo veremos —dijo con un brillo especial en los ojos que no le fue desconocido a Luke. Algo estaba tramando y podría ser bueno para Charlie, pero dudaba que lo fuese para él.

ME RINDO

—Un café bien cargado para el presentador estrella de Austin —dijo Angie entrando en el estudio una vez terminó la primera entrevista telefónica que estaba grabando para el programa de esa semana. El humor de Charlie había mejorado, pero estaba cansado y aunque actuaba muy bien delante del micrófono ocultándolo, ella lo sabía.

—No me llames así, me da escalofríos —se quejó él.

—Apunto una realidad —respondió ella con una sonrisa sentándose a su lado. Esa mañana llevaba una falda por la rodilla que al sentarse se le subió levemente mostrando algo más de sus piernas.

Hasta hacía relativamente poco no se había fijado tanto en lo que ella llevaba puesto cada día. Sin embargo ahora la escrutaba a diario buscando aquel lugar donde sus prendas mostrasen un trozo más de piel del que debían y no podía centrar su atención en mucho más que aquello cuando la tenía cerca. La enfermedad de su hermano era contagiosa, se estaba volviendo como él.

—Estás cansado —afirmó ella. No se le había escapado la mirada que había lanzado a sus piernas. Lo que había ocurrido entre ellos la noche anterior iba a tener continuación. Él estaba tan deseoso de aquello como ella y no pudo evitar sonreír ante la idea.

—Lo estoy. Pero aún tengo otra entrevista dentro de media hora.

—Seguro que puedes echarte un rato después de almorzar.

—He quedado con Sammy para ir a ver unos cultivos.

—Entonces esta noche podrás ir a dormir pronto.

—¿Sigues pensando en ir a cenar con Luke?

—Nunca dejé de hacerlo. Ya te expliqué que...

—Lo sé —la cortó—. Eres inteligente y no vas a dejar que te haga daño.

—Ajá —se levantó de la silla para salir del estudio—. Haré algunas llamadas mientras terminas.

Lo tenía que reconocer. Estaba más que complacida con las miradas que le dedicaba Charlie cuando pensaba que ella no se daba cuenta. Y aquellas miradas se habían vuelto muy intensas. Se sentía mejor que nunca, más guapa, más segura y más atractiva. Aunque lo de la noche anterior no había llegado a puerto, no le importaba, se sentía deseada, y eso era algo que creía que nunca le volvería a suceder. Y lo que nunca pudo imaginar era que el hombre que la miraba de aquella forma no era otro que uno de los solteros más deseados de todo el estado.

—Eres una mala amiga —dijo Terry al otro lado de la línea telefónica nada más descolgar el teléfono Angie.

—¡Terry! —se alegró de escucharla. Había estado distraída y no había mirado la pantalla del teléfono cuando había pulsado el botón de descolgar en los auriculares del manos libres.

—Me sorprende que aún te acuerdes de mi nombre, dado que no me has llamado en todo este tiempo.

—¡Lo siento! He estado muy ocupada. Todo es nuevo para mí aquí.

—Si me dices que ya tienes tu aventura con un vaquero en marcha te perdono.

Angie se mordió el labio inferior mientras sonreía. ¿Debía contarle que algo había en marcha aunque no sabía el que?

—Puede... —dejó caer escuchando a continuación un grito prolongado al otro lado de la línea telefónica que le hizo quitarse el auricular del oído derecho un instante.

—¡Quiero todos los detalles! Y fotografías de él y por favor, dime que esta vez has elegido a uno guapo y con un cuerpazo de esos trabajado en el rancho. Bronceado y con todo bien durito. No a alguien parecido al mierda que tú y yo sabemos —se refería a su ex.

—Ajá —confirmó ella volviendo a escuchar otro grito al otro lado de la línea telefónica—. Oye, si vas a gritar cada vez que diga algo, te envío un correo electrónico. Es más seguro para mis tímpanos.

—Lo siento, es que lo necesitabas. Estoy muy emocionada por ti. Ya tienes un buen trabajo y una aventura que te hará ver la vida de otra forma y te pondrá en el mercado de nuevo.

—Sin duda alguna. Ya lo veo todo de otra manera.

—Debe ser muy bueno en... ya sabes.

—Lo cierto es que aún no lo sé.

—¿Aún no lo sabes? ¿Qué tipo de aventura es si aún no lo sabes? —la riñó.

—Necesito mi tiempo. No puedo hacerlo en un día.

—Desde luego —gruñó Terry al otro lado—. No sé por qué había pensado que por una vez en la vida lo habías hecho y te habías liberado de todos tus prejuicios, que te habías soltado la melena y habías disfrutado sin pensar más.

—Lo estoy disfrutando y puede que esta noche lo haga más —dijo girando la silla de escritorio hacia la puerta. Charlie estaba en la oficina y ni siquiera le había escuchado entrar.

—Suéltate la melena y te sentirás bien. Ya has vivido demasiado tiempo como una niña buena, necesitas ser mala.

—Ehm, sí, Terry —dijo borrando su sonrisa. ¿Cuánto tiempo llevaría allí? ¿Qué habría escuchado? ¿Y qué conclusiones habría sacado? Aquel hombre tenía tendencia al dramatismo—. Tengo que dejarte, Charlie acaba de terminar de grabar su entrevista y debemos irnos.

Charlie hizo un gesto para decir que continuase con la conversación, sin preocuparse por él.

—El aburrido y tío bueno de Charlie Atkins. Quizás debas tirártelo también. Igual consigues sacarle una sonrisa.

—Está en mi lista de cosas pendientes —dijo Angie.

—Seguro que sí —convino Terry pensando que su amiga estaba de broma—. Quiero fotos, ¿de acuerdo? Sé muy mala.

—Las tendrás. Cuidate —dijo de nuevo pulsando el botón del manos libres para colgar la llamada.

—Podías haber continuado. No tienes que colgar porque yo entre en una habitación.

—Lo sé, pero hoy estás cansado y debemos irnos. Conduciré yo.

—¿Mi todoterreno?

—No veo que hayamos traído otro coche.

—Pero...

—Cuidaré de él y si tienes alguna objeción en mi modo de tratarlo, estarás en el asiento de al lado —le sonrió una vez terminó de recoger el portátil y las agendas y se colgó el bolso—. ¿Nos vamos?

Charlie abrió la puerta y dejó que ella encabezase la marcha hasta el ascensor. La veía de muy buen humor. Quizás demasiado. Cuando había entrado la había escuchado decirle a su amiga que estaba disfrutando algo y que esa noche igual disfrutaba aún más. Y esa noche solo tenía la cena con Luke. ¿Sería posible que ella le dijese que no le interesaba Luke simplemente para que él la dejase en paz con aquel tema?

Las puertas del ascensor se abrieron, entraron en él, pero en vez de bajar, siguió subiendo hasta la última planta donde recogieron a dos mujeres jóvenes.

Él mismo le había dicho a Luke que le interesaba, con la única intención de que su hermano se apartase. Quizás ella estaba haciendo lo mismo con él para asegurarse de que no boicotease lo que fuera que quisiera tener con su hermano.

Las dos mujeres se bajaron justo en la planta de la emisora, donde se habían detenido de nuevo antes de volver a cerrarse las puertas del aparato y quedar a solas dentro del metálico cubículo.

Angie estaba en el extremo opuesto del ascensor apoyada contra la pared. En una mano llevaba el ordenador y en la otra el teléfono móvil. Los zapatos de tacón la hacían parecer más alta y le hacían unas piernas muy bonitas. Estaba tremendamente sexy esa mañana. Le sonrió de forma encantadora cuando la miró.

—Está bien. Se acabó —dijo Charlie soltando en el suelo el maletín con su portátil para dirigirse hacia ella. Había tomado una decisión y esta vez no iba a dar marcha atrás. Le enmarcó la cara con las manos y la besó intensamente en los labios, apoderándose de ellos sin contenerse en esta ocasión. Ya había luchado demasiado consigo mismo. Estaba harto. Aquello es lo que quería y lo iba a conseguir.

—¿Qué es lo que se acabó? —preguntó ella apenas en un hilo de voz. Charlie le había consumido el aliento de una de las formas más deliciosas que se le ocurrían.

—Esto. Me rindo. Es evidente que me atraes y sé que antes de nada tenemos que dejar muchas cosas claras, pero a partir de ahora, haré lo que me apetezca y ahora mismo me apetece hacer esto —dijo antes de volver a besarla en los labios brevemente. La campana que anunciaba que el ascensor llegaba al sótano donde se hallaba el garaje acababa de sonar abriéndose las puertas del mismo y haciendo que ambos se separasen.

—Espero que no hayas hecho eso para disuadirme de conducir tu coche —dijo ella divertida y complacida, aunque lo que tenía en ese momento eran ganas de saltar de alegría o de colgarse del cuello de aquel hombre y que siguiera besándola de aquella forma que le hacía perder la razón.

—¿Ha funcionado? —preguntó él abriendo la puerta trasera para meter los portátiles.

—Casi —no pensaba a dar su brazo a torcer—. Intentarás echarme una pequeña siesta en el coche de camino al rancho. Sé que veinte minutos no es demasiado, pero seguro que te vienen bien.

Había intentado dormir, de verdad que lo había intentado, pero cuando se giró para dormir mirándola a ella y vio como sus piernas tan al descubierto con aquella falda se movían para frenar y acelerar de forma tan sensual en su coche, no lo había conseguido, solo había seguido mirándola hasta que llegaron al rancho.

—Tenías que haber dormido —le riñó ella bajándose del todoterreno.

Charlie rodeó el coche y la aprisionó contra él con su cuerpo.

—Si conduces así mi coche no puedo hacerlo.

—¿Lo he hecho mal? —frunció el ceño ella.

—Lo has hecho estupendamente —le dijo bajando su mano hasta el borde de su falda para acariciar su pierna.

—Nos puede ver alguien —dijo ella. Estaba bastante convencida que Charlie no quería que les relacionasen de aquella forma.

—A esta hora no hay nadie por aquí —dijo antes de echar una ojeada a la cerca. Por la casa no debía preocuparse, el todoterreno les tapaba de las miradas indiscretas que pudieran provenir de allí. La besó de nuevo en los labios—. Después de almorzar tengo que ir con Samy, pero tenemos algo que hablar.

—Como tú quieras —respondió. Le gustaba aquel Charlie y hacía apenas media hora que lo conocía, solo desde el ascensor. Podía imaginar los derroteros de aquella conversación que quería tener. Normas. Probablemente las necesitaban. Si aquel hombre tenía treinta y cinco años y seguía soltero además de huir de todas las mujeres que se le ponían por delante, era por algo.

—Bien, ahora actuemos como si nada, aunque me va a costar —dijo con una mirada traviesa mientras bajaba su mano de la pierna de ella.

El almuerzo con la familia había resultado poco menos que una tortura. La tenía tan cerca y no podía tocarla. El animal se había despertado en él y esperaba realmente no estar asustándola, tendría que relajarse y llevar las cosas con tiempo, pero la realidad era la que era, seis años de celibato y una mujer preciosa con la que si todo iba bien, pronto terminarían. Al igual que los tres años que ella decía llevar en su misma situación. Algo por lo que sin duda le preguntaría si surgía la oportunidad. Luke seguía charlando animadamente con ella. El que estaba algo distante era Samy. Más tarde hablaría con él en el campo. Además, iba a necesitar de su ayuda para algo importante.

CAMBIO DE PAREJA

—¿Podemos hablar un momento? —dijo Samy entrando en la habitación de Luke.

—Claro. Pero ha de ser rápido. He quedado para cenar y no quiero hacerla esperar —dijo poniéndose las botas.

Samy cerró la puerta con llave y se la guardó en el bolsillo de sus pantalones vaqueros.

—¿Por qué has hecho eso?

—Porque no vas a ir a ningún lado —dijo cruzándose de brazos delante de la puerta.

—Si has pensando que voy a dejarla plantada estás muy equivocado.

—Pues quiero ver cómo sales de aquí, si puedes —Samy subió una ceja retándole. Nunca se había enfrentado a su hermano y no habían medido sus fuerzas, pero en esa ocasión estaba dispuesto a hacerlo si era necesario.

—Samy, muchacho —trató de apaciguarle Luke—. No sé a qué viene esto, pero creo que Angie no se merece que la dejen plantada. No tengo idea de qué demonios tratas de hacer o demostrar, pero voy a salir por esa puerta quieras o no.

—¿Vas a resistirte?

—¿Qué bicho te ha picado? No puedo dejar plantada a una mujer. Sabes que eso es muy feo y que yo no actúo así.

—¿Te preocupa?

—Por supuesto.

—Entonces deja de preocuparte. No se va a quedar plantada. Charlie va a tomar tu puesto esta noche y la llevará a cenar.

—Así que, Charlie —sonrió Luke—. Y dime, hermanito, ¿de quién ha sido la idea de encerrarme aquí?

—De Charlie, por supuesto. Yo apostaba por atarte y amordazarte en el establo.

—Bien, en ese caso... —se quitó las botas y se desabrochó la camisa esbozando una sonrisa.

—¿Qué haces? —preguntó Samy extrañado al verlo tumbarse en la cama.

—Ponerme cómodo. ¿Cuánto se supone que vamos a estar aquí?

—Solo hasta que se vayan y no puedas seguirlos.

—Bien —cogió ahora el mando de la televisión y la encendió.

—¿Acaso no piensas resistirte? —frunció el ceño Samy. Se le estaba escapando algo.

—Si ha sido idea de Charlie, no, no pienso resistirme.

—Pero... ¿tú no querías salir con ella?

Luke rio con ganas.

—Hermanito, creo que es hora de que te cuente una historia.

Luke había dicho que irían a cenar a las siete. Había supuesto que estaría preparado tiempo antes, pero desde el almuerzo no lo había visto. Sabía que había estado en las naves del ganado. Sin embargo sí que había visto subir a Charlie y a Samy hacía un rato.

—Aquí estás —dijo Charlie bajando las escaleras—. Y estás preciosa.

Angie se giró hacia él moviendo toda su ondulada cabellera con ella. Vestía un pantalón negro y una vaporosa blusa blanca, sus labios eran rojos como el fuego.

—¿Y Luke? —preguntó ella. Algo le decía que las cosas iban a resultar un poco diferentes a como había pensado. Charlie llevaba un pantalón de vestir y una de las camisas con bordados que le regalaba su madre varias veces al año. Y estaba increíblemente sexy.

—Luke se sentía un poco indispuerto. Así que he pensado que en vez de cancelar la cena y ya que te habías arreglado, podría estar bien tomar su lugar.

—Supongo que sí —en realidad estaba más que complacida con el cambio—. ¿De verdad está bien?

—No le he abandonado en la frontera, si es a lo que te refieres.

—No, supongo que no —dijo ella ceñuda ¿Qué demonios le habría hecho al testarudo de Luke?

—¿Acaso no te gusta el cambio? —preguntó él serio.

—Me encanta el cambio —confesó ella con una sonrisa.

—Entonces, vamos —le dijo cogiéndola de la mano para llevarla hasta la puerta.

LA CONFESIÓN

Tenía que reconocer que su hermano tenía buen gusto en cuando a restaurantes se refería. Aquel era un lugar tranquilo e íntimo. Apenas una veintena de mesas redondas bien separadas que hacían posible una conversación sin oídos indiscretos. Cuando el incauto de Luke le había dicho a Samy dónde reservó no había previsto que finalmente no iba a ser él quien disfrutase de la cena.

—Es un lugar muy bonito —apreció ella mientras tomaban el primer plato.

—Me gustaría decir que ha sido idea mía, pero al parecer se lo debemos a Luke. La reserva era suya. Seguro que es un buen cliente.

—No hace falta que me digas indirectamente que Luke es un mujeriego. Es algo de lo que ya me he dado cuenta —sonrió ella.

Charlie no dejaba de observarla y sonreírle, comentar acerca de la cena, pero ella sabía que bajo aquella fachada de aparente normalidad se escondía algún asunto que quién sabía por qué motivo no quería tratar. O, al menos, no tan pronto.

—Se me había ocurrido la idea de venir aquí y hablar de normas contigo. En esto —dijo señalando a ella y a él y a lo que se suponía que iban a comenzar.

—¿Pero? —preguntó ella. Sabía que probablemente las necesitarían.

—Pero no somos dos extraños que nos acabamos de conocer.

Angie fijó su mirada en la de él. Había más, algo más. Aquellos ojos azul tormenta ocultaban algo.

—Es evidente que si nos acabásemos de conocer no estaríamos aquí, en esto —ella hizo el mismo gesto que había hecho él. Le señaló y se señaló rápidamente.

Charlie sabía que ella lo comprendía, más de lo que nadie lo había hecho en mucho tiempo. Y necesitaba ser sincero con ella. No era una simple desconocida. Pero tampoco era uno de sus hermanos. ¿Podría confiar en aquellos ojos verdes o sería traicionado una vez más? Se removió inquieto en la silla.

—Si hay algo que te incomode, podemos dejar las cosas como están en cualquier momento. Nada va a cambiar por mi parte.

Charlie sonrió y posó su mano sobre la de ella. Sabía que ella era su amiga. Lo demostraba a cada momento, independientemente de la atracción que había surgido entre ellos y a la que estaba dispuesta a renunciar si él no estaba seguro de aquello.

—No, no es eso.

—Entonces, relájate.

Charlie atrajo la mano de ella hacia él y posando sus labios sobre la misma la besó suavemente. Continuó acariciándola y ambos permanecieron en silencio hasta que el camarero llevó los cafés y las separaron.

—Hace algún tiempo me preguntaste cuál era mi problema —comenzó lanzándose al vacío mientras su mirada se centraba en remover el café. Iba a desnudar parte de su alma a aquella mujer.

—No es necesario —sabía que él se sentía obligado a darle algún tipo de explicación de aquello y por la reacción de la vez anterior, era consciente de que le resultaba doloroso.

—Quiero hacerlo —dijo antes de volver a meditar y caer en el silencio de nuevo mientras tomaba el café—. Es algo que nunca he podido contar.

—¿Quieres que demos un paseo? —le propuso ella tras darse cuenta que aquello que lo inquietaba no llegaba a salir de su interior en forma de palabras.

Charlie llamó al camarero en un gesto y pidió la cuenta. Aquello le estaba costando más de lo que había pensado. Tras pagar salieron y comenzaron a pasear. Charlie seguía guardando silencio y Angie comprendió que necesitaba más que nunca una mano amiga. Entrecruzó sus dedos con los de él y caminaron el uno cogido del otro. La luna estaba comenzando el cuarto creciente y la noche se mostraba oscura.

—Hace seis años estuve prometido —comenzó a decir él.

Angie escuchaba en silencio aquel nuevo dato de su vida. No lo había escuchado antes.

—Bueno, casi lo estuve —corrigió él.

—No tenía ni idea —dijo ella en tono confidente. Debía ayudarlo a liberarse de aquello.

—Hacia un par de años que salía con una mujer. Siempre pensé que era la relación perfecta. No teníamos problemas. Ella tenía su espacio y yo el mío. Siempre fui sincero con ella. Y pensaba que ella lo era conmigo.

Charlie tragó saliva, las palabras surgían despacio, se las había repetido en su mente desde hacía casi dos horas pero parecía no haberlas aprendido.

—Yo era demasiado ingenuo. Creía en las historias para siempre y todo eso —continuó mostrando una mueca que parecía una sonrisa, pero sin duda era fruto de la tensión y el dolor acumulado durante todo aquel tiempo.

—Ajá —respondió escuetamente ella.

—Yo la quería —tragó de nuevo él—. Hubiera dado mi vida por ella —cerró los ojos un segundo. Le dolía recordar lo estúpido que había sido—. Renuncié a muchas cosas y peleé por ella.

De nuevo se hizo otro silencio. Por la cabeza de Charlie pasaban buenos y malos recuerdos de aquellos años junto a ella. Aunque todo al final terminó siendo malo para él.

—Yo tenía planes. Siempre pensé que los noviazgos largos no eran para mí. No, teniéndolo todo tan claro. Hablé de mi intención de casarnos en varias ocasiones.

—¿Y qué sucedía?

—Ella siempre tenía alguna excusa. Éramos demasiado jóvenes, un trabajo fijo, siempre había algún impedimento.

—Vaya.

—Llegué a pensar si quizás su falta de interés era culpa mía, probablemente no resultaba romántico que un hombre hablase de matrimonio de esa forma.

Charlie respiró profundamente.

—Un día decidí hacerlo todo bien, le dije a todo el mundo que iría a Dallas ese fin de semana y en realidad no lo hice —se mesó el pelo con la mano libre—. Estuve aquí, compre un anillo, unas flores y fui al apartamento. Quería darle una sorpresa, pedírselo de la forma correcta.

—¿Y?

—Y... —tragó de nuevo—. Y... estaba en la cama con otro.

—¡Dios mío! —exclamó Angie notando como un nudo se le formaba en la garganta.

Charlie se detuvo, soltó la mano de Angie y apretó los puños antes de continuar.

—Qué ridículo, ¿verdad? Yo ahí plantado con un ramo de flores en una mano, la caja con el anillo de compromiso en el bolsillo y mi novia follándose a otro en mis narices sin percatarse de mi presencia —ahora sus palabras destilaban rabia e impotencia.

—Lo siento —se acercó a él abrazándole por la cintura y posando la mejilla en su pecho.

Él la atrajo hacía sí pasando sus brazos alrededor de ella y la abrazó con fuerza. Le dolía verbalizar todo aquello aún, seis años después esa herida no había sanado del todo.

Ahora se separaron y Charlie notó como los ojos de ella brillaban. Aquella mujer estaba sintiendo aquello que él le estaba contando como si fuera propio.

—No, no, no —le dijo suavemente cogiéndole la cara entre sus manos—. No quiero que te sientas mal por esto. Solo quiero que me entiendas, que sepas por qué soy así de insoportable a veces.

—Lo sé, pero es algo por lo que no deberías haber pasado nunca. Tú solo, sin compartirlo.

—Eres muy especial —la besó en la frente sonriendo levemente.

Volvieron a retomar el paseo y caminaron el uno al lado del otro.

—Por aquel tiempo me ofrecieron trabajo en Austin. Una oferta que no iba a aceptar, mi vida estaba aquí. Pero cuando todo se vino abajo, lo acepté y me fui tan pronto como pude. Fui un cobarde y lo sé, pero necesitaba huir, tiempo y millas de por medio, y lo hice. No quería explicaciones, ni excusas baratas, ni verla a diario. No podía soportar saber que se habían reído de mí en mi cara, durante semanas, o meses, quizás quién sabe si más.

—¿Y tus padres y hermanos?

—Las cosas no eran como ahora. Les había hecho sufrir con aquella relación durante mucho tiempo. No necesitaba un *te lo dije* de su parte. Dejé el rancho y me fui sin explicaciones. En lo que a ellos se refería, yo había encontrado el trabajo de mi vida fuera de las tareas de un rancho.

—¿Cómo te sentiste en Austin?

—Pensé que al cambiar de ciudad cambiaría todo en mi vida, pero no pude haber sido más idiota. Aquello fue conmigo y me acompañó cada día y cada noche —volvía a hablar con dolor contenido—. Bebía hasta perder el conocimiento cada noche y el despertar era aun peor, me sentía aún más miserable de lo que ya era. No sé cómo demonios no me despidieron en el trabajo. Me costaba tazas de café bien cargado el sentirme persona cada mañana para hacer un trabajo mediocre. Por suerte Candace con su dureza me hizo ponerme las pilas.

—¿Y luego fue todo mejor?

—Podría decirse que sí. Las cosas cambiaron, al menos dejé de beber de aquella manera. Y comencé a acudir a los actos que me obligaba la emisora. Por aquel entonces se comenzaba a hablar de mí y de mi programa. La primera vez que se me acercó una mujer con más intención que la de felicitarme por mi trabajo casi me pongo a hiperventilar. No podía soportar estar cerca de alguien que me recordase a ella. Y de repente me di cuenta que todas me recordaban a ella.

—Y comenzaste a huir de todas —comprendió ella.

—Y a vivir como un ser antisocial y un monje.

—¿Y por qué...? —se detuvo—. No, da igual.

—Adelante, pregunta. Es lo justo.

—¿Por qué... no huyes de mí?

Charlie esbozó una sonrisa y se detuvo poniéndose frente a ella.

—Porque no podrías ser más diferente a ella aunque te lo propusieras. Y porque somos amigos y confío en ti.

Charlie se inclinó ahora sobre ella y la besó en los labios largamente. Pasó los brazos por su espalda y la atrajo hacia sí.

—Quizás debamos volver al coche —propuso él cogiendo de nuevo su mano para entrelazarla con la suya.

Caminaron en silencio de vuelta al coche. La conversación les había alejado a más de quince minutos a pie. Y ahora compartían el silencio. Charlie se sentía liberado de alguna forma. Había expuesto por primera vez su pasado a alguien. Era hora de confiar en alguien de nuevo, de volver a creer en el valor de la amistad. Aquel que una vez le había sido arrebatado.

LA PROPUESTA

—Quiero que suceda esto entre nosotros —le habló mirándola a los ojos. Habían vuelto a casa y nada más entrar se había apoderado de sus labios. Una vez le hubo confesado todo aquello que aún le hacía daño, el deseo había vuelto. Apenas podía mantener las manos lejos de ella. Era hora de que dejase clara su postura.

—Yo también —ella lo miraba con la misma intensidad. Aquel hombre sabía cómo encender su cuerpo y lo hacía cada vez que la besaba de aquella forma.

—Quiero que pienses en ello —debía controlarse, darle tiempo a reflexionar lo que iban a comenzar. Él sabía lo que quería, pero no tenía claro que ella quisiera lo mismo.

—¿Pensar? ¿El qué? —preguntó ella confundida.

—Esto no es una relación ni lo será nunca. De cara a la galería me da igual lo que piense el resto, pero tú y yo sabremos que no lo es.

—¿Es tu norma, cierto? —le preguntó sin dejar de mirarlo a los ojos. Ella seguía apoyada en la pared y él la tenía cercada con su cuerpo y sus brazos a ambos lados de ella.

—Una única y sencilla. Amigos, con... privilegios, por decirlo de alguna forma.

Después de lo que le había contado hacía apenas una hora sabía que Charlie no quería una relación. Aquella mujer de su pasado le había herido demasiado y las consecuencias habían sido nefastas para él. Y ahora le estaba pidiendo de una forma sutil que fueran amantes. Quizás estaba dispuesta a tener una aventura con cualquier hombre que le gustase, Terry había metido aquella estrambótica idea en su cabeza hasta convencerla de que era lo que necesitaba después de llevar varios años sin pareja, sin citas y sin un hombre en su cama. Y Charlie era un hombre que le gustaba mucho, demasiado, y aquello podría tornarse en peligroso si cometía un solo error, aquello era la más perfecta definición de la manida frase de jugar con fuego.

—Acepto —salió de sus labios apenas unos segundos después de aquella proposición. De acuerdo, estaba loca, pero la curiosidad y el deseo estaban pudiendo con ella. ¿Qué se sentiría al estar con un hombre como aquel?

Charlie esbozó una sexy y lenta sonrisa.

—Charlie —se escuchó la voz de Claire, su madre y dos segundos después la luz del salón se encendió. Dos segundos que había usado para separarse de Angie y que todo pareciera de lo más normal.

—¿Sí, mamá? —respondió él.

—Os he escuchado llegar, pero me he preocupado al no escucharos subir.

—Estábamos —Charlie tragó saliva—, hablando, antes de subir. Teníamos un par de asuntos que aclarar. Del trabajo, y a sabes.

—En realidad no te he pedido ninguna explicación. Era solo un comentario —dijo Claire suspicaz observando el gesto de su hijo.

—Yo —intervino Angie—, creo que me voy a ir a dormir.

—¿No te quedas a tomar un vaso de leche con nosotros? —le propuso Claire.

—No, gracias. Creo que he cenado demasiado. Hasta mañana a los dos —se despidió ella sintiendo que la oportunidad por esa noche había pasado. Estaba segura que la madre de Charlie sospechaba algo al respecto y no era buena idea darle más motivos.

—Seguiremos hablando del asunto mañana —le dijo Charlie antes de que subiera la escalera. Ella se giró y lo miró con una sonrisa. De buena gana la seguiría para terminar lo que habían comenzado. Pero al parecer su madre tenía esa noche otros planes para él.

—¿Pasa algo con esa chica? —le preguntó Claire poniendo el vaso de leche caliente delante de él.

—No sé a qué te refieres —esquivó la pregunta.

—Os encuentro *hablando* —enfaticó aquella palabra—, a oscuras y a estas horas y se me hace extraño.

—Contenidos para el programa de la semana que viene —bebió la mitad del vaso de un trago.

—Y cuanto antes bebas la leche antes podrás decirme que estás muy cansado e irte a dormir evitando más preguntas incómodas.

—Tratas de emparejarme todo el tiempo —se defendió él.

—Has encerrado a tu hermano en su habitación para ir con ella a cenar. Significará algo.

—Mamá —se quejó—. Sabes cómo es Luke y sabes por cómo se ha comportado, porque lo has visto al igual que yo, lo que estaba intentado con ella. Solo quería evitar que jugase con Angie.

Charlie apuró su vaso de leche.

—Adelante, ve a dormir —le dijo su madre sabiendo que esa sería la siguiente frase que saldría de la boca de Charlie, que se iba a dormir. Pero ella no se tragaba aquella explicación.

CONFESIONES Y NECESIDADES

—Buenos días, hermanita —dijo Luke al llegar a la cocina. Solo estaba Angie en ella.

—¿Cómo... me has llamado? —preguntó.

—Hermanita —respondió él con una sonrisa.

—Que nadie te oiga llamarme así, y mucho menos Charlie —dijo poco menos que asustada ante la idea. Con Charlie aquel tipo de cosas no resultaban una broma.

—Creía que anoche él... ¡por Dios, si me encerró en mi habitación con ayuda de Samy!

—Sí, pero... por favor, no me llames así delante de él.

—Como tú quieras —fue hacia ella y la abrazó. Ella cedió y a su vez también le abrazó a él—. ¿Qué tal si vamos a bailar esta noche?

—No va a ir a ningún sitio —dijo Charlie entrando en la cocina. Acababa de escuchar aquella invitación y no le hacía ni pizca de gracia, al igual que le molestaba que Luke la estuviese abrazando de nuevo y ella se lo permitiese. Al parecer su hermano no se había rendido y no había captado la indirecta que le había lanzado la noche anterior dejándole encerrado.

—Charlie... —objetó Angie.

—En realidad tú también estás invitado, y Samy. Iremos los cuatro a bailar.

Charlie relajó su gesto. Siendo así, la cosa cambiaba.

—En ese caso, si ella quiere... —dijo deteniéndose para mirarla y ella asintió con la cabeza—, iremos.

—¡Hola papá! —dijo nada más entrar en la habitación de sus padres. Su padre estaba sentado en la butaca al lado de la ventana y su madre acababa de entrar con él—. Te veo mucho mejor.

—Hijo, estoy mejor. Al menos puedo sentarme o caminar, la cama es muy aburrida y quiero disfrutar de tu visita. Ojalá pueda bajar las escaleras pronto y pasar parte del día abajo.

—No te preocupes por eso, pienso estar un tiempo por aquí.

—Aun así, no sueles venir mucho y seguramente tardes siglos la próxima vez que lo hagas.

—Tengo pensado venir en adelante, más a menudo.

—¿En serio, hijo? —preguntó sorprendido y feliz por aquella noticia.

—En serio —sonrió Charlie—. Lo prometo.

—Nos alegra mucho escuchar eso —intervino su madre.

Charlie sonrió y permaneció en silencio mirando por la ventana. Sus padres lo conocían y respetaron aquel silencio. Era la antesala de algo que se estaba gestando en la cabeza de su hijo mayor. Luke hablaba animadamente con el viejo capataz del rancho, que en apenas unos meses se jubilaría. Tenía pensado ir a vivir a Florida y seguramente hablaban de ello.

—Quiero pedirlos disculpas por dejaros tirados con el rancho hace seis años —había decidido que era hora de asumir responsabilidades y apechugar con las consecuencias de sus actos.

—No has de hacerlo. Tenías tus motivos y una gran oportunidad para tu carrera te esperaba en Austin —respondió Sam.

—Yo era ranchero, como tú, no locutor. Aquello solo era un hobby.

—Eras y eres un excelente locutor. No debes disculparte por algo que te ha reportado tanto éxito. Hiciste lo que tenías que hacer —le quitó hierro al asunto Claire.

—No lo entendéis, no me fui por aquella oportunidad. Me fui por lo que pasó con... —se detuvo. No le gustaba pronunciar su nombre.

—Lo sabemos, hijo. Algo nos contó una vecina de vuestro antiguo apartamento —su madre le acarició la espalda amorosamente evitando que él la nombrase. Sabía que no le gustaba hacerlo.

—Yo hubiera tomado la misma decisión, así que no debes culparte —lo tranquilizó su padre—. Por nuestra parte no hay nada que disculpar.

—No lo entendéis —dijo con la vista fija en un punto perdido de la propiedad—. Aquella noche —se detuvo de nuevo y tragó saliva—, fui a pedirle matrimonio. Quería darle una sorpresa y la sorpresa me la llevé yo. Estaba en la cama con... —cerró los ojos y apoyó una mano en el quicio de la ventana.

—Lo siento, cariño —dijo Claire abrazando a su hijo por la cintura. Sabían quién era él, no necesitaba que Charlie sufriera después de tantos años recordando aquello. Él la rodeó con un brazo en respuesta a su abrazo y le besó la sien.

Sam guardaba silencio. Tanto su esposa como él conocían la historia. Quizás no con todos los detalles, como el de sus intenciones aquella noche, pero sabían que se había encontrado una sorpresa poco agradable en su apartamento. A pesar de que su entonces nuera, nunca les había gustado no le habían deseado a su hijo un final tan doloroso.

—Ahora quiero pasar página —dijo de nuevo Charlie—. Lo he entendido al volver aquí. Quiero recuperaros.

—Nunca nos has perdido, hijo —dijo su padre.

—No es cierto, papá. Lo sabes.

—Olvidalo, cariño —habló Claire. No quería recordar aquella distancia que habían tenido años atrás, ni siquiera la que imponía la propia de las millas que separaban el rancho de Austin—. Sigamos adelante, has dado un gran paso y aquí estás. Ahora solo debes perdonarles.

—No creo que eso sea posible. No soy tan fuerte ni tan noble.

—Debes hacerlo. El rencor no es bueno. Debes seguir con tu vida y vivir en paz contigo mismo.

—He seguido con mi vida desde entonces. No es algo que necesite.

—¿A qué precio, cariño? Estás solo en Austin.

—No estoy solo. Tengo un trabajo, compañeros...

—¿Amigos? ¿Una mujer a tu lado?

Odiaba tener que admitírselo a sí mismo, pero su madre tenía razón. Estaba solo, seguía solo. La única persona que se le venía a la mente que encuadraba en la definición para esas dos palabras era Angie. Su amiga fiel, y una mujer, pero no lo que su madre pretendía.

—Estoy bien como estoy, mamá.

—Tienes que volver a confiar en la gente.

—Ya lo hago —dijo de nuevo pensando en Angie, confiaba en ella, pero la conversación debía terminar ahí—. Creo que iré a cambiarme, los chicos y yo iremos a Malone's.

—¡Estás preciosa! —exclamó Charlie al verla salir de su habitación. Él se disponía a ir a la suya para cambiarse de camisa. Quería complacerla esa noche y sabía que le gustaban aquellas camisas con bordados en la abotonadura.

—¡Gracias! —le sonrió abiertamente—. Espero no estar demasiado temática.

Tomó su mano e hizo que rotase sobre sí misma para él. Angie llevaba una falda de vuelo blanca con unas botas de media caña marrones y una camiseta azul celeste y estaba preciosa. Se la imaginó desnuda solo con las botas, le gustaba esa imagen, su vaquera.

—Estás perfecta. Voy a cambiarme de camisa.

—Te esperaré abajo.

—Entra —abrió la puerta de su habitación—, bajaremos juntos.

Ella dudó unos instantes. ¿Sería correcto entrar o...?

—¿De qué tienes miedo? —la escrutó Charlie con la mirada.

—De nada —dijo entrando en la habitación. Charlie cerró la puerta tras de sí.

—¿Me temes? —preguntó divertido.

—Quizás me tema a mí misma —le respondió ella sabiendo que también podía jugar a aquel juego con él. Se dirigió al escritorio ahora vacío y se sentó sobre él dejando sus piernas colgando de la mesa.

Charlie comenzó a desabrochar su actual camisa dejando al descubierto sus perfectos pectorales, sus bíceps y su estómago plano. Sin duda era el hombre más sexy con el que se había topado en su vida.

—Y yo, ¿debo temerte? —preguntó siendo consciente de la mirada mal disimulada que le estaba lanzando para escrutarlo. Se acercó a ella una vez se hubo desabrochado todos los botones.

—El miedo es libre —respondió mirándolo ahora a los ojos. ¿Era ella o la temperatura de la habitación había subido unos grados?

—Nunca te haría daño —prometió él mirándola significativamente a los ojos. No mentía.

Le separó las piernas y la atrajo hacia sí, al borde del escritorio.

—Será muy fácil, aquí y ahora —pronosticó él con voz seductora mientras comenzaba a acariciar una de sus piernas descubiertas en forma ascendente a partir de la caña de la bota. Su piel era suave al tacto pero le quemaba entre los dedos.

—Lo sería —afirmó ella sabiendo a lo que se refería él—. Pero nos están esperando.

—¿Te he dicho que me vuelves loco? —le preguntó al lado de su cuello, el cual besó y aspiró el aroma de su piel notando su calidez en sus labios.

—No desde ayer —respondió ella paseando sus manos por aquel firme pecho masculino. Le gustaba tocarlo, sentirlo bajo las yemas de sus dedos.

—Pues lo haces. Y quiero que esto ocurra, aquí y ahora. Te deseo, no sabes cómo —volvió a confesar en voz suave y seductora—. Si no te parece justo, dímelo y me detendré, aunque me cueste la vida.

Besó ávidamente su boca dejando claras sus intenciones. Estaba al borde de su resistencia. Su cuerpo había estado dormido demasiado tiempo, pero ahora ella lo había despertado y reclamaba una compensación urgente por aquella larga siesta autoimpuesta.

—Yo también te deseo —tragó saliva mientras él la acariciaba sabiamente bajo su blusa—. Y me parece justo.

—Lo siento si esta vez es muy rápido todo, prometo que te compensaré. Han pasado muchos años desde la última vez que... ya sabes —informó mientras sus labios recorrían el camino hasta su cuello dejando un rastro de besos.

—Pierde cuidado, también ha pasado mucho tiempo para mí —dijo mientras dirigía sus manos ahora al cinturón de él para desabrocharlo, a ella también le urgía—.

Solo necesitamos tomar ciertas medidas.

Un enérgico toque a la puerta de la habitación los detuvo al instante.

—¡Charlie! ¿Estás? —se oyó desde el otro lado de la puerta. Era Samy.

—¡Mierda! ¡A veces desearía ser hijo único! —masculló un molesto Charlie por la interrupción antes de hablar en voz alta—. Estoy, pero no visible. ¿Qué sucede?

—Bien, hermano no visible —se burló Samy al otro lado de la puerta—. Nos vamos en diez minutos.

—Ahora bajo —anunció Charlie.

—Otra cosa. ¿Puedes decírselo a Angie si la ves? No la encuentro.

—Lo haré —terminó diciendo Charlie mientras veía como Angie disimulaba una sonrisa mordiendo el labio inferior ante la última insinuación de Samy.

—Creo que hoy no es nuestro día —dijo ella.

—Parece que no —besó la frente de Angie resignado a la idea de que aquello debía esperar.

—Será mejor que baje y al menos disimule un poco. Estoy segura que Samy sabía perfectamente que estaba aquí.

Angie bajó de la mesa del escritorio y Charlie se quitó finalmente la camisa para ponerse la que había dejado sobre la cama.

—¿Tomar ciertas medidas? —preguntó intrigado Charlie con las últimas palabras que ella había pronunciado antes de la interrupción de Samy.

—Si... bueno... ya sabes... —se sintió azorada por aquella pregunta, pero al ver el rostro interrogante de Charlie continuó—. No sé qué piensas acerca de tener hijos con alguien en esta situación.

—Pensé... —comenzó a decir Charlie dándose cuenta de lo que a ella se refería—, que quizás tú tomabas medidas para ello.

—La verdad es que no —respondió ella.

—Solo por si surge... ¿Tienes medidas, no? Preservativos, quiero decir.

—No. ¿Tú no tienes?

—Yo... tampoco. Si tuviera aún —sonrió—, estoy seguro que a estas alturas se habrían desintegrado.

—Definitivamente no era nuestro día —quitó hierro a la conversación sobre profilácticos.

—Definitivamente —convino él abriendo la puerta y mostrando su sonrisa. La próxima vez esperaba estar preparado. No sabía cómo no se le había ocurrido antes que los necesitara. Hacía años que no tenía.

Tras un breve viaje en el coche de Luke hasta Miles, una pequeña localidad a unos pocos kilómetros del rancho, llegaron a Malone's. Por fuera lucía como el típico *saloon* de las películas del lejano oeste, un edificio de madera con porche alrededor. Dentro un escenario a no más de un metro de altura se veía al fondo. Una gran pista de baile en el centro y alrededor mesas y sillas. A la izquierda una gran barra para pedir las bebidas y en los laterales libres veladores altos con taburetes. Nada más entrar escucharon *Acky Breaky Heart* de Billy Ray Cyrus, todo un clásico en un local de aquel tipo. Decenas de personas bailaban la canción en un más o menos coordinado *line dance*.

—Por una gran noche con tres de mis personas favoritas —brindó Charlie tras invitar a la primera ronda de cervezas. La única que se permitiría esa noche, había prometido conducir a la vuelta.

Sus dos hermanos y Angie chocaron sus jarras.

—¿Bailamos? —preguntó Samy a Angie tras escuchar los primeros acordes de una canción de Kenny Chesney. Ella aceptó dejando la cerveza en la barra al lado de la de él y se dirigieron hacia la pista bajo la atenta mirada de Charlie.

—¿Todo bien, Charlie? —preguntó Luke una vez se quedaron a solas.

—Perfectamente —convino Charlie aprovechando para lanzarle una advertencia a su hermano—. Espero que te haya quedado claro el mensaje de anoche.

—Creo que podrías haberla invitado tú, en vez de ocupar mi reserva y mi tiempo con ella.

—Voy a ser muy claro en esta ocasión y además, hablaré muy en serio. Ella es *mía* —enfaticó aquella palabra pronunciándola muy despacio mientras lo miraba fijamente—. Así que no toleraré que te acerques a ella con otras intenciones que no sean las más nobles de un amigo. Es lo máximo que estoy dispuesto a permitirte.

—¿Te has acostado con ella? —preguntó Luke disimulando su diversión ante aquella advertencia de su hermano. Las cosas funcionaban casi tan bien como las había planeado.

—Eso no te importa.

—Es decir, que no.

—No, no lo hemos hecho. Las cosas no funcionan así, llevan su tiempo.

—Para ser un hombre que lleva seis años sin hacerlo con una mujer, te veo mucha tranquilidad al respecto. Yo estaría subiéndome por las paredes, si es que ya no me había suicidado.

—¿Cómo demonios sabes tú...? ¡Mierda, Samy! —dirigió la mirada al más pequeño de sus hermanos que bailaba con Angie en aquellos instantes.

—No le culpes —quitó hierro al asunto—. Sabes que me lo hubieras terminado contando tú de no ser por esta... situación.

Charlie sabía que Luke tenía razón. Si se lo había contado a Samy y Luke no hubiera estado empeñado en Angie como lo había estado, a él también se lo habría dicho.

—Lo que me hace preguntarme —continuó Luke—, ¿te ha generado algún tipo de problema médico el haber dejado el sexo tantos años?

—¿Perdón? —se giró de nuevo hacia Luke. ¿Qué le estaba queriendo decir?

—Llevas advirtiéndome que me aleje de ella varias semanas, así que deduzco que Angie te atrae de alguna manera desde hace más tiempo. No soy quién para juzgar de cuál, pero sigues sin acostarte con ella. Está claro que algo ocurre al respecto.

—No ocurre nada. Y no estoy seguro que seas el más adecuado para hablar de esto.

—¿Quién mejor que uno de tus hermanos? Y si además es el experto en relaciones, mejor que mejor.

—¿Experto en relaciones? —Charlie subió una ceja escéptico—. Ninguna mujer te dura más de una semana seguida.

—En realidad hasta el momento han sido cinco días. Pero no me refiero a ese tipo de relaciones.

—No pienso hablar de ello —zanjó Charlie.

—Entonces ya lo averiguaré por mí mismo.

—Quería disculparme contigo —dijo Samy mientras bailaba con Angie.

—No veo por qué motivo —respondió ella sorprendida.

—He sido un poco descortés y brusco contigo últimamente. Por todo lo de Luke y Charlie.

—No te preocupes.

—Lo hago. Luke es un poco cabeza hueca. Me ha explicado el plan que había trazado para hacer reaccionar a Charlie y también me ha explicado que tú si supiste calarle. Siento reconocer que a mí me engañó y me tragué la historia al completo. Pensé que estabas cayendo en sus garras y me enfurecía pensarlo porque sabía que Charlie saldría dañado de todo eso.

—¿Tiene mala fama, verdad? —preguntó una sonriente Angie.

—Digamos que no es un hombre al que le duren las relaciones. En su favor diré que no engaña a nadie. Sin embargo con esto que ha hecho por nuestro hermano mayor, se ha redimido un poco.

—Hace unos días, le dije que lo dejase. Charlie estaba de peor humor que nunca y comenzaba a pasarle factura, a él y a mí.

—Pero supongo que no te hizo caso.

—No, no lo hizo. Sinceramente, pensé que todo eso iba a terminar con nuestra amistad y con el trabajo que realizamos juntos aquí.

—Me alegro que no haya sido así —sonrió Samy—. Veo mejor a Charlie.

—Al menos se ha relajado de todos esos temores a que Luke me hiciese daño.

—Por suerte —convino Samy—. Escucha, lo que quiero decirte es que puedes contar conmigo para lo que necesites, pero a cambio solo te pediré una cosa.

—Gracias, Samy. Por supuesto, pide lo que quieras, si está en mi mano.

—No le hagas daño a mi hermano. Ha sufrido demasiado y no necesita que le defrauden. No ahora que parece que vuelve a confiar en alguien.

Angie supo que Samy lo decía de corazón y le preocupaba muy en serio aquello. Sabía a lo que se refería, a todo aquello que le había pasado antes de comenzar su carrera en Austin. Lo que había hecho que se alejase de su familia y de su casa.

—Nunca le haría daño —respondió mirándole a los ojos con una sinceridad tal en ellos, que Samy no dudó ni medio segundo en creerla.

—Hora de bailar conmigo —anunció Charlie nada más volvieron Angie y Samy de la pista.

Angie tomó un buen trago de su cerveza, hacía calor. Comenzaron a sonar los primeros acordes de una canción lenta y él la tomó de la mano a continuación para encaminarla hasta la pista.

Comenzaron a bailar al ritmo de la lenta música de una de las baladas de Blake Shelton.

A Charlie le gustaba tenerla entre sus brazos, tocarla y sentir su cuerpo al lado del suyo, juntos, como con aquella canción. Sus manos estaban posadas en la cintura de ella y ahora se miraban a los ojos. Le gustaba lo que veía en ellos y le gustaba mirarlos, perderse en aquel verde que le ofrecía paz a su hasta entonces angustiosa existencia. Deseaba besarla, porque sus labios la reclamaban. Bajó su cabeza hacia aquel lugar que lo estaba llamando a gritos.

—Nos verán tus hermanos —objetó ella al tener los labios de él a escasos centímetros de los suyos. Ella también deseaba que él la besara, pero no estaba segura de

que él estuviera seguro de hacerlo delante de Luke y Sammy, de poder soportar el que alguien más les viera.

—Ellos no le van a decir nada a nadie —la tranquilizó antes de cubrir su boca con la suya en un lento beso que la saboreaba, sabía a cerveza, como él, pero sus labios eran frescos y cálidos a la vez y lo acogían con gusto. Ella le daba vida, sus labios lo hacían, toda ella, besarla era recibir una especie de barra de energía, como si de un videojuego se tratase.

—¡Vaya, vaya, vaya! —exclamó Luke sonriente observando la escena que se desarrollaba en la pista de baile entre su hermano mayor y Angie.

—Te lo dije —convino Sammy.

—Creo que vamos a ganar una hermana —sentenció Luke feliz.

CONOCIÉNDOSE

—Vamos a dar un paseo —anunció Charlie a su hermano con la mano de Angie cogida de la suya. No le importaba que sus hermanos viesen aquel gesto al igual que no le importó besarla delante de todos los parroquianos de Malone’s. Así sabrían que aquella mujer era suya—. Hace demasiado calor y aprovecharé para enseñarle el pueblo. Cuando queráis marcharos, si no hemos vuelto, dadme un toque al móvil.

—De acuerdo —convino Luke con una sonrisa insinuante.

—Ha sido una buena idea salir a tomar el fresco —le dijo Angie mientras caminaban el uno al lado del otro cogidos de la mano calle abajo—. No me entiendas mal, me encanta el lugar, pero hacía mucho calor, demasiada gente. ¿Venías mucho antes?

—Al menos una vez al mes, con mis hermanos durante nuestra adolescencia. Luego más tarde vine un par de veces con... —se detuvo un instante y su gesto se tornó más serio antes de pronunciar la última palabra—, ella.

Apenas si pudo convencer a su ex para ir en ese par de ocasiones. Sus gustos siempre habían sido más sofisticados, podían ir a todos los restaurantes elegantes de San Angelo, pero en cuanto nombraba Malone’s, Miles o el rancho su gesto se torcía. Con el tiempo había evitado ese tipo de distracciones o visitas, solo por ella, por hacerla feliz.

—Siento haber hecho esa pregunta —se arrepintió Angie al ver el gesto sombrío de Charlie.

—No —ahora la atrajo hacia sí y la asió de los hombros con un brazo mientras caminaban—. Debo aprender a recordar ese tipo de cosas sin que me causen efecto.

—No sé si te he dicho que me encanta tu camisa. Estás muy elegante, muy tejano —quiso cambiar de tema y suavizar el momento.

—Y a mí me encanta verte con esa falda y esas botas. Te sientan muy bien.

Angie se miró los pies.

—Si te digo la verdad, hacía unos años que no las usaba, en Austin desentonan un poco, pero pensé que serían perfectas para el rancho.

—Me gustas mucho cuando pareces tan *cowgirl*.

—Gracias. A mí me gusta escuchártelo decir —convino ella sonriendo.

—Siento haber ido tan deprisa antes. Me he comportado de forma casi primitiva —aquello le seguía reconcomiendo por dentro desde que se habían montado en el coche. Había pasado de huir de las mujeres casi en estampida a desear a una tanto que de no ser por la interrupción de su hermano, la hubiera poseído sin dudarle encima de un escritorio.

—No te disculpes por ello, yo actué de idéntica forma. Te hubiera seguido al fin del mundo si me lo hubieras pedido en ese momento y te aseguro que no soy así habitualmente.

—Te deseo tanto que a veces me planteo si es sano o si algo en mí está mal —confesó él—. Y sé que debo controlarme si no quiero asustarte.

—Charlie —sonrió ella abiertamente mirándolo un momento y desviando la mirada al suelo al siguiente. Ni en sus mejores sueños podría haber pensado que un hombre así le dijera aquel tipo de cosas. Lejos de asustarla aquello la halagaba, le subía la moral y le hacía feliz, el despertar aquel deseo en un hombre era lo que había estado necesitando desde hacía mucho tiempo sin saberlo.

—Y te necesito a mi lado.

—Me tienes a tu lado, eso lo sabes desde hace tiempo. Y ahora estoy aquí veinticuatro horas al día.

—Lo sé —ahora se detuvo frente a ella, la miró a los ojos y besó su mejilla—. Nunca te podré agradecer lo suficiente que me hayas acompañado hasta aquí.

—No tenía nada mejor que hacer que pasar un tiempo en un bonito rancho y lo sabes.

Ambos se quedaron mirándose a los ojos intensamente.

—Tú pusiste una regla —habló de nuevo Angie—. Yo quiero poner otra.

—Es justo —convino Charlie.

—Sinceridad. Si en algún momento dudas de algo, dímelo, si quieres terminar lo quiera que comencemos, confía en mí, al momento, sin ambages. No quiero que nos hagamos daño. Quiero que lo hablemos todo, frente a frente.

—Escúchame, pequeña —le cogió suavemente la cara entre sus manos—, jamás haría nada de forma consciente que dañase nuestra amistad.

—Yo tampoco quiero perder a un amigo como tú —sonrió ella aceptando aquellas palabras. Ahora quería quitarle un poco de hierro al asunto—. No sabes lo que puedo fardar teniéndote de amigo.

—¿Por qué soy presuntamente famoso?

—No —siguió sonriendo ella mientras caminaban calle abajo de nuevo.

—¿Por qué mis padres tienen un rancho donde venir a pasar las vacaciones?

—No.

—¿Tengo buenos contactos?

—No —siguió sonriendo Angie.

—Entonces ¿por qué? —no se le ocurría nada más.

—Mmmm —se lo pensó Angie—. No sé si decírtelo. Igual te pones un poco insoportable.

—Por favor, dímelo —se detuvieron de nuevo y él posó sus manos en la cintura de ella suplicándole aquella respuesta con una sonrisa.

Angie puso los ojos en blanco rindiéndose.

—Porque estás muy bueno. Eres el hombre más sexy que he conocido en mi vida y tienes un cuerpo... —se mordió el labio inferior dándole énfasis a aquella afirmación.

Charlie soltó una sonora e incrédula carcajada.

—Tratas de tomarme el pelo. Estoy seguro que ni siquiera lo piensas.

—Lo pienso al igual que tus miles de seguidoras de Twitter. Yo tan solo soy una fan cumpliendo su sueño.

—Entonces no es cierto. A mis seguidoras de Twitter les gusta mi programa, el trabajo que hay tras él de todo mi equipo. Apenas habrá un puñado que puedan estar interesadas en ello. ¿Me sigues en Twitter? —preguntó ahora serio frente a ella.

—Solo desde hace unas semanas. Considérame una fan reciente, de esas que aún están locas por ti y harían cualquier cosa por complacer a su ídolo.

—Entonces si te beso es posible que grites como una poseosa —jugó él.

—Es bastante posible —continuó el juego ella.

Él se acercó a sus labios y los besó con un beso tierno e intenso a la vez. Tras separarse ella soltó un grito típico de una fan y él riendo le tapó la boca con la mano al momento, durante al menos un segundo. Ella también rio aún en sus brazos.

—¿Sabes que te adoro? —confesó él—. Me gusta ese sentido del humor, tu belleza, tu personalidad, tu capacidad de trabajo, tu sentido de la responsabilidad. En realidad... —lo pensó un momento—, podría ser tu fan. ¿Me dejas serlo?

—¿Aún no me sigues en Twitter? —le preguntó Angie tratando de ponerse seria. Ella sabía que no, era algo de lo que sin duda se acordaría—. Charlie, Charlie...

—negó con la cabeza y chasquéo la lengua—, eso te hace perder puntos.

—Soy un fan incipiente, has de tener paciencia conmigo, pero te aseguro que recuperaré esos puntos perdidos en cuanto tenga oportunidad —siguió la broma él.

—Vas a tener que trabajar muy duro, te lo advierto —le dijo de nuevo intentando parecer seria, algo que no consiguió.

Continuaron su paseo por la pequeña ciudad de Miles. Charlie recordaba su infancia y juventud a caballo entre Miles y el rancho en pequeños detalles que le iba contando a Angie a cada paso.

—A ese restaurante veníamos los domingos con mis padres. Nos tomábamos un batido de chocolate —dijo señalando un local de letrero rojo y azul luminoso que aún permanecía abierto con no más de media docena de clientes.

—Parece acogedor.

—Lo es —Charlie maduró una idea en su cabeza. Le gustaría volver a tomarse uno de aquellos—. ¿Podría recuperar puntos si te invito a un batido de chocolate?

—Creo que vas por el buen camino —sonrió ella encantada. Hacía calor y a pesar de la cerveza que se habían bebido hacía una hora, tenía sed.

Decidieron sentarse en la mesa más alejada de la puerta, la que más intimidad confería. Apenas unos segundos después la camarera les tomó nota y en unos minutos, dos batidos de chocolate fueron colocados delante de ellos.

—El sabor no ha cambiado en absoluto —dijo Charlie saboreando aquel dulce y fresco chocolate a la vez que decenas de buenos recuerdos de su infancia se agolpaban en su cabeza haciéndole sonreír.

—Está delicioso sin duda —convino ella—. ¿Muchos recuerdos, cierto?

—Desde luego —le gustaba la capacidad de empatía que sentía con ella. Casi sabía lo que pensaba en cada momento.

—Has echado de menos estar aquí —afirmó ella. Se refería al rancho, a las casa de sus padres y a volver con su familia.

—Sí —no se molestó en negar algo evidente—. He sido un idiota estos años alejándome de esto. Ahora lo sé.

—Pero ahora estás aquí recuperando todo lo bueno —le sonrió ella cuando sus miradas se cruzaron de nuevo. Él también le dedicó una sonrisa.

—Cuéntame algo de ti. Tú ya sabes casi todo de mí y ahora de repente soy yo el que apenas sabe de ti.

—¿Qué te gustaría saber?

—No sé. Quizás de dónde eres, cómo es tu familia, qué hacen tus padres, tus hermanos si tienes, esas cosas.

—De acuerdo. Me crie en Laredo, mi padre se llama Angus y es agente fronterizo y mi madre, Lucy, es profesora de literatura. Nosotras también somos tres, pero todas chicas. Y yo también soy la mayor.

—¿A qué se dedican ellas?

—Beatrice, la pequeña, es maestra y Cora, la mediana, agente de policía.

—Y tú te saliste de la norma y fuiste periodista, como yo.

—No, en realidad no lo soy. Y nunca te he dicho que lo sea.

—Pero tú escribes...

—Estudié filología hispánica en realidad, pero se me daba bien eso de escribir desde que estaba en el instituto, primero en el periódico de la facultad, en algunos locales, fui encadenando publicaciones hasta que una cosa llevó a la otra y acabé en Austin hace unos años.

—¿Qué hacías cuando llegaste?

—Me ofrecieron dirigir una revista y lo hice.

—¿En serio? —preguntó un sorprendido Charlie. Sabía que aquella mujer tenía talento, pero no sabía cuán alto había llegado.

—En serio.

—¿Y por qué lo dejaste?

—No lo dejé. La revista cerró. Llegó la crisis y aunque incluíamos regalos y muestras en cada número, las ventas no eran lo mismo que al principio. Así que el grupo editorial se quedó solo con las publicaciones que más beneficios les reportaban y el resto fuimos historia. Cerraron casi la mitad de las que tenían.

—¿Y luego...?

—Luego he seguido escribiendo, para mantenerme, esos artículos que crees que tu hermano no ha leído —sonrió al decirlo—. Pero no reporta demasiado.

—Así que tuviste que aceptar un trabajo como asistente de un locutor malhumorado que huye de las mujeres para sobrevivir —bromeó él para quitarle hierro al asunto.

—Contando con que al principio pensaba que mi trabajo iba a consistir en pasearte al perro y recogerte la ropa del tinte, creo que no está nada mal lo que hago ahora.

Charlie sonrió. Sabía que quitando los momentos en los que se mostraba poco menos que insoportable, ella estaba satisfecha con el trabajo. Nunca hubiera contratado a alguien para pasearle el perro y hacerle los recados.

—Estoy pensando en comprarme un perro —meditó bromeando—. Y creo que ayer dejé algo en el tinte y no me apetece ir a buscarlo...

Angie le tiró una gominola de las que la camarera había puesto en un cuenco sobre la mesa hacía un rato. Él la atrapó en el aire riendo.

—No hace falta recurrir a la violencia, solo era broma —rio Charlie antes de meterse la gominola en la boca.

Charlie saboreó la dulce gominola de fresa mientras la observaba degustar poco a poco el batido de chocolate. Lo cierto era que quería preguntarle algo más, pero no sabía si era apropiado.

—Adelante —le dijo ella—. Me doy cuenta por tu silencio que quieres preguntar algo y no te atreves.

—No quiero ser indiscreto y quizás no es correcto...

—Siempre puedo no contestarte si no lo es, pero si no lo sueltas no lo sabremos.

—Me preguntaba como una mujer como tú no está casada y con hijos. Aunque quizás lo hayas estado. Pero olvídalo, seguro que no es asunto mío.

—Bueno, no es tan grave al fin y al cabo. No he estado casada. Si lo que quieres saber es por qué estoy sola. Pues no lo sé. Creo que tuve suficiente la última vez.

—¿Puedo preguntar qué pasó? —dijo en tono suave Charlie.

Angie bebió de su batido y perdió la sonrisa en un instante. Bajó su mirada centrándola ahora en el fondo de la copa. No le gustaba aquel tema y no le gustaba recordar lo que había sucedido, había sido un lastre en su vida durante los últimos años y aún pagaba las consecuencias de aquello.

—Lo siento, olvídalo —dijo Charlie posando su mano sobre la de ella. Al parecer también tenía sus propios fantasmas, y la comprendía más de lo que nadie pudiera hacerlo—. No necesito saberlo.

Ella apretó la mano de Charlie y decidió hablar, él también le había contado lo que le había ocurrido y era justo que la sinceridad fuera por ambas partes.

—No. Está bien —tomó aire para insuflarse valor—. Tú me contaste lo que te ocurrió, creo que es justo que te lo cuente.

—No me debes nada, quise hacerlo en ese momento.

—Es justo que lo haga —dijo con la mirada ahora en la mano que sostenía la suya—. Estuve un par de años con mi última pareja, pensaba que todo iba bien entre nosotros, que me quería y aceptaba tal como era. De hecho yo ni siquiera pensaba en ello en aquel momento. Pero quiso ascender en la vida y bueno, yo no representaba el canon de belleza que se suponía que debía tener la pareja de alguien con esas aspiraciones.

—Pero si eres preciosa —intervino Charlie sin comprender qué quería decir con aquello. Su cara tenía unos rasgos dulces, su pelo era ondulado con unos rizos muy bonitos y sus ojos le gustaban como nunca otros le habían gustado, su mirada era tan dulce como su personalidad.

Angie soltó la mano de Charlie y la unió sobre la mesa con su otra mano en un gesto nervioso y torpe.

—Por el amor de Dios, la realidad es que no soy una modelo, mis medidas no son noventa sesenta noventa y desde luego peso bastante más de cuarenta kilos, peso más del doble de eso y seguramente mis medidas también sean el doble que esas. Esa es la maldita realidad. Y no puedo cambiarla, lo intenté, pero no puedo.

Confesar aquello la estaba afectando más de lo que creía que lo haría a esas alturas. Habían pasado tres años, no debía sentirse de aquella forma nunca más, ni

formársele un nudo en la garganta como estaba sucediendo en ese momento, no ahora que un hombre la deseaba de nuevo, aunque ese hombre llevase años sin acostarse con una mujer, aquello significaría algo, aquello tenía que significar que no era tan poca cosa como creía o como aquel malnacido de su ex le había hecho creer.

—Dios mío, Angie —Charlie le tomó suavemente la cara entre sus manos y la obligó a mirarlo a los ojos. No podía creer lo que estaba escuchando y no podía creer que los ojos de ella estuvieran al borde de las lágrimas como veía en aquel momento—. Eres preciosa, toda tú lo eres, desde el primer mechón de tu pelo hasta el último dedo de tu pie. No eres una modelo y no necesitas serlo. Eres perfecta tal como eres. ¿Me oyes? ¡Perfecta!

Angie asintió y trató de esbozar una leve sonrisa. Aquellas palabras de Charlie eran las mismas que sus amigas le habían repetido hasta la saciedad durante los últimos meses de relación con aquel tipo y los posteriores, en los que la pena la mantenía sumida durante días en su casa de Manor. Charlie le soltó la cara, puso las copas de los batidos a un lado y se inclinó hacia delante para besarla suavemente en los labios. Bajó las manos de su cara y tomó las de ella por encima de la mesa.

—Hice dietas, ejercicio, pero... —se detuvo. Recordó aquellas interminables jornadas en las que se privaba de alimentos, pasaba horas haciendo ejercicio y acababa sus días agotada y hambrienta. No eran buenos recuerdos precisamente. No cuando él la seguía mirando como si fuera una foca y le decía una y otra vez que no la quería porque no se esforzaba lo suficiente. Miró al techo tratando de contener los recuerdos mientras pestañeaba para que sus ojos absorbieran aquella humedad. Una lágrima escapó de uno de ellos y Charlie soltó una de sus manos para secarla con un pulgar.

—Ese tipo no te merecía —dijo Charlie. Alguien que anteponía un físico irreal de pasarelas a la belleza real y sobre todo a la personalidad de una mujer como Angie, sin duda no merecía ni media lágrima por su parte, y era consciente que ella habría derramado muchas por él si aún aquel recuerdo tenía la capacidad de hacerle daño.

—Lo siento —tragó saliva y suspiró soltando aire contenido. Trató de recomponerse—. En realidad, es algo que creo que casi tengo superado. Pero no ha sido fácil y a veces sigue sin serlo. Hay situaciones en las que no me siento cómoda aún.

—Aquel día en el río —recordó Charlie de repente y ella asintió. Ahora se daba cuenta de aquello. No había querido bañarse con él porque no estaba segura de su físico.

—Y te agradezco que fueras tan considerado aun sin saberlo.

—Quería bañarme contigo, tener tu cuerpo cerca del mío. Porque me atraes.

—Aún no me has visto... —desnuda, quiso decir, pero se contuvo. Quizás cuando lo hiciera y viese todas sus redondeces comenzara a pensar de otra forma.

—Pero te he sentido junto a mí y me ha gustado. Mucho.

Angie mostró un gesto neutro. Probablemente Charlie solo estuviera tratando de ser amable.

—¿No lo entiendes, verdad? —le preguntó Charlie—. Desde hace seis años ninguna mujer ha provocado en mi cuerpo lo que tú has hecho. Casi me vuelvo loco pensando por qué me sucedía de repente después de tanto tiempo el día que nos tomamos aquella sauna en Dallas.

Angie abrió los ojos y lo miró ahora con interés.

—Sí, desde entonces mi cuerpo ha respondido a ti como no lo ha hecho con nadie en siglos. Por eso tuve que salir del río, porque podría haberte poseído como si fuera un animal allí mismo. O en el despacho hace unas noches o incluso hace un par de horas sobre el escritorio de mi habitación. ¿Crees que eso es fruto de la casualidad? ¿Qué va a cambiar cuando te vea con unas cuantas prendas menos?

—Pero hace seis años que tú no...

—Un tiempo en el que ninguna mujer ha provocado en mí lo que provocas tú —le repitió nuevamente en tono confidente acercándose a ella sobre la mesa mientras la miraba a los ojos.

—Yo...

—Eres preciosa —la siguió mirando a los ojos—. Grábatelo en esa cabecita y no lo olvides.

Angie le sonrió tímidamente, agradecida por aquellas palabras. Que sus amigas se lo dijeran era normal, al fin y al cabo eran sus amigas, pero que un hombre le dijese todo aquello, era... diferente. Creía a Charlie, ahora lo hacía.

—Y si quieres que le rompa la cara a ese tipo, estaré orgulloso de hacerlo —añadió Charlie. No era partidario de la violencia gratuita, pero desde luego que con aquel tipo podría llegar a hacer una excepción. Sin duda merecía una buena lección.

—No será necesario —suspiró Angie—. Confío en que la vida le dé su merecido. Todo el mundo tarde o temprano lo obtiene. Ya sabes, eso del karma.

—Y ahora lo que voy a hacer es —sacó su teléfono móvil, colocó ambas copas de batido juntas e hizo una fotografía—. Buscarte en Twitter, seguirte y subir esta foto con un comentario.

Charlie buscó por nombre y apellido y la halló. Su fotografía de perfil no era otra que la de la cena de Dallas. Le dio a seguir, tenía un par de cientos de seguidores y subió la fotografía etiquetándola en ella.

Sonaron varias notificaciones en el teléfono de Angie. Una de ellas era la confirmación de que la estaba siguiendo y la siguiente era un *tweet* donde la había etiquetado:

Tomando un batido con una gran amiga y preciosa mujer.

—Por el amor de Dios —se sobresaltó ella al leerlo—. ¡Bórralo o serás la comidilla de Austin de los próximos días!

—No pienso borrarlo. Me da igual Austin o medio Texas. Ese *tweet* se queda ahí para siempre.

—No quiero lamentos —advirtió ella sabiendo que aquel simple *tweet* podría convertirse en algo más que cuando los medios de comunicación lo viesen.

A Charlie le importaba poco lo que pensarán los demás. No si se trataba de ella, porque confiaba en aquella mujer. Y merecía aquel *tweet* y muchas cosas más, sobre todo después de conocer su historia. Una historia la cual era consciente de la que solo había salido a la luz la superficie de la misma.

¿CENAMOS?

Charlie estaba frustrado. Cada vez que se quedaban a solas, alguien aparecía y los interrumpía y para colmo de males aún no había podido escaparse un rato en dos días para ir a comprar preservativos, algo que necesitaría en cuanto pudiera hallar el tiempo suficiente a solas con ella. Cada día que pasaba la deseaba más y estaba a punto de volverse loco.

—¡Adelante! —dijo casi malhumorado. Se estaba secando el pelo con una toalla. Era la tercera ducha fría que se daba ese día y se disponía a ir a dormir. Al día siguiente tenía programa.

Luke abrió la puerta y entró en la habitación.

—¿De mal humor? —bromeó su hermano.

—No me toques las narices —advirtió Charlie mientras se ponía el bóxer y el pantalón del pijama.

—Vengo a ayudarte en algo —siguió sonriendo.

—Pues más vale que sea rápido porque voy a dormir.

—Y ya veo que además solo.

—¿Vas a ir al grano?

—Está bien. Toma —le extendió una pequeña bolsa de papel.

Charlie la tomó en sus manos y sacó el contenido. Una caja de preservativos. Frunció el ceño y miró a su hermano. ¿Cómo demonios había sabido...?

—No hace falta que me des las gracias. Te he estado observando y si el asunto no es médico, tal como dices, probablemente el problema que tengas es que te falte esto para continuar. No deberías hacer esperar a una mujer por este asunto. Pero quizás debas plantear una velada romántica antes de nada. Es algo que agradecen, ¿sabes?

Charlie siguió mirando a su hermano sin hablar.

—Te diría que me debes veinte pavos, pero creo que será un regalo a la causa de la recuperación sexual de mi hermano mayor. Debe ser casi como perder la virginidad de nuevo —bromeó Luke y Charlie frunció el ceño.

Luke se giró para dirigirse a la puerta.

—Luke —le llamó Charlie.

—¿Sí, hermanito? —dijo sin girarse agarrando ya el pomo de la puerta.

—Gracias —sonrió ahora Charlie.

—Desde San Angelo en conexión directa con Austin, dedicamos esta canción a todas las personas que han hallado a alguien especial este verano —escuchó decir a Charlie a través del reproductor de su ordenador. Ella como siempre mientras Charlie hacía el programa semanal, adelantaba trabajo del de la semana siguiente. A continuación se escuchó la canción de Blake Shelton *You'll always be beautiful*.

«¿Cenamos juntos esta noche?», le llegó al teléfono móvil en forma de mensaje. Era Charlie, aprovechando el espacio de la canción.

«Todas las noches cenamos juntos», bromeó ella.

«Solos, quise decir», tecléo Charlie con una sonrisa en los labios.

Angie: «Estaré encantada. ¿Dónde iremos?»

Charlie: «Es una sorpresa. Solo debes estar lista a las siete.»

Angie: «Dime al menos si es formal o informal.»

Charlie: «Informal, pero hazme un favor, lleva tus botas. Te sientan muy bien.»

Angie: «Lo haré...ah, y gracias por la canción.»

Charlie: «Pensé que no te darías cuenta.»

Lo cierto es que tanto secreto la estaba matando. ¿Dónde irían? ¿Aquella falda con las botas y aquella blusa serían adecuadas? De acuerdo, le había dicho que era informal, pero no tenía idea de cómo de informal. Además, Charlie llevaba horas fuera y no había dicho dónde estaba. Samy y Luke estaban en los establos, así que con ellos tampoco.

—Hola, preciosa —le dijo la voz divertida de Charlie en su oído. Estaba en el jardín paseando, tratando de calmar los nervios que aquellas preguntas sin respuesta le generaban.

Ella se giró y sonrió al verlo. Vestía vaqueros y una camiseta azul marino. Él iba informal, quizás debería dejar de preocuparse.

Charlie la cogió de las manos y la miró de arriba abajo. Llevaba una falda de vuelo marrón, una camisa blanca y sus botas de *cowgirl*. Sonrió al verla. Estaba ideal con su pelo suelto y olía a ámbar, como siempre hacía. La atrajo hacia sí y la besó largamente en los labios.

—¿Lista? —le dijo tomándola de la mano. Ella asintió y lo siguió hasta el coche.

—Claire, no te vas a creer lo que acabo de ver —dijo Sam feliz mientras miraba por la ventana de la habitación dirigiéndose a su mujer.

—Si no me lo dices ni siquiera lo sabré —dijo levantando la vista del libro que leía sentada en una de las butacas.

—Una escena de lo más prometedora. ¡Charlie ha besado a Angie!

—Todo funciona a la perfección entonces —sonrió Claire.

—¿Acaso me ocultas información, mujer?

—¿No te lo dije?

—Creo que no —frunció el ceño Sam.

—Samy les ha visto hacerlo en varias ocasiones.

—¡No me ocultes esas cosas! Claire, cariño, sabes que soy un hombre en reposo con pocas distracciones y preocupado por mi hijo mayor. Es algo que me hubiera gustado saber.

—Lo siento, Sam. No volverá a suceder.

—¿Dónde van? —les había seguido con la mirada hasta el todoterreno.

—A cenar y ver alguna película —informó Claire—. Pero me preocupa pensar si Charlie está preparado para esto después de lo que nos contó hace unos días.

—Confío en Angie —manifestó Sam.

—Yo también. Me gusta mucho esa jovencita. Y rezo para que pueda ayudarle a sanar sus heridas.

—Creo que sabrá llevarle. Es paciente.

Angie se mostró asombrada al ver donde la había llevado Charlie. Había pensado que irían a un restaurante y habían ido allí, a la cabaña de caza donde había visto una preciosa puesta de sol unas semanas atrás. Charlie bajó del todoterreno y fue solícito a abrir la puerta de ella.

—Hemos llegado —anunció extendiendo la mano.

—Pero... yo pensaba que...

—¿No te gusta? —preguntó con temor Charlie. Había pensado que sería perfecto, pero ahora no estaba tan seguro.

—No es eso —sonrió ella tranquilizándolo—. Me encanta. ¿Has encargado algo?

—Ya lo verás —le sonrió de nuevo tirando de su mano antes de cerrar el coche y llevarla dentro de la cabaña.

—Ohhh —exclamó ella nada más se abrió la puerta. La mesa estaba elegantemente puesta, había varias velas distribuidas por la casa y para dotar de más intimidad las cortinas estaban cerradas. En el suelo frente al televisor había un par de colchas estiradas con al menos media docena de cojines y en un lateral un pequeño montón de películas en DVD.

—Cenaremos —sonrió Charlie hablándole desde atrás mientras la abrazaba pasándole las manos por la cintura—. Y luego podremos ver un par de películas estirados en el suelo, a la antigua usanza. Las que tú quieras. Espero que lo que he cocinado te guste.

—¿Has cocinado para mí? —preguntó una sorprendida Angie girándose hasta tenerlo frente a frente. Aquello era algo que hasta el momento ningún hombre había hecho por ella y le agradó.

—Por supuesto. No sé si te comenté que hace un tiempo tomé algunas clases de cocina.

—Algo había escuchado al respecto.

Se hizo el silencio entre ambos, que permanecieron mirándose intensamente a los ojos durante unos segundos.

—¿Quieres cenar o...? —comenzó a preguntar Charlie. Estaba perdiendo la batalla contra su ya débil autocontrol. El plan había sido cenar, ver una o dos películas y solo si surgía y a ambos les apetecía, llegar más lejos. Pero ahora no lo tenía tan claro, había esperado demasiado, se sabía a solas con ella, sin nadie en los alrededores que les molestase, con la puerta de la cabaña bien cerrada y el deseo fue más potente que la razón.

Se apoderó de sus labios en un suspiro sin terminar de formular aquella pregunta. Ella pasó los brazos alrededor de él que la apretó contra su cuerpo haciéndole saber el deseo que habitaba en él. Devoraba su boca como si aquella fuera la cena y ella gemía suavemente en sus labios haciéndole perder aún más la razón.

—Entonces, la cena... —pudo articular durante dos segundos él.

—Mas tarde —respondió ella con una mirada que no dejaba lugar a dudas, primero lo quería a él. Para ella también había resultado demasiado tiempo conformándose apenas con unos besos robados antes de que alguien siempre los interrumpiese o Charlie se arrepintiese de continuar.

—Perfecto —le devolvió la mirada con una sonrisa. Podía leer en sus ojos lo mismo que sabía que ella estaba leyendo en los suyos.

—Vamos —dijo ella empujándolo hasta hacerle sentar en el sofá.

Se puso a horcajadas sobre él y sus bocas volvieron a danzar de nuevo juntas aquella danza desenfadada de besos. Las manos de Charlie comenzaron a subir por la suave pierna de ella hasta dar con su muslo y su trasero introduciendo la mano por debajo de la braguita de ella, le gustaba aquel generoso trasero donde poder tocar a su antojo.

—Por favor... Charlie... dime que esta vez... tenemos... —le rogó una respuesta mientras seguía aquel impulso, no podría detenerse aun sabiendo que estaban cometiendo una locura si él no tenía. Habían ido demasiado lejos y mucho se temía que ninguno de los dos podría resistir más sin ser el uno del otro inmediatamente. Se castigó en silencio por no haber comprado preservativos ella misma.

—Esta vez sí —confirmó él sintiendo un gemido de júbilo de ella en su garganta.

Sus manos se dirigieron a su blusa y comenzaron a desabrochar todos y cada uno de los botones a ciegas. Aquello era algo que hacía mucho tiempo que no hacía y se sintió torpe y demasiado lento haciéndolo. Ella sin embargo apenas tardó un segundo en tirar del borde de la camiseta de él hacia arriba instándole a quitársela, algo que hizo al instante para volver a centrarse en aquellos botones que se resistían. Ella pudo por fin tocar libremente a su antojo aquel pecho desnudo de él, terso, firme y suave con apenas un poco de vello.

Por fin los botones cedieron y permitieron que él le bajase la blusa dejando sus clavículas descubiertas, que besó suavemente. La acarició en el estómago y fue subiéndolo hasta alcanzar uno de sus pechos que cubrió con su mano masajéandolo para hacerla excitar aún más si eso era posible.

Las manos de ella sobre su cuerpo estaban consiguiendo volverle loco y ahora que le estaban desabrochando el cinturón y el botón de los vaqueros sabía que aquello no iba a durar demasiado. Ambos tenían demasiada urgencia. Dirigió la mano a su espalda donde desabrochó el sujetador de ella dejando libres sus pechos, generosos, pero firmes. La contempló un segundo.

—Eres preciosa —le dijo con respiración entrecortada entre cortada con ella y colocarla en el suelo donde estaban las colchas. La ayudó a deshacerse de la falda.

Él por su parte se deshizo de los pantalones vaqueros quedando solo con el bóxer que mostraba una importante erección y volvió a centrarse en ella. Besó cada uno de sus pechos lamiendo cada cima brevemente antes de centrarse en sus labios de nuevo. Ella bajó su mano hasta su abultamiento y lo acarició. Él dio un respingo apartándose.

—Lo siento, preciosa, pero no voy a poder más —le habló mirándola a los ojos—. Te necesito ya.

—Yo también —convino ella y ambos sonrieron besándose en los labios de nuevo con premura.

Charlie se deshizo del bóxer y alargó la mano hasta sus vaqueros de donde sacó el preservativo para luego rasgar el envoltorio. Se lo colocó en apenas un par de segundos, al menos en aquello no había perdido práctica.

Un segundo después de ayudarla a deshacerse de las braguitas y a punto de entrar en ella se detuvo y la miró a los ojos. Tenía miedo, de que aquello significase más para ella.

—Charlie ¿qué ocurre? —preguntó ella sabiendo que su mirada había cambiado. De repente notó el miedo en él y temió que todo terminase en aquel momento, tan cerca del final.

—¿Sabes que esto es solo sexo, verdad?

—Ambos lo sabemos —confirmó ella deseando que aquello fuera suficiente para convencerlo. Lo necesitaba y no había llegado tan lejos para detenerse—. Ahora termina tu trabajo, vaquero.

Aquella confirmación y la suave pero firme orden de ella hicieron que su deseo se encendiera de nuevo, besando su boca y entrando suavemente en su interior a la vez que notaba cómo ella ahogaba un gemido en sus labios.

Comenzaron una rítmica danza de movimientos buscando el placer de ambos, él besó y lamió su cuello mientras intensificaba las embestidas provocándole las primeras oleadas de placer. Ella estaba tan excitada como él y lo sabía.

—Allá vamos, cariño —le habló al oído y ella asintió incapaz ya de articular palabra.

Entrelazaron los dedos de las manos en un gesto espontáneo que más bien parecía un gesto común de ambos y concentrándose en sí mismo en un ejercicio casi sobrehumano esperó hasta que Angie estalló en un intenso orgasmo que la sorprendió. Él se dejó ir a continuación esparciendo su semilla mientras el cuerpo de ella le aferraba íntimamente con espaciados y placenteros espasmos. La besó largamente en los labios hasta que sus cuerpos quedaron relajados.

Ambos se tumbaron de lado mirándose el uno al otro. Charlie tiró de una de las colchas y cubrió sus cuerpos. Él la miró. Acababa de compartir un intenso orgasmo como no recordaba ¿Qué demonios había sido aquello? Hacía seis años desde la última vez que lo había hecho y no recordaba que fuera tan bueno y que pudiera sentirse tan bien después.

Angie lo miró un segundo, cerró los ojos con fuerza y lo supo entonces. Había jugado con fuego y se acababa de quemar. No era un simple polvo, sino que se había enamorado de Charlie Atkins y aquello no le iba a traer nada bueno con un hombre que no buscaba nada más que un poco de buen sexo. ¿Por qué demonios pensó que podía hacerlo sin consecuencias?

—¿Sucede algo? —preguntó él pasando una pierna por encima de las de ella para atraerla más hacia sí. Había visto como cerraba con fuerza los ojos y temió haberle hecho daño físico.

—No, nada —sonrió y dijo algo que era cierto—. Ha sido fantástico, eres fantástico.

—Tú sí que eres increíble. No recordaba un sexo tan bueno —le acarició la mejilla con el dorso de los dedos y permanecieron mirándose el uno al otro en silencio.

Los ojos de ambos se cerraron poco tiempo después. Estaban exhaustos.

Ella despertó al menos una hora después y lo miró. ¿Qué demonios iba a hacer ahora? Se había enamorado de aquel hombre que dormía plácidamente con una sonrisa frente a ella. Se dijo a sí misma que no había sido nunca una mujer de aventuras y jamás se había acostado con un hombre solo por sexo. Había aceptado aquello engañándose a sí misma. ¿Y ahora qué? Mirándolo bien... al menos sabía a lo que atenerse. Podría seguir con aquello mientras durase, quizás lo hiciera el tiempo suficiente para que al final pudiera terminar olvidando aquellos sentimientos que comenzaban a anidar en su interior. Si no esperaba nada a cambio, no había engaño alguno. Pero mientras tanto, disfrutaría de buenos momentos con él, eso si acaso estaba dispuesto a repetir.

—Hola —Charlie abrió los ojos y sonrió. Tenía el pelo revuelto y estaba muy sexy. Se le veía relajado como nunca antes—. Me temo que me he quedado dormido.

—Yo también.

—¿Cenamos? —le ofreció. Su estómago estaba rugiendo y estaba casi seguro que el de ella estaría parecido.

—Como tú quieras.

—Luego podremos ducharnos si lo deseas. Pero ahora reconozco que estoy hambriento.

Angie sonrió. Ella también lo estaba, pero podía esperar si la alternativa era estar acostada frente a aquel hombre y contemplarlo.

Charlie se incorporó, cogió los bóxers y fue hasta el baño mostrando su perfecto trasero. Aquella vista tampoco estaba nada mal. Ella aprovechó el momento de intimidad y estirando la mano alcanzó la camiseta de Charlie y se la puso. Olfía a él, aunque ya no sabía si era la camiseta o si era ella misma. Sus olores se habían mezclado como ellos. Al momento él regresó.

—Espero que no te importe —dijo ella señalándose la camiseta que llevaba puesta. A pesar de que era ancha, se le marcaban los pezones en ella y apenas le tapaba el muslo dándole una amplia visión de sus sensuales piernas y de sus botas que aún tenía puestas. Le excitaba aquella imagen.

—Estás preciosa con ella —le sonrió. Tratando de quitar aquella idea de su mente. Acababa de hacerla suya y ya estaba pensando en repetir. ¿Seis años de abstinencia y de repente la deseaba tanto como para hacerlo dos veces apenas con una hora de diferencia? —. Siéntate, por favor.

Angie tomó asiento. Charlie se lavó las manos y sacó del frigorífico una bandeja de canapés que fue poniendo en varios platos que llevó a la mesa. Tomó una botella de vino merlot y sirvió dos copas, ofreciéndole una a ella. Tomaron asiento, brindaron en silencio alzando sus copas y comenzaron a comer.

CENA MUY INFORMAL

—Cuando me dijiste que sería una cena informal, no pensaba que lo fuese tanto —dijo ella lanzándole una mirada llena de significado. Él cenaba en bóxers y ella con la camiseta de él.

—No había planeado que fuera tan informal.

—Los canapés están deliciosos.

—Siento que haya salido así todo esto. No era como lo había planeado. Siento no haber sido un caballero.

Sentía que no hubieran podido comer como personas civilizadas y ver una película antes de que ocurriera lo que acababa de ocurrir entre ellos. Esa no había sido su idea nunca.

—Charlie —se limpió los dedos en la servilleta y se inclinó hacia delante en la mesa—. ¿Acaso me has escuchado quejarme?

—Mierda, no, pero...

—Todo ha sido y es perfecto. Déjalo estar. La próxima vez será diferente.

¡Maldita sea! Acababa de asumir que habría una próxima vez y quizás no fuera así, quizás él no quisiera una próxima vez. Si había pasado tanto tiempo sin sexo, podría pasar otro tanto hasta esa próxima vez y seguro que no sería con ella. Ahora Charlie la miraba intrigado.

—Por Dios, no he querido decir que tenga que haber una próxima vez. No si tú no... no tienes por qué... Ya sé que yo no soy... —balbució Angie.

Charlie esbozó una sonrisa.

—¿Te resulto graciosa? —preguntó ella frunciendo el ceño.

—Sí.

—Quizás sea hora de que nos vayamos —sentenció ella dolida levantándose de la silla. Charlie se estaba riendo de ella. Quizás había resultado patética en su pretensión de que hubiera más. Nadie que no estuviera tan desesperado como lo había estado él se acostaría con ella.

—No —la detuvo cogiéndola de la mano y la atrajo hacia él haciéndola sentar en su regazo—. No quería decir eso —la besó en el cuello—. ¿No lo ves? Estamos tensos, resultamos un poco ridículos. Yo disculpándome y sintiéndome mal por cómo han salido las cosas y tú pensando que no voy a querer saber nada de ti a partir de hoy.

—Tienes razón —convino ella relajándose mientras apoyaba la cabeza en el hombro de él.

—Me alegra saber que los dos nos sentimos de la misma forma. Si no fuera así, podría llegar a ser realmente incómodo, ¿no crees?

—Las penas compartidas son menos penas —dijo ella sonriendo.

—Y lo ridículos que resultamos también es menos, si se comparte. Te prometo que la próxima vez lo haré mejor, procuraré que cenemos antes. Porque habrá una próxima vez. No le puedes dar el cielo a un hombre y quitárselo al segundo siguiente, jovencita.

—Eres demasiado bueno con las palabras y podría llegar a creérmelas. No se me ha de olvidar que eres un embaucador locutor de radio.

Charlie soltó una carcajada.

—Me han llamado muchas cosas, pero lo de embaucador es nuevo.

Ella volvió a su silla. Bebió un sorbo de vino y antes de introducir un nuevo canapé en su boca habló.

—Pero cuéntame, ¿cómo aprendiste a cocinar?

Charlie cambió su gesto y ella supo que de nuevo no era una pregunta apropiada.

—Aunque dejé de beber de aquella forma autodestructiva —dijo deteniéndose un instante para recordar esa dolorosa época—, las noches eran infernales, apenas podía dormir. Paseaba por la ciudad sin rumbo fijo, a veces salía a correr por las noches. Quería estar agotado, dormir. Una de esas noches pasé por una academia y me fije en el curso que estaban impartiendo, nocturno, cómo no, de cocina. Pensé que podría ser una válvula de escape. Unas horas que no podía utilizar para dormir y que podría usar para intentar evadir mi mente en algo útil.

—Siento haber preguntado —dijo al verle el gesto contraído.

Charlie guardó silencio unos momentos y tragó saliva.

—Hace tanto tiempo que me guardo todo esto que...

Se levantó de la mesa, fue a por sus vaqueros y sus botas y se vistió ante la atenta mirada de Angie que se culpó una y mil veces por haber hecho aquella pregunta.

—Necesito dar un paseo —dijo dirigiéndose hacia la puerta.

—Charlie, yo...

—Solo un momento, por favor —le pidió de espaldas a ella—. El postre está en el frigorífico y si no te importa nos quedaremos a dormir. Hay dos camas grandes dentro, usa la que creas conveniente.

Charlie salió por la puerta con el torso desnudo, ella tenía su camiseta y no se detuvo a mirarla siquiera. Había metido la pata con él. Los recuerdos de Charlie seguían siendo dolorosos, pero apenas se podía hablar con él de algo que no estuviera relacionado con su vida anterior, nunca sabía cuándo iba a preguntar algo inconveniente.

Caminó sin rumbo durante largo rato y se sentó al fin en una roca. La luna iluminaba la noche y hacía agradable el paseo a pesar del calor. Todo en su vida estaba relacionado hasta el momento con *ella*, apenas si podía hablar con alguien sin que aquel tema recurrente apareciera, *ella*, lo que sucedió, las consecuencias de aquella noche, lo que bebía para calmar el dolor y olvidar su traición, la de *ella* y la de *él*, su mejor amigo. Los paquetes de cigarrillos que fumaba a media noche para calmar los nervios a base de nicotina y conciliar el sueño. Todo había pasado, pero siempre volvía a aquel punto de partida, continuamente. Tenía el trabajo de Austin porque se fue huyendo de *su* traición, aquel curso de cocina para olvidar el dolor, el ejercicio nocturno...

Cerró fuertemente los ojos y apretó los puños. Estaba harto de todo aquello que se convertía en un recurrente de su vida y aparecía en todas las conversaciones que pudiera tener. No había confiado en nadie de nuevo desde entonces porque no quería contar todo aquello a nadie y no quería una nueva traición, no quería repetir la historia, amigos que no lo son realmente, mujeres como la que le había robado los últimos años de su vida y que casi le arrebatara a su familia.

Lo esperó, quería seguir cenando con él y tomar el postre juntos, que se calmase fuera lo que fuese lo que rondaba aquella cabeza. Quería ayudarlo. Lo amaba y lo acababa de descubrir, y sabía que tenía que volver a la amistad a secas con él, amistad y sexo, nada más. Él jamás iba a estar dispuesto a dar algo más que aquello cuando era capaz de detenerse en medio del deseo para asegurarse de que no habría más implicación o salir de una cabaña en medio de la nada después de compartir un momento tan íntimo a pasear en la noche porque un recuerdo le había noqueado. Charlie sufría más de lo que aparentaba y por lo que sabía, llevaba años con aquel dolor. Esa noche había dado un paso hacia delante en su vida, pero quién sabía si después de ello no se arrepentiría.

Y llegó Angie a su vida, y fue consciente que era diferente, de repente había alguien que encarnaba a las dos personas que había perdido aquella noche hacía seis años, siendo a la vez todo lo contrario a ellas. Pudiendo confiar como amiga y pudiendo estar con ella como mujer. Era capaz de soportarle el peor de los humores, sus horas sin hablar, incluso sus recriminaciones absurdas y a la vez escucharlo y consolarlo. Podía contarle cosas que le dolían demasiado para expresarlas hasta ese momento, escuchándolo en silencio, comprendiendo aquel dolor, sin juzgarle, sin pensar que era un idiota por sentirlo después de tanto tiempo. Podía liberar parte de su alma con ella. ¿Y qué hacía él con todo lo que ella le daba? ¿Cómo se lo agradecía? Dejándola sola en una cabaña, sin explicaciones y sin ni tan siquiera terminar de cenar

con ella.

Decidió darse una ducha después de recoger la mesa y guardar las sobras, probablemente Charlie y su dolor tardarían horas en regresar y a su regreso quién sabía si iba a estar de humor para verla. Lo mejor para ambos sería que se fuera a dormir. Por la mañana, con suerte, las cosas volverían a la normalidad.

Aunque intentó no hacer ruido al volver, ella lo escuchó, había intentado dormir, pero no se quedaría tranquila hasta saber que Charlie estaba bien y en la cabaña.

Entró en la habitación y se detuvo a observarla. Aunque no podía ver su cara, supuso que dormía. Quizás era mejor así. A la mañana siguiente, si no estaba furiosa por aquello, se disculparía. Por el momento, necesitaba una ducha antes de ir a dormir, necesitaba refrescar su cuerpo y su mente. Se desprendió de la ropa y se introdujo en el baño.

Al salir, ella seguía dormida y se detuvo a observarla de nuevo, observó aquel cuerpo que yacía bajo la fina sábana, un cuerpo con el que tanto había sentido horas antes. Se fijó en la otra cama, la que él iba a ocupar. Ella había dejado allí su camiseta. Apoyó la cabeza en el quicio de la puerta del baño y cerró los ojos durante largo rato, lo más probable es que estuviera furiosa con él y lo merecía, vaya que sí lo merecía. Era un bastardo, aquella palabra había salido de su boca dirigida hacia él en una ocasión y en ese momento la merecía de nuevo.

—Charlie —lo llamó ella. Había notado que él permanecía quieto en algún lugar de la habitación y había entreabierto con cuidado un ojo viéndolo derrotado contra el quicio de la puerta del baño, en ropa interior y a sus pies. No podía seguir fingiendo que dormía, no viéndolo en aquel estado.

—Lo siento, no quería despertarte.

—No lo has hecho. No estaba durmiendo.

Charlie miró cómo ella se sentaba en la cama tapándose pudorosamente con la sábana a pesar de que sabía que tenía la ropa interior puesta.

—¿Estás bien? —le sorprendió con aquella pregunta.

Podría haberle echado muchas cosas en cara, el haberla dejado sola en medio de la nada, haberse acostado con ella para dejarla tirada sin ni siquiera terminar de cenar, su actitud... Y sin embargo le preguntaba si estaba bien y volvía a sorprenderle su dulzura. Apoyó de nuevo la frente en el marco de la puerta y cerró los ojos. No merecía a alguien así en su vida. No contestó.

—Con un sí o un no me habría bastado —dijo ella volviendo a echarse en la cama. Sabía que él no estaba bien, y no quería una larga explicación, solo quería ayudarlo, pero estaba aprendiendo esa noche que no se puede ayudar a quien no quiere ser ayudado—. Buenas noches, Charlie.

—No, no estoy bien —dijo al menos un minuto después.

Ahora fue Angie la que no contestó y ni siquiera se removió en la cama, a pesar de que él sabía que no podría estar dormida tan pronto.

—¡Maldita sea! —masculló un minuto más tarde tras no recibir ningún signo de ella.

Se introdujo en la cama a su lado y la miró de frente acariciándole la mejilla.

—Lo siento —dijo arrepentido—. Siento tratarte de esta forma, acostarme contigo y al minuto siguienteirme y dejarte sola.

—Es culpa mía. No volveré a preguntarte nada de tu pasado —dijo ella arrepentida. Ese había sido el detonante de todo aquello.

—No es culpa tuya, soy yo, solo yo —dijo tragando con dificultad—. Pregúntame todo lo que quieras saber, todo. Tengo que aprender a hablar de ello.

—No quiero causarte esto. Ni verte así, porque me duele —le dijo en apenas un susurro.

—Lo siento, lo siento, lo siento —dijo besándole los labios a la vez que mantenía los ojos cerrados—. Necesito sacarlo, liberarme de ello.

El arrepentimiento que sentía esa noche, se convirtió en deseo al sentirla a su lado y comenzar a besarla suavemente como método de disculpa. Volvía a desearla con la misma intensidad y necesitaba borrar todo aquel dolor con ella. Angie respondía a sus caricias con el mismo ardor que él se las propinaba. Antes de cerrar los ojos y descansar plácidamente habían hecho el amor de forma lenta y apasionada volviendo a culminar en un intenso clímax que les había dejado exhaustos por segunda vez en apenas unas horas.

FORMAS DE CUIDAR

Se desperezó y estiró antes de abrir los párpados y mirar a su lado. La cama estaba vacía. Había esperado como una tonta encontrarlo a su lado, darle los buenos días, abrazarlo y hablar en la cama un rato, pero eso no parecía que fuera a suceder. Probablemente no llegaría a suceder nunca. Su amiga Terry siempre opinaba que era lo mejor, las explicaciones y la realidad del día siguiente no eran buenas. Quería a su buena amiga Terry, pero ella no opinaba igual ni era como ella, aunque tratara de emularla falsamente con aquella aventura con un vaquero. Estaba claro que para Charlie aquello era una aventura, así que si estaba dispuesta a continuar, más le valía hacerse a la idea de que los despertares serían de aquella forma.

Se sentó en la cama y se puso en pie. Sonrió al sentir las increíbles agujetas que se habían acomodado entre sus muslos. Hacía tanto tiempo de aquello que casi las había olvidado. Por suerte había llevado su ropa hasta la habitación. Rebuscó entre las sábanas el sostén y la braguita y se los puso. Al igual que los calcetines y la blusa. Se asomó al baño y se miró en el espejo acomodándose el pelo antes de lavarse la cara y salir de la habitación. Oía a café y había aún más de media cafetera, así que Charlie había hecho y había tomado, pero no había rastro de él. Miró por una de las ventanas y lo vio en el porche, sentado en unos de los escalones y vestido solo con los vaqueros, mientras miraba al horizonte.

—Buenos días —dijo ella saliendo al exterior mientras se apoyaba en la barandilla.

Charlie la miró durante unos segundos. Estaba preciosa. Apenas la había visto un par de veces más sin maquillaje y le gustaba ver su cara al natural para variar.

—Hola —la saludó al fin sonriendo. Estaba admirando sus piernas, la camisa apenas le tapaba hasta medio muslo. Le agradaba aquella imagen—. No quise despertarte, supuse que necesitabas dormir, trabajas demasiado siempre.

—He dormido estupendamente, la verdad —confirmó ella estirando los brazos por encima de la cabeza.

No le había pasado desapercibido que con aquel gesto su camisa se había levantado hasta quedar al descubierto la blanca ropa interior de algodón que llevaba. Desvió su mirada hacia el horizonte. No podía ser que la estuviera deseando de nuevo. ¿En qué animal se había convertido?

—Yo también —dijo él—. Es algo que el campo suele hacer con las personas.

De nuevo la miró y deseó estar cerca de ella. No iba a pretender nada más, aquello era demasiado, ella podía llegar a pensar que era poco menos que un obseso.

—Ven aquí —la invitó sentándose más atrás y abriendo sus piernas para palmear el suelo del escalón delante de él. La quería en su regazo. Ella dudó en aceptar la invitación—. A esta hora aún no muerdo.

Sonrió con aquella broma. Le gustaba aquel Charlie, el relajado y bromista, el que tenía aquella sonrisa en los labios y un nuevo brillo en sus ojos. Al parecer sus demonios se habían alejado de él, al menos momentáneamente. Se acercó e hizo lo que él le había pedido.

Estaba tensa, seguro que no había esperado aquella invitación. Había sido poco menos que un ogro la mitad del tiempo y ella aún andaba con cautela. Pasó uno de sus brazos alrededor de ella instándola a recostarse en su pecho y la notó más relajada al fin. Con la mano libre buscó la taza de café que tenía al lado y le ofreció de ella. La tomó entre sus manos y bebió el oscuro y dulce líquido.

—Me gusta despertar aquí. Aún hace fresco y se respira más naturaleza que nunca.

—Es nuevo para mí, pero también me gusta. Hay mucha paz —reconoció ella.

Permanecieron en silencio compartiendo el café y disfrutando del canto de los pájaros que surcaban el cielo de árbol a árbol.

—Siento lo de anoche.

—No necesito disculpas, solo olvídale.

De nuevo se hizo el silencio entre ambos.

—Mi hermano me dijo hace unos días que acostarse con una mujer era una forma de cuidarla y protegerla —dijo él al fin interrumpiendo el sonido del canto de los pájaros.

—Me temo que hay muchas mujeres cuidadas y protegidas por esta zona —bromeó ella.

Charlie rio.

—¿Te has dado cuenta?

—Aunque alguna vez hayas pensado lo contrario, no soy tonta.

—Nunca he pensado que lo seas.

—Sin embargo, Luke me cae bien y creo que vamos a ser buenos amigos. Es una buena persona. Espero que no te importe.

—No me importa —dijo él. Ya no le importaba aquello. Sabía que ella era suya y confiaba en ella.

—De hecho... —se detuvo.

—¿De hecho? —preguntó Charlie.

—Me hubiera gustado tener un hermano como él. Es muy divertido.

—Yo lo tengo como hermano y a veces no me resulta tan divertido, te lo aseguro.

—Es un buen hermano, no lo niegues —le recriminó suavemente ella.

—Lo es. Aunque tiene edad de que siente cabeza. Esa percha que se gasta no le va a durar eternamente, ni sus conquistas de una noche.

Angie rio.

—El caso es, que me quedé pensando en eso que me dijo —reconoció Charlie.

—Al fin y al cabo es parecido a lo que hacen los amigos, ¿no crees? Cuidan los unos de otros todo el tiempo. Mis amigas y yo nos cuidamos las unas a las otras. Somos un equipo y siempre que una tiene un problema, allí estamos. Seguro que tus amigos hacen lo mismo contigo.

Estaba relajada en sus brazos y lo había dicho sin pensar en lo que le dijo Candace unas semanas atrás: «Charlie Atkins no tiene amigos». Notó como el cuerpo de él se tensaba y se mordió el labio deseando no haber dicho aquello.

—Yo... —se detuvo y respiró—, no tengo amigos hace mucho tiempo. No de esa clase.

—Lo siento. No debí decir eso. Di por hecho que...

—No, da igual —la tranquilizó él—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que confíé en alguien. No es ningún secreto.

Angie no supo que responder momentáneamente a aquello. Lo último que quería era volver a meter la pata y provocar un nuevo ataque de los demonios de Charlie.

—Yo cuidaré de ti —le dijo con voz suave.

Él meditó aquella oferta en forma de afirmación que había salido de los labios de ella. Aunque no se lo dijera en ese momento, Charlie era consciente que era algo que ella ya hacía, había cuidado de él desde el episodio con las latinas del spa de Dallas, pasando por la cena benéfica y terminando en la noche anterior, cuando lo acogió entre sus brazos en uno de los peores momentos que había tenido en mucho tiempo.

—¿Confías en mí? —le preguntó ella consciente de su silencio. Quizás había sido demasiado atrevida diciéndole que cuidaría de él.

—Lo hago.

—Bien. Yo también confío en ti.

Volvió a imperar el silencio entre ambos. Los silencios de Charlie le resultaban poco menos que desconcertantes, pero su lenguaje corporal la tranquilizaba. Ahora volvía a estar relajado y su brazo seguía alrededor de ella. No podía apenas recordar la última vez que se había sentido de aquella manera. Al fin y al cabo, como si de una ironía se tratase, Luke iba a tener razón, en ese momento se sentía protegida por Charlie, por su cuerpo y su respiración tranquila que notaba tras de sí acogiéndola

en un significativo abrazo. Notó una sombra de barba acariciándole la mejilla y poco después unos firmes labios posaron un beso sobre ella.

—Yo también voy a cuidar de ti —dijo al fin él provocando en ella un gozo tal que supo que si en ese momento hubiera tenido que hablar, no lo habría logrado, ya que su garganta no habría podido emitir sonido alguno.

NO ES LO QUE PARECE

—Así que la cabaña de caza —le dijo Luke en un descanso del trabajo que realizaban esa tarde. Un árbol seco se había derrumbado sobre una de las cercas, lo estaban cortando en trozos para retirarlo y reparar la cerca.

Charlie permanecía en silencio mirando su lata de cerveza. Apenas si había esbozado una leve sonrisa en su rostro al recordarlo. No quería que sus hermanos pensarán algo que no era de aquello. Le importaba bien poco lo que pudieran pensar los demás, pero su familia, era su familia.

—Seguro que fue como la primera vez, después de seis años... —dejó caer Luke. Estaba intrigado por saber más. No se había perdido que su hermano mayor tenía mejor humor desde entonces.

—No sabía que cocinabas —terció Samy—. Me dijo Olga que le pediste una buena lista.

—Aprendí hace algunos años en Austin. Un par de cursos nocturnos —habló al fin Charlie.

—¿Le gustó a Angie? —volvió a preguntar Samy.

—¡Por el amor de Dios! Somos hombres, se supone que tenemos que hablar de sexo, no de cocina —exclamó Luke.

—Pero nuestro hermano no quiere hablar de ello y es respetable —dijo Samy casi perdiendo la paciencia con su hermano mediano.

—Da igual, Samy —intercedió Charlie y miró a Luke—. Sí, la cabaña de caza, y sí, estuvo muy bien, mejor que la primera vez, de hecho. Y hasta ahí, porque soy un caballero.

Luke sonrió satisfecho.

—Y sobre la cena, hice algunos canapés fríos y una mouse de chocolate.

—¡Así que esa mouse era tuya! Tomé una de las dos copas que había en el frigorífico anoche. Estaba muy buena, felicidades, chef —le sonrió Samy.

—Espera, espera, espera... o hiciste mucha cantidad o no llegasteis al postre —los cortó Luke en tono insinuante.

Charlie meditó la respuesta. No permitiría que pensara algo que no sucedió de aquella forma.

—No llegamos al postre porque me fui a dar un paseo. Hubo cosas que volvieron y... necesitaba respirar.

Podía hablar de ello, había pasado, lo había aceptado y ella lo había tranquilizado. No temía a lo que hizo aunque se arrepentía de haberla dejado sola.

—Joder, Charlie —exclamó Samy ahora.

—Bueno, al fin y al cabo, conmigo es lo que hay, ¿no? —se levantó para seguir trabajando. El descanso había terminado, al menos para él.

—Ella, ¿se enfadó? —quiso saber Luke haciéndole detenerse. Había pensado que el estar con otra mujer de nuevo le ayudaría a pasar página, pero ahora no estaba tan seguro de ello.

—No se enfadó. Lo cierto es que tiene mucha paciencia conmigo.

—No hace falta que lo jures. Pero si quieres una relación con una mujer deberás superar todo eso. La paciencia a veces tiene un límite —le sugirió Luke.

—No quiero una relación —sonrió nerviosamente Charlie—. Esto no es una relación ni lo va a ser nunca. Es solo un acuerdo entre ambos.

—¡No me jodas, Charlie! —exclamó Luke—. Tú no eres hombre de llevar a tu cama mujeres para una noche ni hace acuerdos para acostarse con una.

—Las cosas han cambiado.

—¡Y una mierda!

—Cuando estaba en la universidad lo hacía. Me acostaba con mujeres sin más. —se defendió el hermano mayor.

—Cuando estabas en la universidad tenías veinte años y las hormonas revolucionadas. Dejaste esa parte de ti hace mucho y los tres lo sabemos.

—Pues la he recuperado. Lo que hay entre Angie y yo no va a ser una relación —observó a su hermano—. Además, resulta paradójico que venga a recriminármelo un hombre que salta de cama en cama continuamente.

—Pero tú nunca has sido como Luke y los tres lo sabemos también —habló Samy.

—Como ya os he dicho, las cosas cambian, hermano —dijo pacientemente Charlie.

—Tú no —le dijo Luke.

—¡Maldita sea! —exclamó harto Charlie—. Si hubieras vivido lo que llevo viviendo los últimos seis años estoy seguro que tú también hubieras cambiado. Esa parte de mí está muerta, no voy a volver a tener una relación con nadie. Me importa una mierda lo que piense la gente, pero quiero que os quede claro a vosotros. Y que no la molestéis con ello.

—Angie no es como ella, no es como... —comenzó a decir Luke. No se parecía en nada a la última pareja de Charlie.

—¿Crees que no lo sé? —lo cortó Charlie impidiendo que la nombrase. No quería escuchar el nombre de aquella mujer nunca más. Si alguna vez se había cruzado con alguien homónimo le había recorrido un escalofrío de arriba abajo—. Es la primera mujer que conozco que no se parece en nada a ella y por eso he podido acercarme sin sentir pánico.

—¿Pánico? —preguntó de nuevo Luke.

—Sí, pánico —Charlie cerró los ojos y apoyó un brazo en un árbol cercano dándole la espalda a sus hermanos—. Hace seis años que siento pánico cuando tengo cerca a una mujer que se parece en lo más mínimo a ella. Y os aseguro que hasta ahora todas se parecían en algo.

—¡Joder! —exclamó Luke sin apenas creerlo. Su hermano había estado peor de lo que había pensado.

—Si existe la más mínima posibilidad de que la historia se repita, desde luego que no pienso arriesgarme. Tuve más que suficiente con una vez y no estoy dispuesto a pasar por ello de nuevo, porque créeme que dudo que pueda sobrevivir. —Charlie hizo una pausa mientras sus hermanos permanecían en silencio. Rebajó su tono de voz—. Ahora solo sé que me siento solo y Angie me ayuda a mitigar esa soledad.

—Pero... —intentó rebatir Luke.

—Volvamos al trabajo —ordenó Charlie de tal forma que Luke aplacó sus deseos de rebatir aquella idea.

—Angie es una chica joven, inteligente, simpática y muy guapa ¿Qué sucederá cuando aparezca otro hombre en su vida que le ofrezca algo más? —le preguntó Samy en el jeep de vuelta al rancho esa tarde. En su cabeza había quedado todo aquello que su hermano les había dicho hacía unas horas. Pero no se creía lo de que era solo un acuerdo de ambos.

—Será libre de irse y ser feliz. Somos amigos y le deseo lo mejor en la vida —respondió Charlie sin apenas pensarlo. No había considerado esa posibilidad y se le heló la sangre al darse cuenta que podría perderla justo ahora que acababa de encontrarla.

—O llegará el día en el que ella se canse de la situación —añadió Luke—. Una aventura puede ser divertida un tiempo, pero no eternamente, sobre todo cuando vea que no das pasos para avanzar en alguna dirección.

—¿Y quién dice que no me pueda yo cansar de ella también? —se defendió Charlie.

—No necesitas estar a la defensiva con nosotros, Charlie —lo tranquilizó Luke.

—Estamos de tu lado, como siempre —añadió Samy intentando tranquilizarlo.

—Lo siento, chicos —se disculpó Charlie esquivando hábilmente un bache del camino—. Solo os pido que me comprendáis. Ahora mismo, la necesito. De repente sé que tengo una amiga con la que me río con nuestras conversaciones absurdas, con la que puedo trabajar, que me apoya incondicionalmente y con la que sé que puedo compartir cariño y momentos especiales.

—Eso suena a... —comenzó a decir Sammy.

—Una gran amiga, sin duda —Luke terminó la frase por su hermano Sammy haciéndole un gesto a espaldas de Charlie para que no la continuase.

TARDE DE CHICAS

—Adoro tener una tarde de chicas, pero Olga no es nada consumista y no podemos hacerla nunca, o no al menos contando con su entusiasmo —dijo Claire mientras le servían una taza de café *cappuccino* en una de las cafeterías del centro comercial. Esa tarde había invitado a Angie a acompañarla y estaban haciendo un descanso en mitad de las compras.

—Mis amigas y yo lo hacemos también. Vamos al menos una vez al mes, comemos y miramos tiendas, nos probamos zapatos, esas cosas —le contó Angie sonriendo. Le gustaba Claire, habían congeniado muy bien.

—Siempre quise tener una hija para hacer estas cosas, por eso cuando me dijo Charlie que vendrías me puse como loca. Bueno, en realidad tenía miedo de que fueses un poco estirada, mi hijo no siempre ha tenido buen criterio en cuanto a mujeres se refiere. Pero en cuanto te vi supe que no lo eras y que nos íbamos a llevar muy bien.

—Gracias —se sonrojó Angie con el cumplido que le había dedicado Claire.

—Supongo que es cuestión de tiempo y, al fin y al cabo, terminarás siendo mi hija. No me gusta andarme con rodeos, sé que hay algo entre Charlie y tú —dijo Claire esperando la reacción de Angie ante aquellas palabras, que no fue otra que casi atragantarse con el café y perder el color.

—No... —dijo nerviosa—, Charlie y yo, no... Solo somos... buenos amigos. Nada más.

—¿Buenos amigos que se besan como vosotros hacéis cuando creéis que nadie os ve?

—Eso... fue... no tiene importancia —balbució ella. No se podía haber imaginado que la madre de Charlie estuviera enterada de aquello y que intentase sacarle una confesión de aquella forma.

—Ahora me dirás que la otra noche te llevé a la cabaña de caza para enseñarte a hacer punto con dos agujas.

Aquello no tenía caso. Claire sabía casi todo, sabía que había una relación entre ellos, pero no sabía en qué términos y estaba imaginando cosas que no se correspondían con la realidad. Aun así, estaba acorralada. Y ahora tenía dos opciones, seguir negando lo evidente o rendirse y soltar la verdad.

—No, es obvio que no estuvimos haciendo punto —bajó la cabeza y se miró el regazo.

Claire guardó silencio durante unos instantes. Algo estaba ocurriendo. Aquella reacción no había sido la que había esperado. Esperaba una mujer exultante, sonriente, tímida, feliz al fin y al cabo, pero no aquello.

—Sé que probablemente tenga algo más de veinte años más que tú. Pero soy una mujer moderna, podemos hablar de ello. En este tiempo que llevas viviendo en el rancho te he considerado una amiga, creo que no tienes por qué sentirte mal por lo que sea que sucede con mi hijo.

Angie seguía con la vista clavada en las manos que mantenía en su regazo. Claire había sido fantástica todo aquel tiempo, pero decirle a una madre que en realidad solo era una relación poco menos que casual cuando lo que esperaba era algo más, no era nada fácil.

—Nada de lo que aquí hablemos tendrá por qué saberlo Charlie. Si es eso lo que te preocupa. De cara a él, jamás habremos mantenido esta conversación —intentó tranquilizarla.

—Lo siento, Claire —habló aún con la cabeza baja.

—¡Por Dios! No lo sientas. ¿Qué ocurre, cariño? —le habló con dulzura—, confía en mí.

Angie resopló y trató de mirar con trabajo a los ojos de Claire que esperaban una respuesta.

—Charlie y yo... él y yo... de verdad, Claire, solo somos dos buenos amigos. Nada más.

—Cariño, pasasteis la noche juntos en la cabaña y no trates de negarlo. Mi hijo está más relajado y lo veo mejor. Creo que se trata de algo más que de una buena amistad.

—Sí, pero... —pensó como suavizarlo y recordó lo que había dicho Charlie—, somos amigos con derechos, solo eso.

Claire sopesó la situación y aquella definición.

—¿Sois amigos con derechos? —Claire abrió los ojos. Sabía lo que aquello significaba. Sexo sin compromiso.

Angie no se atrevió más que a tragar y asentir con la cabeza. Notaba cómo la respiración de Claire se había agitado con aquella noticia.

Permaneció unos minutos en silencio asimilando la noticia. Su hijo mantenía una relación puramente sexual con una mujer. Aquel muchacho había cambiado demasiado en el tiempo que había permanecido lejos de casa. ¿O quizás había sido ella la que lo había arrastrado? No sería la primera mujer que intentaba cambiar a su hijo y alejarlo, hacerlo de otra forma. ¿Se habría equivocado con Angie y no era lo que parecía ser? Miró un momento escrutando a la muchacha nerviosa que tenía enfrente. No era ni capaz de sostenerle la mirada y mantenía ambas manos unidas torpemente, esperando quizás una reacción poco amigable de su parte. No, estaba segura que no había sido idea suya, si lo hubiera sido no se mostraría tal como la estaba viendo. No obstante no estaba demás preguntar.

—¿De quién fue la idea de mantener ese tipo de relación abierta? —usó su tono más conciliador.

—Pues... —balbució de nuevo sin terminar de decir nada.

—¿De mi hijo, verdad? —preguntó retóricamente. Angie la miró.

—En realidad es algo que es cosa de dos, no se puede decir que sea por parte de uno —lo defendió ella.

—Y encima lo defiendes —Claire subió una ceja.

—No, yo no...

—Sí, lo has hecho —dijo de nuevo centrando toda la atención de Angie en ella—. Me acabas de confirmar que ha sido idea de mi hijo —se recostó en la silla—. De Luke me espero este tipo de cosas todo el tiempo, pero de Charlie, no.

—Charlie lo ha pasado mal. Merece un respiro.

Angie lo volvía a defender y aquel gesto no estaba pasando desapercibido para Claire. Allí había mucho más de lo que parecía a simple vista. Al menos por parte de aquella muchacha.

—Cierto, Charlie lo ha pasado mal. Podríamos dejar que esa sea su excusa para esto —fijó su vista en los ojos de la joven que la miró tímidamente—. ¿Cuál es la tuya? ¿Cuál es tu motivación para aceptar esa situación?

Angie abrió la boca para contestar, pero ¿qué podía decir?

—Yo... no sé... Charlie es un buen amigo, lo aprecio de verdad y... —sus ojos la traicionaron y Claire leyó en ellos antes de que ella pudiera bajar la vista para continuar.

—Y estás enamorada de él —concluyó la madre de Charlie.

Las mejillas de Angie se tornaron encarnadas súbitamente. Pasó de haber perdido todo el color a tenerlo en su cara. Escondía sus ojos porque se estaban llenando de lágrimas y no le quedó otro remedio que asentir con la cabeza mientras tragaba con dificultad. Entraba dentro de lo probable que Claire la echase a patadas del rancho, después de contarle aquello a Charlie, algo que lo pondría furioso. Él había dejado las normas claras y apenas en una semana ella había caído en lo que justo él no quería que fuese aquella relación entre ellos. Y podía imaginar que no era ni de lejos el canon de mujer que Claire querría para su hijo mayor. Alguien que se presta a una aventura.

Claire sopesó aquello. Había pensado hasta aquel momento que su hijo sentía algo por aquella joven, algo que él había negado en reiteradas ocasiones y le entristecía. Sabía que Charlie necesitaba a alguien, al igual que concederse una nueva oportunidad. Ahora la situación se tornaba al contrario de lo que ella había deseado, Angie era la que sentía algo por su hijo. Meditó en su mente manteniendo el silencio entre ambas. La muchacha no abrió la boca ni levantó la vista del regazo. La escuchaba respirar con dificultad. Pensándolo bien, quizás aquello no era tan malo. Una de las partes estaba dispuesta, con un poco de empuje probablemente podría

romper las barreras de su hijo mayor. La pregunta era: ¿Quería una nuera como Angie? La respuesta salió igual de fácil, un sí rotundo.

—Cariño —cogió unas servilletas del servilletero, se levantó de la silla y se sentó al lado de ella pasando un brazo por sus hombros y poniéndole en la mano las servilletas, aunque Angie había bajado la cara, había visto varias lágrimas caer.

Angie se limpió las lágrimas con las servilletas y miró a Claire a intervalos ya con los ojos secos aunque acuosos.

—Lo siento, Claire. Te prometo que no le haré daño a Charlie. Ni voy a tratar de meterme por los ojos, no tienes por qué temer nada, no me voy a introducir en tu familia. Es un lugar que no me corresponde, no soy adecuada para ello. Además, Charlie no quería nunca...

—Pero yo sí quiero. Te quiero en mi familia y si Charlie no quiere, procuraremos que termine queriendo.

Angie se quedó boquiabierta con aquella respuesta. Jamás, ni en un millón de años se la hubiera esperado.

—No me mires así. No me agrada demasiado la idea de que seáis lo que sois ahora, pero... por algo se empieza. Te voy a ayudar.

—Claire... yo...

—Nada, nada. Ahora vamos a seguir de compras y ya se me ocurrirá algo.

Angie se dejó llevar por aquella mujer de tienda en tienda, recuperando el humor que había perdido. Claire estaba siendo cariñosa con ella y le daba confianza a cada paso. Apenas se podía creer lo que había sucedido. La madre del susodicho sabía de sus sentimientos y lo había aceptado, es más, se había ofrecido a ayudarla.

—Este. Te vas a probar este —dijo Claire con una percha de la que colgaba un corto camisón azul botella. La parte superior era de encaje y terminaba su escote en un uve en un lazo de raso. Llevaban un rato mirando lencería en Victoria's Secret.

—No, yo no —rio Angie como si de una broma se tratase.

—Estoy hablando en serio, cariño —le dijo frunciendo el ceño.

—Claire, te lo agradezco, pero me vería ridícula con algo así. Yo no soy como los ángeles de Victoria's Secret. Y no soy una modelo.

—Y nadie te pida que lo seas. De hecho déjame decirte algo, no me gustan los modelos. Pero estoy segura que te sentará muy bien.

—Pero Claire... —se quejó de nuevo.

—Cariño, nunca se vuelve demasiado loco a un hombre y te aseguro que esto te va a ayudar mucho. Pruébatelo —le ordenó de nuevo—. No tienes que enseñármelo, solo comprueba que es tu talla.

Angie accedió a ello. Se miró al espejo del probador y se sorprendió. Pensaba que aquel camisón le quedaría mal, que la haría parecer gorda, o un tapón, pero en realidad le gustaba la imagen que le devolvía el espejo. Por primera vez en mucho tiempo se sintió sexy con él puesto. Era más corto de lo normal, pero qué demonios, lo compraría. Le daría gusto a Claire. Seguramente podría usarlo para las más calurosas noches de verano. Aunque de ahí a ponérselo delante de Charlie... no.

—¿Es tu talla, cariño? —le preguntó Claire desde fuera del probador.

—Sí, sí, lo es.

—Bien, te espero fuera entonces. Voy a por algo que he visto antes.

—Ahora vamos a comprar regalitos a mis hombres —dijo Claire una vez hubieron pagado las compras en la tienda de lencería colgándose del brazo de Angie—. Siempre que vengo llevo un regalo a cada uno. Sé que soy la típica americana consumista, pero me encanta hacerlo.

—Tienes muy buen gusto para la ropa. Me encantan las camisas de Charlie, esas de los bordados en la abotonadura. Me ha dicho que son regalo tuyo.

—Sí —sonrió ampliamente—. Que esté fuera de la ciudad no me impide regalarle esas camisas. Son de una tienda artesanal de la ciudad, nada que haya en un centro comercial como éste. Pero sé que a mi chico le gustan.

Después de visitar otros tantos establecimientos, tuvieron los regalos de todos los habitantes de la casa comprados, incluido uno para Olga.

—¿Estás más animada, cariño? —le preguntó Claire posando su mano por encima de la mesa.

—Sí, gracias, Claire —le sonrió.

—Siendo así, voy a por el regalo de Charlie, creo que ya tendrán listo el grabado. Vuelvo en quince minutos.

—Te acompaño —trató de levantarse de la silla de la cafetería.

—No, no. Tú quédate aquí con las compras. Solo iré a recogerlo.

Angie accedió a aquello. Lo cierto era que estaban poco menos que hasta arriba de bolsas y sería difícil moverse con todo. Sin duda alguna, aquella era una de las pasiones de Claire. Le habían comprado un reloj de pulsera a Charlie y Claire había insistido en grabar una dedicatoria en la parte interna, pero cuando quiso ver qué era lo que había escrito en el papel antes de entregárselo a la dependienta, Claire había resultado más rápida cerrándolo a la vista.

—¡He vuelto! —anunció Claire sentándose en la silla frente a ella veinte minutos después—. Lo siento, había gente.

Angie sonrió, Claire venía cargada con un par de bolsas más. Seguro que había visto algo que le había llamado la atención a última hora. Dejó la bolsa donde estaba el estuche con el reloj encima de la mesa.

—Voy a pedir un batido, ¿quieres uno? —se levantó de nuevo de la silla.

—No, estoy bien, gracias —negó Angie.

En cuanto Claire se dio la vuelta y se dirigió hacia la barra de la cafetería a pedir, ella extendió la mano para sacar la caja del reloj y abrirla. Cogió el reloj entre sus manos y lo giró para ver el grabado: «Con amor de Angie y Claire».

Se quedó boquiabierta al leer aquella dedicatoria grabada. Charlie iba a comenzar a hiperventilar en cuanto leyese aquello.

—¡Oh! ¡La has visto! —se lamentó Claire al llegar a la mesa y sorprenderla aún con el reloj en la mano.

—Esto... aterrorizará a Charlie en cuanto lo vea —dijo alarmada.

—No le aterrorizará, solo le hará pensar, y queremos que piense. Además, lleva mi nombre. Aunque solo debería llevar el tuyo.

—Me va a negar la palabra después de esto —se lamentó Angie viendo venir la situación—. Pero ¿con amor?

—Es mi hijo, el amor de una madre a su hijo es de todos conocido.

Angie devolvió el reloj a su estuche sin dejar de mirar la bolsa un segundo.

—Cariño —le habló dulcemente Claire—, solo le hará pensar, nada más. Si sucede algo de lo que temes, yo me echaré la culpa de todo.

¿QUÉ SUCEDE ENTRE ESTOS DOS?

—¿Cómo están mis chicos? —los recibió su madre sentada en el salón leyendo un libro.

Los hermanos le dieron sendos besos a su madre en la mejilla.

—Voy directo a la ducha. Hace años que no tengo tanto polvo encima —anunció Charlie subiendo las escaleras.

—Tomemos una cerveza —dijo Luke a Sammy dirigiéndose a la cocina.

—¿Por qué no me has dejado continuar la frase antes? —le recriminó Sammy una vez Charlie había desaparecido siguiéndole a la cocina—. Sabes que es muy probable que esté enamorado. Alguien tiene que decírselo.

Claire se sintió intrigada al oír esas palabras y siguió a sus hijos.

—¿Y hablamos de...? —preguntó ella ya en la cocina.

—Mamá, son conversaciones de hombres —dijo Luke, reticente a contarle nada al respecto a su madre.

—¿Hombres de mi familia? Porque si es de hombres de mi familia, me concierne también —le hizo saber.

—Creo que Charlie está comenzando a sentir algo por Angie. Él lo niega, pero no sé por qué extraña razón Luke no me ha dejado decírselo esta tarde —dijo Sammy.

—¡Sammy!, mamá no tiene por qué conocer estas conversaciones privadas de hombres —le recriminó.

—Quizás mamá tiene más información. Pero como son cosas de hombres... os dejaré —Claire se giró.

—Está bien, mamá —dijo Luke al fin—. Charlie mantiene una relación con Angie que dice que es un *acuerdo entre ambos* —remarcó las tres últimas palabras.

—Dime algo que no sepa —dijo Claire haciéndose la interesante ante un Luke sorprendido.

—Pero tú les has visto juntos como les hemos visto nosotros —comenzó diciendo Sammy—. O estoy ciego o para ninguno de los dos significa eso. Pero Charlie lo niega categóricamente.

—Charlie sufrió mucho con lo que ocurrió con... ya sabes quién —no se atrevió a decir el nombre de la mujer causante de todas las desgracias de su hijo mayor—.

Lleva años llevando una vida absurda y de convento en Austin. Tiene miedo de volver a sentir de nuevo algo por alguien.

—Por eso no quise que se lo dijeras, Sammy —dijo Luke.

—Pero tiene que enfrentarlo —se quejó Sammy.

—Sammy, cariño. Quizás tú lo enfrentarías. Pero Charlie no, no con las heridas que aún arrastra. Ha pasado mucho, pero me temo que no tiene fuerzas para hacerlo —dijo Claire—. Necesita un poco más de tiempo hasta que sea consciente. Y aun así, le ha tocado una empresa difícil a esa chica.

—En ese caso, dejemos que el tiempo actúe —dijo Sammy—. Voy a la ducha también. Nos vemos para cenar —dijo saliendo de la cocina.

—Yo también debo ir a la ducha. Eres increíble, mamá. Lo sabes todo.

—¿Puedo preguntarte qué razones ha dado tu hermano para mantener esa relación de mutuo acuerdo? —quiso saber Claire.

Luke dudó.

—Vamos, Luke, comparte información. Al fin y al cabo, todos queremos que esto se salde para bien de tu hermano.

—Está bien, mamá —se rindió ante ella—. Ha venido a decir que la necesita, porque se siente solo, son amigos, ella le apoya y hablan mucho—. ¿Y ella qué te ha dicho? —le preguntó a su vez.

Claire frunció el ceño.

—Vamos, mamá, comparte información. Recuerda que soy abogado y sé cuándo me están ocultando información y cuál es la fuente de la misma —dijo parafraseando a su progenitora con una sonrisa en los labios—. Has pasado la tarde con ella y estoy seguro que le has hecho un tercer grado.

—Ella está loca por él —sonrió Claire.

—Es un buen comienzo —dijo Luke.

INSTANTES DE BIENESTAR ABSOLUTO

Angie salió a la parte trasera de la casa. El sol se ocultaría en unos minutos. Le gustaba ver la puesta de sol en el rancho siempre que tenía ocasión. Los colores eran diferentes, el fresco de la noche aparecía tras una calurosa jornada de verano y traía consigo un olor especial, naturaleza, aromas de hierbas provenzales y árboles. Se apoyó en la barandilla y cerró los ojos. Quería grabar en su memoria esa sensación. Y se sentía bien allí y consigo misma. Estaba en un entorno fascinante, tenía personas maravillosas a su alrededor, un trabajo que le gustaba, había vuelto a tener contacto con la naturaleza y al menos de momento, lo tenía a él.

Charlie la observó en silencio mientras la veía apoyada en la barandilla con los ojos cerrados. Debía estar pensando en algo muy bueno, porque desprendía tranquilidad, felicidad incluso. Decidió sacar su teléfono móvil e inmortalizar su precioso rostro bañado por los últimos rayos del sol del día, quitaría el sonido y ni siquiera notaría la captura de la imagen. Ajustó el brillo y disparó la fotografía.

Ella suspiró largamente y abrió los ojos. Se dio cuenta que había alguien a su lado. Era Charlie.

—¿Llevas mucho tiempo ahí? —preguntó.

—No mucho, pero no quise interrumpir. Parecías relajada.

—Estaba teniendo un instante de bienestar absoluto.

—¿Un instante de bienestar absoluto? —preguntó él con curiosidad.

—Sí —ella rio, quizás la tomase por loca—. Es el momento en el que te olvidas de los problemas, te sientes bien contigo mismo y con los demás. Es maravilloso.

—Interesante —dijo él valorándolo.

—En realidad son muy pocos los que se sienten así, quizás un par de veces al año. Pero sin duda este ha sido uno de ellos —sonrió ella girándose de nuevo hacia el sol que bajaba en el horizonte.

—Yo también quiero sentirlo —se puso detrás de ella y la abrazó posando sus manos alrededor de su cintura—. Explicámelo.

—De acuerdo. Acabo de ducharme después de un caluroso día, me siento limpia y fresca. Estoy cómoda. He pasado una tarde estupenda. Todos vosotros sois estupendos. Os adoro. Comienzo a ver una puesta de sol en un entorno de ensueño, la brisa me acaricia y por fin noto el fresco de la noche después de este caluroso día, entonces, cierro los ojos y me siento bien, en paz.

—Suena muy bonito —reconoció Charlie aspirando el aroma de su pelo. Le gustaba saber que ella se sentía bien en el rancho y con su familia. Había sido uno de los temores que había albergado al haberla hecho ir hasta allí.

—¿Puedo pedirte que cuando sientas uno, me lo cuentes? Estoy segura que no te suena extraño este concepto. A veces es tan simple como estar tomando una cerveza con amigos.

—Me suena ese momento. Hace unos días sentí uno —Charlie recordó el día en el que la besó por primera vez. Para él sin embargo fue como sentirse vivo de nuevo.

—¿Puedo conocerlo? —pidió Angie.

—Quizás algún día —respondió él después de darle un suave beso en la mejilla para separarse de ella y sentarse en el balancín—. ¿Qué habéis hecho esta tarde?

—Tu madre es genial. Hemos hecho una tarde de chicas. Pero creo que es secreto.

Charlie rio.

—Mi madre aún piensa que no sabemos que sale con otro pretexto y finalmente va de compras y se lo pasa en grande. Apuesto a que hoy se lo ha pasado mejor aún.

—¿Ah, lo sabéis? —preguntó ella sentándose en una mecedora cercana a Charlie.

—¡Claro! No hay duda alguna cuando además nos trae pequeños regalos. ¿Lo has pasado bien?

—Estupendamente. Tu madre es única —reconoció ella entusiasmada.

—Me alegra escuchar eso.

Permanecieron en silencio largo rato, relajados, viendo cómo se despedía el día con las últimas luces solares en el cielo. Charlie observó a Angie. No podía quitarse de la mente lo que le habían dicho sus hermanos, no fue consciente hasta ese momento que un día ella podría enamorarse de alguien, algo nada descabellado, y tenía que ser realista, era difícil que incluso su amistad sobreviviera a ello. ¿Cómo sería su vida renunciando a un atardecer como aquel con ella?

—¿Todo bien, Charlie? —advirtió ella su preocupación.

—Sí... No es nada. Estaba solo pensando en algo. Todo bien —sonrió al fin. De momento estaba allí y era suya. Eso le bastaba.

Angie sabía que algo preocupaba a Charlie, aunque hizo ver que había quedado satisfecha con su respuesta, no había sido así. Y se descubrió pensando nuevamente en el reloj grabado que le habían comprado Claire y ella. ¿Cuál sería su reacción?

REGALOS PARA TODOS

—¡Un momento! —los detuvo Claire antes de que abandonasen el salón después de la cena—, hoy hemos estado de compras, como ya sabéis. Así que tenemos unas cuantas cosas para vosotros.

Los hermanos aplaudieron y jalearon a su madre. Angie no había pensado que aquello podría resultar tan divertido. Sonrió viendo la escena. Claire iba repartiendo las bolsas a cada uno de ellos y después de abrazarla las fueron abriendo uno tras otro. Samy recibió unos vaqueros Levi's, Luke una camisa que al parecer le había gustado tiempo atrás, para Olga un gran pañuelo de flores...

—Charlie, este es un regalo que hemos elegido entre las dos para ti. Esperamos que te guste —le dijo Claire.

—Si es vuestro, seguro que me gusta —sonrió Charlie alternando la mirada de una a otra.

A Angie se le cortó la respiración mientras él abría la caja del reloj. Charlie lo vio y sus ojos brillaron como el dorado del mismo reloj.

—¡Es precioso, chicas! He de decir que habéis acertado de pleno —se acercó primero a su madre y la abrazó, repitió la operación con Angie.

Se había puesto el reloj en su muñeca pero no había visto el grabado.

Angie sonrió al fin relajada al ver que, al menos de momento, estaba a salvo. Sin embargo Claire se sintió decepcionada, quería conocer la reacción de su hijo y saber si era necesario autoinculparse para salvar a Angie.

—Y también tengo un regalo para mi chica especial, que me ha acompañado esta tarde —comenzó a decir Claire.

—¿Cuándo...? —acertó a decir Angie sorprendida. Había pasado toda la tarde con ella. Era casi imposible que hubiera podido comprar algo a sus espaldas.

—No subestimes a nuestra madre, es muy hábil para hacerlo sin que te des cuenta —dijo Luke sonriendo.

—Me lo he pasado muy bien contigo y tendremos que repetir —dijo Claire y Angie la abrazó sin aún haber visto el regalo—. Bueno, jovencita, déjame que te lo dé y luego nos abrazamos. Dijo tendiéndole una bolsa que parecía pesada.

Angie sacó de ella una gran caja y la abrió. Eran unas botas rojas de media caña con unos bordados de estilo floral a lo largo de todas ellas.

—¡Son preciosas! —exclamó y abrazó con fuerza nuevamente a Claire—. Gracias, Claire. No debiste haberte molestado, pero me encantan —dijo emocionada.

—De nada, cariño —le sonrió.

—Son las botas más bonitas que he tenido nunca —dijo de nuevo mirándolas.

Charlie sabía que ambas mujeres habían congeniado y se profesaban un gran cariño mutuo. Y le complació. Al menos por una vez en su vida había llevado a su casa a alguien que era del gusto de su madre. Aunque ni mucho menos iba a ser lo que suponía que su progenitora pretendía de ellos.

—Cariño, tengo otro regalo para ti, pero no te lo podía dar delante de los chicos. Es la misma talla que el otro, aunque diferente modelo y color —le guiñó un ojo hablándole en voz baja mientras le daba disimuladamente una pequeña bolsa de Victoria's Secret.

—Claire... —sonrió ella—. No era necesario.

—Me apetecía hacerlo. Pruébatelo, mira cómo te queda, por si quieres cambiarlo.

—Gracias —siguió sonriendo Angie—. Gracias por todo.

—De nada, cariño —le dio un beso en la mejilla—. Voy a dar el regalo a Sam, se ha perdido toda la diversión en esta ocasión.

SE PUEDE VOLVER LOCO A UN HOMBRE

Estaba impaciente por saber qué más le había regalado Claire. Dio las buenas noches y subió sin perder un minuto a su habitación. Cerró tras de sí y abrió la bolsa, un camisón rojo tan corto como el anterior apareció ante ella. Cerró los ojos y suspiró. Claire estaba más que empeñada en aquello que le había dicho por la tarde y ella sinceramente dudaba y mucho. Lo estiró y ladeó la cabeza para mirarlo con perspectiva. Usarlo delante de Charlie, no, eso estaba descartado, pero probárselo sí que podía, al fin y al cabo iba a dormir, podría ponérselo antes que su largo y discreto camisón.

Se miraba una y otra vez en el espejo del baño con aquel minicamisón sobre su cuerpo. El encaje y satén rojo apenas le cubría lo justo y dejaba muy poco a la imaginación. Llegaba solo hasta medio muslo e iba conjuntado con una braguita del mismo color. El pecho caía en uve y unos finos tirantes lo sujetaban en los hombros. Por extraño que pareciese, se veía sexy por segunda vez en apenas unas horas. Siempre había sido muy crítica consigo misma, pero esa vez tenía que reconocer que le quedaba muy bien. Claire era toda una experta comprando prendas para los demás. Quizás debiera quedar con ella antes de volver a Austin y renovar su armario.

—Adelante —dijo por inercia cuando oyó tocar a la puerta. Se dio cuenta de que tenía el minicamisón puesto y el albornoz estaba la habitación—. ¡Mierda! —masculó por lo bajo.

—Solo quería darte las buenas noches. Gracias por el reloj, me gusta mucho —era la voz de Charlie.

—De nada. Buenas noches. ¡Hasta mañana! —dijo ella desde el baño, esperando que él decidiera marcharse.

—¿Qué haces? —preguntó él extrañado. No le había pasado inadvertido el extraño tono que había usado ella. Quería deshacerse de él.

—Lavándome los dientes —respondió ella cogiendo la pasta y el cepillo del vaso.

—Esperaré.

¡Mierda! Típico de él. Tenía que esperarla. No había planeado que la viera con aquel minicamisón que más bien parecía un picardías. Más que provocarle deseo, Charlie se reiría de ella y desde luego que no tenía la suficiente fuerza mental ni estaba preparada para aquello.

—No hace falta que esperes ¡Hasta mañana!

—¿Estás tratando de deshacerte de mí?

—No, solo que seguro que estarás cansado del trabajo. Querrás irte a dormir. No me esperes —contuvo el aliento esperando convencerle.

—¿Te ocurre algo?

—No, nada. Me estoy lavando los dientes.

—Bien, puedo esperar. De hecho no pienso irme hasta que te vea.

—¿Por qué eres tan terco, Charlie?

—Dime qué ocurre —la instó él preocupado. Algo le sucedía.

—No ocurre nada, ya te lo he dicho.

—Y yo no me lo trago. Algo te sucede.

—Está bien —suspiró—. Tú ganas. Me estaba probando algo.

—¿Y? ¿Es algo secreto?

—No... es que...

—O sales tú o entro yo. Elige —le había preocupado lo suficiente con aquellas largas como para lanzarle el ultimátum.

—¡Maldita sea, Charlie! Está bien, saldré. Pero... prométeme que no te vas a reír, ¿vale?

—No sé por qué iba a hacerlo —dijo con voz seria. ¿Qué demonios trataba de ocultarle?

Angie respiró profundamente y salió del baño. Charlie se iba a reír de ella o lo que era peor, le iba a causar repulsa. Tenía demasiada piel expuesta. Las veces que habían hecho el amor apenas había unas pocas velas emitiendo luz o había ocurrido todo bajo las sábanas. Ahora él probablemente ya se había quitado el mono de aquello que le había faltado durante tanto tiempo y seguramente la mirase de otra forma muy distinta, con más luz y menos necesidad. Tenía que ser fuerte, estar preparada para aquello. Y sobre todo, ser valiente.

Cuando la vio parada frente a él apenas podía creer lo que veía, permaneció quieto con los ojos muy abiertos. Ni en sus más ardientes sueños había podido imaginar tener ante él una imagen como aquella. Tragó con dificultad. La mujer que se exponía ante él apenas estaba cubierta con un sexy camisón rojo y llevaba el pelo suelto cayéndole suavemente sobre los hombros. Todo su cuerpo se tensó instantáneamente.

—Lo siento. Ya sé que no debería ponerme estas cosas, pero esta tarde... Me daba vergüenza —dijo ella mirando al suelo.

—¿Quieres matarme de un infarto? —preguntó el ardiendo de deseo por ella con voz ronca. Apenas pudo escuchar lo que había balbucido ella. No podía apartar los ojos.

Angie lo miró ahora y comprendió que Charlie no se estaba riendo, ni sentía animadversión al verla con aquella prenda. Sino que sus ojos llameaban como unas noches atrás en la cabaña de caza.

—Confío que tienes un corazón fuerte —se atrevió a bromear ahora confiada por aquella mirada que la repasaba una y otra vez de arriba abajo y añadió inocentemente—. Solo estaba probándomelo.

Él recorrió los escasos cinco pasos que lo separaban de ella y la tomó en sus brazos besándola con una pasión incontrolable.

—No me pidas que me detenga esta noche, porque no podré hacerlo, no después de verte así —dijo pasando de su boca a su cuello, aspirando el olor dulce de su piel.

—No te lo pediré —sabía lo que iba a suceder y lo deseaba desde el momento en el que sus labios rozaron los suyos. Después de todo, lo de aquel camisón no había sido tan mala idea.

La condujo hasta la cama y se tendió sobre ella, continuó besando y acariciando cada centímetro de su piel con su boca y sus manos y de pronto se detuvo.

—¿Qué sucede? —preguntó ella preocupada.

—Solo por si acaso —se levantó dirigiéndose a la puerta y giró la llave para cerrarla.

—Pensé que... —comenzó a decir ella.

—No, nunca más —respondió él quitándose las botas y la camiseta y volvió a besarla con avidez—, no más dudas.

Esa noche hicieron el amor tierna y lentamente, acariciándose y besándose mutuamente cada centímetro de sus cuerpos, sintiendo cada caricia y cada beso sin prisa alguna. Al igual que la vez anterior, cuando llegaron finalmente al clímax lo hicieron a la vez y fue aún más intenso, algo que sorprendió a ambos. Permanecieron juntos propinándose caricias y besos largo rato después de ese momento.

—¿Sabes ese momento del que me hablaste esta tarde en el que todo es perfecto?

—Sí —dijo ella.

—Es este —dijo estrechándola contra su pecho.

—Sí —dijo ella sonriendo feliz.

Y ambos cayeron en un profundo sueño abrazados.

El despertador estaba sonando. Eran las siete de la mañana. Charlie estiró un brazo, somnoliento miró la pantalla y lo apagó. Ella se removió a su lado.

—Buenos días —dijo él con voz ronca besando su cabeza.
—Buenos días. Esto es toda una novedad —respondió con buen humor.

—¿Cuál? —preguntó Charlie.

—Sigues aquí. No has desaparecido. —respondió ella acurrucándose en su pecho.

—No, hoy no.

Angie continuó refugiada en el gran pecho del locutor. Permanecieron en silencio unos minutos.

—¿Por qué no querías que te viese el camisón? —dijo fijándose en él, desmadejado a los pies de la cama ahora.

—No me encuentro cómoda con ese tipo de prendas. Es demasiado... evidente.

—¿Evidente?

—Muy poca tela. Mi cuerpo no...

—Por Dios, Angie —sabía por dónde iba aquello—. Tu cuerpo es perfecto.

—No lo es. Te agradezco la amabilidad, pero yo sé que no es así.

—Angie, cariño —le habló despacio—. Creí haberte dejado clara mi postura al respecto.

—Eso fue antes.

—Y esto es ahora. Me gusta tu cuerpo. He visto todo lo que tenía que ver y puedo decir que me gustan todas y cada una de tus curvas y consigues volverme completamente loco. Y por supuesto, me gusta lo sexy que te ves con ese camisón —hizo una pausa y le habló en tono seductor bajando su mano para acariciarle un brazo—. Y sin él.

—¿De verdad? —preguntó ella apenas en un susurro.

—Tu norma. Me pediste sinceridad. Ahí la tienes.

—Gracias —Angie depositó un beso en el pecho de Charlie.

—Pero...

—¿Pero? —se alarmó Angie.

—No quiero ser retrógrado ni nada de eso, y no sé si es mucho pedirte, pero por favor, no bajes a desayunar con ese camisón. No quiero tener que pegarme con alguno de mis hermanos por ti. Estás demasiado sexy con él.

Angie rio con aquella ocurrencia. Si le costaba ponérselo delante de él, ni en un millón de años bajaría a desayunar con aquella minúscula prenda.

—¡Tonto! —le dijo.

—¡Tía buena! —le respondió provocándole la risa de nuevo. Le gustaba aquello de despertar al lado de alguien y compartir risas temprano. Angie tenía un despertar amable, con buen humor. Algo que nunca había vivido. Hasta en eso, era diferente, y le gustaba.

—Deberíamos levantarnos —le dijo ella asomando la cabeza para ver la hora. Llevaban algo más de diez minutos de retraso.

—Tienes razón —respondió él alargando su mano hacia el reloj de pulsera que descansaba en la mesita de noche—. ¿Qué es esto? —se fijó en la grabación que tenía el reloj en su parte interior al cogerlo de la mesita de noche—. *Con amor de Angie y Claire* —leyó en voz alta.

Angie se separó ahora de su pecho y contuvo la respiración. Se avecinaba tormenta.

—Mi madre siempre tan sutil —rio él.

—¿Sabes que ha sido idea suya? —preguntó ella sorprendida.

—Por supuesto. Lo que me extraña es que haya puesto su nombre. Hubiera apostado por una grabación solo con el tuyo —dijo él.

—Sí, esa era su otra opción —confirmó ella y Charlie rio de nuevo—. Lo compramos entre las dos, pero no me dejó ver lo que iba a grabar hasta que lo recogió y ya estaba hecho.

—Es única —dijo con cariño—. Su objetivo es emparejarme y está claro que ahora mismo tú eres su candidata número uno para el puesto.

—Le tengo un gran aprecio —dijo sinceramente Angie variando un poco el rumbo de la conversación.

—Has ganado una amiga para toda la vida —hizo una pausa y miró la hora en su flamante reloj—. Bueno, debemos levantarnos. Me daré una ducha rápida aquí si no te importa.

—Adelante, yo iré después de ti —dijo ella estirándose en la cama mientras lo veía salir de ella y admiraba el cuerpo desnudo de aquel hombre. No podía dejar de admirar cuán perfecto era y pensar que había sido suyo nuevamente.

Cinco minutos después salió del baño con una toalla alrededor de su cintura. Seguía siendo perfecto y ahora olía de maravilla. Se vistió y ella no apartó su vista de él mientras lo hacía.

—Me gusta cuando me miras así —se acercó a ella quedando a escasos centímetros de su cara.

—No lo puedo evitar —se disculpó ella embargada por el aroma a gel que desprendía él.

—No lo evites —la besó en los labios—. Te espero abajo.

—De acuerdo.

HIDROMASAJE PARA DOS

Como casi cada una de las veces que hacían videoconferencia con la emisora de Austin, Candace se empeñaba en querer saludar a Angie. Charlie sabía que realmente seguía sin fiarse de que estuviera en San Angelo y también sabía que si Angie desaparecía de la ciudad, él tendría que volver inmediatamente a Austin. Era una persona inamovible en sus decisiones.

Esa mañana su productora le informó de la presencia y el concierto del cantante country Tim McGraw. Habían convenido en hacer una entrevista el día del concierto, que coincidía con el programa de radio, así que podría hacerla en directo. Angie trabajaría en conseguirla.

—¡Hola chicos! —Brad se había acercado hasta la mesa que ellos ocupaban en el restaurante de la primera planta del edificio donde se encontraba la sede de la emisora—. ¿Ya habéis comido? —preguntó retóricamente mostrando su descontento—. Hubiera estado bien comer juntos.

—Será otro día. Nosotros acabamos de terminar y tenemos trabajo —dijo Charlie tan secamente como siempre antes de que su teléfono sonase y atendiera a la llamada—. Disculpád un momento.

Angie seguía pensando que Charlie era extremadamente descortés con Brad todo el tiempo. A ella no le parecía tan mal tipo. Aunque conociendo a Charlie, desde luego que algo muy grave debió suceder entre ellos. Una traición, le había dicho tiempo atrás, sin darle más detalles.

—No me perdona que le quitase a una chica hace años. No le culpo —le dijo Brad a Angie en tono grave.

—No lo sabía —dijo Angie sinceramente. Así que se trataba de una cuestión de faldas. Recordando la experiencia que aún le afectaba, no le extrañaba en absoluto aquella animadversión hacia Brad.

—En realidad le hice un favor. Y a mí mismo, porque no reconocerlo —dijo Brad.

—¿Un favor? —preguntó ella. No estaba segura de querer conocer los detalles de aquella historia. No le daba buena espina y seguramente terminaba con Charlie sufriendo.

—Debemos irnos, Angie —volvió Charlie.

—Hasta luego, Brad —dijo ella.

—Hasta luego, chicos —saludó Brad.

—Vayamos a tomar un café —propuso Charlie cogiéndola de la mano.

—Está bien —dijo ella advirtiéndole su premura por abandonar aquel lugar.

Cruzaron la calle aún cogidos de la mano hasta la cafetería de enfrente. Estaba segura que sería mejor que el de las máquinas de la emisora. Charlie pidió dos cafés con leche y se sentaron en una mesa del fondo.

—¿Ocurre algo? —preguntó ella.

—No soporto a Brad —reconoció él. Y menos aún soportaba verlo hablar con ella. Odiaba que se le acercase, aunque confiaba en ella, le hacía recordar demasiados malos recuerdos.

—Lo sé. Queda muy claro cuando apenas te diriges a él y resultas extremadamente cortante.

—No lo puedo evitar —dijo él mirando su café.

—Por desgracia tenemos que trabajar con él. Lo último que haría sería decirte cómo has de comportarte, pero debes soportarlo lo justo para trabajar juntos este tiempo que estemos aquí.

—Ya lo estoy haciendo. No quieras pensar lo que haría si no fuera así —dijo Charlie disgustado mesándose el pelo con una mano para luego dejarla sobre la mesa.

Angie posó su mano sobre la de él. Charlie la miró a los ojos y logró tranquilizarse.

Angie sonrió. Acababa de chatear brevemente con las chicas por internet. Siempre le subían el ánimo. Les estaba muy agradecida por los momentos que habían pasado con ella tras la ruptura con *el imbécil*, como ya lo habían bautizado. Estaba claro que en ese aspecto, Charlie le estaba haciendo mucho bien. El notar cómo la deseaba a pesar de sus generosas curvas le subía muchísimo la moral. Si bien, no estaba segura de que realmente fuera su tipo de mujer.

—Adelante —dijo ella tras escuchar unos nudillos tocar a su puerta.

—No te estarás probando algo sexy hoy, ¿verdad? —era Charlie con los ojos cerrados.

Ella rio con su ocurrencia.

—Puedes abrir los ojos. Siento decepcionarte, pero solo estoy contestando correos electrónicos. Algo no muy sexy que digamos —respondió ella de buen humor.

—¡Qué pena! Me gustó mucho la sorpresa de anoche —reconoció él con una mirada de deseo.

—Creo que no has venido a hablar de prendas sexys, ¿o me equivoco?

—No me importa hablar de ello —sonrió él—. Pero quería preguntarte si te apetece venir al concierto de Tim McGraw el sábado por la noche. Me acaban de confirmar que nos van a dar algunas entradas para el personal de la emisora, aparte de las que sortearemos en directo.

—Me gusta Tim McGraw. Estaré más que encantada de ir —agradeció la invitación.

—Perfecto. Candace se ha empeñado en que vaya a hacer algunas fotografías para el Facebook del programa, pero no quería ir solo. Escuchar country solo me resulta deprimente.

—A mí me gusta. Si bien es cierto que algunas de ellas son canciones con muchos sentimientos de historias que al que más o al que menos nos han podido suceder y es triste, sí.

—Precisamente —reconoció Charlie con un punto de tristeza en sus ojos.

—Lo siento, Charlie. No quise... —comenzó a decir ella.

—No importa —dijo él—. Bien, creo que por fin iré a probar el maravilloso hidromasaje que ha instalado mi madre en mi baño.

—Quizás yo haga lo mismo, tras contestar los correos electrónicos —dijo ella—. Aún queda tiempo para cenar y no pude probar el de tu casa, por miedo a los carpinteros —bromeó ella.

—Quizás debiéramos probarlo juntos —propuso él poniéndose de cuclillas al lado de la silla de escritorio donde ella estaba sentada.

—¿Estás bromeando, verdad? —dijo ella riendo.

—Hablo completamente en serio.

Ella dudó.

—Prometo que solo usaremos el hidromasaje, escucharemos música y charlaremos. No sucederá nada más. Palabra de *boy-scout* —dijo levantando la mano en señal de promesa.

—No sé —siguió dudando ella. Desnudarse delante de él y bañarse juntos la ponía nerviosa. Había comprobado que él aceptaba su cuerpo tal como era, pero la idea la seguía poco menos que aterrando.

—¡Vamos!, será divertido. Tengo una bomba de baño y mucho gel *bubble-bath*. Podemos imaginar que estamos en un spa —trató de convencerla.

—Está bien. Me has convencido con lo de la bomba de baño. Deja que coja mi albornoz.

Ella cerró el ordenador portátil, tomó su albornoz y se dirigieron a la habitación de Charlie. Era una completa locura lo que iba a hacer, pero ¡qué demonios!, era un rato de relax. Tenía que aprender de nuevo a disfrutar de aquellas cosas, aunque no iba a resultar sencillo quitarse aquel miedo.

—No sé por qué te sigo la corriente con estas locas ideas tuyas —dijo ella mientras veía como se llenaba la bañera.

—¿Qué sería del mundo sin un poquito de locura? —Charlie lanzó la bomba de baño al interior de la bañera de hidromasaje y esta comenzó a deshacerse efervescentemente. También abrió una botella de gel de burbujas y echó al menos la mitad de la misma. Encendió el hidromasaje y comenzaron a aparecer las burbujas. El aroma que se desprendió de la bomba era afrutado. Puso el mando a distancia del reproductor CD al lado de la bañera.

—Me falta *esto* para salir corriendo —dijo ella poniendo de ejemplo un tramo muy corto entre su dedo índice y pulgar.

—Vamos, Angie. No te rajarás ahora, ¿verdad? —dijo secándose las manos en una toalla y asiéndola contra su cuerpo—. Por favor, por favor, me apetece mucho hacer esto contigo —susurró sensualmente a su oído.

—Está bien —dijo ella finalmente tras unos segundos de duda. No podía resistirse después de la forma en la que se lo estaba pidiendo. Aquel hombre estaba comenzando a ser su debilidad.

—Tengo una idea. Pero no te muevas. Dame solo un minuto. Ve entrando en el agua —dijo mientras salía corriendo de la habitación. Le escuchó bajar las escaleras.

Ella recogió su pelo en un moño alto, se desvistió y dejó el albornoz encima de un pequeño taburete que había metido en el baño con ese fin y se introdujo en el agua espumosa. La temperatura de la misma era alta pero reconfortante. Agradeció poder introducirse en la bañera evitando la mirada de él.

Oyó cómo Charlie volvió y cerró la puerta de la habitación tras de sí. Escuchó lo que creyó un ruido de copas.

Entró en el baño y la vio.

—Me gusta comprobar que aún sigues aquí —le sonrió. Traía consigo una decena de velas que encendió y dispuso por todo el baño. Quería dotar la estancia de más intimidad y menos luminosidad, deseaba que ella estuviera tranquila, sin presiones, y sabía lo que, al menos de momento, la ponía nerviosa. Ya habría tiempo de convencerla poco a poco de que tenía un cuerpo precioso y que él disfrutaba viéndolo.

—Creo que no tenía más opción. No hubieras aceptado un no por respuesta —dijo ella y él volvió a sonreír.

—Así es más relajante —dijo apagando la luz y salió de nuevo del baño.

—¿Vas a entrar o me arrugaré en agua caliente y o sola? —preguntó ella en voz lo suficientemente alta para que la escuchase desde la habitación.

—Ahora mismo voy —anunció él.

Volvió con el albornoz puesto, dos copas en una mano y una botella de champagne en la otra. Las dejó detrás del lugar que ocuparía en la bañera. Se desprendió del albornoz y ella pudo observar, como siempre, su perfecto cuerpo mientras se introducía en el agua caliente y espumosa. Quedaron frente a frente.

—He traído un poco de alcohol. Para relajarnos —anunció alcanzando la botella y sirvió el champagne en las copas. Le dio una a ella.

—No es mala idea —reconoció. Estar tan cerca de él la ponía nerviosa.

—Por las bañeras de burbujas —brindó él.

—Por las bañeras de burbujas —repitió ella alzando su copa antes de beber.

Charlie alcanzó el mando a distancia del reproductor de CD y comenzó a sonar Blake Shelton. Ella sonrió.

—¿Te gusta Blake Shelton?

—Me encanta. Creo que llevo toda su discografía en mi coche —reconoció ella.

—Nunca te había preguntado por tu música favorita. Pero me alegra haber acertado.

—Ahora ya lo sabes. Me gusta mucho Blake y en general la música country. En eso soy una típica tejana. A pesar de no ser una verdadera *cowgirl*. ¿Y a ti? —quiso saber ella.

—Me gusta mucho la música country, pero también me gusta el pop, el rock y la música latina.

—¡Vaya! Eso sí que no me lo esperaba de ti. La música latina, interesante —asintió ella y él le sonrió.

Permanecieron en silencio escuchando a Blake Shelton. Angie se atrevió a tararear por lo bajo alguna de sus canciones. Charlie sonreía al escucharla y decidió acompañarla cantando a coro la canción *Do you remember* mientras ambos se miraban significativamente a los ojos. Aquella podría ser su historia, pero no iba a terminar con el verano. Aquella amistad iba a durar mucho más. Charlie estaba convencido de ello.

La letra hablaba de una pareja que tras el verano se separaban, él preguntaba continuamente si ella recordaba cuando corrían, ponían sus pies en el agua, bailaban o se cantaban canciones el uno al otro. Él decía sentir la esperanza en sus besos y el sol en su piel, haber aprendido a amar y a vivir.

Aquella canción era demasiado triste, ella reconocía más de lo que quisiera aquella letra en ellos. Solo deseaba que tal como decía la letra, él aprendiese a amar y a vivir de nuevo. Pero una cosa eran las canciones country y otra muy distinta la realidad. Charlie era un hombre cerrado a aquel sentimiento.

—Ven aquí. No te voy a comer —la invitó a ir a su lado en una pausa de la canción.

Ella dudó un segundo, pero finalmente cedió moviéndose por la bañera hacia su lado. Él abrió sus brazos para recibirla y ella se acomodó en su pecho. Charlie continuó cantando la canción ahora a su lado y ella lo siguió hasta el final de la misma. Ya habría tiempo de lamentos cuando Charlie se cansara de ella. En ese momento aquel hombre estaba ahí y le estaba prestando toda su atención.

A continuación sonó *Ten times crazier*, animándola con la marcha de la música y cantaron en alto ambos. Terminaron riendo y se miraron a los ojos.

—Nunca me lo había pasado tan bien en una bañera, tomando champagne y cantando country —dijo él.

—¿Se supone que lo haces muy a menudo? —preguntó ella burlándose de él.

—No lo había hecho nunca, pero me está gustando la experiencia —la besó en los labios dulcemente.

Tocaron a la puerta.

—¿Charlie? —era la voz de Claire.

Angie se movió a su posición original, al otro lado de la bañera, alertada por la presencia de la madre de Charlie en la habitación contigua.

—Mamá, estoy tomando un baño —dijo él pensando que sería suficiente para disuadirla.

—¿Estás probando la hidromasaje? —se la oyó ilusionada.

—Sí, mamá. Pero no estoy visible.

—Charlie, creo que he visto todo lo que tenía que ver de mi hijo mayor ¿no crees? —dijo entrando en el baño.

—¡Mamá! —se quejó vanamente él justo en el momento en el que entraba.

—Bueno, esto sí que no lo había visto. Sin duda alguna —dijo quedando petrificada por un momento para mirar a Angie y a Charlie por tiempos con el ceño fruncido—. Hola Angie, cariño —la saludó intentando sonar relajada.

—Hola, Claire —respondió ella.

—Creo que me tendrás que explicar qué significa esto —dijo dirigiéndose tranquilamente a Charlie—. No ahora, claro. Hablaremos más tarde.

—Mamá... —comenzó él.

A Angie le resultaba tremendamente atractivo y divertido a partes iguales ver a aquel hombre tratando de encontrar una explicación para su madre, que estaba poco menos que tomándole el pelo. Por supuesto que ella sabía que se estaban acostando y no le había sorprendido lo más mínimo la escena, aunque seguramente no se la habría esperado. Claro que Charlie no sabía que ella tenía esa información en su poder y ella podía jugar sus cartas de celestina a su antojo.

—Ahora no, Charlie. Más tarde. Os dejo continuar con lo que estuvieseis haciendo —dijo Claire mordazmente antes de salir del baño—. La próxima vez estaría bien que cerrases con llave.

Se oyó cómo su madre cerró la puerta de la habitación al salir.

Charlie se llevó las manos a la cara, se mesó el pelo y sonrió.

—Es increíble que me sigan pasando este tipo de cosas a mis treinta y cinco años. ¿Te divierte? —le preguntó viendo cómo su compañera de bañera sonreía.

—La verdad es que sí. Me ha resultado muuy divertido —respondió ella.

—No te reírás tanto cuando recibas una charla suya —advirtió él.

—No. Me reiré más cuando tú la recibas —sentenció ella divertida mordiéndose el labio inferior.

—¿Ah, sí? ¿Con que esas tenemos? —preguntó él mientras se movía en la bañera siguiendo con su mano el camino de la pierna de ella desde el pie hasta la cadera hasta llegar a ponerse a su altura—. Vas a pagar por ello —la amenazó con una sonrisa.

—No lo creo —le retó ella. Él la besó suavemente en los labios.

—¡Charlie! —esta vez era Luke desde la habitación de al lado.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Charlie dejando ir los labios de Angie.

—Día de visitas —dijo ella riendo por lo bajo.

—Luke, estoy en el baño, pero no estoy visible. Charlie volvió a su lugar en la bañera.

—Venga ya, Charlie, no seas estirado —se oyó decir a Luke en la habitación.

—Luke, si nos disculpas, estamos dándonos un baño —Angie habló para disuadir al hermano mediano de los Atkins.

—Ah... Perdón, Angie. No quería molestar —parecía azorado—. Charlie, podrías cerrar la puerta con llave cuando tengas compañía.

—Sí... gracias... no lo había pensado —dijo Charlie sarcástico con los ojos en blanco—. Quizás la próxima vez.

—Hasta luego, chicos —se oyó cerrar la puerta de la habitación.

—Charlie, deberías cerrar con llave la próxima vez —se burló Angie.

—Muy graciosa —contestó sarcástico nuevamente.

—Definitivamente, tenías razón. Ha sido un baño muy divertido —le sonrió ella.

—Te burlas —dijo Charlie.

—Un poquito sí —lo miró y notó que estaba decepcionado con aquel resultado. Demasiadas interrupciones—. Ahora en serio. Ha estado muy bien, me encanta la bañera, las burbujas, las velas, el champagne y por supuesto la compañía. No la de las visitas —aclaró—, la tuya. Gracias por todo.

—Ven aquí —dijo él abriendo sus brazos e invitándola nuevamente a ser abrazada en su pecho—. Ha sido un desastre.

—No, no lo ha sido —intentó desechar la idea de su cabeza y se dejó abrazar. Se encontraba bien en sus brazos, piel con piel. Comenzó a sonar *I need my girl* en el reproductor y ella comenzó a cantarla suavemente para animarlo. Charlie besó su mejilla y cantó con ella hasta el final de la canción.

—Incluso cuando todo es un desastre, lo tomas con humor. Eres increíble.

—Charlie, cuando todo es perfecto es estupendo, pero no todo sale siempre según se planea. Hay que saber adaptarse a las sorpresas o los cambios que surgen.

—Me gusta mucho tu forma de ver la vida —reconoció él—. Ella besó uno de sus musculosos brazos como respuesta.

Permanecieron largo rato en silencio, abrazados. Ella parecía hecha para encajar entre los brazos de Charlie. Disfrutaron de la música y de los aromas de la bomba de baño.

—Odio tener que decir esto porque no podría estar mejor. Me temo que no falta mucho para la hora de cenar —dijo ella.

—Lo sé. Y no deberíamos faltar, aún tengo una charla pendiente con mi madre. —recordó Charlie.

—¿Me contarás algo de la charla después? —preguntó ella.

—Ya veremos... Deja que te acerque el albornoz —dijo liberándola de su abrazo y saliendo de la bañera. Se puso su albornoz y tomó el de ella de encima del taburete. Lo sujetó por el cuello y ella, saliendo de espaldas metió ambos brazos en él. Charlie la abrazó y se lo ató desde atrás. Siguiendo un impulso la tomó en brazos para sacarla de la bañera.

—¡No! —gritó ella en un tono del que desprendía poco menos que pánico—. ¡No lo hagas!

—¿Por qué? —preguntó intrigado bajándola inmediatamente y fuera de la bañera.

—Peso mucho. Me da... vergüenza —Reconoció sin mirarlo a los ojos.

—No pesas tanto. Te lo aseguro y lo sé porque te acabo de coger en brazos ahora mismo —le dijo tratando de tranquilizarla. Había metido la pata de nuevo, ella tenía una gran mochila a su espalda con aquel tema. Aquella mujer que parecía fuerte y con las ideas claras en un instante, al siguiente podía ser frágil y asustadiza.

—Dame cinco minutos, por favor —le pidió ella sin mirarlo saliendo del baño y de la habitación.

Tras unos segundos en los que no pudo reaccionar ante el desconcierto de lo que allí había sucedido, decidió ir tras ella. Sin ceremonias ni avisos, abrió la puerta de su habitación y allí la halló, sentada en el suelo y pegada a la pared. Las rodillas flexionadas contra su pecho y los brazos alrededor. Su cabeza estaba hundida entre ellas.

—Angie —dijo suavemente arrodillándose a su lado—. ¿He hecho algo mal?

—Por favor, déjame. No quiero que me veas así —dijo en un hilo de voz.

—No puedo dejarte así. ¿Qué ocurre? ¿Qué he hecho?

—Charlie... —levantó su cara y se enjugó las lágrimas que corrían por sus mejillas—. Lo siento, Charlie. No has hecho nada. Soy yo.

Charlie se sentó en el suelo a su lado y la atrajo hacia sí sentándola en su regazo y la apretó fuertemente contra su pecho.

—¿Qué te ocurre, preciosa? —le habló con cariño y besó su cabeza—. ¿Más viejos y malos recuerdos?

—Lo siento Charlie. Hacía mucho que no me ocurría —dijo aún con la respiración entrecortada.

—No te disculpes más. Tú también has vivido mis momentos malos y has estado a mi lado. Te lo debo. Siento que he tenido poco tacto contigo hace un rato.

—No has hecho nada malo —tragó saliva—. Solo ha venido a mi mente un comentario muy malintencionado del imbécil de mi ex. No sé por qué, es absurdo, pero me dolió especialmente. Aún hay cosas que tengo pendientes de superar —dijo ahora abrazada a él.

—¿Qué te dijo ese cabrón? —comenzó a sentirse furioso con ese tipo que ni siquiera conocía.

—Ahora no —dijo ella. No se sentía con fuerzas para repetir aquellas palabras en ese momento.

—De acuerdo —volvió a besar su cabeza—. Sea lo que fuere, no las tomes en consideración. Son las palabras de un tipo enfermo.

—Lo sé. Hay cosas que siguen apareciendo con el tiempo. Hay heridas difíciles de cicatrizar.

—Ya sabes que soy el hombre-herida —quiso animarla—. Lo sé todo acerca del tema.

—Lo siento, de verdad, Charlie. Lo último que hubiera querido es que me vieses así. Me siento tonta —reconoció ella.

—No más disculpas, ¿de acuerdo? —la miró a los ojos—. Y no eres tonta. Eres una de las mujeres más fuertes e inteligentes que conozco. Mírame. Te envidio. Yo sin embargo arrastro heridas que no sé si algún día podré curar.

—Lo harás porque lo mereces —guardó silencio—. Gracias, Charlie.

—De nada, preciosa. Gracias a ti —siguió mirando sus ojos verdes y acuosos. La abrazó y permanecieron largo rato en aquella postura, en silencio.

—Debemos ir a cenar o nos vendrán a buscar en cualquier momento —dijo Charlie.

Angie asintió y ambos se levantaron del suelo.

—Intentaré cubrir esta cara con maquillaje. Debo verme horrible.

—Te ves preciosa, como siempre —respondió Charlie—. Iré a vestirme, pero esperaré hasta que bajes.

—Gracias, Charlie.

Como le había dicho, esperó en su habitación con la puerta abierta y bajaron juntos a cenar.

Claire notó que algo no iba bien en ella, esperaba que su visita al baño no hubiera causado ningún problema. Aunque habían bajado juntos y Charlie se mostraba solícito hacia ella.

—Angie, cariño. ¿Estás bien? Tienes los ojos...

—Pues... —empezó a decir ella sin saber bien qué decir.

—Ha sido mi culpa. Le salpiqué jabón en los ojos. Y se le han irritado un poco —dijo rápidamente Charlie—. Me siento muy mal con ella.

—Charlie, los juegos de hombres están bien con tus hermanos, que son tan duros como tú mismo, pero te rogaría que tengas cuidado cuando los haces con otras personas.

—Sí, mamá. Ya me he disculpado con ella —dijo Charlie.

—No pasa nada. Estoy bien. Ha sido un accidente nada más. Estoy convencida que en un rato se me pasará.

—Eso espero, cariño. En caso contrario tendremos que llamar al médico —se preocupó Claire.

—No creo que sea necesario. Gracias de todas formas, Claire.

—De nada, cariño. Y tú, Charles Atkins, espero que no se te olvide la conversación que tenemos pendiente justo después de cenar.

—Sí, mamá. No se me olvidará —respondió Charlie resignado mientras su madre se dirigía a la mesa. Si le llamaba Charles en vez de Charlie, la cosa iba en serio.

Tenía que dar explicaciones y maldita sea si tenía ganas de hacerlo.

—Gracias —dijo Angie a Charlie sonriéndole y este le devolvió la sonrisa. Aquella excusa del jabón en los ojos había venido justo en el momento perfecto.

Tras la cena, los dos hermanos más pequeños decidieron subir a jugar a la consola de videojuegos, mientras que Angie declinó la oferta y salió al porche trasero, esperando ver en qué terminaba la conversación de Charlie y Claire que se acababan de encerrar en el despacho.

BUSCANDO RESPUESTAS

—Tú dirás, mamá —Charlie se sentó en el sofá de piel dispuesto a dar largas y respuestas vanas.

—Quiero que me cuentes qué significa lo que he visto en tu baño —dijo moviendo una silla y situándola frente a su hijo.

—Estábamos probando una de tus bañeras. Una gran idea, mamá, me encanta —trató de suavizarla.

—Charlie, te agradecería que me hables en serio —le dijo ella.

—Te estoy hablando en serio, mamá. Estábamos tomando un baño, probando tu hidromasaje.

—¿Desnudos? —inquirió ella.

—Cubiertos de espuma y cada uno en un extremo de la misma —se excusó tontamente él.

—Creo que no estamos yendo a ningún sitio. Tendré que ser más clara. ¿Qué intenciones tienes con ella?

—No tengo ninguna intención, mamá. Somos muy buenos amigos, nos divertimos, charlamos mucho y cada uno disfruta de la compañía del otro. Sin más.

—Ahora me harás creer que en la cabaña la otra noche estuvisteis jugando al bridge. Charlie, tengo solo dieciocho años más que tú. No trates de tomarme el pelo —su hijo estaba tratando de escurrirse y no lo iba a permitir.

—¿Qué quieres, mamá? —preguntó Charlie comenzando a hartarse de aquel tira y afloja. Al parecer no iban a servirle las respuestas vagas. Se lo debió ver venir. Su madre iba siempre al meollo del asunto.

—La verdad. Quiero saber qué hay —quiso tirarle de la lengua.

—Está bien, mamá. Compartimos todo lo que te he dicho antes y además nos acostamos ocasionalmente. ¿Contenta? —decidió ser sincero. Al fin y al cabo su hermano Luke hacía algo parecido, y aunque su madre miraba para otro lado, sabía de sobra la vida que llevaba.

—Aún no sé si estoy contenta o no. ¿Estás enamorado de ella? —atacó de nuevo.

—Mamá, creo que eso forma parte de...

—¿Lo estás? —inquirió ella.

—No, no lo estoy.

—¿Por qué? —preguntó Claire.

—Porque no es un interruptor y ni quiero ni puedo hacerlo.

Claire sopesó la respuesta de su hijo. Paseó por el despacho antes de hablar de nuevo:

—Charlie ¿te das cuenta que Angie no es la típica mujer con la que se tiene una aventura? Porque eso es lo que tienes con ella. Una aventura.

—Yo tampoco soy el típico hombre que tiene aventuras —se excusó él.

—De todas las mujeres que pudiste haber elegido, que desearían una aventura contigo o incluso una noche contigo, resulta que la eliges a ella.

—No lo planeamos. Surgió así —aquello era una verdad a medias.

—¿Has pensado los riesgos que tiene esta situación?

—Tomamos precauciones —le informó él. No iba a pensar que era tan estúpido como para dejar embarazada a una mujer a esas alturas de la vida.

—No hablo de ese tipo de riesgos —desestimó Claire—. Hablo de sentimientos, ¿Qué sucederá si ella se enamora de ti? —Claire quería hacerle pensar.

—No lo hará. Lo hemos hablado y ella tiene los términos muy claros.

—Parece un anexo a su contrato de trabajo —atacó Claire viendo que no iba a conseguir nada con su hijo.

—Mamá. —Ese comentario le dolió y respondió molesto—: No vayas por ahí.

—Lo siento, hijo —se dio cuenta que se había excedido con aquel comentario—. Pero los sentimientos son libres. No se pueden manipular a antojo. Si ella se enamora. ¿Qué harás? ¿Lo has pensado?

—No, no lo he pensado. Ella no lo hará. Lo sé. Porque sabe que yo no la corresponderé.

—Solo te estoy diciendo esto porque esa chica me cae bien y la aprecio. Creo que lo has notado. Es curioso, porque tú sin embargo no puedes sentir nada por ella. O no quieres.

—Si te sirve de consuelo, ella es muy importante para mí, por muchos motivos y aunque no esté enamorado de ella, como está claro que a ti te gustaría, tendrá todo mi apoyo siempre que lo necesite.

Claire se sentó ahora en uno de los sillones. Frente a él. No podía entender aquella actitud de su hijo. Aquella maldita mujer de su pasado le había hecho cambiar tanto que lo había convertido en lo que tenía frente a ella. Un hombre frío que rechazaba de plano los sentimientos.

—Charlie, de verdad, trato de entenderte, pero no lo logro. La deseas lo suficiente como para acostarte con ella, reconoces que la quieres, todos os hemos visto decenas de veces abrazaros o besaros, aunque no lo creas, pero resulta que me vienes a decir que no eres capaz de enamorarte de ella.

—No voy a volver a sufrir nunca más, mamá. Con una vez tuve más que suficiente —salió su verdadero motivo a la luz, su miedo.

—Charlie, las cosas no tienen por qué salir mal dos veces.

—Pero nadie me asegura que salgan bien tampoco.

—Te oigo y no reconozco esas palabras en mi hijo.

—Tu hijo cambió. Aprendí de golpe lo que era sentirse desgarrado por dentro. Tener miedo a las mujeres. Prácticamente huir de ellas. No dormir durante noches y seguir sintiendo ese dolor. Beber y olvidarlo un rato y al estar sobrio de nuevo recuperarlo aun con más fuerza. Matarme a trabajar durante horas y horas hasta agotarme y seguir sintiéndome roto por dentro. Conozco demasiado bien todo eso y te aseguro que no voy a repetir la experiencia. No me voy a arriesgar.

—Sé que lo has pasado muy mal, cariño. —Lo entendía, pero no compartía ese miedo irracional a abrir de nuevo su corazón.

—Tuve esta misma conversación con Luke y Sammy. Y lo siento, no voy a cambiar de idea, solo sé que he encontrado a una amiga con la que me encuentro bien, que me entiende y lo que es más importante, la primera mujer de la que no tengo miedo en seis años. Mamá, seis años teniendo miedo a besar a una mujer, a tocarla, a... ya me entiendes. Esa ha sido mi vida en este tiempo. Y sí, a ella la deseo, me vuelve loco, me gusta todo de ella, me encuentro bien cuando estamos juntos. No me juzga. Y nos acostamos, sí. Somos adultos, ella habrá tenido sus razones para hacerlo y yo tengo las mías y te las he contado. ¿He sido lo suficientemente claro?

—Has sido muy claro —respondió su madre. Definitivamente si eso no era una declaración de amor, ¿qué lo era? Lo difícil era que él aún no lo comprendía y no tenía claro que pudiese llegar a comprenderlo algún día.

—Gracias —dijo Charlie—. Ahora quiero saber. ¿Existe algún inconveniente por tu parte a lo que hacemos?

—Ninguno. Por mí como si queréis hacerlo encima de esa mesa —dijo señalando la del despacho—. Creo que eres mayorcito. Son tus decisiones.

—Puedo buscar un apartamento si lo consideras inmoral.

—No se trata de eso, Charlie. Se trata de que estáis jugando a algo peligroso. No quiero que te vayas del rancho, ni tu padre ni yo queremos. Si quieres dormir con ella a diario y eso te hace feliz, puedo hasta aplaudirlo si estás más contento.

—Gracias, mamá. —se levantó y le dio un beso en la mejilla. No quería seguir discutiendo con su madre. Tanto Angie como él tenían las cosas claras al respecto. Todo estaba controlado.

—Solo una cosa más —dijo Claire y Charlie se detuvo a medio camino y se giró para mirarla—. No le hagas daño. Esa chica no lo merece.

—Lo sé, mamá.

UNA BOTELLA DE WHISKY...

La encontró de pie al lado de la barandilla, mirando la luna llena que esa noche brillaba en el cielo y que iluminaba toda la parte trasera de la casa. Dejó la botella de whisky y los vasos sobre la mesa con cuidado.

—¿Estás bien? —le preguntó Charlie posando una mano sobre su hombro.

—Mejor. Gracias —respondió ella.

Ambos guardaron silencio durante unos instantes.

—Me dijo que si no adelgazaba ningún hombre podría alzarme nunca en brazos sin caerse de culo conmigo encima.

—Angie... no, princesa, no —dijo a modo de consuelo abrazándola desde atrás.

—Sé que es una estupidez, pero me dolió ese comentario, la forma en la que me lo dijo —dijo seria pero serena, mirando la noche.

—Siento tanto que hayas tenido que pasar por ese tipo de cosas —besó su cuello.

—Es el pasado. Se irá —dijo fingiendo una entereza con la que no estaba segura de contar.

—Además sabes que eso no es cierto.

—Lo sé. Solo siento que por mi culpa se empañó lo bien que lo habíamos pasado —dijo ella.

—No se empañó nada. Somos amigos, para eso nos tenemos el uno al otro. No solo en los momentos de diversión. Me lo has enseñado tú —dijo Charlie.

—Gracias —dijo ella sonriendo levemente. Él no la podía ver, pero notó cómo lo hacía.

—Creo que hoy nos vendrá bien un poco de whisky —dijo soltando su brazo y señalando a la mesa.

—¡Balcones! Hacia tiempo que no lo veía —dijo tratando de sonar animada al ver aquella conocida marca de whisky. Sin duda alguna lo que necesitaba era un buen trago de algo fuerte.

—Sentémonos —la invitó él.

—¿Qué tal la charla con tu madre? —quiso saber ella.

—Puff —resopló—. Me ha pedido explicaciones de lo que era lo que había visto allí. Qué intenciones hay por mi parte y qué tipo de relación tenemos. Está claro que quiere emparejarnos, románticamente hablando.

—Ha sido una charla difícil entonces —dijo ella.

—Un poco. No entiendo por qué tengo que dar tantas explicaciones a todos. Creo que no hacemos daño a nadie con lo nuestro —sirvió dos vasos de whisky.

—Se preocupan por ti y por tu bienestar —aseguró ella.

—Estoy bien —alzó su vaso, ella hizo lo propio y ambos bebieron de un trago.

—Quieren que seas feliz.

—Soy todo lo feliz que puedo llegar a ser. Hay cosas que no van a volver a ser como antes aunque ellos piensen que sí —sirvió otros dos vasos—. Cosas que no tienen vuelta de hoja. No tendré veintinueve años de nuevo y no seré aquel chico ingenuo que era.

—Me duele escucharte hablar así, sin esperanza —dijo ella mirándolo a los ojos en la penumbra de la noche.

—Es mi realidad. —Él también la miró a los ojos y se perdió en ellos. Era muy fácil hablar con ella.

Siguieron hablando y compartiendo chupitos de whisky hasta que la botella quedó vacía, momento en el cual ambos estaban algo más que perjudicados por el alcohol. Decidieron subir a dormir como bien pudieron, entre risas acalladas sujetándose el uno al otro y al pasamanos de la escalera para no despertar al resto de la casa. A esas alturas, prácticamente todo les hacía reír.

—Y esta noche, me pienso quedar a dormir contigo —dijo Charlie cerrando la puerta a sus espaldas y pasando la llave.

—Que novedad, ¿no? —dijo ella.

—Eso sí, creo que solo dormir, porque vamos un poquitín afectados —rieron ambos.

—Está bien, pero no ronques o te echo a patadas —dijo ella riendo y apagó la luz—. A dormir.

Ambos se desvistieron como pudieron entre risas cayendo sobre la cama varias veces y se dispusieron a dormir, a pesar de que en aquel estado aun tenían de todo, menos sueño. Besos, caricias... una cosa llevó a la otra y al poco rato acabaron haciendo el amor apasionadamente a pesar del alcohol ingerido, aunque tan mareados como si fueran en una montaña rusa.

El despertador sonó taladrando el cerebro de Charlie que lanzó su brazo en búsqueda del origen de aquel ruido infernal.

—¡Mierda! —gimió Charlie apagándolo aún con los ojos cerrados.

—Yo también te deseo buenos días —dijo ella despertándose con la boca seca como el esparto.

—Lo siento, es que... ¡Oh! ¡Mierda, mi cabeza! —repitió Charlie tratando de incorporarse en vano en la cama.

—¿Necesitas que te traiga algo? —se ofreció ella sintiendo el estómago del revés.

—Bebiste anoche tanto como yo, ¿por qué estás tan fresca? —preguntó Charlie sin animarse a moverse de la cama.

—Ya te dije que toleraba el alcohol mejor que tú —se defendió ella. No solía darle dolor de cabeza, pero el estómago era otra historia. Hacía siglos que no lo tenía tan revuelto como aquella mañana.

—Te odio —dijo suavemente él.

—Qué pena, porque yo sin embargo te quiero —se obligó a bromear—. En serio, Charlie ¿necesitas algo?

—Si eres tan amable de traerme un ibuprofeno te lo agradecería infinitamente.

—De acuerdo... ¿Dónde...?

—En la cocina, en el último estante al lado del frigorífico —dijo con los ojos cerrados.

—No te levantes, ahora vuelvo —se puso su albornoz, se recogió el pelo y bajó a la cocina.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Luke, casi haciendo que se cayera de la silla en la que estaba subida.

—¡Qué susto! —dijo ella.

—Lo siento —dijo arrepentido Luke.

—No tiene importancia. Buenos días Luke. Estoy buscando el ibuprofeno.

—Buenos días. Déjame a mí —retiró la silla, movió un par de botes y detrás halló el de ibuprofeno antes de dárselo.

—Gracias —llenó un vaso de agua del grifo.

—Una noche de juerga la de anoche por lo que veo. ¿Resaca? —preguntó Luke mirando la botella vacía de whisky Balcones y los dos vasos que estaban sobre la encimera.

—Un poco —reconoció ella—. Voy a subirle esto a Charlie —dijo saliendo de la cocina.

—Aquí estoy —dijo ella en tono bajo al entrar en la habitación para no provocarle más malestar del que tenía ya.

—Dios te bendiga —dijo tomando tres pastillas del frasco de ibuprofeno y tragándolas con agua. Volvió a recostarse.

—¿Necesitas algo más? —preguntó solícita ella.

—Solo quince minutos para que hagan efecto —dijo él.

—Bien, mientras tanto iré a ducharme —anunció ella recibiendo un asentimiento de cabeza por parte de él. Necesitaba una ducha y una buena taza de té. No sabía si podría soportar el café esa mañana.

Una vez se hubo duchado, vestido y maquillado se sintió mejor consigo misma. De vuelta de la habitación, Charlie estaba sentado en la cama. Se había puesto los vaqueros y se sujetaba la cabeza. Ella fue hasta su lado, se arrodilló ante él y lo miró.

—Recuérdame la próxima vez que beber tanto no es una buena opción —dijo él.

—Lo haré. ¿Mejor? —se interesó ella tocando su frente.

—Sí, solo necesito una ducha y un buen café. Gracias. ¿Por qué a ti no te ha afectado?

—Te contaré un secreto. Tengo el estómago del revés —hizo una mueca de asco tocándose el abdomen—. Necesito tomar algo caliente.

—Ya me estaba empezando a preocupar. A veces pareces de acero —le tocó la mejilla con dos dedos.

—Sabes que no lo soy —le sonrió ella—. Dúchate y tomemos algo caliente. Te esperaré.

Bajaron juntos al comedor. Luke seguía aún desayunando mientras leía una revista legal. Charlie tomó una taza grande y se sirvió un generoso café. Angie puso la tetera al fuego y esperó buscando una bolsita de té.

—Así que de juerga, y no avisas, Charlie —dijo Samy entrando en el comedor tras ver la cara de su hermano mayor.

—Una botella de *Balcones* nada menos —añadió Luke.

—En realidad solo fue media —respondió Charlie—. La otra media fue cosa de ella —señaló a Angie que en ese momento entraba en el comedor con el té recién hecho.

—Hermanito, estás en baja forma —respondió Samy sorprendido y Luke rio mirando a la mujer que había tumbado a su hermano con media botella de whisky.

Charlie había vuelto a incluir un nuevo rito cada mañana, antes de irse a la emisora. Cogía un preservativo de la caja y lo metía en uno de los bolsillos de su cartera. Era algo que hacía años que había dejado de hacer, pero ahora le hacía sentirse bien de nuevo consigo mismo. Había vuelto a vivir, todo lo que podía permitirse a esas alturas con su pasado.

—¡Mierda! —exclamó al ver que aún estaba el del día anterior en su cartera. El miedo se apoderó de él. Eso solo podía significar que la noche anterior lo habían hecho sin protección. Aunque apenas se acordaba de aquello, sabía que habían hecho el amor.

—¡Mierda, Charlie! ¿En qué demonios estabas pensando? —exclamó para sí mismo.

Comenzó a pasear nervioso por la habitación mesándose el pelo. Debía decírselo... O no... Sí, sí, debía hacerlo. Ella debía saberlo... Quizás no, quizás sería preocuparla sin motivo, porque ¿cuántas posibilidades había con solo una vez? Y si había sucedido, ya nada se podía hacer al respecto. Por otro lado, no quería preocuparla, no después del disgusto que pasó el día anterior al recordar al cabrón de su ex y sus frases para la posteridad.

—¡Charlie! —oyó a Angie llamándolo al otro lado de la puerta—. ¿Vamos?

—Un momento —contestó desde dentro. Debía serenarse antes de abrir o ella notaría que algo estaba sucediendo.

MÁS QUE UNA SIMPLE RESACA

—¿Estás bien, Charlie? —preguntó ella, con gesto preocupado, sentada ante una ensalada en el restaurante de enfrente de la emisora—. Has estado toda la mañana silencioso y taciturno.

—Perdona, es la resaca —se disculpó dando vueltas en el plato a su filete de ternera.

La miró y su imaginación comenzó a volar. Pensó por primera vez en ella como en una madre. Se vería preciosa con un hijo en brazos y no le cabía la menor duda que sería una madre cariñosa, pero firme con sus hijos. Imaginó una niña, una pequeña Angie, una dulce criatura de pelo dorado parecida a su madre.

—¡Charlie! Estás un poco despistado hoy —lo llamó ella.

—Disculpa. Creo que no volveré a beber en un tiempo —hizo una pausa y preguntó—. ¿Has pensado alguna vez en tener hijos?

Angie lo miró con el ceño fruncido durante un momento. ¿A qué demonios venía esa pregunta? Lo mejor sería contestar con naturalidad antes de hacer de aquello algo incómodo.

—Bueno, en mi primera relación aún éramos demasiado jóvenes —respondió al fin—. En la segunda lo pensé, y durante un tiempo sí que quise, pero te puedes imaginar qué opinaba él de lo que le podría pasar a mi cuerpo si tenía hijos.

—Me hago una idea —Charlie puso un gesto de disgusto al escuchar de nuevo una opinión de aquel tipo.

—Afortunadamente hoy en día me alegro de no haber cometido ese error. Es lo único que le agradezco, que me quitase la idea de la cabeza. No por el bebé, si aquello hubiera sucedido, me hubiera encantado tener un bebé, pero no me perdonaría haber elegido a un padre tan nefasto para él.

—Desde luego —convino Charlie—. En tu primera relación, sí, quizás eras muy joven, pero si hubiera sido por accidente, ¿lo hubieras tenido?

—Sí. A riesgo de que me llames inconsciente. Si uno comete un error es un error de uno, no tiene por qué pagarlo un tercero. No tiene por qué ser la opinión más correcta del mundo y respeto las decisiones de cada persona al respecto, pero yo lo hubiera tenido, nunca me hubiera planteado otra opción.

—¿Hoy en día no te lo planteas lo de tener hijos? —quiso saber él.

—Hoy en día —sonrió ella—, veo altamente improbable tenerlos. No me quedan muchos años para ello. Bueno, ¿y tú? Preguntas, preguntas, pero no cuentas nada. ¿Qué opinas del tema?

—Tienes razón —sonrió él. Si no contaba lo que opinaba del tema, ella podría sospechar algo, si es que ya no lo hacía. No había sido demasiado diplomático, la resaca mantenía su cabeza abotargada—. En realidad me hubiera encantado, pero mi ex era muy reticente y ahora sospecho que nunca se hubiera animado. Claro que si lo hubiéramos tenido... quién sabe quién habría sido el padre. Él o yo —Charlie turbó su mirada.

—¿Y qué preferirías? ¿Niño o niña? —preguntó ella apenas sin dejarle recordar aquello que lo turbaba. Quiso alejarle del pasado.

—Niña. Me encantaría tener una niña —dijo ahora esbozando una sonrisa soñadora antes de explicar su punto de vista—. Cómo puedes ver en mi casa y a hay mucha testosterona y mi madre también ha echado de menos siempre una niña por el rancho. Sería una alegría para ella. Y si pudiera elegir, la llamaría Victoria, como mi abuela paterna.

—Seguro que serás un gran padre —pronosticó ella.

—No —sonrió él de forma triste—. Yo ya estoy retirado de ello. No seré padre nunca.

—Aún te quedan por delante... no sé... —calculó en su mente—, cuarenta años quizás. Siempre que escojas una mujer joven, podrás ser padre hasta más allá de los ochenta sin duda. Los hombres lo tenéis mucho más fácil que las mujeres en eso.

—No, mi tiempo pasó —descartó él—. Es otra de las cosas que deseché hace años. Eso sí, preveo ser un tío consentidor para todos los sobrinos que me den mis hermanos, si algún día se deciden a sentar cabeza, porque tampoco es que vayan muy avanzados que digamos.

—También podrías contratar un vientre de alquiler. Podrías tener a tu pequeña Victoria sin complicarte la vida con nadie —dijo ella dándole otra opción.

—No creo que fuera justo para ella. Aunque tendría todo el amor que pudiera darle por mi parte, no veo justo que crezca sin una madre a su lado por un capricho. Pero bueno, tú podrías hacer lo mismo, pero al revés.

—No, lo siento, pero no. Llámame antigua, pero por muy buenos informes que me dieran, yo necesitaría conocer al padre, saber cómo es, su forma de pensar, de ser... Aunque tampoco puedo decir «de este agua no beberé» de aquí a diez años. Nunca se sabe si me entra una vena maternal de esas que no me dejan vivir.

—Estoy convencido que algún día conocerás a alguien que te merezca de verdad y te haga feliz. Serás una madre estupenda.

—Lo veo poco probable de momento, pero gracias —puso su mano sobre la de él—. Me haría muy feliz que a ti te sucediera lo mismo.

—Te lo agradezco, pero también lo veo poco probable —le guiño un ojo.

Esa tarde, con nada de tiempo para pasear y poco más que el tiempo justo para la cena debido a varias entrevistas que había realizado en falso directo, Charlie fue al establo a ver a su amigo *Concho*. Necesitaba reflexionar sobre lo sucedido la noche anterior y sobre la charla que había mantenido con Angie a mediodía. Ahora sabía cómo pensaba ella acerca del tema, pero debía tomar una decisión al respecto. ¿Decírselo o no decírselo? Había consultado en internet esa mañana. Entre el alcohol y que solo había sido una sola vez, las estadísticas decían que el riesgo era mínimo. Podría preocuparla sin motivo y perderían lo que tenían entre ambos. Además, si sucedía, algo que estaba casi seguro que no iba a pasar, ya verían qué hacer al respecto.

—¿Qué opinas, viejo amigo? —le habló a su caballo mientras acariciaba su cabeza. Este resopló con gusto—. Entonces estamos de acuerdo. Será nuestro pequeño secreto.

COUNTRY Y PAPARAZZI

Tim McGraw acudió esa mañana al estudio para una entrevista previa al concierto que daría esa misma noche en San Angelo. Charlie y Angie acudirían también para hacer el reportaje fotográfico que le había prometido a Candace para la página de Facebook del programa.

—¿Las palabras son una medicina? —le preguntó Charlie en directo con el tema de fondo sonando.

—Creo que es algo que nos ha ocurrido a todos alguna vez y quise plasmarlo en una canción. Las palabras son medicina si las dice la persona adecuada.

Charlie no podía estar más de acuerdo con aquella afirmación. Incluso el diría que había personas que eran como una medicina. Desvió su mirada un instante hacia el otro lado del cristal, Angie estaba fuera siguiendo atentamente la entrevista. Sus miradas se cruzaron y ella le sonrió.

Una vez terminaron, escucharon una canción del nuevo disco y Brad puso a continuación otra entrevista que tenían grabada en falso directo con un concejal de Austin. Charlie pudo salir del estudio durante unos minutos. Quería presentárselo a Angie, que tan atenta había seguido la entrevista.

—Sé que tenéis entradas para el show de esta noche, pero venid un rato antes y podréis entrar en la zona vip y verlo todo más de cerca. Y al finalizar también podréis quedaros en la fiesta que organizamos si lo deseáis —le dijo el cantante una vez había intercambiado unas frases con Angie y se dirigía con Charlie al ascensor de la emisora.

—Seguro que a Angie le hace mucha ilusión —convino Charlie.

—Hacéis una buena pareja, tío. Me alegra ver que por fin has encontrado a alguien —dijo Tim.

Y en vez de molestarse, a Charlie le pareció divertido que les hubiera confundido con una pareja.

—¿Por qué has supuesto que ella y yo...? —preguntó con curiosidad.

—Es obvio, ¿no? —rio Tim—. La forma en que os miráis el uno al otro. Gracias por todo, como siempre. Nos vemos esta noche, Charlie.

—Gracias a ti por venir. Nos vemos —ambos hombres se abrazaron.

Tim y él se conocían desde que había comenzado su andadura en el mundo de la radio en Austin. Había sido uno de los primeros entrevistados conocidos del mundo country que había tenido y uno de los más cercanos en las entrevistas.

«(La forma en la que nos miramos)», pensó. Ciertamente era que después del asunto del whisky, hacía unas cuantas noches en las que no habían podido estar juntos y al menos por su parte el deseo por estar de nuevo con ella, bíblicamente hablando, estaba tocando máximos históricos. Quizás a eso se refiriese Tim. Quizás esa fue la mirada que captó en ambos.

Le hubiera gustado llevarla a un concierto de Blake Shelton que era el cantante favorito de ella, pero uno de Tim McGraw era un muy buen comienzo. Sabía que también era una gran seguidora. No le había dicho nada acerca de entrar en la zona vip porque quería sorprenderla. Tim salió a recibirlos en cuanto le avisaron que estaban allí. Les invitó a tomar algo en su autobús de gira particular y les enseñó las instalaciones. Para Angie resultaba una experiencia nueva. Nunca había estado tan cerca como para ver cómo era la vida en el día a día de una gira de música country y le fascinaba.

Una vez comenzó el show pudieron tomar decenas de imágenes que subieron al Facebook de *Siete días en Texas*. También tomaron imágenes y *selfies* para ellos y el recuerdo de esa noche de concierto. Corearon las canciones como dos fans más a voz en grito y no pudieron evitar escuchar abrazados e incluso besarse en las más románticas.

—Ha sido toda una experiencia, gracias Charlie —dijo ella ya al lado del todoterreno de Charlie. Habían declinado la oferta de quedarse a la fiesta posterior al concierto. Había sido un día muy largo.

—Gracias a ti por acompañarme —respondió el cercándola con su cuerpo suavemente contra el coche. Le cogió la cara entre sus manos, acarició sus mejillas con los dedos pulgares, fijó su mirada en sus ojos y la besó con pasión, al igual que ella respondía a aquellas caricias y aquellos labios que se movían sobre los suyos. El fuego del deseo apareció entre ellos.

—No sé si voy a poder aguantar hasta que lleguemos al rancho —le confesó él con la frente apoyada en la de ella.

—Yo tampoco lo sé —respondió ella sintiendo su aliento. Nunca había sido una mujer especialmente sexual, pero con Charlie todo era tan diferente que la asustaba.

—Necesito más de ti —dijo volviendo a besarla ávidamente.

Charlie abrió la puerta trasera del coche, se introdujo en él y tiró de la mano de ella hacia dentro. Cerró la puerta y los seguros del mismo con el mando a distancia de la llave.

—Solo un poco más de ti hasta que lleguemos al rancho —dijo besando su cuello lentamente mientras que con una de sus manos acariciaba su espalda por debajo de la camiseta.

—Charlie, es una locura —dijo suavemente ella tratando de resistir el deseo que la atenazaba—. Nos puede ver alguien.

—No lo creo, los cristales están tintados —le aseguró mientras sus labios seguían recorriendo su cuello centímetro a centímetro—. Solo un poco más de ti —repetió él. Tenía que quitarse el mono de ella, de haber estado sin hacerla suya durante los últimos días. Solo hasta llegar al rancho, allí podrían desatarse.

—Está bien. Si deseas un poco más, esta vez será a mi manera —perdida en el deseo que él despertaba sobre su piel se le acababa de ocurrir una locura de lo más excitante.

—Pon las condiciones —dijo él mientras besaba su boca de nuevo. Quería rendirse a ella.

—Aquí y ahora. No sé tú, pero yo... siento mucha urgencia —dijo con sus dedos enredados en el pelo de él.

—Yo también me siento en urgencia, cariño —dijo él con voz seductora.

—Entonces no perdamos tiempo —dijo ella que en esa ocasión se había puesto una falda. Se liberó de la ropa interior que la separaba del placer, se sentó a horcajadas sobre él y volvieron a unir sus bocas. Con manos torpes por el deseo que le cortaba la respiración pudo desabrocharle el cinturón, el botón del pantalón y la cremallera. Y con un poco de ayuda por su parte bajaron el bóxer y el pantalón hasta las rodillas.

—¿Dónde está...? —comenzó a preguntar ella palpando el asiento del coche.

—Aquí —le puso el preservativo en la mano. Ella lo abrió y se lo colocó con manos nerviosas.

—Ya está —dijo ella besándolo.

—Me gusta cuando tomas el control de la situación —dijo él lamiendo su cuello y desabrochando su sostén. Le encantaba acariciar sus generosos y suaves pechos que ahora se mostraban erguidos ante sus caricias y el deseo que ambos sentían.

—Me gusta cuando me vuelves tan loca como para hacer esto —dijo ella con una sonrisa traviesa.

Ella guio su miembro a su entrada donde lo esperaba con ansia y se movió rápidamente con él en su interior buscando el placer de ambos. No había tiempo para delicadezas. Lo deseaba justo en ese momento, su corazón palpitaba fuertemente en su pecho y el deseo más abajo. Él la asió por la cintura y agradeció la urgencia de ella ya que era compartida, la deseaba intensamente justo en ese momento. La dejó hacer, sus movimientos eran tan excitantes que le estaban haciendo abandonarse al placer como nunca antes. Ambos disfrutaron del ritmo de las embestidas hasta que finalmente llegaron al placer más absoluto en un intenso orgasmo que compartieron entre intensos gemidos ahogados de ella en la boca de él y el movimiento fue cesando poco a poco. Sus bocas se unieron de nuevo profundamente en un largo beso de respiraciones entrecortadas mientras él acariciaba su piel por debajo de la camiseta que llevaba esa noche.

—¿Qué ha sido esto? —pudo articular él incrédulo un minuto después, aún dentro de ella abrazándola. No recordaba una experiencia similar.

—Ha sido una locura —sonrió ella—. Una locura muy, pero que muy satisfactoria —lo besó en los labios tiernamente. Había sido la mejor experiencia sexual de su

vida con diferencia. Tan buena que quería más de él.

—Ha sido muy bueno —Convino él apoderándose de su boca de nuevo. No se cansaba de su sabor ni de ella. Y sabía que había sido más que bueno, aquello que habían compartido había sido único.

—Ambos teníamos mucha urgencia, y sabes —dijo ella a su oído.

—Bendita urgencia —la abrazó tiernamente y aspiró el olor de su pelo, a miel y ámbar.

Ella deseó decirle «te amo», pero aquello solo estropearía el momento. Y creía habérselo dicho con su cuerpo, con cada centímetro de su cuerpo hacia tan solo unos minutos.

—Estoy realmente cansada —dijo Angie abrazando a Charlie en la puerta de su habitación una hora más tarde—. Me daré una ducha y me iré directamente a dormir.

—Yo haré lo mismo. Ha sido un día muy largo, aunque muy bueno —matizó y la besó en los labios.

—Mmm, lo mismo digo. Que descanses Charlie —la abrazó con fuerza y él la apretó contra sí. Amaba a aquel hombre.

—¡Buenos días! —dijo ella sonriendo al ver entrar a Charlie en la cocina, con su pantalón de pijama y su sexy torso desnudo. Ella llevaba largo rato meditando sentada en la soledad de la cocina.

—¡Buenos días! Como siempre de buen humor a pesar de la hora. ¡Santo cielo! ¿Nunca duermes más de seis horas? —dijo besando su mejilla—. ¿Hay café?

—No hay nada que me retenga en la cama —le dijo insinuante mientras le tendía su taza. Él bebió de ella agradecido. Se había convertido en una costumbre cómplice aquel gesto mañanero de compartir el café cuando uno de los dos se levantaba antes que el otro.

—Gracias —dijo bebiendo un nuevo sorbo de café y la abrazó con el brazo libre—. Creo que tendré que dormir contigo en adelante para quitarte esta mala costumbre de levantarte tan temprano los domingos.

—Le dijo la sartén al cazo —respondió ella riendo.

—En ese caso se me ocurre que podamos retenernos mutuamente —dejó la taza en la encimera y la abrazó contra su pecho besando su sien.

—Me alegra ver que con un poco de cafeína y azúcar recuperas fácilmente tu humor —se sintió bien en sus brazos. Podría pasar la vida en aquel lugar, abrazada en la seguridad de su pecho, aspirando el olor de aquel hombre que la volvía loca.

—Me das largas —se separó de ella y la miró—. ¿Quieres que te retenga o no?

—¡Hazlo! —respondió ella mirándolo a los ojos mientras le sonreía.

La vida sexual con su ex no había tenido nada que ver, no era mala, de hecho era muy buena, pero todo era planeado, tal día de la semana, tal hora. Jamás había sucedido algo como lo de la noche anterior. Con Angie simplemente sucedían las cosas, se encendía la llama y no tenía por qué ser viernes o lunes. Surgía, sin más. Le desconcertaba y le agradaba a partes iguales.

—Me estás poniendo nerviosa con esa mirada —dijo ella intrigada. Estaban en la cama, frente a frente, mirándose, había subido a la habitación de Charlie cogida de su mano, una vez hubieron compartido el café. Él la miraba con una expresión curiosa y una sonrisa en los labios—. ¿Qué ocurre?

—Lo que hicimos anoche —comenzó él y vio como ella se sonrojaba.

—Ohhhh —se tapó la cabeza con la sábana avergonzada—. ¿Qué pasa con ello?

—No, no, preciosa —le destapó la cabeza sonriendo.

—No quisiste herir mis sentimientos en aquel momento, pero fue horrible ¿verdad? —preguntó ella arrugando el rostro y cerrando los ojos.

—Creo que fue lo más excitante que he hecho en mi vida —reconoció él tranquilizándola.

—¿De verdad? —abrió un ojo preguntando incrédula.

—De verdad. Me sorprendiste y de qué manera —acarició su cara con dos dedos.

—Era la primera vez que me rendía a una locura de tal calibre. No tengo perdón. Pero lo disfruté mucho —confesó ella algo avergonzada.

—No me lo puedo creer —rio él—. Parecía que sabías lo que estabas haciendo.

—No tenía ni idea. Salió bien como pudo haber sido un desastre. Las mismas opciones había.

—Cuanto más te conozco, más fascinante me pareces —comenzó a besarla suavemente.

—Contigo me estoy soltando la melena como nunca antes —se sinceró ella entre sus besos.

—Me gustó verte asumir el control, me excitó mucho —reconoció él acariciándola por debajo del camisón.

—Pierdo mucho el control últimamente... contigo.

—Eso también me excita saberlo —sonrió pícaramente él antes de besar ávidamente su boca e intensificar sus caricias.

Y en vez de dormir hicieron el amor durante la siguiente hora y permanecieron abrazados en silencio después.

—Si fuera un hombre normal y pudiera volver a enamorarme no me costaría hacerlo de alguien como tú —dijo distraídamente enredando su dedo con un mechón de pelo de ella. A ella le podía decirle aquello sin temor a nada. Eran amigos y ella no lo malinterpretaría. El trato que mantenían dejaba muy claro que aquello no iba a suceder.

—Dios mío, Charlie —su corazón se aceleró—. Es lo más bonito y a la vez lo más triste que he escuchado en mucho tiempo —sintió como sus ojos se llenaban de lágrimas y trató de disuadirlas con todas sus fuerzas, tenía la cabeza apoyada en su pecho y si las derramaba él lo notaría.

—Así es mi vida —suspiró. Ella posó un beso en su pecho.

Durmieron abrazados durante un par de horas más. Para entonces eran algo más de las diez de la mañana y decidieron levantarse, darse una ducha y bajar con la familia que comenzaba a despertarse.

CONSECUENCIAS INESPERADAS

—¡Buenos días, chicos! —les saludó Sam desde uno de los sillones cuando bajaron por la escalera y ellos lo saludaron casi al unísono.

—¿Cómo te sientes, Sam? —le preguntó Angie. Era la primera vez que lo veía sentado en el salón en el tiempo que llevaban allí. Era un claro síntoma de que mejoraba.

—Mejor, gracias. ¿Qué tal el concierto de anoche?

—Genial. Lo pasamos muy bien. Te puedo enseñar fotos si quieres —dijo ella sacando el móvil del bolsillo de su pantalón vaquero y se lo pasó en la fotografía que comenzaba la serie.

Sam dominaba la tecnología como hombre moderno que era y vio todas las fotos de la noche.

—Me hubiera gustado ir, no lo niego —le devolvió el teléfono.

—Tim es muy bueno en los directos y las fans estaban enloquecidas —le informó Charlie.

—Los directos sin duda son lo mejor de los artistas, es donde se ve si tienen garra o es todo arreglos de estudio —opinó Sam.

—¿Queréis un café? —ofreció Samy desde la cocina.

Angie se dirigió a la cocina a por un café y volvió al salón con Charlie y su padre donde estaban pasando en televisión la noticia del concierto de Tim McGraw.

Charlie le cogió la taza de café distraídamente a Angie y bebió de ella, gesto que no pasó desapercibido para Sam que sonrió.

—Candace, buenos días. ¿Ahora también trabajas los domingos? —respondió de buen humor Charlie al teléfono que acababa de sonar.

—Buenos días, Charlie. Siento que te voy a arruinar el domingo.

—¿Qué ocurre? —comenzó a preocuparse Charlie. Si Candace creía aquello, era muy probable que se cumpliera.

—Un colega me ha enviado una fotografía tuya del concierto al que te mandé. Para darme el aviso horas antes de que se publique y que no nos pille por sorpresa.

—¿De qué trata?

—Una fotografía tuya y de Angie en una situación que quizás no te guste.

Charlie se puso lívido y Angie lo observó preocupada. Tragó con dificultad y se mesó el pelo, como hacía siempre que se ponía nervioso. No podía ser que los hubieran pillado teniendo sexo dentro de su coche.

—¿Tan grave es? —preguntó él.

—Te la envío por mensaje al teléfono en unos minutos y juzgas tú mismo. Sé que esto es nuevo para ti, pero deberías tener más cuidado en los lugares públicos.

—Gracias por avisar, Candace —cortó la comunicación.

Se dirigió a Angie:

—¿Puedes venir al despacho, por favor? Es algo de trabajo.

—Sí, claro —dijo sería, temiendo lo que pudiera haber ocurrido que por la cara de Charlie no era baladí.

Ella entró en el despacho y cerró la puerta tras de sí. Charlie puso el teléfono encima de la mesa como si le quemase en las manos.

—Candace me ha avisado que existe una fotografía nuestra del concierto de anoche que quizás no nos guste. Se va a publicar en unas horas —dijo mesándose el pelo con toda la tranquilidad de la que pudo hacer acopio, que no era mucha.

—¡Dios mío, Charlie! —se dejó caer en el sillón del despacho y hundió la cabeza entre sus piernas pasándose las manos por la nuca y temiendo lo peor. Ella también estaba imaginando que tipo de imagen podía ser aquella y se horrorizó al instante.

—Candace me la enviará en unos minutos —anunció él.

—¡Dios mío! —repitió ella—. ¿Sabes lo que puede significar esto para nuestros trabajos? —le preguntó ella angustiada.

—Ven aquí —la asió por los hombros, la levantó del sillón y la abrazó con fuerza contra su pecho.

—Lo siento, Charlie. Es culpa mía —dijo ella entre sus brazos.

—No. Yo fui quién empezó todo —besó su sien intentando consolarla—. Es mi culpa.

—Lo siento, Charlie —repitió ella con voz triste—. Y al menos tú quedarás relativamente bien, pero yo quedaré a la altura del betún.

—Pase lo que pase, lo superaremos. Juntos —enfaticó la última palabra y acarició su espalda intentando calmarla—. ¿Qué demonios hará Candace que no la envíe de una maldita vez?

El teléfono pitó, cesaron en su abrazo, pero se cogieron de la mano entrelazando los dedos. Se acercaba temporal y era cómo lo pensaba superar, junto a ella, no iba a ser tan desconsiderado como para dejarla a su suerte.

Charlie desbloqueó la pantalla y la fotografía se cargó lentamente. Más lentamente que de costumbre, o al menos, a él se le hizo eterno. La miró en la pantalla y sonrió dejando atrás su preocupación.

—Mataré a Candace por habernos dado este susto —dijo al fin mostrándole la pantalla de su teléfono.

En la fotografía se les veía besándose durante el concierto.

—¡Gracias a Dios! —suspiró aliviada ella.

—No es que sea de mi agrado que se publique mi intimidad, pero creo que podré soportarlo dada la otra alternativa que teníamos en mente ambos —le sonrió y la besó en los labios—. Los cristales son tintados, era bastante improbable que hubiera sido de aquel momento, pero nos hemos dejado llevar por el pánico y ambos lo hemos pensado.

—A partir de ahora cero locuras —dijo ella sería.

—No. No. No —dijo categórico—. Quiero locuras. Todas las locuras que se te pasen por la mente, pero a partir de ahora, las locuras las haremos en lugares privados —la abrazó de nuevo —y yo trataré de no ponerte en peligro de esta forma en sitios públicos.

Una vez pasado el susto de la foto, el fin de semana transcurrió en la más absoluta normalidad en el rancho. Paseos a caballo, comidas, charlas en familia con Sam compartiendo de nuevo la mesa con todos ellos. Angie era más que bienvenida en la familia y ella se sentía parte de ella.

PENSANDO EN UN CAMBIO

—Buenos días, Charlie —le saludó Candace desde el otro lado del ordenador—. ¿Cómo habéis pasado el fin de semana? ¿Habéis visto finalmente todo lo publicado?

—Buenos días, Candace. Sí, lo hemos visto. No me gusta que se publiquen cosas del estilo y que invadan mi intimidad. Mi vida privada no debería parecerle interesante a nadie. Pero superado el susto que nos diste, lo hemos aceptado —le dijo él.

—Perdona por el susto, pero creí que debías saberlo cuanto antes —respondió ella—. Aunque opines que tu vida privada no le interesa a nadie, te diré que funciona muy bien como publicidad. Los *podcast* del último programa se han descargado más aún que tras el reportaje de Dallas desde que esa foto fue publicada en la web de la revista. Y a los jefes les ha agradado bastante que se te relacione con una mujer. Creo que eras consciente que planeaba una cierta duda acerca de tu tendencia sexual desde hacía un tiempo.

—Me alegra que tengamos más audiencia, pero también creo que tú eres consciente que esa duda que planeaba me importaba un pimiento —dijo serio Charlie.

—Lo sé, pero los jefes piensan que eso nos reportará más audiencia. Y yo también lo creo. Sabes que en Texas aún hay muchos que no ven con buenos ojos las relaciones entre personas del mismo sexo. Esa fotografía ha aclarado las dudas de muchos y si sabes llevar bien el asunto nos puede reportar mucho al programa.

—Candace —dijo cansado del tema—. Sabes que todo eso no me importa. Sé que estamos en un mundo mediático, pero de verdad te digo que me gustaría que se preocupasen del resultado de nuestro trabajo, no de lo que haga o deje de hacer el presentador o de con quién pase el tiempo libre. Además, lo último que quiero es perjudicar a Angie por un desliz mío.

—Lo sé, Charlie. Sobre lo de perjudicar a Angie, no te preocupes, creo que esto será para bien en el caso de los dos. ¿Lo llamas desliz? —preguntó ella frunciendo el ceño—. Lo que estoy oyendo es que se está llamando al tema relación, no desliz.

—¿Te importa que lo dejemos? —dijo agotado mentalmente de discutir algo así—. Ten por seguro que sobreviviremos a esa fotografía y todo volverá a su cauce.

—Charlie, no sé qué os traéis entre manos los dos, porque contigo es imposible saber nada, don enigma. No voy a insistir, pero te aseguro que si te preguntan y confirmas la relación, os vendrá aun mejor a ambos.

—No pienso ni confirmar ni desmentir nada —dijo categórico y cambió de tema. Mi asistente está haciendo fotocopias y ahora vendrá a saludarte.

—Tras ver la fotografía no me cabe duda de que está ahí y no ha vuelto a Austin. Yo no volvería con ese panorama —dijo sonriendo mientras intentaba dar un doble sentido a la frase que Charlie captó al momento—. Pero me encantará saludarla.

—Candace. Eres incorregible —sonrió al fin. Su productora estaba de un excelente humor y era algo que no era muy común.

—Si no me cuentas nada, tendré que usar mi imaginación —dijo ella.

—¿Podemos centrarnos en el trabajo? —Charlie resopló y puso los ojos en blanco.

—Como quieras. Solo estoy esperando a los chicos del equipo que estaban abajo desayunando y aún no han aparecido.

—Mira, aquí está Angie —dijo él y se dirigió a su amiga—. Saluda a Candace.

—¡Hola Candace! ¿Cómo estás?

—Bien, ¿Cómo estás tú? He creído ver que has pescado un pez muy grande y complicado en San Angelo.

—Estoy bien, gracias —sonrió—. ¿Has hablado con el pez?

—Sí, pero no suelta prenda. Oye, quería disculparme por el susto de la fotografía.

—No nos agrada la idea, pero al fin y al cabo no era tan mala.

—Al programa le está viniendo genial la publicidad y espero que a ti también.

—Gracias. Ya te iré contando. Quién sabe. Cuídate mucho Candace. Os dejo trabajando. Estaré escuchando todo aquí al lado.

El día resultó una locura como consecuencia de la publicación de la fotografía en edición impresa esa misma mañana. Varios periodistas intentaron vía telefónica sonsacar a Charlie acerca de los detalles de la relación que ya daban por hecha. Él por su parte contestó pacientemente a todos diciendo que no haría declaraciones al respecto.

—¿Un día duro? —preguntó Samy al salir por la puerta trasera del rancho. Charlie estaba recostado sobre uno de los postes del porche antes de la cena.

—Un día complicado, sí —respondió él.

—He visto la noticia de tu presunta relación —anunció Samy.

—Sí, es de dominio público —se quejó Charlie.

—¿Qué tal lo llevas? —preguntó Samy.

—Por si no tuviera poco con preparar el programa, he tenido que sobrellevar llamadas preguntando acerca de mi vida privada y pidiendo confirmación de la relación —respondió Charlie mirando al horizonte.

—¿Y qué has contestado? —quiso saber Samy.

—Nada. Si no les doy alas, quizás se aburran y se pare la historia en unos días. Ni confirmo ni desmiento.

—Charlie ¿eres feliz? —preguntó sorprendentemente su hermano más reservado.

—Eso es algo que hace tiempo que no me planteo —hizo una pausa larga—. Solo puedo decir que creo que me encuentro bien conmigo mismo hoy por hoy.

—¿Angie influye en ello? —arriesgó preguntando Samy.

Charlie lo miró sorprendido por la pregunta de su hermano menor.

—Sí. Ella influye —contestó con cuidado tras pensarlo unos segundos—. No sé dónde quieres ir a parar. Pero te advierto que no me apetece escuchar un sermón a esta hora del día.

—No pretendo sermonearte —se defendió Samy.

—Estoy bien como estoy —sentenció Charlie viendo por dónde irían los derroteros de la conversación.

—No lo dudo. Pero ¿no se te ha pasado ni por un momento por la mente el tener una relación con ella, tal como sugiere esa revista? —Samy volvió a la carga tras unos momentos de silencio.

—¿Para satisfacer a la prensa? ¿A mi productora? ¿O a mis jefes? —Aún recordaba la charla de esa mañana con Candace.

—Para satisfacerte a ti —dijo el hermano menor.

—Samy, espero que esto no salga de aquí —advirtió Charlie tras unos segundos de vacilación y exhaló aire antes de lo que se preveía sería una confidencia.

—Soy una tumba —hizo como si cerrara su boca con llave y la tirase lejos.

—A veces me gustaría que hubiera algo que me obligase a hacerlo. Más allá de los sermones de mamá, de los vuestros o de las conveniencias de que se me vea con una mujer por parte de la emisora y de lo que parece ser la sociedad en la que vivimos.

—Hazlo —le animó Samy.

—No puedo.

—¿O no quieres?

—Ambas cosas. Cuando recupero el sentido común me doy cuenta que no puedo ofrecerle nada de mí. Ya no tengo nada que ver con aquel muchacho que se fue del rancho hace seis años. No soy ni su sombra.

—Pero la quieres. Veo esa foto que han publicado, os veo en el día a día y lo sé.

Charlie meditó aquello. ¿Cuáles eran sus sentimientos?

—Cariño, amistad, gratitud, admiración mutua... Muchos años de soledad que trato de resarcir con ella, eso es lo que ves cada día. Pero nada más.

—Por algo se empieza —Samy miró a su hermano y guardó silencio unos instantes antes de continuar—. Charlie, te veo mejor que la última vez que nos vimos. Tu ánimo ha mejorado y mírate, estás aquí. No has salido huyendo del rancho a los diez minutos de volver. Y creo ver la mano de Angie detrás de todo eso.

—Me encuentro bien, sí —reconoció lo evidente—. Ella me ayuda cada día, me da energía y alegría. La admiro y la aprecio por ello.

—¿Y no es suficiente para intentarlo?

—Samy, soy un hombre que no puede enamorarse de nadie de nuevo. Con la última vez tuve más que suficiente y lo sabes. Sabes mi historia quizás mejor que nadie. No estoy preparado.

—Si fuera mamá o Luke seguro que podría decirte alguna frase que te hiciera pensar e intentar que cambiaras de idea al respecto.

—Te agradezco que no seas ninguno de los dos. Como te he dicho, no estoy de humor para sermones esta noche.

—Lo sé. Como no soy ninguno de los dos, te diré lo que pienso sin más, sin rodeos —anunció Samy—. Creo que algún día te enamorarás de nuevo.

—Te agradezco el buen deseo —lo interrumpió Charlie.

—Y siento que no sea de Angie —prosiguió Samy—. Mamá la adora. Todos la adoramos en casa.

—Se hace querer, sin duda —sonrió Charlie pensando en ella.

—La cena está lista, chicos —dijo Luke asomando la cabeza a la puerta del porche trasero y desapareciendo tal cual había aparecido sin esperar respuesta.

—Date una oportunidad, Charlie. Debes hacerlo —Samy palmeó la espalda de su hermano mayor antes de entrar en la casa a cenar.

—¿Qué piensas? —preguntó Angie recostada sobre el pecho desnudo de Charlie tras otra velada de pasión tan satisfactoria y dulce como era costumbre entre ellos.

—Candace me ha sugerido que confirme la relación entre ambos —dijo él entrelazando una de sus manos con la de ella que descansaba sobre su pecho.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó ella sorprendida de que estuviera pensando precisamente en eso.

—No quiero dar alas a la prensa. Quiero que se olviden del asunto, si eso es posible.

—¿Y por qué le estás dando vueltas? —quiso saber ella.

—No lo sé. Solo estaba pensando, sin más —hizo una pausa—. Me gustaría volver a ser normal. Me gustaría que pudiera ser cierto lo que han publicado en esa revista.

—Charlie... —comenzó ella y su corazón le dolió al escucharle decir eso sabiendo cuánto anhelaba que fuera real. Y también sabía que a aquello le seguiría algún «pero».

—No creas que es una declaración ni mucho menos —la miró durante un momento—. Solo que me gustaría ser normal, llevar una vida normal —se lamentó él.

—Eres normal. Solo necesitas darte cuenta de ello —le dijo ella y Charlie la abrazó contra su cuerpo.

Si Charlie estaba pensando en ello podía ser señal de que sus barreras estaban cayendo al respecto. Pero con Charlie nunca se sabía. No debía hacerse ilusiones.

Charlie notó que la respiración de Angie se relajaba sobre su pecho, se había dormido.

Sin embargo, él, a pesar del largo día, no pudo dormir tan pronto. Pensando en aquella fotografía, en la publicación, en las preguntas de los periodistas, en el consejo de Candace, la charla con su hermano. Todo el mundo quería que comenzase una relación con ella. ¿Pero él quería? Deseaba ser normal, se lo había confesado a ella hacía apenas un momento.

Ella sin embargo no le pedía ni le exigía nada. La miró durante un momento a la luz de la luna que se colaba por la ventana. Era una mujer generosa con él, dulce. Se había ganado a todos en su casa al par de días de aparecer en su vida. Le hacía reír, le gustaba hablar con ella, ser escuchado sin ser juzgado, comprendido, le transmitía mucha serenidad. Y apasionada. La forma en la que hacían el amor era simplemente perfecta. Ni siquiera en los últimos tiempos con su ex había sentido lo que sentía cuando se fundía con Angie, lo que sentía al tocarla. El deseo que sentía por ella era tan grande que no podía explicarlo. El episodio del coche le había dejado con muchas dudas. Había sido tan intenso que le había dejado noqueado.

¿La quería?, se preguntó. Sí, la quería. Para qué negarlo. Pero con quererla quizás no fuera suficiente. Necesitaba estar enamorado. El amor era otra cosa y no sabía si estaba preparado para ello. Aún.

Finalmente, Charlie se durmió y soñó con ella.

UNA BUENA MAÑANA...

El despertador del móvil de Charlie sonó como cada mañana y él lo detuvo al instante tras despertarse.

—Buenos días —le dijo mirándola mientras se despertaba con una sonrisa.

—Buenos días —le sonrió tratando de abrir los ojos lentamente.

—Me gusta esa sonrisa que tienes. ¿Has soñado algo interesante? —preguntó él.

—Mmmm... —se desperezó—. Cosas muy picantes que te escandalizarían —reconoció ella exagerando el sueño erótico que acaba de tener con él de protagonista.

—Oh, vaya, ya veo —sonrió divertido—. ¿Con alguien que yo conozca?

—No sé si te sonará... —hizo una pausa—. Un conocido presentador de radio de Austin.

—Vaya. Y yo que pensaba que iba a ser conmigo —dijo divertido sabiendo que hablaba de él.

—Si estás celoso puedo adaptarlo a ti —dijo con voz seductora acercándose peligrosamente a su cuerpo.

—Me siento muy celoso —sonrió sintiendo que su cuerpo respondía inmediatamente a su cercanía—. Deberás adaptarlo a mí.

—Puedo intentarlo —dijo colocándose encima de él y comenzando a besarlos despacio.

—Eso está muy bien —su cuerpo se abandonaba a favor de ella.

—Solo que... en esta ocasión la situación requiere que yo lleve el control. No podrás usar las manos —le advirtió suavemente sin dejar de besarlos y acariciarle el torso mientras se mecía sobre él.

—Seré tu esclavo más sumiso —respondió notando la imperiosidad de su deseo.

Él se dejó besar y acariciar suavemente por ella. Dejó que su lengua le torturase sus pequeños pezones y que su boca lo atormentase en cada centímetro de piel por la que pasaba su aliento.

—Pido clemencia, mi señora —dijo minutos después sintiendo que necesitaba sentirla más íntimamente a pesar de que le excitaba terriblemente sentir su boca sobre todo él.

—Paciencia, mi siervo —pidió divertida y continuó atormentándolo durante unos minutos más.

—Apídate de mí —exclamó él notando que su autocontrol estaba a punto de abandonarlo. No podía soportar durante más tiempo aquella fina tortura a la que estaba siendo sometido.

—Está bien, si me lo pides así —sonrió ella pícaramente mirándolo a los ojos—. Tomemos medidas y continuemos.

Angie tomó su miembro en la mano y le deslizó suavemente el preservativo mirándolo a los ojos. Ambos sentían el deseo de fundirse en uno de forma imperiosa. Dirigió con la mano su miembro a la entrada de su cuerpo y lo tomó en su interior. Hizo una pausa y se inclinó sobre él para besar su boca y comenzó a moverse muy lentamente encima de su cuerpo con él en su interior.

—Sabes que me estás torturando, ¿verdad? —preguntó él.

—Un poquito sí —le sonrió traviesa y lo besó apasionadamente.

Comenzó a moverse de forma suave y acompasada incrementando la excitación de ambos, subiendo la intensidad de los movimientos.

—¡Oh, cariño! —susurró Charlie acariciando con sus grandes manos la cintura de ella. Sus movimientos le estaban volviendo loco.

Siguió moviéndose cada vez más rápido, notó como se aproximaba el éxtasis y entrelazó sus dedos con los de él. Una señal de amantes de la que ambos conocían ya su significado. El orgasmo llegó para ambos de una forma salvaje que les hizo estremecerse y gemir de placer en los brazos del otro, fue largo e intenso para ambos. Charlie sintió cómo su cuerpo abandonaba su ser para sentirse en paz, en una paz que hacía años no sentía con su alma.

—Te quiero —le susurró él cuando ella se desplomó finalmente contra su pecho.

—Te quiero —repitió ella sorprendida y envalentonada por su confesión. Pero no quería hacerse ilusiones. Aquello era una de aquellas cosas que se dicen tras hacer el amor. Tras sentir un placer tan absoluto como el que acababan de sentir juntos. Sintió ganas de llorar de emoción. Significaran lo que significaran aquellas dos palabras, para ella en ese momento eran su mundo. Eran especiales porque habían salido de la boca del hombre al que amaba con todo su corazón y había deseado en tantas ocasiones escucharlas de sus labios.

—Eres una diosa del placer —dijo él rodando con ella en la cama hasta atraparla debajo de su cuerpo para besarla intensamente—. ¿Dónde has aprendido a torturar de esta forma a los hombres?

—Tú eres mi maestro —le sonrió.

—Eres maravillosa —le dijo cambiando de postura y poniéndose de lado, mirándola a los ojos, sabiendo que ese sería otro momento a analizar posteriormente. Lo que había sentido con ella hacía unos minutos no era cualquier cosa. ¿Qué le sucedía con aquella mujer? ¿Por qué tocaba partes de su alma que creía que nunca nadie iba a volver a alcanzar?

—¿Estás bien? —le preguntó notando que estaba en otro lugar mientras le retiraba un mechón de pelo de la frente.

—Sí. ¿Cómo no voy a estarlo? Solo dame un minuto que pueda recuperar la cordura —le sonrió ampliamente.

Ella se acurrucó contra su cuerpo y él la abrazó sintiendo el calor y la suavidad de su piel.

—Podría pasar todo el día así —dijo ella—. Pero por desgracia creo que ya vamos tarde a la emisora.

—Nos quedaremos hasta más tarde trabajando para compensar, lo sabes. Pero no cambio por nada del mundo esta pérdida de tiempo que hemos tenido.

Esa mañana solo tomarían un café y algún bollo dulce, se les había hecho un poco tarde estando entretenidos como lo habían estado. Charlie sirvió los cafés y los llevó a la mesa. Angie llevaba en su mano un cesto de mimbre con la bollería.

—Ven aquí —dijo Charlie quitando el cesto de su mano y dejándolo encima de la mesa, tiró suavemente de ella hacia él y la abrazó comenzando a besarla.

—Charlie —rio ella—. Puede bajar alguien.

—A esta hora ya habrán desayunado todos —dijo él mirándola a los ojos y la besó nuevamente. Después de lo que había sentido esa mañana deseaba más que nunca estar con ella, algo se había abierto en su interior por completo a ella.

—Estás de buen humor hoy, ¿no? —separó sus labios durante un momento de él.

—¿Se nota, verdad? —dijo sonriendo para continuar besándola.

—¡Id a un hotel! —gritó Luke desde la escalera.

—¡Cómo estamos por la mañana! —Samy siguió la broma.

Charlie y Angie se separaron y ella hundió su cara en su pecho durante unos segundos. Se sentía un poco avergonzada de que les hubieran pillado. Aunque era un poco absurdo dado que medio estado los había visto en idéntica situación.

—Mucha envidia es lo que veo —se defendió Charlie sonriendo.

—Sí, de eso también hay —dijo Luke y Samy rio.

—¡Buenos días, chicos! —saludó ella.

—¿Yo también te puedo dar un beso para darte los buenos días, hermanita? —preguntó Luke.

Charlie lo miró con expresión de advertencia y frunció el ceño. ¿Hermanita? ¿La acababa de llamar hermanita?

—¡En la mejilla, en la mejilla! —se defendió con las manos en alto Luke mirando a su hermano.

—Claro que sí, Luke —sonrió ella abriendo sus brazos para recibirlo.

—Bienvenida a la familia —le susurró en apenas un susurro al oído después de abrazarla y darle un beso en la mejilla.

Samy también la abrazó y la besó en la mejilla.

—Creo que así da gusto levantarse por las mañanas. Esto de que la mimen a una tres hombres guapos me gusta. Podría acostumbrarme.

—Son unos envidiosos perdidos —dijo Charlie sonriendo.

En la primera llamada de la mañana que Charlie recibió de parte de una publicación para confirmar la relación con Angie estuvo tentado de decir que sí, de confirmarla.

Estaba comenzando a plantearse seriamente pedirle a Angie que intentasen tener algo más. Si bien no sabía si ella estaría dispuesta a ello, ya que él no le podía ofrecer nada de momento y antes deberían hablarlo. Pero sabía que le gustaba, sentía con ella cosas que no recordaba haber sentido antes y esa misma mañana le había dicho «te quiero» tras hacer el amor con ella. No sabía de dónde habían salido aquellas dos palabras, pero sí reconocía que le habían salido de muy adentro. Ella también le había respondido lo mismo, aunque no sabía si realmente lo sentía o si lo había dicho por no dejarle solo en aquel tenso momento.

La entrevista en conexión salió a pedir de boca. Tras ella fueron a almorzar al restaurante de enfrente.

—Te veo de buen humor hoy —dijo ella mientras estaba sentada frente a él en el restaurante. Todo había salido bien esa mañana, las entrevistas en falso directo e incluso Brad no les había invitado a comer, algo que sin duda, Charlie agradecía.

—Sí. Hoy está siendo un gran día. Me siento muy bien —respondió él sonriendo relajado.

—Me alegro mucho —se sentía feliz de verlo bien. Sus ojos brillaban de otra forma. Aquellas nubes de preocupación que solían aparecer en su mirada se habían disipado hacía días.

—¿Cómo va Susan con la decoración de mi despacho?

—Dice que será un reto personal y se tomará más tiempo. La casa casi está lista. A pesar de que se han retrasado por unos problemas con el almacenaje de los muebles que tenía encargados.

—Cuando volvamos ya tendré un hogar. No echaré de menos a las cuadrillas ruidosas. Quizás pueda pedirle a la joven que me limpia el apartamento de Austin si puede también ir a Manor. Es algo en lo que debo ir pensando.

—Si me das el teléfono puedo llamar luego y preguntárselo. Pero en realidad no hay prisa hasta que vuelvas. Susan es muy pulcra al respecto y lleva su propio batallón de limpieza antes de entregar cada casa.

—Te agradecería esa llamada no obstante. En caso contrario habría que comenzar a buscar a otra persona.

—Sin problema. Cuando volvamos a la oficina la llamaré y lo averiguaremos.

—Gracias —le sonrió.

—¿Ya has decidido cuando volveremos?

—¿Tienes prisa? —preguntó intrigado.

—Ninguna. Me quedaría eternamente aquí. Me gusta esto. Lo pregunto por decirle a esa joven una fecha.

—Aún no lo sé. Mi padre está bastante bien y finalmente me he dado cuenta que no puedo ser tan útil a mis hermanos como había previsto. Ellos se las arreglan estupendamente en el rancho y tienen mano de obra cualificada. Quizás el programa de la semana que viene sea el último desde aquí.

—Como tú digas.

—¿Sabes si Susan tendrá la casa lista para esa fecha?

—La casa sí, pero el despacho no lo creo. Quiere tomarse su tiempo y meditarlo.

—Podré esperar. Quería pedirte algo. Me gustaría volver a la cabaña de caza contigo otra noche antes de irnos —le cogió la mano por encima de la mesa. Allí hablaría con ella y tomarían una decisión entre ambos—. Si te apetece.

—Me encantaría —entrelazó sus dedos con los suyos. Algo había cambiado en Charlie desde hacía un par de días y le gustaba. Podía rozar la felicidad con los dedos, como nunca antes.

Y UNA MALA VISITA

A la vuelta de la comida, Angie se encargó del asunto de la limpieza de Charlie, de investigar a un invitado para documentar una de las entrevistas de la semana y mandó a la impresora varios resúmenes acerca de ello.

La impresora se encontraba fuera del despacho y cerca del ascensor, donde ella se encontraba en ese momento observando cómo salía del cubículo gris una mujer rubia, alta y muy delgada, de pelo largo y oxigenado, muy maquillada y con ropa bastante ceñida.

—¿El despacho de Charlie Atkins? —le preguntó en un tono claramente de superioridad. Pensó que podría ser alguna famosa, aunque no la había reconocido.

—Sí, por aquí. Sígame, por favor —le respondió Angie, no sin notar la mirada de escrutinio que le estaba realizando en pocos segundos.

—Soy una vieja amiga de Charlie —le dijo siguiéndola. No le había preguntado y no sabía por qué no quería saberlo. Aquella mujer le daba muy mala sensación.

Angie le abrió la puerta y la hizo pasar delante de ella.

—¡Charlie Atkins! ¡Cuánto tiempo! —gritó de forma exagerada la rubia oxigenada dirigiéndose a él.

Charlie se levantó, endureció su mirada y tensó su mandíbula.

Seis años. Seis malditos años sin escuchar aquella voz. Allí estaba la mujer que le había roto el corazón en mil pedazos, dirigiéndose hacia él. Los recuerdos de aquella fatídica noche en la que lo traicionaron volvieron a su mente, aquella noche en la que su vida dio un giro radical y nunca nada fue igual.

—Lilian Roberts ¿Cómo estás? —dijo educadamente casi masticando su nombre mientras tendía la mano a distancia para cortar el interés que ella parecía tener por abrazarlo.

—Charlie —se detuvo y cogió con desgana la mano que él le ofrecía—. Te recordaba más cercano. Ya veo que no puedes darle un abrazo a una vieja amiga. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Cuatro? ¿Cinco años?

—Seis —respondió Charlie cortante y notó como en los ojos de ella apareció la satisfacción por la respuesta. Quería que él recordara cuánto tiempo hacía que no se veían. La pregunta había sido solo una trampa y él había caído en ella.

Angie observaba la escena en un discreto segundo plano desde uno de los laterales de la oficina, analizando los gestos de ambos. Supo quién era en el mismo instante en el que Charlie había fijado sus ojos sobre ella. Si las miradas pudieran desintegrar a alguien, seguramente aquella que le había dedicado el locutor hubiera podido hacerlo.

—¿No me presentas a tu *amiguita*? —preguntó Lilian arrastrando la última palabra con una clara doble intención que hizo que Angie sintiera un escalofrío. Aquella mujer venía con la firme intención de provocar a Charlie.

—Angie Cooper. Lilian Roberts —Charlie hizo los honores muy a su pesar.

—Hola —dijo Angie teniéndole la mano tratando de ser educada.

—Es un placer —la miró de nuevo escrutándola mientras le estrechaba sin fuerza la mano que Angie le había tendido—. Creo haber visto alguna foto tuya en prensa. Por eso me eras familiar. ¿Eres escritora, verdad?

—Sí. Así es —respondió Angie. No le estaba gustando nada la actitud de aquella mujer.

—Cielo, ¿sería mucho pedir si nos puedes dejar a solas? Me gustaría ponerme al día con Charlie. Seis años es mucho tiempo —dijo sentándose en una de las sillas del despacho.

—¡No! —dijo Charlie—. Estamos trabajando. Y estoy seguro que tendrás otros asuntos que atender más importantes que charlar con un viejo amigo —dijo las dos últimas palabras en tono claramente sarcástico. Quería librarse de aquella mujer rápido. Le recordaba todo el sufrimiento de aquellos últimos años de su vida y era algo que no quería. Ya le había provocado suficiente dolor.

—No te robaré mucho tiempo. Lo prometo —dijo Lilian.

—Puedo hacer unas llamadas mientras —terció Angie para suavizar la situación. En realidad no quería dejarlo a solas con ella. Una punzada se había instalado en su pecho, aquella mujer era peligrosa.

—Está bien —dijo Charlie muy a su pesar. Tal como estaban las cosas, cuanto antes averiguase qué quería, antes podría librarse de ella.

Angie salió del despacho teléfono móvil en mano y se sentó en una mesa cercana desde la cual podía verlos discretamente mientras realizaba sus llamadas. O mientras lo intentaba, sabría que ni siquiera podría concentrarse en aquello mientras aquella rubia oxigenada permaneciera allí dentro, cerca de Charlie.

—¿A qué debo el honor de tu visita Lilian? —preguntó Charlie queriendo ser sarcástico una vez Angie abandonó la oficina.

—Solo quería saludar a un viejo amigo —dijo ella en tono inocente. Un tono inocente que Charlie sabía que no le iba.

—Creo recordar que lo nuestro no acabó en amistad precisamente —le lanzó.

—No soy rencorosa, Charlie. Espero que tú tampoco —le dijo batiendo las pestañas.

Charlie guardó silencio para evitar decir algo de lo que se pudiera arrepentir más tarde, pero la realidad era que la presencia de aquella mujer le estaba crispando los nervios.

—Así que ahora te acuestas con ella —fue clara y directa. Observó la reacción del locutor.

—Eso no es de tu incumbencia —Charlie optó por sentarse en su sillón tras el escritorio.

—Siento decirte que tu gusto en cuanto a mujeres ha empeorado considerablemente.

—Yo sin embargo pienso que ha mejorado mucho —quería sacarlo de sus casillas pero él no se lo iba a poner tan fácil.

—No pega contigo —siguió atacando ella.

—¿Qué demonios quieres Lilian? —dijo con todo el control del que pudo ser capaz—. Espero que no hayas venido a insultarme a mí o a ella. Te advierto que mi paciencia es muy limitada al respecto.

—Charlar contigo. Ponernos al día —hizo una pausa mirando hacia Angie a través de la cristalera del despacho—. ¿No iréis en serio, verdad?

—¿Te importaría mucho? —preguntó Charlie queriendo saber a dónde iba a llegar.

—Curiosidad. Vi una fotografía vuestra en prensa hace un tiempo...

—Y decidiste venir a comprobar por ti misma que tan de cierto había en ella —la cortó para terminar la frase con sus verdaderas intenciones.

—¡Culpable! —rio ella.

—¿Y a qué conclusión has llegado?

—Aún no lo sé —hizo otra pausa—. El tiempo te ha tratado bien —le dijo cambiando de tema mientras escrutaba su rostro—. Estás muy atractivo.

—Gracias —dijo secamente él.

—Pensaba que ibas a alabar algo de mí —lo miró seria e hizo una pausa—. Charlie, han pasado unos años desde entonces. No veo porque no podemos ser amigos. Quizás pudiéramos quedar para cenar... los cuatro.

—Lo siento, Lilian. Sabes que no soy una persona hipócrita. No puedo tener una amistad contigo después de lo que pasó —no iba a quedar a cenar con ella ni en mil años.

—Quizás otro día te encuentre de mejor humor —dijo ella levantándose de la silla mientras fruncía el ceño.

—Lo dudo bastante —Charlie también se levantó de su asiento para indicar que por su parte también se había terminado la conversación.

—Charlie, piensa en ello. Al menos deberíamos llevarnos de forma civilizada —parecía sonar sincera.

—Creo que he sido bastante civilizado. Buenas tardes, Lilian —se despidió de ella.

—Interpretaré eso como un «tal vez». Buenas tardes, Charlie. Me ha gustado verte de nuevo —dijo saliendo del despacho.

Charlie se hundió en su sillón. Aquella maldita mujer había regresado a su vida trayendo de nuevo todos los recuerdos de lo sucedido aquella noche, el sufrimiento que aquello le conllevó, los miedos que le había acarreado. Todo ello justo en el momento, en que había comenzado a pensar que podía existir una esperanza para él de nuevo. Tenía que ser realista, ella había venido a recordarle que para él no existía esperanza y que solo había visto un espejismo en su desierto particular, en aquel desierto que había creado ella hacía seis años.

—Ha sido un placer conocerte —le dijo Lilian acercándose a la mesa que ocupaba Angie.

—Lo mismo digo —respondió Angie sabiendo que no era cierto.

—Espero que podamos tomarnos un café un día de estos y conocernos mejor —ofreció Lilian.

—Seguro —respondió Angie obligándose a sonreír.

La rubia se dirigió al baño antes de irse. Angie aprovechó para volver al despacho con Charlie. Sin duda estaría disgustado con la inesperada y nada agradable visita. Y la necesitaba, lo sabía.

Lo encontró, sentado en el sillón al frente del escritorio, con gesto serio. Aquella mirada turbada que sabía desaparecida hacía días había vuelto a sus ojos. Angie maldijo a aquella mujer en su interior. No le cabía duda que había destrozado su buen humor como poco. Esto significaba muchos pasos atrás para él.

Se acercó y posó una mano sobre su hombro. Él cerró los ojos un momento, respiró echando la cabeza hacia atrás y puso su mano sobre la de ella. Necesitaba a su amiga, vaya que la necesitaba, más que nunca. Lilian había vuelto a su vida para destrozarla de nuevo.

—Perdona, creo que no te he presentado correctamente a mi... —comenzó él.

—Me he dado cuenta quién era —lo interrumpió—. En cuanto he visto cómo la mirabas.

—¿Por qué ha tenido que aparecer de nuevo? —se preguntó él amargamente. Era una pregunta que Angie no podía responder, pero necesitaba formularla en voz alta.

—Sabías que entraba dentro de lo probable al estar aquí.

—Lo sabía —dijo él y ella notó que estaba a punto de venirse abajo.

—Cariño —se permitió la licencia de usar esa palabra dada la situación y se puso de cuclillas al lado de su silla. Lo miró a los ojos. Aquellos preciosos ojos azul tormenta que tanto le gustaban—. Aún no se ha marchado. Está en el baño. No permitas que te vea así al salir, no le des esa satisfacción.

Él agarró con fuerza su mano y entrelazó sus dedos con los suyos.

—No pienso dársela —dijo recomponiéndose y esbozando una leve y amarga sonrisa.

—Así me gusta. Buen chico —le sonrió ella intentando animarlo.

—Gracias —sonrió de nuevo sin ganas de hacerlo. Tenía a su amiga a su lado, al menos eso no lo había podido estropear de nuevo Lilian. O al menos no tan pronto.

—¿Qué demonios...! —exclamó Angie minutos después, con el ceño fruncido, desviando la mirada para fijarse en la escena que estaba sucediendo al otro lado del cristal del despacho. Lilian y Brad cruzaron varias palabras y ahora se besaban apasionadamente delante de sus narices.

Charlie siguió la mirada de Angie y observó durante unos segundos la escena para desviar de nuevo la mirada hacia su ordenador.

—Será hija de... —masculó Angie sin terminar el insulto que le había venido a la mente. Charlie se sorprendió al escucharle hablar de aquella manera. Era la primera vez, pero en vez de censurarla, le gustó. Sabía que ella lo estaba apoyando.

Lo había hecho con la clara intención de que Charlie los viera, a Angie no le cabía la menor duda. Quién sabe con qué propósito, desde luego ninguno loable, de eso estaba segura, aquella rubia oxigenada quería que Charlie viese la escena. ¿Qué demonios querría de él tantos años después?

—Perdona mi lenguaje —se disculpó ella volviendo a tomar asiento al lado de Charlie y centrando su vista en el ordenador.

—No tiene importancia. Dada la situación —respondió él.

—Así que era Brad —hizo como que estaba buscando algo en internet, pero en realidad solo abría enlaces sin ir a ningún lugar en concreto. Se detuvo y lo miró—. Ahora lo comprendo todo. ¿Por qué no me lo dijiste?

—No quería que influyera en tu relación profesional con él.

—Debiste decírmelo —se detuvo arrepintiéndose de su reproche—. Dios, no. No puedo pedirte explicaciones ahora. Creo que ya tienes bastante como para encima soportarme esto. Lo siento —puso su mano sobre su antebrazo.

—Tranquila —le dijo él. Hasta en aquel momento estaba siendo considerada con él, tenía razón, no podría soportar ni siquiera un reproche, aun viniendo de su apoyo más grande, o le iba a estallar la cabeza. Un dolor agudo se había instalado en sus sienes—. Esperemos a que se largue y en diez minutos recogemos y nos vamos.

—De acuerdo —lo miró a los ojos sabiendo que aquel hombre estaba a un paso de venirse abajo—. Estoy aquí. Contigo —quería que supiera más que nunca que podía contar con ella. Él asintió y le sonrió sin humor.

Quince minutos después se dirigieron al coche y tras meter en él los portátiles se fundieron en un largo abrazo. Charlie le besó la frente y le acarició el pelo. Le agradecía que estuviera a su lado, que lo comprendiera y lo apoyase como estaba haciendo. Hacía seis años perdió a la mujer que amaba y a su mejor amigo al mismo tiempo. Al menos esta vez, tenía a su mejor amiga para apoyarlo. Después de eso no despegó sus labios hasta llegar al rancho y aparcar el vehículo.

—Me va a estallar la cabeza —anunció.

—Ve a descansar —le dijo ella—. En un momento te subo un ibuprofeno.

—Gracias —le dio las llaves del coche y entró en la casa mientras ella se ocupaba de bajar los portátiles y cerrar el coche.

Cuando por fin entró en la casa con los enseres, cuatro pares de ojos se cernieron sobre ella buscando una explicación.

—¿Qué le ocurre a Charlie? —preguntó Claire—. Ha pasado como una exhalación y apenas ha hablado.

—Le duele la cabeza. Necesita descansar unas horas —informó ella dirigiéndose al despacho, donde dejó los maletines de los portátiles. Respiró sabiéndose en soledad y tratando de aparentar normalidad antes de volver a salir al salón.

—Tú no traes mejor cara que él. ¿Habéis discutido? —insistió Claire.

—No. No hemos discutido. Solo es un dolor de cabeza y yo me encuentro cansada. Solo eso.

—Angie, cariño. Conozco a mi hijo y creo que comienzo a conocerte a ti también. ¿Qué ha ocurrido? —preguntó de nuevo Claire.

—Lilian. Se ha presentado en la emisora hace un par de horas —se rindió Angie. Tarde o temprano se enterarían y estaba segura que Claire no se iba a rendir sin sacarle aquella información, que a ella le estaba quemando en el alma.

Las caras de los allí presentes se tornaron aún más preocupadas que antes.

—¡Dios mío! ¿Nunca podrá librarse mi hijo de ese fantasma? —dijo Claire con rabia contenida hacia aquella mujer.

—Si me disculpáis, voy a subirle un ibuprofeno ahora mismo —dijo Angie agradeciendo tener algo que hacer. El ambiente en el salón se había enrarecido demasiado y a pesar de tener confianza con ellos, sentía que en aquel momento estaba demás.

—Yo te lo alcanzo —se ofreció Luke.

—Gracias —le dijo ella y esperó apoyada en uno de los sofás cabizbaja. Quería ir a ver cómo estaba Charlie, llevarle el ibuprofeno, darle un beso en la mejilla y hacerle entender que ella iba a estar allí para él.

—¿Tú cómo estás, cariño? —le preguntó Claire pasándole un brazo por los hombros.

—No lo sé, Claire. Depende de cómo esté él. Si lo hubieras visto esta mañana... Luke y Samy lo han visto. Estaba de tan buen humor —Samy asintió con la cabeza—. Y ahora aparece esa mujer y le arruina el día.

—Creo que ha arruinado más que eso —convino Claire.

Luke le entregó el ibuprofeno y un vaso de agua.
—Gracias Luke. Voy a ver cómo se encuentra —dijo ella.
—Ve con él —le dijo.

Apenas tocó suavemente a la puerta y entró cerrando tras de sí. Charlie estaba sentando en el suelo con la espalda apoyada en la cama y la mirada perdida hacia la cortina de la ventana sin descorder. Ella se arrodilló a su lado y le tendió la medicina y el agua.

—¿Cómo estás? —preguntó casi en un susurro.
—He tenido días mejores —respondió tomando las pastillas y medio vaso de agua.
—Descansa —le dijo acariciándole la mejilla con suavidad antes de levantarse.
Él le agarró la mano, cuando se levantó para marcharse, deteniéndola.
—¿Te importaría quedarte? —la miró con una profunda mirada triste—. Te necesito. Necesito a mi amiga —puntualizó.
—Aquí estoy —dijo ella y se sentó a su lado.

Necesitaba su presencia, aunque no hablase con ella. Permanecieron en silencio largo rato hasta que Charlie expiró aire y tumbó su cabeza hacia atrás apoyándola en la cama.

—¿Mejor? —se atrevió preguntar ella.
—Sí. Por fin se me ha despejado la cabeza.
—Me alegro —dijo ella tocando su frente.
—Adelante si tienes preguntas —la animó mirándola a los ojos.
—No quiero preguntarte nada. Solo quiero escucharte si lo necesitas.
—¿No quieres preguntarme por qué demonios me pongo así si al fin y al cabo es mi ex y han pasado muchos años desde entonces?
—Solo si quieres contármelo.

Charlie resopló y decidió vaciar su alma.

—Es la primera vez que la veo en todo este tiempo desde aquella noche. Ha cambiado, sin duda. Los dos hemos cambiado. Pero ha hecho que todos aquellos recuerdos vuelvan a mi mente de golpe. Los he revivido de nuevo. He revivido el tiempo posterior cuando me mudé a Austin. Las noches sin dormir, las botellas que vacié intentando arrancar el dolor, las lágrimas que derramé por ella, la desesperación que sentí.

—Todo aquello pasó, Charlie —le dijo ella tratando de ofrecerle consuelo—. Ahora eres otra persona diferente, más fuerte, todo ha quedado atrás.

—No —dijo categórico—. Me he estado engañando estas semanas pensando que las cosas podían ser diferentes, que quizás como me decís todos, puedo tener un futuro. Y casi me lo creo, me ha faltado muy poco para creerlo y cometer alguna estupidez. Pero ha vuelto ella y he visto que para mí eso ya no es posible. No después de lo que me hizo.

«Cometer alguna estupidez», ella supo a lo que se refería. Había estado muy cerca de abrir sus sentimientos de nuevo. A ella. Pero apareció Lilian y lo estropeó. Y eso le dolía más de lo que había creído que iba a hacerlo. Estaba preparada, se había dicho que sabía que no iba a haber nada más con aquel hombre, pero lo había rozado con los dedos y casi lo había sentido esa mañana.

—Sabes que no me gusta escucharte hablar así. Porque yo sé que hay esperanza para ti. Sé que podrás ser feliz con alguien algún día. No quizás ahora, pero sí algún día.

—No te engañes. Estoy muerto en ese aspecto —dijo rotundo él.
—No es un buen momento para convencerte de ello —se rindió ella.
—No, seguro que no lo es —convino él.
—Siento tener que decirte esto, pero creo que eres consciente de que a partir de ahora es posible que *ella* nos visite —le quiso advertir.
—Lo dejó claro. Quiere que seamos amigos. O eso dice. Sé que volverá.
—No sé qué diantres quiere de ti pero debes estar preparado para todas esas visitas y hacer ver que has seguido con tu vida como si tal cosa.
—Mi reacción de hoy ha sido puntual. Aunque me muera por dentro mientras lo hago, le voy a demostrar que he seguido con mi vida.
—Yo estaré a tu lado siempre que me necesites —se ofreció ella.
—¡Dios! —exclamó antes de mirarla agradecido—, te debo tanto.
—No me debes nada. Creo que pagas religiosamente mis nóminas —le sonrió ella.
—Hay cosas que no se pagan con dinero —le dijo él.
—Te lo tendré en cuenta para el futuro —bromeó ella mientras le apuntaba con un dedo y por fin le arrancó la primera sonrisa sin forzar de la tarde.

—El hombre al que elijas algún día será un hombre muy afortunado —le dijo mientras ella sentía en su interior ganas de gritar que ya había elegido. Y que él era un idiota por no darse cuenta de ello.

—Tu especie ha degenerado mucho y cada día dudo más encontrar a ese hipotético hombre del que hablas —dijo ella.

—Lo harás —dijo él.

—Pues no sé por qué creerte cuando tú no me crees cuando yo te digo que serás feliz en el futuro.

—¡*Touché!* —exclamó él—. Toda la razón del mundo —hizo una pausa y la miró a los ojos—. Me hace bien bromear contigo o al menos intentarlo.

—Estoy aquí y tengo intención de seguir estando. Si no es tan cerca, porque no sabemos que nos depara el futuro, me tendrás a una llamada, un mensaje o un *e-mail* de distancia.

Él le acarició la mejilla cariñosamente. Angie era lo mejor que le había pasado en años.

—Y ahora ¿qué te parece si bajamos a cenar? —propuso ella.

—¿Abajo saben lo que ha sucedido? —preguntó preocupado.

—Me vas a matar. He tratado de resistirme —Angie arrugó la cara al decirlo esperando una regañina—. Pero tu madre sabía que ocurría algo más que un dolor de cabeza y se lo he dicho. Lo siento, Charlie.

—No importa. Mi madre es así. Ninguno podemos esconder nada —sonrió él—. Estoy harto de ocultar las cosas. Mejor que lo sepan. Y mejor que lo hayas contado tú. No tendría fuerzas para hacerlo yo.

—Uff —resopló ella aliviada.

Ambos se levantaron y se dirigieron hacia la puerta.

—*Ella* hoy... quería conocerte. Ver cómo eras y observar mi reacción al respecto. Quería comprobar que lo que había leído era cierto —dijo refiriéndose a la visita de Lilian.

—Pues bien. Ya me ha conocido —dijo y cambió de tema—. Bajemos con la familia.

Charlie se retiró a dormir pronto y el resto de la familia también. Ella salió a tomar el aire fresco de la noche al porche trasero. Lo necesitaba. Se sentó en uno de los bancos, miró al horizonte un momento, apoyó los codos en las rodillas, hundió los dedos en su pelo y lloró. Se había propuesto no hacerlo, pero necesitaba desahogarse, más que nunca.

—Eh, ¿qué te ocurre? —Luke salió por la puerta, fue hacia ella nada más verla, la levantó del asiento y la abrazó. Ella lloró en su pecho.

—Lo he perdido, Luke —dijo entre sollozos abrazada a él.

—¿Qué has perdido, cariño? —preguntó sin comprender aún mientras besaba su cabeza tratando de consolarla.

—He perdido a Charlie —se lamentó ella y Luke comprendió lo que quería decir.

—Oh, Angie. No digas eso.

—Estaba tan cerca, Luke. Tan cerca.

—Lo sé. Lo sé. No te tortures —le acarició el pelo y le conmovió comprobar cuánto amaba aquella mujer a su hermano mayor. Sabía que él le gustaba, pero no había imaginado que el sentimiento era tan fuerte.

—Lo siento, Luke —se sintió avergonzada por haber llorado y trató de salir del abrazo de Luke—. Perdóname.

—No te voy a dejar ir de aquí —se refirió a sus brazos— hasta que estés tranquila del todo —y ella se abrazó a él de nuevo agradeciendo el gesto.

—Qué vergüenza contigo. Lo siento. De verdad. Pensarás que soy una sensible o una tonta.

—No te disculpes. De hecho creo que has tardado mucho en venirte abajo con todo lo que ha ocurrido hoy —le restó importancia haciéndole ver que la comprendía.

—Gracias. De verdad. Estoy mejor —dijo separándose de él para sentarse en uno de los bancos.

—No lo has perdido —comenzó él, cogiendo una silla de la esquina y sentándose justo delante de ella—. Esto es solo una batalla, no la guerra. No te rindas tan pronto.

—Es difícil seguir adelante después de lo de hoy.

—Lo harás, no te rendirás. Eres fuerte, hermanita —le dijo pasando el dedo pulgar de su mano derecha por su mejilla izquierda, enjugando sus lágrimas en un gesto cariñoso.

—No tengo esperanzas de ello y siento decirte que no creo que llegue a ser nunca tu hermanita.

—Pues yo te comunico que tengo esperanzas puestas en ambas cosas.

—¿Y si no lo consigo? —preguntó ella.

—Siempre podré adoptarte. Seguro que tanto Samy como mis padres están de acuerdo en ello —le sonrió.

Ella también le sonrió al escucharle decir aquello.

—Mi hermano es tonto —sentenció Luke tras tomar las manos de ella entre las suyas y posar un beso en el dorso de las mismas—. No sabe lo que tiene delante de sus propias narices.

—Aunque salga mal, habrá merecido la pena por haber conocido a personas tan maravillosas como vosotros —dijo más animada.

—Y nosotros por conocerte a ti —besó sus manos de nuevo—. Pero no corras tanto. Saldrá bien. Lo sé.

—Gracias, Luke. Por todo —le agradecía aquello. En aquel momento no tenía a Terry o a Susan allí y no sería fácil explicar todo lo que había ocurrido en las últimas semanas.

—No me des las gracias. Y a partir de ahora, quiero que si tienes algún problema o te sientes mal, recurras a mí. Sé que cuidas de Charlie todo lo que puedes, pero nadie cuida de ti.

—Charlie cuida de mí —le defendió ella.

—No cuando no puede ni cuidarse a sí mismo, como hoy. ¿Me prometes que acudirás a mí?

—De acuerdo. Lo prometo.

—Así me gusta. Ahora ve a dormir, descansa. Mucho me temo que mañana será un día complicado también.

Ambos se levantaron y se abrazaron fraternalmente. Angie entró en la casa y Luke permaneció en el porche pensando en cómo podría ayudar a su hermano.

Pensó que su hermano era un completo idiota. Seguía en el pasado y a dos metros tenía a una mujer maravillosa que lo quería con todo su ser y con la que no le había la menor duda podría ser muy feliz. Estaba convencido que mucho más feliz de lo que había sido nunca con Lilian. Porque ambas mujeres no podrían ser más diferentes.

Lilian... hacía años que su nombre no se había pronunciado en el rancho hasta que esa tarde salió de los labios de Angie. Y como siempre, con ese nombre, vinieron las sombras a sus vidas. ¡Qué ciego había estado su hermano con aquella mujer! Casi le cuesta la relación con la familia. Él siempre la había tenido muy calada, aún recordaba las ocasiones en las que se le había insinuado abiertamente, pero eso su hermano no lo sabía. Era cuestión de tiempo que pasara lo que pasó con Brad. Aquella mujer había arruinado los que podían haber sido los mejores años de la vida de su hermano mayor. ¿Qué demonios tramaría esta vez?

Angie tomó una ducha para tratar de serenarse todo lo posible y se puso el camisón. Agradecía haber conocido a la familia de Charlie. Luke la había consolado pacientemente, y le había traspasado palabras de ánimo para seguir luchando. Solo se daría de tiempo hasta volver a Manor. No más tarde. Y para ello apenas quedaban unos días, a lo sumo dos semanas. Estaba convencida de que Lilian iba a ser una constante en el tiempo que restaba, sobre todo en la mente de Charlie.

Cuando entró en la habitación de Charlie deslizándose suavemente en su cama, le sorprendió comprobar que él aún no dormía.

—¿Qué haces? —preguntó él mirándola de frente.

—Creo que está claro. Voy a intentar dormir. Lo que deberías estar haciendo tú.

—Esta noche no soy una buena compañía, no creo que pueda...

—Schhhhhh —ella le puso dos dedos en los labios—. Solo quiero velar tu sueño y estar cerca por si necesitas un abrazo en algún momento de la noche.

—Perdóname —se disculpó sinceramente él—. Soy un metepatas. He estado a punto de ofenderte.

—No ha pasado nada —le quitó hierro al asunto ella.

—No merezco una amiga como tú. Gracias.

—Pareces un disco rayado. Duérmete, ¿vale?

El besó una de sus manos antes de cerrar los ojos para intentar dormir. Y realmente con ella a su lado no le costó dormir. Se había acostumbrado al calor de su cuerpo. Le proporcionaba serenidad, seguridad.

Cuando despertó por la mañana ella estaba en posición fetal acurrucada de espaldas contra su cuerpo. No pudo resistir la tentación de oler su pelo y como sabía que ella solía gozar de un sueño profundo se permitió besar su hombro suavemente y acariciar la línea de su brazo izquierdo. Hasta su mano. Vio que el camisón se le había subido dejando la cadera al descubierto y también acarició su pierna desde ahí hasta la rodilla. Notó que su cuerpo reaccionaba matinalmente a ella. Lo cierto es que la seguía deseando como siempre. Aunque no debía volver a abandonarse a ella, le había confundido tanto las últimas veces que no podía volver a permitirselo. No quería hacerle daño y mucho se temía que aquel juego de los amantes había rozado el límite entre juego y realidad. Al menos para sí mismo. Ahora Lilian había vuelto y todo era diferente.

Un suave beso en el hombro la despertó. No era común en ella despertar con tan poco, pero su sueño esa noche no había sido todo lo profundo que era habitualmente. Había permanecido tiempo pendiente de los movimientos de Charlie. De si dormía relajado o no. Esperó inmóvil y notó como al beso le siguieron caricias a lo largo de su brazo y de su cadera a su rodilla. Sintió la excitación de él contra su espalda y sonrió para sí misma. Al menos no todo estaba perdido. Pero no estaba segura de si Charlie se permitiría rendirse de nuevo a ella. Algo le decía que no, cuando todos sus gestos desde el día anterior habían sido de lo más castos desde que aquella condenada mujer reapareció en su vida.

—Mmmm... buenos días —dijo sonriendo y con los ojos cerrados. Se dio la vuelta quedando frente a él. Estaba interpretando a la perfección el papel de recién despertada al sonar el despertador.

—Buenos días —la miró Charlie.

—¿Qué tal has dormido? —se interesó ella comenzando a abrir los ojos.

—Por suerte he dormido bien. ¿Y tú?

—No demasiado. Me costó un poco. ¿Estás de mejor humor?

—Siento escuchar eso. —Sabía que había sido por su causa. Estaba preocupada por él—. Creo que de mejor ánimo.

—Eso está bien.

—¿Cómo está mi chica favorita? —dijo Luke mientras se levantaba de la mesa y abría los brazos para acoger entre ellos a Angie.

—Con sueño —lo abrazó y él le dio un beso en la mejilla. Se sentía cansada, a pesar de haberse duchado y estar lista para el nuevo día—. He dormido poco.

—¿Y de ánimos? —dijo en tono más bajo.

—Mejor gracias a ti.

—¿Y cómo está Charlie hoy?

—El sí que parece que ha dormido bien y dice que está de buen ánimo. Vamos a ver qué tal resulta el día.

—Poco a poco. Recuerda, batalla a batalla ganaremos la guerra —le dijo en voz baja mirándola a los ojos.

—Lo sé. Hoy sí que me he levantado con ganas de luchar, a pesar del sueño.

—¿Un café, hermanita?

—Ahora mismo iba a por él.

—Siéntate. Hoy te lo traigo yo.

—No es necesario...

—Hoy te cuido yo. Sin discusiones —fue hacia la cocina a por él mientras ella se sentaba a la mesa.

Charlie quedó a mitad de la escalera cuando observó cómo Luke abrazaba y besaba en la mejilla cariñosamente a Angie y aunque no pudo escuchar apenas nada más que palabras sueltas, sí que vio cómo le traía un café. ¿Qué significaba aquello? El día anterior sí que había estado cariñoso con ella por la mañana, pero hoy se mostraba demasiado solícito.

—Buenos días —saludó Charlie con desgana.

—¡Buenos días! —respondió Luke saliendo de la cocina de nuevo—. ¿Un café?

—Sí, por favor. Estás muy solícito hoy, Luke.

—Bueno, me gusta cuidar a los míos de vez en cuando —le dejó el café en la mesa.

Samy bajó a continuación y dio los buenos días. La charla del desayuno se centró en los quehaceres de la granja para ese día. Antes de irse, Luke abrazó a Angie de nuevo y le deseó un buen día.

—¿A qué venía tanto abrazo hoy? —quiso saber Samy cuando ambos subieron al todoterreno.

—Esa chica lo está pasando mal con lo de Charlie y ya sabes quién, Samy. Anoche la encontré en el porche y te aseguro que estaba rota de dolor. Necesita nuestro apoyo. Así que te aconsejo que la agasajes lo que puedas tú también —dijo conduciendo por un camino de tierra hacia la parte alta del rancho—. Ahora está sola. Charlie vuelve a lamer sus heridas y nos necesita.

—No sabía que era tan grave el asunto.

—Charlie la quiere, maldita sea, lo sabes. Y ella está más que loca por él. Cuando nuestro hermano sufre, ella está ahí, apoyándole. Pero es tan tonto que no se da cuenta de lo que ella sufre a su vez con él. Solo nos tiene a nosotros aquí.

—Te doy permiso para si alguna vez hago tanto el canelo como nuestro hermano me pegues un puñetazo —dijo Samy.

—Espero que no te arrepientas nunca de haberme dado ese permiso.

SOLEDAD Y SOSPECHAS

La mañana se desarrolló con normalidad en la redacción de la emisora, a pesar de que notaba a Charlie tenso y poco comunicativo, esperando y preparándose sin duda para una nueva visita de Lilian. Pero finalizada la jornada laboral, Lilian no apareció y Charlie pudo relajarse conduciendo camino a casa.

—Deberías tomar un baño hidromasaje antes de cenar —le aconsejó Angie—. Te he notado muy tenso hoy.

—Creo que lo haré, gracias —dijo por toda respuesta.

Volvían al principio del camino. Días en los que Charlie apenas pronunciaba frases de más de unas pocas palabras y grandes silencios entre ambos. Apenas era una sombra de sí mismo, de lo que ella había visto en los últimos tiempos. Un hombre gracioso, comunicativo y apasionado en todos los aspectos. Había vuelto el Charlie oscuro.

Subió, sin decirle una palabra más, a su habitación y no la había invitado a compartir su bañera. Desde luego era idiota si esperaba que aquello ocurriera de nuevo. Se dijo que sería paciente, que podría volver a comenzar desde el principio, esperar a que se recompusiera. Pero en su fuero interno también convivía la idea de que ese era el final del camino con el hombre que amaba.

Decidió sentarse en el porche delantero. Disfrutando de las últimas horas de la tarde. Tenía que acostumbrarse de nuevo a pasar horas sola.

—¿Qué tal estás, hermana? —dijo Luke con una brillante sonrisa. Su hermano pequeño y él acababan de aparcar la camioneta frente a la casa.

—Bien. Ha sido un día tranquilo. Sin novedades —Luke y Samy supieron a qué se refería.

—¿Charlie?

—Tomando un hidromasaje.

Luke frunció el ceño. Sabía que anteriormente ellos solían hacerlo juntos, de hecho casi les pilla en una ocasión. Si esta vez Charlie lo estaba tomando solo y ella estaba allí las cosas no iban nada bien.

—Aún tenemos que ir a ver unas tierras a caballo. ¿Te apetece venir con nosotros? —ofreció Luke.

—Si no os causo molestia me encantaría ir —respondió ella.

—Tú nunca molestas. ¿Sueles montar con *Sally*, verdad? —preguntó Samy ya de camino a los establos. Se daba cuenta de lo que su hermano Luke le había dicho por la mañana. Angie estaba más sola que nunca.

—Sí. Es un animal muy dócil. Me gusta mucho.

—Te la prepararé en un momento —se ofreció Samy ofreciéndole una sonrisa.

Trotaron hasta las tierras que iban a ver. Luke y Samy hablaron largamente acerca de la idoneidad de sembrar algodón en ellas u otro cultivo. O incluso dejarla descansar dejando en barbecho. Angie escuchaba con atención los argumentos que ambos esgrimían dependiendo de la situación del terreno, las lluvias del año, las horas de sol. Sonaba interesante y nunca se le había ocurrido que la agricultura dependiera de tantas variables.

—Perdona si te estamos aburriendo —le dijo Luke recordando que esta vez no estaban solos.

—Me encanta escucharos. Me parece muy interesante —les sonrió ella. Al menos su mente se había alejado de los problemas con aquella animada charla de los dos Atkins.

—Creo que seguiremos la discusión en casa de todas formas. No queremos que mamá nos deje sin cenar —comenzaron el regreso a casa al paso.

—Hacéis un gran trabajo con el rancho. ¿Qué estudiaste tú, Samy? —le preguntó. Sabía que Luke era abogado y que cada hermano contaba con un título universitario, pero Samy siempre era el más reservado y no había tenido ocasión de preguntarle.

—Yo solo soy un humilde profesor de geografía e historia —dijo Samy.

—Además de haber estudiado administración y dirección de empresas —añadió Luke orgulloso de su hermano pequeño.

—Eso solo lo hice para poder aplicarlo en el rancho de forma efectiva. En realidad, mi pasión es la historia —puntualizó Samy.

—¿Prefieres al igual que tu hermano la vida del rancho? —quiso saber ella.

—En realidad me gustaría encontrar el equilibrio. Poder dar clases y ocuparme del rancho. Pero es difícil, el rancho requiere mucho tiempo cada día.

—Nuestro padre nunca nos ha cortado las alas en ese aspecto. Si estamos aquí es por decisión propia. Él piensa que al igual que cuando éramos pequeños, puede ocuparse del rancho —dijo Luke.

—¿Vosotros no lo creéis?

—Sí. Es un hombre joven aún. A pesar de este pequeño percance que nos podía haber ocurrido a cualquiera de nosotros. Económicamente no estamos mal, no te vamos a engañar. Nos podemos permitir los empleados que tenemos e incluso algunos más si por algún motivo nosotros faltásemos —reconoció Luke.

—Pero sinceramente, creo que hablo por mi hermano y por mí si te digo que nos gusta el rancho y si no podemos compaginarlo con algo, nos sería difícil abandonarlo del todo —sentenció Samy.

—¿Charlie no sentía el mismo apego que vosotros? —ahora sentía curiosidad al respecto.

—Charlie adoraba el rancho y había conseguido compaginar ambas cosas, su pasión por la radio y el trabajo aquí. Trabajó muy duro durante varios años. No son trabajos fáciles ninguno de los dos —explicó Luke.

—Pero ya conocemos todos lo que sucedió. Así que decidió irse —dijo Samy.

—Sin embargo, pienso que está muy apegado aún a este sitio. Y en esta visita se ha dado cuenta de cuánto —opinó Angie.

—Pero a estas alturas estoy seguro que echaría de menos su trabajo en Austin. Charlie ha elegido otro camino —dijo Luke.

—¿Os molesta? —sintió curiosidad ella.

—No. Es su camino. Lo respetamos y lo admiramos —dijo Samy. Luke asintió a las palabras de su hermano—. Y aunque su marcha fue forzada por otras causas, se nota que ha nacido para comunicar y lo hace muy bien.

—Era su camino. San Angelo es una ciudad interesante, pero si quería triunfar debía ir a un sitio más grande, como Austin. Llegado el momento es muy probable que hubiera tomado el mismo rumbo aun habiendo sido diferentes las cosas —añadió Samy.

—Creo que es muy afortunado de haber nacido en esta familia. Todos sois muy afortunados de teneros los unos a los otros.

—Y ahora que te hemos adoptado a ti, ya estamos al completo —bromeó Luke—. Galopemos un rato hasta casa para que se ejerciten los caballos —propuso instando al suyo a hacerlo. Samy y Angie siguieron su ejemplo.

—¿Dónde habéis estado? —preguntó Charlie al verlos entrar en la casa. Luke y Angie reían y bromeaban cómplices. Él llevaba rato hablando con su padre. Angie se fijó en él y agradeció verlo algo más relajado.

—En las tierras de al lado de los Montgomery. Queremos llegar a un acuerdo sobre lo que sería más conveniente sembrar —informó Samy.

—Yo os dejo, voy a la ducha —dijo Angie—. Estoy cubierta de polvo y mosquitos.

—Te acompaño. Yo también necesito una ducha —dijo Luke—. Os dejo discerniendo qué es mejor sembrar allí, a ver qué opinas tú, Charlie.

Luke pasó el brazo por encima del hombro de ella mientras subían la escalera y seguían riendo acerca de los mosquitos que habían tragado en el camino. Charlie no apartó la vista hasta que vio que cada uno se dirigía a un lado del pasillo al llegar arriba.

Una vez hubieron cenado, Charlie se retiró al instante con intención de dormir temprano, según dijo. El resto permanecieron en el comedor charlando animadamente. Luke vio como Angie lo seguía con la mirada.

—Estoy seguro que si esta noche te haces la dura te acabará buscando —le dijo Luke en voz baja mientras el resto de miembros de la familia hablaban de la fiesta de Halloween que prepararían ese año, a pesar de que aún faltaban unos meses.

Angie se propuso hacerse la dura, como le había recomendado Luke. Así que a pesar de que el plazo de entrega era aún largo, al subir a su habitación decidió escribir todos los artículos que tenía pendientes de redactar. No le importaba si se acostaba tarde y perdía sueño. Quería saber si realmente él la quería en su cama, aunque solo fuera como consuelo o si debía volver a la suya definitivamente cortando aquello.

Charlie por su parte no podía dormir, no sin ella a su lado o sin hablar con ella. Apenas lo había hecho en todo el día. Estaba convencido que había cruzado más palabras con sus hermanos ese día que con él. Solo era capaz de dar vueltas y más vueltas en la cama. Se preguntaba qué estaría haciendo que la retenía para no ir a la cama con él. Si estaría con Luke. Una punzada le cruzó el pecho solo de pensarlo.

Se levantó decidido y se dirigió a la habitación de su hermano. Abrió la puerta y allí estaba Luke, en pantalón corto, recostado en la cama con un libro en las manos, leyendo relajadamente.

—Me preguntaba cuánto tardarías —dijo bajando el libro con una sonrisa en su boca.

—No podía dormir y me preguntaba... si tendrías un libro soporífero para mí —dijo lo primero que se le vino a la cabeza buscando con la mirada algo en la habitación.

—Seguro. ¿Derecho penal sería lo suficientemente aburrido? —se levantó y buscó en su estantería.

—¡Maldita sea! Sabes que no he venido por eso —reconoció Charlie.

—Aquí no está. Ni ha estado. Nunca —dijo tranquilamente Luke mientras permanecía de pie al lado de la estantería con un libro en la mano.

—Lo siento. Te he visto hoy con ella, tan solícito y había pensado...

—¿Habías pensado? —preguntó Luke.

—No sé lo que había pensado, maldita sea. Desde que ha aparecido Lilian no he vuelto a pensar con claridad.

—Charlie. El pasado no se va a repetir. O al menos no conmigo. Quitate eso de la cabeza.

—Ha vuelto todo a mi mente, Luke. Es horrible. Si no hubiera sido por Angie, ten por seguro que ayer me hubiera vuelto loco —reconoció él.

—Y sin embargo hoy no le has prestado la más mínima atención —le recriminó con tacto.

—No, no lo he hecho —cayó en la cuenta de ello.

—Charlie —le habló despacio sentándose en un sillón cercano—. Respeto tu dolor, respeto los malos recuerdos que te ha traído el reencuentro con Lilian. Pero ¿has pensado que quizás Angie también lo pasa mal cuando te ve así? ¿Cuándo pasas de tenerla como centro de atención continuo a ignorarla descaradamente como has hecho hoy?

—Mierda, Luke. Soy un desastre —Charlie se dejó caer en la silla del escritorio. Apoyó los codos en las rodillas con la cabeza entre sus manos.

—Si no tienes fuerzas ni para ti mismo, no te culpo por ello. No te lo vamos a tener en cuenta. Pero deja que los demás le prestemos atención a ella mientras tanto y la cuidemos.

—Lo sé y lo siento, Luke.

—Termina lo que tengas pendiente con Lilian de una vez por todas. Entierra todos esos recuerdos, todo, entiérralo y echa una montaña de piedras encima de ello.

—Tengo que hacerlo, lo sé.

—No puedes volver a estar así cada vez que reaparece esa mujer en tu vida o te vienen esos recuerdos a la mente. Ya es hora de seguir adelante. Ya está bien de autocompadecerte.

—Gracias, hermano —ambos se abrazaron—. Gracias por cuidar de ella.

—Me gusta cuidar de ella. No me des las gracias —hizo una pausa—. Ahora, dime, ¿qué libro prefieres?

—Creo que no será necesario ninguno. Lo más sensato que puedo hacer ahora mismo es ir a hablar con ella para disculparme.

—Buena opción.

Tocó a la puerta de su habitación y tras escuchar una suave invitación abrió la puerta y entró. Estaba sentada al ordenador.

—¡Charlie! —le sonrió. Se alegraba de verlo y de que la teoría de Luke hubiera sido cierta, había ido a ella. Quizás debía confiar en Luke. Él sabía cómo era su hermano.

—Quería ver qué era lo que te estaba reteniendo para no venir a la cama.

—Estaba aprovechando para escribir unos artículos que tenía pendientes. Pensaba que dormías desde hacía un par de horas —se alegró de comprobar que quería compartir la cama con ella. Esa noche no había pensado en ir si no era invitada. Lo había notado demasiado distante.

—No podía dormir sin ti —le confesó él.

—En ese caso siento haberte desvelado. Solo tenías que habérmelo dicho y hubiera ido enseguida. Dame un segundo que guardo el documento y voy contigo —dijo dándole a guardar y cerrar en el ordenador.

De nuevo se instauró el silencio entre ambos mientras ella apagaba el aparato.

—Lo cierto es... que quería disculparme contigo —se sentó en un lateral del escritorio—. Sé que ni ayer ni hoy te he hecho fácil el día.

—No te preocupes, lo entiendo —dijo ella.

—De verdad siento haberme comportado como un estúpido. Anoche casi te insulto por hacer algo loable por mí y hoy te he ignorado durante todo el día.

Reconozco que no estoy bien, pero no es excusa para haberte abandonado de esa forma y no preocuparme por ti.

—Entiendo tus motivos —dijo ella.

—Pero estoy seguro que lo has pasado mal y te has sentido sola.

—Luke ha sido muy paciente y cariñoso conmigo —dijo ella tras pensarlo unos segundos—. No he estado sola. Y Samy también ha sido muy considerado.

—Benditos hermanos míos. Tienen más sentido común que yo.

Ambos se fundieron en un abrazo.

—Vamos a dormir —propuso ella.

—Solo si has terminado —dijo él.

—Puede esperar.

COMPRAS Y VISITAS

—Necesito saber si vais a venir a la cena benéfica que organiza la emisora mañana por la noche —le preguntó Brad esa mañana mientras Angie hacía unas fotocopias—. Necesito confirmar esta tarde el número de asistentes.

—¿Cena benéfica? —respondió Angie intrigada.

—Sí. Te envié un correo electrónico la semana pasada contándotelo —confirmó Brad.

—No he visto ningún correo electrónico tuyo al respecto. Lo recordaría. Dame un momento que compruebe los correos electrónicos —se dirigió al despacho vacío. Charlie estaba en el estudio eligiendo sintonías y canciones para el programa del sábado—. No lo tengo.

—¿Sueles comprobar la bandeja de spam? —preguntó él.

—Suelo comprobarlo, sí —dijo abriendo la bandeja—. ¡Mierda!

—¿Está ahí?

—Sí. Aquí está. De acuerdo. Lo leo, hablo con Charlie y te digo algo a lo largo de la mañana.

—Espero tu respuesta.

—Lo siento, Brad.

—No ha pasado nada. Aún estamos a tiempo —le sonrió desde la puerta.

Según el correo electrónico se trataba de una cena benéfica en la que el menú tendría un precio de ciento cincuenta dólares por persona a beneficio de uno de los centros de acogida de la ciudad. Habría subasta de solteros de la emisora, sorteo de regalos, actuaciones musicales, entre ellas la del cantante country Luke Bryan, y pedían encarecidamente que Charlie se ofreciera a ser uno de los solteros a subastar.

—Suenan genial —dijo Angie nada más entrar en el estudio mientras sonaba *I need my girl* de Blake Shelton.

—No podrías decir otra cosa de tu Blake —sonrió él bajando el volumen.

—Mi Blake es mi Blake —rio ella antes de ponerse seria—. Tenemos un problemilla.

—¿Qué sucede? —preguntó preocupado Charlie.

—No es tan grave en realidad —desestimó viendo su gesto y esbozando una sonrisa—. Brad me envió la semana pasada un correo electrónico y resulta que no lo he visto hasta que me lo ha dicho hoy. Se había ido a la bandeja de spam y, la verdad, no me había dado cuenta de mirarla desde entonces.

—¿De qué trata?

—La emisora organizará mañana una cena benéfica para recaudar fondos destinados a las madres y niños de uno de los centros de acogida de la ciudad. Quieren que asistamos. Ciento cincuenta dólares por cabeza y subasta de solteros. Aunque es voluntaria, insisten en que tomes parte como artículo a subastar. Tenemos que decirle a Brad si acudiremos a la cena.

—¿Te apetece? —le preguntó Charlie.

—¿A ti? —preguntó ella.

—Creo que necesitamos divertirnos —dijo Charlie pensando en ella más que en sí mismo. Desde que había aparecido Lilian en su vida de nuevo, era consciente que la situación con Angie se había tornado algo diferente, reconocía su culpa, pero casi todo había cambiado. Necesitaba resarcirla de alguna forma y esa podría ser una buena idea. Además de ser una buena causa.

—Entonces se lo confirmaré a Brad. ¿En cuanto a lo de la subasta de solteros...?

—La causa es buena, pero no.

—Pensaba pujar por ti —ella le guiñó un ojo.

—Podríamos hacer una donación sin llegar a ese extremo de la subasta —propuso él.

—Quizás tengas razón.

—¿Has traído algún vestido como para asistir a la cena?

—Pues no. Pero estoy segura que podré conseguir algo en el centro comercial esta tarde. ¿Y tú?

—Luke tendrá algo para mí en su armario. Le llamaré, en caso contrario iremos juntos al centro comercial.

—Está bien. Te dejo trabajar. Le confirmaré lo de la cena a Brad —dijo saliendo del estudio.

Instantes después Charlie decidió llamar al rancho. Comentó con su madre el asunto de la cena y confirmó que Luke tenía esmoquin. Estaba convencido que le serviría, ya que ambos tenían la misma talla desde hacía años. Le habló acerca del vestido de Angie y le pidió que la ayudase. Claire no podía menos que estar encantada con la idea y se ofreció a pasarse por la emisora tan pronto terminasen de almorzar en el rancho.

Claire puso la maquinaria en marcha. Llamó a una amiga peluquera para que fuese al día siguiente al rancho a peinar y maquillar a Angie para la cena. Lo comentaría más tarde con ella. Angie debería estar espectacular para su hijo, si acaso la visita de Lilian no había estropeado todo lo que había surgido entre ellos.

—Solucionado lo del esmoquin —dijo él entrando en la oficina un rato más tarde. Mi hermano tiene.

—Tenéis suerte de tener la misma talla.

—En estos casos viene muy bien. ¿Almorzamos?

—¿Tan temprano? —se extrañó ella.

—Quiero que no llegues tarde para conseguir tu vestido —dijo él con una encantadora sonrisa. La primera de ese calibre en varios días.

—Está bien. Deja que guarde esto y ponga el ordenador en modo hibernación.

Veinte minutos después de volver de almorzar, Charlie recibió una llamada, contestó escuetamente, dio las gracias y colgó.

—Te están esperando abajo —anunció.

—¿A mí? ¿Quién?

—Es una sorpresa. ¡Baja ya mismo!

—Me das miedo —advirtió ella más que sorprendida, extrañada.

—Pásatelo bien —la besó en la mejilla.

—De acuerdo. Gracias —cogió su bolso, guardó el documento en el que trabajaba y apagó el ordenador.

Le dijo adiós con la mano y sonrió hasta que las puertas del ascensor se cerraron por completo. Quería resarcirla por la metedura de pata que había tenido con ella el día anterior dejándola de lado. Aun no sabía en qué demonios estaría pensando para haberle hecho eso a su apoyo incondicional. Sí, sí que sabía en quién estaba pensando. Lilian.

—¡Claire! —se sorprendió al verla en el hall de la emisora.

—Sí, cariño. Aquí estoy. Lista para una tarde de chicas. Me han dicho que necesitas un vestido.

—Creo que voy a llorar —dijo Angie emocionada. Claire había dejado sus quehaceres para ir a ayudarla y sabía que la mano de Charlie estaba detrás de todo ello.

—No deberías. Sabes que dejo cualquier cosa por una buena tarde de compras.

Angie abrazó a Claire.

—Gracias, Claire.

—De nada, cariño ¿Vamos? Te iré poniendo al corriente por el camino.

Le contó que había llamado a alguien que iría por la tarde del día siguiente a peinarla y maquillarla. Acerca de los complementos confiaba le gustasen algunas de las joyas de bisutería que tenía ella en casa. Se las prestaría para la ocasión. Angie estaba sorprendida y agradecida. No podía creerse las molestias que se había tomado por ella.

—Creo que deberías ir de rojo. En azul fuiste a la cena en Dallas. Ignoro si has ido a alguna más con Charlie. Estarás muy guapa de rojo —dijo Claire mientras ojeaba los vestidos de una de las tiendas que estaban visitando.

—No hemos ido a ninguna cena más. ¿Tú crees que el rojo será una buena idea? ¿No será muy llamativo? —dudó ella.

—Será perfecto para ti. Confía en tu *personal shopper* particular —dijo Claire.

Eligieron varios modelos en rojo e hicieron el pase correspondiente. Hasta que hallaron uno que les gustó a ambas. Era un vestido largo con vuelo, de tirantes, un generoso escote y pedrería a la altura del pecho.

—Ahora nos faltan los zapatos y el bolso —dijo Claire empezando a mirar zapatos—. Charlie se va a quedar con la boca abierta cuando te vea.

Angie se dejó caer pesadamente en uno de los asientos de la zapatería.

—Lo dudo bastante, Claire. Desde que apareció ella parezco invisible —dijo Angie.

—No estarás pensando que aún siente algo por ella —dijo Claire preocupada ante la idea.

—No. No lo creo. Si hubieras visto la mirada que le dedicó cuando la vio... podría haberla desintegrado allí mismo. Pero sé que se le ha vuelto a caer el mundo encima.

—Lo sé, cariño. Ha perdido la chispa de las últimas semanas. Aunque si te digo la verdad, hoy le noté más animado con la perspectiva de la cena —intentó animarla—. Me ha llamado para que te ayude.

—Es un detalle muy bonito, no lo dudo. Pero se siente culpable porque ayer apenas me dirigió la palabra en todo el día. Trata de resarcirme por ello —se quejó. Lo conocía lo suficiente para darse cuenta de cuál había sido la motivación.

—Sea como fuere, lo ha hecho. Elijamos unos zapatos y un bolso.

Estaba recogiendo los portátiles para abandonar la oficina cuando una estridente voz acompañada de una figura inconfundible e inesperada entró por la puerta de la oficina.

—¡Charlie! ¿Cómo estás hoy?

—Bien. Lilian —saludó escuetamente maldiciendo la suerte de no haber salido cinco minutos antes del edificio.

—He venido a recoger a Brad y he querido saludarte antes.

—Pues ya me has saludado.

—Veo que hoy no tienes a tu amiguita por aquí.

—¿La echas de menos? —preguntó sarcástico él.

—Solo quería saludarla. Pero me da la oportunidad de decirte algo —se acercó a él peligrosamente.

—Dime lo que tengas que decir, tengo prisa —dijo intentando esquivarla.

—Aún no me he olvidado de ti —le tocó el pecho con un dedo y lo deslizó hacia abajo—. Recuerdo lo bien que lo pasábamos —se intentó acercar aún más a él.

—Yo sin embargo sí que lo he olvidado —sintió escalofríos al notar su dedo bajar por su estómago y se separó de ella.

—En ese caso podría hacerte recordar... —dejó en suspenso la última parte de la frase y se pegó a él arrinconándolo contra la pared.

—No tengo la más mínima curiosidad por recordar nada —la tomó por las muñecas suavemente y se deslizó a un lado escapando de ella—. Y no quiero ser grosero contigo. Te agradecería que mantuvieras las distancias. Por respeto a Brad que está por aquí.

—¿Y por respeto a Angela?

—Su nombre es Angie —sabía que había confundido a propósito su nombre. Lo estaba provocando. Y casi lo estaba consiguiendo.

—¡Perdón! —se disculpó exageradamente.

—Si me disculpas, tengo prisa —dijo cerrando la última cremallera del maletín del ordenador.

—Piénsalo. Podríamos volver a pasarlo muy bien si tú quisieras —dijo ella en tono seductor.

—Lo siento, pero no, gracias. No necesito pensarlo —cogió los maletines con los portátiles y agendas y se dirigió a la puerta—. Como te he dicho, tengo prisa. Buenas tardes, Lilian.

—Salúdala de mi parte. Hasta pronto, Charlie.

¿Qué demonios quería aquella mujer? ¿Acostarse con él? ¿Seducirlo? ¿Qué perseguía con ello después de tantos años? ¿Acaso querría que volvieran?

Por primera vez en todos aquellos años comenzó a pensar en qué había sido lo que había visto en ella cuando se enamoró, porque en ese momento, por más que le daba vueltas, no era capaz de entenderlo. Era una mujer sin escrúpulos. Y lo acababa de demostrar. Si él hubiera cedido, a ella poco le hubiera importado ponerle los cuernos a Brad. Le repugnaba pensar que cuando habían estado juntos había tenido un comportamiento similar con otros hombres.

—¿Y Charlie? —preguntó Angie dejando las bolsas en uno de los sofás. Claire y ella acababan de llegar de compras, era tarde y era el único que no estaba en el salón.

—Ha llegado hace un rato —confirmó Samy.

—¿Qué cara traía? —preguntó ella temiendo lo peor.

—No muy buena. Ha subido enseguida —confirmó Luke.

—¡Mierda! —exclamó ella imaginando lo que podría haber sucedido y subió rápidamente las escaleras.

—Esa maldita mujer no les deja respirar un momento —dijo Claire disgustada después de observar como ella llegaba a la parte alta de la escalera y se dirigía a la derecha del pasillo. Habían pasado una buena tarde y estaba segura que Angie se había sentido animada, hasta entonces.

—Charlie lo superará —la abrazó Luke—. Y Angie, no sé... la cuidaremos entre todos y ojalá pueda soportar todo esto hasta que él decida algo al respecto.

—¿Qué difíciles se ponen las cosas cuando todo podría ser tan sencillo! —exclamó Sam.

Angie tocó suavemente a la puerta de la habitación de él y entró.

—Charlie. ¿Cómo estás? —dijo acercándose a él. Estaba de pie mirando por la ventana.

—Hola —le sonrió forzosamente—. Bien —mintió—. ¿Ya tienes vestido?

—Sí. Tu madre es una fantástica *personal shopper*. Gracias por enviármela —le respondió rápidamente. No le importaba el vestido, quería saber cómo estaba él. Si la había visto y qué le había dicho o qué le había hecho, si le seguía destrozando por dentro.

—Me alegro —dijo él mirándola a los ojos.

—Y ahora, por favor, ¿me dices qué ha ocurrido? —le suplicó.

—Ha ido a última hora.

—¡Mierda! —exclamó ella molesta, dolida o preocupada. Quizás todo a la vez.

—No te preocupes —tomó un mechón suelto del recogido de ella y lo puso detrás de su oreja—. Ha sido una conversación muy esclarecedora. Ahora sé lo que

quiere, pero aún no sé cuál es su fin.

—¿Qué quiere? —quiso saber ella.

—Eso no importa ahora —no quería contarle aquello—. Solo estaba reflexionando acerca de todo ello. Ahora cuéntame cómo es tu vestido.

—Tendrás que esperar a verlo —le respondió sabiendo que él no quería seguir hablando de Lilian. No quiso insistir, ya que fuera lo que fuese, Charlie no quería contarle.

—Vaya, guardando secretitos —le tocó la punta de la nariz con un dedo.

—¿No te has probado aún el esmoquin de Luke? —preguntó ella.

—No. Pero ahora mismo lo haré. Vamos —la tomó de la mano y salieron al pasillo.

—¿No le molestará que hurgues en su armario sin su permiso? —preguntó ella.

Él se asomó a la escalera y gritó:

—¡Luke, voy a por ropa a tu armario!

—¡Vale! —se oyó decir a Luke desde abajo.

—Ya lo sabe y está de acuerdo.

—Dios, qué fácil es todo en tu familia. Si hubiera hecho eso con alguna de mis hermanas las tendría al lado escrutándome hasta en la forma de tocar la ropa.

—Somos hombres. Influye —sonrió él.

—Cierto —convino ella entrando tras él en la habitación de Luke—. Así que este es el santuario de Luke —dijo paseando la mirada por toda la habitación.

Charlie sonrió al comprobar que ella no había entrado nunca en la habitación de su hermano. Si supiera la estupidez que había pensado la noche anterior al respecto, probablemente se molestaría.

—Aquí está —dijo sacándolo del armario y comenzó a desnudarse.

Angie se giró de espaldas disimuladamente. Las cosas entre ellos habían cambiado demasiado desde hacía unos días. Sí, seguían durmiendo juntos cada noche, pero si se tocaban en alguna ocasión, era de lo más inocente.

—¿Qué haces? —preguntó él deteniéndose. Había querido disimularlo, pero era más que evidente que por algún motivo ella no quería mirar cómo se cambiaba de ropa, cuando sabía que siempre le había gustado mirarlo y a él que ella lo hiciera.

—Te estoy dando intimidación para que te cambies —respondió aún de espaldas a él.

—Gírate, por favor —le pidió esperando a que ella le hiciera caso—. A estas alturas, ¿Hay algo de mí que no hayas visto?

—Pues... no —respondió ella sonrojándose una vez volvieron a estar frente a frente, a pesar de que les separaban algo más de dos metros.

—Entonces, ¿por qué lo haces? —le admiraba su capacidad para sonrojarse y le resultaba poco menos que encantadora. Aun habiéndose conocido tan íntimamente como lo habían hecho.

—Bueno... estos últimos días has estado un poco... no sé cómo decirlo... pensé que quizás no querías que yo... —intentó explicarse mientras respiraba nerviosa y miraba al suelo.

Distante, esa era la palabra. Había estado muy distante con ella y la había confundido.

—Lo siento —se sintió terriblemente culpable—. Solo necesito unos días para aclarar las ideas con todo lo que ha sucedido. Pero no me importa que me mires si a ti no te incomoda hacerlo.

—No me incomoda —dijo finalmente ella sentándose en una silla al lado de la puerta.

Luke entró mientras Charlie se cambiaba.

—Si vengo a mitad del striptease me voy y vuelvo luego —dijo.

—¡Idiota! —Charlie le lanzó la camiseta con intención de darle.

—Te queda muy bien —sentenció ella—. Parece mentira que ambos tengáis la misma talla.

—Yo soy un poco más alto —dijo Charlie.

—Bueno, un par de centímetros. No se notará apenas en el pantalón —observó ella—. Parece que fuese tuyo.

—Deberías dárselo a Olga y que le dé un poco de planchado para mañana —observó Luke—. ¿Serás subastado, Charlie?

—¿Cómo te has enterado de que va a haber subasta?

—Estaban hablando en la radio de ello cuando he venido a casa. Uno de los nombres que decían era el tuyo.

—Me he negado a ser subastado —respondió a su hermano y se dirigió hacia ella con gesto serio—. Creía que se lo habías transmitido a Brad.

—Así lo hice. No sé qué pueda haber ocurrido, puede que ellos hayan contado con tu reclamo desde antes de habérselo dicho. Quizás sea solo publicidad.

—Por favor, Angie, averígualo cuanto antes. Y deja las cosas muy claras al respecto.

—No te preocupes, Charlie. Lo haré.

—¿Por qué no lo haces? —preguntó Luke.

—No me llama la atención ser un objeto de subasta y que las mujeres pujen por mí.

—Es una buena causa.

—Haré una donación a cambio.

—¿De qué tienes miedo? —quiso saber Luke—. Siempre podría pujar ella por ti —dijo señalando a Angie.

—¿Por qué no vas tú y eres subastado? —preguntó Charlie.

—Si consigues que vaya estaría encantado de hacerlo. Uno de mis sueños es que varias mujeres se me disputen entre sí —rió él.

Angie también sonrió con la ocurrencia de Luke. Se daba cuenta que en ese aspecto era muy diferente a Charlie. El teléfono de Angie comenzó a sonar.

—Perdón, es Brad. Viene como anillo al dedo, ahora mismo aclararé esto. Te espero fuera —dijo saliendo al pasillo.

—Lilian quiere que me acueste con ella —soltó Charlie mientras se cambiaba de ropa. Había escuchado como Angie se alejaba hablando por teléfono.

—¿Qué? —preguntó sorprendido Luke—. ¿Estás seguro?

—Ha estado a última hora en la oficina y me ha venido a decir que me echaba de menos, que recordaba lo bien que nos lo pasábamos y que si quería recordarlo de nuevo —dijo a grandes rasgos Charlie, obviando que también lo había tocado.

—Es una locura incluso para ella. No alcanzo a comprender qué puede haber detrás de eso.

—No lo sé. Ni quiero saberlo.

—¿Estás tentado a hacerlo? —quiso saber Luke.

—Siento escalofríos solo de pensarlo. Hoy por hoy no entiendo lo que pude ver en ella.

—Nosotros nunca lo entendimos —dijo Luke haciendo una pausa para ponerse aún más serio—. Termina con todo eso, Charlie. Y haz algo con tu vida.

—Me doy cuenta ahora de lo que os hice pasar a todos con esa relación. Fui un estúpido.

—No pienses en ello a estas alturas. Lo pasado, pasado está —Luke palmeó la espalda de su hermano.

—Ojalá me pueda librar de la subasta de solteros.

—¡Participa! Que puje ella por ti. ¿Y qué puedes gastar? ¿Un par de cientos? ¿Mil pavos? Creo que te lo puedes permitir.

—¿Y si viene una loca con sabe Dios qué intenciones y puja más? —dijo preocupado por la idea.

—¿Aún sientes... cierto reparo con las mujeres? —preguntó con cuidado Luke.

—No lo sé. No se ha dado el caso desde que... bueno, sé que con ella no tengo ningún reparo, pero no sé si con otra quizás lo tenga.

—Quizás pudiera ser una forma de comprobarlo.

—Perdona hermanito, pero creo que por esta vez sí puedo evitarlo, no lo comprobaré.

—Es tu vida —sonrió Luke mientras Charlie salía de la habitación con el esmoquin en la mano seguido de él.

—Buscaré a Olga —propuso Charlie y ambos bajaron al salón.

—Lo siento, Charlie. Insisten en que lo hagas aunque no te pueden obligar. La decisión es tuya. Pero eres la estrella radiofónica más importante de las que vendrán

—le comunicó Angie en el salón.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Charlie. Si aquello llegaba a oídos de Candace tendría que participar sí o sí, a menos que quisiera volver a Austin.

—¿De qué habláis? —preguntó Claire intrigada mientras ponía la mesa para cenar.

—Harán subasta de solteros en la cena de mañana y a Charlie no le apetece la idea de participar —informó Luke.

—Cariño, cuentan contigo —comenzó su madre—. Tienes que darte cuenta que eres una persona influyente. Es por una buena causa.

—Está bien. Lo haré. Maldita sea —se rindió Charlie. Todos querían que lo hiciera, pues bien, lo haría. Ahora solo tenía que contar con Angie. Ella debía pagar más

que nadie y conseguirlo. No iba a aceptar otra opción.

—Ese es mi chico —dijo Claire.

Si bien Charlie no se encontraba muy comunicativo disfrutó viendo charlar a su familia alrededor de la mesa esa noche. Atesoraría aquel momento en sus recuerdos sabiendo que en poco más de una semana volvería a Manor, a su nueva casa. Pero no dejaría pasar tanto tiempo. Volvería a menudo al rancho a compartir con ellos más momentos como los de esa noche. Y Angie... Angie quizás quisiera acompañarlo algún fin de semana. Pero al ver la situación ahora con perspectiva, estaba casi seguro que nada volvería a ser igual entre ellos a partir de entonces. La situación en el rancho había sido excepcional al compartir juntos tantas horas y convivir bajo el mismo techo.

CENA Y SUBASTA

El día siguiente transcurrió con normalidad, afortunadamente. Charlie tuvo la reunión de contenidos habitual con Candace y el equipo antes del programa del día siguiente, a ello le sobrevino la consabida lectura de guion y comprobación de audios. Pararon a almorzar y un par de horas después se dirigieron de nuevo al rancho. Por suerte para ambos, no recibieron la visita de Lilian aquel día. Charlie sabía que tarde o temprano volvería y temía aquel momento.

Louise, la amiga de Claire, llegó un par de horas antes de que ellos tuvieran que partir para la cena. Angie lavó su pelo y Louise lo secó y peinó con un moño alto añadiendo un falso flequillo a un lado. A continuación usó con ella un maquillaje en unos tonos acordes al vestido y los labios fueron coloreados con un intenso color rojo cereza. Cuando la sesión profesional hubo terminado, procedió a perfumarse, vestirse y ponerse las joyas de bisutería que le había prestado Claire. Se miró en el espejo del armario. Le gustaba la imagen que le devolvía. Se veía bien y eso hizo que a su vez se sintiera segura de sí misma. Disfrutaría esa noche al máximo. Sabía que la aventura con Charlie tocaba a su fin, a pesar de las palabras de ánimo de Luke. No iba a engañarse más, ahora solo debía hacerse a la idea, por más que la rompiese por dentro y por más que desease la más simple caricia de aquel hombre que se había vuelto distante desde la aparición de su ex.

Respiró hondo y comenzó a bajar la escalera. Luke fue el primero que se percató de ella.

—Vaya, vaya, vaya... hermanita. Creo que acabo de perder todo mi amor fraternal hacia ti —todos rieron con el comentario de Luke.

—Ahora es cuando me caigo por la escalera y se rompe el encanto —dijo ella también en tono de broma. Aunque los tacones que lucía esa noche no se lo iban a poner nada fácil.

Charlie quedó embobado viendo la imagen de aquella mujer perfecta enfundada en un precioso vestido rojo. Su mirada se cruzó con la de ella y sintió un cosquilleo en el estómago. Estaba realmente bella.

—Charlie... ¡Charlie! —lo llamó su madre y por fin despertó de sus pensamientos—. Ayúdala a bajar, no se vaya a caer con el vestido y los tacones.

—Sí, claro —articuló él y fue solícito hasta la mitad de la escalera, le cogió la mano y la ayudó a bajar.

Charlie estaba impresionante con su esmoquin. Olga había hecho un gran trabajo de planchado. Le gustó lo que vio en sus ojos al mirarla. No sabía cuánto había necesitado que volviera a mirarla de aquella forma hasta ese momento. Lo había echado de menos.

—La hora de las fotografías —anunció su madre con el móvil en la mano.

Charlie no pudo apartar sus ojos de ella.

—Me gusta cuando te pones tus botas y tu falda de *cowgirl*. Pero esta noche te llevaría arriba y te haría el amor salvajemente —susurró él a su oído.

Angie notó cómo su respiración se detenía al escucharle decir aquellas palabras, lo miró a los ojos cuando él se apartó de su oído y permanecieron varios segundos con la mirada de cada uno fija en la del otro.

—¡Hora de fotos! —repitió su madre tres metros más allá.

Ella sonrió nerviosa, respiró por fin y miró a Claire y Luke que esperaban expectantes sacar fotografías de ambos.

Charlie no supo muy bien de dónde habían salido aquellas palabras que acaba de decirle, ya que no quería propiciar más encuentros entre ellos hasta aclarar las ideas al respecto de Lilian y de sí mismo. Pero no podía arrepentirse de haberle dicho lo que estaba sintiendo en aquel momento.

Todos quisieron sacarse fotos con ambos, juntos y por separado e hicieron una gran sesión fotográfica antes de marcharse en el coche de Angie a la cena, ya que era el más apropiado por el tamaño, a pesar de que lo condujo Charlie.

—Estás muy guapo, muy elegante —le alabó ella ya en el coche. Se había olvidado de decirselo.

Él buscó la mano de ella y se la llevó a los labios besándola sin apartar la vista de la carretera.

Tras posar en el *photocall* ante la nube de periodistas que se agolpaban a la entrada del hotel Clarion, se dirigieron al interior. En esta ocasión a Angie no le resultó tan duro como la primera vez el hacerlo. Charlie por su parte, pudo capear el temporal de los redactores, que preguntaban acerca de su relación, sin confirmar ni desmentir con una sonrisa encantadora.

La cena se organizaba en una gran sala, donde cabían algo más de cuatrocientas personas. Tras preguntarles sus nombres, un camarero se ofreció a acompañarlos a su mesa. Charlie le ofreció su brazo y Angie lo tomó para dirigirse al lugar donde estarían sentados.

—No me lo puedo creer —dijo Charlie casi llegando a la mesa al ver sus nombres en sendas tarjetas que se posaban sobre las copas.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—Parece que nos va a tocar enfrente de la pareja del año —dijo con una mueca de disgusto.

—Sí que es casualidad —resopló ella viendo a lo que se refería Charlie. Brad y Lilian estaban sonrientes mirando hacia ellos.

El camarero les indicó el lugar. Se sentarían uno al lado del otro, pero Charlie quedaba justo enfrente de Lilian y Angie enfrente de Brad.

—Buenas noches *parejita* —dijo Lilian enfatizando la última palabra.

Charlie los saludó lo más educadamente posible que pudo, que ni era mucho, ni le apetecía que fuese, al igual que le ocurría a Angie.

Una vez sentados, Angie buscó la mano de Charlie por debajo de la mesa. Él la tomó agradecido por su tacto. No le iba a ser sencillo cenar justo enfrente de Lilian.

El vez de la cadena de radio dio el discurso de bienvenida, tal como estaba previsto, liberando sus manos para aplaudirlo diez minutos después. Agradeció a Charlie Atkins su presencia en la gala. Al parecer, aparte de Luke Bryan era la estrella más rutilante de la sociedad texana que allí se reuniría esa noche.

Durante los entrantes y el primer plato se sucedieron los discursos y las vivencias de personas que habían vivido en aquella casa con sus hijos, o hijos que eran hoy en día adultos contaban su experiencia. Afortunadamente esto hizo que no tuvieran que hablar excesivamente con Brad y Lilian.

Charlie se mostraba incómodo y extraño cuando llegaron a la mitad del segundo plato, dejándolo desde entonces sin tocar. No era habitual en él a menos que estuviera molesto o preocupado. Por su parte Brad, que había terminado de comer, se mostraba atento al discurso del director del centro. La mirada de Angie se posó ahora en Lilian, que miraba con una expresión divertida a Charlie. La recorrió un escalofrío. ¿Qué demonios estaba sucediendo? La incomodidad de Charlie se hacía patentemente más manifiesta a cada momento que pasaba.

—Disculpádmeme, voy al baño —dijo Charlie levantándose de su silla como si un resorte lo hubiera accionado.

Y entonces Angie lo vio, durante medio segundo al caer. Lilian había tenido uno de sus pies entre las piernas de él. Estaba haciendo piecitos con Charlie. Le repugnó pensar en ello, lo estaba haciendo impunemente delante de Brad y de ella misma, delante de las parejas de ambos. Aunque lo de Charlie y ella no fuera real, Lilian así lo debía pensar y aun así estaba claro que no le importaba lo más mínimo.

—Creo que yo también iré al baño —dijo Lilian cuando Charlie llevaba medio camino recorrido. Y se dirigió también allí.

Angie dudó durante un momento, pero no podía dejar que ella hiciera aquello y que saliese impune.

—Voy a saludar a un amigo que acabo de ver —le dijo a Brad que apenas hizo un gesto afirmativo con la cabeza, estaba muy interesado en el discurso. Pero en vez de ir a saludar a alguien, también se dirigió al baño femenino, le iba a decir cuatro cosas a aquella fresca. En lo que a ella refería, Charlie estaba saliendo con ella y no tenía por qué hacer piecitos con él. Sin embargo, una vez llegó, observó que el baño de mujeres estaba desierto. Todas las puertas estaban abiertas. No había rastro de Lilian. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Lilian estaba en el de hombres. Con Charlie.

—Te he preguntado qué demonios crees que estás haciendo, Lilian —oyó a un Charlie con tono más que serio.

Por suerte los baños de ambos sexos estaban comunicados por una especie de cielo abierto a la altura de no menos de tres metros y se podía escuchar perfectamente lo que sucedía en el de al lado.

—¿Te ha gustado? Podrías tener más si quisieras —le habló la mujer en tono seductor.

—Estás loca Lilian. Ahí fuera están Angie y Brad. ¿No tienes decencia? —le recriminó de nuevo Charlie.

—Eso solo lo hace aún más divertido —se escuchó una carcajada de la mujer.

—¡Estás enferma!

—Aún recuerdo lo bien que lo pasábamos juntos... sé que no has podido olvidarme —dijo Lilian.

—Te agradecería que me quitases las manos de encima —advirtió Charlie—. Por supuesto que te he olvidado. ¿Crees que iba a estar guardándote luto?

—No te hagas el digno conmigo, Charlie —le espetó ella—. Sé que no has tenido ninguna relación desde que lo dejamos.

—Que no haya salido en prensa no significa que no la haya tenido —se defendió él.

—¡Por el amor de Dios, Charlie! No trates de engañarme —le lanzó ella subiendo el tono de voz—. Ni siquiera me creo esta presunta relación tuya con esa mujer de ahí fuera.

—Me importa una mierda lo que te creas o te dejes de creer.

—¡Si ni siquiera es tu tipo!

—Ahora vas a venir a decirme cuál es mi tipo de mujer —sonó sarcástico y molesto a la vez.

—El Charlie que yo conozco nunca hubiera salido con una mujer que se viste con cinco tallas más que yo. Ella está...

—¡Basta! —dijo él interrumpiéndola e hizo una pausa—. A mí me puedes decir lo que te venga en gana, pero a ella no te voy a permitir que la insultes. Esa mujer de ahí fuera es una señora, algo que tú no has aprendido a ser en todo este tiempo, por lo que veo, así que te advierto que si sigues por ese camino mi paciencia en ese aspecto es muy limitada —sonaba realmente enfadado.

—Te sale muy bien el teatro de caballero andante defendiendo a su dama. Pero no me lo trago ni por un momento.

—Me sigue trayendo sin cuidado lo que pienses.

—A ti antes no te gustaba ese tipo de mujer —ella quiso seguir tensando la cuerda.

—¿Es que no lo entiendes, Lilian? El Charlie que conociste no existe ya. Por suerte el Charlie de ahora no tiene nada que ver con aquel. Ni soy tan manipulable, ni tan inexperto y por supuesto he aprendido a cuidarme de arpías como tú.

Angie decidió que ya había escuchado suficiente y decidió abandonar el baño femenino y volver a la mesa antes de que ellos lo hicieran y sospecharan que también los había seguido. Llegó al final del discurso y juraría que Brad ni siquiera se había enterado de su ausencia.

Poco más de un minuto después regresó Lilian forzando una sonrisa. Las cosas no habían salido como ella había pretendido.

Su idea esa noche había sido acudir con Angie a la cena benéfica, resarcirla por la metedura de pata del día anterior y pasarlo bien con ella. Contaba con que Brad estaría allí y casi podía contar con Lilian, pero lo que nunca se había imaginado era que iban a tener que estar frente a frente toda la noche y ella tratase de conseguir algo con él de una forma tan descarada. Charlie respiró hondo, intentando hallar un poco de paz en el baño antes de salir de nuevo. La segunda vez que Lilian lo había tocado, él la había tomado por las muñecas y la había alejado. No quería tenerla cerca de nuevo. No podía soportarlo. Y de nuevo tendría que salir al comedor y poner su mejor cara. De buena gana se hubiera ido en aquel momento.

Angie supo en cuanto lo vio salir del baño minutos más tarde que Charlie no estaba bien. Aquel nuevo encuentro con Lilian lo había trastocado. Volvió a tomar su mano izquierda por debajo de la mesa una vez se sentó de nuevo a su lado, y la notó fría.

—Cariño —comenzó Angie intencionadamente para molestar a Lilian—. Creo que la combinación de vino y cóctel me ha mareado un poco. ¿Podrías acompañarme a tomar un poco de aire hasta que traigan el postre?

—Por supuesto. ¿Estás bien? —se preocupó él olvidando su percance con Lilian. Angie no se encontraba bien. ¿Acaso Lilian le había hecho algún desplante mientras él había permanecido en el baño?

—Sí, sí, no es nada. Solo necesito un poco de aire. Por favor.

Charlie se mostró muy servicial con ella ofreciéndole su brazo para dirigirse a la terraza.

—Apenas has bebido ¿Te encuentras bien? —preguntó frente a ella extrañado una vez salieron al fresco de la noche.

—He mentido. En realidad no me ocurre nada. Pero a ti sí.

Charlie juntó su frente con la de ella abrazándola suavemente y cerró los ojos.

—Gracias —dijo en apenas un susurro. Supo entonces que ella le había sacado de allí a propósito. De nuevo volvía a leerle la mente y en esa ocasión lo agradecía—. No aguantaba un segundo más delante de esa mujer.

—Lo sé. ¿Puedo preguntarte qué ha sucedido? —quería escuchar cómo había terminado la discusión.

—Ahora no. No quiero hablar de ello. No —dijo él tomándole la cara entre sus manos para mirarla a los ojos—. Eres tan especial. No dejes que nadie nunca te diga que no lo eres.

Cambió las manos y las posó en su cintura para acercar su cuerpo al suyo, al igual que su boca. Necesitaba aquel contacto con ella, olvidar durante un segundo lo que había ocurrido en el baño con Lilian. Angie era segura, le daba paz y era lo único que podía relajarse en ese momento para poder soportar la mitad de la noche restante.

—No —dijo él y se detuvo a punto de rozar sus labios. No podía hacerlo. No era justo con ella.

Ella se sintió vacía al notar su rechazo, deseaba sentir sus labios sobre los suyos. Hacía días que él trataba de evitar cualquier contacto con ella y se habían convertido en una eternidad.

—Maldita sea, Charlie. ¿Hay algo malo en mí? —se lamentó ella sin poder controlarse. Sentir su rechazo era más de lo que podía soportar esa noche. La frase de Lilian diciéndole que no era su tipo seguía resonando en su mente. ¿Y si Charlie la había escogido solo por ser el opuesto físico a Lilian? Como una especie de venganza hacia su ex. Aquella idea le atravesó el corazón de lado a lado.

Se separó de él y dio unos pasos hacia atrás mirándolo frente a frente. Se le estaba formando un nudo en la boca del estómago y aquello no era nada bueno.

—Todo en ti es perfecto. ¿Cómo puedes pensar eso? —dijo Charlie sabiendo que le acababa de hacer daño. Lo veía en su mirada húmeda y en la voz dolida con la que le había preguntado si había algo malo en ella.

—Entonces, ¿Qué ocurre? —le preguntó de nuevo con aquella misma voz antes de tragar.

—Prometí que no te volvería a poner en peligro en un lugar público. Es solo eso.

Angie lo entendió, pero no por eso se sentía menos dolida o rechazada.

—No permitamos que circulen más fotografías de este estilo por las revistas —añadió ella sarcástica. Quería creerle, pero nada estaba bien entre ellos desde que había aparecido Lilian. Quizás se volviese a sentir atraído por ella. Y no lo podía culpar. Era más rubia que ella, alta y tenía un cuerpo perfecto—. Está bien, volvamos. Los camareros estarán sirviendo el postre.

Charlie la tomó de la mano para sorpresa de ella mientras caminaban juntos dentro. Había notado en su tono sarcástico cómo ella se había molestado, además de estar dolida. Ahora estaba seguro que ella deseaba ese beso que no le había dado al igual que él. Todos aquellos días apenas conformándose con unas caricias robadas mientras ella dormía se le estaban haciendo muy largos y duros. Había prometido cuidarla y no dañarla y sabía que lo acababa de hacer. Pero había demasiados periodistas y fotógrafos como para hablar con ella del asunto allí. Ya lo harían más tarde.

—¿Estás mejor? —se interesó Brad cuando ambos volvieron a la mesa.

—Sí, gracias. El fresco de la noche me ha ayudado a despejarme —respondió ella. Comenzaba a sentir cierta simpatía por Brad, no le cabía la menor duda de que era otra de las víctimas de Lilian. Y terminaría siéndolo aún más.

Tras el postre Luke Bryan tocó *Roaller coaster*, uno de sus últimos grandes éxitos. Varias parejas salieron a bailar y Charlie decidió arrastrar a Angie a la pista. Charlie se acercó a ella y le cantó el estribillo al oído. Seguía molesta. Solo había accedido a bailar con él con la intención de fastidiar a Lilian.

—Lo siento, pequeña —le dijo mirándola a los ojos. Sabía que ella aún seguía dolida.

—No pasa nada, Charlie, olvídale —desestimó ella.

¿Qué era peor? ¿Unas cuantas fotografías más en prensa o verla de aquella forma y ser el culpable de ello? La respuesta no se hizo esperar.

La atrajo hacia sí y posó ávidamente sus labios sobre los suyos degustándolos con ansia, larga y profundamente. Había echado de menos la sensación que lo invadía cuando sus bocas se unían. La paz que volvía a él y lo vivo que se sentía.

—Creo que tendremos que convivir con unas cuantas fotos más ésta semana —le dijo acariciándole la mejilla con el dedo pulgar una vez dejó escapar con pena sus labios.

—Puedo superarlo —le dijo sorprendida ella. Había echado de menos sus besos en aquellos días.

—Creo que yo también. Al menos prefiero eso a que estés un segundo más molesta conmigo o sentir que te he hecho daño. Soy un mal amigo que prometió cuidarte y al parecer se me ha olvidado últimamente. Uno que no agradece todo lo que haces continuamente por él.

Angie le sonrió. Había recuperado una porción de Charlie, pero al segundo siguiente, cuando la magia apenas había desaparecido, le recordaba que eran amigos.

Lilian no había perdido detalle de lo sucedido entre ellos y no se la veía nada contenta. Charlie la miró y lo notó. Solo temía que tratara de hacer alguna artimaña con Angie. Pensaba estar pendiente de ella durante toda la noche, solo por si acaso. Hacía un rato en el baño había descubierto una faceta que desconocía de ella y que no le había gustado nada. No podía creer que fuera tan mezquina.

Se anunció la subasta de solteros. Charlie sería el penúltimo y el hijo del presidente de la cadena cerraría el lote. Fueron pasando los solteros de la cadena, Brad incluido. Al final de cada puja, la mujer ganadora subía al escenario y bajaba con su premio del brazo o de la mano. Ninguno de los subastados hasta el momento había pasado de los quinientos dólares. Así que Charlie pensó que no sería tan difícil.

—Pujarás por mí, ¿verdad? —le preguntó a Angie mientras ambos estaban de pie siguiendo la subasta en uno de los laterales del escenario. Solo quería asegurarse.

—¿Estás nervioso, vaquero? —preguntó ella. Su humor había mejorado considerablemente.

—Sabes que no me gustan estas cosas —puso cara de circunstancias.

—Finge pasártelo bien con todas las pujas. Coquetea con las mujeres que pujen —dijo ella—. Y ahora dime, ¿qué me ofrecerás si pujo por ti?

—Lo que quieras —se le notaba intranquilo.

—Lo que yo quiera abre un mundo de posibilidades a mi alcance... puede que me anime.

—No te rías de mí —suplicó él.

—Charlie, lo harás bien. Y te aseguro que recogeré mi premio al final de la subasta. Tranquilo.

Él tomó su mano y entrecruzó sus dedos con los de ella. Le relajó aquel contacto.

Llegó el turno de Charlie, lo presentaron como toda una estrella. Angie apretó su mano con más fuerza antes de soltarlo. Subió al escenario y todos los allí presentes le aplaudieron.

—¿Unas palabras antes de comenzar la puja? —le preguntó el subastador.

—Espero que las señoritas aquí presentes sepan apreciar que es por una buena causa, y podamos alcanzar una buena cifra —dijo él tratando de mostrarse seguro.

—¿De qué disfrutará la ganadora?

—Podrá asistir a la radio en directo, en estos momentos, estamos realizando *Siete días en Texas* desde San Angelo, así que la ganadora estará invitada a venir. Además de poder almorzar o cenar conmigo —dijo Charlie en tono seductor y las féminas allí presentes aplaudieron el plan.

—Señoras, un día con Charlie Atkins, preparen sus carteras que comenzamos.

La puja se abrió en doscientos dólares y fueron subiendo poco a poco. Charlie guiñaba el ojo a alguna de las pujadoras y Angie lo encontró encantador. Ella sabía que lo estaba pasando mal, pero lo disimulaba muy bien. Solo permanecía atenta a la puja, su turno no había llegado, quería reservarse para el final.

—¡Quinientos dólares! —gritó Lilian.

Aquella arpía estaba pujando por él. Charlie permaneció impertérrito aunque no le hacía ninguna gracia. Ahora seguía disputándosele con una mujer morena de pelo largo y una señora de unos sesenta años. Y Lilian seguía subiéndola. Charlie buscó a Angie con la mirada, no se explicaba por qué aún no había pujado por él. Su peor pesadilla podría hacerse realidad si Lilian ganaba. La puja subió hasta alcanzar los novecientos dólares por parte de Lilian. Las otras dos admiradoras negaron con la cabeza y se retiraron. Estaba a punto de ganar a Charlie.

—¡Mil doscientos dólares! —gritó Angie en tono seguro. Había llegado su turno. Varias cabezas se giraron hacia ella, ya que era la primera puja que hacía y superaba ampliamente la anterior de Lilian.

El subastador intentó animar a las féminas para que pujasen más, pero aquella cifra era lo bastante considerable y había doblado al resto de las subastas ganadoras de la noche. Lilian hizo una mueca de disgusto y no pujó más. Una vez contó hasta tres, el subastador la dio por concluida invitando a la ganadora a subir al escenario a recoger su premio.

Angie subió al escenario con un solícito Charlie que se acercó hasta el borde y le tendió la mano para ayudarla. Una vez arriba, le tomó ambas manos y las besó cual caballero de la época de regencia. Lilian observaba la escena con cara de pocos amigos.

—Señorita, le estamos muy agradecidos por la colaboración con la causa. Espero que disfrute su premio —la despidió el subastador mientras Charlie y ella bajaron del escenario.

Angie se detuvo en la mesa de donaciones para pagar su artículo. Sacó su chequera y extendió un cheque por valor de mil doscientos dólares que entregó.

—Gracias —dijo él a su oído aprovechando para besar su mejilla.

—Ha sido un placer —respondió ella.

—Cuando lleguemos a casa te daré un cheque por el importe —dijo él.

—No se te ocurrirá hacerlo —advirtió seria ella.

—Ese era el trato, te pedí que pujases por mí.

—Tú me pediste que pujara por ti, pero era solo una petición. Yo pude hacer caso o no hacerlo. Y en ningún momento hablaste de que lo hiciera con tu dinero.

—Creía que había quedado claro.

—Pues no, no había quedado claro. Así que, compórtate como una buena adquisición, porque he pagado por ti. No hagas que me arrepienta —dijo ella en tono burlón y Charlie sonrió.

—Estás un poquito loca —dijo él tocando la nariz de ella con su dedo índice—. ¿Te lo puedes permitir? —él se mostró preocupado al respecto. Sabía lo que le pagaba y aquel gesto le quitaba más de una semana y media de sueldo.

—De vez en cuando me gusta comprar cosas bonitas, no veo que haga ningún mal a mis finanzas este capricho que me he dado hoy —le sonrió ampliamente.

—Está bien —sonrió él. No iba a insistir más. No quería ofenderla—. De ser así, creo que haré por mí mismo una donación a la causa igualando tu importe.

—Seguro que las madres y niños de la casa de acogida te lo agradecerán.

Charlie volvió a la mesa de donaciones mientras Angie permanecía en el otro extremo del salón.

Lilian se acercó a ella portando dos Martini para ofrecerle uno de ellos.

—Gracias —dijo Angie extrañándose de aquella súbita amabilidad.

—¡Salud! —dijo Lilian sonriendo y poniéndose a su lado mirando hacia Charlie que en aquel momento hablaba con los de la mesa de donaciones.

—¡Salud! —repitió Angie muy a su pesar bebiendo un sorbo. No le agradaba brindar con alguien como ella. Hasta el Martini sabía peor en aquella compañía.

—Te has llevado un buen premio esta noche.

—Gracias. Siento habértelo arrebatado —aunque en realidad no lo sentía. De hecho estaba pletórica por ello.

—No importa, querida —dijo Lilian sonriendo—. Ganar a dos hombres en una subasta hubiera sido agotador —se refería a Brad, por el que también había pujado y ganado.

—No lo dudo —convino Angie.

—Me caes bien. No tengo nada en tu contra —mintió Lilian—. De hecho creo que en otras circunstancias podríamos llegar a ser amigas.

Angie se preguntó dónde querría llegar a parar aquella mujer. Pero de algo estaba segura, en ninguna circunstancia podría mantener una amistad con alguien como ella.

—Pero lo cierto es que al parecer tienes algo que yo quiero —continuó.

—¿Sí? —preguntó inocentemente Angie sabiendo a lo que se refería.

—Así es. Ambas lo sabemos —afirmó Lilian—. Solo quería decirte que me gusta jugar limpio.

—Eso te honra —dijo falsamente Angie riendo en su interior, sabiendo que aquella mujer no jugaría limpio ni aunque volviera a nacer de nuevo.

—Cielo, solo quiero que sepas que tengo intención de que ese hombre vuelva a estar entre mis piernas en poco tiempo —dijo señalándolo con la copa justo cuando

Charlie fijó la mirada en ellas.

—Te agradezco la advertencia —respondió Angie tratando de asimilar la información y responder acorde se merecía—. Y te deseo suerte en tu empresa.

Así que Lilian quería volver con Charlie o, al menos, convertirlo en su amante y seguir con Brad. Quizás hacer lo mismo que había hecho en el pasado, pero al revés.

¡Maldita fuese aquella arpía!

—Gracias. Veo que eres una digna rival —dijo Lilian conforme.

—Solo que...

—¿Sí? —preguntó intrigada Lilian.

—Bueno... ese hombre —señaló hacia Charlie con su copa imitándola—. Resulta que en estos momentos se encuentra entre las mías y te aseguro que está muy, pero que muy a gusto entre ellas. Y no creo que tenga intención de cambiar de lugar —terminó de decir con una sonrisa aun sabiendo que era uno de los comentarios más ordinarios que habían salido de su boca a lo largo de su vida.

—Ya lo veremos, cielo —dijo Lilian forzando una sonrisa—. Si me disculpas iré a ver a Brad.

—Pásalo bien —le deseó Angie.

¿Qué demonios estarían hablando Angie y Lilian? Parecían sonrientes, se dedicaban sonrisas y señalaban hacia él. Pero notaba la tensión entre ambas, era algo más que palpable. Un escalofrío le recorrió la espalda. Si Lilian había osado decirle alguna impertinencia lo iba a escuchar. Tras depositar su cheque en la urna, se dirigió de nuevo hacia donde estaba Angie. Lilian se encontraba ya algo más allá con Brad.

—¿Qué habéis hablado? —preguntó él intrigado.

—Nada especial —quiso quitarle importancia.

—Sé que hablabais de mí.

—Me felicitaba por mi adquisición en la subasta —dijo ella.

—No me lo trago —dijo Charlie—. Cuéntamelo —pidió él.

—Solo si tú me cuentas qué ha ocurrido en el baño —condicionó ella.

—Te lo contaré, pero no aquí —dijo él—. ¿Te ha estado molestando con alguna impertinencia?

—En realidad me ha divertido la conversación. Ha sido muy... esclarecedora.

A Charlie no le gustó esa palabra referida a Lilian.

—Charlie —prosiguió ella viendo el gesto tenso de él. Estaba preocupado por aquella conversación—. Disfruta de la fiesta. Ignórala. Divirtámonos. Creo que es lo que necesitas.

—Es lo que necesitamos —corrigió él.

Bailaron al menos cuatro canciones de Luke Bryan juntos. Debían disfrutar de la música y olvidar a Lilian.

Charlie se sintió de nuevo bien. Le gustaba lo que sentía cuando la miraba a los ojos como en esa ocasión.

—Sé que no sueno muy creíble cuando rompo mis promesas como lo estoy haciendo esta noche. Pero me arriesgaré a tener otra foto nuestra más en la prensa —le dijo él inclinando su cabeza para tomar sus labios de nuevo de forma suave.

—Sobreviviremos —le dijo ella sonriendo una vez él los dejó libres de nuevo.

—Perdona si he estado muy distante o si te he confundido con mi actitud. Hay cosas que debo aclarar conmigo mismo. Pero me sigue gustando tu compañía como siempre y sigo necesitando tu apoyo.

Ella asintió al escucharle decir estas palabras. Le gustaba escuchar que la necesitaba, pero aquello distaba mucho de ser lo que sentía ella cuando estaba con él. Para él sus besos solo significaban consuelo, apoyo y amistad. Y para ella, eran su mundo. Apenas podía respirar si le faltaban.

La música cesó y todos aplaudieron a Luke Bryan que con esa canción se despidió para dar paso a una banda de pop local.

—No quiero ser aguafiestas, pero quizás debiéramos irnos. Mañana tenemos un programa que hacer.

Ella sacó el teléfono del bolso y miró la hora.

—¡Dios mío! Tienes razón —dijo ella viendo que eran algo más de las once de la noche.

Se despidieron del presidente de la cadena y por insistencia de Angie también lo hicieron de Brad. Afortunadamente Lilian había ido al baño y les ahorró su insufrible presencia en ese momento.

—Momento de quitarme toda esta pintura, este moño y este precioso vestido —dijo ella entrando por la puerta del rancho.

—Estás muy guapa. Tomemos algo en el porche antes —propuso él.

—Pensaba que estabas cansado —dijo ella.

—Lo estoy. Pero quiero relajarme un rato antes de dormir. ¿Whisky?

—Un refresco, por favor. Quiero despertar con el estómago bien mañana.

Charlie fue a la cocina y apareció con dos refrescos en el porche.

—Gracias. ¿Ha sido un día duro, verdad? —preguntó ella sentada en el balancín.

—Bastante —respondió él sentándose en uno de los bancos. Exhaló aire.

—Lo siento —dijo ella. Sabía que lo duro del día para él era el tener a Lilian enfrente como una constante.

—No la soporto —reconoció él. Necesitaba decirlo en alto, compartirlo con alguien. Con Angie no necesitaba fingir algo que no era.

—Charlie —ella se levantó del balancín y fue a sentarse a su lado. Cogió una de sus manos entre las suyas.

—Si no fuera por esto —dijo mirando sus manos entrelazadas, refiriéndose al apoyo que ella le prestaba—. No podría soportarla. Me hubiera ido como en aquella ocasión.

—No digas tonterías.

—Esa mujer no tiene escrúpulos.

—Comienzo a sentir pena por Brad —dijo ella.

—Es una víctima de Lilian. Aunque no le excuso el papel que jugó en aquella ocasión.

—No, desde luego.

—Mi madre me preguntó hace unas semanas si podría perdonarlos y seguir adelante con mi vida.

—¿Crees que podrías hacerlo? —quiso saber ella.

—A Brad es posible. Pero a Lilian... sinceramente, creo que el infierno se helará antes.
—Lilian es muy hábil. Capaz de conseguir lo que desea de prácticamente cualquier hombre. No me cabe duda de que sabe jugar sus cartas.
—¿Hasta dónde hubieras pujado si ella hubiera continuado? —preguntó él.
—Hasta el final o hasta que un gesto tuyo me hubiera dicho que me detuviese —le gustó escuchar esa respuesta. Sabía que siempre podía contar con ella.
—Estás preciosa —cambió él de tema. No quería hablar más de Lilian.
—Gracias. Me lo has dicho muchas veces esta noche.
—Es cierto.
—Eres un adulator —sonrió ella—. Pero he de reconocer que tu madre tiene un gusto estupendo. Sabe lo que me va a quedar bien incluso antes de probármelo.
—Es genial en ese aspecto. Siempre acierta.

La miró de nuevo y la vio cansada, pero preciosa. Siempre lo estaba, pero esa noche más que nunca.

—¿Te importaría que nos hiciéramos una foto aquí, los dos? —propuso él. Quería un recuerdo amable de aquella noche.

—Seguro que mañana tendremos más de veinte en la prensa.

—Ninguna como ésta, relajados, tras la fiesta... —dijo él.

—Con cara de cansancio, el maquillaje con brillos... —remató ella mientras él ponía el teléfono móvil en modo disparo continuo apoyado en la mesa frente a ellos.

Volvió y se sentó a su lado, sonrieron y el flash disparó una fotografía.

—A pesar de todo, me lo he pasado muy bien bailando contigo —dijo él girándose para mirarla a los ojos y el móvil disparó una nueva fotografía.

—Yo también. Quitando aquella noche en Dallas, hacía años que no iba a este tipo de eventos —un flashazo les iluminó de nuevo.

—Sabes que yo tampoco. Gracias a ti he vuelto a saber lo que es pasárselo bien —un nuevo flash los pilló desprevenidos.

—Creo que vamos a hacer competencia a la prensa con tanta fotografía y habrán salido oscuras —dijo ella y Charlie se levantó sonriendo a por el móvil.

—Veamos... —dijo dirigiéndose al álbum... Y allí estaba la primera fotografía—. Estamos muy bien.

—Con cara de cansancio —dijo ella asomándose para verla.

—Es hora de irnos a dormir, sin duda.

Angie se sentó en el tocador y comenzó a buscar las horquillas para deshacer el complicado moño.

—Déjame a mí —dijo él viendo que quizás no era tarea sencilla.

Se colocó detrás de ella y comenzó suavemente a tocar su cabello buscando las horquillas. Las fue quitando cuidadosamente una a una, dejándolas sobre la mesa de tocador e intentando no hacerle daño con ellas. Pasaba sus dedos por dentro de su pelo intentando averiguar si existía alguna más, deleitándose mientras acariciaba el suave cuero cabelludo. Desenredó poco a poco con sus dedos los suaves mechones. No había podido imaginar que un gesto a priori tan simple le pudiera ofrecer tanta relajación y resultarle tan excitante a la vez. Angie mantuvo los ojos cerrados desde casi el principio. Le resultaba extremadamente placentero sentir las yemas de los fuertes dedos de Charlie en su cabeza. Él observó complacido a través del espejo lo relajada que se veía.

—Creo que ya está —susurró en su oído una vez tuvo la certeza que no existían más horquillas.

—Gracias —dijo ella abriendo los ojos y emitiendo un largo suspiro—. Podría haberme dormido así.

—Estamos cansados —dijo él, mintiéndose a sí mismo y sabiendo que había sentido lo mismo que ella al hacerlo. La deseaba—. Me daré una ducha antes de dormir.

—Yo también. Te ayudo con la pajarita —se ofreció ella levantándose del asiento y llevando sus manos al cuello de él para quitar el broche que la cerraba—. Ya está.

Charlie tomó sus manos nada más notó que ella le soltó la pajarita y el primer botón del cuello de la camisa y las asió contra su pecho mirándola a los ojos.

Anhelaba fundirse con ella. Pero la razón le decía que no debía, no hasta organizar todo en su mente. Una sombra de duda apareció en sus ojos.

—Será mejor que vayas a ducharte. Yo haré lo mismo —intercedió ella sabiendo las dudas que recorrían la mente de Charlie. Sabía que la deseaba, aquella mirada no daba lugar a dudas, pero también sabía que estaba titubeando y había algo que lo detenía. ¿Lilian? ¿O alguno de sus miedos de vuelta?

—Sí. Tienes razón —sonrió él. No iba a estar con ella tan íntimamente, pero la necesitaba cerca, como cada noche desde hacía ya muchas—. Te espero. Ya sabes que de lo contrario no podré dormir y seré un zombi para el programa de mañana. Re caerá sobre tu conciencia.

—Dios me libre de la ira de Candace —ella le devolvió la sonrisa.

—El programa de la semana que viene será el último que haga desde aquí —anunció Charlie mientras cenaban con su familia esa noche.

—Sabíamos que ese día llegaría —dijo su padre.

—Hemos estado muy felices con tu presencia estas semanas en casa de nuevo —añadió su madre—. Y con Angie, por supuesto.

—Te agradezco que hayas venido a vernos y te pido que en el futuro lo hagas más a menudo. No quiero esperar otros seis años para tenerte en casa —pidió Sam.

—Vendré más a menudo —prometió Charlie.

—Te tomo la palabra o iré a traerte de las orejas —dijo su padre sonriendo.

—Tú también, Angie —dijo Claire dirigiéndose hacia la joven—. Tendrás un hueco en este rancho y estaremos encantados de que nos visites siempre que quieras.

—Gracias —le sonrió agradecida—. Yo os ofrezco mi modesta casa de Manor si algún día visitáis Austin. Seréis todos muy bienvenidos. Y os agradezco vuestra hospitalidad. Creedme si os digo que he sido muy feliz aquí con todos vosotros.

—Bien, basta de despedidas. Aún nos queda una semana para disfrutar de vuestra presencia —intervino Luke—. Habrá que disfrutarla al máximo.

—Desde luego que sí, hermano —convino Sammy levantando su copa y el resto hizo lo propio con las suyas—. ¡Salud!

El fin de semana transcurrió entre paseos a caballo y repostería con Olga que estaba más que encantada de tener una aprendiz tan diligente como Angie. Hicieron acopio de galletas y pasteles para unos días. Charlie intervino para enseñarles a ambas una receta algo más elaborada. Aunque en principio Olga no confiaba en ello tuvo que reconocer que estaba deliciosa.

UNA DESAGRADABLE VISIÓN

El resto de la semana pasó con toda la normalidad del mundo, trabajando en el último programa desde San Angelo. Por suerte Lilian no volvió a aparecer en sus vidas y Charlie pudo respirar tranquilo casi una semana completa que disfrutó en compañía de su familia y de Angie.

—No sabía que te ibas a ir tan pronto de la ciudad —dijo Lilian tras entrar por la puerta del despacho sin llamar el viernes por la tarde.

Charlie levantó su vista del ordenador. Lilian había vuelto.

—Todo tiene un principio y un final —respondió él.

—¿Dónde la tienes? —Lilian se refirió a Angie sin pronunciar su nombre.

—Con Brad, organizando algunos documentos.

—Vaya, entonces tendremos un poco de intimidad —comenzó a cerrar las persianas de toda la oficina.

—No sé qué te propones pero te advierto que cualquiera puede entrar por esa puerta en cualquier momento.

—Eso se puede arreglar —fue hasta la puerta y pasó el cerrojo.

—¿A qué viene esto Lilian? —dijo él levantándose de su asiento.

—Creo que te lo advertí. Y soy mujer que cumple sus promesas —se acercó a él, lo empujó y cayó sobre la silla que estaba tras él.

—Creo que yo también te dije que no quería nada contigo —dijo él en tono duro.

—Eso lo veremos —subió su falda y se sentó a horcajadas encima de él.

Charlie permanecía paralizado. No podía creer a los límites a los que estaba llegando Lilian.

—Lilian, te pido que te marches —advirtió él sin poder reaccionar.

—¿O si no qué? —comenzó a besar su cuello mientras desabrochaba los botones de su camisa y tocaba su torso desnudo—. ¡Cómo he echado de menos tu cuerpo!

—No quiero hacerte daño —dijo él.

—No lo vas a hacer. Eres un buen chico —dijo ella comenzando a besar su boca ávidamente.

Él no participaba, pero se dejaba hacer. Lilian se sintió envalentonada e introdujo la lengua en su boca para a continuación bajar una de sus manos hacia su bragueta.

—¡Basta! —la tomó por las muñecas y se levantó de repente haciéndola levantarse con él. Si no la hubiera estado sujetando, sin duda habría caído de espaldas.

—Dime que no ha significado nada para ti —le espetó ella aún sorprendida por su reacción. ¿Cómo se atrevía él a rechazarla de aquella forma?

—No significas nada, Lilian. Ya no.

—Si amaras a esa mujer no hubieras llegado tan lejos conmigo —escupió Lilian con rabia.

—¿Llegar lejos? No, Lilian. Que tú te me hayas echado encima no es llegar lejos —sabía en su interior que no era cierto lo que estaba diciendo. La podría haber parado antes y no lo había hecho.

—Tú has dejado que me eche encima de ti —dijo ella intentando atormentarlo. Si no lo iba a tener al menos le iba a dejar un recuerdo de su visita—. Tu maldito sentido de la honestidad, sabes que me deseas y que habrías continuado si no fuera porque crees que le debes algo a esa maldita mujer.

—¡No hables así de ella! —le advirtió alzando el dedo índice.

—Lo único que le debes es haberla metido en caliente un par de veces a lo sumo y lo sabes. Ella no es como yo.

—¡Largo! —le gritó.

—Siempre tan aburrido, pudiendo divertirme.

—Fuera de este despacho —le dijo en un tono firme de advertencia que no auguraba nada bueno—. Hablo muy en serio.

Lilian se estremeció. Había rozado el límite de su paciencia y lo sabía, pero estaba satisfecha con ello y se despidió con una sonrisa malévola.

—Nunca lograrás ser feliz con otra mujer que no sea yo. Y es algo que sabes desde hace seis años. Cuando te des cuenta, llámame. Es posible que aún siga interesada en ti.

Abrió la puerta del despacho y salió de él a toda prisa, pero con una sonrisa en sus labios. Charlie volvería a ella. Era cuestión de tiempo que se diera cuenta. Casi se dio de bruces con Angie cuando se dirigía a toda prisa hacia el ascensor. Subió una de sus cejas y le dedicó una sonrisa maliciosa. Había plantado la semilla y ella no se iba a quedar con Charlie, no estaba a su altura.

Angie vio impasible como aquella mujer le sonreía. No era nada bueno. Tragó saliva y vio cómo todas las persianas del despacho que compartía con Charlie estaban cerradas. Entró y lo vio apoyado en la mesa del despacho, serio y con la mirada perdida. Su camisa estaba abierta hasta más de la mitad y tenía carmín en los labios y en el cuello. Angie no podía creer lo que estaba viendo, allí estaban todos los indicios y no necesitaba más para saber lo que allí había sucedido. Lilian había cumplido su amenaza y había ganado.

No supo cuánto tiempo estuvo observándolo, fijándose bien en todo aquel carmín que tenía en su boca. Aquella boca que hasta el día anterior la había besado a ella llevándola hasta lo más alto. El perfume de ella aún flotaba en el ambiente. Había invadido el despacho y lo había invadido a él.

Charlie se percató de su presencia.

—Angie —balbució su nombre fijando la vista en ella. Su gesto era de dolor, desencajado. Y vio la decepción en sus ojos. Jamás lo había mirado de aquella forma ¿Por qué lo hacía ahora?

—Felicidades, Charlie —dijo con la voz más firme de la que pudo hacer gala—. Acabas de venderte al diablo.

Charlie no comprendía a qué se estaba refiriendo con aquello. Había dejado ir a Lilian.

—No sé a qué...

—No me puedo creer que después de todo lo que te hizo esa mujer —lo cortó para continuar en tono firme y con dolor en sus palabras—, vuelvas a caer en ello.

No podía más, sus ojos la estaban quemando, se le había revuelto el estómago y tenía ganas de vomitar. Pero no pensaba permanecer allí de pie frente a él y permitir que él la viese en aquel estado que amenazaba con empeorar. Se dio media vuelta y aferró el pomo de la puerta con la mano. Charlie despertó de su letargo y fue hacia ella asíndola de la otra muñeca, haciéndola soltar la puerta y girándola hacia él. Ella subió la muñeca de la que permanecía presa por la mano de Charlie.

—Espera, por favor —le suplicó él.

—No. ¡Déjame! —dijo ella clavando su mirada en él.

—Deja que te explique... —la mirada dulce de Angie se había transformado en dura y acusadora.

—No necesito saber nada. Es tu vida. Por favor, déjame ir —le suplicó ella y él soltó suavemente su mano.

—Aquí no... —comenzó a decir él volviendo a apoyarse en la mesa y mesar su pelo.

—No necesito explicaciones. Creo que está bastante claro lo que ha sucedido. Acabas de traicionarte a ti mismo —le acusó e hizo una pausa—. Deberías abrocharte la camisa y limpiarte el carmín de la boca y del cuello. Si te ve Brad es posible que reconozca el color que usa Lilian —dijo con toda la calma que le fue posible antes de salir del despacho dirección al baño de mujeres.

Charlie se tocó los labios con la mano y se miró los dedos a continuación. Tal como había dicho ella tenía carmín. Se acercó a un pequeño espejo que había en la oficina y se miró en él. Era todo un cuadro. Estaba lleno de carmín desde el cuello a la boca y su camisa desabrochada no decía nada mejor de él.

—¡Mierda! —exclamó en voz alta. No había que ser un genio para darse cuenta de lo que parecía aquello. Y ni siquiera se había percatado de ello hasta el momento. Angie pensaba que se había tirado a Lilian en el despacho. Y no podía culparla.

¿Por qué demonios no la había parado antes de empezar? Quería probarse a sí mismo. Quería probar si realmente no sentía nada por ella. Y así había sido, no había sentido nada por ella. No significaba nada para él. Se sentía aliviado por ello. Pero ¿a qué precio? había metido la pata con la mujer que lo había apoyado en los últimos meses y sin la que sin duda no hubiera llegado a ese momento. La había defraudado.

Angie llegó al baño femenino y se encerró en uno de los retretes. Vomitó todo lo que había en su estómago y lloró amargamente. Hacía días que sabía que su oportunidad con él se estaba desvaneciendo, pero nunca esperó que él fuera a caer en algo así. Había confiado en Charlie, en quien no confiaba era en Lilian. Se lo había advertido la noche de la cena y lo había logrado. Había vuelto a tenerle entre sus piernas, como había dicho ella. Y él nuevamente había sido un títere en sus manos. Lo sabía. Había visto su expresión al entrar en el despacho, estaba al borde del abismo de nuevo, pero esta vez le estaba bien empleado. No pensaba compadecerse de él ni estar a su lado para darle golpecitos de ánimo en la espalda. ¿Cómo había podido ser tan estúpido para caer en su trampa de nuevo?

No podía permitirse estar así por un hombre, al fin y al cabo, él lo había dejado muy claro cuando comenzaron lo suyo, aquella relación de amigos con privilegios. Punto y final. No existía nada más entre ambos aparte de ese acuerdo. Pero tampoco podía fingir que no había ocurrido nada. Cuando logró tranquilizarse lo suficiente se limpió las lágrimas, se secó la nariz y salió del baño rumbo al despacho.

—Quiero explicarte... —él se levantó de la silla cuando la vio entrar. Observó que sus ojos estaban enrojecidos. Sin duda había estado llorando y se le partió el alma aún más de lo que ya la tenía.

—¡No! —lo detuvo ella con una mirada implacable—. No quiero saberlo. Solo quería preguntarte si puedo irme ya.

—Sí. Claro. De hecho yo y también me iré —le dijo él. No tenía cabeza para seguir trabajando después de lo ocurrido. Y debía hacer que ella le escuchase, explicarle todo.

—De acuerdo —dijo ella comenzando a recoger sus cosas en silencio. Lo último que le apetecía era compartir el viaje hasta el rancho en el mismo vehículo, pero sabía que si ponía objeciones tendría que discutir acerca de ello con él y desde luego, era lo último que deseaba en ese momento. Algo que le diera la oportunidad de hablar.

Charlie recogió sus cosas y vio como ella sacaba sus gafas de sol y se las ponía aun sin salir de la oficina con gesto serio.

Durante el trayecto en coche respetó el silencio de ella, al igual que ella había hecho en muchas ocasiones con el suyo. Pero deseaba explicarle lo sucedido, decirle que Lilian se le había echado encima y que no había sucedido nada más allá de un beso, que creía que lo había permitido para probarse a sí mismo que ella ya no significaba nada para él y que así había sido. Sabía que la había decepcionado. Quizás cuando estuviera más calmada podría explicárselo. Podría darle unas horas de margen. Ahora estaba todo muy en caliente.

Ella se bajó del coche, cogió sus cosas y se dirigió al interior de la casa sin pronunciar palabra. Luke y Samy estaban en el salón tomando un café y hablando de tierras y cultivos cuando la vieron venir con el gesto serio y las gafas de sol aun dentro de casa.

—Buenas tardes, chicos —dijo ella intentando una sonrisa. Se dirigió al piso superior sin detenerse más tras escuchar el saludo de los dos hermanos.

Charlie entró un minuto después cargando con su portátil. Su gesto no era mejor que el de ella.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Samy.

—Que la he cagado otra vez —reconoció Charlie a sus hermanos.

—Y tiene que haber sido importante la cagada a juzgar por la cara que traía ella —añadió Luke preocupado.

—No me deja explicárselo —dijo Charlie. En esta ocasión solo tenía a sus hermanos para contarles sus problemas. Era más que probable que hubiera perdido a su mejor amiga.

—Quizás debas dejar que se tranquilice un poco —recomendó Samy.

—Sí. Será lo mejor —convino Charlie—. Pero no quiero que empiece a darle muchas vueltas a la cabeza.

—Iré a ver si se encuentra bien —dijo Luke levantándose del sofá—. Pero a la vuelta quiero que me cuentes la cagada —le advirtió señalándole con el dedo.

—Gracias —dijo Charlie poniendo su mano en la espalda de Luke.

Luke tocó a la puerta sin obtener respuesta.

—Soy Luke —anunció la segunda vez que tocó.

—Pasa —dijo ella.

—¿Estás bien, hermanita? —dijo tras cerrar la puerta tras él. Ella estaba de pie en el medio de la habitación. Ya no tenía las gafas de sol puestas y pudo ver lo que había ocultado con ellas. Había estado llorando.

—No lo sé, Luke —dijo ella seria.

—Ven aquí —le ofreció sus brazos y ella obedeció—. Creo que mi hermanito ha metido la pata de nuevo, ¿verdad?

—¿Te lo ha contado? —preguntó ella.

—No. Aún no lo ha hecho. Cuéntamelo tú —le pidió.

—Es tu hermano. No sé si voy a poder ser lo suficientemente imparcial —dijo ella sentándose en la cama.

—Inténtalo —dijo él cogiendo una silla para sentarse frente a ella.

—Bien —cerró los ojos y suspiró—. Charlie se ha tirado a Lilian en nuestro despacho.

—¡Qué! —exclamó Luke—. ¿Los has visto?

—No me ha hecho falta. Cuando Lilian se ha ido y he entrado en el despacho me he encontrado a Charlie con la camisa abierta —comenzaron a rodar lágrimas por las mejillas de Angie—. Con carmín en el cuello y en los labios.

—Me hago una idea —dijo Luke pasando su dedo pulgar por las mejillas de ella intentando enjugar sus lágrimas. ¡Mierda! Parecía que su hermano la había cagado pero bien esta vez. ¿Cómo había podido ser tan gilipollas?

—No entiendo cómo ha podido hacerlo, Luke —hizo una pausa—. Se ha traicionado a sí mismo cayendo en las redes de esa mujer de nuevo. ¿Cómo está él? Sé que me he enfadado, pero él no tenía muy buena cara cuando lo encontré allí...

—Está preocupado por ti. Pero ahora nos centraremos en cómo estás tú.

—Se acabó Luke. Mañana después del programa me iré a casa —se limpió las lágrimas con las manos tratando de tranquilizarse.

—Quizás haya una explicación válida a todo esto. Aunque ahora mismo no lo crea ni yo si han sido esos los hechos. No has dejado que se explicara. No te precipites.

—Lo he decidido, Luke. Me iré. El fantasma de Lilian está ahí y nadie puede luchar contra eso.

—Sé que aún se pueden arreglar las cosas.

—No. Reconozco que he sido muy feliz con él estas semanas aquí. A mi manera. Sabiendo que él no quiere nada más, lo he sido. No quiero empañar ese recuerdo. He perdido la última batalla y por ende, la guerra. Sé retirarme a tiempo.

—Confíesale todo antes de irte —le aconsejó Luke.

—¿Qué conseguiría con eso? ¿Qué piense que soy una tonta cuando él me dejó muy claro desde el primer día que nada de sentimientos?

—La verdad no ofende —dijo Luke—. No pierdes nada con ello.

—Prométeme que no le dirás a Charlie que me iré mañana por la tarde. No quiero que pueda influirle de alguna forma en el programa.

—Lo prometo. Pero no te irás sin despedirte ¿verdad?

—No, no lo haré. Me despediré de todos, incluso de él. Cuando se me pase el enfado, lo seguiré queriendo de la misma forma y siempre podrá contar conmigo como amiga.

—Sigo pensando que mi hermano es idiota. Va a dejar escapar a alguien como tú de su vida. Por una arpía traicionera como Lilian.

—Quizás no estemos predestinados —dijo ella con la voz rota mientras le resbalaba de nuevo una lágrima por su mejilla.

Luke la abrazó y ella se rompió en su pecho. La mantuvo así hasta que se tranquilizó de nuevo. Media hora después bajaba de nuevo al salón donde aún seguían sus hermanos.

—La has cagado pero bien, hermanito —anunció Luke en tono acusador nada más poner pie en la planta baja. Samy giró su mirada hacia Charlie.

—¿Está bien? —quiso saber Charlie.

—¿Tú qué crees después de lo que has hecho? —exhaló aire—. Pero la he dejado tranquila —Luke se sentó—. Ahora quiero que me cuentes qué es eso de que te he encontrado lleno de pintalabios y con la camisa abierta y a Lilian saliendo de tu despacho.

—Es cierto —reconoció él.

—¡Lo que me faltaba por oír! —exclamó Samy—. ¿Acaso has perdido el juicio?

—Sé que Lilian te estaba persiguiendo —comenzó Luke tratando de entender la postura de su hermano—. Pero razón demás para que estuvieras alerta y evitar esto. Joder, Charlie, te has follado a tu ex casi delante de Angie.

—No me la he follado. No sucedió nada. Aunque lo que ha visto Angie es totalmente cierto, no sucedió nada más que eso.

—Explicáte, porque no lo entiendo —dijo Samy.

—Lilian se me echó literalmente encima y comenzó a besarme y desabrocharme la camisa. Os podéis imaginar.

—Nos hacemos una idea —dijo Luke.

—No sé por qué no reaccioné antes y permití que llegara a ello. Quizás quise probarme a mí mismo que Lilian era el pasado y que no sentía nada por ella.

—¿Y? —quiso saber Samy.

—No sentí nada. En cuando me besó lo supe y poco después la retiré. Pero para ese entonces ya estaba cubierto de carmín y con la camisa abierta. Angie llegó poco después y me vio así.

—No la podemos culpar por lo que creyó que había sucedido porque todos hemos imaginado lo mismo —comentó Luke—. Cuando se le pase el enfado estoy seguro que podrás explicárselo tú mismo.

—La has liado buena, hermanito —dijo Samy—. ¿Estás seguro de que por fin lo de Lilian ha terminado para siempre?

—Creo que sí. Aunque no podré evitar que me moleste en el futuro, creo que hoy se ha ido con las ideas muy claras acerca de mí.

—Eso al fin y al cabo es una buena noticia. A pesar de lo sucedido —convino Luke.

Durante la cena ninguno de los dos miró fijamente al otro ni se dirigieron la palabra. Charlie se sentía avergonzado y Angie dolida. Samy y Luke trataron de animar sacando temas para relajar el ambiente. Tanto Claire como Sam se dieron cuenta que algo estaba ocurriendo y que eran los únicos que no estaban al tanto de ello. Poco después, Angie expresó su deseo de trabajar antes de dormir, diciendo que estaba muy cansada.

Charlie sabiendo que a su madre no se le había escapado nada, anunció la misma intención y se retiró a su habitación. No estaba de humor para interrogatorios. Era lo último que necesitaba. Angie llevaba horas negándose a hablar con él y aquello lo estaba partiendo en dos.

—Está bien. Exijo que alguien me cuente que está sucediendo aquí —dijo Claire minutos más tarde de que tanto Angie como Charlie subieran a dormir.

Luke y Samy pusieron al corriente a su madre sin entrar en muchos detalles de lo sucedido.

Angie decidió adelantar tiempo y dejó la maleta casi lista. Decidió meterla en el armario. No era probable que Charlie entrase en la habitación, pero no estaba demás tomar precauciones. Más tarde terminó de escribir un artículo y decidió darse una ducha antes de meterse en la cama.

Por su parte, Charlie tomó también una ducha y contestó varios correos electrónicos, revisó las redes sociales e incluso se descargó un libro electrónico en su teléfono móvil con intención de que le pudiera entrar sueño. Sabía que sería una noche dura sin ella a su lado, aún más sabiendo que estaba enfadada con él.

Cuando habían pasado más de cuatro horas sin conseguir conciliar el sueño decidió ir a verla. Abrió con cuidado la puerta. Por suerte ella no la había cerrado con llave, pero él sí que cerró y se introdujo en su cama. Aún no estaba dormida profundamente y notó como él se deslizaba bajo las sábanas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella en tono grave.

—Quería hablar contigo.

—Podríamos hablar en otro sitio, ¿no? —le espetó ella.

—No me has dejado alternativa. Llevo toda la tarde intentándolo y no me has dejado —se defendió él.

—Está bien. Di lo que tengas que decir. Quiero dormir —dijo ella esperando. Cuanto antes hablase, antes se iría de allí, aunque no pudiera conciliar el sueño esa noche.

—Lo que has visto esta tarde... No sucedió nada —dijo él y ella permaneció en silencio durante unos segundos.

—¿Me quieres hacer creer que sufro alucinaciones? —respondió ella.

—Solo quiero que sepas que ella me besó y comenzó a desabrochar mi camisa, pero solo sucedió eso. La retiré. Nada más.

—¿Sentiste algo? —dijo ella tras una larga pausa. Tenía que saber aquello.

—Nada —confesó él.

Ella cerró los ojos y notó cómo le caían las lágrimas en silencio.

—¿Cómo sé que no te estás inventando esta excusa? —pudo articular después de tragar saliva.

—Te lo juro por mi familia. Son lo más importante para mí.

—Sabes que no me debes ninguna explicación. No soy nadie en realidad —dijo mientras sus lágrimas seguían rodando hacia la almohada.

—Te la debo. Has estado a mi lado en los peores momentos. Somos amigos.

—Está bien, Charlie, te creo. Buenas noches —quiso despedirse de él.

—¿Estás enfadada aún? —preguntó. No se quería ir de su lado, no sin que ella le hubiera disculpado, pero la entendía.

—No lo sé —dijo en un susurro y Charlie notó que algo no estaba bien con ella. Alargó su mano para tocar su cara y notó su mejilla húmeda.

—Oh, cariño —dijo él abrazándola. Ella cedió y lloró en su pecho—. Lo siento. Siempre estoy metiendo la pata contigo.

No estaba seguro de si ella deseaba besarlo, pero él si deseaba hacerlo. Probó a rozar suavemente sus labios. Su sabor era salado por las lágrimas. Ella le respondió, sus labios le respondieron y el deseo se apoderó de él profundizando su beso. Sabía que no debía. Aún no había aclarado sus ideas y se estaba aprovechando de un momento de debilidad de ella, pero no podía dejar de besarla. La necesitaba, hacía casi dos semanas que no hacían el amor y le había pasado factura. Comenzó a acariciarla y ella cedió a sus caricias, su cuerpo respondía a él y el suyo al de ella.

Ella también sabía que era una mala idea, pero también lo necesitaba, necesitaba una última vez con él, amarlo por última vez. Al día siguiente todo habría terminado y necesitaba un recuerdo como ese para terminar aquello.

Hicieron el amor en silencio, lenta y dulcemente, como nunca antes, saboreando cada caricia, proporcionándose placer en cada centímetro de piel uno del otro hasta que llegaron al éxtasis uno en los brazos del otro de forma potente y clara, sintiendo a la vez cómo sus cuerpos se elevaban a otra dimensión para terminar turbados y exhaustos.

—Te amo —le dijo ella cuando ambos rodaron en la cama quedando frente a frente.

Él no contestó. Esperaba que la hubiera escuchado, no podía ocultarlo por más tiempo, ni quería hacerlo. Seguiría el consejo de Luke. No tenía nada que perder.

El la escuchó, pero no supo qué decir. Confiaba en que fuera producto del momento que habían compartido, porque no estaba preparado para eso. Hablarían de ello al día siguiente.

Al poco tiempo ambos cayeron en un profundo sueño.

CONFESIONES Y DESPEDIDAS

Él despertó antes de que el despertador emitiese su habitual zumbido. La observó en silencio. Había sido muy especial lo que habían compartido esa madrugada, con ella siempre había sido especial. Pero lo cierto era que le preocupaba lo que ella le había dicho tras terminar de hacer el amor. Si aquello iba en serio, debía dejarle claro una vez más que él no podía corresponderla.

Sonó el despertador. Charlie lo apagó y ella se despertó poco a poco, como siempre con una sonrisa en los labios.

—Buenos días —dijo ella desprezándose.

—Buenos días, preciosa.

—Último programa en San Angelo. ¿Estás preparado?

—Lo estoy, pero me da pena —la atrajo hacia sí y ella se acurrucó en su pecho—. A pesar de todo, he estado muy bien aquí. Pero es hora de volver a la vida real.

—Esto es también la vida real, Charlie. Aunque haya parecido un sueño. O unas vacaciones.

—¿Has estado bien aquí? —preguntó él.

—He estado muy bien aquí. Esa es mi valoración general —respondió mientras hacía círculos con su dedo índice en el pecho de él.

—Puedes volver, conmigo o sin mí.

—Es probable que lo haga. Y ahora aunque me encantaría quedarme en la cama contigo durante todo el día, creo que voy a ir a la ducha. Y tú deberías hacer lo mismo si quieres llegar al programa.

—Eres una buena extensión de Candace. Ahora comprendo por qué te mandó —dijo él besando sus labios antes de levantarse de la cama. Ella pensó en aquel como el último beso.

—Solo cumplo con mi cometido —rio ella mientras veía a su dios griego levantarse de la cama como nació. Era tan perfecto, todo él. Lo echaría de menos. Echaría de menos esa imagen.

—Me sigues mirando igual que el primer día —le dijo divertido él.

—Me sigues gustando como el primer día —le confesó ella mientras le veía ponerse el bóxer y el pantalón del pijama.

El último programa transcurrió con normalidad, todo salió a pedir de boca y al finalizar Candace lo llamó para felicitarlo y quedó en verlo el martes en Austin para comenzar con la rutina habitual.

Se despidieron del personal de la emisora, incluido Brad. Desde que Charlie comenzó a ver las artimañas de Lilian, lo veía con otros ojos y no le importó despedirse de él con un apretón de manos deseándole suerte. Con una mujer como aquella, la iba a necesitar.

El todoterreno se incorporó a la carretera dejando San Angelo atrás para volver al rancho. En la radio sonaba *Tomorrow* de Chris Young. Angie pensó que era una canción muy oportuna justo ese día.

—Quería hablar de algo —dijo Charlie bajando el volumen de la radio.

—Tú dirás —respondió ella.

—Anoche... cuando terminamos... dijiste algo que me dejó preocupado. No creí que aquel fuera el momento de hablarlo y lo pospuse.

—¿Quieres que te lo repita? —preguntó ella desde el asiento del copiloto. Sabía a lo que se refería. Había estado esperando esa conversación desde que pronunció aquellas dos palabras.

—Quiero que me digas si lo dijiste en serio o fue producto del momento —pidió él.

—¿Crees que es momento de hablarlo este? ¿No podrá resultar peligroso? —dijo ella.

—¿Peligroso? No veo por qué —respondió él.

—Porque no creo que te guste mi respuesta.

—Prueba —dijo él.

—Lo dije completamente en serio —dijo ella quitándose las gafas de sol para mirarlo. Quería que pudiera ver sus ojos.

—No estoy seguro que estemos hablando de lo mismo —dijo Charlie resistiéndose a creer lo que escuchaba. Quizás había algún error.

—Yo creo que sí estamos hablando de lo mismo. Por si tienes dudas, te lo repito. Te amo Charlie Atkins —le dijo mirándolo, con toda la seguridad que aquella confesión le daba.

—¿Cómo ha podido pasar? —apenas podía creer lo que escuchaba. Se lo acaba de decir de nuevo. Aquellas dos palabras que le acababan de poner nervioso. Dos palabras seguidas de su nombre y apellido.

—Científicamente no te lo podría explicar. Simplemente ha ocurrido. No lo planeé porque estaría loca de haberlo planeado —sonrió—. Me gustaste desde que te conocí, no lo voy a negar. Pensé que solo existía una bonita amistad, más tarde aquello pasó a la atracción, y luego me di cuenta que me había enamorado de ti.

—¿Cuándo? ¿Cuándo te diste cuenta? —preguntó él.

—La noche de la cabaña de caza. La primera vez que estuvimos juntos.

Charlie visualizó la entrada de un rancho y se apartó para detenerse en ella.

—Está bien. Tienes razón. Puede ser peligroso conducir y hablar de esto a la vez —se giró hacia ella.

—Lo siento, Charlie.

—No lo sientas. Quiero respuestas —él también se puso las gafas de sol en la cabeza para mirarla a los ojos, estaba molesto con ella—. Esa noche me dijiste que era solo sexo.

—En ese momento lo era. Cinco minutos después me di cuenta que no era así. Aquello no era solo sexo.

—¿Y por qué demonios no paraste aquello?

—Porque había dos motivos para no pararlo.

—¿Cuáles fueron esos motivos? —preguntó Charlie. No podía creer lo que estaba escuchando. Y no podía creer que hubiera sido tan tonto.

—Uno de ellos fue totalmente egoísta. Quería un poquito de ti, un poquito de felicidad, quería creerme que aunque hubiera sido solo por un minuto un hombre como tú se había fijado en mí —reconoció ella con tristeza.

—¿Y el otro? —preguntó con un tono más suave. Sabía a lo que se refería ella con aquello. Otro regalito del imbécil de su ex. Desconfianza en sí misma y en sus posibilidades. Aún seguía pensando que ella no le atraía por sí misma.

—No soy tonta, Charlie. Sabía que era más que probable que aquello nuestro no llegase a ningún fin, pero a pesar de todo, eras mi amigo, te quería... y te quiero. Lo sabes —hizo una pausa—. Lo hice porque sabía que aquello te vendría bien para superar tu miedo a las mujeres. Si te dejaba huir a la primera de cambio no podrías llegar a ese punto de nuevo con nadie. No serás para mí, lo sé y casi siempre lo supe, pero cuando te decía que deseaba que fueras feliz con alguien algún día, créeme que lo decía totalmente en serio.

—¿Casi siempre lo supiste? —no sabía a qué se refería con eso.

—Hace un par de semanas, justo antes de aparecer Lilian, supe que te tuve cerca, muy cerca. Y ahí casi me llego a creer que tenía una oportunidad contigo. Luego

apareció Lilian y aquello... se fue a la mierda.

—No me puedo creer esto —dijo Charlie quitándose las gafas de sol para dejarlas en el reposabrazos mientras se pasaba la mano por el pelo.

—Lo siento, Charlie —se detuvo—. Comprenderé incluso si dejas de hablarme, porque he actuado egoístamente. Y con ello te he engañado. Solo quería decirte que durante este tiempo me has hecho muy feliz. No te puedes imaginar cuánto. Y lo necesitaba.

—No lo puedo creer —repitió él.

—Lo de anoche fue un regalo que nunca olvidaré. Estará dentro de mis mejores recuerdos. Gracias a ello tengo fuerzas hoy para confesarte todo esto sin ser un mar de lágrimas. Quizás sin aquello nunca me hubiera atrevido a hacerlo.

—¿Sabes que yo no siento lo mismo? —le preguntó él.

—Lo sé —ella volvió a ponerse sus gafas de sol.

—Por favor —él le quitó las gafas y las colocó en el reposabrazos al lado de las suyas.

—Lo sé —repitió ella. Quería que lo mirase a los ojos y lo haría aunque esa parte sabía que iba a dolerle.

—¿Sabes que ese no era nuestro acuerdo?

—Soy consciente —repitió ella mirándolo a los ojos.

—Nunca te prometí nada al respecto.

—No soy estúpida. He actuado por mi cuenta al respecto y sabía a lo que me exponía. Aunque no me guste oírlo de tu boca, soy consciente de todo ello. Ni sientes lo mismo, ni vas a sentirlo, ni me prometiste nada, ni era parte del acuerdo. Lo asumo —dijo con la voz a punto de quebrarse.

—Nunca quise hacerte daño —dijo él—. Y ahora siento que te lo estoy haciendo sin haberlo previsto.

—Es solo culpa mía. Asumo las consecuencias de mis actos. Tú no has tenido nada que ver en ello y te pido que nunca pienses lo contrario.

Guardaron unos minutos de silencio. Charlie apenas pudo reorganizar las ideas en su mente. Era demasiada información.

—No me voy a enfadar contigo —dijo al fin él—. Ni voy a dejar de hablarte. Mereces ser feliz y siento no poder ser la persona con la que lo seas. Pero estoy seguro que lo serás algún día, con alguien que te merezca y te corresponda.

—Gracias. Es muy importante para mí que al menos podamos terminar esto civilizadamente.

—Valoro que hayas sido sincera como lo has sido. Aunque no me guste.

—Al respecto de mi trabajo...

—¿Qué sucede con tu trabajo? —preguntó él.

—Creo que no es conveniente que sigamos trabajando juntos dadas las circunstancias.

—No te he pedido la renuncia ni te he despedido. No quiero prescindir de ti.

—Comprende que me sería difícil seguir trabajando contigo día a día sin poder... estar tan cerca de ti, al menos de momento. Parezco fuerte, pero no soy de piedra.

—¿Quieres unas vacaciones? —preguntó—. Tómame un tiempo libre. Todo el que necesites, un mes, dos meses... hasta que...

—Hasta que pueda olvidar los sentimientos por ti —terminó ella la frase por él.

—Sí. Hasta entonces. Luego volveremos a hablar y podrás tomar una decisión definitiva al respecto. Y respetaré lo que decidas.

—Está bien. Lo haré —dijo ella tras pensarlo unos minutos—. ¿Cómo queda todo esto? ¿Cómo quedamos ahora?

—A pesar de que debo meditar toda esta información que me has dado, recuerdo que prometimos ser amigos pasara lo que pasara. Soy una persona que se toma la amistad muy en serio. No quiero perderte como amiga, porque sé que me has dado mucho.

—Gracias —le sonrió—. Conmigo también podrás contar siempre que lo necesites. Solo necesitaré un tiempo para volver a ser esa amiga y olvidarme del resto.

Charlie asintió pensativo.

—Me iré esta tarde después de almorzar —anunció ella tras un minuto.

—No tienes por qué hacerlo. Podrás regresar en un par de días, cuando yo lo haga, juntos.

—Creo que dadas las circunstancias mi presencia el resto de tiempo hasta entonces sería absurda.

—Es tu decisión —dijo él cogiendo de nuevo sus gafas de sol del reposabrazos—. Volvamos al rancho —dijo poniendo el motor en marcha e incorporándose de nuevo a la carretera.

—Gracias por todo, Charlie. De corazón.

—Solo una pregunta más. ¿Alguien más sabe de todo esto? —hizo una pausa—. De tus sentimientos, quiero decir.

—Creo que lo saben todos en el rancho. Que tú no te hayas dado cuenta no significa que el resto no lo haya hecho.

—Debo tener el radar femenino averiado —intentó ser gracioso.

Nada más bajar ambos del coche él se dirigió a ella y la abrazó. Aquella mujer se había enamorado de él, pero no podía enfadarse con ella por eso. En los sentimientos no mandaba nadie. Si él hubiera sido capaz de mandar en los suyos sentiría lo mismo por ella. Le estaba fallando de nuevo y se maldijo por ser un ser insensible. Maldijo a Lilian por haberlo convertido en aquello.

—He dicho que me sentía con fuerzas hoy, pero si me das otro abrazo como este no sé si voy a poder seguir igual —sonrió ella.

—Solo quiero que sepas que aquí estaré siempre que me necesites y espero volver a contar muy pronto contigo.

—De acuerdo —sonrió ella con tristeza—. Ahora entremos, hay que almorzar y terminar de hacer la maleta.

Saludó a los allí presentes y subió a terminar de hacer la maleta. El almuerzo estaría listo en no más de treinta minutos. Charlie permaneció en el salón, pensativo durante un buen rato.

—Mamá, si tienes algún regalo para Angie, el almuerzo será un buen momento para dárselo. Vuelve a su casa después de almorzar —le dijo.

—¿Vas a dejar que se vaya? —intervino Luke.

—Le dije que se podía quedar hasta que yo estuviera aquí, pero ha decidido irse —respondió él.

—Y tú no la vas a detener, claro —añadió Claire sarcástica.

—Es su decisión. No puedo hacer nada al respecto.

—Genial, Charlie, genial —le respondió Claire visiblemente molesta.

—¿Qué quieres que haga, mamá? —preguntó él también molesto.

—Creo que no vais a arreglar nada ahora si os ponéis a discutir al respecto. Tengamos el almuerzo en paz —los detuvo Luke.

—Tienes razón, Luke. Lo siento, Charlie —dijo Claire abrazando a su hijo mayor.

—Yo también lo siento, mamá —dijo estrechándola entre sus brazos.

—¡Cuanto cariño veo por aquí! —dijo Angie de buen humor bajando la escalera.

—Ven aquí hermanita, que yo te compenso —dijo Luke abriendo los brazos para recibirla.

—Allá voy, hermanito —dijo abrazándolo.

—Sabes que te voy a echar de menos, ¿verdad?

—Yo también, pero no quiero que me hagas llorar tan pronto —respondió ella comenzando a emocionarse.

—Bien —dijo soltándola—. ¿Entonces qué te parece si nos tomamos una copa de vino en el porche mientras? Tengo que hablar contigo acerca de los papeles de adopción.

—¡Qué tonto eres! —dijo ella dándole un suave puñetazo en el pecho—. Un refresco estará bien, tengo que conducir.

—Un refresco entonces —dijo dirigiéndose a la cocina a por él volviendo a los pocos segundos—. ¿Vamos?

—¡Vamos! —dijo dirigiéndose delante de él hacia el porche.

—¿Papeles de adopción? —preguntó intrigado Charlie.

—Cosas de tu hermano. Ya que no va a formar parte de la familia de otro modo —dijo lanzando una mirada con intención hacia su hijo mayor—. Quiere adoptarla legalmente.

Charlie sonrió ante la ocurrencia de su hermano. Angie se los había ganado a todos en el rancho y eso le hacía sentir miserable consigo mismo por no poder sentir lo que ella sentía.

—¿Qué ha ocurrido finalmente con Charlie? —quiso saber Luke sentándose en el balancín.

—Aclaremos lo de ayer. Todo está bien. Y hace un rato seguí tu consejo, le he confesado la verdad —dijo ella apoyándose en la barandilla del porche con la lata en la mano.

—¿Y? —sabía que la respuesta no iba a ser buena dado que ella se marcharía sola en un par de horas.

—Pues al menos no se ha enfadado conmigo por haberle engañado —sonrió ella—. Pero la respuesta es la que esperaba. Ya sabes, «no siento lo mismo» y «nunca te prometí nada». Nada que me haya sorprendido.

—No me entra en la cabeza que sea tan tonto —respondió Luke.

—Los sentimientos no se pueden forzar y si no hay, no hay.

—¿Cómo estás tú? —se interesó Luke.

—Bien. Mejor de lo que esperaba. Solo espero no venirme abajo cuando salga por la puerta.

—Te irá bien. Ya lo verás.

—Gracias.

—Te ofrecería como segunda alternativa al hermano mediano —dijo hablando de sí mismo—. Pero siento decirte que llevo una vida más disoluta. No estoy hecho para nada serio —bromeó él.

—No hemos tenido tiempo de hablar de tu vida disoluta. Me encantan las vidas disolutas —rio ella—. De hecho tengo una amiga que lleva una vida disoluta y la adoro.

—Estoy seguro que te sonrojarías —confesó él—. Quizás tengas que presentarme a tu amiga en mi próxima visita a Austin. Seguro que congeniamos —siguió él la broma.

—Lo haré, sin duda. Estoy segura que es tu media naranja —afirmó ella sonriendo.

—Chicos, está la mesa puesta —era Samy.

—Gracias Samy —dijo ella—. Luke entró en la casa sabiendo que su hermano pequeño también quería decirle algo a solas a Angie.

—Aunque sé que no hemos hablado quizás demasiado —comenzó Samy—. Como habrás podido comprobar soy una persona tímida y reservada —hizo una pausa—. Deseo que tengas mucha suerte en la vida, porque la mereces. Y espero que nos visites a menudo. Charlie es gilipollas por dejarte ir, pero creo que eso ya lo sabes.

—Gracias Samy. Te voy a echar mucho de menos —dijo ella abrazándolo.

—Vayamos dentro. Nos espera el almuerzo.

Aunque Luke trató de hacer que la comida fuera divertida sacando temas variados, sobre todos planeaba la marcha de Angie. La echarían de menos.

—¿Qué os parece mañana una noche de tíos en la cabaña de caza? —propuso Charlie.

—¡Genial! —dijeron Luke y Samy al unísono.

—Me encargaré de todo. Estará bien recordar viejos tiempos. —dijo él.

Una vez terminado el almuerzo Angie subió a lavarse los dientes y a por la maleta. Charlie subió a ayudarla cuando la vio aparecer en la parte superior de la escalera.

—Llevaré la maleta al coche y te esperaré fuera —dijo Charlie saliendo por la puerta.

—Llegó el momento —dijo ella delante de todos.

—Tenemos un pequeño detalle para ti —anunció Claire dándole una pequeña cajita.

La abrió y pudo ver una pulsera esclava grabada. Por un lado ponía «No olvides a tu familia» y por el otro tenía el número de teléfono del rancho.

—Oh, Claire. No os tenáis que haber molestado, es preciosa —la abrazó con fuerza con las lágrimas rodando por sus mejillas.

—Siento que no haya salido todo como nos hubiera gustado a ambas. Pero no te olvides de nosotros —dijo Claire también emocionada.

—Dije que no iba a llorar y me habéis hecho llorar ya —confesó Angie.

—Tienes tu casa aquí, hija —le dijo Sam—. La próxima vez que vengas prometo darte un abrazo más fuerte que este —la abrazó suavemente debido a su estado de salud, que si bien había mejorado bastante, aún sentía molestias.

—Gracias Sam —dijo mirándolo de forma vidriosa.

—Te echaré de menos —dijo Samy abrazándola.

—Yo también, Samy —dijo besando su mejilla.

—Yo aún mantengo la esperanza. A veces, las guerras se arreglan por tratados a posteriori —dijo Luke abrazándola de nuevo—. Te echaré mucho, mucho de menos. Y espero que me presentes a tu amiga la disoluta.

—Yo también te echaré de menos. Y ten por seguro que te la presentaré. Gracias por todo Luke.

—Espere muchacha —dijo Olga cargando una lata grande y una bolsa de papel—. Le he puesto galletas y un par de pasteles de cereza.

Angie los cogió y los dejó en la mesa abrazando a Olga.

—Me ha encantado conocerte, Olga.

—Le echaré una poción de amor en la próxima comida a ese muchacho —dijo a su oído.

—Cuento con ello —bromeó Angie.

Se recompuso un poco, se dirigió a la puerta y desde allí permaneció durante un momento mirándolos.

—Gracias por todo. A todos. No os miento si os digo que he sido muy feliz aquí. Es un recuerdo que llevaré toda la vida en mi corazón.

Angie salió por la puerta del rancho. Charlie estaba al lado de su coche esperándola y la ayudó con la bolsa y la lata que le había dado Olga colocándolas en el maletero.

—Regalitos de Olga, ¿verdad? —sonrió él.

—Sí. Es maravillosa —dijo ella.

—Hora de despedirnos.

—Así es —dijo ella mirándole a los ojos.

—Cuídate mucho —dijo tomándola de las manos—. Prométeme que cuando llegues a Manor me enviarás un último mensaje para decirme que el viaje ha ido bien.

Luego podrás descansar de mí el tiempo que necesites.

—Lo prometo —iba a ser la última vez que lo viese con aquellos sentimientos en su interior y le estaba costando. La próxima vez esperaba volver a ser solo su amiga.

Charlie no supo que más decirle. Solo la abrazó. La hubiera besado, pero sabía que aquello habría sido del todo inoportuno conociendo sus sentimientos. Ella sin embargo sí que le dio un suave beso en la mejilla y aspiró su olor para retenerlo en su mente.

—Buen viaje —dijo liberándola de su abrazo.

Ella se subió al coche y arrancó. Se dirigieron una última mirada. Ambos se iban a echar de menos.

Permaneció de pie hasta que vio perderse el vehículo por el camino de salida del rancho. Y volvió al interior. Todos estaban en silencio. Sentados tomando un

segundo café.

—Charlie, eres mi hermano y te quiero, pero creo que acabas de cometer la mayor estupidez de tu vida —dijo Luke.

—No podía retenerla ofreciéndole falsas esperanzas —se defendió él.

UNA PEQUEÑA SORPRESA

Tres semanas más tarde...

Después de dos semanas sufriendo vómitos y malestar generalizado, Susan y Terry consiguieron convencer a Angie para que fuese al médico. Ella lo achacaba a los nervios que estaba sufriendo en las últimas semanas y no quiso darle importancia. Le practicaron unos análisis y al par de días la citó el médico para hablar de ellos. En principio Terry iba a acompañarla, pero un cliente le había cambiado la cita siéndole imposible. Así que se enfrentaba sola al veredicto del laboratorio.

—Señorita, hemos hallado el origen del malestar —le comunicó el joven médico con una sonrisa.

—¿Qué es, doctor? —preguntó Angie pensando por qué demonios aquel médico le sonreía. Podía comprender que era muy excitante para un galeno aquello de encontrar un diagnóstico, pero desde luego para ella, que estaba asustada gracias a la potente imaginación acerca de virus, fiebres de colores e insectos de Susan y Terry no tenía la más mínima gracia el asunto.

—Felicidades. Va a ser usted madre —dijo con su sonrisa el joven rubio.

—No. Pero eso es... No puede ser —dijo ella totalmente incrédula a lo que estaba oyendo. Si en ese momento le hubieran acertado con un gancho de derecha no estaría tan noqueada como se sentía.

—Los análisis no mienten, señorita... Cooper —dijo leyendo su nombre en el papel del laboratorio—. ¿Cuándo tuvo usted su último periodo?

—Eh... Pues... —dudó—. Hace dos meses —recordó—. Pero he estado muy nerviosa. Me había ocurrido con anterioridad. Y es un retraso por ello, por mis nervios. Además he tenido los síntomas premenstruales desde hace un par de semanas. No puede ser lo que usted me dice.

—Los síntomas de un embarazo son muy similares a los síntomas premenstruales. Es normal su confusión. Le recomiendo que pida una cita con la ginecóloga de la clínica, para ver que todo avanza correctamente —le aconsejó el médico.

—De acuerdo. Gracias —dijo ella levantándose aún confusa.

—Aunque veo que ha sido una sorpresa para usted, la felicito de nuevo.

—Gracias —respondió ella más por cortesía que por otra cosa y salió de su consulta.

Como un autómatas fue al mostrador de recepción y pidió cita con la ginecóloga. Le informaron que justo acababa de quedar un hueco libre para esa misma tarde así que aceptó la cita. Almorzaría cerca, si es que podía mantener algo en el estómago y volvería por la tarde en vez de regresar a Manor.

—Voy a ser madre —dijo en voz alta tocándose por primera vez el vientre mientras se miraba en el espejo del baño de mujeres de la clínica. Pero ¿Cómo había podido suceder aquello? Habían tomado precauciones en cada una de las ocasiones en las que mantuvieron relaciones. No podía asegurarlo al cien por cien en todas ellas, pero confiaba en Charlie y en que lo había hecho. No era una persona descuidada en ese aspecto. De hecho no pasó nada entre ellos hasta que no tuvieron un método anticonceptivo. Y desde luego si no quería una relación con una mujer, mucho menos querría un hijo. Algo debía haber fallado, quizás una rotura, quizás...

—Un hijo de Charlie —dijo pensando en alto de nuevo mientras sus manos aún seguían tocando su vientre.

Hacia casi un mes que se había despedido de él y aunque trataba de disimular delante de sus amigas había sido un mes muy triste para ella. Lo echaba tanto de menos que le dolía. Solo podía consolarse o quizás hacerse más daño con los recuerdos que tenía de él. Se había sentido nerviosa, triste, vulnerable, todo a la vez. La fuerza con la que abandonó el rancho que había permitido que se hubiera despedido de aquella manera tan fría de Charlie, la había dejado tan pronto había salido a la autopista. Sabía que era un camino de no retorno con el hombre al que amaba.

¿Qué iba a hacer? Tenía que decírselo. Charlie debía saberlo. Pero una noticia como aquella podría trastocar su mundo. No era alguien anónimo. Y lo conocía lo suficiente para saber que era muy probable que quisiera casarse con ella por el bien del bebé. Podía ser egoísta consigo misma, saber que podía conseguirlo de aquella manera, pero no era lo correcto ni lo que quería. No podía arrastrarlo a un matrimonio sin amor y no le quería a su lado porque era lo correcto o lo que él pensaba que era lo correcto. Y él no estaba enamorado, lo había dejado muy claro aquel último día. Le dolía decírselo a sí misma, pero era una realidad. Y ahora la gran pregunta: ¿Cómo decírselo? ¿Cuándo? Desde luego no inmediatamente. Debía pensar en ello, tomar una decisión, saber qué palabras iba a usar, y desde luego necesitaba recuperarse un poco. Quizás las náuseas pasaran en un par de semanas, y quizás podía hacer algo con aquellas ojeras y con aquella tez blanquecina que lucía en los últimos tiempos. No podía permitir que él la viese aún, con aquella imagen. Ella era una mujer fuerte y así debía verse ante él cuando se lo dijera, hacerle entender que no necesitaba nada de él y que no le iba a obligar a nada.

Quizás en unas semanas no tuviera nada que decir. Era primeriza, no sabía de cuanto estaba y sabía de muchas primerizas que perdían a su bebé antes de los tres meses.

—¡No! —se riñó en alto por aquel pensamiento. Ella jamás pensaba así. Si aquello había sucedido era por algo. No sabía si creer en el destino, pero si el destino ponía a un bebé en su camino, ella se cuidaría y cuidaría de él. Ahora solo necesitaba aquella consulta y saber si todo iba bien con aquello que crecía en su interior.

UNA BOFETADA DE REALIDAD

Charlie recogió la correspondencia del buzón, abrió la puerta de su casa y después de entrar en la cocina lanzó todo en la encimera dirigiéndose al frigorífico a por un yogurt.

La predicción de su hermano Luke había resultado una realidad. Se arrepentía de haberla dejado marchar. Las últimas semanas habían sido difíciles cuanto menos y siendo muy suave. Le costaba concentrarse, dormía poco y mal y se alimentaba aun peor. Apenas llevaba una dieta basada en lácteos. Se había instalado un vacío en su interior y un sentimiento de culpa desde que aquella primera noche sin ella se dio cuenta que estaba solo, que no tenía nadie con quien hablar y en quien confiar fuera de su familia. Y que ella se había ido para no volver. Y él lo había permitido.

De nuevo estaba vacío. Se había intentado proteger de aquello y volvía al punto de partida de hacía seis años. Pero era diferente, no tenía nada que ver con la etapa en la que sufrió por Lillian. Esta vez no era rencor ni despecho. Ni siquiera tenía la rabia que le había provocado la traición de Lillian y Brad. Aquella rabia aún podría ser una válvula de escape.

Esta vez sus días estaban enmarcados por un halo de tristeza y por un nudo en el estómago que le hacía casi imposible alimentarse con sólidos ni siquiera cuando debía disimular en comidas de trabajo delante de otras personas. La primera semana achacó la mala calidad de su sueño al cambio de cama y de casa. Luego comenzaron las pequeñas cosas. Apenas podía soportar las canciones de Tim McGraw y Blake Shelton cuando las escuchaba en la radio. Mucho menos cuando las ponían en su programa. Le recordaban irremediablemente a ella, a lo que habían vivido juntos y comenzó a dolerle, un dolor agudo que se había situado en su pecho y un puño invisible que le apretaba la garganta día y noche.

Más tarde comenzó a mirar el teléfono móvil continuamente esperando un mensaje que no se produciría. Repasaba su último mensaje varias veces a diario: «El viaje muy bien, poco tráfico. Ya estoy en casa. Gracias por estas semanas. Será la última vez que te lo diga, pero te amo, Charlie.».

Escribió cientos de veces una contestación de cinco palabras: «Yo también te amo», pero nunca se atrevió a enviarla y terminaba borrándola una vez tras otra. Ahora no tenía derecho a irrumpir en su vida, a hacerle daño de nuevo, porque ahora sí, más que nunca, era consciente del daño que le había hecho, de aquella fría despedida que le dio al pie del coche. De aquel «yo no siento lo mismo», que le había dicho la última mañana y de cómo ella había desviado la vista cuando él lo había pronunciado. Le había hecho un daño que ella nunca había merecido. Ella solo le había dado una y otra vez, todo lo bueno de ella, de su dulce y delicado ser. Se había entregado a él sin reservas. Y ahora el que no la merecía era él. Se había comportado como un auténtico idiota con ella.

Las noches eran en blanco, apenas podía descansar un par de horas y siempre se despertaba tras soñar con ella, algo que lo devastaba por dentro, terminando cada noche con una copa delante y medio paquete de cigarrillos en el cenicero. Una copa que miraba durante horas con un pitillo entre los dedos, pero que cada mañana terminaba en el fregadero, autocastigándose a no beberla para sentir el dolor que ahora sabía que merecía.

Para colmo de males su madre vendría de visita en un par de días y no estaba de humor para fingir un estado de ánimo que no era el suyo.

Abrió con desinterés la correspondencia que anteriormente había dejado caer con indiferencia sobre la encimera. Facturas, facturas y más facturas, hasta que se topó con un sobre algo más grueso de lo habitual. Lo abrió y encontró las fotografías que habían hecho con los móviles durante su estancia en el rancho. Había olvidado que las había enviado a imprimir justo unos días antes de volver. Por un momento se detuvo con aquel grueso de papel fotográfico en las manos observando la primera de todas. Un atardecer del rancho. Las había visto cientos de veces en aquellas semanas, al menos las suyas, en su teléfono móvil. Las había borrado de su teléfono al enviarlas a imprimir, pero las había vuelto a recuperar de su ordenador. Se descubrió pasándolas lentamente. Allí estaban los dos sonrientes con el rancho al fondo. Aquella foto a traición que ella le había tomado mirando por la ventana con el café en la mano, las de la noche de la cena, la que tomó él en el porche trasero sin que se diera cuenta. Acarició aquella fotografía. Acarició su cara. Le había dicho en aquella ocasión que aquel era un momento de felicidad absoluta. Y estaba preciosa en ella.

—Te echo tanto de menos —le habló a la imagen y sus ojos se humedecieron rápidamente. En las últimas semanas no era difícil que las lágrimas rodasen por sus mejillas al ver algo que le recordase a ella, o tras soñar con ella. Sabía que su aspecto era más que evidente para el resto, sus ojos enrojecidos, sus ojeras, su cansancio, su renovado aroma a tabaco. Y no le importaba.

Sonó el timbre de la puerta y se preguntó quién demonios sería. Se limpió los ojos y sorbió la nariz. No estaba de humor para visitas.

—¡Hola Charlie! —saludó alegremente Susan cuando él le abrió la puerta.

—Hola Susan —respondió él con cara intrigada y desgana manifiesta. No la esperaba.

—Quedamos hace dos semanas —dijo ella notando que no lo recordaba y que no era demasiado bien recibida la visita en aquel momento—. Vengo a tomar unas últimas medidas en el despacho. Pero si soy inoportuna puedo volver en otro...

—No, adelante. Pasa. Estaba en la cocina —ella asintió y se dirigió hacia la cocina seguida de él. Charlie volvió a tomar el yogurt en la mano y comenzó a comerlo con indolencia. Cuanto antes terminara la relación laboral con Susan, mejor. La casa que otrora le había hecho ilusión, ahora no le importaba en absoluto, y si Susan quería hacer un horror modernista de su despacho tampoco le importaba.

—¿El postre? —preguntó ella tratando de sacar algún tema.

—El almuerzo —respondió él.

—No me extraña que estés más delgado si solo almuerzas yogurt —sin duda en las dos semanas que hacía que no lo veía había perdido peso, se le veía cansado, ojeros y decaído.

—No tenía hambre —se defendió él.

Ella reparó en las fotografías esparcidas en la isla central de la cocina.

—¿Puedo verlas? —preguntó pidiendo permiso. Había visto la silueta de su amiga en ellas.

—Adelante —dijo él centrando su atención en el yogurt mientras se apoyaba en una de las encimeras.

—¿Son las fotos del tiempo que estuvisteis en el rancho?

—Sí —hizo una pausa—. Había olvidado que las había encargado. Acaban de llegar por correo.

—Es un lugar precioso y estáis muy guapos los dos —reparó en una foto que parecía que estaba hecha en la casa. Ella vestía un vestido rojo largo y él esmoquin. Se miraban como dos enamorados. De que su amiga estaba enamorada hasta las trancas era consciente, les había contado todo lo sucedido a Terry y a ella al volver y las tres habían llorado juntas. Sin embargo, ver aquella imagen y aquella mirada de él hacia su amiga era algo que no había esperado—. Estáis muy guapos en esta —dijo mostrándosela intencionadamente. Ahora quería ver su reacción.

—La noche de la cena benéfica de la emisora —apenas la miró un segundo para reconocerla. Susan juraría que le hacía daño la imagen.

—Será mejor que haga lo que venía a hacer si no quiero que me den las tantas.

—Adelante —dijo él.

Una vez hubo tomado las medidas oportunas para uno de los tapices que iba a colocar en el despacho volvió a la cocina donde el periodista aún seguía mirando las fotografías con gesto triste.

—Creo que ya he terminado por hoy —anunció Susan.

—Está bien —respondió Charlie.

—Hasta pronto entonces —respondió Susan girándose para irse.

—¿Cómo está Angie? —preguntó él. Se había prometido que lo iba a dejar pasar, que no iba a preguntar por ella, mucho menos a una de sus mejores amigas, alguien que podría llamarle miserable siendo la palabra más suave que podría salir de su boca y que además merecía. Pero lo cierto era que quería saber cómo estaba, vislumbrar

en aquella respuesta si estaba sufriendo por su culpa.

—Bueno. No se ha encontrado muy bien últimamente —dijo Susan siendo sincera.

—¿Qué le ocurre? —quiso saber. Ahora se mostraba preocupado.

—Aún no lo sabemos. Ha ido al médico. Pero probablemente no sea nada, un virus estomacal o algo similar.

—Te pediría que me dijese algo cuando lo sepas. Me quedaría más tranquilo.

—Lo haré —dijo Susan, reprimiendo las ganas de gritarle por qué demonios se preocupaba de cómo estaba después de cómo la había ilusionado para abandonarla y causarle aquel dolor que sabía que sentía su amiga, por más que trataba de disimular y ser toda sonrisas delante de Terry y de ella.

Se dirigió hacia la salida de la cocina, deteniéndose a medio camino para girarse de nuevo hacia él. Tenía que saber aquello.

—¿La echas de menos? —le preguntó finalmente.

—Es una gran asistente, tengo todo de cabeza y no sé si contesto a una cena o escribo una entrevista.

—No me refería a eso, Charlie —dijo en tono esclarecedor para él. Casi podía notar el reproche en sus palabras.

—Lo siento. Se me olvidaba que probablemente conoces toda la historia.

—Así es —dijo secamente Susan.

—Tendrás un pobre concepto de mí —dijo él sabiéndose culpable.

—Desde luego que lo tengo —le sostuvo la mirada que él rápidamente desvió quedando ambos en silencio.

—No debería decirte esto, pero no nos ha permitido en ningún momento que hablemos mal de ti —se sorprendió confesando Susan. Que la matasen si aquel hombre no estaba purgando con creces lo que le había hecho a su amiga.

—Siempre tan dulce —sonrió en lo que creyó Susan era un recuerdo amable.

—¿La echas de menos? —volvió a preguntar ella esta vez suavizando el tono de voz.

—Continuamente —reconoció él tragando saliva mientras se hacía otro largo silencio entre ambos.

—No sé si me estoy metiendo donde no debo, pero ¿Por qué no la llamas y habláis? —rompió Susan aquel incómodo silencio.

—Ella se ha tomado un tiempo. No debo molestarla. Se lo prometí y después de todo, se lo debo. Al menos no le fallaré en esto.

—Como tú veas, pero ese es mi consejo. Llámala —consultó su reloj—. Ahora sí me tengo que ir.

—¡Susan! —la llamó—. Te agradecería que no le dijese nada de esto que hemos hablado, ni que me has visto... así. Soy consciente de mi estado físico y no es el mejor. Solo que estoy desbordado de trabajo estas semanas. Ya sabes lo que es eso —mintió esbozando una falsa sonrisa.

—Está bien —convino ella. Desde luego que no había pensado en decírselo. No quería preocuparla. Bastante tenía su amiga ya.

TÍAS Y SERMONES

Llegó al fin a su casa después de aquel largo día y se estiró en el sofá de nuevo con las manos en el vientre. Comenzaba a sentirse feliz con la inesperada noticia de un bebé. Tendría un bebé de Charlie. No podía imaginar un mejor padre para su bebé, a pesar de su incapacidad para los sentimientos. ¡Y ella iba a ser madre! Había perdido toda esperanza al respecto de ser madre alguna vez y ahí estaba. Había escuchado sus latidos esa misma tarde y por primera vez en semanas había llorado de felicidad. Todo iba bien en ella y en su bebé. Era un pequeño milagro, aunque las circunstancias no eran ni mucho menos las adecuadas, pero saldría adelante. Lo sabía, tenía fe en ello.

Sumida en aquellos pensamientos, apenas se dio cuenta que era hora de ir a casa de Susan para la noche de chicas. Tomó las llaves de su coche y se dirigió hacia allí.

—Aquí nuestra enfermita —dijo Terry al abrirla la puerta y la abrazó.

—¡Hola chicas! —saludó ella alegremente.

—¡Hola nena! Tienes el mismo aspecto, pero te noto más contenta. Así que deduzco que no será ninguna enfermedad incurable —dijo Susan tendiéndole una copa de vino.

—No más vino, Susan —dijo rechazándola en un gesto—. A partir de ahora no podré beber alcohol.

—¿Qué te ocurre entonces? —preguntó Susan de pie en medio del salón con las dos copas en la mano.

—¡Estoy embarazada! —anunció ella.

—¿Que estas qué? —preguntó Terry incrédula.

—¿No os cuidasteis? —preguntó Susan dejando las copas de vino en la mesa baja del salón.

—No deis tantos saltos en el sofá que lo vais a romper —dijo ella en tono sarcástico al ver que sus amigas no se alegraban demasiado con la noticia. Había pensado que se alegrarían por ella. Iba a tener un bebé. Una nueva vida crecía en su interior y ellas iban a ser tías. Pero lo cierto es que parecía haber soltado un jarro de agua fría sobre ellas.

—Perdona —comenzó Terry recuperando el aliento perdido—. Es una noticia muy...

—Inesperada —terminó Susan no menos impactada por la buena nueva.

Las tres se abrazaron. Si Angie estaba embarazada, ellas la apoyarían en todo y estarían con ella, como siempre y hasta el final.

—¿Cómo estás cariño? —preguntó Susan al fin.

—Asustada por lo que se me viene encima, pero cuando he escuchado esta tarde los pequeños latidos de mi bebé he sabido que también estaba muy feliz y que era algo real —dijo sentándose en uno de los sofás.

—Pero ¿cómo ha podido suceder? —preguntó Susan—. Bueno, sé cómo sucede —puso los ojos en blanco—. Pensaba que te cuidabas al respecto.

—Sí. Yo tampoco sé cómo... nos cuidamos siempre, o eso creo —trató de recordar, como lo había tratado durante toda la tarde, sin hallar explicación—. Quizás algo falló o tuvimos algún descuido.

—No hay ningún método cien por cien efectivo —añadió Terry.

—¿Se lo vas a decir a Charlie? —quiso saber Susan.

—Aún no —sabía que aquella era la pregunta que saldría inmediatamente de la boca de Susan.

—¿A qué vas a esperar? —terció Terry.

—Quizás cuando esté de tres meses. Ahora solo estoy de seis semanas. Sabéis que siempre existen riesgos. Dios quiera que no suceda nada, pero por si acaso igual no es conveniente decírselo antes.

—Por el amor de Dios, Angie. Deberías decírselo ya. Tú sabes que lo estás, es suficiente. Lo que tenga que pasar, pasará —le dijo Susan.

—No, aún no. Necesito hacerme a la idea. Apenas hace unas horas que lo sé. Y no tengo fuerzas para enfrentarme a él y soltarle esta noticia.

—Querrás decir que no tienes fuerzas para verlo de nuevo —aseguró Terry y vio que la mirada de su amiga se ensombrecía. Ni por un momento las engañaba con aquello. La herida estaba abierta y sangraba por ella.

—Aún no tengo fuerzas para verlo —confirmó ella con los ojos humedecidos y vio cómo la miraban sus amigas. No había vuelto a llorar delante de ellas desde la noche en la que les contó toda la historia—. No os preocupéis, me ha dicho la ginecóloga que estaré muy sensible y lloraré por casi todo. Al parecer mis hormonas están jugando al baloncesto. Tendré que comprar los pañuelos por toneladas.

—Estaremos aquí para cuidarte y a tu bebé también —dijo Susan.

—¡Vamos a ser tías! —dijo Terry por fin cayendo en la cuenta de que tendrían un bebé para consentir y ambas gritaron a la vez. Angie rio con el entusiasmo final de sus amigas.

—Quiero hablar contigo en mi despacho una vez termine el programa —le dijo Candace con gesto serio entrando en el estudio en una pausa de publicidad.

—Allí estaré —dijo él volviendo a ponerse los auriculares.

Una vez terminado el programa, Charlie se dirigió al despacho de Candace.

—Siéntate, por favor —le pidió Candace.

—Tú dirás —dijo él tomando asiento.

—Charlie, ¿qué te ocurre?

—Nada.

—Siento discrepar contigo —comenzó a decir ella—. Hiciste unos programas muy buenos durante tu estancia en San Angelo. A pesar de la dificultad que ello conllevaba, y aquí de repente te veo desconcentrado, apagado incluso —se ahorró el comentario de que estaba ojeroso y juraría que había perdido un par de kilos.

—Me está costando adaptarme de nuevo —se disculpó él.

—Ya —dijo ella poco convencida—. ¿Qué ha ocurrido con tu asistente?

—Ya te dije hace tres semanas que está de vacaciones —respondió apartando la mirada.

Ahí estaba el problema. Lo conocía lo suficiente para saberlo. Algo había ocurrido con Angie. Él no la había vuelto a nombrar desde su regreso.

—¿Cuándo volverá?

—Aún no lo sé —dijo vagamente.

—¿Y qué demonios te ocurre con Blake Shelton? —quiso saber ella cambiando de tema.

—¿Con Blake Shelton? —preguntó él.

—Cada vez que el técnico de sonido pone una canción suya te cambia la cara. Y juraría que ocurre lo mismo con Tim McGraw, y si no recuerdo mal, erais poco menos que amigos.

—No me ocurre nada con Blake Shelton —dijo él.

—Estaría bien que me lo dijese, ya que como sabes vendrá en dos semanas al estudio. Si pones esa cara al escuchar una canción suya no quiero pensar la que pondrás cuando lo tengas delante y lo entrevistes.

—No te preocupes, le trataré con guantes de seda —dijo él aun sabiendo que le iba a ser difícil. Su música le recordaba dolorosamente a ella y los momentos que compartieron juntos.

—Charlie, te advierto que no quiero que su discográfica me acuse de que tratamos mal a su artista o que se pueda molestar el propio Blake por tu actitud. Esto no es un negocio de un día, ese hombre vende millones de discos, sale en televisión cada semana y da mucha audiencia. No podemos perderlo en el futuro.

—Lo sé Candace. Y te aseguro que se irá encantado cuando venga —dijo Charlie molesto levantándose de la silla y dirigiéndose a la puerta—. ¿Deseas algo más?

—No. Nada más —hizo una pausa y lo volvió a mirar de nuevo—. Espero que veas en mí a una amiga además de tu productora. Si necesitas ayuda de algún tipo, acude a mí.

—Gracias —dijo sin mirarla mientras salía del despacho.

CLAIRE EN LA CIUDAD

—Dígame —contestó ella distraída el teléfono el domingo por la mañana mientras escribía un artículo.

—Angie, cariño. Creo que te has olvidado de nuestro número. ¿Has perdido la pulsera que te regalé? —era la voz de Claire.

—¡Claire! —exclamó ella—. ¿Cómo estás? Discúlpame, he estado un poco indispuesta estas semanas. No la he perdido, la llevo conmigo siempre.

—¿Qué te ocurre, cariño? —preguntó preocupada.

—Nada importante por suerte. Un virus estomacal que me ha tenido un poco fuera de combate —odiaba tener que mentir, pero no le iba a decir la verdad. Tendría que hacerlo tarde o temprano, pero desde luego no en ese momento.

—Espero que no te impida quedar a almorzar conmigo el miércoles. Estaré desde el lunes allí, pero tengo el tiempo ocupado y por supuesto me gustaría quedar contigo antes de volver al rancho de nuevo.

—Estaré encantada de quedar contigo el miércoles, Claire.

—Te llamo entonces para confirmar lugar y hora antes.

—Perfecto. Nos vemos el miércoles.

—Un beso, cariño.

—¿Cómo estás Charlie? —le dijo su madre cuando lo vio entrar por la puerta del restaurante. Habían quedado en la ciudad, ella llevaba toda la mañana de compras. Se levantó y abrazó con fuerza a su primogénito.

—¿Qué tal el viaje, mamá? —le preguntó sonriendo tras separarse de ella.

—Bien. Como siempre —lo miró detenidamente—. Estás más delgado y parece por tus ojeras que tampoco descansas mucho.

—He tenido mucho trabajo al regresar. Apenas tengo tiempo de comer y dormir —respondió sabiendo que podría sonreírle y fingir buen humor, pero su aspecto físico no lo podía ocultar. Mucho menos a su madre. Se conformaba con tratar de conseguir que no notase su humor.

—Debes cuidarte. Si quieres puedo quedarme unos días más, cocinar para ti y cuidarte un poco.

—No, mamá. Estoy bien. Seguro que papá te necesita más que yo —le sonrió de nuevo. Ya era lo bastante difícil tener que fingir los próximos dos días un estado de ánimo que no era el suyo como para prolongar su estancia y fingir durante más tiempo. Podría resultar agotador.

—Olga se puede encargar de cuidar de tu padre y tus hermanos. Y yo puedo encargarme de ti.

—Insisto en que no es necesario, mamá. ¿Pedimos la comida? —propuso él intentando apartarla de aquella idea.

—Pidamos la comida —convino ella. Aunque le veía esforzarse por sonreír y estar animado sabía que su estado no era ese. Tenía mal aspecto y suponía que anímicamente no estaba mucho mejor. A ella no podía engañarla con aquellas sonrisas falsas. Lo conocía desde que no levantaba un palmo del suelo.

—Me encanta tu casa, Charlie. Has hecho una gran inversión. La decoración es exquisita —dijo su madre ya en Manor, mientras se dirigían al despacho, la única habitación inconclusa de la casa.

—¡Susan! —exclamó Charlie abriendo la puerta—. Pensaba que ya te habrías ido.

—En realidad acabo de llegar. He venido dando un paseo. Como he visto que no estabas en casa pensé que no te importaría.

Lo cierto era que no quería encontrárselo, no quería que le preguntase por Angie y mentirle, sabiendo que había un hijo suyo creciendo dentro de su amiga mientras que él seguía con su vida. Y sabía que no podía decírselo, porque eso era trabajo de Angie.

—Sabes que no me importa —le dijo—. Te presento a mi madre, Claire.

—Encantada —dijo Claire—. ¿Y esta señorita es? —le preguntó a Charlie subiendo una ceja. Esperaba que no hubiera sustituido a Angie. Aún mantenía esperanzas de que se arreglase la situación entre ellos. De hecho quería tantear el terreno y ver si podía hacer algo al respecto.

—Es Susan, artífice de la decoración de la casa. Mi decoradora.

—Ohh —dijo Claire aliviada—. Encantada de conocerte. Déjame decirte que me hallo fascinada con el trabajo que has realizado aquí.

Sonó el teléfono de Charlie y tras disculparse salió de la habitación.

—Gracias. Angie me ha hablado mucho de usted y de su gran gusto sobre todo para la ropa. Creo que el maravilloso vestido rojo que he visto en varias fotografías fue decisión suya.

—¿La conoces? —quiso saber—. Y por favor, no me trates de usted. Llámame Claire.

—Está bien, Claire. No solo la conozco, sino que es una de mis mejores amigas.

—Espero que no te importe mi pregunta, cariño —dijo cogiéndola del brazo para dotar de más intimidad al momento. Le venía más que bien tener un adelanto acerca de cómo se encontraba Angie antes de verla. No había tenido muy buenas vibraciones cuando la había llamado por teléfono hacía unos días—. ¿Cómo está ella?

—No mucho mejor que él —respondió Susan.

—Ya veo —dijo dándose cuenta de que Susan estaba al corriente de la historia que habían tenido ambos. Y de que el declive de Charlie era más que evidente incluso para alguien de fuera.

—He vuelto —anunció Charlie entrando por la puerta.

—Le estaba diciendo a Susan que me encanta el estilo que le está dando a tu despacho —disimuló desasiéndose del brazo de la joven.

—Nos está costando llegar a un acuerdo al respecto. Yo abogo por algo más moderno y él me corta las alas ya que desea algo más tradicional —defendió Susan sin darle tiempo a contestar y siguiendo el tema de Claire. Sabía que aquella mujer había intentado por todos los medios unir a su amiga con Charlie cuando fue consciente de los sentimientos de ella.

—Seguro que la sangre no llegará al río y podréis encontrar un término medio —dijo Claire—. Bien, cariño. No te entretengamos más, ha sido un placer conocerte.

—El placer ha sido mío, Claire.

Salieron de la habitación y se dirigieron a la cocina donde Claire se sirvió un vaso de agua antes de anunciar:

—Cariño, si me disculpas, el viaje ha sido largo y me gustaría recostarme. ¿Dónde puedo encontrar una aspirina?

—En el segundo cajón de mi mesilla hay —dijo él—. Voy a buscártelas.

—No, ya las cojo yo de camino a mi habitación, cariño. Atiende a Susan y discúlpame con ella cuando se vaya.

—Descansa, mamá. Si necesitas algo, llámame —le dijo besándola en la mejilla.

—Gracias, cariño.

Subió las escaleras y localizó la habitación de su hijo. ¿Le había dicho en el primer o en el segundo cajón? Abrió el primero y pudo ver una fotografía de Angie. Estaba relajada con los ojos cerrados en el porche trasero del rancho. Debajo de esa había otra de la noche de la cena, esa la reconoció, la había tomado ella. En ella se miraban fijamente con una expresión muy tierna. Una autofoto de los dos riendo con la casa al fondo. Su hijo con una taza de café mirando por la ventana. Esa seguro que la había tomado ella. Había más de cien fotografías, pero después de una treintena el resto eran paisajes o animales.

—Así que, finalmente tú sientes lo mismo por ella, Charlie —dijo Claire en voz alta suponiendo que veía aquellas fotografías a diario.

Su aspecto físico unido a aquellas fotografías lo dejaba todo muy claro. Se había arrepentido de dejarla marchar. Pero tampoco veía que hiciera nada para arreglarlo. Estaba más decidida que nunca a hablar con Angie, a sopesar la situación y a planear algo para unirlos de nuevo. Guardó las fotografías donde estaban y miró en el segundo cajón, donde se encontraban las aspirinas.

NO ME PUEDES ENGAÑAR

Angie estaba esperándola en el restaurante cuando ella llegó.

—¡Claire! ¿Cómo estás? —dijo Angie levantándose en cuanto la vio y ambas mujeres se abrazaron.

—Estoy muy bien, cariño —respondió Claire examinándola tras terminar de abrazarla. Susan tenía razón, no tenía mucho mejor aspecto que Charlie. Estaba visiblemente más delgada y tenía un aspecto cansado—. ¿Cómo sigues de tu virus estomacal?

—Intentando recuperarme, poco a poco —respondió ella.

Comenzaron a hablar del rancho, de Sam, Luke y Samy y de las compras que había ido a hacer a Austin. Notó como ella ahogaba varios bostezos. ¿La estaría aburriendo? La camarera les tomó nota. Angie pidió una ensalada con pollo ya que era casi lo único que podía mantener en el estómago en los últimos tiempos y Claire pidió un *fish and chips*. Angie se puso nerviosa en cuanto la oyó pedirlo. No sabía si iba a poder soportar el olor del pescado, era algo que había comenzado a darle asco hacía un par de semanas. Solo de pensarlo se le revolvió el estómago. Claire notó su malestar.

—¿Está todo bien, cariño? —preguntó.

—Sí, Claire —intentó sonreír ella—. Tranquila. Es solo que el estómago me está molestando un poco.

—Si quieres podemos irnos —propuso Claire.

—No, por favor. Para un día que vienes a la ciudad, quiero almorzar contigo —dijo cogiéndole la mano. Claire la notó fría.

—Está bien, pero si te sientes mal me lo dices y nos vamos, ¿me lo prometes?

—Te lo prometo —convino Angie.

Continuaron conversando en esta ocasión acerca del trabajo de Angie. Los últimos artículos que había escrito. Claire se había convertido en una auténtica fan de ella.

La camarera dejó la ensalada y el *fish and chips* delante de ellas. Angie pudo notar el olor del pescado y comenzó a ponerse nerviosa a la vez que su estómago se le revolvió de forma violenta. Necesitaba ir al baño.

—Discúlpame —pudo articular antes de salir a toda prisa hacia los baños.

Claire la había estado observando. Notó cómo le había dado asco el pescado que le había servido la camarera. Y sin embargo, recordó que durante su visita al rancho comieron varias veces pescado y no tuvo ningún reparo en ello. Lo mejor sería cambiarlo por otra cosa. Llamó a la camarera y pidiendo disculpas, le pidió que le cambiase el plato por otra ensalada con pollo, que se haría cargo en la cuenta. La camarera le retiró el pescado.

Y entonces lo recordó con si de un rayo se tratara. Recordó ese mismo asco por el pescado. Si a eso le sumaba la bajada de peso y que casi se había quedado dormida hablando con ella tenía la ecuación perfecta. Uno más uno, siempre eran dos.

—¡Dios mío! —dijo en alto sin poder contenerse.

Minutos más tarde regresó Angie del baño luciendo una sonrisa.

—Lo siento, Claire —se disculpó ella.

—¿Quieres que nos vayamos?

—No, no, ya ha pasado. Podemos seguir comiendo. ¿Tu pescado? —preguntó viendo que ya no estaba en la mesa y dio gracias a Dios por ello.

—He decidido que me apetecía más tu ensalada. No tenía un gran aspecto.

La camarera se acercó y le llevó la ensalada. Claire se lo agradeció con una sonrisa y ambas comenzaron a comer.

—Deliciosa —dijo Claire—. Te sienta bien para el estómago la ensalada, ¿verdad?

—La verdad es que es casi lo único que me aguanta en el estómago desde hace unas semanas —reconoció ella.

—Quizás debas probar los frutos secos. Son muy nutritivos y van muy bien para el estómago —quería una confesión, no es que no lo supiera con certeza, pero quería escuchárselo decir a Angie.

—Gracias. Quizás lo haga.

—No es un virus estomacal, ¿cierto? —preguntó seriamente Claire y ambas se miraron a los ojos. No podía seguir con aquella farsa. Tendría que ser más directa.

—No —Angie soltó el tenedor en el plato y bajó la mirada. Supo que Claire la acababa de descubrir. Aquella mujer era demasiado intuitiva y en ese momento no era una virtud para ella. Claire se iba a poner hecha un basilisco—. No lo es —puso los codos sobre la mesa y se cubrió la cara con las manos. Sintió que sus ojos se le llenaban de lágrimas.

—¿Hace cuánto que lo sabes? —quiso saber.

—Hace menos de una semana —dijo quitando sus manos de la cara y limpiándose las lágrimas con la servilleta sin levantar la vista aún.

—Cariño, tranquila, no te voy a reprochar nada —dijo Claire dulcemente tomándole la mano. Había notado su nerviosismo, incluso vergüenza con ella.

—Lo siento, Claire —dijo ella atreviéndose a mirarla de nuevo durante un instante.

—No lo sientas. Son cosas que pasan.

—Creía que no habíamos sido descuidados al respecto.

—Eso ya no es importante. Solo quiero saber una cosa. ¿Lo tendrás? —preguntó con miedo a su respuesta.

—Sí. Jamás me plantearía otra opción —respondió segura de sí misma—. He podido... escuchar su corazón y fue algo muy especial —dijo mientras le caían las lágrimas de nuevo.

—Entonces cuenta conmigo a tu lado siempre que me necesites —respiró Claire satisfecha. Por un momento había sentido miedo con la posibilidad de que ella no deseara tener a su futuro nieto.

—Perdón, señorita —intervino la camarera que las observaba a cierta distancia desde hacía un rato—. ¿Está usted bien?

—No te preocupes, cariño —le dijo Claire—. Mi hija solo está embarazada, tiene las hormonas alteradas y llora continuamente. Gracias por preocuparte.

—¡Felicidades! —respondió la camarera mientras sonreía satisfecha con la explicación.

—¿Tu hija? —preguntó Angie enjugándose las lágrimas de nuevo con la servilleta una vez se hubo ido la camarera.

—Bueno, cariño. Después de esto, creo que no necesitaremos que Luke siga con su engorroso proceso de adopción. Acabas de entrar por la puerta grande en la familia Atkins —afirmó Claire y vio que nuevamente sus ojos se llenaban de lágrimas—. Pero no llores más, que vamos a preocupar a todo el personal del local.

—Lo siento, Claire. Gracias, de verdad —le sonrió sinceramente. Al menos no la había juzgado, ni culpado y sabía que estaba de su lado. Su bebé tendría a su abuela paterna totalmente entregada.

—Ahora vamos a comer, que para algo que te sienta bien en el estómago, no vamos a desaprovecharlo.

—De acuerdo —dijo ella acatando la orden.

—No quiero importunarte —comenzó Claire de nuevo al cabo de un rato—. Pero deduzco que Charlie aún no lo sabe. No me cabe la menor duda que de saberlo seríamos tres en esta mesa hoy. Perdón, cuatro —se corrigió contando a su nuevo nieto o nieta.

—He pensado en esperar un poco más hasta comprobar que va todo bien. Y sinceramente, Claire, sabes lo que pasó entre nosotros y no estoy preparada para verlo de nuevo —dijo ella con dolor.

—¿Lo echas de menos?

—Cada minuto. No pensé que sería tan difícil. Y cada día creo que me cuesta más.

—Tienes que decirselo. Tiene derecho a saberlo.

—Lo sé y lo haré. Solo dame un poco de tiempo. Necesito tener fuerzas para hacerlo. Y por favor, dime que no se lo dirás.

—No se lo diré, solo porque espero que lo hagas tú. Pero te advierto que si tardas demasiado me veré en la obligación de hacerlo.

—Gracias. No quiero que se sienta obligado a nada solo porque voy a tener un hijo suyo.

—Él está enamorado de ti —dijo Claire.

—No. Yo lo sé mejor que nadie y él mismo me lo dejó muy claro cuando me fui. El no sentía lo mismo.

—Sé que lo sentía. Solo que no se había dado cuenta o no quería admitírselo —afirmó Claire.

—Que para el caso es lo mismo.

—Quizás haya reflexionado estas semanas. ¿Por qué no lo llamas? ¿Por qué no habláis? Quizás así puedas comprobarlo. Y dependiendo de lo que veas, decides si decirselo ahora o más tarde.

—¿Ha dicho algo al respecto? —preguntó esperanzada de nuevo.

—No, pero, quizás debáis hablar.

—No estoy preparada, Claire. No aún —se fustigó en su interior. Había sentido la esperanza durante unos segundos de que él hubiera cambiado de idea, que hubiera descubierto que quería intentarlo al menos. Era una estúpida. Aquello no iba a pasar. Y cuanto antes se diera cuenta, antes podría seguir con su vida sin él.

—Ahora vamos a planear algo —propuso Claire sacándola de sus pensamientos—. Quiero que vayamos a tu casa, hagas la maleta y te vengas conmigo al rancho el tiempo que quieras.

—Es una locura. No puedo...

—Sí que puedes. Estoy segura que el aire del campo te vendrá estupendamente, podremos conseguir que duermas mejor y trataremos con todos mis viejos trucos intentar mitigar en la medida de lo posible las náuseas.

—Pero...

—Sin peros. Traerás tu portátil y seguirás escribiendo esos maravillosos artículos tuyos que leo.

—¿Y si Charlie...

—Oh. ¿Era eso? Acabo de estar dos días con él aquí. No creo que tenga intención de ir a vernos este fin de semana justamente. Prometo avisarte en caso de que venga por si deseas volver antes o quedarte aunque opino que debes enfrentarte a él cuanto antes, pero no te voy a obligar, desde luego.

—¿Qué les diremos al resto cuando me vean como me has visto hoy tú?

—Les diremos que es un virus estomacal, aunque es un feo nombre para mi nieto —sonrió—. No notarán la diferencia. Si alguien puede notar algo es Sam porque él me ha visto antes así, pero en ese caso le mantendré a raya. Y sobre todo, te prometo que el pescado no hará acto de presencia en nuestra mesa mientras estés.

—Está bien, Claire —sonrió—. Me has convencido. Iré unos días.

—Siendo así, paguemos la cuenta. Dejemos una generosa propina a las camareras por soportarnos hoy y vayamos a por tus cosas.

Casi cuatro horas de autopista más tarde dejaron a un lado la 67 y entraron por el camino que conducía al rancho.

Luke venía de los establos y vio cómo su madre se bajaba del coche.

—Has vuelto, mamá —La abrazó y ella estuvo encantada de abrazar a su hijo.

Angie seguía maravillada con el cariño que se profesaban en aquella familia. Iba a ser un buen ambiente para su bebé, estaba segura.

—Parece que tienes cinco años, Luke —dijo Claire.

—¿Qué puedo decir? Te he echado de menos.

—He traído una sorpresa —dijo Claire señalando detrás de su espalda. Luke no se había percatado que detrás de él estaba Angie hasta que se giró para saber qué sorpresa había traído su madre.

Luke lució una gran sonrisa cuando la vio y ella se la devolvió a su vez.

—¡Hermanita! —dijo mientras la abrazaba levantándola del suelo. Ella le abrazó a su vez con fuerza. Sintió que Luke era un pedacito de Charlie y se sintió bien mientras daba media vuelta con ella en el aire. Pero no era Charlie.

—¡Cuidado Luke! —dijo su madre preocupada por su futuro nieto—. Viene a descansar y respirar aire puro. Ha estado un poco débil y necesita reponer fuerzas.

—Vaya, lo siento —dijo bajándola automáticamente al suelo y se fijó en ella. Parecía cansada y se notaba que había perdido varios kilos.

—No te preocupes, ya estoy mejor —dijo Angie quitándole hierro al asunto mientras sonreía.

—Pues vamos a darte de comer, proporcionarte bonitos paseos y mucha paz. Esto es el campo. Ya sabes cómo es.

—Gracias. Tu madre se empeñó en traerme —dijo ella resignada.

—Ha hecho muy bien. Aquí cuidaremos de ti. Dejad que os ayude con las maletas —se ofreció él.

Todos en el rancho la recibieron con alegría. Recordaba cuando Charlie le dijo que la vida en el rancho era monótona y alguien nuevo resultaba un soplo de aire fresco.

CONOCIENDO A MAX

—Creo que no nos han presentado formalmente —dijo una voz masculina tras Charlie, en la pequeña cocina abierta de la emisora.

Se giró reconociendo, en aquel hombre al menos veinte centímetros más bajo que él, al concejal de juventud de Austin. Realmente no los habían presentado nunca. Pero estaba al tanto de la identidad de todos y cada uno de los concejales del ayuntamiento. Al fin y al cabo era parte de su trabajo.

—No, creo que no —respondió Charlie dejando la taza en la encimera.

—Max Martínez —le tendió la mano con una sonrisa aquel hombre moreno de pelo y ojos negros. Sabía que era de origen latino, como la mayoría de los concejales de la ciudad. Charlie la estrechó, pero no le terminaba de cuadrar aquel interés en conocerlo y cómo lo estaba escrutando el concejal—. Acabo de hacer una entrevista en el programa de la mañana y te he visto, así que he decidido presentarme. Creo que es oportuno que nos conozcamos, dado que mantenemos ciertas amistades en común.

—¿En serio? —preguntó Charlie intrigado. No podía imaginarse a quién podrían conocer ambos.

—¿No te lo ha dicho? —rio Max.

—Decirme, ¿quién?

—Angie. Angie Cooper —dijo el latino.

—¿Angie? —preguntó Charlie tensándose al escuchar ese nombre en la boca de aquel hombre.

—Sí —rio de nuevo—. Vaya, no me sorprende. Digamos que quizás ya no nos llevamos tan bien como antes. Pero no sabía que había comenzado a ocultarme.

Charlie entrecerró los ojos. ¿Quién era aquel tío y por qué le hablaba de Angie?

—Salimos juntos hasta hace un par de años.

—No me digas —dijo Charlie comenzando a hacerse una idea de quién era.

—Sí, bueno. Ella decidió dejarlo. Al parecer no buscábamos lo mismo en la vida. La vi hace unas semanas en prensa. Está muy guapa por cierto, parece que ha adelgazado algo al fin.

—¿Perdona? —confirmado, aquel gilipollas era el imbécil del ex de Angie. Aquel tipo que la había hecho sufrir menospreciándola físicamente y como mujer. Le estaba costando no mandarlo a la mierda y decirle cuatro palabras y ninguna de ellas era educada.

—Al parecer estáis juntos ahora. Aparte de trabajar aquí, que por cierto, esperaba encontrármela y poder saludarla.

—No estamos juntos —salió de la boca de Charlie sin querer.

—Ah —se sorprendió Max—. Vi unas fotos y pensé que... Bueno, supongo que te habrá ocurrido como a mí.

—¿Qué te ocurrió a ti? —le preguntó Charlie.

—Bueno, Angie es muy especial. Inteligente, dulce, sincera, pero... no es la persona que un hombre con un perfil público como el nuestro debe tener a su lado.

—¿Qué? —le preguntó aun imaginándose por donde iban los tiros.

—Sí, bueno, estamos entre hombres, ambos somos prácticos. No me andaré con rodeos. Ella no es el canon de belleza que se espera que esté al lado de un hombre como nosotros. Ambos necesitamos una mujer más delgada, se lo dije a ella, los gordos son el problema de América, un hombre como yo no debe fomentarlo con una mujer así a su la...

No pudo terminar de exponer su argumento porque Charlie lo cogió por las solapas de su caro traje italiano y lo movió hasta la pared de la cocina golpeándole contra ella. Era lo máximo que podía escuchar, que aquel malnacido la ofendiese nuevamente después de todo el dolor que le había causado en el pasado y que aún le causaba sin saberlo.

—A ver, gilipollas —le dijo con rabia. Sabía que aquel hombre le había hecho daño de la peor forma a Angie y él había visto las consecuencias de ello en los últimos meses. La desconfianza en sí misma, la vergüenza a mostrar su cuerpo, a ser amada tal como era. Ella se había cuidado mucho de decirle quien era aquel imbécil, pero ahora que lo sabía y lo tenía delante no se iba a ir de rositas—. El problema de América no son los gordos, el problema de América son los tipos como tú. Con prejuicios y que no saben ver más allá de un físico y vivir de las apariencias.

—Yo... —trató de decir el concejal.

—Tu eres un hijo de puta que merece ser tratado como lo que eres, una escoria. Angie es una mujer diez, que desde luego no entiendo qué coño vio en un tipejo como tú y no sé cómo tan siquiera mereciste un día tenerla.

—Ella... —volvió a tratar de hablar el latino.

—Es una mujer de bandera, con un físico y una belleza espectaculares, inteligente y dulce y no nos merece a ninguno de los dos. Es un regalo que una mujer como esa tan siquiera se muestre interesada por alguien como tú o yo. Y deberías sentirte agradecido del tiempo de su vida que malgastó contigo porque desde luego no vas a volver a conocer a alguien similar.

Varios periodistas acudieron al rescate del concejal apartando a Charlie de él. Vieron como su compañero estaba fuera de sí y temían que el desenlace de aquello iba a ser a golpes, y no parecía ni por un momento por cómo le sostenía Charlie, que el político fuera a tener algún tipo de oportunidad de salir vencedor de la contienda.

—Está bien, chicos —dijo Charlie intentando que sus compañeros lo soltasen. Sabía que se había excedido y lo que había estado a punto de hacer, en medio de la redacción de la emisora y con un concejal del ayuntamiento. Podría controlarse y no partirle la cara, que era lo que realmente le apetecía, pero se contendría porque estaba en su trabajo.

Los dos jóvenes periodistas, uno de ellos del equipo del programa de Charlie, lo soltaron. El concejal se estiró su caro traje sin dejar de mirar a Charlie, que le sostenía la mirada, aún amenazadora. ¿Quién se creía aquel periodistucho ranchero y paleta de tres al cuarto que era para hacerle aquello?

—Si te casas con ella seguro que no puedes cogerla en brazos para cruzar el...

Ni siquiera pudo terminar la frase cuando se encontró con un rápido derechazo de Charlie en la mandíbula que ni siquiera pudieron ver venir los periodistas allí presentes. Charlie miró a sus compañeros poniendo las palmas delante de él, dando a entender que eso era lo máximo que pensaba hacer y que no pensaba repetirlo, evitando que lo sostuvieran de nuevo. Conocía aquella frase y conocía las consecuencias de ella en Angie. Recordaba cómo había salido llorando del baño y él la había consolado en su regazo durante largo rato. Y todo fue por ese estúpido dicho de aquel tipejo.

—¡Me has roto el labio! —se quejó el concejal posando su mano en la comisura de la boca para limpiar un hilillo de sangre.

—Agradece que estamos en mi trabajo, y que eso es solo una caricia. De lo contrario te habrías llevado más que eso —le dijo con voz firme.

—Tu trabajo por poco tiempo. Te demandaré.

—Bien, adelante, hazlo.

—No sabes en el lío que te has metido golpeando a un concejal. Le contaré a todo el mundo que me has atacado sin previo aviso.

—Y yo contaré que el concejal de juventud maltrató psicológicamente a una mujer por su físico. Unos valores muy loables, señor Martínez.

—No serás capaz... maldito...

—¡Pruébame! —le retó Charlie.

—Maldito bastardo hijo de... esto no va a quedar así.

—Cuando quieras —lo retó nuevamente Charlie con una media sonrisa en su boca. Le daba igual una demanda de un político local. Tenía el suficiente dinero y los suficientes micrófonos a su alcance para poder desestimarle de un plumazo. Lo último que deseaba un tipo como aquel era que saliera a la luz sus prejuicios con una de sus antiguas parejas. Aunque desde luego, él no pensaba contar las intimidades que tanto habían hecho sufrir a Angie. La prensa no era tonta, y sabían sumar dos y dos,

podrían averiguar que esa mujer era ella y lo último que deseaba era hacerle más daño del que tanto el concejal como él mismo ya le habían hecho. Pero eso era algo que Max Martínez no sabía y jugaba a su favor.

CONSECUENCIAS

—¿Qué coño ha sucedido con el concejal de juventud ahí fuera? —le espetó una furiosa Candace tras cerrar con un sonoro portazo la puerta de su despacho. Charlie acababa de entrar en él. Alguien le había contado lo ocurrido y en poco más de una hora estaba recibiendo su castigo.

—Nada —dijo él mientras se sentaba en el sillón frente al escritorio de ella.

—¿Nada? —pregunto de nuevo furiosa mirando los nudillos de la mano derecha de su periodista estrella. Estaban enrojecidos.

—¿Esto es nada? —le tocó la mano sin ceremonias.

Él tuvo que reprimir un gesto de dolor. Le había pegado fuerte y su mano se resentía. Pero no se arrepentía ni por un segundo, ni siquiera de sentir el dolor. Era una penitencia muy leve.

—Es un gilipollas —dijo Charlie al fin.

—Vale, es un gilipollas —Candace se apoyó en la mesa del escritorio a menos de medio metro frente a él—. Ya sabemos todos que es un gilipollas, pero no le pegamos por ello.

—Alguien tenía que hacerlo alguna vez.

Candace sopesó la respuesta.

—Charlie, estás descontrolado y créeme si te digo que no te reconozco. No puedes pegar a un concejal en la redacción de una emisora plagada de periodistas.

—¿Propones que sería mejor quedar en la calle? —preguntó en tono burlón Charlie. Aunque desde luego lo habría deseado. Deseaba hacerle daño a aquel tipejo, como no lo había deseado en su vida con nadie. Quitarle todos los prejuicios a golpes, o al menos, hacerle pagar por ellos y por el dolor que había causado.

—No me parece un tema para tomarlo a broma. ¿Qué coño te pasa, Charlie?

—No me pasa nada, Candace. ¿Puedo irme? —se levantó de la silla.

—Sabes que tendría que despedirte por esto, ¿verdad? —lo fulminó con la mirada.

—Haz lo que tengas que hacer.

—¿Quieres que te despida? ¿Es eso? ¿Por eso has pegado a un concejal?

—No, Candace, no quiero que me despidas. Pero sinceramente, me trae sin cuidado lo que hagas conmigo —se dirigió a medio camino entre la puerta del despacho y Candace.

—¿Acaso tienes alguna oferta de la competencia?

—No tengo ninguna maldita oferta de la competencia —se giró para mirarla.

—Entonces ¿por qué te comportas así? ¿Por qué le has pegado a ese tipo?

—No me comporto de ninguna manera. Ese tipo es escoria y se lo venía buscando. Simplemente.

—¡Y una mierda!

—¡Joder, Candace!

—¡Ese tono conmigo, Charlie Atkins! Aún soy tu productora y...

—¡Maldita sea! —exclamó Charlie interrumpiéndola harto de aquello—. Le pegué porque es un maldito maltratador de mujeres. Psicológicamente, pero maltratador al fin y al cabo.

Candace permaneció en silencio unos instantes sopesando lo que acababa de decir Charlie.

—Eso es una acusación muy grave —le dijo ahora con un tono más calmado—, espero que tengas pruebas de ello antes de que se haga público...

—Tengo pruebas de lo que digo, pero no se va a hacer público y es algo que no va a salir de este despacho —advirtió Charlie.

—Pero entonces, ¿por qué pegarle? Si no piensas hacer nada con la información...

—Porque lo merecía. Hasta ahí Candace —advirtió Charlie—. Ahora si aún quieres despedirme...

—Los dos sabemos que no quiero despedirte. Pero deberás controlar tu genio en el futuro. No se pueden repetir episodios como el de hoy en mi redacción.

—Bien. Siento que haya sido aquí, pero no siento en absoluto lo que he hecho.

—Sabes que puede que mañana tenga presiones desde el ayuntamiento para despedirte.

—No creo que ese tipejo quiera que salga a la luz el asunto, así que lo dudo. Pero si las recibes, haz lo que tengas que hacer. No te guardaré rencor por ello —le dijo tranquilo mirándola desde la puerta.

A pesar de que sabía que había algo que atormentaba a Charlie desde las últimas semanas, Candace admiraba a aquel hombre que tenía frente a ella. Tan seguro de sí mismo, tan templado ante una amenaza de despido. No se podía explicar cómo había perdido los papeles de la forma en la que lo había hecho hacía un par de horas. Habían tenido enfrentamientos muy tensos en la redacción en aquellos años cuando un entrevistado no salía contento y él siempre era el primero que trataba de calmar los ánimos. Jamás actuó de forma violenta ni nada que se pareciera con nadie, hasta ese día.

—Hablaré con los periodistas que han visto la escena. Jurarán que nada ha pasado, incluso si es necesario dirán que el concejal se ha tropezado él solito. Mantendrán la boca cerrada y así solo será tu palabra contra la de él.

—No necesito que... —la interrumpió él.

—Ya sé que no lo necesitas y que te importa tu futuro una mierda, pero lo haré igualmente. Ahora tómate el resto del día libre.

—No quiero el día libre.

—Ya sé que no lo quieres, pero lo harás. Y ponte hielo en esa mano. Adiós Charlie. Hasta mañana —le despidió recalcándole con aquellas palabras que no quería cruzárselo en lo que restaba de día—. Y despídete del sueldo de hoy.

Debía mantener su autoridad en la redacción, que el resto de los periodistas pensasen que lo había enviado a casa a pensar en su error, como castigo. Pero lo cierto era que, aunque nunca lo admitiría, si Max Martínez era lo que Charlie estaba seguro que era, y ella confiaba en él, se alegraba en su interior de lo sucedido. Ella conocía aquel tema más de lo que nadie debía hacerlo. Y por eso, le iba a encubrir hablando con el resto de periodistas.

DE NUEVO EN EL RANCHO

Los días siguientes Claire la instó a desayunar con pan tostado y realmente sintió su estómago mejor. No tuvo tantas náuseas esas mañanas. Claire la acompañaba a pasear por el jardín y los alrededores de la casa. Las tardes eran otro escollo para ella que calmó comiendo frutos secos. Consiguió descansar mejor por la noche aunque además de eso dormía varias siestas al día.

—Mírate —dijo Claire esa mañana—. En solo tres días aquí tienes mejor aspecto.

—Y me siento mejor —reconoció ella con una sonrisa. Agradecía a Claire que la hubiera empujado a ir al rancho. Sin ella, sus consejos y su paciencia, no lo hubiera logrado. Terry y Susan eran sus amigas, pero no sabían nada de embarazos ni bebés.

—Vas a tener una niña —dijo Claire mirándola fijamente tras haber guardado silencio.

—¿Por qué lo sabes? —preguntó ella extrañada.

—Tienes una piel estupenda y estás muy guapa. Cuando son niños no se tiene ese cutis. Suelen estropear más a la madre. Créeme.

—¿Tú crees? —dijo ella ilusionada con la idea.

—Estoy convencida de ello.

—Deseo que sea niña —dijo ella—. Y sé que a Charlie también le gustaría que lo fuese. Aunque si es niño lo querré igual.

—¿Qué nombre te gustaría para ella?

—Victoria —respondió. Claire reconoció el nombre de la madre de Sam. No podía ser una coincidencia.

—Así que Charlie y tú hablasteis de ello en alguna ocasión.

—No de hijos de los dos. Simplemente un día estuvimos hablando de hijos en general. Él decía que nunca tendría y yo decía lo mismo. Ninguno de los dos teníamos expectativas de encontrar pareja a tiempo para ello. Aunque le dije que él tenía más posibilidades que yo y si elegía una mujer joven podría tener hijos con ochenta años —sonrió al recordarlo.

—Y mira tú por donde los dos tendrás. Además, juntos —reflexionó Claire contenta al verla sonreír. Aún no había perdido la esperanza. Confiaba en que Charlie solo necesitaba un empujoncito para volver a estar con Angie, y rogaba porque aquel bebé fuera aquel empujoncito que los volviera a unir y sanara todas las heridas de su hijo mayor—. ¿Se lo dirás pronto?

—Sí. Lo haré. Ahora que me encuentro mejor, estoy decidida a hacerlo.

—Si me necesitas a tu lado en ese momento, no dudes en pedírmelo —dijo Claire pasando el brazo por sus hombros para atraerla hacia sí.

—Creo que podré hacerlo yo sola. Y debo hacerlo —suspiró confiada en sí misma por primera vez al respecto. Se sentía físicamente mejor y comenzaba a ver lo vivido con Charlie como si de un regalo se tratase, un regalo que se iba a materializar en un bebé de ambos. Ya no le dolían tanto los recuerdos. Sabía que por fin estaba comenzando a superarlo. Podría decírselo mirándolo a los ojos, con la voz firme y dejarle claro que no necesitaba de él nada que no estuviera cien por cien dispuesto a dar.

—Muy bien, cariño —besó su mejilla—. ¿Te importa si pongo el programa de Charlie en casa? Va a empezar.

—Puedes ponerlo —convino ella.

—No lo has vuelto a escuchar, ¿verdad? —preguntó Claire.

—No, no lo he hecho. Pero si quiero contarle esto, más vale que me vaya acostumbrando a su voz de nuevo.

—Si te sientes mal con ello, dímelo y lo apago.

—No te preocupes, si me siento mal, iré a dar un paseo.

Claire entró en la casa y encendió la mini-cadena. Ella permaneció en el porche delantero tomando el sol de la mañana de otoño mientras permanecía sentada en una de las mecedoras con los ojos cerrados. Allí estaba su voz de nuevo, la voz de Charlie. Se sintió bien y mal a la vez mientras la escuchaba. Había deseado escucharla de nuevo desde hacía semanas y a la vez le recordaba lo que lo echaba de menos, estaba superando aquello, sí, pero aún lo echaba de menos. Su timbre era un poco diferente, sonaba más apagado y la preocupó. Quizás solo fueran los altavoces estéreo.

Sonó una canción de Blake Shelton, *I need my girl*. Recordó cuando se desgañitaron cantándola a dúo en el hidromasaje y lo que se divertieron haciéndolo. Charlie entró tiempo después y su tono sonaba aun más apagado, aquello no eran los altavoces del estéreo. Le sucedía algo. Estaba anunciando que Blake les acompañaría el sábado siguiente para una entrevista pero apenas ponía pasión en ello.

—Charlie, ¿qué te sucede? —dijo ella en voz alta abriendo los ojos.

Candace observó a través del cristal del control el gesto de dolor de Charlie al escuchar la canción que puso el técnico de sonido para presentar la entrevista de la semana siguiente. La charla que habían mantenido la semana anterior no había servido de nada. Presentó la entrevista con desgana incluso. Hablaría de nuevo con él después del programa y tendría que ser más clara al respecto esa vez. Sabía que sorpresivamente su asistente había desaparecido del mapa, presuntamente de vacaciones, algo que no se terminaba de creer ya que Charlie no sabía la fecha de su vuelta. El gesto que puso al hablarle de ella se parecía sospechosamente al que acababa de poner cuando escuchó aquella canción. *I need my girl*. ¿Acaso era una señal? Lo averiguaría enseguida. Pensaba enviarle un mensaje a Angie.

Sonó un mensaje en su móvil. Era Candace.

Candace: ¿Cómo estás? Me han dicho que de vacaciones.

Angie: Hola Candace. Así es.

Candace: Tenía una duda... ¿Puedes resolvérmela?

Angie: Sí, claro. Pregunta.

Candace: Uno de tus artistas favoritos era Blake Shelton, ¿verdad?

Angie: Así es. Adoro a Blake Shelton.

Candace: Creía que no me fallaba la memoria.

Angie: He escuchado que irá la semana que viene.

Candace: Por eso te escribía. No sé si podrás venir, sabes que estás invitada. Pero por si no podías quería enviarte un disco autografiado y dedicado para ti.

Angie: Ohhhhh, muchísimas gracias Candace!!! Me hace una ilusión enorme que te hayas acordado y por supuesto ese disco de Blake Shelton. Por desgracia no creo que pueda acudir.

Candace: Es un placer. Tengo que agradecerte el que hubieras aceptado ir a San Angelo y el gran trabajo de apoyo que realizaste allí para conseguir que pudiéramos hacer el programa en conexión.

Angie: No tienes nada que agradecer. Al contrario. Fue una experiencia maravillosa para mí. Gracias de nuevo. Cuidate mucho, Candace.

Candace: Piénsalo por si quieres venir. No obstante, cuenta con el disco. Me pondré en contacto para enviártelo próximamente. Y te esperamos pronto por aquí. Cuidate!

Había pequeñas cosas que le alegraban el día a una, y un disco de Blake Shelton dedicado era una de ellas. A pesar de que seguía preocupada por el tono de voz de Charlie

NO TIENES PASIÓN

—A mi despacho, ¡ahora! —le dijo muy seriamente Candace tras terminar el programa.

Había comprobado hacía unas horas cuando le envió aquel mensaje a Angie cuál era el problema de Charlie. La echaba de menos y la música y las letras de Blake Shelton le recordaban a ella. Supo que le gustaba desde el día en que lo vio mirándola con una sonrisa mientras ella hablaba por teléfono. Más tarde apareció aquel reportaje de Dallas y para terminar, la foto del concierto de Tim McGraw en San Angelo en la que se besaban apasionadamente no dejaba lugar a dudas. Entre ellos había algo o, al menos, lo había habido y era lo que mortificaba a su locutor.

—¿En qué te puedo ayudar? —dijo Charlie entrando en el despacho.

—Cierra la puerta, por favor y siéntate —le pidió Candace con gesto serio.

Charlie cerró la puerta y tomó asiento tal como le había pedido Candace.

—Tú dirás —dijo él.

—Creo que no fui lo suficientemente clara al respecto la semana pasada cuando hablamos de la entrevista de Blake Shelton.

—¿Qué sucede con la entrevista? —preguntó él.

—Por el amor de Dios, Charlie. ¡Has anunciado la entrevista con una apatía manifiesta! Tengo redactores que ponen más pasión en una nota necrológica. Te lo preguntaré de nuevo: ¿Qué te ocurre?

—No me ocurre nada. Solo que me encuentro un poco más cansado de lo habitual —se defendió él.

—No me lo trago Charlie. Es evidente que duermes poco, pareces un zombi. Pero ya hemos pasado por ello antes, hace años, ¿recuerdas? Pero esta vez es diferente. Tienes un problema con las canciones de una persona y quiero saber por qué.

—No tengo ningún problema. Solo me parecen tristes.

—Está bien. Te parecen tristes. ¿Por qué? —preguntó ella.

Charlie permaneció callado.

—Muy bien, ya que tú no te animas a decírmelo, te lo diré yo a ver si te refresco la memoria —dijo ella.

Él la observó atentamente. ¿Qué podría saber ella de lo que le ocurría a él?

—Haces los mejores programas de tu vida en San Angelo, vuelves sin una persona que debería estar en estos momentos aquí, dices que está supuestamente de vacaciones pero sin embargo tú que eres su jefe no tienes la menor idea de cuándo volverá —supo que estaba acertando con su teoría nada más ver la cara que había puesto él—. Curiosamente Blake Shelton es el cantante favorito de esa persona —vio como Charlie cerraba los ojos al escucharlo y continuó su alegato en tono acusador—. Y hoy casi te derrumbas en directo al escuchar *I need my girl!* ¿Qué está pasando, Charlie?

Él se levantó y se puso de espaldas a ella, mirando por uno de los cristales.

—Te has enamorado de ella y Dios sabe qué ha pasado entre vosotros pero es evidente que ahora no estáis juntos —dijo ella en un tono más conciliador. Charlie guardó silencio durante unos segundos.

—Tienes razón en todo lo que has dicho —dijo al fin él.

Candace iba a ser la primera persona con la que hablase de aquello. Se había negado a hacerlo con nadie antes y no se atrevía a llamar a alguno de sus hermanos para contárselo y recibir un sermón diciéndole que se lo habían advertido. Ahora solo tenía a su productora para liberar el peso de su alma. Para hallar un camino a lo que lo atormentaba, que hacía que estuviese más tiempo en aquel despacho en las últimas semanas recibiendo correctivos que en los seis años que llevaba trabajando para aquella cadena de radio.

—Charlie, solúcionalo —le pidió ella.

—No puedo. Me porté como un idiota con ella. Dejé que se fuera. La dejé ir. Solo me di cuenta de cuánto significaba cuando ya la había perdido y era demasiado tarde.

—Llámala. Habla con ella —le puso la mano en el hombro.

—No creo que quiera saber nada de mí a estas alturas —dijo él con voz triste.

—Eso no lo sabes. Llámala, compruébalo.

—Además, le prometí dejarla en paz el tiempo que necesitara, prometí que no la molestaría.

—Una promesa muy estúpida.

—Después de cómo la traté los últimos días que pasamos juntos, no creo que quiera ni oírme nombrar.

—Siempre puedes reconquistarla. Si una vez ha sentido algo por ti, puede hacerlo de nuevo. ¡Vamos, Charlie! Eres un hombre que no se rinde fácilmente. Jamás hemos dejado de conseguir una entrevista que te hayas empeñado en hacer.

—Pero esto no es una entrevista. Y, sinceramente, no veo que puedo hacer para arreglarlo.

—¿A qué estarías dispuesto por ella? ¿Por recuperarla?

Charlie guardó silencio. Aquello ya no era una opción. Agradecía las palabras de Candace, pero en su interior sabía que no serviría de nada.

—A todo. Haría cualquier cosa por ella.

—Cómprale flores, bombones. Incluso puedes comprarle un anillo, si estás dispuesto a todo, también puedes pedirle que se case contigo. Pruébalo todo, inténtalo todo, pero no te rindas antes de agotar todas las posibilidades —dijo acariciando su espalda antes de dirigirse de nuevo a su mesa.

—No soy bueno en esto, ¿sabes? —se quejó él girándose hacia ella—. Hacía años que no estaba con una mujer de esa forma. Metía la pata a menudo con ella. Y ni siquiera fue oficial. Me empecé en enmascararlo como si de una amistad se tratase. Y sé que le hice daño con ello.

—Pues ya es hora que aprendas a hacer las cosas bien y a arreglar todo lo que hiciste mal.

—No sabría cómo empezar —dijo mesándose el pelo con la mano, abatido.

—Haz lo que te pida tu corazón cuando estés con ella. Pero para empezar, te voy a ayudar —cogió su teléfono móvil—. ¿Sabes qué es esto?

—Tu teléfono móvil —dijo él señalando la obviedad.

—No. Esto es una oportunidad. Quiero que la uses. Voy a marcar su número y quiero que hables con ella. Quiero que quedéis y habléis cara a cara, que le digas tus sentimientos y que lo intentes. Y no quiero un no por respuesta.

—¿Crees que va a querer hablar conmigo?

—Vale la pena intentarlo. Confía en mí, soy mujer también.

—Está bien —convino al fin sentándose de nuevo frente al escritorio.

Candace buscó el teléfono de Angie en la agenda y pulsó la llamada.

—Ahora te dejaré solo —dijo dejando el teléfono encima de la mesa antes de salir del despacho.

Él lo cogió y se lo puso al oído. Escuchó los tonos hasta que la oyó. Oyó su preciosa voz de nuevo. Y la tristeza de la pérdida y la alegría de escucharla se unieron en su interior creando un mar de contradicciones.

—¡Candace! —dijo ella al otro lado de la línea telefónica.

—No soy Candace. Soy... yo. Charlie —respondió con un nudo en la garganta. Su trabajo era hablar delante de un micrófono y no era hombre que se quedase sin

palabras y ahora apenas sabía qué decir en una llamada telefónica.

—¡Charlie! ¿Cómo estás? —le preguntó ella.

Su tono era amigable y le inspiró confianza para continuar.

—No te voy a mentir, he tenido días mejores —se sentía nervioso, arrepentido, culpable y con una gran opresión en el pecho.

—Siento oír eso —pero no le sorprendió, había escuchado el programa y estaba claro que algo le sucedía.

—¿Cómo estás tú? Me enteré que has estado un poco mal del estómago.

—Vaya, las noticias vuelan —si no había sido Claire, y le constaba que no había hablado con su hijo desde el regreso al rancho, podía imaginar quién había sido la fuente de información.

—No se lo tengas en cuenta a Susan —le pidió él pensando si habría metido la pata.

—No lo haré, tranquilo —la oyó sonreír al otro lado de la línea telefónica—. Estoy mejor. Bastante mejor, gracias.

—Me alegro —dijo él—. Escucha. Me gustaría saber si podemos quedar para hablar.

—Sí, claro —respondió ella.

—Creo que tenemos una conversación pendiente.

—Yo también lo creo.

—¿Podemos quedar hoy? —propuso él.

—Lo siento, pero no estoy en la ciudad.

—¿Estás finalmente de vacaciones? —quiso saber él.

—Estoy... con la familia —al fin y al cabo, aunque no de sangre, eran su familia, ahora lo serían.

—¿Cuándo regresarás? —preguntó él.

—El miércoles. Tengo consulta con la... con el médico a mediodía.

—¿Quedamos el miércoles a las cuatro? —propuso él.

—Perfecto, ¿dónde?

—¿Te parecería muy violento si es en mi casa? Creo que no la llegaste a ver completamente decorada. Me gustaría mostrártela.

—No me parece violento. Me gustará ver cómo ha quedado.

—Entonces hasta el miércoles a las cuatro.

—Hasta el miércoles.

Permaneció unos minutos más en el despacho de Candace mirando el teléfono. No había ido tan mal después de todo. Ella le había contestado amigablemente y había aceptado hablar con él. Y había escuchado su voz de nuevo, aquella que trataba de recordar y que escuchaba cada vez que soñaba con ella.

PREPARANDO UNA LOCURA

Cuando salió del despacho buscó a Candace, que estaba en la cocina de la emisora y la abrazó con fuerza. Ella supo que la conversación había ido bien.

—Gracias —dijo él.

—Soluciona tu vida, Charlie —le ordenó ella con gesto autoritario pero cariñoso a la vez—. Soy egoísta, pero necesito a mi locutor al cien por cien y hasta que no soluciones esto, sé que no volverás a estarlo.

—Lo haré. ¡Hasta la semana que viene!

Una vez hubo recogido todas sus cosas se dirigió hacia su coche. Nunca se había percatado de la joyería que estaba a la vuelta de la esquina hasta ese día. «Compra un anillo, pídele que se case contigo», le había dicho Candace. Era una auténtica locura, pero permaneció de pie frente al escaparate. No había vuelto a hacer una locura desde que había estado con ella. ¿Porqué no hacerlo? «Las cosas no tienen por qué salir mal dos veces», le había dicho su madre en varias ocasiones.

—¿Desea que le enseñe alguna cosa? —preguntó el dependiente saliendo a la puerta al verlo mirar tan atentamente el escaparate.

—Sí. Lo cierto es que quiero un anillo de compromiso —dijo él poniendo en marcha aquella locura. Aún no sabía si ella iba a decir que sí, pero tenía que intentarlo.

Media hora más tarde salió de la joyería con un flamante anillo de compromiso. Sabía que a ella le gustaban las cosas sencillas y prácticas. Así que le compró una alianza con varios brillantes alrededor de la misma. Sacó la pequeña cajita de la bolsa y se la metió en el bolsillo del vaquero. Quería tenerla cerca de su cuerpo. Sería su talismán.

Entró a almorzar en el mismo bar donde la llevó por primera vez a tomar una cerveza cuando salieron de la emisora aquel primer día, después de que pusiera su cabeza como un bombo con tantas instrucciones acerca de sus cometidos. La recuperaría. Haber hablado con ella de nuevo le había devuelto esa esperanza. El miércoles le compraría flores. Rosas rojas.

¿Pero qué iba a hacer hasta el miércoles? Podría volverse loco esperando ese día. Quizás debiera ir a Laredo a buscarla. Igual esa no era una buena idea, pero ganas no le faltaban. Sin embargo sí que podría ir al rancho ese fin de semana. Vería a sus padres y a sus hermanos, había prometido volver pronto y era una buena oportunidad. Y si requería trabajo físico mejor que mejor, así podría liberar adrenalina y relajarse. Quizás pudiera descansar aunque fuera solo por una noche.

No le fue tan difícil hablar con él como había pensado en tantas ocasiones. De hecho le había gustado escuchar su voz para dirigirse a ella. Le había sentido cerca de nuevo. Y él, sin quererlo, le había dado la oportunidad para verse y hablar. Le había ahorrado ese trámite a ella. Probablemente él querría saber si iba a volver a trabajar.

Pasó el día pensando en ello. Físicamente se encontraba mejor, pero no sabía cuál sería su reacción al encontrarlo cara a cara de nuevo. Le iba a doler, de eso estaba segura. Lejos de haberlo olvidado como había prometido unas semanas antes, lo seguía amando con la misma o más intensidad que aquella última noche que compartieron juntos. Lo único era que los recuerdos se habían vuelto más amables, menos dolorosos.

—Has estado muy callada hoy —dijo Luke sentado en el balcón del porche trasero junto a ella mientras tomaban un refresco después de cenar.

—Me ha llamado Charlie —dijo ella—. Hemos quedado el miércoles.

—Eso es una buena noticia, ¿no?

—Sí, lo es. Pero me preocupa el saber si tendré la fuerza suficiente para ello. Para verlo de nuevo.

—La tendrás —cogió su mano entre las suyas—. No te preocupes. Además, Charlie no es un ogro ni se come a la gente.

—Eso espero —suspiró ella. Luke había sido un gran apoyo en los días que llevaba en el rancho. Todos la mimaban en exceso, a pesar de que nadie excepto Claire sabía lo del embarazo. Era algo que Charlie tenía derecho a saber antes—. Supongo que querrá saber cuándo pienso volver al trabajo o si pienso hacerlo.

—¿Has tomado alguna decisión al respecto?

—No voy a volver.

—Vas a seguir contando conmigo, hagas lo que hagas —le besó la sien y le pasó el brazo por los hombros atrayéndola hacia sí—. Quizás te podría ayudar a buscar un trabajo por aquí.

—Te recuerdo que tengo casa en Manor y algún día tendré que volver.

—Pero puedes cambiar de aires por un tiempo. Sabes que puedes quedarte en el rancho el tiempo que quieras. Un cambio de aires alejada de la ciudad te podría sentar muy bien, de hecho te está sentando muy bien ahora. Al menos prométeme que lo pensarás.

—Lo pensaré —se rindió ella al fin.

La amistad con Luke había florecido en aquellos días, y era eso precisamente, amistad. Sincera y pura. Como si fueran dos personas con lazos de sangre reales. Luke la hacía reír con sus historias picantes con otras mujeres. Al igual que a Charlie al principio, le gustaba ver cómo se sonrojaba. Pero solo lo hacía porque le gustaba escandalizarla un poco y quería alejar su mente de los recuerdos que sabía la entristecían y estaban relacionados con su hermano mayor.

—Así me gusta —le sonrió con aquella sonrisa perfecta—. Hermanita, creo que me iré a dormir —dijo levantándose—. ¿Vienes?

—No. Me quedaré un rato más.

—¿Estarás bien? —dijo preocupado él—. Siéntate al abrigo de la casa. Aquí hace demasiado fresco ya.

—Estaré bien y me sentaré justo espalda con espalda con la casa —dijo ella en tono infantil levantándose para dirigirse al banco que estaba pegado a la fachada de madera de la casa.

—Así me gusta —sonrió Luke y besó su frente—. Hasta mañana.

EL REENCUENTRO

Decidí permanecer de pie al lado del banco, tal como había prometido, con la espalda apoyada en la pared de la casa. Le gustaba estar allí fuera, ya no era verano como cuando había estado, pero aun el otoño era suave y permitía disfrutar del porche trasero.

Escuchó cómo un coche se detenía al otro lado de la casa y se abrió la puerta de entrada. Samy volvía de Miles. Al minuto siguiente se abrió la puerta del porche y cuando iba a abrir la boca para decir algo pensando que era Luke el que había salido de nuevo al exterior se dio cuenta que aunque similar, aquella figura no era Luke, sino que era Charlie.

El estar a oscuras solo alumbrada por la ligera luz de la luna y recostada en la fachada de la casa le daba la ventaja de que hasta que él no se acostumbrase a la tenue luz ella podría ser invisible. Pero no podría huir de allí o la vería. Hacía un mes que no lo veía, estaba impresionante como siempre, aquel metro noventa, aquel poderoso cuerpo, aquel pelo negro, era él en todo su esplendor. Si bien parecía estar un poco más delgado.

Cuando apoyó su cabeza en uno de los postes traseros y cerró los ojos le notó un gesto cansado que no le había visto con anterioridad. Desde luego que había tenido días mejores. No le cabía duda de aquello. Finalmente sí que iban a hablar esa noche. Era solo cuestión de tiempo de que se percatase de su presencia.

Charlie no pudo evitar dirigirse nada más llegar al porche trasero de la casa. En aquel lugar la había besado por primera vez, se había vuelto a sentir vivo al rozar sus labios, su cálido cuerpo apretado junto al suyo y su aroma, un aroma que parecía estar impregnado en el ambiente aún, pues podía sentirlo justo en aquel momento, como si no hubieran pasado más de tres meses desde aquel instante. Necesitaba recuperarla, como fuera, y era algo que sin Candace, no habría entendido.

Cuando decidió girarse para entrar de nuevo en la casa, esperando que una noche en el rancho le pudiera devolver el descanso que hacía un mes se le negaba, la vio. Había pasado tantas noches sin dormir, estaba tan cansado que podía verla incluso allí, recostada en la pared de la casa a la luz de la luna, sabiendo que en esos momentos estaba en Laredo, a más de trescientas millas de distancia. Era una señal que le decía que debía dormir urgentemente si no quería volverse loco, si acaso ya no lo estaba un poco.

—Hola, vaquero —dijo ella tras observar preocupada cómo la miraba como si fuera un fantasma y no abría la boca para saludarla.

—¿Eres real? —preguntó con cuidado él. Su alucinación lo había saludado. No podía estar tan mal para hablar con un fantasma, para imaginarse a la mujer que ansiaba justo allí, para poder hablar con ella coherentemente.

—Creo que sí —respondió ella mirando sus ojos. Sabía que algo no estaba bien en aquel nuevo Charlie que tenía ante sí.

—¡Eres tú! —dijo esbozando una sonrisa convencido por fin de que era realmente ella, en carne y hueso. Necesitaba abrazarla.

—Por favor —dijo ella poniendo una mano enfrente de su pecho indicándole que no la tocara. Sabía que si él la tocaba estaba perdida. No se había preparado para su contacto físico.

—Lo siento —se detuvo él a dos pasos de ella sin rozar su mano y su sonrisa desapareció al instante. Aquello no era una buena señal. Frunció su gesto.

—No estoy enfadada —dijo ella notando que él sentía que lo rechazaba abiertamente y no era así—. Solo es que aún... aún no estoy preparada para esto.

—De acuerdo —dijo él relajándose. Rogaba en su interior que aquello significase que aún podía sentir algo por él.

—Te veo cansado, Charlie ¿estás bien? —preguntó ella realmente preocupada.

—Lo cierto es que me encuentro cansado. Hace tiempo que no duermo bien —dijo sentándose en la esquina de uno de los bancos largos al principio de la mesa. No dormía bien desde que no la tenía a su lado cada noche, sintiendo la calidez de su cuerpo junto al suyo y su suave respiración mientras dormía.

—¿Tienes algún problema? ¿Te puedo ayudar en algo? —se ofreció ella sintiéndose culpable de su rechazo anterior. Se sentó en el banco de cabeza de la mesa. Casi al lado suyo. Sus piernas podían tocarse pero no lo hicieron. Quedaron frente a frente.

—Tengo un problema. He sido un estúpido —apoyó el codo de su brazo izquierdo sobre la mesa mientras mesaba su cabello.

—Puedes... contármelo... si quieres —dijo ella descansando su mano derecha sobre la mesa.

Él miró su mano y la miró a ella.

—¿Puedo? —preguntó pidiéndole permiso para coger su mano.

—Sí —dijo ella tragando saliva tras dudar un instante. La necesitaba y no podía negárselo.

Él avanzó lentamente su mano izquierda hasta tocarle la mano suavemente. Jugó con sus dedos y finalmente los entrelazó con los suyos.

Angie tragó saliva y abrió los ojos, los había mantenido cerrados mientras él acariciaba su mano. Una corriente había atravesado su cuerpo al contacto con él, aquello iba a ser muy difícil. No lo había olvidado en absoluto en aquel tiempo que se había tomado en soledad.

—No creo que seas una persona estúpida —dijo ella nuevamente tratando de sonar firme y calmada, algo que no sentía en su interior.

Aquella era una prueba demasiado dura. Tener delante al hombre que amaba y que entrelazaba su mano con la de ella. Se fijó en que él había mantenido la vista fija en sus manos durante todo aquel tiempo. Al menos así no habría notado su debilidad. Le había prometido que lo olvidaría, que la próxima vez que se vieran ya no sentiría nada por él. Pero no lo había cumplido tan siquiera en un uno por ciento, no ahora que lo tenía frente a ella.

—Lo he sido —dijo distraídamente.

No podía tan siquiera explicar las sensaciones que lo habían recorrido cuando la había tocado de nuevo. Aquello era nuevo para él. Comprendió que todo su cuerpo la amaba. No se había permitido sentir hasta el momento, era la primera vez que sentía de aquella forma junto a ella y que se lo admitía a sí mismo. Dios quisiera que ella no lo rechazase, porque después de sentirla así, sabía que no querría un mañana sin tenerla a su lado, que se volvería loco sin ella o podría morir de pena con su ausencia.

—¿Qué ha ocurrido, Charlie? —preguntó ella. Ahora la miraba, sus ojos destilaban una tristeza como nunca antes había visto en ellos y la conmovieron.

—He dejado escapar de mi lado a la persona que más he amado en mi vida —dijo él mirándola a los ojos.

—Charlie... —dijo ella confusa. ¿Acaso hablaba de Lilian?

—La dejé escapar y me di cuenta tarde. Me di cuenta cuando comencé a no dormir, a no comer, a llorar cada vez que veía su fotografía y a odiar a Blake Shelton y sus canciones.

—Eso significa... —dijo ella sabiendo ahora sin ninguna duda que estaba hablando de ella. Su corazón le latía con fuerza en el pecho. ¿Tendría que pellizcarse para ver si aquello era real?

—Que te amo con todo mi corazón. Y que me di cuenta muy tarde y que ya no puedo vivir sin ti a mi lado.

—Charlie... —comenzó a decir ella.

—Te pido, por favor, si aún queda algo de aquello, que me confesaste aquel día en el que te deje marchar, puedas perdonarme y aceptarme de nuevo en tu vida. Haré todo lo que me pidas para ganarme ese perdón, pero por favor, acéptame —dijo él visiblemente afectado.

Los ojos se le inundaron y las lágrimas comenzaron a correr silenciosamente por el rostro de Angie.

—Mi corazón aún guarda todos aquellos sentimientos como el primer día —le dijo ella sin dejar de mirarlo a los ojos. Ahora los suyos también mostraban humedad.

—¿Me perdonarás? —pidió él.

—No tengo nada que perdonarte. Solo que no hayas venido antes a buscarme —sonrió ella entre lágrimas y él también lo hizo.

Él se acercó a ella y juntó su frente con la suya.

—Te amo Angie Cooper, y esta solo es la primera de las veces que te lo diré durante el resto de mi vida.

—Te amo Charlie Atkins.

Charlie unió su boca a la de ella y ambos experimentaron una sensación diferente a las que nunca antes habían sentido. Se amaban y sabían que lo hacían y que eran

correspondidos. Y aquello era algo nuevo, mágico, maravilloso y excitante que los elevaba a lo más alto.

—Solo una cosa... —dijo ella cuando sus labios se separaron.

—¿Sí? —preguntó él.

—¿De verdad odias a Blake Shelton?

—Solo durante el tiempo que pensaba que tú probablemente habías dejado de quererme —dijo él sonriendo.

—Ahh, eso está mejor —ella también le sonrió.

—Nunca odiaré a quien ha ayudado a unirnos de nuevo —dijo notando un gesto de curiosidad de ella—. Ya te lo explicaré.

—Yo también tengo algo importante que decirte —dijo ella levantándose del asiento.

—Soy todo oídos —dijo él incorporándose para ponerse frente a ella.

—Quiero presentarte a alguien.

—¿A quién? —dijo él sin comprender a quién querría presentarle. ¿Acaso habría ido acompañada al rancho?

—Dame tu mano —le pidió. El obedeció y ella la besó antes de dirigirla a su vientre—. Te presento a tu hija, está aquí y es muy pequeñita aún —dijo mientras notaba cómo los ojos de Charlie pasaron de la curiosidad a la incredulidad y se llenaron de lágrimas de emoción.

—¿De verdad? —dijo él cayendo de rodillas en el suelo mientras ponía su cabeza en el vientre de ella y lo besaba abrazándola —Hola, cariño, hola.

—Bueno, en realidad no sé si es niña aún, pero tu madre dice que sí. Así que me fiaré de ella.

—¡Vamos a tener un bebé! —exclamó él levantándose y besándola apasionadamente—. No sé qué haré para que me perdones haberte hecho pasar por todo esto sola. No puedo imaginarme cuánto has sufrido por mi culpa. Lo siento, mi amor, lo siento.

—Cariño, todo eso ya no importa —le cogió la cara con las manos—. Estamos juntos.

—Y no pienso dejarte ir nunca más de mi lado. Ni a ti ni a nuestra pequeña. ¡Dios mío! ¿Te das cuenta? ¡Vamos a ser papás! —repitió él emocionado abrazándola con fuerza para dar una vuelta con ella en el aire. Angie rió sabiéndose feliz al igual que él con la noticia—. ¡Los dos, tú y yo!

—Sí. A pesar de que aún no sé cómo ocurrió. El médico debió tomarme por loca mientras yo le repetía que era imposible.

—Bueno, en eso te puedo ayudar yo —dijo él con aire culpable.

—¿Qué hiciste, Charlie? —dijo ella dándose cuenta que él tenía más información que ella. Solo esperaba que no la hubiera engañado para dejarla embarazada.

—¿Recuerdas la noche en la que bebimos tanto que casi no podíamos ni meternos en la cama?

—Sí —confirmó ella.

—Pues esa noche pasó. Te juro que no fue intencionado. Yo me di cuenta al día siguiente —dijo Charlie arrepentido. Aquel secreto podría dar al traste con todo si ella pensaba que la había engañado deliberadamente.

—Te creo. Pero lo sabías y no me dijiste nada.

—Lo siento. Estabas tan triste por lo que había ocurrido esa tarde y que te hizo recordar al imbécil de tu ex que no quise preocuparte por algo más. Pensé que con tanto alcohol en el cuerpo y solo por una vez era muy poco probable que sucediera. Estuve buscando información al respecto en internet, no existían apenas probabilidades de ello.

—Por lo menos ahora sé cómo ocurrió —dijo ella. Lo creía, lo veía en su mirada, destilaba miedo a perderla de nuevo por aquello. Lo besó en la mejilla para tranquilizarlo—. Te creo.

—Pero da igual que haya sido entonces o dentro de unos meses. ¿No crees? —dijo él abrazándola.

—Ajá —convino ella feliz acurrucándose en su pecho para aspirar aquel aroma a Charlie que tanto le gustaba y había echado de menos. Charlie bostezó.

—Lo siento —dijo él excusándose.

—Creo que deberíamos ir a dormir. Tienes mucho sueño por recuperar y creo recordar que dormías muy bien cuando lo hacías conmigo.

—Me has hecho el hombre más feliz del mundo esta noche, princesa —dijo besando sus labios nuevamente.

—Y tú a mí. Jamás pensé que podría llegar este día. Si es un sueño, no quiero despertar de él. No me despiertes por favor.

—No es un sueño, es real, mi amor —le respondió él suavemente besándole la coronilla.

BUENOS DÍAS, FAMILIA

A la mañana siguiente se levantaron temprano. Charlie se había empeñado en ver a la familia a primera hora para saludarlos durante el desayuno. Aunque ella creía que era mejor que siguiera durmiendo. Una noche no era suficiente para recuperar un mes de sueño, habían hablado al menos durante una hora, él le había confesado lo perdido que se había sentido sin ella en aquellas semanas, lo que le dolía haberla hecho sufrir y cómo de miserable había resultado su vida sin ella. Ella no le había querido hablar de su mes sin él, sabía que Charlie había pagado con creces su error en aquel tiempo, prefería olvidarlo y empezar de cero a su lado. Nada ni nadie podría separarlos de nuevo.

—¡Buenos días familia! —dijo un sonriente Charlie bajando las escaleras.

Claire casi se atraganta con el café al percatarse de la presencia de su hijo mayor. Se había presentado por sorpresa y no había podido advertir a Angie como le había prometido. Ella podría pensar que le había preparado una encerrona y no se lo iba a perdonar.

Todos se levantaron de la mesa para saludarlo y abrazarlo. Excepto Claire, el resto no lo veían desde que se había ido un par de días después que Angie. Y todos temieron aquel reencuentro entre ambos.

—¿Cuándo has llegado? —preguntó Claire visiblemente preocupada.

—Llegué anoche tarde. Estabais todos dormidos ya. Fue una decisión de última hora.

Angie comenzó a bajar la escalera y Claire la miró con inquietud.

—Lo siento, Angie, cariño. Yo no sabía que... —comenzó a decir Claire azorada.

—No pasa nada, Claire —dijo tranquilizándola.

Toda la familia quedó expectante. Para ellos esa era la primera vez que se veían desde el día en el que ella decidió marcharse y él no la detuvo.

Angie llegó a la altura de Charlie. Él cogió su mano ante su asombrada familia y le besó la frente a continuación, antes de hacer algo que dejó a todos los presentes boquiabiertos, incluida Angie.

Sacó algo del bolsillo de sus vaqueros que permaneció oculto en su palma y puso una rodilla en tierra cogiéndole la mano.

—Angie Cooper... ¿quieres casarte conmigo? —dijo mientras ahora sí mostraba y sostenía un anillo de oro blanco con brillantes a su alrededor.

Claire emitió una exclamación ahogada y Angie abrió la boca sorprendida tanto o más que todos los allí presentes y finalmente dijo:

—Sí. Sí quiero. Con todo mi corazón.

EPÍLOGO

Una semana más tarde Angie acompañó al estudio de radio a Charlie. Candace la recibió con una gran sonrisa y un abrazo.

Candace estaba feliz por Charlie, por Angie y por su programa. Notó que todo había ido bien el lunes cuando él apareció sonriente en la redacción a primera hora de la mañana y fue derecho a su despacho con un gran ramo de flores.

Nada más llegar Blake Shelton al estudio aquel sábado, Charlie le saludó cordialmente y presentó a Angie como su prometida.

—¿Qué hay en tus canciones que las convierten en éxitos? —preguntó Charlie en directo.

—Son sentimientos de la vida misma. Amores y desamores y todo el mundo los hemos sufrido, los sufrimos o los sufriremos alguna vez.

—¿Sabes que hubo un tiempo en el que llegué a odiarte? —confesó Charlie saliéndose en un momento dado del guión.

—No me digas, Charlie —dijo Blake divertido esperando ver a dónde les llevaba aquello.

—Me enamoré sin darme cuenta escuchando tus canciones y cuando perdí a esa persona no soportaba escucharlas. Me recordaban irremediablemente a ella.

—¿Y ahora me odias, Charlie? —entró en el juego Blake.

—No, porque afortunadamente con la intervención de alguien y nuevamente gracias a tus canciones pude recuperarla.

—¿Entonces ya volvemos a estar bien? ¿Somos amigos de nuevo? —quiso saber Blake, divertido con la anécdota.

—Más que nunca, Blake —señaló al otro lado del cristal.

—Una prometida muy guapa, Charlie —convino Blake.

Angie miraba la entrevista sonriente. Dos de los hombres que más admiraba estaban sentados frente a frente hablando del amor en la música y de ella.

EL MOTIVO

—Dime que no te casas con ella porque está embarazada —le espetó Luke a solas en el despacho con su hermano mayor.

Charlie y Angie habían anunciado durante la comida de ese día que estaban esperando un bebé. Todos se habían alegrado con la noticia, él también, pero una vez pensó en ello detenidamente, un escalofrío le recorrió el cuerpo al pasársele por la mente que su hermano podría haberle pedido aquello por la responsabilidad de aquel bebé en camino.

—Luke... —Charlie se giró hacia él frunciendo el ceño tras cerrar la puerta del despacho. Aunque no era ningún secreto, esa conversación podría levantar sospechas que no quería entre su familia.

—Necesito saberlo —le dijo con gesto serio. Quería pensar que su hermano se había dado cuenta del error que había cometido y por eso le había pedido que se casara con él. Pero si ella estaba embarazada, la situación podría ser bien distinta.

—No quiero imaginarme por qué motivo me estás preguntando esto —le dijo Charlie.

—Te lo estoy preguntando porque esa mujer me importa. Y lo último que quiero es que alguien le haga daño, a pesar de que ese alguien sea mi propio hermano.

Charlie sopesó aquellas palabras de Luke. ¿Podría ser que a pesar de todo aún estuviera interesado en ella?

—¿Aún sigues con eso? Creo que dejamos claro hace tiempo que ella era mía y que tú te habías retirado.

—¿Le has propuesto matrimonio porque está embarazada, Charlie? —le repitió Luke. Solo quería una respuesta de su hermano, y quería que fuese la correcta.

—¿Y qué si así fuera? —le escrutó Charlie.

Luke se levantó del sofá y fue hacia la ventana del despacho. Era de noche y apenas se podía ver la luna entre las nubes.

—Que ella no merece eso —le dijo Luke—. Y lo sabes.

—Lo sé —convino él.

Permanecieron en silencio durante unos minutos. Charlie observaba a su hermano mirar con gesto severo a través de la ventana.

—No sé qué ha sucedido estos días que ha estado Angie en el rancho —habló Charlie rompiendo el silencio—. Suponía que la habías cuidado, como corresponde a un amigo, pero ahora no sé ni siquiera si mi propio hermano ha estado tratando de quitarme a mi mujer.

—Charlie, yo... —dijo Luke girándose hacia él.

Su hermano mayor aún no se había dado cuenta que todo aquello que había hecho hacía unos meses había sido para conseguir que él rompiera con su pasado y se acercase a ella como deseaba hacerlo y se impedía a cada momento. Que solo había sido con la intención de empujarlo hacia ella y que jamás había sentido ningún sentimiento que escapara de lo meramente fraternal. Ahora ella le importaba, era de su familia e iba a dar a luz a un bebé Atkins.

—No, Luke —lo interrumpió—. Creía que había quedado muy claro todo esto desde el día en el que te dejé encerrado en tu habitación.

—Y yo te creía más inteligente. Eres uno de los hombres más brillantes que conozco y sin embargo no entiendes nada.

—No sé qué tengo que entender...

—Que yo con ella jamás he pretendido otra cosa que no sea acercarla hacia ti y que tú te acercaras a ella. Porque sé que Angie te quiere al igual que sospeché que tú también a ella desde el día de su llegada al rancho. Pero estabas lleno de miedos a un pasado que nada tenía que ver con el futuro que se te ponía delante.

—¿Que tú hiciste qué? —preguntó incrédulo Charlie. ¿Su hermano había jugado a aquello con él?

—Sí, Charlie. Lo hice, y ahora no sé si arrepentirme de ello. Porque no estoy seguro si en realidad todo eso que hice va a hacer que esa mujer, mi amiga, termine en un matrimonio con alguien que tiene miedo a quererla abiertamente. Un matrimonio que para ti pueda estar basado solo en la responsabilidad de un hijo y que a ella la haga infeliz.

Charlie sonrió. Ahora se daba cuenta de tantas cosas, los hechos comenzaban a cuadrar en su cabeza como si de un puzle se tratase. Luke estaba hecho todo un manipulador. Y además, exitoso. Le debía su reciente felicidad a su hermano el casquivano.

—Compré el anillo de compromiso antes de venir al rancho y darme cuenta que ella estaba aquí —comenzó a hablar Charlie—. Era algo que había decidido hacer antes siquiera de saber que me iba a perdonar y darme una segunda oportunidad. Y por supuesto mucho antes de que me confesara que íbamos a tener un hijo. Apenas lo sé hace veinticuatro horas. Me lo dijo anoche, después de darme esa segunda oportunidad, por la que te juro trataré que ella no se arrepienta jamás.

—¿Entonces...?

—Me caso con ella porque la quiero, Luke. Porque el pasado ya no es importante y ha quedado atrás. He podido comprender que mi futuro es Angie y esa pequeña criatura que crece en su interior. Aunque haya tardado en darme cuenta de todo esto y le haya hecho daño con ello.

Luke esbozó una amplia sonrisa. Angie había conseguido curar a su hermano de todo aquel pasado que lo había atormentado durante años. Y ahora estaba seguro que su hermano no lo hacía por el bebé, sino que se había dado cuenta de que la necesitaba a su lado.

Charlie sonrió a la vez y le tendió la mano que el mediano de los Atkins estrechó con gusto para ser arrastrado en un abrazo.

VIVAMOS JUNTOS

—Buenos días —le dijo Charlie suavemente al ver cómo ella despertaba esa mañana. Habían pasado varias semanas desde la vuelta del rancho y le gustaba ver cómo ella abría los ojos y le sonreía cada día.

—Buenos días —le sonrió ella acercándose a él. Cada mañana tenía que recordarse a sí misma que no era un sueño, que Charlie estaba a su lado porque por fin había reconocido sus sentimientos, sin ambages.

—Cariño, no quiero seguir así —se quejó Charlie.

—¿Así cómo? —preguntó preocupada ella borrando la sonrisa del rostro.

—Yéndome de tu casa por las mañanas para cambiarme de ropa en la mía antes de ir al trabajo. O dejando que te vayas tú de la mía.

—Siempre podemos llevar el cambio a casa del otro —propuso ella.

—No es eso —le besó la frente—. Quiero que vivamos juntos.

Angie se sorprendió ante aquella declaración.

—Charlie —comenzó ella tratando de ser prudente—, ¿no crees que es muy pronto? ¿Qué sería ir muy rápido?

—Cariño, vamos a tener un bebé dentro de cinco meses —bajó la mano y le acarició el vientre apenas ligeramente abultado aún—, creo que ya hemos ido muy rápido. Y no veo por qué debamos bajar el ritmo ahora. Ven a vivir conmigo, tengo una casa recién decorada, pero que sin ti está completamente vacía.

—No sé qué decir... —respondió ella. Tenía miedo a que Charlie se agobiase con todo aquello. Era nuevo para él.

—Di que sí. Quiero cuidar de ti, sé que aún algunas mañanas son difíciles para ti y sientes molestias. Quiero que estés cerca de mí siempre.

—Hemos pasado a un Charlie controlador —bromeó ella tratando de restar importancia.

—Solo soy un hombre enamorado que quiere cuidar de las dos personas que más quiere en el mundo —le acarició de nuevo el vientre y ella le sonrió—. Di que sí, por favor.

—Está bien —se relajó ella—, viviremos juntos. Pero si en algún momento no te sientes cómodo con la situación, siempre puedo volver a mi casa y...

—No, cariño. No lo entiendes. Estoy cómodo con la situación, y a no tienes que ir paso a paso para que no me asuste. Sé que lo haces por eso. Pero no, ahora quiero velocidad de vértigo contigo. Siento que hemos perdido mucho tiempo por mi torpeza y ya no quiero detenerme, nunca más. Quiero recuperar lo perdido y avanzar. No necesito tiempo, sé que eres la mujer de mi vida y no voy a detenerme a pensar algo que tengo pero que muy claro.

—Apenas reconozco a este Charlie —le acarició ella la mejilla mientras sonreía. Le gustaba aquella seguridad en sí mismo y en sus sentimientos. Ella tampoco había ido tan rápido con nadie antes, pero tampoco había estado tan segura de algo, como de aquello que tenía con Charlie. Para ella también era el hombre de su vida.

—Espero que te guste este Charlie.

—Me encanta este Charlie.

Él sonrió y la besó largamente en los labios.

TRADICIONES

—La tradición es la tradición y vamos a hacerlo —dijo contundente Charlie en el jardín delantero de su casa de Manor.

—Pero... estoy embarazada, he cogido unos kilos y... —protestó Angie.

—Y vamos a empezar una nueva vida. Hay que hacerlo.

—¿Acaso quieres demostrar algo con ello? Es solo una tradición estúpida.

—Quiero demostrar que se cumplen las tradiciones, y solo te lo he dicho porque sé el problema que te suponía hace un tiempo. Quiero que lo superes, que esto suponga el comienzo de lo nuevo y rompas a partir de ahora con todo lo viejo.

Charlie quería pasar el umbral de la puerta de su casa de Manor con ella en brazos. En una visita rutinaria al ayuntamiento para cambiar la dirección de ella y con un arrebatado de locura posterior, se habían casado hacía un par de horas en el consistorio de Austin. Rellenando los documentos necesarios, sin invitados, con otra pareja de recién casados como testigos y consiguiendo cita con el juez tras los anteriores, se habían dado el sí quiero.

—He roto con lo viejo, Charlie.

—No hasta que no hagas esto.

—¿Por qué eres tan insistente? —se quejó ella.

—Cariño —sonrió él—, si he conseguido que un juez nos case sin tener cita, creo que puedes ayudarme a conseguir esto.

—Está bien. No sé qué quieres demostrar, pero de acuerdo. Solo una cosa.

—Dime, preciosa —sonrió sabiéndose vencedor.

—Si no puedes, me sueltas y no hablamos de ello más. Y... solo hasta el otro lado del umbral, nada más.

—Bien, señora Atkins, como usted diga.

No le dio tiempo a pensar en más excusas, la cogió en brazos casi de forma repentina y la besó en los labios. Ella pasó sus manos alrededor del cuello de él.

—Comencemos una nueva vida en nuestro hogar —dijo antes de cruzar la puerta con ella en brazos.

—Te amo, señor Atkins.

—Yo también te amo, señora Atkins —dijo besándola tiernamente en los labios antes de dejarla de nuevo en el suelo ya en el interior de la casa.

¿QUE HABÉIS HECHO QUÉ?

—¿Que habéis hecho qué? —preguntó Claire como si no hubiera escuchado lo que Angie y Charlie acababan de decirle. Ambos estaban sentados en uno de los sofás del rancho y Angie descansaba su cabeza sobre el hombro de Charlie que la rodeaba con el brazo.

—Nos hemos casado —respondió tranquilo Charlie. Sabía que se avecinaba el temporal Claire. Ella seguramente habría deseado que se casaran en el rancho, con un sacerdote, cientos de invitados, un vestido de novia y todo de punta en blanco. Y sin embargo ellos lo habían hecho en Austin, sin invitar a nadie y en un impulso de locura.

—¿Y por qué demonios habéis hecho eso y sin avisarnos? —preguntó de nuevo su madre.

—Claire —intervino ahora Angie—. Ninguno de los dos queríamos una boda con grandes lujos. Solo nos necesitamos el uno al otro. Además, tampoco somos unos niños, como para hacer una ceremonia al uso.

—Por el amor de Dios, Angie. Me lo podría esperar de este patán que ahora tienes por marido. Los hombres son así, no se quieren complicar la vida, pero de ti... cariño, mereces una boda con todo lo que debe tener cualquier novia, ser la protagonista de tu día. Apenas estáis en la treintena, tenéis una edad preciosa para casaros. Tu padre te podría haber llevado al altar y yo esperar al lado de mi hijo mayor. Lo mereces, sobre todo después de todo lo que te ha hecho pasar este hijo mío.

—Claire, de verdad, no necesito nada de eso para ser más feliz. Soy muy feliz tal como son las cosas ahora mismo.

—Lo sé, cariño, lo sé. Pero mereces una boda en condiciones, por todo lo alto. Que todas nuestras amistades sepan quién es la nueva integrante de la familia.

—Además, por si no lo has notado estoy embarazada, se comienza a notar y para cuando quisiéramos organizar algo, estaría enorme.

—Eso es una excusa tonta. Podríamos haberlo hecho antes si tanta prisa teniais o esperar al año que viene, o al siguiente, cuando ya haya nacido la niña, tú te hayas recuperado e incluso vuestra pequeña pueda llevar los anillos.

—Angie y yo hablamos de ello, mamá. Ninguno de los dos queríamos algo así. Si ella hubiera querido, lo habría hecho por ella, porque estaría muy orgulloso de lucir de mi brazo una novia tan bella.

—Charlie, cariño. Eres hombre, no lo entiendes —dijo su madre dejándose caer en el sofá de enfrente—. Decidme, ¿cómo lo habéis hecho? ¿Acaso habéis ido a Las Vegas?

—Fue en Austin, hace una semana —le informó Charlie—. No lo habíamos planeado. Simplemente fuimos a cambiar la dirección de Angie en el ayuntamiento, vimos una pareja que esperaba para casarse en la misma sala de espera que nosotros y se nos ocurrió hacerlo.

Charlie besó en la sien a su ahora esposa que le dedicó una sonrisa embelesada.

—Cambio de dirección y boda todo en uno —replicó Claire—. ¡Qué poco romántico!

—Fue perfecto, Claire —defendió Angie—. Pasamos de cero a cien en poco rato, solo con unos pocos minutos para tener nervios por la boda, corriendo para conseguir los documentos necesarios y Charlie tratando de convencer al juez para que nos hiciera un hueco en su agenda y nos casara en ese momento. Créeme que fue maravilloso.

—¿Sabes que no te la mereces, verdad, Charles Atkins? —preguntó su madre sabiendo que a su ahora nuera le había gustado aquella forma de casarse.

—Lo sé, mamá. Rezo cada día para que ella no se dé cuenta y me deje.

—Yo también rezaré por ello.

Claire meditó unos momentos observándolos. Eran la pareja más feliz que había visto en mucho tiempo. Sabía que decían la verdad, no querían una boda al uso. Para ellos había sido perfecto aquel pequeño asalto al ayuntamiento llamado boda.

—¿Entonces os habéis casado civilmente? —preguntó de nuevo.

—Ajá —respondió Charlie sin saber lo que se le venía encima.

Claire mostró una sonrisa de conformidad. Un gran plan había aparecido en su mente.

—¿Qué os parece si hacemos una pequeña fiesta el año que viene? Después de que des a luz y te recuperes. Ya que no nos habéis permitido ir a vuestra boda. Una celebración íntima con familia cercana y amigos —propuso Claire inocentemente—. Me debéis eso, ambos, y lo sabéis.

Angie y Charlie se miraron y finalmente Charlie habló.

—Bueno, mamá... solo si es algo sencillo e íntimo.

—Sí, sí, sí —mintió Claire intentando disimular una sonrisa de culpabilidad. Tenía un año o con suerte algo más para convencerlos de que cambiasen de idea y organizar más que una fiesta, una boda lo más parecida a lo que había soñado para ellos. Y estaba segura que lo terminaría logrando poco a poco.

MAX DE NUEVO

—¡Angie! —la llamó al reconocer su espalda.

Angie cerró los ojos. Reconocía aquella voz y los recuerdos que venían a su mente no eran demasiados buenos. Pero ahora aquello no importaba, su vida era otra, y ella había superado todo ese daño.

—Max —dijo girándose hacia él, que quedó poco menos que perplejo ante la visión del abultado vientre de su expareja.

—Dios... estás... —comenzó a decir sin dejar de mirarle el vientre.

—Embarazada. Sí, Max. Tendré una niña dentro de tres meses. ¿Qué haces por la emisora?

—Bueno... —tragó saliva y se centró en su rostro. Tenía que reconocer que Angie estaba realmente guapa—, he venido a hacer una entrevista. Presentamos las actividades de primavera y verano para los jóvenes.

—Muy bien. Seguro que son muy interesantes —le dijo con desgana.

—¿Sigues trabajando aquí?

—Sí, así es.

Charlie salió del estudio y vio a Angie hablando con Max Martínez. Si aquel gilipollas osaba decirle alguna estupidez... se dirigió hacia donde estaba ella a grandes zancadas.

—¡Cariño! —le dijo al llegar, besando su mejilla—. Deberías estar descansando.

—Estoy bien, Charlie —respondió ella. Ahora los tendría que presentar. Esperaba que Charlie no hiciera ninguna locura en cuanto supiera que aquel hombre era su ex. Por el momento iba a evitar presentarlo como tal. Con suerte Max no descubriría el pastel y todo pasaría sin más—. Te presento a Max Martínez, es el concejal de juventud de Austin.

—Conozco al señor Martínez —respondió Charlie dándole de mala gana la mano a aquel hombre. Aún sentía ganas de romperle la cara.

—Max, él es Charlie Atkins —dijo ahora ella.

—Sí, lo sé. Conozco bien al señor Atkins.

—Soy su marido —añadió Charlie con gusto para notar la sorpresa del concejal ante tal revelación.

—¿Te has casado? —le preguntó Max sorprendido.

—Sí, hace... —comenzó a responder ella.

—Hace unos meses —ratificó Charlie—. Me di cuenta que era la mujer de mi vida. Perfecta en todos los sentidos y además bellísima. Así que ella me aceptó y me hizo el honor de ser mi esposa. ¿No crees que es la mujer más perfecta que existe y que soy tremendamente afortunado?

—Sí, desde luego —convino el concejal tragando saliva.

—Y vamos a tener una hija dentro de unos meses. Algo que no ha hecho más que acrecentar la belleza de esta mujer —dijo Charlie asiéndola por la cintura.

—Claro. Ehmmm... os felicito, a ambos. Os enviaré un regalo para la niña. Creo que tengo que irme, tengo... una cita, en quince minutos.

—Qué pena, podíamos haber tomado un café —dijo de nuevo Charlie.

—En otra ocasión. Felicidades a ambos —dijo dirigiéndose al ascensor—. Hasta otro día.

Angie observó cómo se cerraban las aceradas puertas del ascensor antes de hablarle a Charlie.

—Sabías quién era, ¿verdad? —le escrutó ahora Angie.

—Conozco a todos los concejales —respondió Charlie.

—Ya. Y también sabes que ese concejal en concreto es mi ex.

—Sí, el imbécil, para más señas —confirmó.

—¿Lo has investigado o...?

—El muy gilipollas se me presentó hace un tiempo.

—¿Pensabas decírmelo o algo?

—No creo que tenga interés el que yo me encuentre a tu ex.

—Vaya, Charlie Atkins —intervino Candace que acababa de llegar con una carpeta en la mano para darle un tomo de folios—. Veo que esta vez te has controlado y le has dejado irse antes de pegarle.

Angie abrió los ojos y la boca.

—Charlie, ¿has pegado a...?

—Sí, cariño, le rompió el labio —confirmó Candace—. El templado de Charlie Atkins perdió los nervios y...

—Gracias Candace —dijo sarcástico él.

—Oh, ¿no se lo habías dicho?

—No suelo informar de mis peleas a mi esposa embarazada para preocuparla —sonó molesto.

—¡Por dios, Charlie! Está embarazada, no al borde de un infarto. Os dejo, que tengo que hacer una llamada.

—Gracias Candace —dijo Angie.

—De nada, cariño. Estos hombres... —se fue mascullando.

—Así que te has peleado con Max y le has roto el labio —quería sonar enfadada, pero en su interior estaba muy complacida, a pesar de que él no se lo hubiera contado.

—Bueno... —Charlie se mesó el pelo con una mano, como siempre que se ponía nervioso o estaba preocupado—, es gilipollas. Alguien tenía que ponerlo en su sitio.

—Deduzco que dijo alguna impertinencia.

—Es posible.

—Charlie, eso es pasado y no me importa ya.

—Lo sé, cariño —la atrajo hacia sí y le acarició el pelo—. Pero en ese momento yo te acababa de perder, el mundo se me había venido encima sin ti y ese imbécil apareció, se me presentó como tu ex y trató de charlar conmigo. No pude controlarme. No iba a consentir que nadie te hiriese aun con palabras. Tenía muy vivo todo lo que me habías contado al respecto, y me dolía como si me lo hubiera hecho a mí.

—Charlie...

—Soy consciente que hice mal, y lo siento, pero no me arrepiento. Jamás me arrepentiré por defender lo que amo.

—Está bien. Pero no quiero que vuelva a ocurrir.

—Siempre que se comporte, no tengo problema.

—Bien —le sonrió por fin Angie—. Eso espero.

AQUÍ FUE

—No sé si deberíamos venir al rancho en tu estado —dijo un preocupado Charlie a Angie que ya contaba con siete meses de embarazo.

—Estoy bien, enorme, pero bien. Aún me quedan dos meses, aunque creas que voy a reventar en cualquier momento —se sentía pesada y cada vez sus movimientos eran más limitados.

Charlie esbozó una sonrisa mientras la ayudaba a sentarse en el balcón del porche trasero.

—Estás preciosa, más guapa que nunca —le dijo acariciándole la mandíbula con dos dedos.

No podía explicarlo, pero la veía resplandeciente. El llevar el fruto del amor de ambos en su vientre solo hacía que la viese más bella que nunca. Aquel vientre abultado le recordaba lo feliz que se sentía a su lado y todo lo que la había echado de menos en su vida, incluso antes de conocerla.

—Y creo que tú te estás convirtiendo en un mentiroso profesional, aunque en el fondo te lo agradezco. Si me dijese que estoy horrible me deprimiría, ya lo pienso yo todo el tiempo por los dos.

—Vas a ser la madre más guapa de todo el hospital. Eso si no nace aquí en el rancho, y tenemos que decirle al viejo capataz que atienda tu parto. Sería un buen regalo de jubilación.

Angie rio.

—No voy a dar a luz aquí. Deja de preocuparte por ello. Te repito que me quedan dos meses hasta entonces. Y sabes que me gusta venir al rancho. Me relaja y me sienta bien respirar un poco de aire puro.

Charlie adoraba esa parte de ella. Le gustaba estar con su familia como si fuera la suya propia y le gustaba el rancho tanto o más que a él. Cada dos o tres semanas iban a visitar a la familia, a pesar de las más de cuatro horas de carretera que separaban el rancho de Austin. Todos los miembros de su familia la querían sin reservas. Luke tenía verdadera adoración por su hermanita, como la llamaba. Ahora que sabía que era solo una amistad muy fraternal, Charlie respiraba tranquilo y agradecido.

—¿Qué piensas, cariño? —le preguntó ella al notar lo distraído y en silencio durante largo rato.

—Que esta es la parte que más me gusta de la casa.

—Las puestas de sol son más bonitas en verano, desde luego.

—No es solo eso —dijo él—. Aquí es donde he vivido los mejores momentos contigo.

Angie sonrió. Su marido era todo un romántico y eso le encantaba.

—Nos besamos por primera vez justo ahí —señaló un lugar del porche, al lado de la barandilla exterior—. Ahí fue donde me di cuenta que me hacías sentir vivo.

—Pero te asustó sentirlo.

—Era un completo idiota —convino él—. Y ahí —señaló la pared contra la casa—, ahí te volví a ver de nuevo, deseaba tanto verte que pensé que eras una visión, me estaba volviendo loco sin ti.

Ahora fue Angie la que, emocionada, acarició el rostro de su marido, que terminó cogiendo su mano y besándole la palma.

—¿Recuerdas esto? —le dijo con la mano cogida—. También fue aquí donde conseguí que me dieras una oportunidad.

—Nunca podré olvidar ese día.

—Y me dijiste que venía nuestra pequeña en camino.

Dos lágrimas brotaron de los ojos de Angie.

—No llores, mi amor. Son recuerdos bonitos —le dijo besando cada lágrima para secarle la humedad con los labios atrapando el sabor salado de las mismas.

—Sabes que estoy sensible y te aprovechas de mí —sonrió ella antes de ser besada suavemente en los labios por Charlie.

—¿Sabes? Siempre me he preguntado cuándo me enamoré de ti, pienso en ello durante horas y me frustro, porque nunca llego a ninguna conclusión. No encuentro un momento claro. Me lo negué tanto tiempo, que no puedo ni siquiera saber cuándo ocurrió. Pero desde luego que estoy seguro que fue antes de besarte aquella noche aquí.

—¿Qué importa todo eso ahora, Charlie? El final de la historia es que estamos juntos. No necesitas esa respuesta.

—Lo sé, mi vida. Y sé que puede no parecer importante, pero me gustaría decirle a nuestra hija algún día cuándo me enamoré de su madre.

—Seguro que hasta que mantengas esa conversación con ella habrás hallado la respuesta a la pregunta.

—Es posible.

—¿Sabes qué? También es mi parte favorita de la casa —le sonrió ella—. Siempre que estás tú conmigo.

AGRADECIMIENTOS

A los lectores, en especial mujeres, sin los que esta aventura literaria no tendría sentido.

A mi editora y lectora cero. La que recibe mis manuscritos y me asesora en la escritura. La que me puede llevar al cielo o al infierno con una crítica, pero que siempre tiene razón. Por ayudarme y creer en mí.

A mi Charlie Atkins particular. Por apoyarme incondicionalmente en todo. Sin su empuje no habría llegado a muchos de los lugares que he llegado.

A las autoras autopublicadas de las redes sociales, que me han apoyado, ayudado, comentado e incluso publicitado mi obra.

A la plataforma WattPad, la que vio nacer a este vaquero leal a lo largo de los meses, capítulo a capítulo, permitiéndome hacer llegar la historia a miles de lectores.

A los grupos de Facebook de lectoras y escritoras, por aguantar cada una de las actualizaciones de mi novela en forma de publicación, la mayor parte de las veces, diaria. Por ayudarme a publicitar y darme a conocer.

A muchos más, que aún desconocen mi reciente aventura literaria, pero que siempre están ahí.

A mis amigas incondicionales, escritoras, lectoras y no lectoras. Ellas saben quiénes son.